

JOSÉ LUIS CORRAL



LOS  
AVSTRIAS

EL VUELO DEL ÁGUILA

AMBICIÓN, SEXO, PODER:  
LA GRAN NOVELA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO.

Lectulandia

26 de noviembre de 1504. La reina Isabel la Católica acaba de morir y ya se empiezan a escuchar las voces de la mayoría de los nobles de Castilla, que reclaman a Juana la Loca como su verdadera reina. Fernando de Aragón intenta llegar hasta donde sea necesario para impedir que su yerno, Felipe el Hermoso, le arrebatase el gobierno de las tierras castellanas.

Entretanto, la casa de Austria, mediante una política de pactos y enlaces matrimoniales, pugna por convertirse en la familia más poderosa de Europa. Todos los países de la cristiandad, papado incluido, se enredan en una serie de luchas por el poder en las que el sexo, la violencia y el crimen se utilizan como armas para conseguir sus fines políticos. En medio de todos esos conflictos, una familia de judíos conversos, los Losantos, luchará por sobrevivir a la Inquisición, aunque para ello tenga que renunciar a sus propias raíces.

***Los Austrias. El vuelo del águila es la gran novela de un tiempo y de un imperio que sentó las bases de un mundo nuevo: nuestro mundo.***

**Lectulandia**

José Luis Corral

# **Los Austrias. El vuelo del águila**

ePub r1.0

Titivillus 02.06.16

Título original: *Los Austrias. El vuelo del águila*

José Luis Corral, 2016

Ilustración de la portada: Yannick Moigne

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## UN REINO SIN REY

*Palacio real de Medina del Campo, reino de Castilla, 26 de noviembre de 1504*

Treinta y cinco años al lado de aquella mujer habían sido mucho más que toda una vida. Treinta y cinco años. Más que toda una vida.

Hacía ya una hora que el rey permanecía sentado junto al lecho con dosel donde acababa de expirar Isabel la Católica tras varias semanas soportando un terrible dolor, enferma y consumida por la calentura y las fiebres tercianas. Fernando parecía abatido y lleno de pesadumbre, pero tenía los ojos secos y el rostro, marcado con algunas arrugas, muy serio, aunque más sereno de lo que era de esperar de un hombre que acababa de perder a su esposa y a su reina.

El sol del mediodía inundaba de luz el dormitorio del palacio real de Medina del Campo en aquel día de fines de noviembre, donde se agolpaba un nutrido grupo de cortesanos, entre ellos algunos de los más altos nobles del reino y varios frailes dominicos que rezaban entre murmullos una cantinela de letanías. Del exterior, desde la plaza del Mercado, llegaban voces ininteligibles, como lejanos lamentos por la reina muerta.

En una de las paredes colgaba un tapiz con el emblema de los Reyes Católicos: el águila coronada de San Juan sostenía entre sus garras el escudo de la monarquía de Fernando e Isabel, con los símbolos heráldicos de los reinos de Castilla y León, los palos amarillos y rojos de la Corona de Aragón, el águila negra del reino de las Dos Sicilias y el fruto del de Granada, sobre la leyenda «Tanto monta», entre el yugo y el haz de flechas.

—Salid todos —ordenó Fernando de pronto, rompiendo su prolongado silencio.

—Debemos amortajar...

—He dicho que salgáis, todos —reiteró la orden, cortando tajantemente a uno de los médicos que había atendido a la reina en las últimas semanas.

—Alteza... —Los cortesanos presentes se miraron extrañados y algunos comenzaron a abandonar la estancia.

—Todos —reiteró el rey dirigiéndose a los dominicos, que no se habían dado por enterados—. Vos no, Losantos —indicó el rey señalando al médico converso, mientras los demás presentes se retiraban en orden.

Cuando se quedaron solos, Fernando se puso de pie y se acercó hasta colocarse frente al tapiz.

—«Tanto monta...» —leyó—. Todos creen que ese lema —el Católico señaló la

leyenda del escudo de su monarquía— hace referencia a la igualdad que mantuvimos en el trono doña Isabel y yo mismo, pero en realidad fui yo quien lo elegí a semejanza de la tradición del nudo gordiano que cortó Alejandro Magno con su espada, como ejemplo de que lo importante es conseguir los objetivos, y que da igual la manera de hacerlo. El «Tanto monta» no se refiere a la igualdad entre nosotros dos, monarcas de Castilla y de Aragón, sino a los fines que pretendemos.

—Oportuna aclaración, alteza —observó Pedro Losantos.

—Habéis sido un fiel servidor de la reina, ¿también lo seríais conmigo si os lo propusiera?

—¿Qué deseáis de mí, señor? —preguntó Losantos, tras asentir con la cabeza.

Pedro Losantos, médico al servicio de sus altezas, estaba asombrado. Él había tratado, desde que eran muy pequeños, a los hijos de los Reyes Católicos, y tenía cierta relación con don Fernando, pero no dejó de sorprenderse al quedarse a solas con el rey junto a la cama donde yacía el cadáver de Isabel; era un privilegio que no esperaba.

—Aragón no tiene heredero —soltó de pronto el rey Fernando.

—Señor, vuestra hija doña Juana...

—Mi hija es propietaria de los reinos de Castilla y León por decisión de mi esposa; así lo dispuso doña Isabel en su testamento firmado hace unas semanas. Pero doña Juana no puede reinar en Aragón, ninguna mujer puede hacerlo. Es la ley.

—Esa ley puede cambiarse...

—Aunque así fuera, doña Juana no está en condiciones de reinar.

—Pero, señor, fue jurada como vuestra heredera y sucesora en las Cortes de Toledo y de Zaragoza, y luego en Barcelona y Valencia...

—Hace tiempo que su cabeza se perdió, como vos bien sabéis, pues os ocupasteis de ella cuando era una niña. El testamento de mi esposa aclara que, si doña Juana está impedida para gobernar Castilla y León, debo hacerlo yo.

—¿Y vuestro nieto, el príncipe Carlos, el hijo de los archiduques Felipe y Juana?

—A él le corresponde mi herencia, sí. Tras la muerte del príncipe Miguel se ha convertido en mi sucesor en la Corona de Aragón. Mi amado nieto portugués... — Fernando el Católico suspiró; se refería al príncipe Miguel, el hijo de la princesa Isabel de Castilla y de su esposo el rey Manuel I de Portugal, muerto con dos años de edad en Granada. Si hubiera sobrevivido habría sido el soberano que uniera todas las Coronas hispanas: Aragón, Castilla y Portugal; y entonces el viejo sueño de los Trastámaras de reinar sobre toda la Península se habría cumplido—. Carlos es un niño, y lo están educando en Flandes al modo de la corte de Borgoña. No será un buen rey para Aragón, y tampoco para Castilla. Desde su nacimiento solo ha tenido preceptores flamencos y borgoñones. Supongo que ni siquiera sabe hablar nuestra lengua, y nadie se ha preocupado por enseñársela.

—Es el heredero de vuestra hija Juana, a él le corresponderá sucederos al frente de Aragón cuando, Dios quiera que sea lo más tarde posible, vos faltéis. —Pedro

Losantos no dijo más; tuvo que morderse los labios para no incomodar a su rey. El cuerpo sin vida de la reina Católica todavía estaba caliente y a su viudo solo le importaba el futuro de los reinos y Estados de la Corona de Aragón, de los que era soberano por herencia de sangre, y mantenerse como gobernante de Castilla y León.

—Cuando yo pase a mejor vida, Aragón y toda su Corona quedarán en poder del archiduque, mi yerno, ese petimetre engolado... Aragón necesita un heredero varón, y ese no es don Felipe..., ni siquiera mi nieto don Carlos.

—Si hubiera sobrevivido vuestro hijo, o un hijo suyo...

Ahora Losantos aludía al único descendiente varón del rey en su matrimonio con Isabel de Castilla, el príncipe Juan, en quien depositaron todas sus esperanzas, y que había muerto con diecinueve años y sin dejar un heredero.

—Pero el Señor se los llevó antes de tiempo. Sí, sí, queda don Carlos, don Carlos, ya sé; pero también está mi nieto don Fernando, su hermano menor. —Fernando el Católico se acercó a la cama y tomó la mano inerte de Isabel; aún no estaba fría y rígida.

—Fue una gran reina —comentó Pedro Losantos.

—¿Sabéis, don Pedro, que hace unas semanas, cuando mi esposa percibió muy cerca el gélido hálito de la muerte, me hizo prometerle que nunca me volvería a casar?

—Eso se rumorea en la corte, alteza. Lo comentaron algunas de sus damas de compañía, y esas nuevas se extienden muy deprisa...

—Pues es cierto. Cuando le sobrevino la calentura más febril y sintió que su final estaba próximo, le juré que, si ella moría antes que yo, nunca volvería a casarme. Tuve que hacerlo; me lo pidió con tanta vehemencia... Estaba demasiado enamorada de mí; cosas, tal vez, de esas lecturas de libros de caballerías que tanto le gustaban. Hasta ayer mismo, consumida por la enfermedad y ya sin fuerzas, me proclamó su amor y me musitó que me esperaba en el otro siglo hasta que yo acudiera a reunirme con ella tras mi muerte. Hablaba en susurros de la eternidad, de un tiempo sin fin, de un futuro sin término...

—Os esperará en el cielo —dijo Losantos.

—Hay quienes opinan que los reyes tenemos reservado un lugar en el infierno desde el preciso momento en que somos coronados. Tal vez tengan razón...

—Algunos quizá, pero no es el caso de la reina Isabel ni será el vuestro, por descontado. La Iglesia ha reconocido vuestra lucha en defensa de la verdadera fe y vuestro esfuerzo por conquistar Granada a los moros, por eso el papa Alejandro os concedió el título de Católicos.

—Alejandro Borgia, un hombre que vivió en un permanente estado de pecado, nos proclamó Católicos. ¡Qué ironías tiene el destino! —exclamó el rey, que se apoyó en los reposabrazos del sillón en el que estaba sentado, junto a la cabecera de la cama donde yacía el cadáver de Isabel, y se puso en pie.

—Pero era el papa, tal vez un pecador, pero el papa al fin y al cabo.

—¿Sabéis cuántos pecados he cometido a lo largo de mi vida? —Fernando miró a Pedro Losantos con un rictus de ironía, pero que denotaba sinceridad.

—Ninguno que no os haya sido perdonado por la Santa Madre Iglesia.

—¿Cómo podéis decir eso? ¿Qué sabéis vos de ello?

—Yo nací judío, crecí judío y fui educado como judío; solo por ello merecería ser condenado a penar eternamente en el infierno, pero mis padres vieron la luz, como Saulo de Tarso camino de Damasco, y se convirtieron a la verdadera fe en Cristo Jesús, donde radica el único sendero de salvación, y yo lo recorrí con ellos. Cuando me bautizó el deán de la catedral de Toledo, me dijo que Dios siempre perdona a sus hijos descarriados si le piden perdón con toda el alma y de corazón. El arrepentimiento y el perdón de los pecados nos salva.

—Todos los conversos sois iguales: unos condenados mentirosos. —El rey se acercó a una ventana y miró al cielo. Unas nubes grises, muy oscuras, parecían vestir de luto por la muerte de la reina.

—¿Qué queréis de mí, alteza?

—Losantos..., un rey está solo, siempre está solo, pero de vez en cuando necesita alguien a quien contarle ciertas cosas... Entre todos esos nobles castellanos que esperan afuera no hay ninguno del que pueda fiarme, ni siquiera del duque de Alba, al que considero uno de los pocos que tal vez no me traicione. Todos tienen intereses que mantener, privilegios que defender, fortunas que guardar. Pero vos..., vos solo tenéis vuestro oficio y vuestra palabra, y eso os convierte, al menos para mí, en un hombre en el que se puede confiar. Por eso quiero contar con vos, por eso os revelaré ciertos asuntos, porque estoy seguro de que nunca traicionaréis a vuestro rey.

—Yo..., pero ¿por qué...? —balbució Losantos.

—Por lo que os acabo de explicar, y además porque, poco antes de morir, doña Isabel me recomendó que confiara en vos. Ella lo hizo hasta tal punto que depositó en vuestras manos el cuidado de la vida de nuestros hijos. Mi esposa solía acertar cuando juzgaba a los hombres que nos rodeaban. De modo que seguiré su consejo y os encomendaré alguna misión más adelante.

—¿Misión, alteza? ¿A qué tipo de misión os referís? Yo solo soy un médico...

—Y espero que un hombre leal, que en estos tiempos que corren no suele ser nada frecuente. ¿Puedo contar con vos?

—Pero yo soy un médico, solo un médico...

—Pues deseo que seáis algo más. ¿Puedo contar con vos? —reiteró la pregunta Fernando.

—Por supuesto, alteza, contad conmigo en cuanto os pueda ser útil.

—En ese caso, estad preparado, porque os demandaré algunos servicios que quizá os extrañen. Y ahora, don Pedro, marchaos vos también; quiero permanecer unos momentos a solas con ella. Los últimos momentos.

Losantos se inclinó ante el rey y salió de la estancia sin dejar de darle vueltas a la cabeza sobre qué querría el Católico de un hombre como él, que solo sabía tratar



heridas y curar enfermedades.

Mientras bajaba las escaleras del palacio sumido en esa pregunta, escuchó grandes voces y gritos alterados que procedían del patio. Se acercó con precaución y, semioculto tras una columna, pudo observar cómo varios nobles discutían con vehemencia sobre lo ocurrido ese día y peroraban sobre el futuro que se avecinaba tras la muerte de Isabel.

—¡Don Fernando es un extranjero! —gritó uno.

—¡Por eso no puede ser nuestro señor! —añadió otro.

—¡Pero su alteza nos llevó a la victoria sobre los moros en Granada, expulsó a la pérfida raza de los judíos y propició el descubrimiento de las Indias Occidentales! —protestó un tercero.

—Si ahora lo dejamos hacer, nos llevará a la ruina y acabará con nuestras haciendas y nuestros privilegios. ¡El rey de Aragón está en contra de la nobleza, en nuestra contra!

—¡Echémosle de Castilla!

—¡Doña Juana es nuestra única y verdadera reina! ¡Esa fue la última voluntad de doña Isabel!

—¡Expulsemos al aragonés!

Procurando no dejarse notar, Losantos se apostó tras la columna de una esquina del patio y escuchó con atención a aquellos nobles, que ya andaban disputando entre ellos y maquinando sobre el futuro del reino. Desde allí y a través del gran portón, que estaba abierto pero protegido por varios guardias fuertemente armados, pudo ver cómo frente a la fachada del palacio, en la plaza del Mercado, en el centro de Medina del Campo, algunos grupos de hombres también discutían de manera muy acalorada.

Losantos decidió salir de allí y, al atravesar la plaza, comprobó que, entre los que se peleaban a gritos, los partidarios de don Fernando eran muy pocos comparados con sus detractores, como ocurría con los nobles.

—¡Nos aguarda un futuro incierto! —lamentó un comerciante, que veía peligrar su negocio ante la inestabilidad política que se avistaba.

—¡Don Fernando debe regresar de inmediato a Aragón! —clamó otro muy enardecido.

—¡No es nuestro señor natural!

—Pero es el rey —proclamó una voz disidente.

—¡Ya no es nuestro rey! ¡Debe irse a su tierra! —replicó otra con contundencia.

—¡No tiene ningún derecho a quedarse!

—¡Castilla no es suya!

Aquellos encendidos debates y el tumulto de las discusiones que se prolongaron durante la tarde llegaron a oídos de Fernando el Católico. Uno de sus consejeros aragoneses se aprestó a comunicarle que la nobleza castellana, reunida en el patio de

palacio, había decidido que no le permitiría seguir usando el título de rey de Castilla y León.

Se resignó. ¡Qué otra cosa podía hacer! Era un hombre pragmático que sabía en cada momento cuál era la situación y cómo actuar. Aquella batalla la tenía perdida, de modo que la única salida era una retirada a tiempo.

Cuando el sol declinaba, y tras escuchar el vocerío, presenciar ciertos altercados en la plaza y atender las opiniones de algunos de sus más cercanos colaboradores, el rey llamó a su canciller:

—Ordenad a los secretarios que expidan cartas en las que yo, Fernando de Aragón, anuncio a los prohombres y notables, a los obispos y a los concejos de las ciudades y villas de los reinos de Castilla y León, la muerte de la reina Isabel, y que manifiesto de manera solemne que desde este preciso momento dejo de usar los títulos de rey de Castilla, de León y de Granada, y que proclamo que desde ahora mismo esos títulos le pertenecen en justicia y ley a mi hija doña Juana, tal como consta en el testamento de doña Isabel. Y anuncio que a partir de hoy solo usaré mis títulos patrimoniales: rey de Aragón, de Valencia, de Sicilia, de Córcega y de Mallorca, además del de conde de Barcelona y los que me corresponden por mi sangre y mi linaje.

Tras dictar estas órdenes y aprobar el contenido de las cartas, se retiró a la soledad de su dormitorio y ordenó que le sirvieran una copa de vino dulce rebajado con agua y aromatizado con canela.

¿Qué futuro le esperaba? ¿Qué ocurriría a partir de este momento en los reinos que durante tantos años había gobernado al lado de su esposa? No cesaba de hacerse preguntas para las que no encontraba ninguna respuesta. ¿Qué ocurriría si los castellanos se dejaban gobernar por una reina que no era apta para ejercer su cargo, como era el caso de su hija Juana? ¿Sería capaz de mantener en sus manos, como pretendía, el gobierno de Castilla sin ostentar el título de rey? ¿Podría sobreponerse a las intrigas de los nobles y a sus conjuras? Él, que se había mostrado convencido, firme y sereno en todo momento, ahora dudaba, y no estaba seguro de poder seguir soportando él solo el peso de tantos reinos. Además, ¿lo aceptarían como soberano y señor una vez que había desaparecido Isabel? Y ahora que por primera vez estaba solo, sin el consejo de su padre ni el apoyo de su esposa, ¿tendría la fuerza suficiente como para enfrentarse a un destino tan incierto?

*Posada del Trigal, Medina del Campo, 26 de noviembre de 1504*

Pedro Losantos cerró la puerta de la habitación de la posada del Trigal, donde se había alojado para estar cerca de la reina Isabel en su agonía. La corte de los Reyes Católicos, como la de todos los reyes de la cristiandad, era itinerante, de modo que nunca permanecía más de dos o tres meses en un mismo sitio. Y con la corte se

desplazaban tres centenares de personas, entre ellas varios nobles y damas, secretarios, notarios, médicos, músicos, soldados de la guardia, cocineros, criados, palafreneros, carreteros, artesanos, mozos de cuadra..., muchos de ellos con sus propias familias.

Ya dentro de la estancia, el médico converso inspiró una larga bocanada de aire y se despojó del capote y del sombrero. Se acercó a la mesa, se sentó, apoyó los codos en la tabla y se sujetó la cabeza con las manos. Toda su vida pasó delante de sus ojos en un instante.

Había nacido judío, miembro de la familia Leví, hebreos originarios de Toledo, ciudad en la que habían vivido desde antes incluso de que esta ciudad fuera conquistada por el rey Alfonso VI de Castilla y León. El linaje de los Leví había hecho de Castilla su hogar, su único hogar. Los Leví estaban tan enraizados en Toledo que allí habían permanecido incluso en los momentos más duros, en el tiempo de las persecuciones y matanzas que sufrieron los judíos en aquel aciago año del Señor de 1391. Eran una estirpe de relevantes médicos, de gran prestigio en Toledo, de modo que los soliviantados en aquellas revueltas antijudías no se metieron con ellos y respetaron sus casas y sus vidas.

Mosés Leví, padre de Pedro Losantos, había ejercido como médico en la corte del rey Enrique IV de Castilla, el hermano de padre de Isabel la Católica, y por ello conocía muchos secretos de ese monarca y todas las intrigas y conjuras que se habían desarrollado en ese tiempo de luchas por alcanzar el trono. Hombre de confianza del rey Enrique, a quien sus detractores llamaron «el Impotente», fue el propio Mosés quien ideó una cánula de oro para que la reina Juana de Portugal, la segunda esposa del monarca, se quedara preñada mediante la introducción del semen del rey en su útero, ya que la extraña forma del pene real no favorecía una inseminación directa.

Fernando e Isabel, convertidos en reyes de Castilla a la muerte de Enrique IV y tras una guerra civil, habían aceptado a Mosés Leví como uno de sus médicos personales, pues, además de sus conocimientos y su prestigio, sabían de la jugosa información que este podía proporcionarles.

Mosés Leví había renegado del judaísmo y se había convertido al cristianismo en el año del Señor de 1484, poco después de que los Reyes Católicos instauraran la Santa Inquisición en todos sus reinos. Mosés, casado con Mariam Rubio, también judía conversa, tomó el nombre de Pablo Losantos al bautizarse. Mariam, que se había bautizado como María a la vez que su esposo, descendía de una familia de artesanos y comerciantes judíos dedicados al negocio de la fabricación y venta de armas; eran propietarios de un afamado taller en la ciudad de Toledo, donde elaboraban espadas, puñales y dagas que suministraban a muchas familias nobles que apreciaban la calidad del acero forjado por los Rubio.

Fue aquel mismo año cuando David Leví, hijo de Pablo Losantos y último médico hasta entonces de la saga toledana, regresó de Montpellier con el título de licenciado en Medicina bajo el brazo, y de inmediato se puso a trabajar como

ayudante de su padre en la corte. Apenas dudó cuando su progenitor le informó de su intención de convertirse al cristianismo, y David hizo lo propio adoptando el nombre cristiano de Pedro Losantos. Ya incorporado al servicio de la corte, en los primeros años tuvo que atender a los criados y al personal de segundo rango, junto con otros dos médicos cristianos viejos, que siempre observaron con recelo a los conversos, a quienes no dejaban de considerar como sospechosos de criptojudasismo.

Cuando en 1492 los Reyes Católicos emitieron el decreto de expulsión de los judíos de todos sus reinos y dominios, hacía ya ocho años que todos los miembros de la familia Leví, ahora Losantos, eran cristianos y, aunque tuvieron que soportar una severa encuesta por parte del Santo Oficio de la Inquisición, quedaron libres de cualquier sospecha por judaizantes y permanecieron en Toledo como cristianos nuevos.

Pablo Losantos, antes llamado Mosés Leví, murió en Toledo en 1492 y fue enterrado en sagrado en la iglesia del monasterio de San Juan de los Reyes, entonces todavía en construcción, tres meses después de la expulsión de sus antiguos correligionarios y unas pocas semanas antes de que el almirante Cristóbal Colón descubriera el Nuevo Mundo. Su propio hijo Pedro, que ocupó su puesto en el servicio directo de la reina Isabel y de sus hijas, certificó la muerte por un ataque al corazón, pero en realidad Pedro Losantos sabía que su padre había fallecido consumido por la angustia y la pena. Mariam murió tres años después de Mosés, aquejada de melancolía por la ausencia de su esposo.

Pedro Losantos se había casado con Juana de la Cruz, también judía conversa. Juana procedía de una saga de curanderas que conocían desde hacía siglos las cualidades curativas de todas las plantas y todos los secretos y propiedades que guardaban la hierbas. Era capaz de preparar todo tipo de pócimas para aliviar las enfermedades, calmar los dolores y paliar cualquier trastorno del cuerpo. Su familia, que comerciaba con paños, procedía de las montañas de Alcoy, en el sur del reino de Valencia; sus mujeres tenían fama de practicar hechicerías y conjuros, y tiempo atrás alguna de ellas había sido acusada de practicar la brujería.

Tras la muerte de su madre, Pedro Losantos y su esposa Juana de la Cruz abandonaron Toledo y se trasladaron a Valladolid para estar más cerca de la corte. Allí compraron una pequeña casa en la parroquia de Santiago, donde seguían viviendo nueve años después.

El matrimonio Losantos tenía tres hijos. El mayor, de nombre Pablo, como el abuelo, estaba finalizando sus estudios de Medicina en la prestigiosa escuela de Salerno, al sur de la ciudad de Nápoles, bajo el dominio del rey de Aragón. El segundo, Juan, vivía en Toledo con los familiares de su abuela paterna, los Rubio, aprendiendo el oficio y el negocio de la fabricación y venta de espadas, dagas, puñales y diversos objetos de orfebrería. La tercera, una muchacha llamada María, los había acompañado a Valladolid, donde al lado de su madre aprendía a reconocer las hierbas y sus beneficios para el cuerpo y a preparar pócimas que cicatrizaban heridas,

brebajes que sanaban enfermedades y equilibraban los humores del cuerpo y emplastes que arreglaban fracturas de huesos. Era una muchacha especial capaz de augurar lo que iba a suceder. Desde muy pequeña había tenido esos presentimientos, que solo había revelado a su madre, pues las autoridades de la Inquisición solían acusar de brujería a toda persona que manifestaba este tipo de percepciones.

A sus cuarenta y ocho años, Pedro Losantos era uno de los médicos más reputados de la corte, aunque algunos de sus métodos curativos, aprendidos en el seno de su familia y ampliados con las pócimas que preparaba su esposa, no eran aceptados por muchos de sus colegas cristianos, que seguían aferrados a las viejas prácticas, que consistían básicamente en aplicar sanguijuelas como remedio universal ante cualquier problema de salud.

El crujido de la puerta le devolvió al presente. Giró la cabeza y se topó con los ojos de su mujer, que entraba en la habitación con un cántaro de agua.

—Déjame que te ayude con eso —le dijo a la vez que le cogía el cántaro y lo dejaba en el suelo—. ¿Y María?

—Viene enseguida; ha ido un momento a la cocina de la fonda a recoger la cena. ¿Tú estás bien? —preguntó Juana de la Cruz.

—Muy bien.

—Dicen que la reina Isabel ha muerto.

—Sí; el águila de san Juan ya no volará más —le ratificó Pedro Losantos a su esposa tras darle un beso en la mejilla. El emblema del águila de San Juan Evangelista era el que la reina Isabel había adoptado en su escudo—. Ya te has enterado...

—Lo han comentado esta tarde en el mercado.

—Fue una gran reina.

—Expulsó a nuestros...

—Nosotros ya no somos judíos, somos cristianos —asentó Pedro.

Es ese momento entró María con una cesta con la cena.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, María. Tengo el hambre de un lobo. Con el trajín de la muerte de la reina no he comido nada desde esta mañana.

María colocó la cesta encima de la mesa.

—¿Qué tenemos aquí? Huele bien —comentó Pedro.

—Una olla con cocido de carnero, cebollas y nabos que ha preparado la esposa del mesonero —dijo María.

—Pues vayamos a ello, me muero de hambre.

—Y manzanas, nueces y un poco de queso de oveja; dice el mesonero que es muy bueno.

—La noticia de la muerte de la reina ha corrido por toda Medina. Mucha gente estaba inquieta y pesarosa y se preguntaba qué va a ocurrir a partir de ahora —dijo Juana mientras colocaba en el centro de la mesa el único candil que iluminaba la

habitación, a fin de ver con más nitidez el contenido de la cesta, y de paso los rostros de su esposo y de su hija.

—El rey Fernando ha renunciado a la Corona de Castilla. Ha cumplido lo dictado en el testamento de la reina Isabel y la ha entregado a su hija doña Juana. —Pedro cogió un puñado de nueces.

—Pero esa mujer no está bien. Tú mismo me lo has dicho en alguna ocasión. Ya no lo estaba cuando siendo una niña la atendías como médico de la familia real.

—Sí, su comportamiento siempre fue muy peculiar, pero legalmente es la heredera. Siempre hubo algo extraño en esa muchacha. ¿Me sirves un poco de ese cocido, María? —le pidió Pedro a su hija alargando su escudilla.

—Pese a ello, la enviaron a Flandes a casarse con don Felipe —dijo Juana.

—Nunca debieron hacerlo —sostuvo Pedro, tras llevarse una cucharada de comida a la boca—. Sabían que su comportamiento estaba lleno de excentricidades, y los cortesanos flamencos no tardaron en darse cuenta de las deficiencias de doña Juana.

—Fue utilizada como moneda de cambio —terció María.

—¿Qué sabes tú de eso, hija? —le preguntó Pedro.

—Lo que se cuenta por ahí; todo el mundo habla de ello.

—¿Todo el mundo? ¿Qué sabrán esas gentes chismosas que pululan por las calles lo que piensan sus reyes? Además, los hijos deben obediencia a los padres. Es la ley de Dios.

—Los hijos de los reyes no son como los hijos de los demás mortales —aseguró Juana, que acabó de servir todo el guiso.

—Doña Juana no es dueña de su destino —advirtió Pedro.

—Es una pobre mujer que fue utilizada como prenda para sellar un acuerdo que interesaba a sus padres.

—¿Pese a que no era una muchacha... normal? —preguntó María.

—Sí, sus padres los reyes sabían que su hija no era normal, como tú dices, hija. Yo mismo les informé en más de una ocasión de las extravagancias de doña Juana, pero pese a todo intentaron ayudarla. El propio rey, ante las quejas de los flamencos por la actitud que desde un primer momento mostró doña Juana, envió a un fraile dominico a Bruselas para que atendiera a su hija y observara su comportamiento. Los informes de ese fraile fueron desalentadores: se comportaba de manera extravagante en algunas ocasiones y se mostraba como una mujer excéntrica; por momentos actuaba con una absoluta frialdad de corazón, una total falta de piedad y una crueldad sin límites. —Pedro aplastó entre sus manos dos nueces, comió una de ellas y le ofreció la otra a su esposa y a su hija.

—Bueno, esa manera de comportarse no es ajena a muchos otros reyes y potentados; yo diría que la mayor parte de ellos actúa así. En eso, doña Juana no parece ninguna extraña —puntualizó la esposa de Losantos.

—Pero su caso es excesivo. Su actitud alocada y sin medida era habitual en su

comportamiento, y sus padres lo pudieron comprobar cuando se encontraron con ella en Toledo, hace ahora dos años, en aquel tiempo en que doña Juana vino desde Flandes para ser jurada heredera de Castilla y León.

—Sí, lo recuerdo bien, me dijiste que su esposo la acompañó en el viaje de ida y que, una vez aquí, el príncipe de Austria se sintió relegado por sus suegros y decidió regresar a Flandes, dejando a doña Juana sola en Castilla, y eso a pesar de que estaba embarazada; pobre niña...

—La dejó plantada, sí, y ella, reconcomida por los celos, pretendió seguirlo, a pesar de su embarazo. Los reyes se lo impidieron y la retuvieron en el castillo de La Mota en contra de su voluntad.

—Pero tú les recomendaste que lo hicieran así al menos hasta que diera a luz.

—Creí que era lo mejor para ella. Sin embargo, doña Juana estaba fuera de sí y no estaba dispuesta a permanecer ni un momento más lejos de su esposo, de modo que trató de escapar. Advirtió que era capaz de ir a pie hasta Flandes.

—Muy grande tenía que ser su desesperación —terció María.

—Una mujer enamorada hasta la locura iría tras el hombre que ama hasta el mismísimo infierno. —Juana separó un poco el candil, cuya tenue luz patinaba de un pálido tono amarillento los rostros de su hija y de su marido.

—¿Lo harías tú por mí? —le preguntó Pedro a su esposa.

—¿Lo dudas?

—Supongo que ese impulso irrefrenable fue lo que debió de sentir doña Juana, porque un día pretendió salir del castillo donde estaba custodiada, dispuesta a caminar hasta Flandes para ir al encuentro con su esposo, pero los guardias la detuvieron, claro, y ella respondió permaneciendo al raso toda una fría noche en el patio de la fortaleza.

—Sí, ¡cómo olvidarlo! Aquel día un alguacil del rey se presentó en casa a buscarte antes del amanecer. En un primer momento tuve mucho miedo porque creí que se trataba de la guardia de la Inquisición que venía a prendernos por nuestro pasado judío —recordó Juana.

—Cuando llegué a Medina, tras cabalgar a todo galope junto a ese guardia, me encontré con la princesa Juana tumbada sobre el pavimento del patio del castillo, a la intemperie. Estaba a punto de morir de frío y con ella el hijo que llevaba en sus entrañas, y hubiera fallecido de no ser por la extraordinaria fortaleza que siempre tuvo esa mujer. Sentí por ella una gran tristeza; aquella muchacha podía ser mi hija, tú misma. —Pedro acarició el rostro de María con el dorso de la mano.

—¿Supongo que entonces intervino doña Isabel? La reina amaba a su hija, querría lo mejor para ella —dijo la joven.

—Sí, menuda era la reina Católica. Cuando se enteró de lo que ocurría en el castillo de Medina no lo dudó un momento. A pesar de que su salud comenzaba a resquebrajarse, montó a caballo y se desplazó a Medina desde Segovia, donde se estaba recuperando. Una vez ante su hija, trató de calmar la cólera de doña Juana con

buenas palabras y mejores razones, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

—¿Tú lo viste? —le preguntó María.

—Claro. Yo fui uno de los que estaban allí, y pude presenciar la tensión con la que madre e hija se enfrentaron.

—¿Qué ocurrió? Nunca lo has contado —dijo María.

—Doña Isabel recriminó a su hija el que no reaccionara ante los desprecios a los que la sometía su esposo don Felipe.

—¿Y entonces?

—Al oír aquellos reproches, doña Juana, que ama a su esposo por encima de cualquier razón, estalló. Enajenada y furiosa, insultó a su madre y lanzó toda una andanada de acusaciones contra ella. Le dijo que era indigna como mujer por permitir que don Fernando, su marido, mantuviera tantas amantes como estrellas hay en el cielo y que a saber cuántos hijos bastardos habría dejado el rey Católico en su ir y venir por los caminos de los reinos de Castilla y de Aragón.

—¿Eso dijo doña Juana? —se sorprendió María.

—Y mucho más que me callo por decoro, hija. Juana estaba como poseída por un espíritu y no cesaba de gritar y de insultar a su madre —explicó Pedro.

—La reina Isabel sufriría mucho por ver así a su hija —supuso María.

—Se vio tan sorprendida que no tuvo capacidad ni reflejos para responder a esos terribles insultos, y no supo cómo rebatir los airados reproches que escuchó de los labios de doña Juana. El escándalo fue de tal magnitud que doña Isabel se vio obligada a ordenar que inmovilizaran a su hija, para lo cual hizo falta el esfuerzo combinado de dos fornidos guardias, y mandó que la encerraran en una mazmorra del castillo de La Mota.

—¿Tú hubieras hecho lo mismo, madre, si yo hubiera sido doña Juana y tú doña Isabel? —le preguntó María.

—Yo te hubiera dado unos buenos azotes —sonrió Juana de la Cruz, que acababa de terminar el contenido de su plato.

—¿Y qué pasó entonces? —siguió preguntando María.

—Tras aquella trifulca, vi a la reina Isabel retirarse abatida como nunca antes, bisbisando para sí que una hija no debía tratar así a una madre, mascullando que estaba desencantada porque no había sabido educarla, culpándose de todo cuanto estaba ocurriendo, triste y desconsolada como una madre que ha perdido el respeto de su hija.

—Supongo que fue entonces cuando doña Isabel se dio cuenta de que su hija estaba poseída por la locura... ¿O no? —preguntó María de nuevo.

—Sí, aquello fue definitivo. Hasta ese momento no lo había querido admitir. ¿Qué madre lo hubiera hecho?

—Entonces, aquella pelea le abrió los ojos...

—Sí, y ordenó que doña Juana permaneciera encerrada en una dependencia de ese castillo durante varias semanas, hasta que, ya más calmada, le permitieron regresar a



Flandes en la pasada primavera. Fue el rey Fernando quien convenció a su esposa Isabel para que dejara partir a Juana cuando recibió una carta de su nieto Carlos, redactada por su secretario, en la que el niño, obviamente al dictado de algún consejero, les suplicaba a sus abuelos que permitieran regresar a su madre a Flandes.

—¿Y por eso la dejó ir al encuentro con su esposo? —preguntó María.

—Sí, pero le puso una condición: que antes de partir diera a luz al niño que estaba esperando y que lo dejara en Castilla al cuidado de don Fernando y de la propia doña Isabel —respondió Pedro Losantos—. Los reyes no se fiaban de que ese niño sobreviviera a ese viaje en brazos de su madre, y menos todavía en las condiciones tan lamentables en las que se encontraba doña Juana. De modo que Juana dio a luz a ese niño, al que bautizaron con el nombre de Fernando, que se quedó al cuidado de sus abuelos en Castilla —explicó Pedro.

—Pero esa nueva vida no palió el sufrimiento de la reina Isabel por la pérdida de tantos seres queridos —intervino Juana de la Cruz—. Ni siquiera los reyes están libres de esa contingencia y de ese dolor. Doña Isabel fue reina, pero también madre. A lo largo de su vida vio morir en plena juventud a su amado hijo el príncipe Juan, la esperanza quebrada de Castilla y Aragón, a su querida hija Isabel y a su nieto el príncipe Miguel, en quien había depositado sus esperanzas. Demasiado dolor, incluso para una mujer tan fuerte como ella.

—Las coronas de Castilla, Aragón y Portugal ceñidas sobre una misma cabeza, y tal vez unidas para siempre...; ese fue uno de los sueños de la Católica: todas gobernadas por un mismo rey —adujo Pedro.

—Pues no ha vivido para verlo...

—Doña Isabel estaba muy enferma y el enfrentamiento con doña Juana acabó por desquiciarla, la arrastró al abatimiento y agravó su enfermedad. Tras esa tremenda discusión, la reina Isabel ya no volvió a ser la misma. Se sumió en una terrible agonía, se desentendió de las cosas de este mundo, lloró su desventura y su desdicha, se encerró en sí misma y, con todo ello, su enfermedad se agravó hasta llevarla a la muerte. Su tumor maligno se hizo tan grande que en los últimos meses ni siquiera era capaz de mantener las piernas juntas.

»Doña Juana constituía su última apuesta para que permanecieran unidos los dominios que había logrado aunar junto a su esposo el rey Fernando, pero en cuanto se dio cuenta de que su hija no estaba capacitada para reinar, introdujo una cláusula en su testamento en la que otorgaba el gobierno de sus reinos a su esposo don Fernando, aunque el título de reina de Castilla lo transmitió en exclusiva a doña Juana, siguiendo la ley y el derecho castellanos.

—Ese testamento traerá problemas —señaló Juana de la Cruz.

—Por supuesto. Esta misma tarde he presenciado los cuchicheos intrigantes de los nobles de Castilla. Los he visto y oído conspirar en el patio del palacio real, con el cadáver de doña Isabel todavía caliente. La inmensa mayoría de la nobleza arde en deseos de que el rey Fernando se marche de aquí, y ya lo señalan como usurpador. En

cuanto se ha corrido la noticia de la muerte de la reina, varios nobles se han coaligado, han reclamado que se cumpla el testamento de doña Isabel y han alzado sus pendones proclamando a doña Juana como única propietaria de Castilla y demás reinos de su Corona, a su esposo don Felipe como legítimo rey y a su hijo don Carlos como príncipe heredero.

—¿Y qué ha hecho el rey Fernando? —preguntó María.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Ha aceptado los hechos y ha renunciado al título de rey de Castilla y León. A pesar de que hace treinta años que lo ostenta, la mayoría de la nobleza nunca lo ha reconocido como tal; no lo consideran uno de los suyos, pero lo es. Fernando de Aragón es un Trastámara, miembro del mismo linaje de los reyes de Castilla, y de su más alta nobleza.

—Ya..., pero desconfían de él —indicó Juana—. Mientras ha vivido Isabel, los nobles sabían que don Fernando no se atrevería a contravenir las leyes castellanas, pero ahora... ¿Qué va a pasar ahora?

—Mujer, deja la política para los hombres —apuntilló Pedro.

—Doña Isabel era una mujer, y la nueva reina, doña Juana, también lo es.

—Si ellas pueden, ¿por qué las demás no podemos...? —se quejó María.

—Ellas pueden porque en sus venas hay sangre real. Pero dejemos estos asuntos y acabemos la cena, se me va a enfriar este guiso, con el hambre que tengo...

—Voy a pedirle al mesonero una vela; la luz de este pequeño candil es escasa —dijo Juana.

—Deja, madre, lo haré yo. —María se levantó con agilidad y salió de la habitación.

—Esa hija nuestra es una joya —comentó Juana.

—Se parece a ti.

—Espero que cuando se case no lo haga con un hombre como don Felipe..., ni tan siquiera con uno como don Fernando —asentó Juana Losantos.

—¿Preferirías que se casara con uno como yo, un don nadie? —le preguntó Pedro.

—Quiero que se case con el hombre que ella elija y al que ame.

Pedro miró a su esposa y calló. Cogió una nuez, la cascó y se la metió en la boca.

—Están riquísimas —comentó Juana.

—Y son un excelente remedio para limpiar las impurezas de la sangre.

Los dos esposos siguieron hablando de las propiedades de las nueces; si lo hacían sobre el futuro de su hija, ambos estaban seguros de que acabarían discutiendo.

*Palacio real de Medina del Campo, diciembre de 1504*

—El testamento de vuestra esposa es muy claro y diáfano, alteza, y no deja lugar a duda alguna con respecto a su última voluntad. Los médicos de la corte han

certificado que la reina Isabel estaba cuerda y era plenamente consciente y responsable de sus actos, de modo que su validez es incuestionable —asentó el canciller con toda solemnidad, mientras se calentaba en la sala donde se había ubicado una de las dos grandes chimeneas construidas ese mismo año en el palacio real de Medina, en realidad poco más que una casona solariega.

—Ese testamento se redactó y firmó unas semanas antes de la muerte de mi esposa. Hacía ya varios meses que tenía accesos de fiebre, y se le habían abierto varias úlceras y provocado edemas que le causaban un insoportable dolor. No era consciente de lo que estaba dictando. —El rey Fernando se mostraba nervioso. Desde el día siguiente a la muerte de su esposa, vestía ropa de jerga y trajes de luto elaborados con paños burdos en señal de duelo.

—Los médicos han certificado que...

—¡Médicos!, ¿qué médicos? —El rey se levantó con toda la energía de su sillón, ubicado frente a la chimenea—. Esos tipos habrían firmado cualquier cosa con tal de evitar que un aragonés se mantuviera en el trono de Castilla. Mi esposa estaba aquejada de un tumor en sus genitales que le provocaba dolores espantosos. Ya visteis cómo se fue apagando en los últimos meses, cada día más pálida, más débil, llena de convulsiones y consumida por la calentura. Y además, esas sangrías que le practicaban esos dos médicos inútiles, Soto y Julián... Con cada sangría la debilitaban más y más. ¿No es así, Losantos? —El rey se dirigió al médico converso, que estaba presente en ese momento.

—Ya les advertí a mis dos colegas que aplicar sanguijuelas a un cuerpo enfermo solo conlleva empeorar su estado, pero no hicieron caso de mis consejos —explicó Losantos.

—Los judíos sois los mejores en este complejo arte de la medicina.

—Yo ya no soy judío, alteza.

—Las gentes de vuestra raza no dejan de serlo jamás.

—Mi conversión al cristianismo fue sincera, y cumplo con los preceptos de la Santa Madre Iglesia. —Pedro Losantos tuvo que morderse la lengua. En las venas del Católico había sangre hebrea; el médico sabía que la tatarabuela materna de Fernando el Católico había sido una judía llamada Paloma, cuya belleza se hizo legendaria.

—Ya... ¿Hay alguna manera de revocar ese testamento, canciller? Ya habéis escuchado a don Pedro.

—No es posible, señor. Lo ratificaron el escribano y el secretario de la reina en presencia de los más destacados miembros de la corte, y nadie discrepó en ese momento, ni se presentó ninguna alegación legal. No se puede anular, y los nobles tampoco estarían dispuestos a consentirlo..., supongo.

—Mi yerno don Felipe no puede ser el rey de Castilla y mi hija está demasiado atolondrada como para reinar. Si le dejan hacer, ese flamenco acabará arrastrando a Castilla a la ruina. Mi deber es impedirlo.

—Las Cortes no aceptarán otra resolución que no sea lo dispuesto por doña Isabel

en su testamento —aseguró el canciller.

—Ya lo veremos —asentó el Católico, que se acercó a la ventana de su palacio de Medina del Campo. Unos copos de nieve comenzaban a caer sobre la plaza del Mercado. Esa noche los campos ocres se cubrirían hasta amanecer completamente blancos—. El próximo verano habrá una buena cosecha —comentó el rey sin dejar de mirar los copos que caían sobre la plaza.

—Eso parece. Año de nieves... —comentó Losantos.

—Leed esto —el rey le alargó una carta al canciller.

El alto funcionario la leyó con detenimiento; cuando acabó, le preguntó al rey, sorprendido:

—¿Llegó a conocer estas noticias vuestra regia esposa?

—No. La carta se recibió el día anterior a su muerte. Se la oculté para evitarle más disgustos y sufrimientos.

—Así murió en paz; porque si hubiera leído esta carta...

—Como veis, señor canciller, Felipe de Flandes es un canalla. Cuando vino a Toledo con mi hija para recibir el juramento de las Cortes de Castilla como herederos de la Corona, pude comprobar el tipo de príncipe que es. Solo pretendía hacerse con la herencia de doña Juana, ni siquiera se quedó a esperar a que naciera su hijo, mi nieto el príncipe Fernando. Se marchó a Flandes abandonando a mi hija embarazada en Castilla, como un ladrón que huye sorprendido en pleno robo.

—Lo recuerdo, señor; no fue una decisión adecuada —adujo el canciller.

—Ya habéis leído lo que dice esa carta. Cuando doña Juana regresó a Flandes varios meses después, su esposo tenía varias amantes, pero a una de ellas la mostraba en público y la llevaba a los banquetes en palacio como si se tratara de su esposa legítima. Mi hija castigó a esa mujer de un modo inocente: cogió unas tijeras y le cortó el pelo. Y por ello Felipe insultó y abofeteó a mi hija en presencia de toda la corte y la encerró en un cuarto por un tiempo, como si fuera una delincuente. Hace unas semanas, cuando recibió la carta en la que mi esposa la reina, sintiéndose morir, llamaba a nuestra hija a su lado, volvió a encerrarla, y así sigue. Por lo que dice ese informe —el Católico señaló la carta que acababa de leer el canciller—, mi hija pasó toda aquella primera noche intentando escapar de su prisión, horadando en vano las paredes de piedra con un pequeño cuchillito, a la vez que llamaba angustiosamente a su esposo. ¿Qué opináis vos, Losantos?

—Vuestra hija siempre ha tenido un fuerte carácter —añadió Pedro.

—Mi hija no está cuerda. Tiene el mismo mal que aquejaba a su abuela Isabel, la reina portuguesa. No pongáis esa cara de idiota, Losantos. Sabéis perfectamente que algunos miembros de la familia de Avís tienen el mal de la locura, que se suele transmitir de madres a hijas.

—Vuestra esposa fue una de las mujeres más cuerdas que he conocido.

—Mi esposa constituyó una excepción en esa familia. Mi hija, no; doña Juana está loca, y os lo dice su padre.

Pedro Losantos asintió con la cabeza. Sí, Juana estaba perturbada; el propio Losantos había sido testigo la primavera pasada de la escena tremenda en la que se enfrentaron con suma violencia verbal la reina Isabel y su hija Juana, la que le había relatado a su esposa e hija. Quince meses había permanecido Juana en Castilla, retenida por su madre Isabel, que, tal vez arrepentida por cómo había tratado a su hija, no cesó de llamarla a su lado una y otra vez cuando se sintió morir.

—¿Puedo retirarme, alteza? —preguntó Losantos.

—No —dijo el Católico tras unos instantes de reflexión, aunque no respondía a la pregunta del médico, sino a la ambición de su yerno—, Felipe de Flandes no debe ser rey de Castilla, al menos si yo puedo evitarlo. Entre tanto, disponed el cadáver de la reina para su traslado a Granada. Es en esa ciudad donde quiso ser enterrada y así se hará.

—Como ordenéis, señor, pero los otros médicos de su alteza...

—Hacedlo, Losantos, yo me encargo de que esos dos inútiles matasanos no se entrometan. Preparad el cuerpo de mi esposa para su traslado a Granada en perfectas condiciones. Y, sobre todo, procurad que nadie pueda decir nunca que el cadáver de la reina de Castilla apestó a muerte. Y vos, canciller, disponed lo necesario para ese traslado.

—Así lo haré, mi señor —asintió el canciller.

—El frío del invierno ayudará a que el cuerpo de la reina Isabel no se descomponga antes de que llegue a Granada. Con vuestro permiso, quedará depositado en el pudridero hasta que pueda ser enterrado donde determinéis —terció Losantos.

—De momento, que se quede en el convento de San Francisco de la Alhambra. Esa fue su voluntad y así se cumplirá, hasta que se construya la nueva catedral. Ambos amábamos esa ciudad que tanto esfuerzo nos costó conquistar. ¿Sabéis...?, en una ocasión, mientras cenábamos en Santa Fe a la vista de Sierra Nevada en aquellos días del asedio a Granada, me dijo que le gustaría reposar allí para siempre, a mi lado. Y ahora, marchad los dos, necesito estar solo.

No había tiempo que perder. Castellanos y leoneses tenían unas Cortes que celebrar. Unas Cortes en las que se iba a decidir el futuro.

### *Palacio real de Medina del Campo, pocos días antes de Navidad de 1504*

Hacia ya casi tres años que todos los moros habitantes en los reinos de Castilla, de León y de Granada habían sido conminados a convertirse al cristianismo y bautizarse, so pena de exilio o de muerte si no lo hacían. Solo unos pocos optaron por mantenerse en su religión y se marcharon al norte de África; la mayoría aceptó el bautismo, aun a regañadientes, y permaneció en la tierra de sus mayores. Su tierra. Eran labradores, carpinteros, alarifes, yesaires, cordeleros, muleros, alfareros...

magníficos artesanos que trabajaban el barro, el cuero y la madera como nadie; expertos campesinos que cultivaban con esmero los campos de sus señores cristianos, los mejores en el aprovechamiento del agua para el riego; y maestros constructores de palacios e iglesias, duchos en el trabajo de edificar magníficos edificios con los materiales más humildes.

Todos los que se quedaron tuvieron que renegar de su religión, de muchas de sus costumbres, de su devoción por el profeta Mahoma y de su modo de rezar a Dios, pero, en lo más profundo de su corazón, aquellas gentes mantuvieron la fe que les habían inculcado sus mayores, aunque debieron hacerlo de manera clandestina, pues los oficiales de la Inquisición vigilaban atentamente para que no retornaran a sus antiguas creencias, igual que hacía con los judeoconvertos, permanentemente observados por si se convertían en relapsos y caían de nuevo en lo que la Iglesia consideraba la mayor de las herejías.

—Estoy convencido de que se ha resuelto el problema que los moros y los judíos suponían para una Castilla a la que mi esposa y yo queríamos solo cristiana. Ahora debemos centrarnos en solucionar los inconvenientes originados por la sucesión de Isabel. Para ello convocaré Cortes de Castilla y León para el mes de enero. —El rey Católico se dirigió así a Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, uno de los miembros de su mayor confianza entre cuantos formaban el Consejo Real.

Integrante de una de las familias más poderosas de Castilla, Fonseca se había decantado a favor de Fernando e Isabel en la guerra civil que siguió a la muerte de Enrique IV. Por ello, los Reyes Católicos le habían encomendado la dirección de delicadas misiones diplomáticas, como la negociación de la boda de sus hijos Juan y Juana con Margarita y Felipe de Austria, y la de Catalina con Arturo de Inglaterra. Su eficacia era tal que todas sus intervenciones políticas las había culminado con éxito. Llamado por el rey, Fonseca se había presentado en el palacio de Medina del Campo. Fernando lo recibió en su gabinete, frente a la chimenea y al calor de las brasas, en aquella fría mañana de diciembre. En el fuego ardían unos leños de pino que desprendían un intenso y agradable olor a resina. Sobre una mesa, junto a un crucifijo de madera y marfil, había desplegado un mapa de Europa, una esfera armilar, varios pliegos de papel y un tintero de plata con dos plumas de pavo real.

—Vuestra decisión de expulsar a los judíos fue muy acertada, alteza. De haber seguido entre nosotros, serían un grave problema. En cuanto a los moros..., bueno, la conversión obligada de esas gentes tal vez no resulte eficaz y haya que tomar medidas más drásticas con ellos —dijo Fonseca.

—Quizá —se limitó a musitar el rey.

—Una mañana ciertamente fría, mi señor —comentó Fonseca.

—Pues acercaos al fuego y calentaos.

—Lo necesito. Se agradece este fuego en un día tan frío como el de hoy. —El obispo se colocó frente a la chimenea, se quitó los guantes y extendió los brazos hacia las llamas.

—Fonseca, las Cortes deben celebrarse lo antes posible para que esos nobles que conspiran contra mí no tengan tiempo de organizarse.

—Vuestro yerno pretende presentarse en Castilla para reclamar el trono. Alega sus derechos por su matrimonio con doña Juana.

—Lo evitaremos —sentenció el rey—. Sé que estáis haciendo una gran labor al frente de la diócesis de Córdoba.

—Os lo agradezco, mi señor.

—Pero me gustaría pedir os un gran favor.

—Siempre a vuestro servicio, alteza.

—Ha quedado vacante la diócesis de Palencia, y he pensado que tal vez os interesara ocuparla como su nuevo obispo. ¿Qué opináis?

—¿Cambiar Córdoba por Palencia?

—Siempre que sea vuestro deseo y de vuestro agrado, por supuesto.

—Sabéis que estoy a vuestra entera disposición.

—Palencia es una gran diócesis y vos un excelente administrador.

—Mi único interés es servir a Castilla y a mi rey. —Fonseca parecía sincero.

—En ese caso, os propondré como nuevo obispo de Palencia.

—Me honra vuestra confianza.

—Pero hay algo más... Como os he dicho, creo conveniente celebrar cuanto antes las Cortes de Castilla y León. De modo que os pido que dispongáis todo lo necesario para convocarlas.

—Para la próxima primavera...

—Antes. En el plazo de un mes deben iniciarse las sesiones.

—¿Un mes, alteza? Es muy poco tiempo. Hay que enviar la convocatoria, que las ciudades elijan a sus delegados...

—Las Cortes tienen que celebrarse el próximo mes de enero en Toro —conminó el rey.

La elección de la sede no era casual; cerca de esta ciudad se había librado la batalla en la que Fernando e Isabel se impusieron al rey Alfonso de Portugal, que por su matrimonio con Juana, la hija del rey Enrique IV de Castilla, también reclamaba para sí el trono. La victoria de Fernando no había sido definitiva, pero el astuto aragonés se las ingenió para que pareciera contundente, y lo logró, consolidando así la monarquía de los Reyes Católicos sobre las aspiraciones del portugués, que tuvo que retirarse con el rabo entre las piernas.

—¿En Toro, decís? —repitió Fonseca.

—Sí, en Toro. Si no recuerdo mal, vos nacisteis allí.

—Sí, esa es mi ciudad natal, pero apenas hay tiempo...

—Vamos, don Juan, vos sois capaz de conseguirlo. Las Cortes Generales deben celebrarse en Toro en el plazo de un mes.

—Señor, haré lo que ordenéis.

—El archiduque Felipe de Austria no debe ceñirse la corona de Castilla y León de

ninguna manera —soltó de pronto el Católico.

—Pero, alteza... —Fonseca lo miró asombrado. Aquello iba en contra de las leyes del reino y del testamento de Isabel—, la reina, vuestra esposa, legó el reino a su hija doña Juana, y su esposo es el archiduque don Felipe, de modo que a él le corresponde ser rey. No hay nadie en el mundo mejor que vuestra alteza para tan alto cargo, pero vos renunciasteis al título de rey de Castilla el mismo día de la muerte de la reina Isabel. Castilla no puede estar sin rey... —Fonseca balbució amedrentado por la determinación del Católico.

—Mi esposa estaba muy enferma y sabía que nuestra hija Juana, dada su demencia, no está capacitada para gobernar estos reinos. Por eso me nombró gobernador de ellos. Y vos sabéis muy bien —Fernando se acercó a un palmo del rostro del obispo y lo miró fijamente— que la reina odiaba a don Felipe. Vos y yo tenemos la misma edad, Fonseca, y hemos compartido muchos momentos difíciles, desde la guerra con el portugués hasta la guerra con los sarracenos de Granada. Este es un tiempo peligroso, muy peligroso. Si mi yerno don Felipe se hace con el control de Castilla, este reino se convertirá en un mero instrumento de los intereses de su padre, el taimado don Maximiliano, que es el verdadero muñidor de todos estos enredos.

—Si me permitís una cuestión, señor, yo soy un año mayor que vuestra alteza —precisó Fonseca.

—Un año puede ser toda una vida o un solo instante. Tenéis una semana para convocar esas Cortes en Toro y un mes para convencer a los nobles y eclesiásticos para que apoyen mis propuestas. Ofrecedles dinero, cargos, privilegios, lo que sea; de la fidelidad de los nuncios de las ciudades y villas ya me encargo yo.

—Pero...

—Una semana, Fonseca, y un mes —zanjó el rey el debate.

—Las cartas de la convocatoria a Cortes saldrán hoy mismo.

—¡Ah!, y hacédle saber a ese corregidor..., García Sarmiento creo que se llama, que, como siga diciendo por ahí que el alma de mi esposa arde en el infierno, lo que en verdad arderá serán su carne y sus huesos en una plaza de Valladolid.

—¡Vaya!, ya ha llegado a vuestros oídos ese chisme.

—Hace unos días.

—Lo de ese orate es un caso aislado, alteza —objetó Fonseca—. Toda Castilla está sumida en el dolor y el duelo por la muerte de la reina. Cada día llegan noticias de las multitudes que acompañan en cada tramo del camino al catafalco que el maestro carpintero preparó para el traslado a Granada. No han importado los aguaceros que han caído durante el paso de la sierra de Guadarrama, ni los caminos enfangados en los alrededores de Toledo, ni el frío y los hielos de las madrugadas en los páramos congelados; en cada localidad donde llega la comitiva se ofrecen sentidas ceremonias y misas solemnes por el alma de su alteza la reina Isabel. Hasta el cielo y la tierra de Castilla lloran por su reina, como ya ocurriera cuando los malos



augurios presagiaron su muerte: los terremotos en Andalucía, la peste, la esterilidad de los animales, las inundaciones, las pérdidas de las cosechas de este año...

—¿Cuándo llegará el féretro a Granada? —demandó el rey, que no creía en que aquellas funestas señales del cielo estuvieran relacionadas con la muerte de Isabel.

—Está previsto que lo haga en dos o tres días a lo sumo. El correo que enviamos hace tres semanas ya dejó ordenado cuanto debía prepararse en esa ciudad para recibir el cadáver de doña Isabel. Todo ha sido organizado tal como ordenasteis, alteza.

—Por cierto, ¿en qué nobles podemos confiar? —demandó el Católico.

—Si os soy sincero, alteza, en pocos, en muy pocos.

### *Palacio de Prinsenhof, Gante, Flandes, Navidad de 1504*

Juana de Castilla jugueteaba con sus hijas Leonor, la mayor, de seis años de edad, e Isabel, de tres años y medio, ante una enorme chimenea en la que crepitaban al fuego varios gruesos troncos de leña. A través de los vidrios emplomados penetraba una tenue claridad procedente de la débil luz solar que se filtraba entre una densa capa de nubes blanquecinas y reverberaba en el suelo cubierto de nieve.

El lujoso palacio de Prinsenhof en la ciudad de Gante era el favorito de Juana. Lo que más le atraía de aquel formidable complejo de edificios era que disponía de unas amplias salas con enormes ventanales, orientados al sur, por los que entraba la luz a raudales. Prinsenhof estaba construido alrededor de nueve patios, con diversos edificios que albergaban trescientas habitaciones, varias de ellas de uso exclusivo para los archidukes, a las que nadie más podía acceder. Se había construido recientemente sobre los restos de una antigua fortaleza. El espacio era tan amplio que incluso disponía de un zoológico cuya principal atracción eran dos leones de espesa melena negra traídos de las montañas del Atlas, en el norte de África.

—Alteza, vuestra madre la reina Isabel ha muerto, sois vos la nueva soberana de Castilla y de León —anunció, arrodillado ante Juana, el mensajero recién llegado de Medina del Campo.

—Mi madre..., yo..., la reina...

—Así es, alteza. La corona os pertenece y Castilla y León os aclaman como soberana.

Las dos hijas de Juana se quedaron calladas, mirando asombradas a aquel hombre que hablaba en una extraña lengua que no comprendían y que estaba postrado de rodillas ante su madre.

—¿Qué ocurre, mamá? —le preguntó Leonor.

—Ha muerto vuestra abuela, la reina Isabel, y ahora yo soy la reina de Castilla. ¡Reina, mis cielos, soy la reina y vuestro padre es el rey! —repetía Juana una y otra vez, entre nerviosa y apenada, ante la atónita mirada de Leonor y la indiferencia de la

pequeña Isabel—. Y vuestro hermano Carlos será, cuando yo muera, el rey, el rey, el rey... —reiteraba Juana canturreando a veces, lloriqueando por momentos, en corro de la mano de sus hijas, como una niña más. En su demencia, la muerte de su madre, que su cabeza enferma percibió como una verdadera liberación, no parecía importarle demasiado.

—Señora... —el mensajero se incorporó y se hizo a un lado; la reina loca ya no parecía percatarse de su presencia.

—¡Qué ironía del destino! Ahora soy yo, aquella princesa díscola, la que no admitía convencionalismos, la que renegaba de las costumbres y de las normas, a la que todos consideraban una mujer extraña y presa de la enfermedad de la locura, quien ciño sobre mis sienes la corona de los reinos de Castilla y de León.

Además, a sus veinticinco años, también era la heredera al trono de los reinos y Estados de la Corona de Aragón, la sucesora en ellos en cuanto muriera su padre el rey Fernando.

Mientras daba giros y giros en el corro de la mano de sus hijas, la reina Juana se fijó en una vitrina donde destacaba la rosa blanca de plata con la gran esmeralda en el centro, uno de los regalos que le hizo Felipe cuando nació Carlos, y entonces recordó aquel día de fines de febrero del año 1500.

Eran las tres de la madrugada cuando dio a luz a su primer hijo varón. ¡Cómo olvidarlo! Los preparativos habían sido muy cuidados. Había ordenado comprar los mejores tapices de Gante, las más brillantes joyas de Brujas y las más delicadas telas de Lille para celebrar el nacimiento de su segundo hijo. Todo estaba dispuesto para tan extraordinaria ocasión, pero los planes se torcieron y los lujosos paños preparados para recibir al nuevo príncipe de nada sirvieron esa noche.

En aquella velada se celebraba una gran fiesta en el palacio de Prinsenhof. Juana estaba a punto de dar a luz, pero no quiso dejar solo a su marido. Durante la cena de gala había presenciado cómo Felipe observaba con ojos más que atentos a una joven y hermosa dama flamenca, a la que no cesaba de lanzar miradas y guiños insinuantes. Los celos la recomían.

Pasada la media noche, mientras los invitados a la fiesta bebían los mejores vinos de Borgoña y degustaban los sabrosos dulces de Brujas, todo en el orden que disponía el fastuoso ceremonial de la corte de Borgoña, con caballeros que servían la sal, el vino y el pan, Juana sintió unos espasmos en el bajo vientre. Se lo comunicó a una de sus damas de compañía, que le aconsejó que se retirara a descansar a sus aposentos. Juana, que seguía pendiente de los escarceos y las muecas de su esposo hacia la joven flamenca, se negó. De ninguna manera iba a dejar solo a Felipe, al alcance de los encantos de aquella hermosa muchacha. Además, llevaba puesto un anillo mágico al que se atribuía la propiedad de ser inhibidor de los dolores del parto, lo que le otorgaba la confianza de que nada malo podía sucederle.

El gran reloj de la sala de banquetes señalaba las tres de la madrugada cuando Juana volvió a sentir molestias en el vientre, ahora mucho más continuas. Ya era madre de una niña, por tanto conocía cuáles eran los síntomas que preceden al parto. Pero aquellos eran diferentes a los de la primera vez, de modo que supuso que se trataba de una mala digestión; el banquete había sido copioso, su estado de gestación era avanzado y había comido demasiado, de modo que se dirigió a una letrina de palacio.

Se levantó la falda del vestido para aliviarse, pero enseguida notó cómo su hijo pugnaba por salir. Asustada, llamó a grandes gritos a sus damas de compañía, que apenas llegaron a tiempo para ver cómo nacía su segundo retoño, un varón, el heredero de la casa de Austria. El príncipe Carlos vino al mundo en una letrina del palacio de Prinsenhof en la ciudad de Gante durante la festividad de San Matías.

Juana recordó que aquella noche su marido apenas se interesó por su nuevo hijo, a pesar de ser el primer varón. Había bebido demasiado y estaba más interesado en seducir a la hermosa dama de Gante que en atender a su esposa en el parto. Solo al día siguiente, todavía abotargado por el vino y la cerveza, con el recién nacido ya en su cuna, se acercó Felipe a preocuparse por la madre y el niño. El archiduque de Austria no era hombre de una sola mujer. Le gustaba galantear con las más bellas damas de la corte, seducirlas y llevarlas a su cama. Juana no soportaba los frecuentes idilios de su esposo, aunque este procuraba calmarla visitando su alcoba de vez en cuando y obsequiándola con espléndidos regalos, sobre todo carísimas joyas. Por el nacimiento de Carlos le regaló, entre otras cosas, una magnífica perla en forma de pera, la más grande que pudo encontrar, para que Juana la llevara colgada al cuello pendiente de una cadena de oro, obra del orfebre Wouters de Outhuesden, el guardajoyas de la familia Habsburgo.

Los Reyes Católicos habían recomendado a su hija que pusiera el nombre de Juan a su primer hijo varón, en recuerdo a sus dos abuelos, ambos reyes, que habían llevado ese nombre en Castilla y en Aragón. Pero Felipe de Austria rechazó esa propuesta y optó por bautizarlo con el nombre de Carlos, el del espléndido duque de Borgoña, al cual se apodó como el Temerario, a quien los Habsburgo, el nombre familiar de la dinastía de los Austrias, reconocían como el verdadero patriarca y fundador de su linaje.

—Mamá, mamá... —La voz de Leonor la hizo salir de sus recuerdos.

Juana se soltó de las manos de sus hijas y se acercó a un cofre de madera; lo abrió y extrajo un rico objeto que acarició suavemente. Era el anillo de oro que se había puesto para aliviar los dolores del parto años atrás. Como la mayoría de las mujeres, Juana confiaba en que ese anillo protegiera su embarazo de todo mal si lo llevaba puesto los días previos al parto, pues uno de sus consejeros le había dicho que un tal Raissius había escrito un libro en el que refería que el uso de un anillo bendecido

cuidaba de la madre y del niño en el alumbramiento. Juana, entre divertida e irónica, se hizo traer ese anillo de oro de la abadía de Anchin, cuyo abad lo había consagrado y asegurado que la aliviaría de los dolores del parto, como ocurrió con el anillo que san José regaló a su esposa la Virgen María, y así nació Jesús sin provocar dolor alguno a su madre, según se leía en escrituras sagradas. Juana no quería volver a sufrir los dolores de su primer parto, cuando dio a luz a su hija Leonor, de modo que durante el embarazo de Carlos no se separó del anillo de oro.

—Vuestro hermanito Carlos será un gran rey —musitó Juana mientras Leonor se había retirado a recoger su muñeca vestida con ropitas de seda e Isabel la miraba embobada—. ¿Sabéis, mis niñas? —Juana dibujó una enigmática sonrisa—, cuando yo nací nadie imaginó que algún día podría llegar a ser la reina de Castilla. Durante toda mi niñez y mi infancia solo fui Juana, la muchacha rebelde y extraña que jamás obedecía las reglas. Nunca tuve una casa a la que llamar hogar.

—¿No vivías en un palacio? —le preguntó Leonor, cuyos ojos claros destacaban como redondas gemas de ópalo azul en su carita ovalada.

—Sí, tus abuelos los reyes Fernando e Isabel tenían varios palacios en Castilla, pero ninguno tan grande ni espléndido como este de Gante, ni siquiera como el de Bruselas. Mis padres siempre iban de un lado a otro y muchas veces me llevaban con ellos. Nunca estábamos más de dos o tres meses en un lugar; siempre anduvimos por caminos, sendas y veredas, pues vuestros abuelos estaban luchando contra los moros y conquistando tierras o gobernando sus reinos.

—¿Quiénes son los moros? —demandó Leonor.

—Unas gentes que vivían en una ciudad llamada Granada, que mi padre conquistó, y que rezan a un dios falso.

—¿Ibas con ellos?

—Sí. Yo los acompañaba en algunas ocasiones junto a mis hermanos; apenas permanecíamos una o dos noches en un castillo, un palacio, un monasterio o una modesta casa de aldea, para ponernos de nuevo en marcha por esos senderos polvorientos y ardientes en verano, llenos de barro en primavera y helados y cubiertos de nieve en invierno. Y así un día tras otro, una semana tras otra, un mes tras otro...; solo de vez en cuando, en los días más duros del invierno, solíamos reunirnos toda la familia en el alcázar de Segovia, un castillo de piedra encaramado en lo alto de una roca, donde vuestra abuela, la reina Isabel, nos leía libros de caballeros y damas; allí estudiábamos latín, aprendíamos música y recitábamos poemas.

»Hasta que uno de aquellos años, cuando yo ni siquiera tenía dieciséis, mi madre me dijo que debía marchar a una lejana tierra en el norte, llamada Flandes, porque me iba a casar con un joven príncipe, el nieto de un gran señor, y que yo sería alguna vez emperatriz, que es más que reina.

—Mamá, ¿yo también seré reina? —le preguntó Leonor, que ahora seguía el relato de su madre con sus ojos azules atentos a cualquier detalle.

—Ya lo eres hija, eres mi pequeña reina. —Juana la abrazó con fuerza.

—¡Soy reina! —exclamó sonriente Leonor a la vez que miraba a su hermanita, la pequeña Isabel, que observaba embobada a su hermana mayor.

—Las dos sois mis pequeñas reinas —dijo Juana.

—¿Vendrá hoy nuestro padre a vernos? —le preguntó Leonor.

—Felipe, Felipe... —bisbisó Juana pensando en su esposo, al que pese a tantos engaños amaba con la pasión propia de su demencia—. No lo sé, mi cielo; está muy ocupado con sus asuntos de gobierno, pero siempre os tiene presentes en su cabeza. —Y Juana se mordió los labios porque supuso que su esposo tal vez estuviera en esos momentos retozando en la cama con alguna de sus muchas amantes flamencas.

Y de nuevo, a la vista de la rosa de plata con la gran esmeralda, volvieron los recuerdos. Lo que Juana de Castilla no pudo hacer en el precipitado nacimiento de su hijo Carlos lo dispuso para el bautizo, que se celebró con toda solemnidad dos semanas después del parto. Seis heraldos y seis trompeteros anunciaron que el hijo varón de los archiducos de Austria iba a recibir el bautismo purificador. La cámara real fue decorada con ricos tapices elaborados por el maestro Pedro de Warenghien, la cama se forró con dos grandes cubiertas de armiño punteadas con hilo de oro, elaboradas en el taller de Jean du Pont, el más afamado tapicero de Bruselas, sobre las cuales se bordaron las armas de Austria y de Castilla y de Aragón. Carlos, envuelto en una manta de piel de armiño y colocado sobre un almohadón de seda carmesí ribeteado de hilo de oro, fue llevado a la pila bautismal, ante el altar de la iglesia de San Juan de Gante, que se había adornado con un rico dosel sujeto con cuerdas doradas.

Tras el bautizo, Carlos recibió el título de duque de Luxemburgo y un escudo de armas con el emblema de la Orden del Toisón de Oro, la legendaria cofradía de caballeros fundada por su bisabuelo Carlos el Temerario, que ahora presidía Maximiliano de Austria.

—En aquellos días nadie podía imaginar lo que el destino tenía dispuesto para el pequeño Carlos de Austria —comentó Juana sin dirigirse a nadie en concreto—, pero ahora... ahora mi hijo es el heredero del mayor conjunto de reinos y Estados del mundo.

Hacía una semana de la última ocasión en que había dormido con su marido. Esa misma noche Felipe se presentó en la alcoba de Juana para montarla como un garañón en celo; estaba eufórico al saberse rey desde que conoció la muerte de su suegra. Era la primera vez que holgaba con una reina, y eso lo excitaba sobremanera.

Solo habían pasado siete días de aquel envite amoroso, pero Juana supo que volvía a estar preñada.

*Valladolid, reino de Castilla, principios de enero de 1505*

Pedro Losantos acariciaba los cabellos de Juana de la Cruz, que olían a lavanda. Juana siempre olía a lavanda. Veintitrés años habían pasado desde su boda en Toledo y seguía sintiendo la misma atracción por aquella mujer que en los primeros de casados. Acababan de hacer el amor y permanecían abrazados, intercambiándose afectos y arrumacos y proporcionándose calor mutuo en aquella fría noche de invierno.

—No puedes negar que una vez fuiste judío —ironizó Juana de la Cruz mientras acariciaba el miembro ya flácido de su marido—. Alguna vez he tratado de imaginar cómo será hacerlo con una..., bueno, con una de estas sin circuncidar.

—Pues vete olvidando de ello; esta es la única que vas a probar. Y si sigues enredando...

—¡Vaya!, ya casi tienes cincuenta años, no me digas que...

—Continúa con ese juego y ya verás.

El miembro viril de Pedro comenzaba a responder a los estímulos de Juana.

—A ver si vas a dejarme embarazada otra vez; todavía tengo el período, pero ya no estoy en edad...

—Conoces remedios de sobra para que eso no ocurra.

Juana de la Cruz era una mujer madura a la que la belleza no había abandonado pese a que andaba cerca de los cuarenta y cinco años. Morena de piel y de cabello, sus ojos melados brillaban con una claridad extraordinaria. Había aprendido de su madre, curandera judía en un pueblo de las montañas de Alcoy, todas las propiedades y remedios que podían extraerse de las hierbas, que su marido utilizaba para curar o aliviar a sus pacientes. Elaboraban las cremas y los bebedizos en secreto, pues ambos eran conscientes de que una pareja de judíos conversos destilando hierbas y mezclando pócimas podrían ser acusados de brujería, lo que los conduciría a la hoguera sin remedio.

Si no tenían cuidado, podría ocurrirles lo mismo que a una mujer de una aldea cercana a Valladolid, que un mes atrás había sido ejecutada según una sentencia en la que se decía que había acordado maléficos tratos con el diablo, por elaborar satánicas recetas y prohibidos filtros de amor para apoderarse de la voluntad de vírgenes doncellas, a fin de adueñarse de su decisión para que se entregaran inconscientes a hombres lascivos que deseaban poseer sus cuerpos. Aquella pobre mujer, acusada de bruja, hechicera y puta, había sido condenada a muerte por el tribunal de la Inquisición. Vestida con un sambenito y con un cartel al cuello en el que se la tildaba de hereje diabólica, la pasearon montada sobre un borrico por las calles de Valladolid para que fuera humillada y vejada por la multitud antes de ser estrangulada con el garrote y luego quemada en la plaza Mayor.

—También conozco el remedio para que este soldado se mantenga firme durante mucho más tiempo —comentó Juana sin dejar de acariciar el pene de su esposo.

—No creo que sea necesario por ahora —dijo Pedro Losantos, que se colocó encima de Juana y la penetró de nuevo.

Al sentir el miembro de su esposo dentro, Juana jadeó y tensó los músculos de su espalda como las cuerdas de un laúd, apretando con fuerza sus piernas sobre las caderas de Pedro, que se movía arriba y abajo, a izquierda y a derecha intentando proporcionarle todo el placer. En la penumbra, los ojos melados de aquella mujer parecían brillar con luz propia y sus besos sabían a hierbabuena.

Por fin, Pedro Losantos se derramó dentro de Juana, que sintió cómo una descarga intensa y dichosa recorría toda su espalda y estremecía cada porción de su piel.

—Te amo, te amo —le susurró ella al oído mientras le mordisqueaba el lóbulo.

Pedro acarició a Juana y la besó con dulzura; durante un buen rato se mantuvieron abrazados. Ninguna fuerza en el mundo hubiera sido capaz de separarlos en esos momentos.

—Se me ha despertado el apetito —dijo Pedro—. Voy a por un poco de comida. ¿Te traigo algo?

—No. Lo que quiero es que vuelvas pronto.

—Enseguida —dijo Pedro.

El médico le dio un largo beso y luego se levantó, cogió el candil alimentado con una mezcla de aceite de oliva y sebo de carnero y se dirigió a la cocina en busca de cualquier cosa comestible. Sobre la alacena encontró un poco de pan, un pedazo de queso y una manzana, de lo que se dispuso a dar buena cuenta.

El rescoldo de las brasas de la chimenea apenas iluminaba de un pálido tono rojizo la cocina, y la ambarina luz del candil perfilaba sobre la pared la figura de Pedro Losantos. Mientras acababa la manzana, sonrió al contemplar las sombras del interior de su casa, una vivienda situada en una calle estrecha entre la plaza Mayor y la iglesia de Santiago de Valladolid, ni grande ni lujosa, pero de aspecto cálido y limpio, que olía a un verdadero hogar.

Pedro regresó a la cama y se acurrucó junto a Juana. Seguía oliendo a lavanda.

—Tienes las manos frías —dijo ella.

—En un par de días salgo para Toro. El rey va a celebrar allí una trascendente sesión de Cortes y me ha ordenado que vaya con él —comentó Losantos abrazado a su mujer.

—Don Fernando tiene sus propios médicos...

—Pero no se fía de ellos y confía en mí más que en ningún otro. Hasta ahora he sido el de su esposa y sus hijos, pero el rey quiere que sea yo quien cuide de su salud. Sus médicos son cristianos viejos, y dice que los médicos judíos somos mejores.

—A pesar de tu origen...

—Suele hacer bromas con ello, y de vez en cuando me lo recuerda. Yo le digo que soy cristiano, pero dibuja una mueca de risa y me mira con ironía. Podría replicarle recordándole que él también tiene sangre judía en sus venas por su tatarabuela.

—No lo hagas, al rey no le gustaría que le recordaran eso.

—Descuida, no cometeré ese error, y menos aún cuando veo el interés que demuestra por mí. No me gustaría que lo perdiera.

—No entiendo por qué el rey tiene ese interés por ti.

—Tal vez porque no tiene a nadie más en quien confiarse. El día que murió doña Isabel me dijo que me haría algunas propuestas; no sé a qué se refería, pero me habló de lealtad y fidelidad. Creo que necesita alguien en quien confiar de verdad, y tal vez haya decidido que puedo ser yo.

—Aunque seas de origen judío...

—Cuando me lo comenta, yo le respondo que, aunque nací judío, como Jesús, soy un buen cristiano y cumplo con todos los preceptos de la Santa Iglesia Romana.

—¿Con todos?

—Bueno, con casi todos —sonrió Losantos.

—Ten mucho cuidado, esposo. Los reyes no son de fiar.

—Lo tendré. No olvido, nunca lo hago, que la Inquisición anda vigilando a todos los que, aunque ahora profesamos la fe en Cristo, en otro tiempo fuimos fieles a la ley de Moisés.

Tanto Pedro como Juana estaban al corriente de que cada día eran más los clérigos que desde los púlpitos de las iglesias pronunciaban encendidos sermones en los que acusaban a los conversos de haberse bautizado por conveniencia y no de corazón. Algunos los llamaban «marranos» y los tildaban de hipócritas y de mentirosos. Por eso, cualquier converso corría peligro de ser acusado de relapso y de seguir practicando la religión judía en secreto. Y, en ese caso, la reincidencia como judaizante se penaba incluso con la muerte.

—¿Tu corazón es cristiano? —le preguntó Juana a su esposo.

—Mi corazón es tuyo —le respondió.

### *Toro, reino de León, mediados de enero de 1505*

El rey Fernando llegó a Toro una fría tarde de enero. A pesar del terreno llano, el desplazamiento desde Valladolid fue penoso y molesto, dada la abundante cantidad de nieve acumulada en los caminos, que hacía muy difícil y lento el avance de las acémilas y el de los carros de la comitiva real, en la que figuraba Pedro Losantos.

A lo largo de esa semana fueron llegando los procuradores convocados a las Cortes de Castilla y León; nadie quería perderse semejante acontecimiento, en el que una nueva soberana sería jurada como reina en esa ciudad a orillas del Duero. Fernando recibió en persona a algunos de ellos, a los más influyentes, y procuró convencerlos para que apoyaran su posición en las Cortes.

En las semanas previas, Fernando el Católico ya había enviado a varios hombres de su confianza para tratar con los procuradores más influyentes de las Cortes sobre la conveniencia de apartar del trono a Felipe de Austria. El rey de Aragón alegaba



que Castilla perdería su independencia y que, con Felipe al frente, se convertiría en una pieza más del conglomerado de Estados que gobernaba la casa de Habsburgo.

Garcilaso de la Vega, comendador mayor de León, Miguel Pérez de Almazán, el que fuera secretario de la reina Isabel, Luis Zapata, letrado de las Cortes, y Martín Hernández Angulo, arcediano de Talavera, se habían reunido como comisionados para preparar las sesiones. Aquel día habían comido una reconstituyente sopa de pan y huevos y un excelente asado de carnero con hierbas y nabos en una fonda a orillas del río Duero, cerca del puente, y en torno a una jarra de buen vino debatían a la lumbre de una cálida chimenea sobre los problemas que se avecinaban.

—Castilla y Aragón son dos reinos distintos. Tras la muerte de doña Isabel, don Fernando ha dejado de ser rey de Castilla y León, de modo que lo que tiene que hacer es marcharse a Aragón y dejar que gobierne doña Juana, que es la legítima heredera y la dueña legal de estos reinos —comentó Garcilaso.

—Esa es la ley y, como no podía ser de otra manera, esa fue la voluntad de doña Isabel, la que debemos cumplir —ratificó el letrado Zapata.

—Será la ley, señores, pero sabéis bien que doña Juana está impedida para reinar, absolutamente impedida. Si cumplimos al pie de la letra el testamento de su alteza doña Isabel, será don Felipe de Austria el verdadero soberano de Castilla. Y los que lo conocéis ya sabéis cuáles son sus verdaderas intenciones —terció el secretario de la reina, el discreto pero firme Miguel Pérez, que miró a su alrededor para comprobar que en ese momento no había nadie más en esa estancia de la fonda.

—No tenemos otra opción. Nuestras leyes nos obligan a proclamar a doña Juana y a don Felipe como soberanos legítimos —dijo Garcilaso.

—Existe una alternativa; una alternativa que no vulnera la ley —intervino el secretario.

—Vos diréis —lo retó Garcilaso.

—Nombremos a don Fernando gobernador perpetuo de Castilla, como era la voluntad de la reina Católica. Que los reyes nominales sean doña Juana y don Felipe, no importa demasiado, pero que el poder efectivo lo tenga en sus manos el rey Católico; bueno, y si no es perpetuo, al menos que lo ejerza hasta que el príncipe Carlos cumpla veinte años y pueda convertirse en nuestro legítimo soberano.

—¿Un extranjero, dueño de Castilla? —se preguntó Garcilaso.

—¿Os referís a don Fernando? —demandó el secretario Almazán.

—Claro, ¿a quién si no?

—¿Extranjero don Fernando? Su padre, el rey don Juan, era castellano, y él mismo ha sido rey de Castilla y de León durante treinta años. Ha vivido más tiempo aquí que en cualquier otra parte. Gracias a él, Castilla es ahora dueña de Granada y de las Indias del mar Océano, y es él quien mantiene a los turcos a raya en el Mediterráneo —explicó el secretario.

—Abrid los ojos a la realidad, don Martín: Castilla y Aragón son dos reinos bien diferentes. No compartimos leyes, ni instituciones, ni monedas; los tribunales de la Santa Inquisición son distintos, y ahora ni siquiera tenemos el mismo rey. Doña Juana es nuestra reina y don Fernando el de los aragoneses. Ya no tenemos nada que ver con ellos. —Garcilaso se acercó a la chimenea, donde ardían unos leños, y extendió las manos para calentarse.

—Doña Juana es la reina de Castilla, pero también es la heredera de Aragón; cuando don Fernando muera...

—Cuando el aragonés muera, doña Juana no reinará en los dominios de su padre. En Aragón, y lo sabéis bien, las mujeres no pueden reinar, les está vedado el gobierno por sus leyes —insistió Garcilaso—. Cuando don Fernando pase a mejor vida, esos tercios y rudos aragoneses apelarán a sus dichosos fueros y no consentirán que los gobierne una mujer, y mucho menos si es castellana. ¿Y sabéis qué harán entonces? Se reunirán con catalanes y valencianos, como hicieron cien años atrás en Caspe, en unas Cortes o en un parlamento o en un cónclave, o como diablos quieran llamarlo, y decidirán quién ha de ser su nuevo rey. Así es como hacen las cosas nuestros vecinos del este.

—Lo ocurrido en Caspe no se volverá a repetir —intervino el letrado Luis Zapata, en referencia al Compromiso de Caspe, donde nuncios de Aragón, Cataluña y Valencia se reunieron para designar un rey para la Corona de Aragón a falta de un sucesor directo tras la muerte de Martín el Humano sin herederos.

—¿Ah, no? ¿Y qué creéis que harán entonces nuestros vecinos? —inquirió Garcilaso.

—Aplicarán sus leyes, nombrarán un Consejo del reino y jurarán como soberano al príncipe don Carlos. Las mujeres no pueden reinar en Aragón, pero sí transmitir el derecho de sangre, la potestad del reino y la autoridad real. Doña Juana nunca será reina ejerciente en Aragón, pero sí transmitirá la autoridad real que lleva en su sangre a su hijo don Carlos —asentó Zapata.

—¡Estupendo! Un niño extranjero, criado en Flandes, reinante en Aragón, que además es el hijo de la reina de Castilla, la cual no ejercerá el gobierno en ninguna parte porque carece de la capacidad mental para hacerlo en Castilla y de la legal para hacerlo en Aragón. De modo que, cuando muera doña Juana y su hijo don Carlos herede Castilla, lo hará ya como rey de Aragón, supongo, y en ese caso el nombre de Aragón precederá a los de Castilla y León para siempre. Como comprenderéis, mis queridos amigos, no lo pienso consentir. —Garcilaso se alejó del fuego frotándose las manos.

—Existe una tercera vía —habló el discreto arcediano de Talavera. Martín Hernández se había mantenido callado hasta ese momento.

—Explicaos —le pidió Garcilaso.

—Declaremos en las Cortes de Toro a doña Juana incapaz para el gobierno, que lo avalen informes médicos y jurídicos; nombremos entonces un Consejo de

Regencia y juremos como rey a don Carlos, el cual se hará cargo del trono cuando cumpla veinte años de edad —propuso el arcediano.

—Demasiado tiempo de espera; para que eso ocurra faltan quince años. Y además, os olvidáis de don Felipe; el esposo de la reina Juana reclamará los derechos al trono que le corresponden por su matrimonio. Ya tenemos abundantes problemas con Francia y ahora también los vamos a tener con Aragón y con la casa de Austria. La amenaza turca sobre nuestras costas del Mediterráneo va en serio y no podemos olvidar que estamos descubriendo y conquistando un nuevo mundo más allá del océano. Necesitamos como rey, o al menos que ejerza de rey, a un hombre con experiencia, no a un niño sin capacidad para mandar. —Garcilaso se sentó y apoyó los codos sobre la mesa, colocando la cabeza entre sus manos—. Señores, menudo dilema...

—Llamáis extranjero a don Fernando, que lleva entre nosotros treinta y cinco años y cuya sangre es toda castellana, y pretendéis proclamar como rey a un niño que ha nacido en la lejana ciudad de Gante, que está siendo educado a la flamenca según las costumbres de la corte de Borgoña y al que ni siquiera, por lo que sé, le están enseñando a hablar nuestra lengua. Su idioma natal debe de ser el alemán, o el flamenco, o el francés, cualquiera de ellos, supongo, pero no el castellano. Su madre se ha desentendido de él, lo ha dejado al cuidado de su tía doña Margarita y lo están educando damas y preceptores borgoñones, parientes de su esposo; todos sus maestros son flamencos. ¿Será ese muchacho un buen rey para nosotros?

—Todavía es un niño. Reclamaremos que el príncipe Carlos sea enviado de inmediato a Castilla para ser educado en nuestras costumbres, como corresponde al heredero de estos reinos. No creo que sus padres pongan el menor reparo. Desde que nació, ambos se han despreocupado de su hijo mayor; apenas lo conocen, de manera que eso facilitará las cosas y la adaptación del príncipe a la manera de vida, modos y usos de esta tierra. Recibirá educación en Valladolid y en León hasta que cumpla la mayoría de edad y se siente en el trono como soberano —asentó Garcilaso.

—Parece que tenéis todo previsto —repuso Almazán—; pero olvidáis algo muy importante. Hace cuatro meses, el rey de Francia y el... archiduque Felipe de Austria —Almazán evitó denominarlo rey— firmaron un acuerdo matrimonial, que ya pactaron hace al menos tres años con el visto bueno de don Maximiliano de Austria, por el cual sus respectivos hijos, el príncipe Carlos y la princesa Claudia de Francia, se casarán cuando ambos cumplan la mayoría de edad legal para ello. Parece que este acuerdo va en serio, pues el rey Luis ha entregado a los Habsburgo las rentas de la rica región de Artois como dote y garantía de aquel. Supongo que comprenderéis que, si solicitamos ahora que envíen a don Carlos a Castilla, tanto Luis de Francia como Maximiliano de Austria lo considerarán un acto hostil, y eso podría significar una nueva guerra.

—En ese caso —terció el arcediano de Talavera, que asistía expectante a la pugna dialéctica entre Garcilaso y Almazán—, su alteza don Fernando no dudaría en

intervenir, y todos afrontaríamos gravísimos problemas.

—Podemos intentar romper ese compromiso matrimonial —dijo Luis Zapata.

—Si hacemos eso, considerad como declarada la guerra contra Francia, contra el Imperio y contra Flandes, por supuesto, e incluso contra Portugal, y tal vez contra el papa; ¿queréis que siga? —sentenció Almazán.

Todo parecía muy confuso. Ante semejante panorama, nadie era capaz de predecir los inesperados vaivenes que podían dar los acontecimientos.

*Toro, 23 de enero de 1505*

El palacio de Toro era un macizo edificio de piedra flanqueado por dos torreones al que se accedía por un portón de madera con arcos de piedra, como si se tratara de la portada de una antigua iglesia. Su salón estaba repleto de procuradores en Cortes, sentados en riguroso orden según sus rangos en los tres brazos que las componían: la nobleza, el clero y las universidades de ciudades y villas. Al lado derecho del estrado, sobre una peana de madera pintada en rojo y negro, se mostraban los pendones de Castilla: una banderola con un castillo dorado de tres torres sobre fondo carmesí; y de León: este animal coronado y rampante hacia la izquierda en color púrpura sobre fondo blanco; escoltados por dos heraldos reales ataviados con sobrevestes bordadas con las armas y blasones, tocados con bonetes ajedrezados en rojo y blanco y armados con mazas de plata.

En las reuniones previas celebradas en Toro, en los días inmediatamente anteriores a la apertura solemne de las Cortes, los procuradores más influyentes se habían puesto de acuerdo en las resoluciones a tomar, de modo que las sesiones plenarias iba a constituir un simple trámite. En eso confiaba el rey.

Abierta la sesión por el presidente Garcilaso de la Vega, el secretario Martín de Mójica, maestresala de doña Juana, comenzó a leer un largo informe en el que, tras narrar diversos acontecimientos bien conocidos y aducir informes diversos, concluyó:

—Por tanto, la reina Juana, legítima propietaria de estos reinos, no se encuentra en condiciones de ejercer el gobierno. —A continuación, desplegó un documento del año 1475—. Según esta sentencia arbitral de Segovia, se acuerda que el nombre del rey Fernando precederá al de la reina Isabel en la documentación de la cancillería real, pero las armas de Castilla y de León precederán a las de Aragón en los escudos y emblemas. —Mójica miró entonces a Garcilaso, que le hizo un gesto afirmativo con la cabeza para que siguiera—. A la vista de esta sentencia y del testamento de la reina Isabel, que Dios tenga en su gloria, estas Cortes están facultadas, vistos los informes recibidos de los juristas y los médicos que se adjuntan, para declarar a la reina Juana como inhábil para gobernar, debido a que su estado no es el adecuado para ello. Pero, comoquiera que la reina Católica se guardó el derecho de ser ella la que transmitía en exclusiva el título real de Castilla y de León, y que su última voluntad fue que su

esposo don Fernando de Aragón, que el mismo día de la muerte de la reina renunció al título real de Castilla y de León que durante tantos años ostentó, quedara como gobernador, estas Cortes juran a doña Juana como legítima reina, pero otorgan a su alteza, el rey don Fernando, la gobernación y la regencia de estos reinos hasta que Carlos de Gante, el hijo varón mayor de doña Juana y don Felipe, alcance la mayoría de edad. —Mójica mostró en alto el testamento original de la reina Isabel.

—¿Aceptan las Cortes de Castilla y León esta resolución? —preguntó Garcilaso de la Vega con voz firme y tono decidido.

—¿Cómo podemos estar seguros de que la reina Juana no está en condiciones de ejercer la potestad real? —demandó un procurador de la ciudad de Zamora en medio del murmullo de los demás procuradores.

—Además de la voluntad de la reina Isabel, disponemos de varios informes que lo acreditan. Doña Juana está enferma y su mal no tiene cura posible. Es nuestra reina, pero no puede ejercer como tal —aclaró Garcilaso.

—¿Está de acuerdo don Fernando? —intervino el duque de Nájera, el principal opositor a que el Católico se hiciera con el gobierno.

—En esta escritura —Mójica mostró entonces una carta— firmada en el día de ayer, su alteza don Fernando declara que, si las Cortes así lo deciden, y dada la incapacidad de su hija la reina Juana para ejercer el gobierno, él está dispuesto a hacerlo en su nombre.

—Don Fernando ya no es nuestro rey y, además, la reina tiene un esposo legítimo que también es rey: don Felipe —asentó el de Nájera, que se dio cuenta de que los partidarios del Católico estaban imponiendo su criterio.

Un nuevo y más intenso murmullo se extendió por los asientos de los procuradores; muchos de ellos nada sabían de lo que se había pactado en secreto en los últimos días y andaban bastante confusos.

—¡Aprobemos la propuesta! —gritó una voz, a la que apoyaron otras.

—¡Doña Juana es nuestra reina y don Felipe nuestro rey! —gritó el de Nájera.

—¡Don Fernando llevó a las armas de Castilla y de León a la victoria en Granada! Merece ser nuestro señor —clamó otra voz.

—Señores, votemos la resolución que se ha propuesto ante estas Cortes —propuso Mójica, para desesperación del conde de Nájera.

La resolución leída por Mójica se aprobó por mayoría entre los aplausos de algunos, sobre todo los procuradores de las universidades, aunque varios miembros del brazo nobiliario lo hicieron a regañadientes y otros se negaron a votar.

—Señores, os recuerdo que todos estamos obligados bajo juramento a guardar secreto de lo que aquí se ha deliberado.

Un escribano se deslizó sigiloso hasta una sala contigua al gran salón del palacio, donde Fernando el Católico aguardaba paciente, sentado en compañía de los arzobispos de Toledo y de Sevilla, el veredicto de las Cortes, y le susurró algo al oído del rey de Aragón. Sus partidarios le habían dicho que disponía de los votos

suficientes como para hacer triunfar sus propuestas, pero nada se podía asegurar hasta llegado el momento de la votación, de modo que Fernando se mostraba inquieto y preocupado, aunque su temple y su experiencia le hacían parecer sereno y confiado.

Instantes después de hacerlo el escribano, entraron en la estancia Juan de Fonseca y Juan Velázquez, contadores mayores, Martín Hernández de Angulo, el secretario Miguel Pérez de Almazán y Bartolomé Ruiz de Castañeda.

—Señor —anunció Juan de Fonseca—, las Cortes de Castilla y León han jurado por reina a vuestra amada hija doña Juana, por rey a su esposo don Felipe y por heredero a vuestro nieto don Carlos, príncipe de Asturias y duque de Luxemburgo, pero también han aprobado una resolución que declara a doña Juana incapacitada para ejercer el gobierno, de manera que os piden que sea vuestra alteza quien desempeñe ese cometido hasta que el príncipe Carlos alcance la mayoría de edad.

—¿Alguien se ha opuesto a esta resolución? —preguntó el Católico.

Se hizo un denso silencio antes de que Fonseca contestara.

—Algunos nobles no la han votado a favor, pero tampoco la han rechazado.

—Supongo que entre esos estarán el duque de Nájera y don Pedro Manrique —dijo Fernando.

—Así es, alteza; y además el duque de Medina Sidonia, el duque de Benavente, el señor de Belmonte... y algunos más.

—Lo esperaba; nunca les caí bien a todos esos..., pero acepto, puesto que mi hija está incapacitada para hacerlo, yo seré el gobernador de Castilla y de León. Aunque nunca se gobierna a gusto de todos, yo he sido su rey durante treinta años, supongo que podrán soportarme durante algunos más.

### *Bruselas, Flandes, fines de febrero de 1505*

Los nuncios castellanos, que habían hecho el camino de Castilla a Flandes en quince días, estaban asombrados ante la lujosa grandiosidad del palacio de los soberanos de Flandes en Bruselas, y se quedaron boquiabiertos ante los amplios ventanales cerrados con vidrieras emplomadas y las paredes cubiertas por extraordinarios tapices y por cuadros de los más afamados pintores flamencos, como Van Eyck, Van der Weyden, Memling o Van der Goes. A su lado, los palacios hispanos de los Reyes Católicos eran poco más que oscuras casonas de labradores acomodados.

Hacía un par de semanas que Felipe de Austria conocía la resolución de las Cortes de Castilla y León, de modo que ya estaba preparado para la visita de Juan de Fonseca, obispo electo de Palencia, y Lope Conchillos, los dos embajadores castellanos enviados por Fernando el Católico, a los que recibió en el gran salón de su palacio de Coudenberg. En realidad llevaba tiempo esperando esa noticia y se había preparado para afrontarla. Desde que murieran los príncipes Juan y Miguel y el derecho sucesorio pasara a Juana, Felipe sabía que cuando muriera la reina Isabel él

sería el nuevo soberano de Castilla.

Hijo de Maximiliano, archiduque y heredero de la casa de Austria, señor de Flandes y de Borgoña, había sido educado para ser rey y emperador. Desde muy pequeño había vivido rodeado de aduladores y siervos atentos a complacer el más mínimo de sus caprichos, y de bellas damas que lo consideraban como uno de los más apuestos y hermosos caballeros del siglo.

Dotado de un destacado porte y de una notable elegancia que aumentaba con magníficos vestidos, elegantes sombreros y lujosas joyas, Felipe de Austria se mostraba confiado en su poder y en su dominio. Era alto y bien proporcionado de miembros. De cabello largo y rizado, entre rojizo y rubio de color, su rostro denotaba una sensualidad desbordante. Los ojos azules, de mirada entre melancólica y lasciva, las cejas rectas y finas, la nariz grande pero elegante, los labios gruesos y el cuello fuerte y recio, aunque con una incipiente papada, lo destacaban como un hombre apuesto y varonil, de gran atractivo para las damas de la corte de Flandes, muchas de las cuales andaban deseosas de recibir sus galanteos amorosos.

Tras ser anunciados por un ujier, los dos legados castellanos se acercaron hasta colocarse frente a Felipe, tal cual les habían indicado que hicieran, y se presentaron con toda solemnidad. El archiduque vestía un traje de terciopelo marrón, con un collar de oro al cuello del que pendía el Toisón de Oro, y se cubría con una cómoda gorra de paño negro. Estaba sentado en un trono dorado, en uno de los lados del gran salón del palacio de Coudenberg, de espaldas a los enormes ventanales por los que penetraba una luz perlada que perfilaba su silueta como enmarcada por un nimbo sacro, lo que deslumbró a los dos embajadores.

—Alteza —el embajador castellano habló en latín, pues le habían explicado que Felipe desconocía el castellano—, las Cortes reunidas en la ciudad de Toro han proclamado a vuestra esposa, doña Juana, y a vos, don Felipe, reyes de Castilla y de León, a vuestro hijo don Carlos, heredero, y a don Fernando gobernador de...

—No. No voy a consentir que mi suegro se entrometa en mis asuntos —asentó Felipe, también en latín, lengua que hablaba con soltura, con un tono que quiso parecer sereno, pero que denotaba una furia contenida cuando Juan de Fonseca le comunicó oficialmente la resolución adoptada en las Cortes de Toro—. De ninguna manera condicionarán mis derechos esas Cortes.

—Esta es la escritura que...

—Ya conozco su contenido. —Felipe de Austria no dejó acabar la frase a Fonseca; cogió con rapidez el documento que le ofrecía y lo depositó encima de una mesa, sin siquiera molestarse en ojearlo—. Yo soy el legítimo rey de Castilla, y solo a mí corresponde el gobierno de ese reino. —Felipe se mostraba muy enojado.

—Las Cortes han resuelto que sea don Fernando quien...

—Las Cortes no están por encima del rey. Enviaré unos delegados a Castilla para que hablen con mi suegro. Don Fernando tendrá que renunciar a ejercer como gobernador de Castilla y dejar en mis manos su gobierno.

—Señor, las Cortes...

—¡Yo soy el rey! —exclamó Felipe tajante.

—Alteza —los nuncios castellanos estaban confusos y temerosos, pero tenían el mandato de transmitir la decisión de las Cortes—, vuestro padre el rey Fernando...

—Reservad ese tratamiento paterno para los documentos oficiales —cortó Felipe a Lope Conchillos.

—... vuestro suegro, entonces, solo quiere lo mejor para Castilla y para su hija Juana. Durante treinta años la ha gobernado con acierto y así pretende seguir haciéndolo, y las Cortes están de acuerdo en ello.

—Los tiempos han cambiado, señores. Ahora Castilla tiene otro rey al frente, y ese soy yo. Las Cortes de Toledo ya me juraron como heredero, y estas de Toro lo han hecho como rey. No es bueno que haya dos soles en el cielo; nunca hay dos soles en un mismo cielo —dijo Felipe.

—Dos soles alumbrarían más que uno solo. Castilla ha sido iluminada durante estos treinta últimos años por don Fernando y doña Isabel, dos soles que la han hecho más poderosa que nunca —alegó Conchillos.

—Doña Isabel era una mujer; vos sabéis bien, pues sois hombre de su confianza, que ha sido mi suegro quien ha llevado las riendas todo este tiempo.

—El lema de los Reyes Católicos ha sido «Tanto monta»...

—Ja, ja, ja... —Felipe emitió una sonora carcajada—. O sois un iluso o sois demasiado astuto, Conchillos. Conocéis bien a mi suegro y sabéis de sobra que quien ha mandado de verdad durante todo este tiempo ha sido él, y todo el mundo sabe que quiere continuar mandando, pero carece del derecho y de la legitimidad para hacerlo. Y, además, esa divisa nada tiene que ver con Isabel, sino con la manera en que don Fernando justifica sus decisiones.

—Mi señor —intervino Fonseca—, perdonad que insista, pero las Cortes de Toro han aprobado que sea don Fernando el gobernador...

—Esas Cortes se han celebrado de manera precipitada y se han reunido sin contar con mi aprobación. Mi suegro las convocó a toda prisa, sin garantías, embaucó a varios procuradores para que acataran sus propuestas, e imagino que compró voluntades con dinero, o con la promesa de ofrecerles cargos, títulos y rentas a los asistentes que aceptaran sus planes. Supongo que estáis al tanto de todo esto. No, señores, yo no reconozco a Fernando de Aragón como gobernador de mis reinos, porque os reitero que ahora yo soy el legítimo rey de Castilla. El único rey. —Felipe se mostraba firme como una roca.

—Señor —Juan de Fonseca sacó un documento de su carpeta de cuero—, vuestra esposa la reina, a quien doña Isabel dejó en herencia sus Estados, ha enviado una carta a su padre, el rey Fernando, en la que manifiesta que lo quiere y lo admite como gobernador de Castilla y León. Aquí tenéis una copia firmada por la propia mano de la reina. —Fonseca le alargó el documento a Felipe.

—¿Qué decís? —Felipe, extrañado y sorprendido, desplegó la copia de papel y



comprobó que era cierto lo que acababa de decir Fonseca. Los embajadores castellanos habían obrado con habilidad y astucia, y antes de presentarse ante Felipe lo habían hecho ante Juana, que les había firmado aquella carta. Por un momento estuvo a punto de abofetear a los dos enviados de su suegro, pero se contuvo. Le habían hecho una buena jugada—. Supongo que esta estratagema es obra de mi suegro. Sí, claro, es su estilo, el viejo zorro... De modo que antes de venir a verme habéis estado con mi esposa y le habéis sacado este documento en el que acepta que su padre sea el gobernador de nuestros reinos. Bien —Felipe alzó la copia delante de sus ojos y la rasgó con parsimonia en varios pedazos—, pues habéis equivocado la estrategia; este documento no sirve para nada. Mi esposa ha sido declarada inhábil para el gobierno, de modo que no puede tomar este tipo de decisiones; solo puedo hacerlo yo, y yo, el rey, niego el derecho a la gobernanza de Castilla a Fernando de Aragón.

—No podéis hacer eso...

—Claro que puedo. Seré proclamado rey de Castilla en la catedral de Santa Gúdula e incorporaré las armas de Castilla y León al escudo de Borgoña. En las próximas semanas, don Andrés del Burgo y don Filiberto de Vere, caballeros de mi corte, viajarán a Castilla para poner en orden mis derechos. Entre tanto, podéis decirle a vuestro señor don Fernando que vaya preparando su regreso a Aragón. En cuanto yo llegue, tendrá que abandonar Castilla.

—No tenéis derecho. —Conchillos dio dos pasos hacia delante. No había previsto la enérgica reacción de Felipe y ni siquiera había imaginado que se atreviera a destruir con tanta facilidad una carta firmada por la propia reina—. En Castilla no...

—¡Qué! ¿Cómo os atrevéis? ¡Yo soy el rey! ¡Guardias, apresad a este hombre! —ordenó Felipe a los dos lanceros que protegían la puerta de la sala desde el interior.

—Soy embajador de su alteza... —protestó Conchillos.

—La única alteza aquí soy yo. Meted a este impertinente en una celda hasta que decida qué hacer con él. Y a vos, Fonseca, no os detengo dada vuestra condición de prelado de la Iglesia; no quiero líos con Roma, pero no olvidéis quién es el verdadero rey de Castilla.

Juan de Fonseca calló ante el atropello; pensó que quien estaba loco de poder era Felipe de Austria y no su esposa. Y, además, supuso que, dada la complicada situación, sería más efectivo en libertad que recluido en una mazmorra.

Felipe de Austria supo que tenía que actuar con celeridad, de modo que ordenó llamar a los nuncios castellanos Martín de Mójica y Sebastián de Olave, que andaban por Flandes como delegados de las Cortes de Castilla, para que acudieran a su palacio de Bruselas en espera de noticias, y él mismo se dirigió al encuentro con su esposa Juana.

La reina, ajena a lo que estaba sucediendo, se alegró al ver llegar a su marido.

Pese al maltrato al que a veces la sometía, Juana seguía enamorada del hombre al que algunos comenzaban a llamar «el Hermoso», dado su elegante porte y su agraciado rostro. Los dos esposos se encontraron de frente. A pesar de su tumultuosa relación, siempre rodeada de conflictos y escándalos, cuando estaban juntos y en calma hacían una pareja extraordinaria.

Cuando se mostraba relajada, Juana de Castilla poseía una belleza serena, resaltada por un rostro ovalado y limpio, de proporciones perfectas, frente amplia y noble, nariz elegante y labios gruesos y sensuales, como los de su padre Fernando, barbilla acentuada, cuello grácil y esbelto, profundos ojos rasgados de color azul verdoso y de mirada inquietante pero plena de sugerencias, piel blanca y fina y cabello suave y rubio oscuro. Ese día vestía un manto de paño negro orlado con un grueso cordón dorado, y una toca de terciopelo rojo. De su cuello pendía de un cordón de seda negra una esmeralda de talla cuadrada enmarcada por una filigrana de hilos de oro, y la ya famosa perla gris, del tamaño de un huevo de perdiz, que le había regalado don Felipe.

—¡Esposo! —Al verlo aparecer, Juana se lanzó corriendo a abrazar a su marido. Pese a tantos desengaños, seguía confiando en que cualquier día acudiría a su lado para quedarse con ella para siempre.

—¿Por qué has firmado esa carta? —le demandó Felipe quitándosela de encima con brusquedad.

—¿A qué carta te refieres? —preguntó Juana con aire de extrañeza.

—A esta. —Felipe le mostró los pedazos del documento que había roto en presencia de Fonseca y de Conchillos poco antes—. ¿Tan pronto lo has olvidado? En ella reconoces a tu padre como gobernador en nuestros reinos. Lo has hecho sin consultarme. O te han engañado o me has traicionado. En cualquier caso, mereces un castigo.

—¡No!, esposo mío, no vuelvas a encerrarme, no me dejes sola, te lo ruego, te lo imploro, te lo suplico... —Juana se arrojó al suelo abrazada a los pies de Felipe, sollozando desvalida como una niña desamparada.

El rey de Castilla se zafó del abrazo sin la menor consideración y salió de la estancia, en la que entraron de inmediato el príncipe de Chimay, el señor de Vere y el señor de Fenoy, no sin antes indicar al capitán de la guardia que mantuviera en prisión al delegado castellano que respondía al nombre de Conchillos.

—Señora, vuestro esposo ordena que nos acompañéis —dijo el de Vere.

—¿A dónde me lleváis? No podéis hacerlo en contra de mi voluntad, soy vuestra reina. La reina.

—Don Felipe ordena que permanezcáis aislada por el momento... Es por vuestra propia seguridad, señora.

—¡No! —Juana emitió un tremendo alarido y se lanzó sobre el señor de Vere, que a duras penas pudo contener la acometida de la reina.

Juana golpeaba con sus puños, lanzaba patadas, mordiscos y arañazos a los tres

hombres, que tuvieron que emplearse a fondo para reducirla. El de Vere la sujetó con fuerza por la cintura y sus manos palparon el talle de la reina de Castilla, que pese a sus cuatro partos y a su embarazo de dos meses seguía manteniendo una figura sinuosa y atrayente. A diferencia de su hermano Juan, fallecido a los diecinueve años, ella era de naturaleza fuerte y gozaba de una excelente forma física que se manifestaba en un aspecto muy saludable y en una energía desbordante. Tardaron unos minutos en calmarla. Cuando cesó su resistencia, el de Vere ordenó a los guardias que los habían acompañado que mantuvieran incomunicada a la reina.

—Solo podrá asistir a una misa diaria, que la dirá su capellán, ese castellano... Diego, Diego Ramírez se llama, con el que no podrá cruzar ninguna palabra; y lo mismo regirá para el personal del servicio. Doña Juana no debe hablar con nadie y, si alguno se dirige a ella de palabra, será severamente castigado.

Por orden de Felipe, Juana fue sacada del palacio de Coudenberg aquella misma noche y, escoltada por una docena de guardias fuertemente armados, fue conducida en la oscuridad a un castillo a las afueras de Bruselas. De nada sirvieron sus gritos, sus ruegos y sus lamentaciones. Sin apenas miramientos, la reina de Castilla quedó encerrada en una fría sala en la que no había otra cosa que un camastro, un colchón de paja húmeda y una sillita de anea. La única luz era la que entraba por una estrechísima aspillera que apenas dejaba penetrar un rayo de luna.

### *Toro, mediados de marzo de 1505*

—Nunca debí permitir que mi hija se casara con ese... ¡Maldito Habsburgo! —exclamó el rey Fernando, sentado en una silla frente a un ventanal del palacio donde se habían celebrado las Cortes. Acababa de leer un informe que sus agentes en Flandes le habían hecho llegar en una carta cifrada, donde le comentaban los malos tratos que la reina Juana estaba sufriendo por parte de su esposo Felipe de Austria y el encierro e incomunicación a los que la había sometido.

—Perdonad, alteza, pero si os movéis tanto no puedo auscultaros bien. —Inclinado sobre el torso descubierto del rey, Pedro Losantos intentaba averiguar la causa de la dolencia que Fernando sentía desde hacía unos días y que le oprimía el pecho.

—Apenas nada, solo es un enfriamiento sin importancia —dijo el rey de Aragón.

—Mi señor, vuestra naturaleza es fuerte, pero ya no sois joven; debéis tener más cuidado, sobre todo en este invierno castellano —le aconsejó el médico converso.

—Leonés..., la ciudad de Toro pertenece al reino de León —puntualizó Fernando.

—Leonés... Inspirad hondo, alteza. —Losantos escuchó atento cómo sonaba el aire al penetrar en los pulmones del rey. Educado en la mejor tradición de la escuela de Medicina de Montpellier, conocía bien aquellos síntomas—. Espirad ahora.

—Os digo que no es nada.

—No me gusta cómo suenan vuestros pulmones, alteza. Tomad una infusión de abrotano con miel cada mañana y otra antes de acostaros; os aliviará. Y evitad las corrientes de aire.

—¡Ese maldito archiduque! —masculló Fernando mientras se bajaba la camisola.

—Ahora es el rey de Castilla...

—No, si yo puedo evitarlo. Porque se trata de él o de mí. Don Felipe ha logrado anular a mi hija, que está prendada..., no, hechizada por su marido. Trata de eliminarme como gobernador de Castilla y está maquinando con su padre, el taimado Maximiliano, para que yo desaparezca. No lo lograrán.

—¿Creéis que quiere... mataros? —se sorprendió Losantos.

—Tal vez. Hace unos años, como bien sabéis porque vos fuisteis uno de los médicos que me curó, un loco a punto estuvo de asesinarme en las escaleras del palacio real de Barcelona.

—Lo recuerdo bien; aquel hombre había perdido la razón. Os dejó una buena cicatriz; tuve que esmerarme mucho en coserla.

—Esta cicatriz —el rey se señaló la parte posterior del cuello— no deja de recordármelo cada día.

—Aquel tipo era un trastornado...

—Pero Felipe y Maximiliano bien podrían enviar a un sicario para que completara el trabajo. —Fernando rememoró el atentado sufrido en Barcelona a finales del año en el que Cristóbal Colón realizó su primer viaje al otro lado del océano en busca de la ruta por occidente hacia las Indias.

—¿En verdad creéis que vuestro consuegro y vuestro yerno serían capaces de ordenar que os asesinaran?

—No tengo duda alguna. Andan buscando mi ruina y lo hacen en cuantas cosas pueden. Incluso están intentando comprar la voluntad de don Gonzalo Fernández de Córdoba... —Fernando citó el nombre del virrey de Nápoles, el general que había ganado ese reino para la Corona de Aragón.

—¡El Gran Capitán! Vuestro más fiel soldado.

—Así lo llaman ahora, sí.

—Dicen que es un hombre valiente y leal.

—Yo lo puse al frente del ejército de Italia y lo nombré virrey de Nápoles cuando conquistó ese reino para mí, pero, pese a todo, no acabo de confiar plenamente en él.

—¡Cómo!, pero si es vuestro pariente —se sorprendió Losantos. El Católico era tío del Gran Capitán, pues la madre de Fernando era hermana de la abuela de Gonzalo—. Y, además, es uno de vuestros más fieles servidores. Toda la corte comenta la lealtad que os profesa desde que combatiera a vuestras órdenes en la guerra de Granada.

—No estoy seguro de que esa fidelidad sea tan sincera como él mismo pregona. Sus grandes victorias en Italia le han otorgado mucho prestigio, y cuando un hombre

ambicioso alcanza semejante éxito, puede aspirar a mayores empresas. Si don Gonzalo se aliara con don Maximiliano y con el rey de Francia, y con Castilla en manos de don Felipe, mis Estados de la Corona de Aragón quedarían a merced de cualquiera de ellos.

—El Gran Capitán es un hombre de honor: nunca os traicionará, alteza. Ambos tenéis la misma sangre en vuestras venas —asentó Losantos.

—¿Nunca? Sé que el papa anda intentando atraerlo y le ha ofrecido una suculenta cantidad de dinero si se convierte en su general; el rey Luis de Francia vería con muy buenos ojos ese trato, e incluso Venecia se apuntaría a esa coalición. Todos contra mí.

—No entiendo de alta política, pero ese pacto parece imposible.

—Y yo procuraré que lo sea. Pero también debo neutralizar la amenaza de los turcos y de los corsarios que actúan bajo su protección en el Mediterráneo. Voy a ordenar que se preparen barcos, caballos, armas y hombres para atacar el puerto de Argel. Necesito que mis enemigos comprueben que sigo al frente de estos reinos y que no he perdido la iniciativa. Lanzaré una expedición dirigida por don Diego Fernández de Córdoba, el alcaide de los Donceles y pariente de don Gonzalo. Si logro apoderarme del norte de África, o al menos de buena parte de las costas de Berbería, y limpiarlas de piratas, mi flanco sur quedará protegido y don Maximiliano, don Felipe y el papa se lo pensarán dos veces antes de mover un dedo contra mí.

Pedro Losantos miró a Fernando: aquel hombre siempre lograba sorprenderlo. No era un gran estratega militar, aunque había ganado batallas en el campo contra los portugueses, contra la nobleza y contra los musulmanes de Granada; ni siquiera destacaba como orador, aunque sabía dirigirse a sus hombres con contundencia y eficacia. No descollaba por ninguna cualidad especial, ni por detalles físicos reseñables, y tampoco había logrado atraer a su causa a la mayoría de los nobles castellanos, pero era astuto como pocos y sabía jugar en su favor todas las bazas que se le presentaban.

Acababa de vestirse cuando un correo entró en el aposento del palacio de Toro.

—Alteza, han llegado nuevas muy importantes y urgentes de Flandes. —El correo miró al médico esperando una orden del rey para hablar.

—Soltadlas ya —ordenó el Católico, dando muestras de la confianza que tenía en su médico personal, y que día a día iba en aumento.

—Vuestro yerno, el archiduque de Austria, ha tomado el título de rey de Castilla y León y ha ordenado, mediante una serie de cartas remitidas a los miembros de las Cortes y del Consejo, que no hagan nada sin su permiso.

—¿Quién ha recibido esas cartas?

—Los nobles, las altas dignidades eclesiásticas y los concejos de las ciudades —respondió el heraldo—. Don Pedro Manrique y el duque de Nájera ya le han mostrado su apoyo y han proclamado que se oponen a que vuestra alteza siga ejerciendo el gobierno de Castilla... Y lo que es peor, el archiduque considera que Castilla y León han quedado incorporados a los dominios de la casa de Austria y

Borgoña.

—¡Ese maldito traidor! —masculló con rabia y apretó los puños. Los problemas se le amontonaban a Fernando de Aragón—. Ahora no puedo abandonar ningún frente. El Imperio otomano avanza desde oriente y amenaza con extender su dominio por todo el Mediterráneo. Para evitarlo, y aun a costa de desviar algunas de nuestras fuerzas, tenemos que conquistar la ciudad de Argel para establecer en esa plaza una cabeza de puente desde la cual acabar con los corsarios, dominar todo el norte de África y cercenar la influencia de los turcos.

»El control del estrecho de Gibraltar es imprescindible para lograr estos planes. Enviaré a Argel al conde de Tendilla al frente de quince mil hombres, entre los que haya caballeros, espingarderos, ballesteros, lanceros, paleros y azadoneros. Y a los capitanes del ejército les recordaré que ocho siglos atrás los sarracenos conquistaron el reino de los godos atravesando el Estrecho. Esa situación no puede repetirse. Nos costó mucho esfuerzo recuperar estas tierras para la cristiandad.

*Bruselas, mediados de marzo de 1505*

Felipe de Austria jugueteaba con un rizo del cabello de una muchacha con la que compartía cama, entre sábanas de raso bordadas con las iniciales de Juana y de Felipe. El día anterior había estado cazando en un bosque cercano y al regresar, excitado por el esfuerzo realizado para abatir a un venado, se había encaprichado de una bella joven, hija de un barón flamenco, con la que había pasado la noche en su dormitorio del palacio de Coudenberg.

El rey de Castilla no estaba de buen humor. El orfebre real le había pasado poco después del desayuno, que tomó en la cama, la factura de los regalos que Felipe había hecho por Navidad a sus hijos: un salero en forma de pabellón con un guerrero al frente, labrado en oro y guarnecido con piedras preciosas y perlas, a Carlos, el heredero; un salero de jaspe en forma de naveta, a Leonor; y una copa de cristal con aderezo de piedras preciosas y perlas, a Isabel. Al elevado coste de esos regalos se sumaba el salario de cien libras de Juan de Anchieta, preceptor y maestro de sus hijos, que le pedía permiso para volver a Castilla dado el desinterés de Carlos en estudiar el idioma castellano; el de las camareras de sus hijos y de la reina Juana, con algunas de las cuales había tenido algún encuentro amoroso; y varios gastos más con motivo de los funerales organizados en Bruselas por la muerte de su suegra Isabel la Católica.

—Con todo este dinero podría equipar un ejército entero para entrar en Castilla sin problemas —masculló Felipe sin dejar de acariciar a la joven dama, que todavía dormitaba a su lado.

Unos golpes sonaron entonces en la puerta de la alcoba.

—¿Quién llama? —preguntó el rey de Castilla.

—¡Don Felipe! —al otro lado se oyó una voz—, soy De Vere, necesito hablar con vuestra alteza.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado un correo de vuestro padre; es muy importante.

El rey de Castilla arrojó al suelo el listado de gastos, se levantó, se cubrió los hombros con la colcha de grueso satén, cruzó el dormitorio, se acercó hasta la puerta y la abrió con energía.

—¿De qué se trata?

—Es confidencial... —El señor de Vere miró hacia la cama, donde yacía la joven.

—Claro. Vamos, fuera, fuera... —Felipe se dirigió a su amante ocasional—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Rosana —respondió la muchacha.

—Pues márchate ya, deprisa, deprisa —ordenó Felipe a la joven, que recogió su vestido y salió de la alcoba recolocándose la ropa lo más rápido que pudo.

—Hermosa dama —comentó el de Vere.

—Puro fuego. Pero decidme ya eso tan importante.

—Vuestro padre os comunica que ha hecho una oferta al Gran Capitán para que se pase a nuestro lado. Ha enviado a su secretario, Agustín Sumonio, para que convenza a don Gonzalo de la conveniencia de dirigir el ejército de la casa de Austria. Si el Gran Capitán os apoya, don Fernando estará perdido, se quedará sin su mejor general, y el reino de Nápoles también será vuestro.

—No conozco a ese a quien llamáis «el Gran Capitán», pero por lo que he oído hablar sobre él se trata de un soldado formidable que zurró bien a los franceses en Nápoles. Pero dicen que es un hombre fiel a su palabra, cosa muy rara en estos tiempos, tal vez no acepte nuestra propuesta.

—Don Maximiliano, vuestro augusto padre, le ha prometido la concesión del título de rey de Italia si abandona el servicio de don Fernando y rinde homenaje a la familia Habsburgo. Además, el rey de Francia se ha comprometido a no atacar al Gran Capitán en Nápoles si se aviene a este acuerdo.

—Por lo que se cuenta de él, don Gonzalo no parece un traidor —precisó don Felipe.

—El papa también quiere ganarse al Gran Capitán.

—Vaya, ese hombre tiene más pretendientes que la mejor puta de Amberes.

—En realidad, vuestro padre está procurando cerrar una alianza con la república de Venecia, Francia y el papa; todos contra el rey de Aragón. Si lo consigue, el Católico puede darse por vencido. —A una indicación de Felipe, el de Vere le entregó su vestido al rey.

—No lo deis por hecho. Mi suegro es un viejo zorro. Lo conozco bien. —El Hermoso hablaba mientras se colocaba el vestido—. Sabe cómo convertir lo que se avecina como una derrota en una victoria; ya lo ha hecho en varias ocasiones. Acercadme las botas.

—En cualquier caso, se trata de conservar vuestro trono de Castilla. Vuestro padre os ha convocado a una cita para los primeros días del próximo mes de abril. Os pide que acudáis a ella para cerrar un acuerdo con el rey de Francia. —El de Vere ayudó a Felipe a calzarse.

—¿Dónde celebraremos ese encuentro?

—Don Maximiliano os propone que sea en la ciudad de Hagenau, en la región de Alsacia, el día 7 de abril. Acudirán también los delegados del rey de Francia.

—Sea.

Como habían acordado, en Hagenau se firmó una concordia por la cual Maximiliano concedió el ducado de Milán al rey de Francia, que prestó por ello juramento de fidelidad a Maximiliano en boca de su representante, el cardenal de Ruán. Por su parte, la casa de Austria se aseguraba la posesión de los feudos de Flandes, Bretaña y Borgoña, además de reservarse los derechos del señorío sobre la propia Milán.

Lo que no dijo en Hagenau el embajador francés es que Luis XII estaba, a la vez, en tratos secretos con el rey de Aragón. Intuyendo lo que podía ocurrir, hacía ya algunos meses que Fernando había enviado espías a Francia para pactar un acuerdo con su rey, y esos primeros contactos habían tenido éxito. Todos jugaban con naipes marcados.

### *Valladolid, fines de marzo de 1505*

Pedro Losantos apretó los dientes tras leer la carta que acababa de recibir de sus parientes los Rubio de Toledo, con los que vivía Juan, su hijo menor. La dejó encima de la mesa, apoyó los codos y se frotó la cara con las manos. Sentía náuseas en el estómago y ganas de vomitar. Cogió una jarra de barro y se sirvió un poco de agua; apenas pudo tragarla, tenía un nudo en la garganta.

Su tío Felipe, el patriarca de la familia Rubio, le informaba de que un cura beneficiado de la iglesia de Santo Tomé, una antigua parroquia ubicada entre la catedral y el viejo barrio de los judíos, se había encaprichado del joven Losantos, que a sus trece años era alto, delgado y bien parecido.

Lo había visto en la tienda de la familia Rubio, en la que, además de espadas, corazas, cascos y otros tipos de armas, también se vendían ornamentos de metal para el culto cristiano, como cálices, navetas, portapaces y cruces procesionales. Los Rubio, la familia de judíos conversos de Mariam, la madre de Pedro Losantos y abuela de Juan, mantenían buenas relaciones con la iglesia toledana, a cuyas parroquias surtían de objetos litúrgicos, y eran considerados como sinceros cristianos nuevos.

El beneficiado, un orondo sacerdote que gozaba de sólidos apoyos entre los responsables del Santo Oficio, ante los que denunciaba a cualquiera que se opusiera a



sus caprichos, gustaba de la compañía de jovencitos, a los que mediante dinero o chantaje se llevaba a una casa de su propiedad, anexa a la iglesia de su parroquia, para pecar contra natura.

Felipe Rubio y su esposa Raquel querían a su sobrino nieto como a un hijo. Eran ya mayores, no tenían descendencia y habían criado a Juan desde pequeño. Felipe, dándose cuenta de las aviesas intenciones del cura, procuró alejarlo, pero el sacerdote se había encaprichado del joven y no cesó de acosarlo una y otra vez, hasta que con malas artes y alguna amenaza consiguió llevárselo a su casa, donde trató de acostarse con él, aunque este pudo zafarse, escapar del abrazo del cura y salir corriendo.

De vuelta a la tienda, Juan Losantos confesó a su tío lo ocurrido, y este se presentó en la sacristía de Santo Tomé recriminando al cura su acto y amenazándolo con presentar contra él una acusación de sodomita ante la Inquisición. La reacción del beneficiado no fue la que Felipe Rubio esperaba. Lejos de amilanarse, y sabedor de que gozaba de la protección de poderosos amigos entre los inquisidores, fue el propio cura quien denunció al tío de Juan como relapso y lo acusó de practicar ceremonias judaizantes en la intimidad de su hogar.

Ante la denuncia, los oficiales inquisidores se presentaron en casa de Felipe Rubio, al que interrogaron durante varias horas y sometieron a una pesquisa inquisitorial. Pese a la denuncia, no pudo extraerse ninguna prueba firme de que practicara en secreto el judaísmo. Lo dejaron en libertad, pero el daño ya estaba hecho y la duda sembrada. Desde entonces, el miedo se instaló en el taller y en la casa de los Rubio de Toledo, que quedaron bajo sospecha.

En esa carta, Felipe Rubio, agobiado por la vigilancia constante a la que estaba sometido desde entonces, le decía a Pedro Losantos que lo más sensato sería que el joven Juan se marchara de Toledo, pues el cura, cuya lascivia era bien conocida aunque consentida por las autoridades eclesiásticas de la ciudad, podría volver a acosarlo y entonces la situación se tornaría mucho más complicada y peligrosa, aunque por el resto de la carta parecía evidente que los tíos no querían quedarse sin su mayor consuelo, que no era otro que la compañía del joven Juan.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Pedro Losantos a su esposa Juana de la Cruz tras ponerla al corriente de lo que le estaba sucediendo a su hijo menor en Toledo.

—Sacar a nuestro hijo de esa ciudad, alejarlo de ese sacerdote libidinoso y traerlo con nosotros. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Mis tíos han sufrido el acoso de la Inquisición.

—Ellos también deberían marcharse de ahí y llevarse a toda la familia.

—Ese cura es un mal enemigo...

—Y, por lo que cuenta tu tío, tiene amigos muy poderosos.

—Los Rubio y los Losantos hemos vivido en Toledo, según se cuenta en la memoria de nuestro linaje, desde los tiempos de los godos. Mis tíos Felipe y Raquel ya son mayores, quizá no sean capaces de adaptarse a vivir en ningún otro sitio.

—Pues deben pensarlo. Tal y como se han puesto las cosas, quizá sea hora de

abandonar esa ciudad.

—Pero es ahí donde tienen su negocio y todas sus raíces. Nuestra familia ha aguantado presiones peores; ni siquiera se marchó de Toledo cuando se produjeron las más duras persecuciones en tiempos del rey Enrique, aquel calamitoso año en que las juderías de Castilla fueron asaltadas por hordas iracundas de cristianos que clamaban por la muerte de todos los hebreos de Sefarad.

—En aquel tiempo los judíos podían salvarse convirtiéndose en cristianos; ahora, eso ya no es posible, porque ya lo somos. —Juana de la Cruz abrazó a su esposo temblorosa.

—Tienes razón; mis padres se convirtieron al cristianismo y optaron por bautizarse junto a todos sus hijos para no tener que dejar esta tierra, a la que siempre hemos amado porque es la nuestra. Nuestra tierra. Pero si ahora se produjera una situación semejante, la única alternativa sería el exilio. —Pedro estaba realmente compungido.

—Ese cura de Santo Tomé debe de sentirse bien protegido por sus poderosos amigos de los que habla tu tío en su carta, de modo que actuará con impunidad. Y, además, es nuestro hijo... ¿Vas a dejar que un cerdo como ese beneficiado se aproveche de él y lo sodomice cuando le apetezca?

—Déjalo en mis manos; y confía en mí, mujer.

—¿Qué piensas hacer? —se asustó Juana, que miró a su esposo con temor.

—Te juro que este asunto se resolverá de manera satisfactoria.

—Te ruego que no cometas ninguna locura. Prométemelo.

—Descuida, no lo haré, pero no permitiré que nadie humille a Juan.

Los dos esposos se abrazaron con fuerza. Ahora debían estar más unidos que nunca.

*Toledo, reino de Castilla, fines de abril de 1505*

Gracias a un salvoconducto y a un permiso concedido por el rey Fernando, Pedro Losantos viajó hasta Toledo unas semanas después de haber recibido la carta de su tío. El rey se lo había otorgado con la excusa de visitar a su hijo y poner en orden algunas cosas de la familia. Allí permanecería varios días, junto a sus tíos Felipe y Raquel y a su hijo Juan.

Hacía más de veinte años que Pedro Losantos y toda su familia habían abandonado el judaísmo y renegado de la ley de Moisés, como hicieron tantos hijos de Israel para evitar la persecución y el destierro. Ya no se sentía miembro de la comunidad de los hebreos, pero de vez en cuando recordaba su juventud como judío, sus visitas a la sinagoga de Samuel ah-Leví, convertida ahora en propiedad de la Orden de Calatrava, cuando siendo todavía un niño y un muchacho acudía el *sabbat* a rezar en la lengua de los hebreos, a escuchar la lectura de la Torá y a practicar las

ceremonias rituales con las que los sefardíes, los judíos de Hispania, asentaban sus raíces, reforzaban sus creencias y recordaban su pasado. A la vista del caserío de Toledo, no sintió ningún atisbo de arrepentimiento por la conversión, apenas una leve sensación de melancolía por los años consumidos. Lo que sentía Pedro Losantos no era otra cosa que la nostalgia por el tiempo pasado y perdido, ese que nunca volvería.

—Sé bienvenido a tu casa —Felipe Rubio abrazó a su sobrino a la puerta de la vivienda—. ¿Has tenido un buen viaje?

—Los caminos no son demasiado seguros en estos días, sobre todo en los pasos de la sierra Central, por donde además de algunos lobos pululan cuadrillas de bandidos dispuestos a atracar a los viajeros que se descuiden, pero he pagado a dos recios mozos segovianos bien provistos de picas y ballestas para que me hicieran de escolta hasta Madrid.

—Sí, siempre hay que tener cuidado con los bandoleros.

—¿Y Juan?

—Vendrá enseguida; está en el taller de forja acabando el cincelado de un morrión para un capitán de la guardia real. No hay nadie tan hábil como Juan para cincelar las decoraciones más primorosas sobre el metal. Enviaré en su busca. Pero, mientras llega, comamos algo, supongo que estarás hambriento.

Entraron en la casa y se dirigieron a la cocina, donde Raquel andaba trajinando un guiso entre pucheros.

—¡Sobrino, qué alegría volver a verte! —Raquel abrazó a Pedro—. Tienes buen aspecto.

—Sírvenos algo de ese guiso, mujer, que Pedro está hambriento tras el largo viaje —dijo Felipe.

—He preparado unos garbanzos con verduras, un buen pedazo de carnero guisado con cebollas y queso fresco con nueces y dulce de membrillo, todo acompañado con un vaso de vino especiado.

—Come. Voy a ordenar que avisen a Juan —dijo Felipe.

Ya había dado buena cuenta del succulento plato cuando apareció, presuroso y jadeando, el joven Juan Losantos.

—¡Padre! —El muchacho de trece años se echó a los brazos de Pedro y ambos se mantuvieron fundidos en un fuerte abrazo durante un buen rato.

—Te echamos mucho de menos, hijo, sobre todo tu madre. ¡Cómo has crecido! Ya estás casi tan alto como yo. Si me hubiera cruzado contigo en la calle, quizá no te hubiera reconocido.

—Yo sí, padre, yo no me he olvidado de vuestro rostro ni del de madre.

—Tu madre te envía muchos recuerdos y este regalo. —Pedro le entregó una bolsita de cuero que contenía un pequeño anillo de oro en el que había engarzado un camafeo de ónice tallado con la figura de un águila.

—Es muy hermoso. Lo llevaré siempre.

—Dicen que esa piedra es del tiempo de los romanos. Algunos lo consideran un

amuleto de buena suerte. Tu madre quiere que lo lleves para que no te olvides de nosotros.

—Nunca os olvidaré, padre, nunca.

—Nosotros nos acordamos todos los días de ti.

—¿Y madre, y mis hermanos, están bien?

—Sí, muy bien. Pablo sigue con sus estudios de Medicina en Italia y María es una hermosa joven que no tardará mucho en casarse.

—¿Tiene novio?

—Todavía no, pero no le faltarán pretendientes.

—Supongo que le gustarán algunos chicos —terció Raquel Rubio.

—Bueno, nunca hemos hablado de ello, ni siquiera lo ha hecho con su madre; María es una muchacha demasiado reservada.

Padre e hijo hablaron de sus recuerdos, de sus vivencias y del futuro. Mediada la tarde decidieron dar un paseo por algunas calles de la ciudad, y sus pasos los llevaron a una calleja situada cerca de la iglesia de Santa María, la que fuera la más grande y hermosa sinagoga de Castilla antes de que se convirtiera, allá por los primeros años del siglo xv, en iglesia católica dedicada a santa María.

La calleja estaba desierta y entre las piedras de su pavimento había crecido la hierba, hasta alcanzar en algunas zonas más de un palmo de altura. Daba la impresión de que nadie había pasado por allí en varios meses.

El médico se detuvo delante del portal de una casa cuyo estado de abandono era manifiesto, como la mayoría de las de aquel barrio, que antaño fuera el centro de la floreciente aljama de los judíos y ahora estaba despoblado.

—Esta fue nuestra casa hasta el año... —Pedro Losantos estuvo a punto de añadir «maldito», pero se contuvo— de la expulsión de nuestros hermanos hebreos. Tú naciste aquí, precisamente ese mismo año, poco antes de que se promulgara el decreto de expulsión.

—No lo recuerdo —dijo Juan.

—Solo tenías unas semanas de vida. Nos vimos obligados a abandonarla después de tu nacimiento. Nosotros ya éramos cristianos, pues hacía algunos años que nos habíamos convertido y bautizado, pero decidimos seguir viviendo entre los nuestros, hasta que llegó el final... —Entonces, sin apenas darse cuenta y de manera inconsciente, Pedro tarareó los versos de la canción del rey Nimrod, la que solían recitar los judíos en todas sus fiestas familiares—: «*Avraham avínu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel...».

—¡Está abierta! —se sorprendió Juan al empujar la puerta de madera de la casa, que crujió con un sonido parecido a un lamento.

—Alguien ha forzado la cerradura. Supongo que pensó que había algo que robar.

—Entremos, padre.

Pedro dudó. No quería que se despertaran en él sensaciones y sentimientos ya olvidados, pero decidió dar un paso adelante y penetró en su antigua vivienda

siguiendo a su hijo.

Ambos recorrieron todas las habitaciones de la casa, totalmente vacías, llenas de polvo y de silencio. Una catarata de sensaciones se acumularon en la cabeza del médico: el recuerdo de los padres, el olor a la comida especiada, el aroma a orégano y a pan recién horneado, la voz de su madre canturreando viejas canciones y poemas...: «*Avraham avínu*, padre querido, padre bendito, luz de Israel...».

—Entonces, ¿aquí fue donde yo nací? —preguntó Juan.

—Sí, este fue nuestro hogar. En aquellos días esta casa estaba viva. La construyeron mis abuelos y aquí nacimos mi padre, yo mismo, tus dos hermanos y tú. ¿Sabes?, mi nombre antes de bautizarme era David, David Leví.

—Yo no nací judío —dijo Juan.

—No. Ni siquiera estás circuncidado. Cuando tu madre te dio a luz ya era cristiana, y yo también. Te bautizamos enseguida y te dimos el apellido que adoptamos al hacernos cristianos: Losantos. Otros de los conversos adoptaron apellidos como Santa Paz, Santa Cruz, Santángel... Con esos nombres queríamos dejar claro que abrazábamos el cristianismo incluso en nuestros nuevos nombres familiares.

—No recuerdo nada de aquello. —Juan se acercó a un hueco en la pared, una antigua alacena, a la que los saqueadores habían arrancado hasta las baldas de tablas.

—Nunca te hablamos de los orígenes de nuestra familia. Creímos que era mejor así.

—Pero vos, padre, sí tenéis recuerdos.

—Todos los recuerdos. ¿Cómo olvidar este barrio y esta casa donde me crié? Mira, en aquella casa —Pedro señaló un portal con un arco semicircular en piedra sillar— vivía uno de mis mejores amigos; se llamaba Elías y era comerciante de paños. No quiso renunciar a la religión de Moisés y se mantuvo firme en esa fe hasta el final. Cuando llegó la orden de expulsión, no quiso convertirse y se marchó con su mujer y sus dos hijos pequeños. Me dijo, al despedirse con lágrimas en los ojos, que se iba a Grecia, a una ciudad llamada Salónica, donde había oído que los sefardíes serían bien acogidos por la comunidad de judíos allí establecida. Ya nunca más supe de él. Quiero imaginar que llegó a esa ciudad y que sigue viviendo allí, con su familia, y que ha encontrado la paz que aquí le negaron.

—¿Vivía gente en todas estas casas? —se interesó Juan.

—En todas. En aquellos años estas calles hoy desiertas hervían de actividad, bullicio y gentío. Y ahora, mira —le dijo Pedro a su hijo mientras salían a la calle y cerraban la puerta de la casa tras ellos, que volvió a cruzar—, las moradas vacías, las tiendas cerradas, las calles desiertas y cubiertas de hierba...

—Tal vez algún día vuelvan a llenarse de gente.

—Tal vez. Hijo, quiero preguntarte algo muy íntimo.

—Decidme, padre.

—¿Qué ocurrió realmente con ese cura de Santo Tomás?

—Ya se lo conté al tío Felipe... —Juan Losantos se ruborizó. Estaba claro que no quería hablar de ello.

—Sé que es difícil para ti volver a recordarlo, pero debes contármelo también a mí; soy tu padre, ¿lo has olvidado?

—Preferiría no hacerlo. —Los ojos de Juan se humedecieron y su voz se quebró.

—Hazlo, por favor, hijo, creo que te sentirás mejor. —Pedro acarició el rostro de Juan.

—Ese cura me llevó a su casa con engaños... —Juan aspiró una profunda bocanada de aire—, con la excusa de que quería que le arregláramos en el taller una cruz procesional de plata sobredorada. Fui con él y cuando nos quedamos solos comenzó a tocarme y a besarme... Me dijo... —aspiró aire de nuevo— que me desnudara. Yo no quería saber nada de ese hombre, tenía asco de su aspecto y de cómo me miraba, de modo que, aprovechando un momento de descuido por su parte, le di un empujón, me lo quité de encima y salí corriendo.

—¿Ha vuelto a intentar abusar de ti?

—No, pero alguna vez se acerca por la tienda y se queda mirándome fijamente. —Juan agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

El médico converso sintió en esos momentos una sensación de náusea y odio que nunca olvidaría.

Una sensación de abandono y soledad lo inundaba todo. Abandono y soledad.

Tres días después de su llegada a Toledo, Pedro Losantos visitó al cura beneficiado de Santo Tomás. Se presentó en la iglesia parroquial del acosador de su hijo con la excusa de buscar unos documentos de la familia, un expediente de bautizo que decía necesitar para una herencia.

El beneficiado lo recibió con frialdad bajo las bóvedas del templo, pero obligado a atenderlo al saber que se trataba de un médico de la corte real. Pedro no le desveló que era el padre del muchacho al que había intentado violar.

—¿Un expediente de bautismo, decís? —le preguntó el sacerdote a Pedro.

—Sí, el de mi padre. Su nombre era Vicente Ferrer —mintió Losantos.

—¡Vicente Ferrer! Ese es el nombre del santo dominico que puso en su sitio a los pérfidos judíos. —El cura se refería al vehemente predicador valenciano, canonizado cincuenta años atrás por el papa Calixto III, que había predicado con enorme violencia contra los judíos.

—En efecto. Mi abuelo bautizó con ese nombre a su hijo porque era un entusiasta admirador de san Vicente Ferrer, un gran hombre —volvió a mentir.

—Un gran santo, sí. Gracias a él los reyes de Castilla se dieron cuenta del grave daño que causaban los judíos al reino, y aunque tardaron casi un siglo en expulsarlos, si no hubiera sido por san Vicente, todavía habitaría entre nosotros esa raza de perros inmundos... Vicente Ferrer decís, ¿eh? Humm... Acompañadme a la sacristía. Allí se

guardan los libros de registro.

Cruzaron el templo, apenas iluminado por dos enormes velones a ambos lados del sagrario, en el centro del altar mayor, y entraron en la sacristía, que ocupaba una amplia estancia al lado izquierdo del altar.

—Veamos. —El beneficiado se dirigió a un gran armario de madera donde se guardaba la documentación referente a los parroquianos de Santo Tomé. Sacó una llave de algún bolsillo interior de su sotana, la introdujo en la ranura de la cerradura, la giró tres vueltas a su derecha y abrió las gruesas puertas—. ¿Cuándo nació vuestro padre?

—En el año del Señor de 1427.

—¿Estáis seguro?

—Por supuesto —asentó Losantos.

El cura revisó con sus ojos las estanterías del armario hasta fijar su vista en un libro en cuyo lomo figuraba esa cifra.

—Aquí está: 1427.

—Supongo que figurará ahí. —Pedro Losantos aprovechó la distracción del cura con los libros para observar con precisión cada rincón de la sacristía.

—Es una fecha demasiado temprana. En esta parroquia tenemos datos del bautismo, la confirmación, el matrimonio, la defunción e incluso de la excomunión de los parroquianos, en los *quinque libri*, que son los libros sacramentales, desde el año de la expulsión de los marranos —así se refirió el cura a los judíos—, pero antes de 1492 apenas se tomaba nota de todos esos actos sagrados. Tal vez no se procediera a su inscripción.

—Mirad bien, por favor, es muy importante.

—No, no, aquí no hay ninguna cita a un tal Vicente Ferrer —asentó el cura tras hojear el libro—. Claro que en esos años no se anotaba el bautismo de todos los parroquianos. Es probable que no fuera inscrito.

—¡Vaya, qué mala suerte!

—¿Estáis seguro de que vuestro padre fue bautizado en esta parroquia? —el cura vaciló.

—Completamente seguro. Yo nací en Segovia y mi padre murió cuando yo era todavía un niño, pero recuerdo que me contaba que fue en esta iglesia donde lo bautizaron. Sin duda.

—Pues no hay datos sobre ello. Ya os he dicho que antaño no se llevaban registros tan precisos como ahora.

—¿Qué puedo hacer? Necesito ese documento.

—Bueno, tal vez sea posible arreglarlo de alguna manera. Parecéis un buen cristiano y un hombre sincero, de modo que creo en vuestra palabra. Yo podría expediros un documento que certificase que vuestro padre fue bautizado en esta iglesia... Claro que eso costaría algún dinero; ya me entendéis...

—Claro, claro. Supongo que estas cosas suelen conllevar ciertos gastos. ¿Como

cuánto?

—Una docena de reales de vellón sería suficiente.

—¿Una docena...? —Pedro se llevó la mano a la barbilla, como pensándose lo.

—Tened en cuenta que hay que comprar el papel, redactar el documento, sellarlo...

—¿Aceptaríais diez reales? Es un buen dinero.

—Humm..., de acuerdo, lo haré por diez reales —asintió el beneficiado.

—Bien, ya volveré a por ese documento en otro momento. Os agradezco que me hayáis recibido.

—Pero ¿os vais a marchar sin ese certificado? Me habíais dicho que lo necesitabais...

—Sí, sí, pero no de manera tan urgente. Ya volveré a por él. Os lo agradezco de todas formas.

El cura torció el gesto al ver cómo se esfumaban los diez reales que ya creía tener en el bolsillo.

A la vista de aquel individuo, Pedro Losantos sintió ganas de estrangularlo con sus propias manos y librar así al mundo de semejante sujeto. Pero se contuvo, no quería convertirse en un criminal, aunque en ese momento supo que podría llegar a serlo. Fue entonces cuando su corazón se conmovió al darse cuenta de con qué facilidad podía llegar a desearse la muerte de un hombre y con qué ligereza cualquiera podía contemplar la muerte de otro. Solo era necesario un motivo lo suficientemente fuerte: odio, envidia, venganza... Matar era tan fácil... Pensó que cualquier hombre podía convertirse en una determinada situación en un asesino. Él mismo. Un asesino.

La vida no valía nada. Un día se estaba vivo y al día siguiente una enfermedad, un accidente, la guerra, la peste..., cualquiera podía morir en apenas un instante. Y de la muerte nadie era capaz de escapar, ni siquiera el papa, ni los reyes, ni los hombres más ricos. La muerte los unía a todos, los hacía iguales, y no había modo de librarse de ella, porque no tenía precio.

Un par de días antes de su partida de Toledo, poco antes de cenar, Pedro Losantos comentó con sus tíos la situación de su hijo en Toledo:

—Mi esposa cree que lo mejor sería que Juan viniera conmigo a Valladolid. He hablado con ese cura...

—¡Qué dices! ¿Has estado con ese hombre? —se asustó Felipe Rubio.

—Sí, ayer lo visité en su iglesia.

—Eso puede empeorar aún más la situación; no debiste hacerlo, sobrino —observó Felipe Rubio.

—No te preocupes, tío, di un nombre falso. Le dije que iba en busca de un certificado de nacimiento de mi padre, un tal Vicente Ferrer.



—¿Y se lo creyó?

—Sí, incluso me pidió dinero por falsificar un documento que lo certificase.

—Ese cura es un verdadero canalla; algún día recibirá su merecido —deseó Felipe.

—Entonces, ¿te vas a llevar a Juan contigo? —le preguntó Raquel, cuyo rostro se oscureció de pena.

—A eso vine aquí, pero mi hijo me ha dicho que, aunque quiere ver a su madre y a su hermana, desea seguir en Toledo, con vosotros, al menos hasta que acabe su aprendizaje y se convierta en maestro de taller. No estoy seguro de obrar bien, pero he cambiado de opinión y creo que es mejor que se quede aquí por ahora. Aunque si ese cura intenta propasarse de nuevo... —Pedro apretó los puños.

—¡Oh!, descuida, sobrino, Juan estará tan bien tratado como siempre. Lo queremos como a un hijo, el hijo que nunca tuvimos —dijo la anciana Raquel, confortada por poder quedarse con Juan.

—Juan es nuestra principal razón para seguir viviendo; la alegría de dos viejos que no tienen otra esperanza en la vida que ver crecer a su sobrino nieto —comentó Felipe.

En ese momento llegó Juan. Saludó con afecto a sus tíos abuelos y a su padre. El joven traía un pequeño regalo.

—Padre, estos dos anillos de plata los he forjado yo: uno para madre y otro para María. Y este escalpelo es para vos. Tened cuidado, está muy afilado.

Pedro cogió la lanceta de acero y comprobó el corte. Estaba tan afilado que podía cortar un cabello simplemente dejándolo caer sobre la hoja.

—¡Vaya!, es extraordinario. ¿Cómo has sabido...?

—En el taller trabajamos para algunos médicos de esta ciudad. Nos suelen pedir escalpelos como este; he pensado que os sería útil —dijo Juan.

—Claro, es perfecto para sajar pústulas y quistes. Te lo agradezco mucho, hijo. Y a tu madre y hermana les encantarán sus anillos.

—¿Les habéis dicho...? —Juan señaló con la cabeza a sus tíos.

—Sí. Ya les he dicho a tus tíos que prefieres quedarte en Toledo —confirmó Pedro.

Raquel sonrió, se acercó a su sobrino nieto, lo besó con dulzura y derramó unas lágrimas.

—¿Y madre? —preguntó Juan.

—Se sentirá muy apenada, pero feliz porque es lo que tú has decidido. Haré lo posible para que os veáis pronto.

—Tengo muchas ganas de ver a madre, pero debo quedarme aquí hasta acabar mi formación. Además, mis tíos me necesitan y no puedo dejarlos solos —dijo Juan, al que abrazó Felipe.

—Será como tú quieres —asintió Pedro Losantos—. No hace falta que os pida que cuidéis de él —les indicó Pedro a sus tíos—, porque sé que lo hacéis mejor que

yo mismo, lo que os ruego es que os cuidéis vosotros y que estéis prevenidos contra ese cura de Santo Tomé. Y tú, Juan, aléjate cuanto puedas de él: es un hombre sucio y lascivo.

Pedro abrazó a sus tíos y luego a su hijo, al que le recomendó que tuviera mucha prudencia.

Finalizaba el mes de abril cuando Pedro Losantos regresó a Valladolid. Pero no olvidó la cara del cura de Santo Tomé. No la olvidaría nunca. Nunca.

### *Bruselas, principios de mayo de 1505*

Las inquietantes noticias que llegaban de Castilla enojaron a Felipe de Austria. Sus agentes no solo no habían logrado el propósito de expulsar a Fernando el Católico del gobierno, sino que, además, había sido ratificado como gobernador de los reinos de su esposa Isabel, ahora propiedad de su hija Juana.

—Lo decidido en Toro es provisional, mi señor. La mayoría de la nobleza de Castilla y León está en contra de vuestro suegro; es cuestión de semanas el que se vea obligado a renunciar a dirigir el reino y se retire a sus posesiones en Aragón —comentó el canciller al archiduque de Austria y rey de Castilla mientras daban un paseo a caballo por un bosque cercano a Bruselas.

—No será tan fácil lograr que mi suegro renuncie a sus poderes, y menos ahora que le han sido ratificados en las Cortes; habrá que arrancárselos a la fuerza. —Felipe de Austria descendió del caballo, acarició a los dos enormes perros alanos que siempre lo acompañaban cuando salía a cabalgar o de caza y se acercó al pabellón donde los criados habían preparado una mesa con comida y unas botellas de vino. Tras él lo hizo el canciller. Los perros, bien adiestrados, se tumbaron a la entrada de la tienda.

—Vuestro padre tiene razón, alteza. Para imponeros a don Fernando es preciso conseguir que se enemiste con el papa y con ese general al que llaman «el Gran Capitán» —dijo el canciller, que sirvió una copa de vino de Borgoña al rey y dio buena cuenta de otra.

—Sí. Eso debilitaría mucho su posición.

—Y allanaría vuestro camino al trono castellano. —El canciller se sirvió un buen pedazo de empanada de carne de ave.

—Pues pongámonos manos a la obra de inmediato. Escribid sendas cartas al papa Julio y a don Gonzalo Fernández de Córdoba. Al Gran Capitán ofrecedle lo que sea, dinero, títulos, honores, la Corona de Italia, incluso, si se pasa con su ejército a nuestro lado. Tenemos que convencerlo para que abandone a Fernando de Aragón, a cualquier precio.

—¿Y en cuanto al papa...?

—Enviaremos un embajador a Roma para que siembre la discordia; dadas las

intrigas que rigen las relaciones en el Vaticano, no será nada difícil. Mi suegro tiene que sentirse amenazado, que se vea abocado a no confiar en nadie, que recele de todo el mundo, que atisbe cómo pelagra su dominio sobre Nápoles, que dude de todo y de todos, que se precipite en sus decisiones y cometa errores. Pensad en ello y dadme una solución rápida. —Felipe cogió su copa y se alejó caminando hacia un grupito de damas que jugaban con una pelota cerca del pabellón, bajo unos frondosos castaños.

El rey galanteó con las damas y se encaprichó de una de ellas, a la que invitó a retirarse a un reservado junto al pabellón, con la cual pasó un par de horas enredado en juegos de cama. Cuando regresó de su encuentro amoroso, el canciller ya había ideado un plan.

—¿Ya lo tenéis?

—Sí, alteza, y creo que funcionará.

—Hablad, canciller.

—Nuestro embajador le revelará al papa que los arzobispos de Toledo y de Sevilla y el obispo de Palencia, los tres principales eclesiásticos que apoyan a Fernando el Católico en Castilla, están tramando una conjura para descabalarlo del trono de San Pedro y colocar allí a un cardenal del gusto del rey de Aragón. Enviaremos a Roma como delegado a don Antonio de Acuña; es castellano, pero fiel cumplidor al servicio de vuestra alteza. Creo que su testimonio será creído por el papa, que se volverá contra vuestro suegro.

—Hacedlo así.

—Por otra parte..., permitidme que os sugiera que hagamos correr la voz de que vuestra esposa..., ejem —carraspeó el canciller—, está loca, y que esto llegue cuanto antes a oídos de los franceses.

—Lo está; en verdad, doña Juana ha perdido la razón, incluso lo han aceptado las Cortes de Castilla —asentó Felipe.

—Eso justificará que la reina permanezca recluida bajo vuestro cuidado y que el gobierno de Castilla quede en exclusiva en vuestras manos.

—Dado su estado, ni puede gobernar ni puede quedar en libertad; sería un peligro... para ella sobre todo —ironizó el rey.

—Por tanto, y según el derecho que os asiste, vos sois el legítimo rey de Castilla y a vos corresponde ejercer su gobierno.

—Mi suegro es un astuto zorro; será difícil engañarlo.

—Con el permiso de vuestra alteza, enviaremos a Andrés del Burgo y a Filiberto de Vere para tratar con don Fernando. Son nuestros mejores negociadores. Procuraremos que lo convenzan para que renuncie a la gobernación de Castilla... por las buenas.

—¿Y si no lo consiguen? Mi suegro no cederá el poder sin resistir.

—En ese caso, tendremos que actuar con toda rotundidad.

—¿Una guerra?

—Sí, si fuera necesario. Os apoya la mayoría de la nobleza de Castilla, el reino de

Francia y vuestro padre; e incluso podríamos lograr la ayuda de Inglaterra. Si además se manifestaran a vuestro favor la república de Venecia y el papa, si se cree la estratagema que hemos ideado, don Fernando tendría que claudicar y retirarse.

—Enrique de Inglaterra ha sellado una sólida alianza con don Fernando. Su hija, mi cuñada, fue prometida al príncipe Arturo, el heredero, y, aunque este falleció, allí sigue doña Catalina, quizá para ser usada por mi suegro como moneda de cambio cuando la necesite.

—Todo eso ha quedado en entredicho tras la muerte del príncipe Arturo. Doña Catalina de Aragón permanece en Inglaterra, es cierto, pero ahora nadie sabe qué hacer con ella. Si la devolvieran a Castilla, don Enrique se quitaría de encima un estorbo, y la alianza con don Fernando quedaría rota y sin posibilidad alguna de recomponerse.

—Humm... —Felipe dio un bocado a una manzana que tomó de un frutero de plata, concediéndose algo de tiempo para pensarlo—. De acuerdo, enviad a Acuña a Roma y a Del Burgo y a De Vere a Castilla, y dadles instrucciones a nuestros agentes en Francia para que no dejen de proclamar que la reina de Castilla está loca y que yo me haré cargo del gobierno de ese reino como su legítimo rey. Hacedlo enseguida.

—Os aseguro, alteza, que antes de que acabe este año la corona de Castilla y León estará colocada sobre vuestra cabeza.

—Así lo espero, pero no menospreciéis al Católico, o fracasaremos.

—Lo tendré muy en cuenta.

—¡Ah!, y no olvidéis difundir que, además del rey, también soy el padre del heredero a los tronos de Castilla y de Aragón.

### *Segovia, reino de Castilla, finales de mayo de 1505*

Desde Toro, Fernando se desplazó a la villa de Arévalo, donde permaneció unos días en compañía de una hermosa dama, jugando a la pelota y cazando con halcón en las riberas del Adaja. Seis meses después de la muerte de Isabel, su esposo había olvidado el duelo que lo acompañó y del que hizo muestra pública durante las primeras semanas. El cadáver de Isabel ya descansaba en Granada, en el pudridero de la iglesia de la Alhambra, esperando a ser depositado en el mausoleo que se iba a levantar junto a la futura catedral, en el solar donde había estado la mezquita mayor de la ciudad.

Aquellas jornadas en Arévalo, alejado de las intrigas de la corte, entre los brazos de una más de sus ocasionales amantes, le sirvieron para olvidarse por unos días de los problemas que lo aquejaban. Fernando ya tenía más de cincuenta años y su ardiente naturaleza se había apaciguado, pero seguía sintiendo la necesidad de disponer de bellas mujeres a su lado, con las que abandonarse al placer y al disfrute de los sentidos. Con aquella dama de Arévalo lo consiguió.

Pasados unos días, se trasladó a Segovia; desde allí pretendía lanzar una ofensiva política para defender sus derechos al gobierno del reino. El alcázar de Segovia, donde se custodiaba buena parte del tesoro real de Castilla, había sido uno de los lugares favoritos de los Reyes Católicos. Ubicado en el extremo oeste de la ciudad, encaramado sobre unos riscos en la confluencia del río Eresma y el arroyo Clamores, desde la distancia parecía el mascarón de proa de una formidable carabela de piedra avanzando sobre el aire limpio y bajo el cielo azul de Castilla. Sus recios muros de sólidos sillares no configuraban el más cómodo de los espacios para vivir, pero la rotundidad de su aspecto y sus profundos fosos ofrecían tal sensación de seguridad y firmeza que quienes lo habitaban se sentían protegidos y a salvo de cualquier peligro.

En el alcázar se presentaron Andrés del Burgo y Filiberto de Vere. La trama ideada en Bruselas estaba comenzando a urdirse, pero los flamencos no habían tenido en cuenta las recomendaciones de Felipe y habían subestimado la capacidad de reacción de Fernando.

—Alteza, recibid los saludos de vuestros hijos los reyes don Felipe y doña Juana, y nuestro más considerado respeto —dijo Andrés del Burgo; a su lado, el señor de Vere se limitó a inclinar la cabeza.

Fernando lucía un rostro serio y grave cuando recibió en la Sala de la Galera del alcázar segoviano a los embajadores de Felipe de Austria. Era consciente de lo que se proponían esos dos emisarios y no estaba dispuesto a que logaran sus objetivos.

—Sed concisos y decidme qué os trae a Castilla —don Fernando hablaba con voz tajante, demostrando la seguridad y el aplomo que empleaba en sus entrevistas.

—Los reyes don Felipe y doña Juana de Castilla y de León desean tomar posesión de sus reinos de manera inmediata. Con esta misiva, su alteza don Felipe os presenta su obediencia como hijo vuestro y os manifiesta todo su respeto.

Del Burgo entregó a Fernando una carta que el rey de Aragón se limitó a recoger y a depositar encima de una mesa, sin darle la menor importancia ni prestarle la más mínima atención. El embajador alzó los ojos y contempló el artesonado en forma de casco de nave invertido, cuya forma daba el nombre a la sala.

—Dejaos de rodeos. ¿Qué pretende mi yerno?

—Lo que le pertenece en derecho, alteza.

—Si os referís a la Corona de Castilla, sabed que es propiedad de mi hija Juana, y que, ante su incapacidad, yo soy quien la gobierna por decisión de doña Isabel y de las Cortes —asentó Fernando.

—Así es alteza; desgraciadamente, doña Juana está imposibilitada para ejercer como soberana, de modo que esa facultad, según las leyes de Castilla y la voluntad de la reina Isabel, vuestra amantísima esposa a quien Dios tenga en su gloria, le corresponde a don Felipe.

—El título real sí, pero el gobierno del reino no. Mi esposa Isabel en su última

voluntad y las Cortes reunidas en Toro me han otorgado la gobernación de Castilla y León mientras yo viva; esa es la ley que rige en estas tierras, la ley que yo defendiendo y custodio.

—No lo interpretan así ni el papa ni otros monarcas de la cristiandad, alteza —terció el señor de Vere.

—Pero aquí, las leyes que cuentan son las que emanan de las Cortes, caballeros, y esas Cortes han decidido que yo soy el legítimo gobernante de Castilla y León.

Los dos embajadores de Felipe de Austria se miraron y supieron que, como les había prevenido su señor, el rey de Aragón no cedería fácilmente.

—Vuestra hija es la reina, y en esta carta, dictada personalmente por ella y dirigida a mí, deja claros sus deseos. —El señor de Vere sacó un pliego que portaba en una cartera de cuero, lo desplegó con toda solemnidad y leyó muy despacio—: «Señor de Vere, algunos me juzgan sin conocerme y dicen que tengo falta de razón. Y levantan falsos testimonios contra mí como otros lo hicieron contra Nuestro Señor Jesucristo. Pero hablad con el señor rey mi padre y decidle que quienes esto afirman no solo van contra mí, sino también contra él. Y decidle también que, si mi esposo el rey Felipe ha hecho caso a estos malintencionados comentarios y se quejó de mí, esto no debiera salir de entre padres e hijos, pues si algo yo hice mal fue por los celos que me atraparon, como también lo hicieron con mi reina, señora y madre, doña Isabel, a quien Dios tenga en su gloria, que fue muy celosa de vos, mi padre, pero que con el tiempo curó de este mal, como también el tiempo curará el mío. Por eso, os ruego que habléis con todas las personas que convenga para que tengan en cuenta que es mi deseo y mi voluntad que sea mi marido, el rey Felipe, quien disponga de la gobernación de mis reinos, por el amor que le tengo y porque no podría dar ese gobierno a ninguno de nuestros hijos, sino antes a mi esposo. Espero que muy pronto puedan vernos nuestros súbditos, porque es nuestro deseo viajar a Castilla, donde anhelo encontrarme con nuestros servidores con mucho placer. Dada en Bruselas a tres días del mes de mayo del año del Señor de mil quinientos cinco. Yo, la Reina». Y aquí está su firma, sobre la del notario Pedro Jiménez —señaló el señor de Vere.

—Dudo que esa carta haya sido dictada, ni siquiera autorizada, por mi hija —se limitó a comentar Fernando, que había escuchado paciente pero con cierto desinterés la lectura de la misiva de Juana.

—Pues así ha ocurrido, alteza.

—Presiento que todo cuanto ahí se dice está manipulado con astucia y es falso. ¿Cómo iba a alegrarme yo de la locura de mi hija? ¿Cómo negaría mi propia hija mi derecho a gobernar Castilla? En ese escrito, que no reconozco como cierto, intuyo la intervención de mi yerno don Felipe, y quizá la de alguno de sus esbirros castellanos, para hacerse con el poder a cualquier coste. ¿Tal vez don Juan Manuel, el señor de Belmonte, está detrás de esta conjura? —El Católico se refería al noble castellano que se había erigido en las últimas semanas como su principal opositor y el más firme apoyo de Felipe entre la nobleza castellana—. Sí, claro, ha de ser don Juan Manuel,

¿quién si no? Solo un hombre como él se atrevería a defender que mi hija no sea capaz de gobernar, como ella misma dice, pero a la vez sostener que pueda conceder a otro la capacidad de decidir en su nombre.

—La reina Juana...

—Yo soy el soberano de Aragón —cortó Fernando a Andrés del Burgo—, cuna de una dinastía de reyes desde tiempos tan remotos que la memoria apenas recuerda. En mis venas fluye sangre de los reyes de Aragón, pero también de los de Castilla, y han sido sus Cortes las que han decidido que yo sea quien gobierne estos reinos.

El Católico trataba de mostrar su fuerza, pero era consciente de su debilidad ante las intenciones de su yerno. Además, la tarde anterior había recibido una carta cifrada de Próspero de Colonna, su más fiel agente en Italia, en la que le advertía que el Gran Capitán andaba en tratos con el papa para ponerse a su servicio y que, por tanto, don Gonzalo no se estaba comportando en privado con la lealtad que le proclamaba en público.

En realidad, el Gran Capitán sí se mantenía leal a su rey Fernando. Había acudido a la defensa de Pisa en su nombre, había logrado levantar el asedio al que a esa ciudad habían sometido los de Florencia, era aclamado como defensor de la justicia en media Italia, había castigado a los capitanes rebeldes que causaban desórdenes, y la mayoría de los soldados lo consideraban el general más capaz y prestigioso de toda la cristiandad; era temido y respetado por sus enemigos, y amado con veneración por sus hombres.

Enterado de los recelos del rey Fernando, don Gonzalo le había enviado una carta en la que renovaba su juramento de fidelidad, pero ni aun así se fiaba el Católico de su general más victorioso, el que había ganado para él el reino de Nápoles. Fernando, acosado en Castilla desde todos los lados, no se fiaba de nadie.

Tampoco sirvió de nada que el Gran Capitán le hiciera llegar al rey Católico la respuesta que dio a las ofertas del papa y de Maximiliano, rechazando entrar a su servicio porque la traición era para él un acto inconcebible. Claro que don Gonzalo tenía razones sobradas para desconfiar de un papa como Julio II, un hombre cruel y sin escrúpulos, que no admitía una negativa a sus deseos y que había enviado a un asesino de Padua a Nápoles con la misión de envenenar al Gran Capitán por haberse negado a entrar a su servicio y porque estaba seguro de que con él al frente del ejército de Italia las tierras de Nápoles nunca le pertenecerían. El asesino había sido interceptado, el veneno destruido y el sicario ajusticiado.

El grueso de la fuerza militar de la que disponía Fernando de Aragón estaba desplegado en Italia, combatiendo a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba, y en el norte de África con el conde de Tendilla. Si el Gran Capitán se cambiaba de bando, el Católico sabía que no solo perdería Nápoles, sino también Castilla y, probablemente, Aragón. Su situación era muy delicada. Ante la falta de recursos, no le quedaba otra alternativa que maniobrar con la habilidad que se le suponía. Por eso, en una carta enviada al Gran Capitán un mes antes, le decía que Felipe se dejaba

gobernar por los franceses y que el rey y archiduque tenía presa a Juana y la daba por loca. Sabía que con ese tipo de noticias don Gonzalo no abandonaría su lealtad hacia Castilla, la Castilla de Fernando el Católico.

—Señores —habló Fernando después de unos momentos de silencio en los que reflexionó sobre lo anterior—, he ordenado al Gran Capitán que regrese a Castilla tras sus memorables victorias en Italia —el rey de Aragón mintió; pretendía que los embajadores de Felipe creyeran que dominaba la situación—, y voy a nombrar un nuevo Consejo Real para mi reino de Nápoles.

—Pero... —Andrés del Burgo y Filiberto de Vere se miraron confusos.

—¿Sorprendidos? Don Gonzalo ha estado enfermo. El verano pasado me escribió una carta en la que solicitaba mi permiso para regresar a Castilla. Bien, ya lo tiene. El ejército de Italia lo dirigirá mi leal Tomás de Malferit.

—Esas son vuestras tierras, alteza, solo vos podéis disponer de ellas. —Los embajadores flamencos habían perdido la iniciativa. Antes de partir de Flandes, Felipe de Austria les había asegurado que el Gran Capitán se pasaría muy pronto al lado del rey Felipe con todo su ejército de Italia y que, sin el apoyo de las tropas desplegadas en el sur de Italia, Fernando de Aragón carecía de fuerza para oponerse a una coalición tan formidable como la formada por Maximiliano de Austria, Luis de Francia, el papa y la república de Venecia.

—Mi ejército de Italia está preparado para resolver cualquier contingencia —observó el rey.

—No lo dudamos, alteza —asintieron los embajadores, que sabían que, sin el apoyo del Gran Capitán y de su ejército, el plan de Felipe de Austria estaba condenado al fracaso. Había pactado con Francia el reparto de Italia, a cambio de su ayuda para hacerse con todo el poder en Castilla, y había confiado en convencer al Gran Capitán para que lo apoyase.

—Don Gonzalo es mi más fiel caballero. Si fuera preciso, encabezaría de nuevo el ejército de Italia. —Fernando recelaba de todo y de todos, pero había aprendido a mostrarse sereno y confiado.

—Sabéis que la república de Venecia está en muy buenas relaciones con vuestro hijo don Felipe. —Los embajadores trataron de poner nervioso a Fernando.

—La Serenísima es una formidable potencia en el mar, pero hace tiempo que muestra una sospechosa actitud ante los turcos, los principales enemigos de la cristiandad. Las naves otomanas son una amenaza para el comercio en el Mediterráneo, e incluso para la propia supervivencia de los reinos cristianos en las orillas de ese mar. Creo que eso debería tenerlo muy en cuenta mi «hijo» —remarcó esta palabra—. Le escribiré al respecto. Creo que entrará en razones. Y ahora podéis retiraros. —El rey se situó frente a una de las amplias ventanas de la Sala de la Galera, de espaldas a los dos embajadores, que se inclinaron ante su alteza y se marcharon con la sensación de haber sido derrotados.

El Católico no actuaba al descubierto, sino que se guardaba las espaldas, pues ya



había enviado otra embajada semanas atrás al rey de Francia y ambos habían llegado a un acuerdo secreto que ignoraban Maximiliano y Felipe.

En aquellos días todos trataban de engañar a todos: el rey de Francia pactaba por separado con Maximiliano de Austria y con Fernando de Aragón, esperando decantarse si le obligaban las circunstancias hacia el que más le ofreciera en su momento; el papa Julio II se comportaba como un mecenas amante del arte y de la belleza y, sobre todo, como un príncipe guerrero, ávido de conquistas y de riquezas, pero no como el beatífico pastor de fieles y sucesor de san Pedro, y aspiraba a conquistar y dominar como señor terrenal toda Italia, aunque para ello tuviera que mentir, engañar y traicionar a toda la constelación de reyes cristianos; los gobernantes de la república de Venecia, que solo velaban por sus propios intereses, fingían estar del lado de la cristiandad, aunque sin posicionarse con claridad por ninguno de sus monarcas, pero no tenían reparo alguno en pactar acuerdos secretos con el Imperio otomano si de ello sacaban algún beneficio para sus intereses comerciales; y el rey de Aragón se mantenía como gobernador de Castilla pese a la oposición de casi toda la nobleza, y engañaba a unos y a otros procurando mantener un difícil equilibrio.

Eran reyes y papas, pero se comportaban como tahúres de taberna, haciendo cuantas trampas podían para acrecentar su poder, su riqueza y sus dominios. Se escribían cartas en las que se trataban con la cortesía propia de los caballeros y se dirigían unos a otros con apelativos como «hermano» o «primo», pero, si se les hubiera presentado la menor oportunidad, se hubieran acuchillado unos a otros por la espalda sin ningún reparo. El fin que cada uno de ellos pretendía justificaba cualquier medio empleado para lograrlo: «Tanto monta, monta tanto...». Todos los poderosos del mundo consideraban que cualquier medio era justificable para deshacer el nudo gordiano.

### *Valladolid, mediados del verano de 1505*

Juana de la Cruz jugueteaba en su dedo con el anillo de plata que su hijo Juan le había forjado en Toledo.

—¿Qué fue de aquel cura de Santo Tomé? No me has vuelto a hablar de él —le preguntó Juana de la Cruz a su esposo mientras comían en su pequeña casa de la parroquia de Santiago en Valladolid.

El médico converso acababa de regresar a su casa de un rápido viaje a Segovia, donde había visitado al rey Fernando, aquejado de unas molestias en la pelvis.

—María, ve a por agua —le ordenó Pedro Losantos a su hija.

—La jarra está llena, padre —contestó María.

—Pues baja a la bodega y llena otra jarra con vino, del de la cuba pequeña. Y no

te apresures en regresar, no tengas prisa. —La muchacha obedeció sin rechistar; sabía que en esos momentos sobraba—. ¿Qué quieres saber?

—Cuando esta primavera regresaste de Toledo, me comentaste que aquel asunto tan escabroso relacionado con nuestro Juan estaba arreglado, pero no me diste ningún detalle.

—Ya te lo dije en su momento: todo quedó solucionado. La familia de mi madre cuida bien a Juan, que es como un hijo para mis tíos Felipe y Raquel.

—Me ocultas algo —dijo Juana.

—En absoluto. Ya te he dicho que Juan está bien.

—Pero ese cura...

Pedro calló; ambos esposos se mantuvieron en silencio.

Juana no insistió con más preguntas y, además, María regresó al rato con la jarra de vino.

—Este vino es magnífico —dijo Pedro tras servirse un vaso.

—Nunca has sido bebedor.

—Pues me gusta, ahora me gusta. —El médico apuró el vaso y le pidió a su hija que le sirviera un poco más—. Eres una joven muy agraciada, hija, y ya tienes dieciocho años. Habrá que ir pensando en tu boda.

—No tengo pretendientes, padre —dijo la muchacha ruborizada.

—No te faltarán. Hablaré con el rey Fernando, seguro que en la corte hay más de un joven caballero dispuesto a desposarse con una muchacha tan hermosa como tú.

—María debería casarse con quien ella elija como esposo, no con quien decida el rey —terció Juana.

—Su alteza tiene muy buen ojo para esto de los casamientos.

—Pues en el caso de su hija doña Juana parece que se ha equivocado —replicó Juana de la Cruz.

—Esa boda fue cuestión de alta política.

—Eso será...

—Si se lo pido, el rey elegirá al mejor marido para nuestra hija; tal vez el hijo de un noble.

—Recuerda que somos de raza judía, ningún linaje nobiliario se querrá emparentar con una familia de nuestra estirpe. No quieren manchar su sangre mezclándola con la nuestra —precisó Juana.

—Las cosas están cambiando, mujer. Ya hace años que algunos nobles que apenas disponen de rentas no dudan en casar a sus hijos e hijas con conversos acomodados. Nuestra posición económica es buena, cualquier hidalgo vería con buenos ojos un matrimonio con María que le asegurara una buena dote.

—No te reconozco, esposo. ¿Acaso cambiarías a tu hija por un título? —Juana de la Cruz cogió la mano de su hija.

—Por un título no, mujer, pero, siempre y cuando el esposo de María sea un buen hombre, sí por su seguridad, por supuesto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, aunque hace ya más de veinte años que somos cristianos, todavía hay quien recela de nuestra conversión y, si nos denunciaran ante la Inquisición, podríamos tener problemas. Pero si nuestra hija se casa con un miembro de una familia de cristianos viejos, y más si lo hace con el beneplácito del rey, la amenaza de esos problemas desaparecerá para siempre.

—Nuestra hija tiene que ser feliz... ¿Acaso quieres convertirla en una mujer desdichada?

—Nunca serás feliz —se dirigió Losantos a su hija— si acabas, y nosotros contigo, en las garras de la Inquisición. —Pedro zanjó el asunto.

—Me gustaría elegir a mi esposo, pero no me gustaría equivocarme, no tengo prisa en buscar marido —comentó María con cierto apuro.

—Una mujer debe obedecer a su padre, tanto si es cristiana como si es judía. Esa es la ley de Dios, del mismo Dios —asentó Pedro.

—No he leído esa ley en ningún libro sagrado —dijo Juana.

—«Honrarás a tu padre y a tu madre», dice la ley de Moisés, la misma ley que también aceptan los cristianos.

—¿Y esa ley la interpretas en el sentido de que tu hija deberá casarse con un hombre que le impongas tú o tu rey?

—Así es, y así ha sido siempre. Y así será.

—Yo no quiero vivir toda la vida con un hombre al que no ame —dijo María.

—¿Amor? Dichosa palabra que aparece en algunos de esos libros con los que los jóvenes se llenan ahora la cabeza de pájaros, como en ese libro que circula con tanto éxito, la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, creo que se titula. ¿Amor? El amor aparece con el tiempo.

—No me casaré con un hombre que no ame —reiteró María.

—Esta muchacha es más terca que una mula. Bien, hija, eres joven y no conoces el mundo, supongo que con la edad entrarás en razón. Pero, entre tanto, debes cumplir con tu deber como hija. Es la ley de Dios.

Tras la sentencia de su padre, María se mordió los labios, pero permaneció callada. La joven era muy discreta, amaba a sus padres y había sido educada para obedecerlos, pero de vez en cuando, sobre todo en momentos como ese, soñaba con dejar aquella casa, abandonar la seguridad del hogar, volar sola y marcharse lejos, a una tierra lejana y desconocida, tal vez con un joven apuesto que la amara por sí misma, tal como era, y comenzar con él una vida nueva en la que no hubiera otros condicionantes que su propio amor y su deseo. Así entendía María Losantos la felicidad.

Había oído algunas historias de muchachas secuestradas por sus enamorados y cómo se habían escapado con ellos en busca de una vida nueva, llena de emociones y de aventuras... Si apareciera en su vida un hombre así, tal vez ella, María... Pero algo le auguró en su interior que ese hombre nunca llegaría.

Durante las primeras semanas del verano los nobles de Castilla habían celebrado diversas reuniones, todas ellas destinadas a buscar la manera más eficaz y rápida de eliminar del poder a Fernando de Aragón. Al fin, tras no pocos y encendidos debates, en lo único en que se pusieron de acuerdo fue en reclamar la venida del rey Felipe para que se hiciera cargo del gobierno, desposeyendo así de él al Católico, que día a día había ido perdiendo apoyos. Los nobles ni siquiera estaban dispuestos a acatar lo aprobado unos meses atrás en las Cortes de Toro, cuyos dictámenes pretendían revocar cuanto antes, bien en unas nuevas Cortes, bien por la fuerza, aunque para ello tuvieran que enfrentarse a los representantes de algunas ciudades, que mantenían su apoyo al rey de Aragón.

Los cabecillas de la conspiración, entre los que don Juan Manuel se había erigido como portavoz, manifestaron por toda Castilla su rechazo total hacia Fernando, al que acusaban de ser un usurpador y de ocupar fraudulentamente el gobierno del reino, y de detentarlo con malas artes y en su exclusivo beneficio.

El propio don Juan Manuel, que desde su posición de fuerza había rechazado cualquier intento de concordia con el rey Fernando, había escrito una carta a Felipe de Austria en la que le rogaba que viniese a Castilla para hacerse cargo del trono de modo inmediato, a la vez que le ofrecía el homenaje y obediencia de todos los grandes señores castellanos y leoneses. Por su fidelidad, el Hermoso le había concedido al señor de Belmonte el collar de la Orden del Toisón de Oro y, para compensarlo, también a Fernando el Católico.

—Solo cuento con vuestra lealtad. He fracasado en el intento de ganarme al resto de la alta nobleza de Castilla —confesó Fernando al duque de Alba mientras ambos contemplaban el paisaje segoviano desde un adarve del alcázar. Mediado el mes de agosto, el calor todavía apretaba, pero las tardes eran más frescas y una agradable brisa que bajaba desde la sierra dulcificaba el sofoco del sol del mediodía.

—Sabéis que siempre estaré de vuestra parte —asentó el de Alba.

—Todos los demás se han pasado al lado de don Felipe, pero vos os mantenéis leal a mí... Vuestra familia siempre ha sido fiel a los reyes.

—Mi lealtad es por vuestra alteza, pero también por Castilla. Además, considero que sois el monarca que necesita esta tierra.

—Os recompensaré por ello; no lo dudéis. —El Católico colocó su mano en el hombro de don Fadrique—. Si hubiera logrado convencer a don Juan Manuel... Él es el cabecilla de la principal facción de la nobleza y el más influyente de todos ellos, pero todos mis esfuerzos por atraerlo han resultado inútiles.

—El señor de Belmonte es un hombre demasiado ambicioso. Si pudiera, él mismo se proclamaría rey —afirmó el de Alba.

—Eso creo yo también. Don Juan Manuel no admite otra cosa que no sea mi inmediata salida de Castilla y sin condiciones, y la entronización de Felipe de Austria

como único soberano. Pero no estoy dispuesto a dejarme arrebatarse el gobierno sin más. He pensado en una estratagema que quizá dé resultado.

—¿Puedo conocerla, alteza? —preguntó el de Alba.

—Voy a casarme de nuevo —asentó el Católico.

—¡Cómo! —El gesto que se dibujó en el rostro de don Fadrique fue revelador de su sorpresa.

—Si aguardáis unos minutos os lo explicaré. He mandado llamar a mi médico, don Pedro Losantos.

—Tenéis mucha confianza en ese hombre, a pesar de ser un converso.

—Castilla está llena de conversos. Sé que no me fallará. Ahora está esperando a que lo reciba. Quiero que vos seáis testigo, el único testigo, de lo que voy a proponerle. Será mi embajador ante la que quiero que sea mi segunda esposa.

—Pero, alteza, ¿vais a dejar en manos de un... converso una empresa de tanta trascendencia?

—Creo que será la mejor manera de ocultar mi verdadero propósito. ¿Quién va a sospechar que un médico converso es el encargado de negociar el matrimonio del rey de Aragón?

Fernando el Católico llamó a uno de los guardias y le ordenó que fuera en busca de Losantos, que hacía ya un buen rato que esperaba entrevistarse con el rey, mientras este paseaba con el duque de Alba por el camino de ronda, contemplando el plácido atardecer estival sobre la ribera del Eresma.

—Alteza, me han ordenado que me presentara ante vos; señor duque... —saludó el converso inclinando la cabeza ante los dos grandes señores.

—¿Cómo está Valladolid, don Pedro? —preguntó el rey.

—La ciudad os echa de menos, señor.

—Lo dudo —replicó Fernando—. Supongo que os preguntáis por qué os he llamado.

—Imagino que tenéis alguna dolencia, alteza.

—No. Me encuentro perfectamente; el dolor de la cadera se pasó con aquellos emplastos de hierbas que me recetasteis.

—Entonces, ¿en qué otra cosa puedo servirlos?

—Voy a volver a casarme —dijo Fernando.

—¿Casaros...?

—¿Estáis sordo, Losantos? Sí, deseo tomar una nueva esposa —añadió el rey.

—¿Os referís a contraer matrimonio otra vez?

—Además de sordo, parecéis lelo. Sí, quiero casarme de nuevo.

—¿Y qué tengo yo que ver en este asunto, alteza? Solo soy un médico...

—Seréis mi enviado especial ante la que se convertirá en mi segunda esposa.

—Pero, alteza, yo no soy un diplomático, soy un simple médico; no entiendo de bodas reales ni de política, solo de enfermedades... —Losantos miró al duque de Alba como pidiéndole ayuda y comprensión; don Fadrique se encogió de hombros.

—No necesitáis entender nada; simplemente, limitaos a cumplir lo que yo os encomiende. Hay desatada contra mí una gran conjura en la que está implicada la mayoría de los nobles. Por instigación de don Juan Manuel, esa banda de engreídos y ufanos aprendices de pavos reales interpreta el testamento de mi esposa doña Isabel alegando que Castilla pertenece a mi hija y a su esposo don Felipe, y que yo carezco de derecho alguno para gobernarla. Pese a lo acordado en las Cortes de Toro, me tildan de usurpador, de detentar el trono por la fuerza y de ocuparlo con maldad y gran daño.

—Eso no es cierto —adujo el médico.

—Y lo más absurdo: me acusan de estar planeando mi boda con doña Juana.

—¿Doña Juana? —se extrañó Losantos, que en ese momento no identificó a quién se refería el rey con ese nombre, pues eran muchas las mujeres nobles que lo llevaban.

—Sí, doña Juana, la que llaman «la Beltraneja».

—¡Doña Juana...! Debe de tener ahora unos cuarenta años. —El rostro de Pedro Losantos reflejaba claramente su asombro, mientras el del duque de Alba permanecía serio e impenetrable como el de una estatua.

—Todavía puede tener hijos, ¿no es así?

—Supongo que sí, si no ha perdido el menstuo...

—Pero ¿no era hija de don Beltrán de la Cueva? —El médico comenzaba a mostrarse muy nervioso. No sabía a dónde pretendía conducirlo el rey.

—¿Me estáis tomando el pelo, don Pedro? Vuestro padre fue médico personal de don Enrique, y supongo que os contó la verdad.

—Bueno, yo...

—No os hagáis el idiota. No sois ajeno a lo que estoy diciendo. Sabéis bien que doña Juana era hija legítima de don Enrique, el medio hermano de mi esposa doña Isabel, y de la portuguesa doña Juana de Avís. Eso la convertía en la heredera al trono de Castilla.

—Pero la reina fue doña Isabel, vuestra esposa...

—Por supuesto. Si doña Juana hubiera sido la reina de Castilla, este reino hubiera caído en manos de los portugueses, y eso no lo podíamos consentir. De modo que hicimos correr el rumor de que doña Juana no era hija carnal de don Enrique, al que calificaron como «el Impotente», sino de uno de sus consejeros, aquel tal Beltrán de la Cueva, a quien atribuimos amores prohibidos con la esposa de don Enrique. Lo sé bien, Losantos, porque yo fui el principal urdidor de esa campaña. Yo ya estaba casado con doña Isabel y además era el heredero de la Corona de Aragón. Si doña Juana heredaba Castilla, la unidad de toda Hispania, el gran plan que idearon mi padre y mi suegro, se hubiera venido al traste. La única forma de conseguir ese sueño era que doña Isabel se convirtiera en reina de Castilla y que un hijo nuestro heredara las dos Coronas.

—Entiendo —dijo Losantos.

—Al ser considerada doña Juana como hija ilegítima, el camino de mi esposa doña Isabel al trono de Castilla quedó completamente despejado. ¿No es así, don Fadrique? —le preguntó Fernando al duque de Alba, que asistía impávido a aquella revelación, que, por otra parte, él ya conocía.

—Después de aquello Juana la Beltraneja se casó con el rey Alfonso V de Portugal, treinta años mayor que ella —terció el de Alba—. El portugués ambicionaba el trono de Castilla y vio en esa boda su gran oportunidad. Pero si renunció a la Corona de Castilla y León es porque vos lo derrotasteis en Toro...

—Vencimos en aquella batalla, sí, pero nuestro triunfo no fue todo lo contundente que pareció. A cambio de que se retirara a Portugal y nos reconociera a mi esposa Isabel y a mí como soberanos legítimos de Castilla y de León, tuve que prometerle a don Alfonso la concesión al reino de Portugal de importantes cesiones en los nuevos descubrimientos en las costas del Atlántico y de África —interrumpió el Católico al duque de Alba.

—¿En verdad pensáis casaros con doña Juana, con «esa» Juana? —Losantos estaba atónito y no salía de su asombro ante lo que estaba escuchando.

—No, claro que no. He hecho circular ese rumor para desviar la atención de los nobles acerca de mis verdaderas intenciones. Han sido algunos de mis agentes quienes han divulgado, con mucho éxito, por cierto, que yo pretendo casarme con Juana la Beltraneja, la sobrina de mi esposa Isabel y su gran rival. Incluso ordené a Hernán Gómez de Herrera, un bachiller madrileño que me hace de vez en cuando muy buenos servicios secretos, que viajara hasta Portugal en busca del testamento del rey Enrique. ¿Sabéis, don Pedro, que Enrique de Castilla reconoció en su último testamento a Juana la Beltraneja como su hija legítima? En ese caso, doña Isabel y yo mismo seríamos unos usurpadores.

—Supongo que los nobles se habrán puesto muy nerviosos con todo esto; bueno, algunos de ellos, quiero decir. —Losantos miró de soslayo al de Alba.

—Lo están. ¿Os imagináis que la Beltraneja se convirtiera en mi esposa? Yo, casado en primeras nupcias con la reina de Castilla y en segundas con su sobrina, la que debió ser reina. No me digáis que no sería un verdadero escándalo. ¡Ah!, cómo me gustaría ver la cara que pondrían don Juan Manuel y toda esa banda de engolados aristócratas al verme casado con la sobrina de doña Isabel. Temblarían como corderos acechados por lobos.

—Pero ¿existe en verdad ese testamento del rey Enrique? —preguntó Losantos, sorprendido por la confianza que le estaba mostrando el rey.

—Claro que existe. Don Enrique era un pusilánime que arrastró al reino de Castilla a un absoluto desprestigio, pero firmó ese testamento en Madrid poco antes de morir. Un clérigo llamado Lorenzo Galíndez de Carvajal, que atendió al rey en los instantes previos a su muerte y le dio la extremaunción, lo guardó y se lo llevó con él a Portugal para entregárselo a doña Juana la Beltraneja. Mi esposa doña Isabel y yo mismo supimos de su existencia hace un par de años. Enviamos a unos agentes a

Portugal en busca de ese documento y lo encontraron.

—¿Lo tiene vuestra alteza?

—Eso es algo que a vos no os incumbe. —Fernando parecía divertirse. Juana la Beltraneja, la que fuera su gran enemiga, era presentada ahora en un juego de intrigas como su posible futura esposa. La paradoja era enorme. Desde luego, los nobles quedarían absolutamente descolocados ante esta maniobra del Católico, si se produjera—. Cuando se han enterado de que estoy planeando esta falsa boda, los nobles me han acusado de que pretendo entregar algunas tierras de la Extremadura leonesa al rey de Portugal a cambio de su ayuda para mantenerme en el trono de Castilla.

—Pero, si lo de vuestra boda con doña Juana es una ñagaza para confundir a los nobles, ¿con quién pretendéis casaros, entonces? Si es que eso es lo que pensáis hacer realmente, porque ya no entiendo nada...

—Sí, como ya os he dicho, pienso casarme... con una princesa de Francia.

—¡Una francesa! —El ruido que emitió la garganta de Losantos al tragar saliva se oyó a varios pasos de distancia—. Pero si Francia es vuestra gran enemiga; vuestro ejército ha luchado contra los franceses en Nápoles...

—Pues a partir de ahora esa nación será mi gran aliada.

—No comprendo...

—No os he llamado para que comprendáis o dejéis de comprender nada, sino para que vayáis a Francia en misión secreta para acordar mi boda con esa princesa. No puedo enviar a ninguno de mis hombres de confianza, porque los agentes de Felipe de Austria se enterarían de inmediato de mis intenciones y podría venirse abajo mi plan.

—Como os he dicho, yo no entiendo de diplomacia, mi señor. No sabría qué hacer ante una situación así.

—Bastará con que expongáis al rey Luis mi propuesta y que lo hagáis con plena discreción. No es nada complicado. Y nadie sospechará de vos. No admito una negativa de vuestra parte.

—Estoy a vuestro servicio, alteza. Espero no defraudaros, pero temo no poder cumplir vuestros deseos y no estar a la altura que se requiere.

—Oficialmente, la embajada a Francia la encabezarán el conde de Cifuentes, Tomás de Malferit y Juan de Enguera, pero mis verdaderas intenciones solo las conoceréis vos, Losantos.

—¿Y quién va a ser vuestra esposa? Supongo que yo sí debo saberlo.

—La elegida para ser mi segunda esposa se llama Germana, Germana de Foix; es la hija de la hermana del rey Luis de Francia y de su esposo, el señor de Narbona.

—¿Germana de Foix...? —El de Alba, que desconocía hasta entonces el nombre de la elegida, dio un respingo.

—No tengo otro remedio que pactar una alianza con Francia, o al menos garantizar su neutralidad en el conflicto que se avecina con Felipe de Austria. Necesito que los franceses se mantengan alejados de Italia y que no hostiguen en la



frontera de los Pirineos. Vos, Losantos, seréis quien plantee mis condiciones para el matrimonio con su sobrina ante el rey Luis. Escuchad con atención y recordadlas bien, porque no estarán escritas en ninguna parte. Don Fadrique es mi testigo.

—Tengo buena memoria, alteza.

—Son estas: el rey de Francia me cederá, como dote por mi boda con su sobrina, todos los derechos que alega tener sobre el reino de Nápoles y el título de rey de Jerusalén, que ya llevaron algunos de mis antepasados aragoneses, y por tanto renunciará a ellos. Si de este matrimonio con doña Germana no nacieran hijos, a mi muerte Nápoles y Jerusalén quedarán en poder del rey de Francia. A cambio de ello y de su sobrina, yo entregaré a don Luis medio millón de ducados, en diez pagas anuales de cincuenta mil cada una, y me comprometo a devolver a los barones de la casa de Anjou las tierras que perdieron en las guerras libradas en Italia, así como a poner en libertad a todos los prisioneros franceses que ahora están en poder del Gran Capitán.

—Pero, alteza, esta decisión enervará mucho más si cabe a la facción de la nobleza castellana que os es hostil —intervino el de Alba.

—Cierto, pero es mi gran oportunidad para impedir que Felipe de Austria convenza a Luis de Francia para llegar a un acuerdo contra mí. Además, una vez que don Luis acepte entregarme en casamiento a su sobrina, mi dominio sobre Italia estará seguro. Por ello he decidido que ha llegado el momento de destituir al Gran Capitán como virrey de Nápoles y nombrar un nuevo Consejo Real para ese reino, en el que pienso incluir a Tomás de Malferit, Luis Zapata, Luis Sánchez, Juan Bautista Espinelo y Miguel Pérez de Almazán, todos ellos hombres de mi absoluta confianza, como también lo sois vos, Losantos.

—Haré lo que dispongáis, alteza, y que Dios se apiade de mí. —Losantos suspiró; no tenía la menor idea de lo que se le venía encima.

—Con este acuerdo con Francia se despeja la amenaza de que su ejército invada Nápoles y Sicilia. Y con esa región en calma podré dedicar toda mi atención a retener el gobierno de Castilla —dijo el rey.

Con ello, el Gran Capitán, de quien el Católico seguía recelando, ya no le era necesario. Algunos todavía no sabían cómo se las podía gastar el viudo de Isabel de Castilla.

*Valladolid, mediados de agosto de 1505*

Pedro Losantos regresó a Valladolid dispuesto a preparar la misión que le había encomendado el rey.

En principio pensó en no decirle nada de aquello a su esposa, pero al fin decidió contarle el encargo real.

—En unos días me voy a Francia —le comentó a Juana de la Cruz, que estaba en

la cocina elaborando un ungüento con esencia de ortigas, salvia y mejorana con el que aliviar el dolor de las quemaduras y a la vez acelerar su cicatrización.

—¿Y qué vas a hacer en Francia? —preguntó la conversa sorprendida y preocupada a la vez.

—Una misión diplomática por encargo del rey Fernando.

—Pero si tú no sabes nada de política...

—Eso mismo le he dicho a su alteza, pero me ha respondido que confía en mí y que sí puedo cumplir con su encargo.

—¿De qué se trata?

—El rey pretende casarse de nuevo.

—¡Casarse! Pero si solo hace unos meses de la muerte de la reina Isabel... ¿No me dijiste que él le había prometido que no se volvería a casar?

—Don Fernando me ha revelado que su yerno el archiduque de Austria, bueno, ahora ya es rey de Castilla, está tramando una gran conspiración con su padre Maximiliano, la república de Venecia y el papa. Para contrarrestarlos, don Fernando ha decidido casarse con una sobrina del rey francés.

—Pero, Pedro, ¿qué sabes tú de todo eso!

—Sé que los reyes y los nobles casan a sus hijos y se casan ellos mismos por cuestiones de concordia o de guerra, de alianzas y de pactos. Supongo que con este matrimonio pretende sellar la paz con Francia y adelantarse así a las intenciones de don Felipe.

—Yo no entiendo nada de eso, pero si don Fernando se casa con una francesa, los castellanos aún lo rechazarán más si cabe, y ahora sí tendrá que marcharse de estos reinos. Aquí nadie lo quiere; es algo que escucho todos los días en el mercado —asentó Juana.

—Eso no le importa demasiado. Don Fernando sabe que cuenta con el rechazo de la mayoría de la nobleza. En estos meses ha intentado ganarse a los grandes del reino, pero casi todos lo han ido abandonando y se han pasado al lado de don Felipe. Solo le queda el apoyo del duque de Alba, Cifuentes y Cisneros, demasiado poco para mantenerse en el poder.

—¿Y cree el rey que con esa boda con la francesa podrá continuar al frente de Castilla?

—Si no hace nada, ahora mismo tiene perdido el trono. Un acuerdo entre Francia, el Imperio y el papado sería terrible; si se produjera, el rey no podría mantener sus dominios en Italia, e incluso hasta estaría en peligro su gobierno sobre sus reinos de Aragón.

—La reina de Castilla es su hija; nunca irá contra su padre. Un hijo, tal vez, pero una hija, nunca.

—Juana no es una mujer normal, ni se comporta como tal. Está loca, o al menos así la han declarado los médicos flamencos, y las Cortes de Castilla lo han aceptado, de manera que ahora el verdadero rey de Castilla, y por tanto el dueño del poder, no

es otro que Felipe de Austria —aclaró Pedro Losantos a su esposa.

—¿Y qué tienes que hacer tú en todo esto? ¿Cómo has podido meterte en semejante lío?

—Mi trabajo es transmitirle al rey de Francia la petición para que entregue a su sobrina en matrimonio a don Fernando. Solo seré un mensajero.

—¿Desde cuándo confías en la palabra de un rey? ¿Y si te niegas a hacerlo?

—Si no acepto el encargo del rey, me temo que la Inquisición indagará en nuestras vidas y podríamos acabar en una prisión, o incluso en una hoguera. Por ahora el manto protector de don Fernando nos guarda de cualquier pesquisa, pero si perdemos esa protección...

—No hemos hecho nada malo. No hay nada de qué acusarnos.

—Juana, Juana, escucha: ahora somos conversos, pero en otro tiempo fuimos judíos, y en estos tiempos ese ya es suficiente motivo para iniciar una investigación. Basta con que alguien poderoso lo ordene. Y no hay nadie, por ahora, más poderoso que don Fernando.

—Entonces, ¿no tienes otro remedio que aceptar esa propuesta?

—Sí, hay una alternativa: huir de aquí. Pero ¿dónde iríamos? Nuestro hijo mayor está en Salerno, el pequeño en Toledo, y con nosotros solo queda María, de manera que si escapáramos de Castilla tendríamos que hacerlo sin Pablo y sin Juan, y entonces las represalias caerían sobre ellos. No, no puedo hacer otra cosa que cumplir el mandato de don Fernando.

—En ese caso, necesitarás algunas cosas para emprender ese viaje, y deberás tener mucho cuidado —Juana dibujó un rictus de seria preocupación.

—No te preocupes por eso, en esta embajada iré bien acompañado. El jefe de la delegación es fray Juan de Enguera.

—¡El inquisidor! —Al oír ese nombre, Juana de la Cruz dio un respingo sobresaltada.

—Sí, el inquisidor de Cataluña.

—Ten cuidado con él. Mucho cuidado. ¡Ese hombre! —Juana se llevó las manos a la cara muy asustada.

—Sabe que soy judío, bueno..., que fui judío.

—Entonces, te estará controlando durante todo el viaje: qué comes, qué dices, cómo te comportas, qué rezas...

—Seré un cristiano ejemplar. Además, mientras disfrute de la amistad del rey, ese inquisidor no se atreverá a mover un dedo en mi contra —supuso Pedro.

—Imagino que, para ponerte a prueba, te invitará a comer carne de cerdo...

—Pues habrá que degustarla; a los cristianos viejos les agrada —dijo Losantos.

—¿Cuándo te vas? —Juana se acercó a su esposo y lo abrazó, como si no quisiera separarse, como intentando en vano evitar su marcha.

—Partiré con los embajadores de don Fernando a fines de este mes de agosto desde Segovia.

La misión de los embajadores era cerrar el pacto entre los reyes de Francia y de Aragón, pero la de Pedro Losantos era pedir en matrimonio a Germana de Foix para Fernando. Nunca hubiera imaginado que acabaría ejerciendo una misión política, y dudaba sobre si sería capaz de llevarla a cabo con éxito. Se sentía muy nervioso y se preguntaba una y otra vez si él podría cumplir con las instrucciones de su rey. No tenía ninguna formación política, no sabía casi nada de las artes de la negociación que los embajadores utilizaban en sus entrevistas, y ni siquiera era capaz de utilizar el lenguaje que se usaba en este tipo de circunstancias.

No se creía capaz de estar a la altura de avezados diplomáticos como el conde de Cifuentes, Tomás de Malferit y el inquisidor Juan de Enguera, pero no podía fallarle a su rey. No podía.

### *Palacio de Coudenberg, Bruselas, mediados de octubre de 1505*

Maximiliano de Austria se presentó en Bruselas para acordar con su hijo Felipe una respuesta a la iniciativa de Fernando el Católico de firmar un tratado de paz con Francia. Los espías de la casa de Habsburgo le habían informado del viaje de la delegación de Fernando y de la intención del Católico de acordar una alianza con Luis de Francia. Lo que no sospechaban era la sorprendente estratagema que había preparado el rey de Aragón.

El gran salón de Coudenberg estaba iluminado con cuatro enormes candelabros de plata en los que lucían seis grandes velones en cada uno de ellos. El gran espejo de la pared reflejaba la llama de los velones y multiplicaba su luz ambarina en aquella sombría tarde de otoño.

—Hijo, ese astuto aragonés nos la ha jugado bien. Tenía ya casi ultimado un pacto con Luis de Francia, el papa y Venecia que nos hubiera reportado la mitad de Italia y tu consolidación como soberano de Castilla, pero la intervención de tu suegro y la traición de don Luis han dado al traste con mis planes.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Felipe, que carecía de la habilidad política de su padre.

—Yo ando ocupado con la cuestión imperial, pero te ayudaré cuanto pueda en este asunto.

—¿Se han decantado ya los grandes electores?

—Sí. Me ha costado mucho dinero, pero ya tengo comprometido el voto de la mitad de los electores.

—En ese caso, pronto seréis emperador, padre.

—Eso espero, pero no puedo dejarte solo ante don Fernando, de modo que vas a hacer lo siguiente: escribirás varias cartas dirigidas a los nobles, las dignidades eclesiásticas y las ciudades de Castilla y les ordenarás, como su rey que eres, que suspendan de inmediato todas las disposiciones que haya firmado tu suegro.

—¿Lo aceptarán?

—Por supuesto. Una vez que reciban esas cartas, todas, absolutamente todas las órdenes dadas por tu suegro deberán quedar sin efecto legal alguno. Tienes que dejar claro que el rey, el único rey legítimo, eres tú y que estás decidido a ejercer como tal, con toda contundencia.

—Así lo haré.

—Que sea hoy mismo. Yo dictaré esas cartas.

—Ordenaré que los correos más rápidos las lleven a Castilla sin demora alguna.

—Hay que actuar deprisa; tienen que llegar antes de que se produzca cualquier acuerdo entre el Católico y el francés.

—Mi suegro no abandonará el poder sin luchar, o al menos sin oponer una enconada resistencia —supuso Felipe.

—Aunque lo pretenda, no puede hacer nada en tu contra, pues carece de hombres, de apoyo, de armas y de fuerza.

—Y yo cuento con el apoyo de la inmensa mayoría de la nobleza de Castilla, que odia a mi suegro.

—Te falta convencer al Gran Capitán —le recomendó Maximiliano.

—Ya me estoy ocupando de ello. Mis agentes están procurando que don Fernando recele del Gran Capitán. Es su mejor general, de modo que, si duda de él, habremos ganado mucho.

—El golpe definitivo sería que consiguieras una carta de tu esposa en la que, como reina de Castilla, renegara de su padre y te señalara y reconociera como único rey y señor...

—Será fácil —se pavoneó Felipe.

—¿Tú crees? Esa esposa tuya no está bien de la cabeza.

—Dice que ama la libertad.

—¡La libertad!, como si fuera algo tangible. La libertad, si existe, es como el aire —objetó Maximiliano.

—También le gusta saltarse las normas e incumplir las reglas que estima rígidas, de las que reniega. Mi mujer siempre fue un ser extraño y se muestra ajena a todas las convenciones. Ella afirma que le gusta disfrutar de la vida y del amor.

—Está loca, hijo, esa mujer está loca. Algunos aseguran que incluso ha sido poseída por un espíritu maléfico o por el mismo demonio, o que ha sido alcanzada por el mal de ojo del conjuro de algún hechicero.

—La castellana está perdidamente enamorada de mí. A veces me confiesa que me haría el amor hasta desfallecer.

—Pues convéncela para que firme esa carta a tu favor y en la que retire la confianza hacia su padre —insistió Maximiliano.

—Si se lo pido con arrumacos, lo hará, aunque para ello tenga que acostarme con Juana una vez más; lo que no me desagrada, por cierto, aunque ya no siento hacia ella la pasión de los primeros años.

—Pues ponte a la faena ya; visita su cama y hazle el amor cuantas veces sea preciso para que firme ese documento. No hay tiempo que perder. Redactemos ahora esa carta; tú se la llevarás para que la firme de inmediato.

Felipe llamó a un secretario que escribió un diploma, dictado por Maximiliano, por el que Juana ordenaba a todos los súbditos de todos sus reinos que dejaran de obedecer a su padre Fernando, y en el que proclamaba que desde ese momento ella y su esposo Felipe eran los únicos gobernantes de Castilla.

Felipe cogió la carta, sonrió con ironía y se dirigió al ala de palacio donde su esposa permanecía recluida bajo vigilancia permanente. Maximiliano salió tras él; no quería perderse el momento en el que Juana renegaría de su padre.

Padre e hijo recorrieron los largos pasillos de Coudenberg, en cuyas paredes colgaban decenas de tapices, cuadros y espejos dorados, hasta llegar al ala del palacio donde estaba recluida la reina Juana.

El guardia de la puerta se levantó como impulsado por un resorte invisible en cuanto vio acercarse a Felipe y a Maximiliano, y a una leve señal de su señor, la abrió.

Hacía menos de un mes que Juana de Castilla había dado a luz a su quinto hijo, una niña a la que habían llamado María, en homenaje a su abuela paterna. A sus casi veintiséis años, y tras cinco partos, todos ellos satisfactorios, lo cual no dejaba de ser prodigioso, mantenía una belleza serena que la melancolía acentuaba sobremanera. Nadie que la viera en ese momento, leyendo un libro de oficios, cubierta con una elegante toca orlada con una cinta de oro y perlas y perfumada con un delicado unguento de flores, hubiera imaginado siquiera que de vez en cuando se desataba en ella una furia incontenible provocada por la más extraña de las demencias.

—Mi señora, deseo que os encontréis bien —la saludó Felipe con toda la amabilidad de que fue capaz.

—Me alegro mucho de volver a veros, hija mía —añadió Maximiliano con una impostada melifluidad.

—Nunca supiste mentir, Felipe. Vos sí, mi señor padre; sois un maestro en el arte del disimulo y el engaño. Incluso lo es vuestra divisa: «Guarda la medida de todas las cosas» —ironizó Juana mirando sin pestañear a los ojos de su suegro, recordándole el lema que había elegido cuando comenzó su reinado.

—Mi querida esposa, deseo pedirte un favor. —Felipe abandonó el tratamiento y usó el tono familiar que solían utilizar en la intimidad.

—Libérame de esta prisión y luego pídemelo lo que quieras.

—No estás presa, sino protegida.

—¿Protegida? No puedo salir de aquí, no puedo ver a mis hijos, no puedo hablar con nadie, no puedo pasear por el campo. Tus carceleros me controlan, me vigilan a cada momento y me impiden salir de esta habitación. Aguardo día tras día a que te

dignes a visitarme, a que aparezcas como un espectro furtivo, me poseas como si me tratara de la prostituta del más sórdido de los prostíbulos y te marches de repente como una sombra que se desvanece entre la niebla.

—Aquí me tienes. —Felipe abrió los brazos y sonrió.

—Sí, ahí estás. Eres la luz más brillante y la oscuridad más absoluta. Y yo soy tu prisionera.

—Eres mi reina y mi dama; y quiero que sea así siempre. —Felipe se acercó hasta Juana y acarició su rostro; luego palpó su vientre—. Es increíble; apenas hace cuatro semanas que has parido a nuestra hija y ya has recuperado tu figura.

—¿Cómo está nuestra hijita? —observó Juana, que mudaba de actitud por momentos.

—María está muy bien. La alimenta una joven alemana que tiene en sus pechos leche suficiente para amamantar a un par de terneros.

—Os agradezco a los dos que hayáis decidido darle el nombre de mi esposa a vuestra nueva hija —intervino Maximiliano—. Cuando murió tu madre, tú, Felipe, solo tenías cuatro años. De haber vivido, le hubiera gustado que una de vuestras hijas llevara su nombre.

—Cuando murió, yo era un niño pequeño, sí, pero todavía recuerdo sus brillantes ojos azules y su olor. María es un bonito nombre...

—¿A qué has venido? La última vez que te vi... —habló Juana.

—A verte, por supuesto, y a comprobar que estás bien...

—Vuelves a mentir, Felipe.

—... y a decirte que nos vamos a Castilla.

—¿Nos vamos...? —Juana se estremeció ante la invitación de Felipe. Por un momento, solo durante un instante, se sintió confortada y deseada; era la reina.

—Sí, viajaremos en tres o cuatro semanas, los dos, juntos. Los reyes tienen que estar en su reino. Juana, imagínalo, tú y yo reinando en Castilla... ¿Sabes?, mi padre será proclamado emperador y luego lo seré yo, y tú serás mi emperatriz. Emperadores de Roma, reyes de Castilla y de Aragón, soberanos de las Islas del mar Océano... Nuestros nombres estarán esculpidos por todas partes, se erigirán arcos triunfales y estatuas de piedra en nuestro honor y todas las generaciones nos recordarán en crónicas, anales y cancioneros hasta el final de los tiempos —fantaseó Felipe ante el rostro de Juana, iluminado por aquellas promesas que parecían sinceras.

Felipe acercó sus labios a los de su esposa, que no los retiró. Maximiliano se alejó unos pasos y quiso parecer ajeno a la conversación de los esposos. Tras un largo beso, la reina reiteró su pregunta.

—¿A qué has venido? Y no me mientas, Felipe. —Tras unos momentos de ilusión y esperanza, Juana pareció regresar a la realidad. En unos breves instantes se habían manifestado las dos personalidades que habitaban en el cuerpo de la hija de los Reyes Católicos: la muchacha inocente e incauta sometida a su esposo por un amor ciego e incontrolable, y la dama altiva y orgullosa, capaz de mostrarse fría y dura como un

témpano de hielo. Juana: dos mujeres en un solo cuerpo, dos sentimientos en una sola alma.

—Para que seamos reyes de Castilla, sin amenaza de sombra alguna. Por eso tienes que firmar esta carta. —Felipe le mostró la misiva.

—Veamos. —Juana se puso a leer enseguida. Acabada la lectura, la reina levantó los ojos y los fijó en los de Felipe—. Ni muerta —asentó con rotundidad.

—¿Cómo dices? —Felipe estaba sorprendido ante la tajante negativa de su esposa.

—Venís aquí, los dos, a pedirme que traicione a mi padre, a que mancille el honor de mi familia y manche la historia de mi linaje firmando esa carta... Si el rey de Aragón estuviera ahora presente, os molería a palos a ambos y os echaría a patadas de esta estancia. ¡Cómo te atreves...! —clamó Juana alzando la carta en su mano.

—Atended a razones, hija... —Maximiliano, que se acercó al escuchar el tono de rechazo de Juana, no pudo acabar la frase. Juana apretó la carta entre sus manos y se la arrojó a la cara a Felipe.

—Si quieres salir de aquí y ser libre, tendrás que comportarte como mi esposa, como una reina, y deberás firmar esa carta —la amenazó Felipe lleno de rabia.

—Careces de agallas y de honor para ser rey, ni siquiera tienes categoría para administrar el más sórdido de los burdeles que frecuentas. —Juana estaba llena de ira, y sus ojos, antes serenos, destellaban un brillo colérico. Era inquietante contemplar cómo aquella mujer cambiaba de ánimo y de carácter por momentos y pasaba de la euforia más alegre a la más iracunda de las posturas. Así era la forma dual en que Juana se enfrentaba a la vida.

—En ese caso, permanecerás encerrada hasta que sepas comportarte como debes, como una reina, y no como una niña caprichosa y consentida —asentó Felipe.

—¡Malditos, canallas, canallas...! —Juana gritó, pateó, insultó a los dos hombres y cayó al fin desmadejada y abatida sobre el lecho, gimiendo desconsolada.

—Encárgate de que aquí no entre nadie y de que mi esposa no hable con ninguna persona, ni siquiera con sus damas de compañía, hasta nueva orden; va en ello tu propia vida —ordenó Felipe al guarda de la puerta al salir de la estancia.

—Esa mujer es terca como una mula —comentó Maximiliano, que consideraba a Juana un mero peón para sus planes de instaurar el dominio de los Austrias en Europa.

—Acabaré domeñándola; os lo juro, padre, os lo juro.

Una semana más tarde, Juana, ya calmada, obtuvo permiso de su esposo para recibir a los embajadores enviados por su padre, pero con el juramento de que no se cruzarían una sola palabra. Los enviados de Fernando fueron aleccionados para que no abrieran la boca, ni siquiera para saludarla; solo tenían permiso para rendirle pleitesía, comprobar que estaba bien, besarle la mano e inclinar la cabeza ante ella, so pena de



ser arrestados de inmediato si le dirigían una sola palabra.

Los embajadores le transmitieron a Felipe que el rey Fernando se alegraba mucho por el nacimiento de su nueva nieta y le anunciaron sus deseos de concordia.

### *Palacio real de Blois, Francia, mediados de octubre de 1505*

Hacía ya varios días que la delegación enviada por Fernando el Católico había llegado a la localidad francesa de Blois, donde tenían previsto celebrar, en las salas de su enorme y sólido castillo, las negociaciones para lograr la alianza con Luis de Francia.

Tomás de Malferit, Juan de Enguera y el conde de Cifuentes disfrutaban del encanto del paraje de Blois, con su formidable fortaleza ubicada junto a la ciudad y cerca del río Loira, rodeada de jardines que en aquellos días de otoño lucían hermosos, teñidos de toda una gama de variados tonos verdes, ocres y rojos.

Los embajadores creían estar preparados para la negociación y tenían precisas instrucciones del rey Fernando, pero desconocían el mensaje que portaba Pedro Losantos para el rey de Francia.

La magnífica sala principal del castillo real de Blois lucía espléndida. Los tapices, los cuadros, los esmaltes y los jarrones denotaban la extraordinaria riqueza de su dueño, así como los ampulosos uniformes de la guardia real, con sus amplios chalecos azules esmaltados con flores de lis doradas, sus gorros negros y sus bordones de madera pulida rematados con punta de plata.

Las dos delegaciones estaban intercambiando saludos y comentarios cuando el heraldo anunció la entrada del rey Luis. A Losantos le llamaron la atención los ojos saltones y brillantes y el acusado bocio del monarca francés, y sintió curiosidad por saber si era cierto lo que decían sobre el monarca, que su estado de ánimo cambiaba bruscamente según su variable estado de salud.

Ese día el soberano de Francia parecía alegre y con ganas de hablar. Estaba feliz porque le acababan de confirmar que su segunda esposa, Ana de Bretaña, volvía a estar embarazada, y tras varios abortos cabía la posibilidad de que en esta ocasión no se malograra.

Vestía una casaca de tejido adamascado, con brocados de hilo de oro, una capa corta carmesí ribeteada con piel de marta cebellina y un gorro granate con amplias orejeras, en cuya frente lucía un medallón de oro. Sobre el pecho destacaba un collar con conchas de oro puro a modo de eslabones del que pendía otro medallón similar al del sombrero, ambos con la figura de la Virgen entre dos santos orantes.

—Francia da la bienvenida a la residencia real de Blois a los embajadores de mi primo el rey Fernando —saludó Luis XII nada más sentarse en el trono tapizado de seda azul con plateadas flores de lis.

Los nuncios se inclinaron, en tanto Pedro Losantos se mostraba nervioso y

confuso, pues aunque sus compañeros de delegación tenían orden del Católico para que hablara en primer lugar, el médico no sabía bien cómo comenzar.

De modo que miró al conde de Cifuentes, que con un gesto le dio autorización para hablar. Se adelantó un par de pasos, se estiró la levita, carraspeó suavemente y con toda la solemnidad que fue capaz de impostar habló en voz alta:

—Fernando, rey de Aragón, de las Dos Sicilias y gobernador de Castilla, solicita en matrimonio a vuestra sobrina, doña Germana de Foix.

Las caras de todos los presentes manifestaron un notable asombro, mientras que el rey Luis dibujó una mueca entre divertida e intrigante.

—¿Qué broma es esta? —le espetó el inquisidor Enguera por lo bajo, entre dientes.

—Una orden directa de su alteza don Fernando —se limitó a contestar Losantos.

—¿Por qué no habíais dicho nada hasta ahora?

—El rey me ordenó no lo hiciera hasta llegado este preciso momento —musitó Losantos antes de proseguir—. Este matrimonio sellará de manera férrea el acuerdo que vais a negociar estos días —proclamó de nuevo en voz alta.

El portavoz de la delegación francesa, escuchada la sorpresiva propuesta de matrimonio, se acercó ante un gesto del rey, que le habló al oído.

—Su alteza el rey Luis responderá a la oferta de su primo dentro de dos días —anunció ese portavoz.

Y, sin más, el soberano de Francia se levantó del trono y salió del gran salón mientras todos los presentes inclinaban la cabeza a su paso.

Los dos días siguientes fueron frenéticos. En los salones y en los jardines del castillo de Blois los castellanos y los franceses intercambiaron largas tandas de conversaciones, en tanto el rey se mantenía al margen, disfrutando de la compañía de un grupo de damas y caballeros que pasaban las horas escuchando baladas y poemas de boca de excelentes trovadores, bebiendo dulces vinos de Champaña y bailando danzas al son de pавanas de Milán y gallardas de París.

Entre los nobles franceses hubo quienes aconsejaron al rey Luis que no cerrara ninguna alianza con Fernando de Aragón, alegando que ese monarca nunca devolvería ninguna tierra a Francia y que no cumpliría su palabra, y apostaron por firmar un tratado con Maximiliano y el papa como la mejor manera para intentar recobrar las tierras perdidas en Italia.

Pero Luis XII rechazó esas propuestas y ordenó que se aceptaran las dos peticiones del Católico: el tratado de paz y la boda con Germana.

Luis de Francia acordó la paz con Fernando de Aragón, renunció a sus derechos sobre el reino de Nápoles, le cedió el título de rey de Jerusalén y se comprometió a apoyar al Católico en caso de que Felipe y Maximiliano de Austria decidieran expulsarlo del gobierno de Castilla.

Como contrapartida, los delegados de Fernando de Aragón aceptaron devolver todas las posesiones y propiedades incautadas a los barones franceses en Italia tras las victorias del Gran Capitán, y prometieron que el reino de Nápoles sería para Francia en caso de que del matrimonio con Germana no naciera un hijo varón.

El día 19 de octubre se certificó en la gran sala del castillo de Blois el acto de desposorio del rey de Aragón con Germana de Foix. El rey de Francia quiso que se firmara por poderes en el mismo lugar donde casi un siglo atrás Juana de Arco había sido bendecida poco antes de iniciar la campaña militar para la liberación de la ciudad de Orleans en la guerra contra Inglaterra. El propio rey Luis de Francia y el jefe de la delegación castellana, el conde de Cifuentes, firmaron el acta matrimonial. Pedro Losantos comprobó que el monarca tenía cara de enfermizo y que sería un verdadero milagro si sobrevivía mucho más tiempo.

Los embajadores de Fernando le entregaron al francés cuatro magníficos caballos de pura raza hispana como regalo. Acabada la ceremonia, Luis se marchó a un bosque cercano a cazar garzas con milanos. Lo acompañaron el conde de Cifuentes y De Malferit.

El inquisidor Enguera y Pedro Losantos se quedaron en el castillo de Blois.

—La nobleza castellana no olvida las traiciones... ¿Sabíais que la mayoría de los nobles de Castilla odian a Cifuentes? —le preguntó Enguera a Losantos.

—Algo había oído —musitó el médico.

—Lo tildan de traidor, pues lo consideraban uno de los suyos y pensaban que se pondría del lado de la mayoría y no del de don Fernando.

—¿Traidor? Creo que no ha hecho otra cosa que ponerse al servicio de su rey —replicó Losantos.

—El linaje de los Cifuentes fue promovido a la nobleza por el rey Juan, el padre de doña Isabel. Hasta entonces esa gente no era nadie, bueno, unos pobres hidalgos que no tenían apenas donde caerse muertos. Fue don Juan quien concedió títulos y propiedades a los Cifuentes, por eso dicen los nobles que ahora el conde es un desagradecido, al ofrecerse al servicio de don Fernando y renegar de sus verdaderas lealtades.

—Don Fernando es el gobernante legítimo de Castilla —asentó Pedro Losantos.

—Hasta que regresen a estos reinos doña Juana y don Felipe —replicó Enguera.

—Pero ese momento no ha llegado todavía.

—El rey os tiene en gran consideración, Losantos, pues os confió en exclusiva una de las principales piezas de esta negociación: su propuesta de boda con doña Germana. Aunque el rey os ordenó que guardarais silencio, deberíais haberme puesto al corriente —opinó el inquisidor algo molesto.

—Era un secreto; su alteza me hizo jurar que no diría nada hasta llegar a Francia y encontrarme en presencia de su rey —se excusó Losantos.

—¿Por quién lo jurasteis? —inquirió Enguera.

—Por Dios —asentó Losantos.

—¿Por vuestro Dios?

—Por el único Dios verdadero.

—¿El Dios de Moisés? —El inquisidor fijó sus ojos en los del converso, clavando en ellos la mirada de sus pupilas oscuras como las garras de un halcón en la carne de una paloma.

—Y el de san Pedro y san Pablo. ¿Acaso no es el mismo?

—Andaos con cuidado, Losantos, el Santo Oficio nunca descansa —avisó Enguera.

—No tengo nada que temer; soy buen cristiano y cumplo como tal.

—Pero nacisteis judío, y esa mancha nunca se borra del todo. —Las palabras del inquisidor sonaron como una amenaza.

—Cristo también nació judío, y Pedro, y Pablo, y María la Virgen y el resto de los apóstoles... ¿Vais a cuestionar ahora el derecho a la conversión que predicara el Bautista? ¿Vais a dudar que Cristo vino al mundo para redimirnos a todos, también a los judíos? ¿Vais a dudar que el bautismo borra todos los pecados? Porque, si lo hacéis, quien tendrá un problema con la Inquisición seréis vos —zanjó Pedro el debate.

—Sois un deslenguado. Cuidad vuestra arrogancia. —El inquisidor apretó los dientes, dio media vuelta y se alejó con grandes zancadas.

Estaba muy molesto con las palabras de Losantos, pero no podía hacer nada contra él, al menos por el momento, pues sabía que el médico converso gozaba del pleno respaldo del rey Fernando. Nada..., a menos que, una vez en Castilla, Losantos perdiera la protección del Católico, en cuyo caso ya se encargaría de recordarle convenientemente aquella insolencia.

*Salamanca, reino de León, principios de noviembre de 1505*

Aquel otoño Salamanca tenía completas todas sus posadas. A la habitual afluencia de estudiantes que acudían a su afamada universidad a comienzos de cada curso académico se sumó la comitiva del rey Fernando, quien se desplazó desde Segovia con todo su séquito.

Fue entrando en Salamanca, una tarde en la que el sol declinaba sobre el río Tormes y sus rayos teñían de una difusa pátina dorada las piedras de los palacios y las iglesias de la ciudad, cuando Fernando recibió la noticia que tanto esperaba.

—Alteza, sed bienvenido a esta noble ciudad de Salamanca —lo saludó el corregidor, que había acudido acompañado por un cortejo, formado por varios oficiales y jueces del concejo, a recibir al rey en el puente sobre el Tormes.

—Os agradezco el recibimiento, corregidor. —Fernando alzó la mirada y

contempló las torres de las iglesias que erizaban el perfil de la ciudad mezcladas con otras torres de los palacios de la nobleza.

—Hemos sabido de vuestros éxitos en Francia y os felicitamos por ello, señor.

—La paz que he firmado con el rey Luis contribuirá al beneficio de nuestras naciones. Tal vez vengan ahora a esta famosa universidad estudiantes de Francia.

—Algunos de nuestros más prestigiosos docentes se han formado en esa nación. El más prestigioso profesor de nuestro claustro, el doctor José Calvo y Poyato, estudió Leyes, Teología e Historia en París, y allí dio clases de esas materias, pero ahora ejerce aquí su fecundo magisterio.

—Excelente.

—También queremos felicitaros por vuestra boda, señor —continuó el corregidor.

—Veo que conocéis esa noticia —comentó Fernando mientras su caballo iniciaba el paso del puente seguido por el del corregidor.

—Llegó hace unos días. Uno de los canónigos de la catedral, que además es lector en leyes en la universidad, nos contó la buena nueva.

—¡Ah!, sí, lo recuerdo bien. Cuando firmé mi compromiso matrimonial por poderes de presente estaba allí ese canónigo, que además se ofreció a revisar el texto. Me dijo que salía de inmediato hacia Salamanca y me pidió permiso para contarlo. Ya veo que no tardó ni un instante en hacerlo.

—Se trata de una gran noticia que la ciudad ha recibido con júbilo. El concejo organizará festejos en vuestro honor y en el de vuestra nueva esposa.

Conforme se adentraba en el caserío de Salamanca, Fernando se sintió confortado. En el camino había recibido una carta cifrada de uno de sus agentes en Italia en la que se le informaba que el papa había tratado hasta el último momento de cerrar una alianza con los Austrias, Francia y Venecia; pero ese plan se había venido abajo gracias al tratado firmado en Blois, que los había cogido a todos por sorpresa. Entonces, el iracundo Julio II, que actuaba como un despiadado guerrero más que como el beatífico pontífice de la Iglesia, escribió una carta secreta a Felipe de Austria mostrándole todo su apoyo y pidiéndole que acudiera cuanto antes a Castilla para tomar posesión del gobierno de ese reino y desalojar de allí a Fernando. Muy enfadado, el papa le pedía en otra carta al rey Luis de Francia que renunciara a sus derechos sobre el reino de Nápoles. Luis le contestó, para mayor irritación de Julio II, que no podía cumplir ese deseo del papa, pues ya había renunciado a esos derechos en favor de Fernando de Aragón.

La proverbial ira de Julio II fue más allá. El embajador del rey de Aragón en Roma le había entregado una carta personal del Católico, justo el día en el que se firmó el acuerdo de matrimonio en Blois, en la que Fernando de Aragón solicitaba la dispensa papal para casarse con Germana de Foix, pues eran parientes lejanos, ya que Germana era sobrina nieta de la reina Leonor de Navarra, la hermana de Fernando el Católico. El papa, pleno de cólera, revocó ante dos notarios esa dispensa. A Fernando de Aragón no le importó nada.

Llegaron al palacio de Abarca, donde iba a hospedarse: un enorme caserón de piedra labrada recién construido por orden de don Ferrán Álvarez de Abarca, médico de la reina Isabel y amigo de Pedro Losantos, a quien Fernando apreciaba. Fernando bajó del caballo y se giró hacia el corregidor, que había descendido del suyo al mismo tiempo.

—¿Qué creéis que pensarán los nobles de la paz con Francia? —le preguntó.

—No lo sé, mi señor..., supongo que les parecerá bien, muy bien. —El oficial del concejo tenía cara de asombro, pues no esperaba semejante pregunta.

—Yo sé de uno al menos que, desde que se haya enterado, y seguro que ya lo ha hecho, de mi boda con la princesa Germana y de la paz con Francia, estará maldiciendo a toda la corte celestial.

—No creo que piense así ningún gentilhombre de estos reinos... —El corregidor no sabía cómo salir de aquel atolladero.

El Católico se refería, sin citarlo, a don Juan Manuel, hombre sagaz y de notable ingenio, que se había erigido como el principal y más activo intrigante para desalojarlo del gobierno de Castilla.

Y no le faltaba razón a Fernando. Cuando supo de la añagaza urdida en Blois y del éxito de las negociaciones, don Juan Manuel no perdió ni un instante y escribió al duque de Nájera, al marqués de Villena, a Garcilaso de la Vega, al almirante de Castilla, al duque de Medina Sidonia y al conde de Ureña, los principales cabecillas de la conjura contra Fernando, pidiéndoles que aunaran todas sus fuerzas para acabar con las prerrogativas del rey de Aragón y que manifestaran su total apoyo al rey Felipe y a la reina Juana.

—Vos sois el representante de esta excelsa ciudad, y a ella os debéis, pero los nobles solo atienden a sus intereses. Supongo, estimado corregidor, que enseguida se desencadenará una conspiración contra mí. Espero que, llegado el momento, la noble y antigua ciudad de Salamanca esté del lado de su rey —requirió Fernando ya dentro del patio del palacio.

—Contad con ello, mi señor. Salamanca siempre ha estado con sus reyes; no encontraréis en vuestros dominios ciudad más leal que esta.

—Creen que me conocen porque merodean a mi alrededor desde hace más de treinta años, pero en verdad no saben bien con quién están jugando —musitó el rey a la vez que dibujaba una satírica mueca en sus labios—. Porque, si se empeñan en enfrentarse conmigo, o bien me expulsan de aquí o seré yo quien acabe con ellos. No hay alternativa.

Los nobles rebeldes sí sabían cómo se las gastaba el Católico, hasta tal punto que eran conscientes de que o se unían todos contra él o los aplastaría uno a uno.

*Costa de Flandes, 9 de noviembre de 1505*

En cuanto Felipe de Austria se enteró de la maniobra ejecutada en Blois por su suegro, envió espías y agentes a Castilla para que recorrieran las cortes nobiliarias de los conjurados y les expresaran que, si se mantenían fieles a Felipe y a Juana, recibirían nuevas mercedes y honores cuando los reyes de Castilla vinieran desde Flandes, lo que sucedería muy pronto, pues ya se habían iniciado los preparativos para ese viaje.

Unos espías de Maximiliano de Austria habían ampliado las primeras y someras informaciones sobre los pactos entre los reyes Luis de Francia y Fernando de Aragón y sobre el matrimonio, ya firmado por poderes, del Católico con Germana de Foix. La reacción de Maximiliano había sido inmediata. Envío un correo a su hijo para que se aprestara a viajar a Castilla cuanto antes, a fin de evitar que Fernando se consolidara en el poder y le hurtara el trono, como suponía que iba a hacer el Católico al contar con el apoyo de Francia.

Una imponente armada de sesenta naves se aparejaba en las costas de Flandes para trasladar a los reyes Juana y Felipe a Castilla. Sobre el puente de mando de la nave capitana, anclada en el puerto de Zelanda, Felipe de Flandes lamentaba que el pacto con Francia hubiera aliviado la apretada situación del rey de Aragón, aunque su suegro seguía acuciado por numerosos problemas.

—No hemos logrado convencer al Gran Capitán para que abandone a don Fernando y se pase a vuestro lado, mi señor —informó apesadumbrado el canciller—, pero al menos hemos sembrado nuevas dudas.

—No lo entiendo. Mi suegro recela de ese hombre, quien le muestra una y otra vez una lealtad inquebrantable. No hemos podido torcer su voluntad ni con dinero ni con honores; ni siquiera ofreciéndole la Corona de Nápoles. ¿Qué tipo de hombre es el que rechaza ser rey?

—Nuestros agentes en Castilla siguen trabajando para que el Católico desconfíe de su mejor soldado, pero los hechos y el comportamiento de don Gonzalo Fernández de Córdoba siguen mostrando una lealtad absoluta; aunque, al menos, hemos logrado sembrar algunas dudas en don Fernando.

—Mi suegro recela de todo el mundo.

—Acabamos de saber que poco antes de que don Fernando saliera de Segovia ha recibido una carta del Gran Capitán en la que este le reitera su lealtad y le solicita permiso para regresar de Italia; pero ni con eso se ha tranquilizado. El Católico sospechaba que ese deseo es una treta y le ha dado largas. Consejeros como Diego Hurtado de Mendoza y Francisco de Rojas siembran cuanta cizaña pueden y no cesan de criticar al Gran Capitán; un día sí y otro también aseguran que tiene pactada una alianza secreta con la república de Venecia, que no es leal, que está en tratos con el papa Julio II, que se ha quedado con parte del dinero destinado a sufragar las campañas militares en Nápoles, o incluso que está dispuesto a entregar el sur de Italia a los turcos a cambio de ingentes riquezas. Ante la insistencia de esos dos cercanos consejeros, el Católico le ha escrito a don Gonzalo ordenándole que presente de

inmediato las cuentas de los gastos realizados en las campañas y la administración de las tierras de Italia —informó el canciller.

—Espero que don Gonzalo acabe rompiendo su relación con mi suegro. Con ese general de mi parte no solo será mía la Corona de Castilla, sino también la de Aragón.

Un heraldo se presentó entonces al galope ante la nave, descendió del caballo y subió por la pasarela presuroso. Los soldados que hacían guardia le impidieron el paso, pero el rey, al reconocer al jinete como uno de los hombres de su confianza, dio orden de que lo dejaran pasar.

—Mi señor... —jadeó por el esfuerzo—, vuestra esposa está a punto de llegar.

—¿Algún contratiempo? —preguntó Felipe.

—Ninguno, alteza.

El día anterior Felipe había ordenado sacar de su prisión en el palacio de Bruselas a Juana, a la que envió bien escoltada y por caminos secundarios hacia la costa, evitando pasar por Gante y otras ciudades.

—Id a su encuentro. Decidle que la aguardo aquí.

El heraldo se inclinó ante su señor, montó de nuevo su caballo y regresó por donde había venido. Unas horas después una carroza escoltada por dos docenas de caballeros bien armados recorrió el último tramo del muelle traqueteando sobre el irregular enlosado y se detuvo ante la nave capitana. Medio centenar de personas se habían acercado para curiosear, atraídas por la llegada de la carroza y la escolta.

Juana descendió y enseguida vio a su esposo sobre la amura de estribor. Los congregados vitorearon a sus soberanos cuando identificaron a Felipe y a Juana.

El rey y archiduque tenía veintisiete años, uno más que su esposa. Con los brazos en jarras y las piernas abiertas, firme sobre la cubierta de la embarcación, lucía espléndido con su capa corta azul celeste festoneada de plata y ribeteada de piel, y tocado con un elegante sombrero con una pluma de halcón.

Juana ascendió por una empinada rampa hasta la cubierta de la nave, rechazando apoyarse en el brazo de uno de los nobles de la escolta. Felipe se acercó hasta ella y le extendió el brazo con cortesía para que se apoyara; el de su esposo sí lo aceptó.

—Me alegro de volver a veros, mi señora —la saludó Felipe tras besar su mano.

—Espero que no volváis a mentirme nunca más —bisbisó Juana.

—Sois mi reina, ¿cómo podría hacer eso?

—Me alegro de que viajemos a Castilla; así estaréis lejos de esas putas flamencas con las que soléis fornicar.

—Estamos listos para zarpar dentro de cinco o seis días. Si todo va conforme al plan previsto, a comienzos de diciembre avistaremos las costas de España —indicó Felipe obviando el comentario de su esposa.

Juana miró a su esposo y detuvo sus ojos en su porte, que le pareció formidable. A pesar de los malos tratos a los que la sometía, la reina de Castilla amaba a aquel hombre hasta la desesperación. La embargaban los celos y se atormentaba cada vez



que se enteraba de una de sus frecuentes aventuras amorosas y de cómo visitaban su cama las más hermosas muchachas de Flandes, pero no podía evitar una irresistible atracción hacia el hombre que tanto la despreciaba. Cada vez que Felipe acariciaba su piel, Juana se estremecía como una doncella inocente y se olvidaba de los agravios y vejaciones tan reiterados, para entregarse a él sin pedirle nada a cambio.

Estaban a punto de retirarse al camarote real cuando un estruendo de cascos atronó sobre las losas del muelle.

—¿Qué ocurre? —preguntó Felipe al escuchar el ruido de los caballos.

—Varios caballeros se acercan, mi señor. Deben de tener algún salvoconducto, pues los guardias apostados al comienzo del muelle los han dejado pasar —aclaró el canciller.

—Perdonadme, mi señora; veamos de qué se trata. —Felipe besó la mano de su esposa y se acercó al lado de estribor, hacia el muelle.

—¡Es el conde de Cifuentes! —exclamó el canciller.

—¡Señor! —gritó el conde desde el muelle—, tenéis que escuchar lo que tengo que deciros en nombre del rey Luis de Francia.

—Dejadle subir a bordo —ordenó Felipe, al que aquella inesperada irrupción no le hizo presagiar nada bueno. Felipe miró al cielo; el día era gris, húmedo y frío, y unas densas nubes amenazaban lluvia.

El conde de Cifuentes subió por la pasarela y al llegar ante Felipe, que se mostró ufano como un águila real, dobló la rodilla e inclinó la cabeza.

—Alteza, he cabalgado desde Blois todo lo rápido que he podido, reventando caballos y sin apenas dormir. Me acompaña un embajador del rey de Francia.

El rey y archiduque se sorprendió; lo último que esperaba en esos momentos era ver allí a un noble castellano solicitándole audiencia urgente en nombre del rey de Francia, y menos aún acompañado de un emisario francés.

—¿Qué os trae por aquí?

—Como os he dicho, vengo de Francia, alteza. He estado en el castillo de Blois con el rey Luis y os traigo un mensaje personal suyo. Os pide que retraséis vuestro viaje a Castilla, pues teme por vuestra seguridad.

—Yo creía que el rey de Francia era mi amigo y que este viaje estaba garantizado con su palabra.

—Y lo es, alteza, y lo es, pero ha firmado un tratado con don Fernando y ahora Francia y Aragón son aliados. Además, se aproxima el invierno y esta no es época propicia para un viaje por mar. —Era evidente que el conde tenía la pretensión de retrasar en lo posible la partida de Felipe de Austria.

—No pensaba hacerlo —mintió Felipe—. Hace un tiempo que no me encuentro bien, de modo que esperaré a que mi salud mejore para emprender esa travesía.

Cifuentes comprobó de un simple vistazo que la salud del rey de Castilla era

excelente.

—El rey Luis cree que sería perjudicial que hicierais ese viaje ahora, pues podría ocurrirnos un grave accidente, lo que no desea. Y os recomienda que no os embarquéis hasta que se acuerde a quién corresponde el gobierno de Castilla. El enviado del rey Luis ratificará todo cuanto digo —añadió Cifuentes señalando al francés—. Por cierto, don Luis quiere que sepáis que, muy a su pesar, los grandes de Francia no aceptan el compromiso de matrimonio de vuestro hijo Carlos con la princesa Claudia de Francia; prefieren que el esposo de doña Claudia sea el duque de Angulema..., cuando corresponda por su edad, claro. —La esperanza de firmar una alianza con Francia se disipaba.

—¿Es esto una amenaza?

—Por supuesto que no, alteza, pero sin la garantía de seguridad del rey de Francia, el viaje por mar desde Flandes a Castilla se presenta muy peligroso. Además, don Luis ha cerrado un nuevo acuerdo con el rey de Inglaterra, de modo que la ruta por mar a través del canal de la Mancha puede quedar bloqueada. —El conde se expresaba con total seguridad.

Entonces, Felipe dudó y tuvo claro que la intención del conde de Cifuentes, sin duda por orden de Fernando de Aragón, era retrasar todo el tiempo posible su partida hacia Castilla. Lo había logrado.

—Os agradezco la información, señor conde. Ya podéis marchar —zanjó Felipe, que dio media vuelta y dejó al de Cifuentes plantado sobre la cubierta.

Cuando el conde de Cifuentes y el embajador francés descendieron del barco, Felipe de Austria se dirigió a su canciller.

—Nos hemos precipitado. Ordenad a Beltrán de Robres, a Sebastián de Olave y al secretario Gamboa que partan de inmediato hacia Castilla, Guipúzcoa y Vizcaya a fin de preparar mucho mejor mi llegada. Portarán unas cartas cifradas con instrucciones secretas dirigidas a los nobles que me apoyan. En esas misivas anunciaré que no he acordado con mi suegro este viaje y ordenaré que se preparen por si hace falta usar las armas para defender mis derechos a la Corona y expulsar a don Fernando. Y redactad una carta para el Católico en la que se le deje claro que debe facilitar mi llegada y la de mi esposa a Castilla o lo perderá todo.

Enviados los correos, Felipe se dispuso a esperar acontecimientos, ordenó postergar el viaje para cuando llegaran momentos más propicios y se retiró a su palacio de Prinsenhof, en la ciudad de Gante. Por el momento, las cosas no estaban saliendo como los Austrias habían planeado.

*Salamanca, 24 de noviembre de 1505*

Cuando el rey Fernando leyó la carta enviada por su yerno desde Flandes y cotejó los numerosos apoyos con los que contaba en Castilla, supo que no tenía otro remedio que negociar.

—Mi yerno se atreve a amenazarme y me dice que si me entrometo y trato de impedir su llegada a Castilla lo perderé todo, incluso lo que me han concedido las Cortes. —Fernando estaba furioso tras leer la carta de Felipe.

—Es una bravata, alteza —afirmó el canciller, que lo acompañaba desde el palacio de Abarca, camino de la universidad, donde el rey iba a participar en una reunión con sus profesores en un aula del colegio de San Bartolomé.

—¿Bravata? Pues aun me amenaza añadiendo que si me empeño en impedir su acceso al trono también perderé mis dominios patrimoniales de la Corona de Aragón.

—Don Felipe no se atreverá a enfrentarse a vuestra alteza.

—Dice que ha enviado al príncipe de Simay a Roma para mostrarle su obediencia al papa, del que asegura que tiene todo su apoyo, que tiene a su padre el emperador de su lado, con todo el poder que le confiere el Imperio, y que goza de la lealtad de toda la nobleza castellana.

—Está exagerando sus fuerzas.

—No. No exagera —apostilló el rey—. Dice la verdad.

—Pero vos tenéis el gobierno de Castilla, según acordaron las Cortes.

—Ese acuerdo podría deshacerse en cualquier momento. Además, aquí no dispongo de aliados fieles; apenas el duque de Alba, un par de segundones y poco más.

—Pero muchas ciudades están con vuestra alteza...

—De momento, quizá Segovia y Salamanca, aunque con seguridad solo Toledo. Al menos así lo demostró esa ciudad cuando rechazó al marqués de Villena. Tuve una gran alegría cuando ese intrigante entró con sus huestes en Toledo y, tras tomar el alcázar, alegó que tenía poderes concedidos por don Felipe y doña Juana, y se dispuso a sustituir a los oficiales del concejo toledano, fieles a mí hasta entonces, por leales suyos. La estratagema de don Diego López Pacheco, marqués de Villena, falló porque el comendador de Toledo, con el apoyo del bando de los Silva, el linaje más poderoso de la ciudad, se opuso, y el marqués tuvo que abandonar Toledo llevándose con él a sus tropas.

—El fracaso de los partidarios de vuestro yerno en Toledo ha sido un alivio —dijo el canciller, que fue testigo de cómo lo ocurrido en esa ciudad había mejorado el ánimo del rey.

—Sí. Tras varios meses perdiendo adeptos, por fin alguien me ha mostrado fidelidad en Castilla.

—Toledo es una de las ciudades más importantes del reino.

—Pero, pese a ello, no puedo enfrentarme abiertamente a mi yerno, pues don Felipe cuenta con muchas más fuerzas y las Cortes lo han jurado como rey. Además, el grueso de mi ejército está en Italia. De modo que tengo que optar por la

diplomacia. Lo más adecuado será facilitar la venida de doña Juana y don Felipe a Castilla antes de que inciten a los nobles a que se levanten en armas contra mí. Una vez que mis hijos estén aquí, ya trataré de ganarme a los nobles castellanos y procuraré cerrar un buen acuerdo con mi yerno. No tengo otra opción.

Entonces llegaron al colegio de San Bartolomé, a cuya puerta esperaba el rector de la universidad y el claustro de profesores.

—Bienvenido a esta casa de la sabiduría —el rector se inclinó ante el Católico.

—Es un orgullo visitar la universidad —respondió el rey.

—Este curso hemos superado los tres mil alumnos, alteza, y seguimos creciendo.

—Buenas noticias, señor rector.

—Necesitaremos más colegios, más aulas, más profesores...

—Me ocuparé de ello.

La comitiva real entró en el colegio entre los aplausos de los profesores y de algunos alumnos. Agradecían la presencia del rey y le pedían que ayudara a construir los nuevos edificios que necesitaban.

Los embajadores enviados por Felipe se entrevistaron con Fernando en Salamanca. Andrés del Burgo y el señor de Vere traían de Flandes órdenes muy precisas, pero se encontraron con algo que no esperaban.

El rey los recibió en el palacio de Abarca. Los embajadores de Felipe se inclinaron ante don Fernando, pero este no les dio pie a hablar.

—Señores, yo no soy extranjero, como mi yerno, quien, además, apenas tiene experiencia de gobierno. Para negociar con halcones tan sagaces como Maximiliano de Austria, Luis de Francia o el papa Julio II hay que tener mucha práctica en el manejo de los asuntos de Estado; no creo que don Felipe esté en condiciones de hacerlo. —Fernando inició así la entrevista con los enviados del rey y archiduque—. Tampoco abandonaré el gobierno de estos reinos, porque, de hacerlo, caería en manos extranjeras y Castilla se perdería. Y eso, en memoria de mi esposa la reina Isabel, no lo voy a consentir.

Tras el Católico formaban con rostros serios los miembros de su consejo de Estado: Fadrique de Toledo, duque de Alba; Bernaldo de Rojas, marqués de Denia; Gutierre López de Padilla, comendador mayor de Calatrava; Juan de Fonseca y Hernando de Vega. Algunos nobles, quizá influidos por lo acontecido en Toledo, dudaron sobre si habían hecho bien en apoyar de manera tan incondicional y ciega a Felipe de Austria, y mostraron en secreto su afecto a Fernando; eran aquellos que siempre jugaban a dos bandos, por si acaso.

Al escuchar la contundencia del aragonés, la cara de los enviados flamencos mudó de un rictus de confianza a otro de preocupación.

—Señor... —balbució Andrés del Burgo—, desde luego no esperábamos una recepción así de vuestra alteza...

—Os referís a mi firmeza en defender los intereses de Castilla. ¿Qué esperabais entonces, que me plegara sin más a una demanda tan injusta como absurda?

—Su alteza don Felipe solo demanda lo que en derecho le pertenece —terció De Vere, mientras miraba a su compañero Andrés del Burgo, que alzó los hombros sin entender muy bien qué es lo que estaba ocurriendo.

Desde luego, ni Del Burgo ni De Vere esperaban una disposición tan rocosa por parte de Fernando de Aragón. Definitivamente, que aquel hombre tan tenaz entregara el gobierno de Castilla no iba a ser nada fácil.

—Su alteza el rey de Castilla tiene la intención de venir cuanto antes para hacerse cargo de su reino y no le agradaría encontrarse con dificultades —comentó Andrés del Burgo—. Vuestro hijo os envía su más respetuoso saludo, pero solo quiere lo que en justicia le pertenece.

—No sin mi consentimiento. —El Católico, que había permanecido hasta entonces sentado en un sillón de madera y cuero, se levantó pleno de energía—. Yo he conquistado el reino de Granada y las Islas del Océano para Castilla, abandonar su gobierno sin más sería un gran deshonor. Decídselo así a mi hijo.

Los embajadores de Felipe certificaron que la negociación con Fernando iba a ser muy dura.

Ya era noche cerrada cuando, tras una intensa y agotadora jornada de conversaciones, los nuncios de Felipe de Austria acordaron con los consejeros de Fernando de Aragón un pliego de condiciones que ambas partes se comprometían a cumplir.

—«Concordamos, por tanto —leyó un escribano el borrador del acuerdo—, que los muy altos y poderosos príncipes don Fernando, doña Juana y don Felipe gobiernen y administren conjuntamente los reinos de Castilla, León y Granada, y que los tres se intitulen reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén y de Granada, además del resto de dignidades que les corresponden, con el título de altezas. Los tres gobernarán con la misma autoridad y lo hará en ausencia del otro el que resida en Castilla en ese momento. Don Fernando mantendrá el título de gobernador a perpetuidad».

—Doña Juana será jurada como reina propietaria de Castilla, al igual que su esposo don Felipe —intervino Andrés del Burgo—. Y en cuanto a las rentas de la Corona, una vez pagado lo debido, la mitad será para vos, alteza, y la otra mitad para mis señores. ¿Estáis de acuerdo?

—Sea. —Fernando, que se incorporó a las negociaciones cuando el acuerdo ya estaba cerrado, asintió. Dadas sus fuerzas, aquello era mucho más de lo que había pensado sacar.

—Los nombramientos de los oficiales de las ciudades se realizarán de mutuo consenso, y si no hubiera acuerdo, todo a mitad —añadió el señor de Vere.

—Es justo —aceptó el Católico.

—Debido a vuestro nuevo matrimonio, es necesario dejar claro que, aunque vuestra alteza tuviera un hijo varón de vuestra segunda esposa, doña Germana, los herederos de Castilla serán los descendientes directos de doña Juana y de don Felipe, tal cual señalan la ley y las normas aprobadas en las Cortes de Toro de este mismo año. Como le corresponde por ello, ahora el heredero es el señor don Carlos, conde de Luxemburgo, el hijo varón mayor de los reyes de Castilla. ¿Lo aprobáis, señor?

—Ese muchachito es mi nieto, ¿cómo no iba a aprobarlo? —aceptó el Católico con una ligera sonrisa complaciente.

—Queda pendiente un asunto que no debería figurar en este documento, pero que es necesario aclarar —comentó Del Burgo—. Se trata de... de la enfermedad de vuestra hija Juana. Sabéis, alteza, que la reina no está en condiciones de ejercer el gobierno por sí misma. La propuesta del rey don Felipe es que los diplomas reales se despachen solo con vuestra firma y la suya, sin necesidad de que figure junto a ellas la de doña Juana, pues en caso de requerirla podría negarse. Ya lo ha hecho en cuantas ocasiones se le ha demandado.

—Mi hija tal vez no entienda de los asuntos de gobierno, pero os aseguro que su caligrafía es de las mejores que jamás haya visto, no en vano tuvo excelentes maestros —ironizó el Católico.

—En ese caso, os propongo, alteza, que firméis una cláusula secreta que declare a vuestra hija inhábil para el gobierno. No figurará expresamente en el documento que presentaremos a las Cortes, pero su ejecución será de obligado cumplimiento para ambas partes. ¿Estáis conforme?

—Preparad la concordia, la firmaré hoy mismo después de cenar. Se ha hecho muy tarde y estoy hambriento —asentó el Católico antes de retirarse.

Al día siguiente, al amanecer, un correo salió a todo galope hacia Flandes; portaba una copia de aquellos acuerdos.

Cuando a los tres días don Juan Manuel, señor de Belmonte, se enteró de las condiciones pactadas en la que se llamó «Concordia de Salamanca», estalló rojo de ira. Los que estaban con él le oyeron decir que el rey Felipe había enviado a negociar con un zorro como el Católico a un par de idiotas, y que el aragonés los había engañado de nuevo. Pero, tras pensarlo mejor, cedió y también aceptó lo acordado, aunque justificó su rectificación y su cambio de postura alegando que lo hacía por el bien del reino. En el fondo, no quería ser el único en quedar descolocado ante la nueva situación que se avistaba.

Conforme se fueron conociendo las cláusulas del pacto, los nobles y los concejos urbanos de Castilla entablaron densas y largas tandas de conversaciones y prolijos debates en los que unos negaban a Fernando el uso del título de rey de Castilla, pese a que no lo había vuelto a utilizar desde el día de la muerte de su esposa Isabel, y, siguiendo al señor de Belmonte, se oponían a cualquier acuerdo con el aragonés;

otros buscaban cualquier excusa jurídica para arrojar de Castilla a Fernando; y los menos alegaban que la concordia era buena porque alejaba la posibilidad de una guerra y favorecía la unidad en la contienda que se estaba librando en el norte de África contra los moros.

Las gentes de Castilla se sumieron en un inacabable debate sobre quién tenía más derecho para ser rey, pero el acuerdo ya estaba cerrado.

Entre tanto, en el reino de Navarra, donde esperaban que en cualquier momento Fernando de Aragón se decidiera a conquistarlo, probablemente en cuanto solucionara los problemas con su yerno, los nobles y las ciudades sintieron un gran recelo, pues en caso de la que se preveía inminente invasión castellana o aragonesa ya no contarían con la ayuda del rey de Francia.

Los navarros se habían quedado solos frente al voraz aragonés.

## EL NIDO DEL ÁGUILA

*Palacio de Prinsenhof, Gante, 10 de diciembre de 1505*

—Debéis ratificar con vuestra firma la concordia de Salamanca —le aconsejó el canciller de la casa de Austria al rey Felipe. Aquella misma mañana un correo recién llegado a Gante, tras dieciséis días de viaje desde Castilla, le había entregado la copia del acuerdo.

—La considero desigual y deshonesto para mí; esos dos idiotas a los que envié a negociar con mi yerno no han sabido hacerlo bien —asentó Felipe, que estaba alimentando con su propia mano a los dos leones que mantenía en el foso de uno de los patios del palacio.

—Lo es, pero si queréis viajar a Castilla cuanto antes y con plena seguridad, debéis ratificarla, y luego ya trataremos de arreglar este embrollo.

Felipe de Austria no estaba satisfecho, pero el pacto de Salamanca le dejaba el campo libre para presentarse en Castilla y, en efecto y como decía su canciller, una vez allí ya se encargaría de cambiar las cosas.

—Lo haré. Y además, para que el rey de Aragón se confíe, le diré que soy un buen hijo y que lo obedezco como mi padre que es. Firmaré la aceptación con una fórmula que os divertirá: «Vuestro muy obediente hijo que vuestras reales manos besa». ¿Qué os parece?

—Si vuestro suegro es tan astuto como se dice, no creo que se trague vuestros halagos.

—Pondré en libertad a ese tal Conchillos; así demostraré mi buena voluntad y mis ganas de avenencia.

—Eso está bien, alteza, pero debéis hablar con vuestro verdadero padre. Don Maximiliano siempre os ha dado excelentes consejos.

—Sí, mi padre es un hábil político, aunque sus últimas jugadas no le han dado buen resultado. El aragonés se le adelantó en el acuerdo con Francia, y los asuntos de Italia no están saliendo como él esperaba.

—Nadie había previsto que, apenas unos meses después de la muerte de doña Isabel, don Fernando quisiera volver a casarse y pidiera la mano de una sobrina del rey de Francia, y que este se la concediera. Fue algo inaudito e inimaginable, ni siquiera se podía sospechar —alegó el canciller.

—Bueno, eso ya no tiene remedio. —Felipe arrojó un buen pedazo de carne a los leones, que se lo disputaron con fiereza.



—El león es el animal más magnífico que Dios haya creado —comentó el canciller viendo la fuerza que desprendían aquellas dos bestias disputándose la comida.

—Pero no puede volar. Por eso los Austrias elegimos el águila como emblema de la familia.

—Venecia recela del acuerdo que firmaron los reyes de Francia y de Aragón, pero tampoco ve con buenos ojos que vos ocupéis ahora el trono de Castilla, y mucho menos que a la muerte de vuestro padre heredéis sus posesiones y, probablemente, el Imperio.

—¿Os imagináis? —Felipe arrojó un segundo pedazo de carne a los leones y se limpió las manos en un paño que le ofreció un criado—. El Imperio, Castilla y Aragón, Italia, las plazas del norte de África... —fue nombrando todos aquellos territorios como si ya se hubiera adueñado de ellos—. Mis posesiones serán más extensas que las de Carlomagno, casi la mitad del Imperio de Roma, y además, la antigua Germania y África después... —Los ojos del rey de Castilla brillaron de ambición.

—Os olvidáis de las Indias del mar Océano —señaló el canciller.

—Un nuevo mundo... Felipe de Austria, emperador, rey, señor del Nuevo Mundo... Disponed todo lo necesario para el viaje a Castilla; ahora va en serio. ¡Ah!, y enviad un correo al rey Enrique de Inglaterra. Le ofreceré un acuerdo matrimonial: si acepta, mi hermana Margarita se casará con él.

—¡Vuestra hermana! Es la viuda del que fuera príncipe heredero de Castilla...

—Dicen que tras la muerte de su esposa Isabel el rey Enrique anda compungido y triste, sumido en la más profunda de las melancolías, cual alma en pena. Mi hermana es una mujer hermosa y, por lo que sé, en la cama resulta insuperable. Estoy convencido de que el príncipe Juan de Castilla y Aragón murió a resultas de sus encuentros amorosos; ese pobre cuñado mío no pudo resistir los envites de doña Margarita. El rey de Inglaterra tiene cincuenta y ocho años y mi hermana veinticinco; si se empeña, don Enrique quedará tan embobado que incluso puede hacerle un hijo, y quién sabe si un sobrino mío puede llegar algún día a ser rey de Inglaterra.

»Y para que la alianza de los Habsburgo con la casa de Tudor sea completa, y puesto que se ha frustrado el acuerdo matrimonial con doña Claudia de Francia, también le ofreceré que mi hijo don Carlos se case con alguna de sus hijas; una de ellas se llama María y apenas es tres o cuatro años mayor que don Carlos, según creo, pero puede servir para mis propósitos.

—Enviaré un correo a Inglaterra mañana mismo con vuestras propuestas. Y en cuanto a vos, alteza, ¿viajaréis solo a Castilla?

—Por supuesto que no. Doña Juana vendrá conmigo, como estaba previsto. Si es necesario, le haremos tomar sedantes o lo que sea para que se mantenga calmada y no cometa ninguna imprudencia. Los castellanos tienen que ver a su reina a mi lado. —Felipe se ajustó el abrigo de piel; en el patio de los leones soplaba un viento frío y

húmedo.

—¿Y vuestros hijos?

—Seguirán como hasta ahora, don Fernando al cuidado de su abuelo el rey de Aragón, quien, por lo que me dicen, lo está educando a su imagen. No me extrañaría que buscara alguna argucia legal para nombrarlo heredero de la Corona de Aragón. Don Carlos, doña Leonor, doña Isabel y la pequeña doña María permanecerán en Flandes. Dispondré todo lo necesario para su educación y su sustento, que quedarán a cargo de mi hermana doña Margarita, a la que nombraré además regente de Flandes en mi ausencia.

El rey de Inglaterra aceptó discutir la propuesta de Felipe de Austria. Junto con su carta, llegó otra de Maximiliano: el padre del rey de Castilla también aceptaba a regañadientes la concordia firmada en Salamanca, aunque su mayor preocupación ahora radicaba en el flanco oriental de sus dominios, donde aspiraba a añadir a su corona el título de rey de Hungría, pues Ladislao, el monarca húngaro, carecía de descendencia y los nobles de ese reino reclamaban la presencia de un soberano que los defendiera de la amenaza de los turcos, que avanzaban por los Balcanes como una marea incontenible, arengados por el sultán Selim I, al que apodaban «el Valiente».

Antes de partir hacia Hungría, Maximiliano remitió una carta al rey de Francia en la que le pedía que permitiera a su hijo Felipe viajar libremente a Castilla, pues la ruta naval a seguir atravesaba aguas bajo dominio francés.

¿Lo consentiría el nuevo aliado de Fernando?

*Valladolid, mediados de diciembre de 1505*

El invierno se anunciaba pesado y gris. Unas nubes plomizas cubrían el cielo y amenazaban con descargar una copiosa nevada. En casa de los Losantos cundía la zozobra.

—Tal vez deberíais marcharos de aquí —le dijo Pedro Losantos a su esposa.

Juana de la Cruz estaba cosiendo el bajo de un vestido de su hija María en la cocina, mientras en el fuego del hogar se cocía un pedazo de carnero con cebollas, nabos y zanahorias; casi se pinchó con la aguja, sobresaltada por la actitud de su marido.

—¿Irnos?, ¿a dónde? —le preguntó sorprendida.

—Esto se está poniendo peligroso. Tal vez lo más seguro fuera que abandonáramos Valladolid para siempre, aunque esta es nuestra casa... —Pedro abrió los brazos. Las aletas de su nariz se ensancharon al aspirar el olor al guiso aderezado con hierbas aromáticas.

—¿Qué ocurre, esposo?

—El rey Fernando me ha ordenado que vaya con él a Salamanca. Las cosas se han complicado mucho. Felipe de Austria se presentará pronto en Castilla para reclamar sus derechos al trono y, cuando eso ocurra, me temo que puede estallar una guerra.

—¡Dios mío! ¿Qué será de nosotros entonces? —Juana dejó la aguja y se abrazó a su hija María, que zurcía una camisa de su padre.

—Yo no quiero marcharme de esta ciudad, padre. —María calló que había tenido una de sus premoniciones.

—¡Vaya!, ¿tienes algún pretendiente?

—No, pero estoy bien aquí —dijo la joven—, esta es nuestra casa.

—Juana, hija..., si se imponen los partidarios de don Felipe, como así parece que puede ocurrir, lo pasaremos muy mal. Ya le he escrito una carta a nuestro hijo Pablo para que no se le ocurra volver de Italia hasta que no se aclaren los asuntos aquí, y otra a mis parientes en Toledo para que permanezcan atentos a lo que pueda suceder y para que protejan a nuestro pequeño Juan. En cuanto a nosotros tres, lo más seguro, al menos por el momento, es permanecer al lado de don Fernando. De modo que nos incorporaremos a su séquito en Salamanca. Hace ya unas semanas que el rey está en esa ciudad. —Pedro Losantos vacilaba; no sabía qué hacer para mantener a salvo a su familia.

—Este es nuestro hogar... —lamentó Juana.

—Nuestra casa —insistió María.

—Si nos quedamos aquí, corremos peligro. Ahora estamos protegidos por el rey, pero, si triunfa don Felipe y don Fernando tiene que salir de Castilla, y eso es lo que probablemente ocurrirá, seremos muy vulnerables. Son varios los nobles castellanos que conocen los servicios que he prestado al rey, y sus represalias contra mí, y contra vosotras también, serían inmediatas.

—Si el asunto es tan grave como planteas, ¿por qué no abandonamos todo y nos vamos a Oriente, con los turcos?; quizás ellos sepan apreciar a un médico tan excelente como tú. Podríamos pasar por Toledo, recoger a Juan y luego viajar hasta el reino de Nápoles para encontrarnos con Pablo. Una vez allí no creo que sea difícil encontrar un barco mercante genovés o veneciano con el que navegar hasta Constantinopla.

—Ahora se llama Estambul —precisó Pedro.

—Pues a Estambul. Dicen que es la ciudad más grande del mundo, la de mercados más populosos, la de mayores riquezas. Y... admiten a los judíos.

—Ya no somos judíos —dijo Pedro.

—Pero podríamos volver a serlo. En Constantinopla...

—... Estambul.

—En Estambul. Allí viven muchos de los nuestros, los que tuvieron que marcharse cuando no aceptaron el bautismo que ordenaron los Reyes Católicos. Podríamos iniciar una nueva vida. No será difícil para ti y para nuestro hijo mayor

ejercer como médicos, y Juan está aprendiendo el oficio de fabricación de armas, de modo que tampoco rechazarán a un buen maestro armero.

—Yo quiero quedarme aquí, pero haré lo que digas, padre —dijo María.

—Ya veo que vas entrando en razón...

—Si nos vamos a Constan... a Estambul, seguro que encontraremos a algunos judíos sefardíes dispuestos a ayudarnos en los comienzos —reiteró Juana.

—No. No podemos renegar de nuestra nueva religión. Hace más de veinte años que somos cristianos y como tales nos hemos comportado en todo este tiempo. Además, hay algo importante...

—¿Qué hay más importante que la felicidad de tu familia?

—Le debo fidelidad al rey Fernando.

—¿Fidelidad? Ese hombre no entiende el significado de esa palabra. Solo actúa en interés propio. Él demanda lealtad a sus súbditos, pero no cumple con su palabra cuando no le reporta beneficio. ¿Por qué tienes que serle fiel si él no lo sería contigo en caso de que no le conviniera?

—No lo sé, mujer. Ese hombre tiene algo que te obliga a obedecerlo, a seguirlo, a ponerte a su servicio...

—Es un hombre cualquiera —asentó Juana.

—Es el rey.

—Te arrastrará al desastre. No lo sigas. Tú mismo dices que don Fernando no tiene ninguna posibilidad de ganar en un enfrentamiento con Felipe de Austria.

—Ninguno. Pero debo estar a su lado. Escuchad. Si vosotras dos no estáis dispuestas a compartir el peligro conmigo, tendréis que marcharos de Valladolid. Si se imponen los partidarios de don Felipe de Austria, lo pasaremos muy mal. Podéis ir en busca de Juan y desde Toledo viajar los tres a Italia en busca de Pablo; si le escribimos, os esperará en Salerno. El reino de Nápoles es tierra del señorío de don Fernando, allí estaréis seguros hasta que yo pueda acudir a reunirme con vosotros.

—Eres mi esposo, juré compartir contigo el resto de mi vida y no pienso cambiar eso.

—Yo no quisiera salir de Valladolid, pero también estoy contigo, padre —dijo María.

Juana, María y Pedro Losantos se abrazaron con todas sus fuerzas.

Aquella noche, la última en su casa de Valladolid, Juana y Pedro hicieron el amor como si el mundo estuviera a punto de acabarse al día siguiente.

*Salamanca, día de Navidad de 1505*

El rey de Aragón acababa de presenciar en la gran sala del palacio de Abarca la

representación de una égloga en la que unos actores escenificaban el nacimiento de Cristo entre un buey, una mula, san José, la Virgen María y un grupo de pastores. Se la había recomendado el duque de Alba, que había corrido con los gastos del escenario, vestuario y pago a los comediantes. Un espléndido banquete los esperaba en una sala contigua.

—Mi querido duque —le comentó el Católico—, teníais razón, lo he pasado muy bien con este entretenimiento.

—Es una obra de Juan del Encina; la escribió para mí hace unos años —explicó el de Alba.

—Pues tiene ingenio ese tal Del Encina.

—Además de escribir estas piezas para ser representadas, también es un músico extraordinario y canta como los ángeles. Dios lo ha dotado de una de las mejores voces que jamás he oído.

—En ese caso, hacédle saber que me gustaría escucharlo cantar.

—No creo que sea posible por el momento. Hace ya cinco o seis años que reside en Roma. Es uno de los cantantes de capilla del papa Julio.

—No sé qué atrae más a ese papa, si las artes o la guerra —comentó el rey.

—La guerra también es arte, mi señor, y vuestra alteza es uno de los más hábiles estrategas de nuestro tiempo.

—La guerra debería ser la última solución en cualquier conflicto.

—Si me lo permitís, señor, yo creo que la guerra es consustancial al hombre.

—Solo si se trata de una guerra justa, como la que emprendió la cristiandad para liberar Jerusalén, o la que durante siglos llevaron a cabo mis antepasados sobre esta tierra para expulsar a los moros, o la que yo mismo libré por Granada, o la que estamos empeñados en ganar en las Indias del mar Océano para convertir a los paganos a la verdadera fe —asentó Fernando.

—No solo esas, mi señor, también las que sirven para defender lo propio, aunque sea entre cristianos.

—Entre nosotros siempre es mejor recurrir a la diplomacia. Escuchad: ayer recibí una carta de Maximiliano de Austria en la que se ofrecía como mediador entre su hijo don Felipe y yo. Esa propuesta va acompañada de una petición: que rompa mi matrimonio con doña Germana y que me case con una sobrina suya. A cambio de eso, me garantiza su apoyo para que yo siga como gobernador de Castilla y se compromete a convencer a su hijo para que respete ese acuerdo.

—¿Habéis aceptado, alteza? —preguntó el de Alba sorprendido.

—¿Tan necio me creéis, señor duque?

—Perdonad...

—Lo que pretende don Maximiliano es tenderme una trampa.

—No os entiendo.

—Si acepto su propuesta, el acuerdo de paz que firmé con Luis de Francia hace dos meses quedaría roto y volveríamos a ser enemigos, pues lo consideraría una gran

ofensa. Ese es el juego de la política. Además, el papa se negaba a concederme la licencia para mi boda con doña Germana y, gracias a que se lo ha pedido don Luis, ya lo ha admitido, pese a la oposición de don Maximiliano y de don Felipe. Si yo me echara atrás ahora y anulara el acuerdo de matrimonio con doña Germana, don Luis lo consideraría un acto hostil, Francia me declarararía la guerra y se aprestaría a invadir de nuevo mis dominios en Italia. Y entonces el papa me tildaría de bígamo si osara casarme con otra mujer una vez casado por poderes, como ya lo estoy legalmente con doña Germana, aunque todavía no haya consumado mi matrimonio.

—En Italia sigue don Gonzalo Fernández de Córdoba. Su sola presencia disuadirá a los franceses de un ataque a Nápoles. Ya se llevaron lo suyo hace dos años.

—A mi «muy amado primo» —así definió el Católico al Gran Capitán— le he concedido el título de duque de Sessa, pero le he ordenado que regrese de inmediato a Castilla y que deje el cargo de virrey en Nápoles. No me fío de él.

—Siempre os ha sido leal...

—Me aseguran que está negociando en secreto con el papa y con Venecia; y me he enterado de que Felipe de Austria le ha ofrecido entrar a su servicio.

—¿Y qué ha dicho don Gonzalo?

—De momento, que no. Mis espías me han informado de que Felipe le ha pedido que permanezca en Italia hasta que él venga a Castilla para tomar posesión como rey.

—Corren rumores de que se ha quedado con parte del dinero que enviamos a Italia para pagar a las tropas.

—Y se ha atrevido a desobedecerme; a mi orden para que regrese de inmediato, me ha respondido que no puede hacerlo por el mal tiempo, por falta de dinero y porque quiere dejarlo todo proveído, y eso que hace meses fue él quien me pidió encarecidamente volver; y se ha mostrado reticente a reintegrar a los barones franceses las propiedades que se les incautaron durante la guerra, pese a que lo acordé en el tratado de paz con Francia. Y, por si todo esto no fuera suficiente para dudar de don Gonzalo, se niega a ejecutar mi orden de expulsar de Nápoles a los judíos, dando largas a ese cumplimiento, alegando que esos judíos prestan un gran beneficio y producen gran riqueza al reino.

—¿Habéis pensado ya en alguien para sustituir a don Gonzalo como virrey de Nápoles? Yo estaría dispuesto... —demandó el de Alba, que aspiraba a ese puesto.

—A vos os necesito aquí, a mi lado. El nuevo virrey será el hijo de mi sobrino el arzobispo de Zaragoza. —En realidad, el arzobispo de Zaragoza era hijo bastardo del Católico, pero el rey lo solía llamar sobrino—. Y ahora, excusadme, señor duque, tengo que recibir al obispo de Astorga; he decidido que la Cancillería de la zona sur se traslade de Ciudad Real a Granada y quiero que la presida este prelado. Es un hombre leal, uno de los pocos prelados en el que todavía puedo confiar.

El duque de Alba se sintió decepcionado, pues ambicionaba ser virrey de Nápoles, pero no dudó ni un instante en mantener su fidelidad al rey Fernando. Al fin y al cabo, hacía tiempo que el de Alba había decidido que su destino estaría ligado

para siempre al de su señor.

*Salamanca, principios de enero de 1506*

Al poco de que los Losantos se instalaran en una habitación de una fonda cercana a la catedral de Salamanca, llegaron terribles noticias de Sevilla.

—Nunca acabará esto —Pedro Losantos parecía conmocionado al entrar en la habitación.

—¿Qué ocurre? —Juana de la Cruz ayudó a su esposo a quitarse el capote de invierno que le cubría todo el cuerpo.

—Me acaban de contar que un fraile dominico llamado Diego de Deza, que ocupa el puesto de inquisidor general de Castilla y que además es el arzobispo de Sevilla, ha condenado a la hoguera a decenas de personas en Andalucía, unas acusadas de ser judaizantes y otras de practicar en secreto los ritos de los moros. Las cárceles de Sevilla y de Córdoba están llenas y se han confiscado los bienes de todos los detenidos. Creo que las persecuciones de Andalucía se extenderán también por todos estos reinos.

—Primero los moros conversos, luego los judíos relapsos..., también vendrán contra nosotros, los judíos conversos —supuso Juana de la Cruz angustiada.

—En Valladolid dijiste que si nos manteníamos al lado del rey Fernando estaríamos seguros, pero seguimos corriendo peligro —temió María, que estaba preparando la mesa para la cena: un pastel de carne recién horneado en la cocina de la fonda.

—Es posible. El Santo Oficio anda empeñado en acabar con cualquier atisbo de herejía, y el rey Fernando no se opondrá a que se lleve a cabo la represión de los disidentes. No tiene otro remedio, pues su posición en Castilla no es sólida, y además el Santo Oficio se instauró bajo su reinado y el de su esposa. Su yerno ambiciona el trono a toda costa, de modo que el Católico necesita todos los apoyos posibles para mantenerse al frente del gobierno y, si pierde el de la Iglesia, no tendrá más remedio que marcharse de aquí.

—¿Qué podemos hacer? —se angustió Juana.

—Os lo dije en Valladolid. Los tiempos ya no son seguros.

—Pero nos comportamos como buenos cristianos... —alegó Juana.

—Me temo que eso ya no será suficiente.

—¿Qué hacemos ahora, padre? —preguntó María asustada.

—No lo sé, no lo sé —dudó Pedro Losantos.

—Cuando me casé contigo renuncié a la fe de mis mayores y acepté la de Cristo. Soy tu esposa, haré lo que tú digas. —Juana se abrazó a su marido—. Pienso en nuestros tres hijos. Pablo, a punto de acabar los estudios de Medicina, tan serio y cabal, un idealista capaz de sacrificarse por la mejor de las causas; Juan, sensible pero

fuerte; y tú, María, mi única niña, una hermosa joven de dieciocho años que quiere seguir su propio camino, pero siempre dispuesta a ayudar a la familia.

—La idea que planteaste de ir a Estambul es muy atractiva, pero si hemos cumplido como fieles cristianos durante los últimos veintidós años, creo que podemos seguir haciéndolo hasta que Dios quiera —porfió Pedro.

Juana, María y Pedro Losantos se abrazaron con todas sus fuerzas. Su destino era inseparable.

—No es suficiente con comportarnos como buenos cristianos. El rey requiere de toda la lealtad, inquebrantable, absoluta... Si ni siquiera se fía del Gran Capitán, ¿cómo va a hacerlo de un médico como tú? —alegó Juana.

—El Gran Capitán es un caballero de conducta intachable.

—Ojalá estuviera ese hombre aquí —deseó Juana.

—¿Sabéis que se ha negado a expulsar del reino de Nápoles a los judíos, pese a la orden directa del rey Fernando, y que castiga a sus soldados si se exceden con las mujeres de los territorios que conquista? Hombres como ese, tan generosos, justos y valientes, ya no existen —informó Pedro.

—Si es así, supongo que caerá en desgracia ante don Fernando —replicó Juana.

—La inquina del rey hacia ese general se debe a que algunos cortesanos no cesan de hablar mal del Gran Capitán.

—Creo que todas estas maledicencias son cuestión de envidia.

—Por supuesto. En torno al rey pululan nobles y caballeros que aspiran a ganarse sus favores lisonjeándolo y adulándolo hasta extremos ridículos. Cuando conquistó Granada, le dijeron que él era el monarca cristiano que las profecías anunciaban como el destructor de la secta de Mahoma y el que recuperaría Jerusalén para los cristianos.

—Pero supongo que don Fernando no cree en esas supercherías; ¿o sí? —dudó Juana.

—No, claro que no, pero le gusta escuchar halagos, como a todos los poderosos, y le encanta que sus súbditos le endulcen los oídos y lo lisonjeen con la mayor rimbombancia posible, aunque sea ridículo.

—¿Y qué ocurrirá en Italia?

—¡Allí está mi hermano mayor! —se asustó María.

—El Gran Capitán dejará de ser virrey de Nápoles. Ese cargo será ocupado por el hijo del arzobispo de Zaragoza, según he oído de los propios labios del rey.

—¿El hijo del arzobispo? —se extrañó María.

—Sí. El arzobispo don Alonso es hijo de don Fernando, que lo engendró con una de sus amantes, una dama de Cervera llamada Aldonza Ruiz, con la que tuvo al menos otra hija; eso ocurrió en el tiempo en el que el Católico se casó con la reina Isabel. Es su hijo favorito, tanto que a los cuatro años ya lo hizo arzobispo de Zaragoza, y desde luego es al que considera más preparado, al que realmente le gustaría nombrar heredero de Aragón; claro que, dada su bastardía, eso es imposible.



—El arzobispo ha salido al padre —comentó Juana con ironía.

—Sí, don Alonso ya ha tenido varios hijos, y uno de ellos ha sido elegido para sustituir a don Gonzalo en Nápoles.

—En el mercado de esta ciudad se habla mucho de los hijos bastardos del rey Fernando, dicen que tiene varias decenas —comentó Juana.

—¿Y qué más se cuenta?

—Supongo que muchos de esos comentarios son simples chismes, pero otros tal vez reflejen la verdad.

—¿Qué habéis escuchado?

—Ya sabes, la gente comenta cosas.

—Como cuáles.

—Hay quienes aseguran que el rey Fernando tiene un hijo en cada pueblo de Castilla y de Aragón por donde ha pasado.

—No van mal encaminados —ironizó Pedro.

—¿Sabes tú cuántos hijos tiene el rey? Eres su médico.

—Pero no me he metido con él en las camas de sus amantes.

—Vamos, dime cuántos tiene, seguro que lo sabes.

—Déjame que eche cuentas —divagó Pedro—: los cinco legítimos con la reina Isabel, dos al menos con esa dama catalana de Cervera, otras dos hijas con una dama portuguesa y una aragonesa..., y un buen puñado más que andan por esos campos y pueblos de Dios.

—¿Cuántos?

—Cuando está de viaje y tiene que pasar la noche en alguna aldea, don Fernando suele reclamar la presencia en su cama de una muchacha, la más bella del lugar. En ocasiones solo utiliza a esas jóvenes para calentarle la cama en las frías noches de invierno, y una vez que las sábanas están tibias las despacha sin más, pero, si tiene ganas y las chicas le agradan, se acuesta con ellas. Esto lo ha hecho durante años y años, de modo que ya puedes imaginar que algunas de esas habrán quedado preñadas.

—¿Ya lo hacía cuando todavía vivía doña Isabel?

—Sí, también entonces.

—¿Y la reina Católica lo sabía? —preguntó María.

—No solo lo sabía, incluso lo consentía. Doña Isabel era una mujer celosa, pero permitía los amoríos de su esposo, pues era el rey. Ordenaba que lo mantuvieran siempre vigilado, aunque no sé bien para qué, pues aquella vigilancia no servía de nada y no impedía que el rey se acostara con otras muchas mujeres.

—Ella, la reina, ¿nunca se acostó con otro hombre? —preguntó María, cuyo interés por la vida del Católico se había despertado.

—Creo que no. Pero esta no es conversación para una jovencita como tú —le objetó Pedro a su hija.

—María es una mujer —terció Juana buscando la complicidad con su hija—. Por lo que yo sé, doña Isabel solo se acostó con su esposo. Incluso cuando no estaba

presente el rey, la reina se tumbaba en una cama al lado de cuatro o cinco damas de su corte para que quedara claro y con testigos que no tenía ningún amante, y probablemente también para que le calentaran la cama.

—El rey era un semental; y su hijo bastardo el arzobispo don Alonso no le va a la zaga. El prelado de Zaragoza ha reconocido hasta ahora al menos a cinco hijos e hijas, y la cuenta sigue aumentando cada año... —añadió Pedro, ya más desinhibido.

—¡Menuda familia! —exclamó María un tanto ruborizada.

—De casta le viene al galgo. El rey Juan, el padre de don Fernando, ya dejó un buen reguero de hijos bastardos; uno de ellos, don Juan de Aragón, también fue nombrado arzobispo de Zaragoza.

—Parece que los hijos bastardos de esa familia estuvieran abonados a la silla arzobispal de la capital del reino de Aragón —comentó Juana.

—Y algunos cuando todavía eran unos niños. El actual arzobispo, don Alonso, fue nombrado para ese cargo a la edad de cinco años, y lo asumió al cumplir los ocho.

—¡Un arzobispo de cinco años! —exclamó María.

—Al parecer, el Espíritu Santo no hace distinciones por la edad, y menos si el elegido, aunque bastardo, es un vástago real —ironizó Pedro Losantos—. Y vamos ya a dar cuenta de ese pastel de carne, que se va a enfriar.

### *Castillo real de Windsor, Inglaterra, enero de 1506*

Solventados algunos problemas y garantizado el paso de las naves frente a las costas de Francia, a comienzos de enero Juana y Felipe, reyes de Castilla y archiduques de Austria, embarcaron en Zelanda a bordo de una magnífica nave llamada La Julien.

La flota, compuesta al fin por cincuenta navíos, zarpó rumbo sur con viento favorable y buen tiempo, pero al atravesar el canal de la Mancha se desató una tempestad que desarboló algunos barcos y los dispersó. El capitán de la nave donde viajaban los reyes decidió poner proa hacia Inglaterra, e hizo bien, porque algunas de las que se dirigieron hacia el continente acabaron estrelladas contra las rocas de los acantilados del norte de Bretaña.

En medio de la tempestad, con todos los pasajeros de La Julien rezando por sus vidas, fue Juana la única que mantuvo la calma y no mostró temor alguno a la tormenta. Entre el estruendo de las olas y el fragor de los relámpagos se le oyó decir que no tenía ningún miedo porque las crónicas y los anales no sabían de rey alguno que hubiera muerto ahogado.

La nave real buscó refugio en el puerto inglés de Portland. Enseguida recibió aviso su rey Enrique VII de que los soberanos de Castilla habían arribado a sus costas. Desde su residencia de invierno en el castillo de Windsor, Enrique le envió un correo a Felipe y lo invitó a reunirse con él.

El rey y archiduque dejó a su esposa a buen recaudo en Portland, bajo una estricta

vigilancia de guardias armados, y se dirigió a Windsor. Durante el camino maquinó ofrecerle a Enrique de Inglaterra una firme alianza para contrarrestar así la que habían acordado Fernando de Aragón y Luis de Francia.

En la gran chimenea de la sala de banquetes del castillo de Windsor ardían unos gruesos leños. Felipe de Austria y Enrique Tudor se sentaban a la misma mesa y debatían, mientras saboreaban una pierna de venado asada con miel, el pacto que el de Castilla acababa de ofrecerle al de Inglaterra. Se entendían en francés, idioma que ambos hablaban con soltura.

—Querido primo —dijo Felipe usando el tratamiento habitual entre monarcas cristianos—, la alianza que os ofrezco es beneficiosa, imprescindible, para nuestros dos reinos. Francia y Aragón acaban de firmar una coalición formidable, y sus soberanos pueden caer en la tentación de volverse contra cualquiera de nosotros dos. Debemos estar preparados para esa probable contingencia.

—Mi relación con vuestro suegro es buena. Mi hijo Arturo, que me hubiera sucedido en este trono de no haber fallecido, estuvo casado durante varios meses con vuestra cuñada doña Catalina. Ella sigue aquí todavía. Vive recluida en Durham House, un palacete en la ciudad de Londres, y, creedme, no sé qué hacer con ella. Por cierto, su padre me ha pedido en alguna ocasión que le busque un nuevo esposo. Me ha sugerido que sea mi propio heredero, el príncipe Enrique, pero es demasiado joven, solo tiene catorce años; quizá cuando cumpla los dieciséis...

—La Biblia dice que no tomarás a la esposa de tu hermano. ¿Casaríais a vuestro hijo y heredero con la viuda de vuestro hijo mayor, incumpliendo así el precepto sagrado? —Felipe se inquietó ante la revelación de Enrique. De nuevo aparecía la maquinación de Fernando, siempre jugando por delante de los demás, siempre sorprendiendo a todos con su astucia.

—Sí, ese es un grave impedimento, pero doña Catalina afirma que su matrimonio con mi hijo no se consumó. Alega que solo estuvieron casados unos meses y que Arturo era demasiado joven e inexperto. Pero yo creo que mi hijo sí cumplió en su noche de bodas —adujo el rey de Inglaterra.

—En cualquier caso, para esa boda sería necesaria una dispensa pontificia, y no creo que el papa Julio esté dispuesto a otorgarla. En mi opinión, deberíais devolver a doña Catalina a Castilla y evitaros inconvenientes. Si os parece, yo puedo llevarla conmigo en mi viaje...

—¡Oh!, no, no. Fernando de Aragón quiere que su hija permanezca en Inglaterra. Incluso me ha escrito una carta en la que me anuncia que la nombrará embajadora ante mi corte.

—Pero sé que ella ha escrito varias veces a su padre quejándose de su situación aquí.

—Así es, pero su voluntad es quedarse en Inglaterra. Esta es la tierra más

agradable del mundo. ¿Dónde iba a encontrarse mejor que entre estas verdes y suaves colinas?

—Si es lo que ella desea... —Felipe torció el gesto ante la evasiva de Enrique. Lo que el de Austria pretendía era enemistar a Fernando de Aragón con Inglaterra, pero su rey no parecía dispuesto a ello.

—En cualquier caso, creo que sería muy provechoso para nuestros dos reinos sellar un acuerdo permanente. Y en prueba de mi amistad... —Enrique de Inglaterra se puso en pie y pidió silencio a los nobles que acompañaban a los dos monarcas en la cena—. ¡Nobles de Inglaterra!, estamos muy felices por acoger en nuestra amada tierra al rey de Castilla, y queremos sellar nuestro encuentro con un sincero reconocimiento de amistad. Felipe, rey de Castilla y archiduque de Austria, os concedemos la Orden de la Jarretera, para que así forméis parte de esta elevada y distinguida cofradía de caballeros.

—Agradezco tan alto honor, mi señor don Enrique —Felipe de Austria se levantó sonriente de su silla—, y en prueba de nuestra amistad, y puesto que yo ya no puedo concederos la Orden del Toisón de Oro, pues estáis en posesión de ella porque así lo quiso mi padre don Maximiliano, sí puedo otorgarla a vuestro heredero el príncipe de Gales.

Los dos monarcas se abrazaron y alzaron sus copas brindando por ello.

—Para sellar y festejar esta alianza, decreto que durante quince días se celebren juegos y torneos en Richmond. —Los nobles aplaudieron y vitorearon a su soberano, y los caballeros más jóvenes fanfarronearon sobre sus futuras victorias en las justas.

—Querido primo —dijo Enrique una vez ya sentados, tras apurar las copas—, esta Orden de la Jarretera la creó mi antecesor el rey Eduardo hace más de un siglo. Cuentan que este rey, vehemente como pocos, estaba bailando en el palacio de Eltham con una hermosa muchacha llamada Juana de Kent. En el transcurso de una danza, a esa joven, que luego sería princesa de Gales, se le cayó una liga. ¿Os imagináis la escena? Pues bien, para evitar la vergüenza de Juana, el rey Eduardo recogió la liga del suelo y se la colocó en su propio muslo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Felipe.

—¡Quién sabe! Pero así es como lo cuentan nuestros anales. Pues bien, ante la mirada asombrada de los asistentes al baile, Eduardo pronunció estas palabras: «Que se avergüence quien de esto piense mal». Y esta frase quedó como lema de la Orden de la Jarretera.

—Todo un caballero, el rey Eduardo.

—Y un gran soldado. Ganó para Inglaterra la mitad de Francia, aunque la sumió en esa larga guerra que al final provocó que tuviéramos que abandonar el continente.

—Tal vez algún día vos mismo o alguno de vuestros sucesores podáis ser coronados como rey de Francia en Reims o en París.

—Tal vez, tal vez...

Enrique Tudor observó entonces el escudo real de Inglaterra, que colgaba de una

de las paredes, y pensó que no estaría de más añadir el lema en idioma francés que ya figurara en época de su antecesor Enrique V: *Dieu et mon droit*; es decir, «Dios y mi ley». Lo haría tres años después.

*Salamanca, mediados de febrero de 1506*

Nevaba en Salamanca. Fernando de Aragón sentía dolores en las piernas y llamó a Pedro Losantos para que le proporcionara algún remedio. El médico examinó al monarca y comprobó que las venas de las pantorrillas estaban exageradamente hinchadas.

—Alteza, deberíais comer más frutas y verduras y menos carne, además de dar algún paseo, pero a pie, no a caballo —le recomendó Losantos.

—¿Nabos, cebollas..., caminar? La verdura es comida de plebeyos, igual que caminar. Los nobles comen carne y siempre van a caballo —rebató el rey Fernando, que gozaba de fama de buen jinete.

—Tal vez, pero vuestras piernas mejorarán y vuestros dolores se calmarán si me hacéis caso. Podéis optar entre ser un noble jinete con dolores de piernas o un caminante sin ellos.

—Os haré caso, condenado matasanos, pero ahora escuchadme. Mi hija Juana y su esposo Felipe se encuentran en Inglaterra —comentó el rey.

—Tenía oído que venían a Castilla.

—Sí, cuando partieron de los puertos de Flandes esa era su intención, pero una tempestad ha desbaratado la escuadra y su nave ha atracado en un puerto inglés. Ahora son huéspedes de su soberano. Eso es al menos lo que me han informado, aunque no me fío de Felipe. No me extrañaría que hubiera buscado a propósito desembarcar en Inglaterra para entrevistarse con su rey y tratar de enemistarme con él.

—Vos sois amigo del monarca inglés.

—Sí. Hace ya tiempo que Enrique Tudor y yo sellamos un pacto y lo certificamos con la boda de nuestros hijos Catalina y Arturo, pero don Arturo murió a los pocos meses de casarse con mi hija pequeña, y desde entonces doña Catalina permanece en Inglaterra. Tengo que solucionar ese asunto. Vos hicisteis un buen papel en Blois ante el rey de Francia, creo que debería enviaros ahora a Inglaterra para que volvierais a repetir algo semejante. He ordenado que nuestras mejores naves vayan hasta Inglaterra para recoger a doña Juana y a don Felipe. Iréis en una de ellas.

—Estoy a vuestro servicio, alteza, pero creo que en esta ocasión no...

—Confío en vos más que en cualquiera de mis embajadores. Iréis a Inglaterra, os entrevistaréis con su rey, trataréis de convencerlo para que su heredero se case con doña Catalina y a la vuelta me relataréis vuestras impresiones. Ya sabéis cómo se hace. En Blois tuvisteis mucho éxito; gracias a vuestra intervención, doña Germana

de Foix es ahora mi esposa. No dudo que lograréis que mi hija doña Catalina se convierta de nuevo en la princesa de Gales.

—¿Y si Enrique de Inglaterra no acepta que su hijo se case con doña Catalina? —demandó Pedro.

—Claro que aceptará. Inglaterra es un pequeño reino que necesita aliados en el continente. Esa isla brumosa y verde, por lo que sé, requiere de productos que allí no se producen, como vino, aceite, especias y otras mercancías valiosas, y ellos necesitan vender su producción de paños.

—Haré lo que me ordenéis, alteza.

—Además de lograr ese acuerdo matrimonial, deberéis vigilar a mi yerno durante el viaje de regreso. Observad todos los detalles; quiero saber qué hace, qué come, con quién habla, cómo se comporta con mi hija doña Juana, en quién confía, de quién recela, qué le preocupa. Todo.

—Como ordenéis, alteza.

—Encabezará la comitiva a Inglaterra el conde de Miranda. Partiréis cuanto antes.

—En caso de que el rey de Inglaterra acepte vuestra propuesta, ¿qué le ofrezco de vuestra parte?

—Mi reconocimiento al derecho de los reyes de Inglaterra a sentarse en el trono de París. —El Católico sonrió con sutileza. No era frecuente verlo sonreír, y mucho menos que riera a carcajadas, como hacían algunos otros soberanos. Fernando de Aragón era reacio a mostrar sus emociones, pues consideraba que revelar los sentimientos constituía una muestra de debilidad y una baza para el rival.

—¡Qué! —Pedro Losantos se quedó con el rostro desencajado por la sorpresa.

—Lo que habéis oído.

—Señor, habéis firmado un tratado de amistad con Francia; si su rey se entera de que le hacéis esta propuesta al de Inglaterra, ese tratado saltará por los aires hecho añicos, y es probable que Luis de Francia os declare la guerra.

—Será un acuerdo secreto. Absolutamente secreto.

—¿Y si fracasa en las negociaciones?

—Bueno, las cosas quedarán como están: yo seré aliado del rey de Francia y el de Inglaterra será amigo de Felipe de Austria.

Cada vez que Pedro Losantos hablaba con el rey de Aragón, no dejaba de sorprenderse de la capacidad que el Católico tenía para inclinar la balanza de las negociaciones hacia su lado. Desde luego, su sagacidad era proverbial y su capacidad de convicción y de encanto personal parecían no tener límites. Solo así se explicaba que una mujer como la reina Isabel hubiera soportado tantas infidelidades y hubiera permanecido fiel a su lado hasta la muerte, o que un general como el Gran Capitán se mantuviera leal pese a tantos desplantes, o que sus más íntimos colaboradores fueran capaces de entregar su vida en defensa de su señor si llegara el caso.

—¿Necesitáis algo más de mí, alteza?

—¿Cómo está vuestra familia?

—Bien, mi señor, muy bien; os agradezco mucho vuestro interés. —Pedro se sorprendió por aquella pregunta del rey.

Un soberano nunca se preocupaba por el estado personal de sus súbditos. En los discursos ante las Cortes o tras algunos banquetes era oportuno que el monarca hablara del bienestar que pretendía llevar a cada uno de los habitantes de sus dominios, a modo de padre protector de todos ellos, o de la felicidad y garantía de seguridad que su reinado aportaba a todos los demás, pero nunca preguntaba por la situación familiar de sus servidores, y mucho menos si no eran nobles.

—Sé que tenéis una hermosa hija.

—Sí, mi señor. Su nombre es María. Ya ha cumplido los dieciocho años; vive con nosotros.

—¿Le habéis buscado esposo? Ya tiene edad para casarse; es más, ya debería estar casada.

—Lo hemos hablado mi esposa y yo en alguna ocasión, pero sigue sin compromiso.

—Por si os sirve de precedente, mi sobrino... —ni siquiera en privado el rey Fernando llamaba hijos a sus bastardos—, el arzobispo de Zaragoza, acaba de cerrar el acuerdo matrimonial de uno de sus sobrinos —lo mismo hizo con los bastardos de su hijo Alonso— con Juana de la Cavallería. Es una muchacha hija de conversos, como vos, una familia que me ha prestado excelentes servicios en la tesorería real. Ya he aceptado que se celebre esa boda. También podría encontraros un buen marido para vuestra hija.

—Os lo agradezco, mi señor, pero...

—Vamos, vamos, Losantos, sed práctico. Hay muchos nobles de segundo rango que no tienen donde caerse muertos. Emparentarse con una acomodada familia de conversos les asegura unas buenas rentas y a vuestra hija tal vez un título nobiliario. Seríais el padre de una condesa y el abuelo de un conde; ¡quién sabe!

—Señor, mi hija me ha comentado en alguna ocasión que desearía casarse con un hombre al que amara.

—Amor, amor... Una moda funesta llegada de Italia, como tantas otras modas. Amor. ¿Qué es el amor, don Pedro?

—Supongo que el sentimiento que yo profeso hacia mi esposa.

—¿Qué edad tiene vuestra esposa?

—Cuarenta y seis años, alteza.

—Una mujer que está a punto de atravesar el umbral de la ancianidad. ¿Seguís amándola?

—Como el primer día —asentó Losantos.

—¿El tiempo y sus secuelas no os han hecho perder la pasión de los primeros años, eso que los poetas llaman «la fulgurante locura de la juventud»?

—Ni un ápice; cada día la amo más si cabe.

—Sois un hombre extraño, Losantos, muy extraño. Pero os considero el mejor de

mis médicos y ahora el más leal de mis servidores. De momento lo dejaremos así, pero, si deseáis un esposo que sea a la vez un buen partido para vuestra hija, no dudéis en decírmelo, buscaré al hombre apropiado.

*Portland, sur de Inglaterra, principios de marzo de 1506*

Aquellos meses de invierno en la campiña inglesa transcurrieron entre banquetes, torneos, partidas de caza y fiestas. Los reyes de Inglaterra y de Castilla pasaron buena parte de ese tiempo juntos y salieron a los bosques en busca de ciervos y jabalíes durante las escasas jornadas en las que ni llovió ni nevó sobre las suaves colinas al oeste de Windsor.

Felipe de Austria tuvo tiempo para revisar las cláusulas de la concordia pactada con su suegro en Salamanca, y la ratificó punto por punto pese a la opinión contraria de algunos de sus consejeros, que consideraban que aquella era una hábil estratagema de Fernando y que el de Aragón había engañado a sus embajadores.

Pedro Losantos llegó a Inglaterra embarcado en la flota que el Católico envió para recoger a su hija y a su yerno. Antes de dirigirse ante Felipe de Austria, visitó a la reina Juana, que desde que arribara a la gran isla había permanecido recluida en una casona de la ciudad de Portland, fuertemente vigilada, mientras su marido disfrutaba de las fiestas y los bailes organizados por el rey Enrique, en donde no faltaban bellas damas inglesas y algunas de las más célebres y caras prostitutas del mejor burdel de Londres.

—Os traigo los afables saludos de vuestro padre el rey Fernando —dijo Pedro inclinándose ante Juana. En el caso de Losantos se había hecho una excepción en el aislamiento de Juana, pues el médico era portador de una carta personal del rey Fernando en la que ordenaba que se le facilitara examinar a su hija para comprobar su estado de salud.

—¿Cómo está mi señor el rey de Aragón?

—Con algunas molestias en las piernas, alteza, pero si se cuida un poco y evita ciertos excesos vivirá muchos años.

—¿Cuándo iremos a Castilla?

—En cuanto sea posible, mi señora. Don Francisco de Zúñiga, el jefe de esta expedición, ha ido a Londres en busca de vuestro esposo el rey. Espero que en un par de semanas partamos de vuelta.

—Me cansa ya ese cielo gris y oscuro, la lluvia y la humedad de Flandes; y ahora el de Inglaterra, no menos triste y apagado... Tengo ganas de volver a Castilla; echo en falta su sol, sus campos, su cielo azul... ¿Sabéis que el color azul del cielo de Burgos a mediodía es el más hermoso del mundo?



—Pronto disfrutaréis de todo ello, mi señora.

—Dicen que mi padre ha vuelto a casarse.

—Sí, así es, pero...

—Ja, ja, ja..., lo único que pretende es engendrar un nuevo heredero legítimo para que mi esposo y mi hijo Carlos no sean los futuros reyes de Aragón. ¿Lo sabíais?

—Mi señora, yo no entiendo de otra cosa que de enfermedades, medicinas y ungüentos.

—En ese caso, ¿por qué os ha enviado mi padre a Inglaterra? ¿Por qué estáis aquí hablando conmigo?

—Vuestro padre está preocupado por vuestra salud, alteza. Me encomendó que os cuidara si fuera necesario.

—Mi salud es excelente.

—Ya lo veo, señora. Os conozco desde que erais una niña y sé de vuestra fortaleza.

—¿Y mi hijo?

—¿Don Fernando?

—Claro, es el único de mis hijos que está en Castilla.

—Vuestro padre lo estima mucho y lo está educando como si se tratara de su propio hijo. Dice que es igual que él, aunque yo no les encuentro demasiado parecido. Claro que solo tiene tres años; todavía es pronto, pero a mí me recuerda más a vuestro esposo el rey Felipe.

—No será tan bello. Mi marido es como el cielo azul de Burgos: el hombre más hermoso del mundo.

Pese a tantos desprecios, pese a cuánto daño le había hecho, Juana percibió que Juana seguía intensamente enamorada de Felipe de Austria. Taciturna a veces, colérica en ocasiones, sensata y lúcida por momentos, Juana de Castilla era una mujer en la que se alternaban períodos de pasión desbordada con otros de profunda melancolía e incluso de abandono y dejadez extremas. Era capaz de pasar en un instante de la más encendida euforia a la más profunda depresión. Mudaba tanto de carácter que a lo largo de un mismo día atravesaba varios estados de ánimo completamente opuestos, contradictorios incluso. Las personas que estaban a su servicio, en realidad carceleros que cumplían órdenes de Felipe de Austria, nunca sabían a qué atenerse con la reina, pues era capaz de mostrarse como la más dulce y amable de las damas o como la más cruel y colérica de las mujeres; en ocasiones, ambas cosas a la vez en una misma situación.

El de Juana era un espíritu libre que no admitía reglas ni imposiciones. Siendo muy joven se había negado a asistir a los oficios religiosos, y había comentado en la corte, para escándalo del confesor de la reina Isabel, que todas aquellas ceremonias religiosas tan cargadas de boato y pomposidad no eran sino representaciones de la superchería, propias de almas corrompidas y atormentadas.

Ni siquiera Isabel la Católica pudo convencerla, ni aun amenazándola con todo tipo de reprimendas, para que acudiera a la misa que a diario se celebraba en la capilla de la corte. Juana nada quería saber de ello, de manera que Isabel ordenó que se ocultara la falta de piedad religiosa de su hija, pues la soberana que había ordenado la expulsión de los judíos de todos sus reinos y el bautismo obligatorio de los moros castellanos no podía consentir que su propia hija renegase de las firmes creencias cristianas de las que ella hacía gala.

Losantos contemplaba a la reina de Castilla, que se había sentado en una sillita junto a una ventana enrejada desde donde contemplaba absorta el grisáceo cielo de Inglaterra.

—El azul del cielo de Burgos, el azul del cielo de Burgos... —musitó una y otra vez Juana, como una cantinela monocorde.

Y allí se quedó inmóvil, en silencio, ensimismada como una niña pequeña ante una bandeja de dulces que tiene prohibido probar, con la vista perdida en un cielo sin brillo, los ojos fijos en un punto indeterminado del horizonte, la boca entreabierta y el rostro sereno y plácido.

El médico converso la contempló con tristeza y mirada compasiva, y entonces lo invadió una sensación de inquietud: en las manos de aquella voluble mujer estaba depositado el destino de las Coronas de Castilla y de Aragón.

### *Castillo real de Windsor, mediados de marzo de 1506*

Losantos alquiló en Portland un caballo, pagó los servicios de un guía y de un par de hombres de escolta, y pese a los caminos embarrados se plantó en el castillo de Windsor en apenas dos jornadas.

El gran patio del castillo estaba desierto. Una ligera llovizna empapaba el pavimento de grandes losas de piedra gris oscuro que brillaban como enormes conchas planas. Losantos mostró su credencial de embajador del rey Fernando ante el jefe de la guardia, que lo observó con detenimiento.

Tuvo que esperar en unas dependencias del cuerpo de guardia durante un buen rato, que aprovechó para secarse al calor de un fuego y adecentarse un poco, hasta que un secretario se dirigió a él pidiéndole que lo siguiera.

—El rey don Enrique os recibirá ahora. Se trata de una deferencia de su alteza hacia el embajador de su primo el rey de Aragón, pero no volváis a presentaros en esta corte de esta manera o se os dará con la puerta en las narices.

—Perdonad mis modales, señor secretario, pero lo que tengo que decirle al rey no admitía demora. Lo siento.

Entraron en el recinto principal del castillo y atravesaron un par de salas antes de llegar a una estancia en la que departían varios nobles alrededor de un par de mesas en las que abundaban platos de carne asada, pasteles de ave y verduras, botellas de

vino y jarras de cerveza.

—Aguardad aquí —le dijo el secretario a Losantos, que asintió con la cabeza.

—Lo que sea preciso.

Al rato regresó el secretario.

—Acompañadme. El rey os dedicará unos minutos. Sed breve e id directamente al grano, sin rodeos ni circunloquios.

Entraron en el gran salón del castillo. Enrique VII estaba sentado en su trono de madera dorada. Vestía una sobreveste roja con cuello de piel de armiño y se cubría con un gorro de fieltro negro del que pendía un enorme broche de oro con un gran rubí en el centro.

—¿Qué desea mi primo el rey de Aragón? —le preguntó Enrique sin atender a preámbulo alguno.

—Mi señor, el rey de Aragón, os envía sus saludos, señor, y os comunica que desea seguir contando con la amistad de vuestra alteza —dijo Losantos.

—¿Habéis venido hasta Inglaterra solo para eso? —demandó Enrique Tudor con cierto aire de displicencia.

—Y también, alteza, para ofrecer en matrimonio a su hija, la princesa Catalina, como esposa para vuestro hijo y heredero don Enrique —anunció el médico con toda solemnidad.

—Doña Catalina ya estuvo casada con mi hijo Arturo, el malogrado Príncipe de Gales. De modo que ese matrimonio no es posible, tal cual manda nuestra Santa Madre Iglesia —replicó el rey inglés.

—Así es, mi señor, pero doña Catalina asegura que ese matrimonio nunca llegó a consumarse, de modo que no se incumpliría la ley eclesiástica.

—¡Qué sabréis vos de eso! —Enrique de Inglaterra parecía molesto.

—Bueno... —titubeó Losantos ante el cambio de actitud del rey—, el príncipe Arturo era muy joven y...

—Mi hijo cumplió como un hombre. Pero aunque así no hubiera sido, está la diferencia de edad; don Enrique, mi heredero, es al menos seis años menor que doña Catalina. Sí, sí, ya sé que vais a decirme que no es mucho y que hay matrimonios en los que la diferencia es todavía mayor, pero aquí el más joven es mi hijo varón.

—Señor, estoy seguro de que este matrimonio, si se celebra, traerá tiempos de prosperidad para vuestro reino. Así me lo ha transmitido don Fernando, quien, además..., os ofrecerá su apoyo si reivindicáis el trono de Francia.

Enrique VII miró a Losantos con recelo. Eso mismo le había ofrecido unas semanas antes Felipe de Austria.

—Inglaterra está en paz con Francia —asentó el rey inglés.

—Pero ¿cuánto tiempo durará esta situación? La mitad de Francia ha sido alguna vez territorio de la Corona inglesa: tenéis derecho a reclamar esas tierras e incluso ese reino. Todo el reino francés. —Losantos se extrañó de su soltura en la conversación que mantenía con el rey de Inglaterra. Se sentía un verdadero embajador

plenipotenciario; y es que lo era.

—Mi hijo, el futuro Enrique VIII, gobernará Inglaterra, Gales e Irlanda cuando yo muera. Pero comernos a Francia...; Francia no es un bocado fácil de digerir. Enrique VI, rey de Inglaterra, reinó en París, y a punto estuvo de convertirse en rey de toda Francia, hasta que intervino aquella doncella bruja, Juana de Arco, y perdimos esas tierras. Eduardo IV, otro de mis predecesores en el trono de Inglaterra, intentó invadir Francia y fracasó.

—Francia es un reino ubérrimo, bien merece arriesgarse para ganarlo. Sus campiñas rebosan trigo, centeno y cebada, sus huertas están llenas de frutos y sus bosques y dehesas de ganado; en sus ciudades se tejen buenos paños y se fabrican lujosas telas. París es una de las ciudades más ricas y florecientes de la cristiandad.

—¿Habéis estado en París, señor embajador?

Losantos se sintió halagado al ser nombrado por el rey inglés de esa manera.

—No, mi señor. Lo más cerca que he llegado ha sido a Blois, pero conozco a mercaderes castellanos que han visitado las ferias de su comarca y todos cuentan maravillas de lo que han visto allí.

—Mi antepasado Guillermo el Conquistador, el duque de Normandía, ocupó Inglaterra y sometió a los anglos y a los sajones con la espada antes de coronarse como su rey. Enrique II, uno de sus descendientes, la gobernó con puño de hierro en guante de seda y creó un imperio a ambos lados del Canal. Luego, los errores de algunos soberanos y la impericia de otros acabaron por dejar que se perdieran Aquitania, Poitou, Bretaña, Normandía y Anjou... Sí, todas esas tierras pertenecieron alguna vez a los soberanos de Inglaterra, pero tras cien años de guerras han quedado en poder de los de Francia. Recuperarlas sería costoso y sangriento.

—En cualquier caso, contad con la alianza del rey de Aragón..., si ese matrimonio se celebrara.

—*Dieu et mon droit* —susurró Enrique de Inglaterra, que recordó entonces el lema añadido por Enrique V al escudo del reino.

—¿Cómo decís, señor?

—*Dieu et mon droit*.

—«Dios y mi derecho» —tradujo Losantos.

—«Dios y mi ley» —precisó Enrique VII—. Esa fue en otro tiempo la divisa de Inglaterra, y está escrita en idioma francés, ya veis... Quizá la recupere y la incluya en mi propio escudo.

—Sin duda es una premonición, mi señor, un anuncio de que el rey de Inglaterra también lo será de Francia.

—Decidle a vuestro señor, mi primo el rey Fernando, que es mi deseo que Inglaterra y Aragón sean aliadas eternas.

—¿Eso quiere decir...?

—Que tomaré en consideración la oferta que me habéis trasladado, nada más.

—Os lo agradezco, mi señor. Así se lo haré saber a don Fernando. Pero entre

tanto resolvéis de manera definitiva este asunto, os rogaría que me permitierais visitar a doña Catalina; a su padre le gustaría saber de ella por mis ojos.

—Os dejaré que vayáis a verla, sí, pero lo haréis en compañía de uno de mis consejeros, y no le digáis a doña Catalina nada de lo que hemos hablado. No me gustaría encerrar en la torre de Londres a un emisario de mi primo el rey de Aragón.

—Descuidad, señor, cumpliré cada una de vuestras instrucciones. —Losantos pensó que tampoco le agradaría que sus huesos acabaran pudriéndose en una húmeda y sucia cárcel de Londres.

### *Londres, Inglaterra, mediados de marzo de 1506*

Durham House, una sórdida casona de piedra a orillas del Támesis, se asemejaba más a una prisión o a una fortaleza que a la residencia de la que fuera princesa de Gales.

A sus poco más de veinte años, Catalina era una mujer hermosa. Se cubría la cabeza con un tocado de terciopelo negro ribeteado con hilo de oro, y lucía un vestido morado. Su rostro, redondeado y amable, formaba un óvalo perfecto, en el que destacaban una nariz fina y delicada, unos labios carnosos y bien perfilados y unos ojos bellos pero inundados de melancolía; su cabello rubio oscuro, como el de su madre la reina Isabel, peinado con raya en el medio, asomaba bajo el tocado de terciopelo. En el cuello, grácil y elegante, brillaba un collar de oro con perlas, esmeraldas y rubíes engastados.

Catalina de Aragón no era una prisionera en el sentido legal del término, pero su condición se parecía mucho. Sin apenas dinero en sus arcas, con una permanente y estrecha vigilancia por parte de su suegro el rey Enrique VII y sin capacidad para moverse libremente, la princesa apenas disponía de medios para mantener a tres damas de compañía y a media docena de criados. En varias cartas dirigidas a su padre se había quejado de sus condiciones y de la escasez de sus rentas, y reclamaba un mejor trato para la que había sido esposa del heredero de Inglaterra y princesa de Gales.

—Mi señora —Losantos se inclinó ante Catalina, que aguardaba la anunciada visita del médico y embajador en el salón de la casona, entre paredes forradas de madera oscura que ensombrecían la estancia pero le proporcionaban calidez, plantó la rodilla en el suelo y le besó la mano—, os traigo un afectuoso saludo de vuestro padre el rey Fernando.

—¿Cómo se encuentra mi señor padre?

—Aquejado de algunos dolores en las piernas, pero se le calmarán cuando deje de comer tanta carne y siga algunos consejos.

—Mi padre nunca fue un glotón —objetó Catalina.

—Su alteza come con moderación y bebe con mesura, pero no es suficiente porque apenas ingiere verduras y frutas, de manera que su sangre no se limpia, y a

veces se le inflaman las piernas, por lo que debe guardar reposo.

—Y por lo que veo, no hace demasiado caso a vuestros consejos.

—Ya sabéis cómo es, mi señora.

—Vos, don Pedro, apenas habéis cambiado demasiado.

—¿Me recordáis, señora?

—Por supuesto. Fuisteis vos quien me curó una infección en una muela que apenas me dejaba comer y que me dolía mucho; yo era entonces una adolescente.

—¡Oh, sí!, claro, claro. Fue en Segovia, cuando vuestra madre doña Isabel aún reinaba en Castilla.

—Supongo que esta visita no es de cortesía. ¿A qué habéis venido hasta Londres?

—Su alteza, vuestro padre, me ha encomendado que cuide de la salud de vuestra hermana, la reina Juana, con la que debo regresar a Castilla, y, además, debo cumplir una misión diplomática.

—¡Vaya!, ¿además de médico ahora también sois embajador? —demandó Catalina.

—Sí, y es una misión que os compete a vos, mi señora.

—Decidme. —Catalina se mostró muy interesada.

—He estado en el castillo de Windsor con el rey Enrique y le he ofrecido, en nombre de vuestro padre, vuestra mano al heredero de Inglaterra —soltó Losantos de improviso.

—Me infravaloráis, Losantos —replicó Catalina.

—Señora..., no ha sido mi intención... —titubeó Pedro.

—Yo elijo lo que creo conveniente para mí, aunque casi siempre me mantenga callada. No soy tan simple como pudiera parecer.

—No me parecéis simple, mi señora; siempre os consideré una joven dotada de una aguda inteligencia y una perspicacia fuera de lo común —manifestó Losantos.

—Hace años mi padre eligió esposo para mí; pero ahora seré yo quien lo elija por mí misma.

—¿No os parece adecuado el hermano de vuestro primer esposo...? Dicen que es un joven muy bien parecido, y será el futuro rey de Inglaterra.

—Sí, lo es, pero solo tiene quince años.

—Ese defecto lo arreglará el tiempo, mi señora.

Catalina rio a carcajadas. Su rostro, serio y triste hasta entonces, fruto de su soledad y su retiro, cobró vida con las palabras de Losantos, que sonaban a esperanza.

—Todavía soy virgen —soltó de pronto Catalina—. ¿Conocéis a alguna mujer que lo sea a mi edad? Ya he cumplido veinte años...

—No sé, yo no... —el médico se ruborizó.

—Vamos, Losantos, no zozobréis en esto. Vos ayudasteis a mi madre a traerme al mundo. Fuisteis el primer hombre que me tuvo en sus brazos.

—Que seáis virgen es una gran ventaja a la hora de volveros a casar de nuevo, mi señora.

—Don Arturo, mi joven esposo, era un muchacho muy tímido. Su padre le dio ese nombre porque confiaba en que su primogénito sería el soberano que devolvería la grandeza a Inglaterra, como el rey Arturo de las leyendas y los poemas gloriosos. Incluso ordenó que unos cronistas buscaran en papeles antiguos algunos lazos de descendencia que unieran a la familia Tudor con el linaje de Arturo de Bretaña, y convinieron que sí los había y que la corte de Camelot correspondía a la ciudad de Winchester. Por eso, la reina Isabel de York, mi suegra, llevó a su hijo a Winchester para que el segundo Arturo fuera proclamado príncipe de Gales donde se supone que había reinado el primero.

—Este país está hecho de leyendas.

—Que emanan de viejos relatos surgidos de las brumas de Avalon, el lugar donde fue enterrado Arturo de Bretaña.

—¿Conocéis esa historia?

—Hace cuatro años que vivo recluida en esta casa, y no hago otra cosa que leer esos viejos relatos —dijo Catalina—. Yo iba a ser la nueva Ginebra, la esposa del nuevo Arturo...

—Podéis serlo del príncipe Enrique. Si vuestro matrimonio no se consumó, no existe ningún impedimento para ello.

—Ya os he dicho que soy virgen. Durante los pocos meses que estuve casada con Arturo, no mantuve relaciones con él. —Catalina se tapó el rostro con las manos y sollozó.

—Mi señora...

—Estoy bien. Escuchad, Losantos: se ha dicho que don Arturo era demasiado joven cuando se casó conmigo y que por eso no pudo consumarse este matrimonio, pero lo que le ocurría en realidad es que no le atraían las mujeres. En su adolescencia fue educado por poetas y estudió a los autores griegos. Le fascinaban Aquiles y los héroes de la guerra de Troya, hombres poderosos y valientes, forjados en las más épicas batallas y en los más heroicos combates. Y además... —Catalina enmudeció de pronto.

—¿Además...? —se interesó Losantos.

—Don Arturo tuvo un amante antes de casarse conmigo.

—¿Una amante?

—No, *un* amante —recalcó Catalina—, un varón. Se llamaba Gruffydd. Era varios años mayor que don Arturo, tal vez siete u ocho. Siempre estaban juntos. Ese joven era hijo de Rhys de Thomas, uno de los nobles más poderosos y ricos de Gales. Fue el propio rey Enrique quien eligió a Gruffydd como paje de compañía de don Arturo, y enseguida se convirtió en algo más que eso. Estaban muy unidos, tanto que en muchas ocasiones dormían juntos y compartían el mismo lecho. Un sirviente los vio abrazados en la cama en una ocasión y lo comentó en la corte. Esos rumores corrieron tan deprisa como el viento del oeste y llegaron hasta el rey Enrique, pero no los creyó; de ninguna manera podía asumir que a su heredero varón, al nuevo Arturo,

le gustara un hombre y no una bella muchacha. Pero así era. Yo fui testigo de cuánto lloró ese joven noble galés cuando murió mi esposo. Su rostro humedecido por las lágrimas era el de un hombre que había perdido a su ser más querido, a su verdadero amante; y así se mantuvo durante varios meses, sumido en el más profundo desconsuelo.

—Entonces..., ¿es cierto que vuestro esposo no os tocó? Quiero decir que no...

—Ni un cabello. Tras la boda real partimos hacia Gales, donde don Arturo tenía que aprender a gobernar esas tierras como príncipe y señor del consejo de las Marcas y adquirir la experiencia suficiente para cuando le correspondiera ceñirse la corona real de Inglaterra. Con nosotros vino su amado Gruffydd, que fue nombrado caballero. Eran inseparables, y pasaban juntos los días... y las noches, mientras yo aguardaba en vano la visita de mi joven esposo para que me desflorara y se consumara una unión que él nunca quiso. El final de aquel invierno fue frío y lluvioso y mi esposo, cuya naturaleza no era demasiado fuerte, enfermó. Permaneció una semana en la cama, sudando y aquejado de calentura, pese al intenso frío de la estación. Yo lo cuidé como mejor supe, e incluso me acosté una noche a su lado para darle calor cuando pasó de arder por la fiebre a tiritar de frío. Me tumbé a su lado, procuré darle mi calor e incluso me ofrecí como mujer y me abrí a su virilidad, pero todo fue en vano. Murió sin haberme desflorado. Yo también enfermé, pero me repuse y sané mediada la primavera; ya conocéis la fortaleza que tenemos las hijas menores de don Fernando y doña Isabel —se sinceró la princesa.

—Os he visto crecer, mi señora.

—Tras la muerte de mi esposo, el rey Enrique ordenó que me aislaran del contacto con cualquier hombre. Quería comprobar si estaba embarazada de su hijo. ¡Cómo iba a estarlo! Fue entonces cuando declaré y juré por Dios ante los Evangelios que mi matrimonio no se había consumado. El rey no creyó en mi palabra. No quería admitir que su hijo y heredero no hubiera cumplido con sus deberes maritales. Incluso indagó entre los criados, y logró que uno de ellos declarara que la noche de bodas don Arturo salió de nuestra alcoba nupcial pidiendo agua y comentó que su tarea como esposo le provocaba sed. No era cierto. Creo que aquel criado fue forzado a hacer esa declaración por orden del rey para que nadie dudara de la virilidad de un cachorro del león de Inglaterra.

—Y desde entonces...

—Sigo virgen, si es eso a lo que os referís.

—Señora...

—Aquí estoy, una joven viuda, encerrada como una prisionera... El rey Enrique, un hombre pusilánime y taciturno, todavía no se ha repuesto de la muerte de su hijo, en quien tenía depositadas todas sus esperanzas, y su natural estado de melancolía se ha agravado desde que hace tres años murió su esposa doña Isabel, a la que amaba. Creo que, en cierto modo, me considera culpable de la muerte de su primogénito. Cuando venció al jorobado rey Ricardo III, de la casa de York, en la batalla de



Bosworth, y se convirtió en el nuevo rey de Inglaterra, de la casa de los Tudor, don Enrique creyó que el mundo le sonreiría para siempre; pero ahora se ha convertido en un hombre retraído y oscuro que rumia su desgracia entre los recuerdos y los sueños del perdido, lejano y brumoso reino de Avalon.

—Extraño país, este de Inglaterra —comentó Losantos.

—Sus reyes se consideran descendientes de una raza de héroes ligada a la tierra como las raíces de sus robles. El corazón de mi esposo descansa en el castillo de Ludlow, en la tierra de Gales, en tanto su cuerpo yace en la catedral de Worcester, donde se celebraron los funerales, a los que no pude asistir porque aquellos días estaba muy enferma. Así se hacen aquí las cosas.

—En ese caso, vuestra boda con el príncipe de Gales puede celebrarse, pero pediremos una dispensa papal por si acaso —asentó Losantos cambiando de tema.

—¿Cómo?

—Para que os podáis casar con el hermano de vuestro primer esposo es necesario que el papa Julio lo autorice y conceda una dispensa, pues el derecho canónico, siguiendo preceptos bíblicos, prohíbe que un hombre se case con la viuda de su hermano. Aunque en este caso no habrá el menor inconveniente. Eso sí, tendréis que declarar bajo juramento, otra vez, que vuestro matrimonio con Arturo no se consumó. La Iglesia solo considera válidos los matrimonios que se han consumado, de modo que, a todos los efectos, vos nunca habéis estado casada canónicamente.

—Ya os lo he dicho: soy virgen —reiteró Catalina a punto de perder la paciencia.

—Perdonadme, señora. No lo dudo, pero vuestro padre es muy meticuloso con los trámites legales. Cuando casó a vuestro hermano don Juan y a vuestra hermana doña Juana con doña Margarita y don Felipe de Austria, dio unas instrucciones muy precisas. No deja nada a la improvisación.

—Mi padre tiene que gobernar muchos reinos, y yo siempre cumpliré su voluntad.

—Os comprendo, señora.

—No, no creo que me comprendáis, don Pedro. No creo que seáis capaz de entender qué es lo que siento. ¿Cómo podíais saberlo? Yo tenía tres años cuando fui prometida al príncipe Arturo y apenas dieciséis cuando me enviaron a Inglaterra.

—Recordad que os vi nacer, señora, y os curé cuando erais una niña.

—Pero no sabéis nada de lo que he vivido encerrada en esta casona en los últimos años. Cuatro años, don Pedro, cuatro años sola.

—Vuestra situación se solucionará, vuestro padre está empeñado en ello.

—Confío en que así sea.

Cuando se despidió de Catalina, Pedro Losantos imaginó lo que estaba pasando aquella mujer y la compadeció.

*Portland, mediados de marzo de 1506*

—¡Maldito avaro! ¡Tacaño del demonio!

Sobre la cubierta de la nave que lo iba a llevar a Castilla, Felipe de Austria no dejaba de clamar contra la racanería del rey Enrique de Inglaterra. Antes de permitirle viajar desde Londres al puerto donde debía embarcar, un escribano del rey inglés le había entregado al tesorero del rey de Castilla una minuta con todo el detalle de los gastos realizados por Felipe, Juana y su séquito en los casi tres meses que habían pasado en Inglaterra.

A regañadientes, Felipe no tuvo más remedio que ordenar que se abonaran esas cuentas, pues en caso contrario se temía que Enrique Tudor no le permitiera zarpar, y entonces no solo perdería unos miles de ducados, sino todo un reino.

—Ya hemos abonado todo, mi señor. Aquí están el albarán del pago y la orden firmada por el canciller del propio rey Enrique para que las autoridades del puerto nos permitan salir a la mar rumbo a Castilla —le anunció el tesorero.

—Jamás conocí a hombre tan tacaño ni tan artero. «Sois mi invitado, primo Felipe», me dijo sonriente el muy mentiroso. ¿Cuánto nos ha costado todo esto? —preguntó Felipe a su tesorero.

—Tres mil quinientas sesenta coronas, mi señor.

—Hace apenas tres días que he tenido mi última entrevista con Enrique de Inglaterra en el castillo de Windsor. En ella hemos acordado una férrea alianza entre Inglaterra y Castilla, y como garantía de esta hemos decidido que don Enrique se case con mi hermana la princesa Margarita, que aportará una dote de trescientas mil coronas, además de una sustanciosa renta anual sobre Castilla y sobre el ducado de Saboya. Y también hemos hablado de celebrar más adelante la boda de mi hijo Carlos con María, la hija de don Enrique..., y pese a todo eso, me cobra tres mil quinientas sesenta coronas por nuestra estancia en Inglaterra.

—Don Enrique se ha aprovechado de vuestra confianza y de vuestra nobleza —comentó el tesorero.

—Se ha comportado como si fuera un vulgar y avaro mesonero. —Felipe de Austria estaba indignado, y eso que no conocía entonces que había sido engañado por el inglés, pues unas horas antes de esa última entrevista, Enrique de Inglaterra había cerrado un tratado de amistad con Pedro Losantos, enviado del rey Fernando el Católico.

—Mi señor, vuestra esposa desea confesarse. —El conde de Miranda, una de las pocas personas a las que Felipe de Austria permitía visitar a Juana, interrumpió la conversación con el tesorero.

—Que lo haga. Decidle a don Diego Ramírez que acuda a visitar a la reina, pero no le perdáis ojo. No me fío de ese capellán.

—Es de plena confianza, alteza.

—En cualquier caso, estad muy atento a cuanto ocurra.

—El confinamiento de la reina está acentuando su enfermedad, alteza, creo que sería mejor dejarla salir de vez en cuando, que respirara aire fresco, que se sintiera

libre...

—¿Acaso sois médico, don Francisco? —interrumpió Felipe al conde de Miranda.

—No, mi señor, pero lo ha pedido el médico de vuestro suegro, el que ha venido de Castilla...

—Los aquejados de locura, como doña Juana, deben ser encerrados y mantenidos bajo vigilancia de manera permanente. No existe cura para su enfermedad.

—Pero la reina...

—Ya me habéis oído, Zúñiga. Acompañad al capellán y manteneos alerta. ¡Ah!, y no dejéis que ese médico enviado por mi suegro vuelva a acercarse a doña Juana.

—Como ordenéis. —Francisco de Zúñiga, conde de Miranda, se inclinó ante Felipe, dio media vuelta y apretó los dientes.

El conde castellano sabía que no tenía otro remedio que obedecer a su rey, pero no estaba de acuerdo con el trato que este le daba a la reina Juana. No le gustaba verla encerrada, siempre bajo la atenta vigilancia de un par de guardias fuertemente armados. El conde de Miranda había sido un fiel servidor de la reina Isabel, a la que había prometido proteger a su hija Juana, y le molestaba verla cautiva, encerrada como una vulgar ladrona, con el alma en pena, sumida en su locura y ajena, las más de las veces, a las cosas de este mundo.

El noble castellano acudió en busca de Diego Ramírez de Villaescusa, el capellán. El cura riojano andaba trajinando una cazuelita con un guiso de jarretes de cordero y cebollas, que rebañaba con una gruesa rodaja de pan de trigo y semillas.

—Mosén Diego, la reina quiere confesarse. Os aguarda en su cámara.

—¿Tengo permiso del rey para hacerlo? Ya sabéis que es necesario cada vez que...

—Sí; acabo de hablar con él.

—Pues vayamos presto.

El cura acabó el último bocado, se limpió los labios, se santiguó con parsimonia y se puso en marcha hacia el camarote de la reina. Un frío viento del norte barría la cubierta de la carabela capitana de la flota real, molesto para los marineros que faenaban en el exterior, pero que de seguir soplando así empujaría con rapidez a las naves rumbo sur en la travesía hacia las costas de Castilla.

Losantos, que viajaba en el barco real, recibió la orden de que no volviera a acercarse a Juana en ninguna circunstancia, salvo que su enfermedad aconsejara la visita del médico converso, y previa autorización expresa del rey.

Por un momento tuvo miedo de que se descubriera la verdadera razón de su viaje a Inglaterra, pues seguro que había espías a bordo y en ese caso lo pasaría muy mal; de modo que trató de pasar lo más inadvertido posible entre aquella tripulación de flamencos, que no dejaba de echarle el ojo, bisbisando sobre qué pintaba él en ese barco.

Fernando se desplazó a mediados de marzo desde Salamanca a Valladolid. En la ruta cabía la posibilidad de visitar la villa de Madrigal, en cuyo convento de Nuestra Señora de la Gracia profesaban como monjas agustinas María y María de la Esperanza, dos de las hijas bastardas del Católico. El monarca tenía muchas ganas de visitar a sus hijas, pero ordenó dar un rodeo. Algunos de sus cortesanos pensaron que el rey quiso evitar esa localidad porque allí nació la reina Católica, pero en realidad pocos conocían que un astrólogo le auguró en una ocasión que evitara entrar en Madrigal, porque si lo hacía hallaría la muerte.

Rodeando Madrigal, se dirigió a Dueñas para reunirse con Germana. El rey había elegido precisamente aquella villa para el primer encuentro real, pues había sido en ese lugar donde en el mes de octubre pasado había firmado el documento de su matrimonio por poderes de presente. La reina había viajado desde Francia acompañada por un pomposo séquito en el que formaban el obispo de Albi, príncipes, duques, condes y otros nobles de Francia, escoltados por varios oficiales del concejo de la ciudad de Carcasona, los dominios de los Foix. Días antes, el arzobispo de Zaragoza, don Alonso de Aragón, hijo bastardo del Católico, había ido a Fuenterrabía con varios nobles y damas aragoneses para recibir a doña Germana y a su séquito y acompañarlos en su viaje por tierras castellanas. La comitiva atravesó Castilla camino de Valladolid, donde se celebraría la ceremonia nupcial que ratificaba el matrimonio por poderes celebrado meses antes, pero Fernando había decidido que iría en persona a recibir a Germana en la villa de Dueñas, a un día de camino al norte de Valladolid, y que allí mismo consumaría el matrimonio, para que ya en Valladolid pudieran celebrarse en las plazas de la ciudad grandes pompas y alegres festejos.

Fernando estaba sosegado mientras esperaba encontrarse con su segunda esposa. Era un hombre que siempre aparentaba una tranquilidad inalterable. Ni siquiera se puso nervioso cuando siendo un joven príncipe viajó a Castilla para casarse con la princesa Isabel. Su primera boda la había acordado su padre, el rey Juan II de Aragón, pero esta segunda con Germana de Foix había sido decidida por él, que la había planteado como una cuestión de Estado. Antes de decidirse, ya había visto algún retrato de la que iba a ser su nueva esposa, y había requerido algunas descripciones en las que se presentaba a la sobrina del rey de Francia como una mujer de físico imponente y atractiva sensualidad, pero el Católico había visto pasar demasiadas mujeres por su cama como para que una más le impactara. Lo que en verdad pretendía con ese matrimonio era acordar una paz duradera con Francia, porque mujeres tenía cuantas deseaba.

La fastuosa comitiva que acompañaba a Germana llegó a Dueñas a mediodía. Fernando aguardaba a su esposa con su tranquilidad habitual. Hacía varios días que

no se acostaba con ninguna mujer, pues había guardado todas sus energías masculinas para dedicarlas a su joven esposa en su primera noche juntos.

Tenía tanta prisa por consumar el matrimonio que había ordenado a sus asistentes que prepararan una lujosa cama con sábanas de lino y colchas de seda para hacerle el amor a Germana aquella misma noche.

—Ya llega la comitiva de la reina, alteza —le anunció Alonso de la Caballería, vicescanciller de Aragón, que acompañaba al Católico.

Fernando salió del palacio de los condes de Buendía, donde estaba alojado en Dueñas, y se dispuso a recibir a su esposa. Montó a caballo y se dirigió hacia el camino del norte, por el que vio aparecer los estandartes de los nobles que escoltaban a la reina.

A sus cincuenta y tres años, el rey de Aragón conservaba su media melena antaño castaña oscura, salpicada con algunas canas, las cejas finas y alargadas algo más gruesas ahora, la nariz rotunda con aletas recias, los ojos enmarcados por unos párpados finos surcados por algunas leves arrugas, los labios sensuales y gruesos con ligeros pliegues en las comisuras y una incipiente papada. Ya no era el apuesto y arrojado joven galán que enamoró a primera vista a Isabel de Castilla, pero con los ejercicios de caza y equitación se mantenía en buena forma.

El rey se acercó hacia la comitiva y, haciendo gala de su excelente dominio de la equitación, arreó a su caballo hasta llegar a la altura de la carroza donde viajaba Germana de Foix.

El rey desmontó de su caballo y se aproximó hasta su joven esposa.

—Mi señora... —le ofreció su mano y la ayudó a descender de la carroza.

Entonces la vio por primera vez y sintió una notable excitación. La francesa no tenía una belleza extraordinaria, no al menos una con esas características que cantaban los poetas de corte, pero era alta, de fuerte complexión, caderas y pechos rotundos, carnes prietas y firmes y, sobre todo, emanaba una extraordinaria voluptuosidad.

—Señor... —Germana dobló la rodilla ante Fernando e inclinó la cabeza hacia delante. Estaba un tanto insegura, sobre todo por su leve cojera, que se acentuaba en algunas ocasiones.

—Una reina no debe inclinarse ante nadie —le susurró al oído a la vez que le ayudaba a incorporarse—. Os agradezco, caballeros, que hayáis acompañado a mi esposa hasta Castilla —se dirigió entonces Fernando a los miembros de la comitiva real—. ¿Habéis tenido un buen viaje? —le preguntó a Germana.

—Muy satisfactorio, mi señor y esposo. Es un alto honor ser vuestra esposa, espero que nuestro matrimonio sea muy satisfactorio para vos. —A pesar de que la habían educado para ser reina, Germana mostró cierta inseguridad ante Fernando.

—Así será. Pasaremos esta noche aquí en Dueñas y luego viajaremos a Valladolid, donde celebraremos una entrada en vuestro honor, mi señora.

—Como gustéis, mi señor.

La cena se sirvió en el palacio de los Buendía, donde se había preparado la mejor alcoba para que los reyes pasaran su primera noche juntos. Fernando no había dejado al azar la elección del lugar. Había sido precisamente de aquel mismo palacio de la villa de Dueñas de donde había partido muchos años antes para ir a Valladolid a casarse con Isabel.

Apenas había anochecido cuando Fernando se dirigió con su esposa a la habitación, donde dos candelabros con media docena de cirios iluminaban la cálida alcoba calentada por un par de braseros.

El rey de Aragón era un hombre maduro y sus mejores días como amante habían pasado, pero Germana le había despertado nuevas pasiones y se sentía rejuvenecido. Además, aquella joven voluptuosa y rotunda era pariente del duque de Nemours, el general del ejército francés derrotado por el Gran Capitán, lo que le añadía un especial interés.

—Ya me lo habían dicho mis embajadores, pero se quedaron cortos; en verdad que sois una mujer muy atractiva, mi señora —le dijo Fernando, ya a solas en la alcoba los dos reyes.

—Que quiere satisfaceros en todo, mi señor —le respondió Germana, que había sido convenientemente preparada para esa ocasión, y que esperaba el encuentro amoroso cubierta con una delicada camisola.

Fernando se acercó y la abrazó. Sus músculos se tensaron cuando comprobó con sus propias manos la firmeza y rotundidad del cuerpo de Germana, que a sus dieciocho años lucía toda su plenitud. Acarició su rostro, luego bajó las manos hacia los pechos y los palpó en todo su gran tamaño y toda su firme dureza. Se detuvo en ellos e introdujo la mano bajo el camisón, acariciando los pezones, duros y tiesos como si estuvieran cincelados con la más fina piedra.

—Tumbaos en la cama...

Germana obedeció y a la vez se quitó el camisón, dejando su cuerpo desnudo a la vista del rey.

—Soy virgen, mi señor —susurró Germana ofreciéndose a su esposo.

Aquellas palabras y el tono con que las pronunció todavía excitaron más al Católico, que besó a la reina, acarició cada palmo de su piel y acabó penetrándola y derramándose en ella. Una mancha de sangre sobre la sábana dejó la prueba evidente de que la francesa había llegado virgen a ese momento tan íntimo.

—¿Os he hecho daño? —le preguntó Fernando.

—Un poco, al principio, pero después ha sido muy placentero.

—Hemos consumado el matrimonio. Ahora sí somos plenamente marido y mujer —le dijo Fernando.

—¿Os he complacido, mi señor? —le preguntó Germana al comprobar que, tras retirarse de encima de ella, el rey Fernando se había quedado callado.

—Completamente, mi señora.

—Procuraré aprender de vos para satisfaceros como esposa.

—Ya lo habéis hecho. —Fernando se levantó, se cubrió con una bata y cogió una jarra de vino endulzado con miel que habían preparado los criados encima de una mesa, frente a la cama—. ¿Os sirvo otra? —le preguntó a Germana.

—Si me lo permitís, seré yo quien os sirva.

—Deseo tener un hijo con vos cuanto antes. Un heredero al trono de Aragón —asentó Fernando.

—¿Hay algo que os atormenta?

—No quiero que Felipe de Austria se convierta en rey de Aragón. Un hijo vuestro y mío lo impediría.

—Pondré de mi parte cuanto pueda para complaceros también en eso.

—Estoy seguro de que de vos nacerá un hijo varón que se convertirá en el nuevo heredero de la Corona de Aragón, el que relegará a doña Juana y a don Felipe de Austria al segundo puesto en la sucesión al trono.

—Yo ya ardo en deseos de dároslo, mi señor.

—Pues engendremos al nuevo rey de Aragón.

A la mañana siguiente, toda la corte de Fernando y Germana celebró la consumación del matrimonio.

Antes del banquete que se había preparado en el gran salón del palacio de Buendía, Fernando conversó de manera reservada con Alonso de la Caballería, el joven vicescanciller de Aragón.

—El matrimonio ha sido consumado —le anunció—. Mi hija y su esposo don Felipe están a punto de llegar de Inglaterra, de modo que quiero dejar resuelta la cuestión sucesoria cuanto antes.

—El cardenal de Santa Cruz, declarado partidario de don Felipe, ha intrigado en las últimas semanas con sus poderosos hermanos para evitar que vuestro matrimonio con doña Germana se consumase, o al menos para retrasarlo hasta que doña Juana y don Felipe llegaran a Castilla, pero no ha podido lograrlo. Os felicito por ello, alteza —le dijo el vicescanciller.

—Ese yerno mío no podía impedirlo de ninguna manera —asentó el rey.

—Señor, ¿creéis posible que estalle una nueva guerra civil en Castilla si vuestro yerno osa enfrentarse a vuestra alteza?

—Si lo hace, espero que los castellanos lo consideren un atentado contra las leyes del reino, contra la voluntad de doña Isabel y contra las decisiones de las Cortes. No puedo impedir que el marido de mi hija se sienta en el trono de Castilla, como su esposo legítimo que es, pero sí puedo evitar que don Felipe se convierta en el futuro dueño de la Corona de Aragón. Por el derecho sucesorio aragonés, y a falta de un legítimo heredero varón de mi unión con doña Isabel, la herencia al trono de Aragón pertenece a doña Juana, por el momento, pero espero tener un hijo varón con doña

Germana, y ese se convertirá en el futuro rey de Aragón.

—Así será, señor.

—Doña Germana es una mujer plena de vigor y de juventud. Esta noche ha colmado todos mis deseos, y creo que me dará ese hijo varón que tanto anhelo — porfió el Católico.

Fernando le contó algunos detalles de aquella noche a su vicescanciller. Desde ese momento, Alonso de la Caballería sintió una especial atracción por la reina, con la que imaginó compartir fogosas escenas de amor.

En las noches siguientes los dos esposos se dedicaron con intensidad a los juegos del amor. Los pequeños defectos físicos de Germana, en especial la leve cojera que de vez en cuando se manifestaba, constituían un atractivo más para el rey, que durante los primeros días del matrimonio le hizo el amor tantas veces como pudo, obsesionado con dejarla embarazada cuanto antes.

Dada su promiscuidad y su reconocida capacidad para engendrar hijos, una característica habitual en los miembros del linaje de los Trastámaras, no en vano Leonor de Guzmán había parido hasta diez hijos bastardos del rey Alfonso XI, Fernando estaba convencido de que el embarazo de Germana no tardaría en producirse; y si era un varón, Juana y Felipe perderían de inmediato su condición como herederos de la Corona de Aragón.

La actitud del rey Católico, dispuesto a que la Corona de Aragón caminara por su propio pie si él no podía gobernar Castilla, encrespó aún más los ánimos de la nobleza castellana, que se había opuesto frontalmente a su gobierno y deseaba que se marchara de allí cuanto antes. Don Juan Manuel, el duque de Nájera, y el resto de los nobles que se habían confabulado para arrojarlo de Castilla alegaban que la boda con Germana de Foix había sido una estratagema de Fernando para desheredar a Juana y arrebatarle su legítimo derecho al trono de Aragón; una maniobra propia de un hombre de poco fiar, decían.

Para acabar de enervar a los nobles castellanos, en cuanto los reyes llegaron a Valladolid, Fernando ordenó celebrar una misa solemne en la capilla del palacio real, a la que obligó a asistir a numerosos cortesanos, y tras la cual les ordenó que jurasen guardar la concordia firmada con el rey de Francia. Muchos de los presentes lo consideraron una insoportable humillación y, aunque no tuvieron más remedio que acceder a los deseos del rey, se confabularon en espera de que llegara el momento más oportuno para vengarse.

*Valladolid, mediados de abril de 1506*

Juana y María Losantos regresaron a su casa de Valladolid dejando la posada de



Salamanca. Hacía unos meses que habían salido de su hogar creyendo que no volverían jamás, pero lo hicieron, y las dos mujeres esperaron allí el regreso del padre y esposo. Habían decidido fijar su destino al del rey Fernando.

Juana de la Cruz no era médico, pero muchos pacientes de su marido confiaban en ella porque sabía elaborar pócimas y jarabes que calmaban el dolor y curaban heridas, llagas y pústulas. En ausencia de Pedro Losantos, era ella la que solía atender a los enfermos y la que les administraba reconfortantes medicinas, jarabes y emplastes. Ese día la habían llamado para que visitase a un paciente muy principal que soportaba intensos dolores para los que, según le habían dicho, nadie encontraba remedio con que aliviarlos.

—Mi señor os espera, seguidme, señora —le indicó el criado, que se presentó en casa de Juana de la Cruz con una cédula de la cancellería real autorizándola a visitar a un ilustre paciente.

Salieron de casa y caminaron por las calles empedradas, entre fachadas de piedra y ladrillo, bajo aleros de madera labrada y ventanas cubiertas con gruesas telas. Durante el paseo, Juana iba pensando en cuál sería la misteriosa identidad de aquel paciente.

Tras unos minutos llegaron ante la fachada de una casona de dos plantas, construida en obra de mampostería y con la puerta, ventana y esquinas enmarcadas por sillares perfectamente escuadrados, en una esquina de la calle de la Magdalena.

—Pasad, doña Juana, mi señor os aguarda en la cámara principal —le dijo el criado tras abrir el portón de madera claveteada.

Ya dentro de la casa subieron una escalera de baldosas de barro rojo y barandilla de finos barrotes de hierro, con pasamanos de madera, que parecía bastante nueva.

El criado llamó a una puerta de casetones con los nudillos y, tras pedir permiso para entrar, esperó la respuesta.

—Pasad —se oyó decir a una tenue voz en el interior.

El criado empujó la puerta, que se abrió a una amplia sala con una pequeña chimenea de piedra donde ardía un montón de brasas. En una alacena había un par de docenas de libros, alineados en tres estanterías, con los lomos bastante ajados por el uso. Sobre una mesa, cubierta con un mantel de lino grisáceo, se amontonaban varios rollos de papel, una esfera armilar, un sextante, una lupa, un astrolabio y un extraño tubo de metal de forma troncocónica con cristales cóncavos sujetos en los dos extremos. En una de las paredes estaba colgado un mapa, de cinco palmos de lado, de lo que parecía ser la costa occidental de Europa y del norte de África en el lado derecho, el océano Atlántico en el centro, con pequeñas embarcaciones dibujadas sobre su superficie, y a la izquierda otras costas en las que Juana pudo leer los nombres de la Isla Española, Bimini o Santiago, sobre lo que parecían grandes islas.

—Buenas tardes os dé Dios —saludó Juana al entrar en la sala donde un hombre sentado en una silla, de espaldas a la puerta y frente a la chimenea, esperaba.

—Habéis tardado en venir —sonó una gastada voz masculina con tono quebrado.

—Perdonad; tenía otros asuntos que resolver —se excusó Juana, que había estado toda la mañana recogiendo hierbas medicinales en las colinas de las afueras de Valladolid.

Aquel hombre se levantó de la silla con cierta dificultad y se volvió hacia la puerta. Era de mediana estatura, fornido, las piernas algo arqueadas, y tenía el pelo completamente blanco.

Juana lo reconoció enseguida.

—¡Don Cristóbal!

—¿Todavía me recordáis?

—¿Cómo no hacerlo? Sois el hombre más importante de estos reinos.

Juana de la Cruz, acompañada de su marido Pedro Losantos, había estado en un par de ocasiones con el almirante, aunque no lo veía desde hacía más de cuatro años, cuando partió en su último viaje a las Indias. Parecía muy desmejorado y su aspecto era el de un hombre abatido, derrotado y vencido; pero el descubridor del Nuevo Mundo no había perdido ni el ambicioso brillo de sus ojos ni la inteligente sagacidad de su mirada.

—El rey no opina igual que vos, señora —observó Colón con semblante apesadumbrado y tono de derrota—. Hace ya más de un año, desde que regresé de mi cuarto viaje a las Indias, que espero a que me reciba, pero se niega por el momento. He venido hasta Valladolid, tras intentar verlo en Segovia y en Salamanca, aunque sin el menor éxito. Pero, al menos, hoy ha consentido en que su médico de confianza me visite. Bueno, al menos la esposa de su médico —corrigió Colón.

—Cuando me dijeron que tenía permiso del rey para ver a un paciente de mi marido, no me comunicaron que erais vos; se limitaron a anunciarme que se trataba de una persona muy principal.

—Pedí que me visitara vuestro esposo.

—No está aquí —respondió Juana—, por eso he venido yo. No soy médico, pero suelo atender a los pacientes de mi esposo cuando él está de viaje.

—¿Y dónde se encuentra don Pedro ahora? —se interesó Colón.

—En Inglaterra. Ha ido a recoger a sus altezas, los reyes Juana y Felipe, por orden de don Fernando.

—Vuestro esposo no es un diplomático...

—¡Oh!, supongo que el rey pretendía que mi marido atendiera personalmente a su hija doña Juana, la reina de Castilla, pues fue su médico cuando todavía era una niña. No sé si estáis al tanto de que la reina Juana tiene algunos problemas..., digamos, de salud.

—Sí, sé que la reina está loca —Colón se expresó sin rodeos—, todo el mundo lo sabe.

—Tal vez...

—¿Por qué os han enviado a visitarme? Una mujer...

—Supongo que se fiarán de mi conocimiento sobre algunos males y de que

conozco ciertos remedios para sanarlos. ¿Os sirve?

—De acuerdo.

—¿Qué os ocurre?

—Desde que regresé de mi último viaje a las Indias, no he dejado de padecer fuertes dolores —se quejó Colón.

—Describidme los síntomas.

—Cada vez que intento orinar siento una ardiente quemazón en mis partes, y además tengo las rodillas hinchadas y tan doloridas que apenas puedo caminar y los ojos no dejan de escocerme, como si los azotara un permanente viento salado.

—Quitaos la chaqueta y el jubón y bajaos las calzas. Si me lo permitís...

—Señora... Sois una mujer. —Colón estaba incómodo.

—Vamos, almirante, he visto a otros muchos pacientes antes que a vos.

Como le había dicho, el almirante tenía las rodillas hinchadas y enrojecidas, los párpados irritados, los ojos llorosos y la lengua reseca.

—¿Y bien? ¿Qué me ocurre? —preguntó el almirante de la mar Océana.

—Nada grave —mintió Juana, que impostó la voz procurando que no se notara su preocupación—. Os aplicaré unos emplastes de hierbas, y deberéis tomar unos jarabes que elaboro yo misma. Ordenadle a vuestro criado que venga a mi casa a recogerlos mañana mismo. Os aliviarán por el momento, pero tenéis que comer lo que yo os diga; y procurad descansar todo lo posible.

—No puedo. Tengo que ver al rey. ¿Podéis ayudarme en ello?

—Carezco de la menor influencia en su alteza.

—Vuestro esposo es su médico —asentó Colón mientras se recolocaba la ropa.

—Uno de ellos, y no el principal. Pero ¿por qué su alteza no quiere recibirlos?

—Llevo un año esperando a que lo haga. Yo le he entregado un mundo nuevo y él se niega a recibirme; desconozco el motivo, pero es probable que ese sea el modo en el que se comportan los poderosos —se lamentó Colón.

—Supongo que estará muy ocupado con varios asuntos, como su boda con doña Germana o la preocupación por el gobierno de sus Estados..., pero estoy segura de que os lo agradece...

—No. Ese hombre nunca agradece los servicios a los que le hemos dado tanto. Yo le he entregado un mundo y ahora me ignora, y, según he sabido, al Gran Capitán, que le ha regalado un reino, le está haciendo lo mismo. Es un desagradecido, un egoísta...

—Supongo que el rey desea lo mejor para su reino —opinó Juana con prudencia.

—Ese hombre solo quiere lo mejor para él. No confiéis nunca en él, doña Juana, nunca.

—Es el rey.

—Pero ante todo es un hombre y tiene los mismos defectos de cualquier hombre: el orgullo, la avaricia y el egoísmo.

—Mi esposo dice que es un soberano leal.

—Escuchadme: don Fernando no es de fiar. Os podría ilustrar mi afirmación con decenas de casos que me han ocurrido con él, y relataros las promesas incumplidas y los compromisos que jamás atendió. El rey no es de fiar.

»Pero, decidme, ¿tienen cura mis males?

—Creo que sí. —Juana de la Cruz volvió a mentir; tras examinar a Cristóbal Colón supo que su estado era muy grave y que el almirante no resistiría demasiado tiempo.

Aquel encuentro con Cristóbal Colón no hizo sino ratificar la idea que Juana de la Cruz ya tenía del rey Fernando: nunca se fiaría de él, y procuraría que su esposo tampoco lo hiciera.

*Valladolid, fines de abril de 1506*

Durante varios días se celebraron alegres fiestas y coloridos torneos en la ciudad de Valladolid para festejar la boda del rey Fernando con Germana de Foix. A pesar de que el Católico ya no era rey de Castilla, se comportaba como si lo fuese, y nadie se atrevía a manifestar lo contrario.

Pasaban los días y Fernando seguía embobado con su joven esposa francesa, a la que montaba como un garañón en celo cada vez que sus fuerzas se lo permitían. Fernando tampoco desviaba la atención de los asuntos de gobierno, y esperaba impaciente noticias de Italia. El Gran Capitán le había comunicado que aplazaba su regreso a Castilla, sorteando de nuevo las órdenes tajantes del rey Católico para que lo hiciera enseguida. Don Gonzalo alegaba como causa de su retraso el mal tiempo que había provocado un temporal en el Mediterráneo, lo que impedía navegar sobre sus aguas, pero el rey de Aragón suponía que aquella excusa era una treta para ganar tiempo, pues seguía dudando sobre si el Gran Capitán conspiraba contra él.

En esos días de abril llegó de Italia Juan Bautista Espinelo. Lo hizo a escondidas y en secreto, y se presentó ante don Fernando una tarde, poco después de que el rey se levantara de una larga siesta que había compartido con Germana.

—Mi señor —saludó Espinelo a la vez que hacía una exagerada reverencia—, permitidme que antes que nada os felicite por vuestro matrimonio.

—Al grano, don Juan Bautista, al grano. ¿Qué noticias traéis sobre don Gonzalo? —se impacientó Fernando.

—Todo un memorial de quejas, agravios y acusaciones.

—Hablad.

—Fernández de Córdoba no ha dejado de conspirar todo este pasado invierno contra vuestra alteza. Nos hemos enterado de que anda en tratos con varios potentados de Italia, con la intención de confederarse con ellos y cerrar una alianza contra vuestra alteza para despojaros de Nápoles y de Sicilia.

—¿A quiénes alcanza esta intriga? —Fernando no disimuló su preocupación.

—A muchos notables, mi señor. Los principales instigadores de la conjura se encuentran en Roma; son el cardenal de Santa Cruz, el cardenal Colonna, Próspero Fabricio, Antonio de Acuña y Rodrigo Pacheco.

—¿Pacheco, el hermano bastardo del marqués de Villena, también?

—Todos ellos están tramando una alianza secreta con vuestro yerno don Felipe y pretenden que el ejército de esa futura coalición, contraria a vuestra alteza, lo dirija don Gonzalo Fernández de Córdoba.

—¿Estáis seguro?

—En este informe os lo detallo todo, mi señor. —Juan Bautista Espinelo entregó un memorial al rey—. Hace unas semanas interceptamos en Mantua a un espía enviado por Felipe de Austria a Roma. Su nombre es Pedro Vinciguerra, uno de los agentes de mayor confianza del archiduque. Pudimos apresararlo y lo interrogamos. En principio se negó a declarar, pero lo torturamos hasta que confesó que era portador de las propuestas de don Felipe contra vuestra alteza; también declaró que tenía instrucciones de vuestro yerno para ofrecerle la capitánía de esa coalición a Fernández de Córdoba, con el que hace tiempo que anda en tratos. Esta prueba no admite dudas.

—Guardo una carta reciente de don Gonzalo en la que me asegura que me es fiel y me pide que no escuche a los que intentan ponerme en contra suya. Me dice que todas esas maledicencias no son sino calumnias para enemistarnos; y niega que conspire contra mí —adujo el Católico.

—¿Calumnias? En ese caso, alteza, ¿por qué no ha obedecido vuestra orden de regresar a Castilla de inmediato? Leed ese informe, señor. El espía Vinciguerra confesó que Felipe de Austria le pidió a Fernández de Córdoba que permaneciera en Nápoles hasta que él fuera coronado rey de Castilla; y eso es lo que ha hecho, pese a vuestra insistencia en que viniera a Castilla para rendir cuentas a vuestra alteza. Ha desobedecido vuestra orden de regreso porque está confabulado con todos los que conspiran contra vos y desea ganar tiempo para que cuaje esa conjura. ¿Qué otra cosa iba a retrasarlo? ¿No es esta suficiente prueba de su traición?

El Católico dudó; los argumentos de su embajador contra el Gran Capitán eran sólidos y lógicos.

—¿Qué más confesó ese espía? —El Católico dudaba de nuevo.

—Que el cardenal de Santa Cruz envió a uno de sus agentes ante Fernández de Córdoba para pedirle que no permitiese a su hija Elvira, a la que en Italia llaman «Felice», casarse con vuestro nieto..., perdón, sobrino quise decir, el hijo..., el sobrino del arzobispo de Zaragoza.

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto. La prueba evidente es que Fernández de Córdoba no ha aceptado casar a su hija con vuestro sobrino.

—Mi nieto —lo corrigió el rey, que cuando quería ganarse la confianza de algunas personas no solía guardar las formas a ese respecto.

—Por lo que sé, le ha dado largas a vuestra generosa propuesta. ¿No es esa una contundente evidencia de sus aviesas intenciones? —La argumentación de Espinelo parecía muy convincente.

—Mis enemigos en Italia pretenden enemistarme con el rey de Francia, y son capaces de utilizar todo tipo de trucos y mentiras, e incluso de difundir cuantas injurias se les ocurran para conseguirlo. Pero mi boda con Germana ha dejado claro que don Luis y yo somos ahora sólidos aliados. —El rey trató de justificar al Gran Capitán, aunque sin contundencia.

—Fernández de Córdoba ha sellado pactos secretos con los barones franceses, eso es indudable; pese a que recuperaron sus tierras perdidas en Italia, gracias a que vos ordenasteis que se las devolvieran tras los acuerdos con Luis de Francia, muchos de ellos están en tratos con vuestro general, que anda dispuesto a entregarle Nápoles al rey Luis. El cardenal de Ruán es el encargado de esta negociación y, como bien sabéis, se trata de un fiel servidor del rey de Francia. —Espinelo hablaba con absoluta rotundidad.

El Católico se levantó del sillón en el que reposaba y se acercó a una ventana. La tarde comenzaba a declinar sobre el caserío ocre y rojizo de Valladolid, varado en medio de la gran llanura castellana, que verdeaba salpicada de campos de cereales en crecimiento, viñas en flor y bosquecillos de pinos. Tras un largo rato en silencio, al fin el rey habló:

—Don Gonzalo ha realizado excelentes servicios a la Corona. Luchó como el más bravo de los leones en la guerra de Granada, escaló fortalezas siendo el primero de los hombres de su escuadra en alcanzar las más altas almenas y conquistó un reino en Italia para orlar con más honores y dominios nuestras posesiones... Pero, sí, es probable que el afán de gloria y la ambición de poder lo hayan poseído; suele ocurrir con frecuencia, incluso embarga a los hombres de más noble espíritu, que acaban siendo cegados por el dinero y la fama, y entonces se corrompen.

—Así ha sido, alteza.

—Enviaré a Nápoles a mi secretario Juan López de Vergara en busca de don Gonzalo. No quiero que su regreso se retrase más, ni deseo que presente ninguna excusa para ello.

—Hay que cortar de raíz cualquier problema que pudiera surgir en Nápoles.

—Sí, demasiados tengo ya en Italia; los venecianos se han puesto de acuerdo con Maximiliano de Austria, y ha muerto mi mejor hombre en Venecia, el embajador Lorenzo Suárez de Figueroa. Ya he nombrado a su hijo para que lo sustituya, pero hasta que llegue allí debemos andar con sumo cuidado. Y, además, se ha abierto una nueva guerra en el norte de África; el alcaide de Melilla ha conquistado una fortaleza del rey de Fez cerca de esa ciudad, de modo que tendremos que enviarle refuerzos de inmediato, pues los moros querrán recuperarla.

»Y están esos intrigantes nobles castellanos, con don Juan Manuel y el duque de Nájera a la cabeza, que no cesan de maquinan planes contra mí. Mis espías los han

visto conspirar y tramar planes para derrocarlo, esos dos traidores...

Lo que el rey no le reveló a Espinelo fue que el duque de Nájera ya había logrado poner en su contra a la inmensa mayoría de los nobles de Castilla, que apoyaban abiertamente a Felipe y a Juana.

En ese momento, un secretario entró con un mensaje para el Católico: la flota real que traía a Castilla a los reyes Juana y Felipe, que había zarpado el día 22 de abril del puerto inglés de Portland, había atracado en La Coruña cuatro días después. Sin incidencias.

### *La Coruña, reino de León, fines de abril de 1506*

Felipe hubiera querido desembarcar lo más lejos posible de donde se encontraba su suegro. En principio había ordenado a los capitanes de la flota real dirigirse al sur, a Andalucía, para entrar en sus reinos por Sevilla y preparar desde allí su coronación, pero el mal estado de la mar en las costas de Galicia obligó a la flota a atracar en el puerto de La Coruña.

El alarde de fuerza desplegada por el rey de Castilla era abrumador. En las naves que habían viajado desde Inglaterra y Flandes, además de las más de quinientas personas que componían el cortejo real, venían dos mil lansquenets alemanes, hombres fieros y amenazantes, curtidos en batallas y fieles a su señor gracias a una espléndida soldada, además de otros tantos infantes y centenares de caballeros ligeros y de hombres de armas, un verdadero ejército capaz de amedrentar a cualquiera que pretendiera resistirse.

Decenas de baúles y cajas se alineaban en el muelle de La Coruña repletos de armas, vajillas de plata y tapices. Felipe de Austria tenía en su armería veintisiete armaduras y cascos, y cincuenta y una sillas de montar, una de ellas especialmente equipada con un brazo de acero para colocar el estandarte de la casa de Austria. El rey de Castilla estaba inspeccionando en persona el desembarco de los pertrechos traídos desde Flandes cuando recibió la visita de los embajadores de Fernando el Católico, a quienes atendió entre los montones de cajas que se estaban desembarcando de las naves llegadas de Zelanda e Inglaterra. Lo acompañaban sus hombres de confianza venidos desde Flandes y varios nobles castellanos que le habían ofrecido sus servicios de manera incondicional y que esperaban obtener grandes privilegios a cambio.

—No quiero entrevistarme con mi suegro antes de ser coronado rey —espetó Felipe a los embajadores de Fernando, Ramón de Cardona y Hernández de la Vega, recién llegados a La Coruña desde Valladolid.

Sobre el muelle del puerto coruñés, al abrigo de las corrientes y los vientos del norte, caía una ligera llovizna de la que el rey Felipe se protegía con un capote encerado y un sombrero de amplias alas.

—Alteza, vuestro padre, don Fernando, quiere veros a vos y a vuestra esposa la reina Juana cuanto antes. Él ya se ha puesto en camino y viene a vuestro encuentro, pues nada desea más en el mundo que acoger a sus hijos y abrazarlos. Esta es la carta de don Fernando.

Ramón de Cardona entregó a Felipe de Austria la misiva en la que el Católico se intitulaba, entre otros, como «rey de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén... y perpetuo administrador de los reinos de Castilla, de León y de Granada».

Felipe mostró muy malas maneras con los emisarios de su suegro. Se limitó a mirarlos con altivez, casi con desprecio, y no se molestó siquiera en abrir la carta que le entregaron, que se la pasó a uno de sus consejeros.

—Yo soy el rey de Castilla —se limitó a comentar.

—Lo sois, alteza, pero las Cortes de estos reinos, en vuestra ausencia, nombraron a vuestro padre don Fernando su gobernador, de manera que desea entrevistarse con vos y con vuestra esposa la reina para concordar el regimiento de Castilla y de León.

—De acuerdo, fijaremos un lugar y una fecha para ese encuentro —aceptó Felipe—. ¿Dónde se halla ahora mi señor padre?

—En cuanto supo de vuestra llegada, su alteza don Fernando dejó Valladolid y ahora se dirige a vuestro encuentro. Lo acompañan los arzobispos de Toledo y de Sevilla, el condestable y almirante de Castilla, el duque de Alba, el conde de Cifuentes y otros altos señores y prelados.

—¡Menuda comitiva! —ironizó Felipe.

—La que requiere la dignidad de vuestra alteza.

En realidad, aquellos eran todos los apoyos de los que disponía Fernando en Castilla, pues la inmensa mayoría de la nobleza y de los eclesiásticos estaban del lado de Felipe. Siguiendo a don Juan Manuel, que dirigía las intrigas contra Fernando desde Burgos, decían que el verdadero soberano ya estaba en su tierra, y que rey solo podía haber uno, y que el de Castilla no era otro que Felipe, obviando a propósito que la reina legítima era Juana, y Felipe su consorte.

—Decidle a mi señor padre el rey de Aragón que el único rey de Castilla soy yo y que debe entregarme de inmediato el gobierno de mis reinos, de todos ellos, o atenerse a las consecuencias.

—Mi señor don Fernando desea la concordia y la paz —dijo Ramón de Cardona, que se quitó la capucha al comprobar que había dejado de llover.

—¿De dónde sois originario? —le preguntó Felipe al embajador del Católico.

—Mi familia proviene de un lugar llamado Cardona, en el principado de Cataluña.

—¿Eso es Aragón?

—No, mi señor. Cataluña es un principado formado en torno a las tierras del viejo condado de Barcelona, al que se sumaron algunos otros; es uno de los territorios que forman la Corona de Aragón —precisó Ramón.

—Me han dicho que en el reino de Aragón todavía se permite a los moros



practicar en libertad sus maléficos ritos, y que siguen rezando en sus templos... — Felipe hizo una indicación a sus consejeros demandando una precisión.

—«Mezquitas» las llaman, señor —aclaró uno de ellos.

—En sus mezquitas, pues. ¿Y en Cataluña?, ¿también en vuestra tierra se permite vivir a los sarracenos? —preguntó Felipe.

—En todos los reinos y Estados de la Corona de Aragón los moros siguen rezando a su dios en sus mezquitas —aclaró Ramón de Cardona.

—Pues yo abomino de esa secta diabólica y no entiendo cómo don Fernando no obliga a que se bauticen, como se hizo con los de Castilla —se sorprendió el Hermoso.

—Los moros del rey de Aragón son gentes laboriosas y pacíficas que ejercen sus oficios de labradores, carpinteros, ollereros y yesaires con maestría... —resaltó Cardona.

—Quizá no pase mucho tiempo antes de que yo me corone rey de Aragón y conde de Barcelona, y entonces obligaré a toda esa chusma mahomética a que se bautice o a que se vaya lejos de estas tierras; también soy el heredero de esa Corona —asentó Felipe de Austria.

—Lo sois, mi señor, por vuestro matrimonio con la reina Juana, como mi señor don Fernando es gobernador y fue rey de Castilla por el suyo con doña Isabel.

—Para cumplir como embajador, sois demasiado insolente. En estas tierras, vos sois un extranjero, de modo que cuidado con lo que decís porque tenéis delante al único y legítimo rey de Castilla.

»Pero yo también deseo la paz y un buen acuerdo con mi señor padre el rey de Aragón. De modo que designo a don Pedro de Ayala y a Gutierre Gómez de Fuensalida para que acuerden con los enviados de don Fernando dónde y cuándo encontrarnos.

—Así se lo haré saber a mi señor el rey Fernando —aceptó Ramón de Cardona.

—Y ahora dejadme seguir con este asunto.

Felipe de Austria miró al cielo, se quitó el sombrero de ala ancha y siguió revisando el desembarco de las naves arribadas al puerto de La Coruña. En el extremo norte de una pequeña península de rocas y hierba destacaba una sólida construcción de roca maciza, un faro al que en la ciudad se le daba el nombre de Torre de Hércules, del cual se decía que había sido construido por este héroe griego con sus propias manos para ayudar a navegar a los marineros que transitaban por las peligrosas aguas donde se encontraban las olas del océano Atlántico con las del mar de los cántabros y los vizcaínos.

*Astorga, reino de León, principios de mayo de 1506*

Alonso de la Caballería, vicescanciller y consejero del Católico, acudió presto a la

llamada de su señor. Don Fernando acababa de desayunar unos huevos con criadillas asadas de toro en el palacio del obispo de Astorga, donde se hospedaba en su viaje al encuentro con su yerno. Los médicos que atendían a la corte le habían recetado la ingesta de testículos de este animal para aumentar su virilidad e incrementar su potencia sexual. Estaba cada vez más obsesionado con dejar embarazada a Germana de Foix, y demandaba de sus médicos todo tipo de remedios, estimulantes y pócimas afrodisíacas para poder montarla una y otra vez.

—Sentaos, don Alonso.

El Católico recibió a su consejero, el vicescanciller de Aragón, en una dependencia del palacio episcopal.

—Tenéis muy buen aspecto esta mañana, alteza.

—Será el aire de esta tierra y el copioso desayuno que acabo de tomar, supongo. Pero no os he llamado para hablar de mi estado, sino porque el rey Felipe, mi hijo, pretende denunciar la concordia que firmamos en Salamanca con sus enviados. Cuenta con el apoyo de la mayoría de los nobles de Castilla y León y dispone de la ayuda de Inglaterra, Alemania, Venecia y el papa. Me pide que renuncie a mis derechos al gobierno de Castilla y que me retire a Aragón. —Pese a su semblante siempre sereno, el Católico parecía muy preocupado.

—Ya renunciasteis al título real de Castilla, mi señor, y creo que nunca debisteis hacerlo, pues, si cuando muere el rey, la reina conserva el título, es justo que al revés ocurra lo mismo...

—No me quedó más remedio que despojarme de él. Tenía a la nobleza en contra y, de haberlo mantenido, es probable que hubiera estallado una guerra. Renuncié porque me parecía lo más apropiado y porque así evité un conflicto con mi hija. El acuerdo al que llegamos en las Cortes de Toro y ratificamos después en la concordia de Salamanca fue el adecuado, pero ahora Felipe desea romper esos pactos.

—¿Con qué apoyos firmes contáis? —preguntó el vicescanciller de Aragón.

—Además de los miembros aragoneses de mi Consejo, de los castellanos solo me fío del duque de Alba, del conde de Cifuentes y del arzobispo Cisneros. Todos los demás me han abandonado y se han declarado fieles a doña Juana y a don Felipe. En caso de un enfrentamiento abierto, nos barrerían con la facilidad con que una ventisca dispersa un montón de hojas secas. —Fernando no ocultó su preocupación—. Carezco de apoyo en Castilla para defender mis intereses y mantenerme al frente del gobierno, de modo que no me queda otro remedio que tratar de llegar al mejor acuerdo posible con don Felipe.

—Dad un golpe de efecto y reclamad el título de rey de Castilla —propuso Alonso de la Caballería.

—Eso sería como proclamar una declaración de guerra a los cuatro vientos.

—Si me permitís, mi señor...

—Hablad claro, don Alonso.

—Vuestro antepasado el rey don Enrique —el vicescanciller se refería al primero

de los reyes de Castilla de la dinastía de los Trastámaras— combatió contra su hermanastro don Pedro por el trono y lo ganó. Desde entonces la casa de Trastámara gobierna la Corona de Castilla. Si vuestro yerno don Felipe se hace con estos reinos, porque lo hará desplazando a vuestra hija Juana, quien regirá los destinos de estos dominios será la casa de Austria, el linaje extranjero de los Habsburgo.

—Sin duda —ratificó Fernando.

—Por lo que sé, los flamencos que han venido con don Felipe se están comportando en Galicia con gran soberbia y muestran un enorme desdén hacia los gallegos, y harán lo mismo con los castellanos y los leoneses. Apenas llevan tres semanas aquí y ya se sienten cual los nuevos dueños de estos reinos. Algunos nobles, como don Pedro de Ayala, ya han alzado la voz demandando de don Felipe que ordene a su séquito de flamencos y alemanes que regrese a su tierra de procedencia, que vuelva a Flandes o a Alemania.

—No lo hará. Felipe ambiciona ser dueño absoluto de Castilla, y para ello necesita de todas sus fuerzas.

—Los castellanos no permitirán ser gobernados por caballeros extranjeros, y vuestro yerno lo es. Vuestra alteza lleva sangre castellana en las venas. Sois rey de Aragón, pero toda vuestra sangre es castellana; lo es por parte de vuestro padre el rey Juan y de vuestra madre doña Juana Enríquez. Tenéis más sangre castellana que vuestra primera esposa, la reina Isabel. Nadie con más derecho que vos puede ostentar el título real de Castilla y de León —argumentó el vicescanciller.

—Pero nací en Aragón, soy rey de Aragón, y los nobles castellanos me consideran más extranjero que al propio don Felipe.

—Si renunciáis al gobierno de Castilla, toda esta tierra caerá en poder de los Austrias. Y entonces será una mera marioneta en manos de don Maximiliano, que lo que pretende es someter a su dominio a toda la cristiandad. Pero las profecías señalan que el rey murciélago, el monarca que unificará todos los reinos cristianos, sois vos y no otro...

—Esas profecías son fábulas para entretener a ignorantes en las largas noches de invierno y para hacer creer a las pobres gentes que los reyes procedemos de linajes sagrados elegidos por Dios para gobernar el mundo.

—¿Y no es así? —preguntó don Alonso con una amplia sonrisa.

—Por supuesto —asentó el Católico con ironía—. Pero ahora urge resolver este asunto, de modo que enviad embajadores para que acuerden con los de don Felipe sobre el lugar, el momento y las condiciones en las que debe celebrarse nuestro encuentro.

—Enseguida, alteza.

—En un enfrentamiento militar abierto no tenemos ninguna posibilidad de derrotar a las superiores fuerzas de Felipe, que además cuenta con la ayuda de su padre Maximiliano de Austria, que está a punto de ser proclamado emperador, y con las del papa y la república de Venecia. Además, yo desconfío de Francia, pues aunque

hemos firmado un tratado de amistad con su rey Luis XII y me he casado con su sobrina, si estallara la guerra civil en Castilla, el francés no tardaría ni un instante en aprovechar esa circunstancia para apoderarse de Italia y de Rosellón y Cerdeña.

—Parece un laberinto sin salida, mi señor —dijo el vicescanciller.

—En estas circunstancias no me queda más remedio que tratar de pactar con mi yerno un buen acuerdo, lograr conservar todo cuanto sea posible y mantener al menos íntegros mis dominios de la Corona de Aragón.

—Todos vuestros súbditos aragoneses moriríamos por defenderlos, señor.

—Enviad también una carta a don Juan Manuel. Sé que se ha asentado en Burgos en espera de acontecimientos y que organiza desde allí la oposición a mi gobierno. Prometedle que si me ofrece su apoyo casaré a sus hijos con las más altas damas de Castilla.

—Ese hombre es muy ambicioso; seguro que aceptará vuestra proposición.

Entre tanto Fernando movía sus fichas, a La Coruña fueron llegando, como si de una peregrinación se tratara, todos los nobles que apoyaban a Felipe y a Juana. Las casas principales de la ciudad, los hostales, las posadas y los conventos se llenaron con los nobles castellanos y sus séquitos. Allí acudieron el marqués de Villena, el duque de Nájera, el duque de Béjar, el duque de Benavente, el marqués de Astorga, el marqués de Aguilar, Garcilaso de la Vega, Antonio Géllez Tirón y un largo elenco de caballeros que cada día se reunían en el claustro y las dependencias del monasterio donde se hospedaban Juana y Felipe; todos esperaban conseguir beneficios y privilegios por su apoyo a los nuevos reyes.

Fernando el Católico, sumido en la desesperación de la derrota inevitable, pensó que si fuera capaz de dar un golpe de mano en La Coruña por sorpresa tal vez lograría derrotar a Felipe, y entonces se acabarían todos sus problemas. Lo comentó con sus generales, pero le dijeron que carecían de fuerza para organizarlo y que no podrían sorprender a las tropas de Felipe, pues todos los caminos hacia La Coruña estaban bien vigilados.

Tal vez si estuviera al frente de su ejército el Gran Capitán...

*Valladolid, 20 de mayo de 1506*

Pedro Losantos, que había sido autorizado por don Felipe para regresar a Valladolid a los pocos días de desembarcar en La Coruña, fue recibido por su esposa y su hija con grandes abrazos. Nada más llegar tuvo que ponerse al día, y enseguida tuvo que acudir a visitar a uno de sus más ilustres pacientes.

Era bien entrada la noche cuando Pedro volvió a casa cansado y abatido. Su rostro estaba inundado de pesadumbre y sus ojos apagados carecían de brillo.

Juana lo recibió con un beso y María, la hija de ambos, se retiró discretamente a la cocina.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Juana.

—No he podido hacer nada —le comentó el médico converso a su esposa—. Su corazón no ha resistido más y se ha parado de repente.

—Es injusto —dijo Juana de la Cruz.

—Todos tenemos que morir...

—Pero deberíamos hacerlo de la mejor manera posible. El rey Fernando no se ha portado bien con don Cristóbal.

—Lo hizo almirante de la mar Océana y virrey de las Indias, y con carácter perpetuo para él y para sus descendientes; ¿te parece poco, Juana?

—Me refiero a sus últimos días. Don Fernando no ha querido recibir la visita del hombre que le ha dado todo un mundo. Aprende de esto, tal vez haga lo mismo contigo cuando ya no le interesen tus servicios. Tu rey es un ingrato.

—También es el tuyo, mujer. Y no digas esas cosas, que las paredes oyen y por mucho menos podríamos acabar en manos de los oficiales del rey y arder en una hoguera. Lo que estás pensando es alta traición; ni se te ocurra comentarlo fuera de casa. —Pedro Losantos miró severo a su esposa.

—Eso no cambiará los hechos. Tu rey no sabe agradecer la ayuda de los que le han prestado los más altos servicios, como fue el caso de don Cristóbal.

—Es el rey —reiteró vehemente Pedro.

—Sí, pero un rey que usurpó el trono y el título que ostenta —dijo Juana.

—Es rey de Aragón por derecho de nacimiento y de sangre.

—Me refiero al título de rey de Castilla y de León, que nunca debieron llevar ni él ni su difunta esposa. Lo sabes bien.

—Es posible, sí —asintió Pedro.

—Así se lo oí contar a tu padre. Yo estaba allí cuando, poco antes de morir, mientras agonizaba, tu padre reveló que el rey Enrique de Castilla, el medio hermano de Isabel, no era impotente, como quisieron hacernos creer, y que sí podía tener hijos. Tu padre lo sabía perfectamente, pues él fue quien trató a don Enrique y fue amigo de su médico personal, don Juan Hernández de Soria, quien conocía bien a ese rey, pues lo había cuidado desde que era un niño. Los dos certificaron que no era impotente y que doña Juana, la llamada «Beltraneja», era su hija legítima. Por tanto, la reina de Castilla debió ser doña Juana —dijo Juana de la Cruz.

—Pero aquello ya pasó, y lo hecho entonces es irreversible —justificó Pedro.

Juana tenía razón. Los males que aquejaban a estos reinos no habían pasado. Don Enrique sí era el rey legítimo, y Juana la Beltraneja debió sucederlo en el trono. Todas las mentiras e insidias que se montaron contra Juana por parte de los partidarios de Isabel y de Fernando eran meras patrañas. Isabel nunca debió reinar en Castilla y, por tanto, Fernando tampoco.

—Tu padre lo sabía...

—¡Todos los sabíamos! Yo se lo oí decir a mi padre años antes de que tú también lo escucharas de sus labios moribundos. Sí, Juana la Beltraneja tenía que haber sido la reina de Castilla. Pero, a veces, las cosas no suceden como disponen la ley y la justicia. Dios dio a los hombres la capacidad del libre albedrío, aunque en muchas ocasiones lo utilicen para equivocarse. No confundas la equivocación o el error con la mentira, el fraude y el engaño. Mujer, los humanos fuimos hechos de barro por el Señor, que modeló el cuerpo del padre Adán con sus propias manos y le insufló el hálito vital, pero luego nos ha dejado la libertad de obrar.

—No justifiques a tu rey...

—Yo no puedo cambiar las cosas, no puedo cambiar el mundo, solo procuro sobrevivir, y lo hago por mi familia, por ti y por nuestros hijos. ¿Por qué crees que me hice cristiano? ¿Por qué crees que se bautizaron mis padres y tantos otros? Podríamos haber seguido siendo judíos, pero tendríamos que habernos ido a vivir a África entre los moros o a Oriente con los turcos; sin embargo, optamos por quedarnos en la tierra que nos vio nacer, en donde habían vivido nuestros padres y los padres de nuestros padres, y así hasta tantas generaciones anteriores que ni siquiera recordamos su número. Este es nuestro verdadero hogar: Sefarad. Y aquí estamos.

Pedro Losantos se derrumbó. Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. Juana se acercó a su esposo y lo abrazó con cariño.

—Perdóname, no he pretendido molestarte ni recordarte viejas pesadillas.

—No, perdóname tú; he pasado muy mal día, y la muerte de don Cristóbal Colón me ha provocado un gran pesar.

—Apenas lo conocías.

—Ahora ya sé algo más de él. ¿Te cuento un secreto? —Pedro Losantos aprovechó aquello para relajar la tensa conversación que había mantenido con su esposa.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Pude ver el miembro viril de don Cristóbal y...

—¿Estaba circuncidado? Hay quien asegura que don Cristóbal era judío.

—Algún día, Juana, tal vez algún día... —Pedro dirigió a su esposa una sonrisa pícara.

—¿Qué ha sido de él?

—Será descarnado, tal como era su deseo. Sus huesos quedarán por el momento en una capilla del convento de San Francisco, aquí en Valladolid. Han estado presentes sus dos hijos; Diego y Fernando, se llaman. Diego, el mayor, me ha dicho que su padre quería ser enterrado en Sevilla, de modo que en cuanto sea posible llevará allí sus restos para depositarlos en la gran catedral que acaban de levantar en esa ciudad.

—El almirante que descubrió el Nuevo Mundo ha muerto sin poder ver al rey Fernando por última vez, como tanto hubiera deseado. Muy pocos llorarán su muerte —lamentó Juana.

—A veces, la vida es muy ingrata —sentenció Pedro Losantos.

*Santiago de Compostela, reino de León, principios de junio de 1506*

Tras varias semanas en La Coruña, Felipe de Austria decidió partir hacia el sur, al encuentro con su suegro. Los representantes de ambos soberanos habían acordado, consumados los largos y tensos debates, que se reunieran en Compostela; se alegó que gozarían de la protección del apóstol Santiago, cuya tumba se veneraba desde hacía siglos, según una vieja tradición, bajo las bóvedas de su imponente catedral de piedra.

Pero el Católico receló de esa elección y decidió permanecer en la comarca del Bierzo en espera de acontecimientos. Sus agentes le habían informado que la euforia inicial que se había desatado entre los nobles castellanos por la llegada de Felipe a las costas de Galicia se había enfriado mucho, y que incluso había algunos, entre ellos el influyente don Juan Manuel, que comenzaban a arrepentirse de haberlo apoyado de una manera tan abierta e incondicional.

La verdadera razón no era otra que el lamentable comportamiento que Felipe y sus principales consejeros flamencos habían mostrado desde que pusieron los pies en Galicia, y las atropelladas acciones de sus soldados, que se estaban comportando como verdaderos rufianes. Durante el mes de mayo La Coruña se había convertido en un inmenso centro de debates, intrigas y confabulaciones. Nadie confiaba en nadie. Los nobles maquinaban para conseguir los mayores beneficios, adulando al rey Felipe de manera sonrojante. Unos le aconsejaban que rompiera completamente con su suegro, que le obligara a marcharse de inmediato a Aragón y que ni siquiera se dignara a encontrarse con él; otros le sugerían que lo apresara y lo juzgara por traidor y por haberse arrogado el gobierno de Castilla de manera fraudulenta y con engaño, pese a que le había sido otorgado en unas Cortes; solo los más sensatos y moderados abogaban por un acuerdo entre ambos reyes que pusiera fin a la peligrosa zozobra en que estaba sumido el reino desde la muerte de doña Isabel.

Al llegar a Santiago, el rey Felipe fue recibido por el arzobispo, que ofició en la catedral una misa solemne en su honor a la que asistieron todos los nobles que lo seguían en la comitiva desde La Coruña. La reina Juana permanecía recluida y sometida a una vigilancia permanente, siempre custodiada por una escolta de soldados y alejada de presencias indiscretas. Ni siquiera se le permitía hablar con nadie que no tuviera la autorización expresa de su esposo, y aun así, por muy poco tiempo y solo sobre cuestiones banales.

Al acabar la misa, Felipe de Austria se entrevistó con su principal agente en Castilla, el señor de Vere, a las mismas puertas de la catedral.

—Don Fernando no vendrá a Santiago —informó De Vere.

—¿No habíais acordado con sus embajadores que nos encontraríamos aquí?

—Así es, mi señor, pero ese taimado aragonés es muy desconfiado y no quiere entrar en Galicia, pues considera que es tierra hostil; prefiere que la entrevista se produzca en tierras de León.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Hace unos días salió de Astorga y se dirigía hacia aquí, pero lo hacía muy despacio, como intentando ganar tiempo. Nos han informado que se ha detenido en Villafranca del Bierzo, una localidad a las puertas de Galicia, y allí permanece por el momento.

—¿De qué fuerzas dispone?

—Solo lo acompañan una guardia de doscientos hombres armados y medio centenar de sirvientes. Salvo media docena de nobles y obispos, no goza de ningún otro apoyo entre los ricos hombres de Castilla. La inmensa mayoría de los notables de estos reinos está con vuestra alteza y no desea otra cosa que perder de vista para siempre al aragonés.

En ese momento un secretario se acercó a los dos hombres, que paseaban, escoltados por un cuerpo de guardia a cierta distancia, por la plaza de la catedral, entre la fachada que se abría al oeste por el Pórtico de la Gloria y el gran hospital de piedra dorada que se estaba construyendo por orden de los Reyes Católicos a la izquierda de esa misma fachada.

—He ordenado que no se nos interrumpiera —se irritó el rey Felipe.

—Perdonad, alteza, pero ha ocurrido algo muy grave —farfulló el secretario, atorado ante el gesto de desagrado del rey.

—Hablad. ¿De qué se trata? —inquirió el rey al secretario, que se acercó un poco más inclinando la cabeza de manera exagerada.

—Se acaba de producir un grave altercado en la puerta de Platerías, a ese lado de la catedral —el secretario señaló a la derecha de la fachada.

—¿Qué ha ocurrido? —demandó el rey mientras observaba cómo se cerraba la guardia a su alrededor, formando una barrera de defensa.

—Una escuadra de soldados alemanes ha entablado una discusión con un grupo de vecinos de Compostela. Parece que los nuestros no querían pagar unas jarras de vino y se han enfrentado en una pelea en una taberna. Los ánimos se han ido encrespando y ha estallado una violenta pelea en esa plaza y por la calle de los Francos, en la que se han cruzado cuchilladas y navajazos. Hay varios muertos y heridos. Los tumultos se están extendiendo por las calles de Compostela en cuanto se ha conocido esta noticia. Debéis retiraros de esta plaza enseguida, alteza.

—¿Lo que nos faltaba! —exclamó De Vere mientras ordenaba a la escolta que se agrupara en torno al rey y que abriera camino hacia un lugar seguro, la propia catedral, en cuyas macizas torres de la fachada oeste podrían atrincherarse de momento.



Fernando de Aragón estaba sentado en una silla de tijera a la entrada del pabellón real desplegado en las afueras de la localidad leonesa de La Bañeza. La tienda de fieltro lucía en los flancos los colores heráldicos del rey de Aragón, las cuatro barras rojas sobre fondo amarillo, y la entrada estaba flanqueada por sus estandartes con el escudo de Aragón: los cuatro carteles con la cruz sobre el árbol, la cruz de Íñigo Arista, la cruz de san Jorge con las cuatro cabezas de moros y las barras amarillas y rojas de la casa de Aragón.

El rey se sentía indignado, pero se contuvo e incluso mantuvo el semblante sereno mientras escuchaba, en compañía del duque de Alba y del arzobispo de Toledo, el informe de uno de sus agentes, que acababa de regresar de Santiago de Compostela.

—Nos han tratado como a extranjeros en nuestra propia tierra —adujo el recién llegado—. Los señores alemanes y flamencos que acompañan a don Felipe se comportan como auténticos bandidos y la soldadesca que los protege, como sus perros de presa, ladrones y piratas. No respetan las propiedades de los gallegos, se emborrachan cada día, no pagan sus deudas, buscan una camorra tras otra, han violado a algunas mujeres en presencia de sus propios maridos e incluso han asesinado a algunos vecinos que han intentado proteger sus propiedades, sus hijas y esposas de las afrentas de esa banda de energúmenos...

—Alteza —intervino el duque de Alba—, si permitimos que los alemanes y los flamencos gobiernen Castilla, se comportarán con tal indignidad que toda esta tierra será un infierno.

—Peor incluso que cuando aquí mandaban los moros —terció Cisneros, el arzobispo de Toledo.

—¿Siguen los nobles al lado de don Felipe? —preguntó el Católico a su agente.

—Sí, pero ya no se muestran tan incondicionales como hace unas semanas. Ahora todos recelan de todo el mundo. Nadie se fía del que tiene al lado, aunque sea su mejor amigo.

—Pese a ello, me han dejado solo —lamentó don Fernando.

—Yo os seré siempre fiel —asentó el duque de Alba.

—Lo sé, don Fadrique, lo sé. Pero vos y yo somos demasiado poco para enfrentarnos a toda la nobleza de Castilla y a la casa de Austria.

—No os fieis de vuestro yerno. Mantiene secuestrada a vuestra hija, a la que no permite hablar con nadie, y supongo que no tendrá ningún reparo en apresaros a vos si se le presenta la ocasión. Os recomiendo que no acudáis a esa entrevista y que nos retiremos a Madrid o a Toledo —intervino el arzobispo—. Allí podemos hacernos fuertes, disponemos de apoyos y lograremos resistir un buen tiempo. Si los alemanes y los flamencos se siguen comportando como lo han hecho desde que llegaron a Galicia, la gente de esta tierra acabará aborreciéndolos y los rechazará, y también lo hará con don Felipe, pues es él quien ha traído a toda esa chusma de beodos y

violadores hasta aquí; y entonces os apoyarán a vos y podréis gobernar estos reinos sin sobresaltos.

—Señor arzobispo, las cosas no son tan fáciles. Muchos de los nobles que me han abandonado por don Felipe saben que no tienen otra alternativa que permanecer a su lado, pase lo que pase.

—En estos momentos no podemos enfrentarnos en campo abierto con las fuerzas que se han congregado en torno a vuestro yerno, su superioridad es abrumadora, pero existe una posibilidad... —sugirió el duque de Alba.

—Si lo que imagináis es contratar mercenarios, sabed que mis arcas están vacías —lamentó don Fernando.

—Os queda el ejército de Italia...

—No puedo dejar Italia sin defensa. Si retiro ese ejército, los franceses y el papa se lanzarían sobre Nápoles de inmediato, y perderíamos ese reino y aun el de Sicilia. Y además, don Gonzalo... —el Católico dudó.

—El Gran Capitán podría dirigir la batalla en vuestro nombre contra los partidarios de don Felipe. Con solo saber que el héroe de Italia manda de nuevo vuestras tropas, muchos de nuestros adversarios lo pensarán dos veces antes de entablar combate.

—¡Un enfrentamiento entre castellanos, otra guerra civil...! ¡Dios no lo consienta! —clamó el arzobispo de Toledo.

—Quizá no haya otra solución, monseñor —insistió el de Alba.

—Os repito que no estoy del todo seguro de la lealtad de don Gonzalo. A pesar de que le he ordenado insistentemente que lo haga, está retrasando su vuelta a Castilla con todo tipo de excusas como el mal tiempo o el conflicto entre Pisa y Florencia; y sé que anda en tratos con el papa Julio II, que le ha ofrecido ser el general de sus tropas a cambio de una sustancial soldada, una enorme fortuna. No me extrañaría que en el momento decisivo cometiera una gran ruindad y se cambiara de bando, como hicieron los hijos del rey Witiza en la batalla de Guadalete, cuando se pasaron al lado de los moros invasores traicionando al rey Rodrigo y propiciando la pérdida del reino cristiano de los godos —comentó el Católico.

—¿En verdad creéis que el Gran Capitán es un traidor? Por lo que yo sé, siempre se ha comportado como fiel y leal servidor vuestro —intervino el duque.

—Y, además, es un buen cristiano y un hombre de honor —terció el arzobispo Cisneros.

—Hasta ahora, así ha sido, pero dispongo de suficientes indicios como para no depositar en él toda mi confianza. En alguna ocasión me ha desobedecido alegando excusas peregrinas y ha obrado por su cuenta. Su ambición puede superar a su lealtad, como es habitual en muchos hombres.

—En ese caso, mi señor, no tenéis más remedio que acudir a la entrevista con don Felipe y tratar de llegar a un acuerdo satisfactorio —propuso el de Alba.

—¿Y si os apresa? —preguntó el arzobispo.

—No se atreverá a tal cosa —asentó don Fernando—. Por el momento, preparemos esa entrevista. Enviad un correo a mi yerno con ese mensaje.

*Pabellón real de Felipe el Hermoso, Remesal, reino de León, 20 de junio de 1506*

Despacio, como dos formidables sementales que se observan a lo lejos sopesando sus fuerzas, pero sin decidirse a entablar una pelea frontal, los dos reyes se fueron acercando hasta que se colocaron a una distancia equidistante de Remesal, una alquería rodeada de un extenso robledal a mitad de camino entre Puebla de Sanabria, donde se instaló el rey Felipe, y la localidad de Asturianos, donde plantó su pabellón el rey Fernando.

Tras no pocos requiebros y amagos, los nuncios de los dos reyes acordaron que los monarcas se reunieran al fin en Remesal, una aldea con apenas una docena de casas, rodeada de un bosque de rebollos salpicado con algunos claros y dehesas donde pastaban varias decenas de bueyes y vacas.

Era sábado. Antes de entrevistarse con su yerno, Fernando el Católico decidió escuchar una misa oficiada por Cisneros. El rey de Aragón llegó al punto de encuentro escoltado por sus doscientos hombres, los únicos soldados de los que disponía, desprovistos además todos ellos de armas pesadas. Por su lado, Felipe apareció entre un estruendo de gente de guerra, flanqueado por más de dos mil mercenarios alemanes y flamencos, en formación de batalla, bien provistos de picas, arcos y ballestas, y tras ellos varias decenas de hombres de armas, con sus pesados equipos de guerra, sobre enormes caballos protegidos con pectorales de hierro y gualdrapas de fieltro, y detrás otros dos mil soldados de a pie, que desfilaban ufanos ordenados en regimientos con sus banderas y gallardetes. Tras el rey Felipe y sus generales cabalgaban decenas de jinetes ligeros, que enarbolaban coloridos banderines y pendones con los emblemas de Flandes y de Borgoña, y los nobles de Castilla y de León con sus estandartes familiares desplegados, encabezando sus propias mesnadas.

Los dos grupos se detuvieron, frente a frente, a un centenar de pasos de distancia, y enseguida se adelantaron los dos reyes, el de Aragón flanqueado por el duque de Alba y el arzobispo de Sevilla, y el de Castilla escoltado por el duque de Benavente y por Garcilaso de la Vega.

—No debimos haber venido —musitó el de Alba mientras se acercaban—. Nos superan en al menos treinta a uno. Si ahora mismo quisiera, don Felipe nos aplastaría como a unos insectos.

—No lo hará —asentó el Católico, que montaba a la jineta con su destacada elegancia.

—Dios os oiga, mi señor, porque vuestro yerno nos tiene en sus manos.

Con toda parsimonia, los tres jinetes por cada bando se fueron aproximando hasta

detenerse apenas a un cuerpo de caballo de distancia.

El primero en hablar fue el rey Fernando. Lo hizo en la forma que acostumbraba en sus entrevistas con magnates, nobles y altos eclesiásticos, de forma sosegada y tranquila, procurando mostrar una absoluta serenidad.

—Habéis engordado, señores —dijo dirigiéndose al conde y a Garcilaso—. Necesitáis hacer ejercicio. En cambio, a vos, mi querido hijo, os encuentro en excelente forma.

Felipe agachó la cabeza, descendió del caballo, entregó las riendas al conde y se acercó a pie hasta Fernando. El de Austria vestía un lujoso traje de seda violeta, fino terciopelo y bordados de filo de oro.

—Mi padre y señor, os saludo y os muestro todo mi respeto y mi obediencia —dijo Felipe inclinándose levemente ante su suegro, pero sin quitarse el sombrero.

—Sed bienvenido a estas tierras de León —contestó Fernando—. ¿Dónde está mi hija? Me gustaría darle un abrazo —preguntó a continuación, estirando el cuello para ver si podía divisar a Juana en la distancia.

—No la busquéis, mi señor. Ha preferido quedarse en La Puebla de Sanabria. Tiene que descansar. Vuestra hija está embarazada de nuevo; este invierno os dará un nuevo nieto, nuestro sexto hijo.

—Esa es una muy buena noticia. Por ello todavía lamento más no verla por ahora. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Apenas siente molestias, pero ya sabéis, demasiado trajín, un largo viaje, su nuevo embarazo...

—En otra ocasión será.

—Espero que muy pronto; ella también arde en deseos de abrazaros.

—¿No preguntáis por vuestro hijo?

—Sé que estáis educando a don Fernando como conviene a un príncipe cristiano. Tengo informes de ello. —Felipe no había llegado a conocer a su hijo Fernando, quien había permanecido al cuidado de su abuelo en Castilla desde su nacimiento hacía ya tres años.

—Como merece un príncipe de Aragón —asentó el Católico.

—Y de Borgoña, Flandes y Castilla —precisó don Felipe—. El resto de vuestros nietos se encuentra perfectamente. Carlos y sus hermanas se han quedado en Bruselas con doña Margarita. Desde que murieron su hijo y su esposo, mi hermana se comporta con sus sobrinos como si de una verdadera madre se tratara.

Por las palabras de Felipe, el Católico recordó entonces a su hijo Juan, el príncipe deseado, el heredero muerto tan joven, su gran esperanza frustrada.

—Don Juan hubiera sido un gran rey y vuestra hermana doña Margarita su gran reina —comentó Fernando.

—Pero eso ya no puede ser. Dios, en su infinita bondad, quiso llevárselos consigo todavía jóvenes para tenerlos pronto en su seno —ironizó el Hermoso—. Ahora, mi señor padre, el rey de Castilla soy yo, y como tal quiero plantearos algunos acuerdos

que espero que aceptéis. He ordenado que preparen un pabellón con comida abundante y un excelente vino de Toro; allí podemos hablar con mayor comodidad. ¿Me honraréis con ello?

Fernando el Católico aceptó y los dos reyes se dirigieron hacia la tienda, desplegada en un pequeño claro junto a unas rocas grisáceas que semejaban moteados y gigantescos huevos de ave.

El duque de Alba miró con recelo al duque de Benavente y a Garcilaso, y estos le devolvieron la mirada con frialdad.

—Hablaremos los dos a solas; sois mi hijo, no necesitamos intermediarios — propuso Fernando al llegar a la puerta del pabellón.

—Sea —asintió Felipe.

Don Juan Manuel, que procedente de Burgos se había incorporado unos días antes a la comitiva de don Felipe y ya ejercía como líder absoluto del bando nobiliario contrario al Católico, receló de la propuesta de Fernando. Tenía suficiente experiencia como para saber que el aragonés era un hombre tan sagaz como persuasivo y, aunque tuvo que aceptar a regañadientes que la entrevista de los dos reyes se celebrara sin testigos, se acercó hasta Felipe para susurrarle al oído que tratara de ser lo más breve posible, pues temía que Fernando acabara engañando a su yerno, mucho menos experto en este asunto de las lides y los debates diplomáticos.

—Si ese astuto aragonés se lo propone, acabará engañando a don Felipe — comentó don Juan Manuel a los hombres de su confianza cuando los dos reyes entraron en la tienda para protegerse del sol, que comenzaba a calentar con fuerza.

—Bien, estamos los dos solos. ¿Qué pretendéis? —le preguntó el Católico a su yerno.

—Castilla, claro. ¿Qué otra cosa pensabais?

—Mi hija es la reina...

—Vuestra hija está loca. Ya lo estaba cuando la enviasteis a Flandes para que se casara conmigo. Sabíais bien que esa mujer sufría delirios y que debía estar recluida en un convento de por vida. Pero lo obviasteis y decidisteis emplear a vuestra propia hija enferma de demencia como moneda de cambio para vuestros planes, y entonces nada os importó, ni su vida ni su dicha.

Los reproches de Felipe no perturbaron la serenidad de Fernando.

—Cuando doña Juana salió de Castilla solo tenía quince años...

—Pero ya era una mujer demente. Se negaba a obedecerlos, incumplía los preceptos religiosos a los que tan aficionada era vuestra esposa doña Isabel, se oponía a acudir a la misa diaria que celebrabais en vuestros palacios, no quería confesarse, se resistía a comulgar...; y no solo eso: vuestra hija se negaba a comer, dormía en el suelo acurrucada como un animal y se comportaba como un ser extraño y ausente. Y vos no hicisteis nada por evitarlo ni por corregirlo —continuó el Hermoso con los reproches.

—Ha sido durante el tiempo de su estancia en Flandes cuando mi hija ha

desarrollado esa enfermedad, probablemente debido a que la habéis mantenido mucho tiempo encerrada en húmedas prisiones —contraatacó el Católico, aunque sin más argumentos.

—No tenéis razón. Cuando llegó a Bruselas ya tenía frecuentes brotes de ira y sus súbitos accesos de cólera, que provocaban que atacara a los criados. Por ello tuve que relegarla y mantenerla retenida en una habitación cerrada, sin que pudiera mantener contacto con personas a las que pudiera dañar. Odia a todas las mujeres, a veces se niega a lavarse y a peinarse durante días y ni siquiera se cambia de ropa, de modo que en esas ocasiones su aspecto semeja el de una pordiosera, sucia y desgredada. Pero otras veces se viste, engalana y acicala como la más fastuosa de las soberanas.

—Vos la habéis hecho así —asentó Fernando.

—En absoluto, mi señor padre —negó Felipe—. ¿Sabéis que mi esposa sueña con un gato gigantesco? Dice que ese animal se pasea por sus aposentos cada noche y que la mira fijamente, amenazándola con sus ojos diabólicos.

—Nadie en Castilla dará crédito a cuanto decís. Vuestra única intención es destacar la locura de mi hija para apoderaros del trono, y no solo como rey consorte, sino como rey efectivo.

—¿Y no fue eso mismo lo que hicisteis vos al casaros con doña Isabel?

—Cuando me casé con ella, doña Isabel todavía no era reina...

—Pero ya os encargasteis vos de que lo fuera, aunque para ello tuvierais que deshonorar a su sobrina doña Juana, inventando aquella falsa historia de que era hija adulterina de don Juan de la Cueva. Como veis, los dos somos iguales, mi señor padre, y ambos pretendemos lo mismo: el trono de Castilla.

—En ese caso, lleguemos a un acuerdo —propuso el Católico, seguro de que podía convencer a su yerno y engañarlo.

—Salid ahí afuera y cotejad nuestras respectivas fuerzas. ¿Creéis que estáis en condiciones de proponerme un trato?

—Lo haré de todas formas. Aceptaré que reinéis en Castilla, sin ningún inconveniente ni traba, siempre y cuando yo conserve su gobierno efectivo y el título de gobernador perpetuo.

—No estáis en situación de exigir nada.

—Si me lo propongo, mis agentes, y dispongo de ellos por toda Castilla, divulgarán que habéis sido vos quien ha embrujado con artes satánicas a mi hija Juana y que su locura está causada por vuestra mano. Los castellanos os odiarán por ello y acabarán arrojándoos de aquí.

—Si lo hacéis, vuestra hija rechazará esas acusaciones; yo me encargaré de que lo haga. Además, olvidáis que casi todos los nobles están de mi parte. Yo soy quien tengo la fuerza, mi señor padre —Felipe parecía convencido de lo que estaba diciendo—; y yo soy quien decido ahora. Este es mi lema. —Felipe le mostró su espada a su suegro; en la hoja de acero, bajo la empuñadura de madera ribeteada de oro, había una inscripción.

—*Qui voudra* —leyó el Católico—. En nuestro idioma significa «Quien quiera». Esa frase, ¿es un reto o una amenaza?

—Tomadlo como más os guste, pero no disponéis de fuerza para enfrentaros a mí; al menos no aquí en Castilla. Recordadlo.

Felipe se levantó airado y salió de la tienda.

—No hay acuerdo —se limitó a comentar el de Austria a sus consejeros, que aguardaban expectantes el resultado de la entrevista real.

Don Juan Manuel sonrió; eso era lo que deseaba.

—Ese bravucón no acepta otra cosa que no sea quedarse con Castilla para él solo —comentó el Católico al duque de Alba y al arzobispo de Toledo, que acudieron prestos a escuchar a su soberano.

—¿Qué hacemos entonces, mi señor? —preguntó el de Alba.

—Esperar. El tiempo corre de nuestra parte.

Las dos comitivas, tan desiguales en fuerza y número, se pusieron en camino hacia el este, desplazándose en paralelo, apenas a una hora de camino la una de la otra. Jinetes de uno y otro bando se vigilaban mutuamente e informaban cada poco tiempo de la situación del contrario.

### *Pabellón real de Fernando de Aragón, Benavente, reino de León, finales de junio de 1506*

Esa entrevista con Felipe de Austria convenció a Fernando de Aragón sobre la imposibilidad de un pacto que, en esas circunstancias, propiciara que le reconocieran sus derechos al gobierno de Castilla. Tenía que pensar algo, y de prisa, si quería revertir la situación en su favor.

El Católico había ordenado levantar un campamento con varias tiendas muy cerca de Benavente, en un altozano desde el que se podía divisar una amplia perspectiva de la llanura leonesa. Desde la puerta de la tienda, junto a la que ondeaba una bandera con las barras rojas y amarillas de los colores heráldicos del rey de Aragón, contempló las fuerzas de las que disponía y supo que no podía oponerse de ninguna manera a su yerno. Sabía perdido el pulso y que no le quedaba otro remedio que intentar salvar cuanto pudiera y retirarse con honor.

A su lado estaba Juan Espinelo, el gran enemigo del Gran Capitán y uno de sus más activos detractores, siempre dispuesto a difamarlo y a sembrar las dudas en el rey.

Sentado a la entrada del pabellón real, en la silla de tijera que solía utilizar en campaña, el Católico pidió una copa de vino que un criado le sirvió con diligencia. Dio un largo trago, observó la copa de plata y dijo:

—Necesitamos al Gran Capitán. —Aquella fue la primera vez que el Católico denominó con ese apelativo a don Gonzalo Fernández de Córdoba.

—¡Al Gran Capitán!, pero si... —balbució confuso Espinelo.

—Sí, necesitamos a don Gonzalo. Le ofreceré el maestrazgo de la Orden de Santiago, eso le hará regresar deprisa a Castilla. Creo que su sola presencia servirá para amedrentar a las tropas de don Felipe.

—Alteza, creo que vuestra propuesta llega tarde.

—¿Tarde? ¿Qué queréis decir?

—Don Felipe ya le ha hecho una oferta a don Gonzalo.

—¿Qué oferta? Hablad claro.

Espinelo miró a los lados en un claro gesto impostado, carraspeó y dijo:

—Don Felipe le dará todo el poder en el virreinato de Nápoles al Gran Capitán si este se pasa a su lado.

—Ya es virrey de Nápoles... Ese honor se lo he concedido yo.

—Pero, además, le ha ofrecido una inmensa fortuna. —Espinelo actuaba con su habitual capacidad para la intriga.

—¿Sabéis de cuánto dinero se trata?

—El equivalente a la mitad de las rentas del reino de Nápoles —soltó Espinelo mintiendo en el dato.

El Católico apretó los puños. Sabía que Juan Espinelo era un intrigante, pero su seguridad al revelar esas denuncias era muy convincente.

—¿Cómo sé que lo que estáis diciendo es la verdad? Don Gonzalo siempre me ha sido fiel.

—Nadie os es más leal que yo, alteza. Nadie.

—Me gustaría que estuvieseis equivocado. —El Católico movió el vino en su copa y derramó unas gotas sobre sus calzas.

—Creedme, señor, ese hombre es un insidioso. Está esperando el momento más propicio para traicionaros.

—¿Tenéis alguna prueba de vuestras acusaciones?

—¿No os basta el hecho de que el Gran Capitán no haya querido regresar de Nápoles pese a vuestro insistente requerimiento para que así lo hiciera?

—Pese a todo, necesito que regrese de Italia. —Fernando volvió a dudar; otra vez.

—No lo conseguiréis, alteza.

—El ofrecimiento del maestrazgo de la Orden de Santiago será un señuelo más que suficiente para que quiera regresar.

—Y una vez aquí, ¿qué haréis con él? —preguntó Espinelo.

—Lo retendré y lo interrogaré.

—Es un hombre muy hábil. Miente con suma facilidad.

—El arzobispo de Toledo y don Pedro Navarro irán a Nápoles con la orden expresa para que don Gonzalo regrese, y si no lo hace, será apresado inmediatamente y puesto bajo arresto.

Espinelo sonrió; sus acusaciones contra el Gran Capitán estaban dando fruto.



El duque de Alba apareció de pronto a la puerta del pabellón a lomos de su caballo. Puso pie en tierra, se inclinó ante Fernando y lo saludó con una ampulosa reverencia.

—Señor, traigo una importante noticia.

—Soltadla.

—Un mensajero nos ha comunicado que don Felipe está dispuesto a llegar a un acuerdo con vuestra alteza.

—¿Qué pretende?

—Pide una entrevista.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes.

—¿Dónde está ahora mi hijo? —Fernando se refirió a su yerno con el tratamiento diplomático habitual.

—En Benavente, en el castillo del conde, ese...

—Guardaos vuestra opinión, duque.

—No me gusta el duque de Benavente, mi señor.

—A mí tampoco, pero debemos ser discretos.

—¿Aceptáis entonces celebrar esa entrevista?

—Sí. Ordenad que le hagan llegar a don Felipe que acepto encontrarme con él dentro de tres días. ¿Cuál es el lugar más cercano? —preguntó el rey.

—Villafáfila, alteza —respondió uno de los consejeros. Era una pequeña aldea propiedad de la Orden de San Juan, en la llanura de la Tierra de Campos, junto a unas lagunas en las que se alimentaban patos y avutardas y anidaban perdices y tórtolas.

—Entonces, en la iglesia de Villafáfila, en tres jornadas, a mediodía.

Fernando apretó los dientes; tenía claro que en aquella entrevista se jugaba su futuro en Castilla.

### *Iglesia de San Martín, Villafáfila, reino de León, 27 de junio de 1506*

—Aposté con don Juan Manuel a que sí acudiríais a esta cita —comentó Felipe de Austria tras saludar a Fernando de Aragón a la puerta de la iglesia de San Martín de Villafáfila, bajo un sol radiante.

—Pues cobrad vuestra apuesta; habéis ganado —asentó el Católico.

—Aunque podríais haber elegido un escenario más solemne —comentó Felipe al contemplar la modesta iglesia de ladrillo dedicada a san Martín—. Pero entremos dentro, este maldito sol del sur me está abrasando.

—Así es Castilla, mi querido hijo, nueve meses de invierno y tres de infierno. Ya os acostumbraréis, sois su rey.

—He estado pensando en lo que me dijisteis el otro día en esa aldea...

—Remesal era su nombre —precisó el Católico.

—Comoquiera diablos que se llame..., y creo que sí debemos llegar a un acuerdo.

—Ya conocéis mi propuesta.

—Yo os haré la mía —anunció Felipe mientras ambos reyes caminaban por el interior de la iglesia, hasta llegar a un lado del altar, donde se habían colocado dos sillas para la entrevista de los reyes—. Ambos firmaremos una declaración, avalada por los más prestigiosos médicos y con los correspondientes informes jurídicos, proclamando que vuestra hija Juana está enferma e imposibilitada por ello para reinar y que, por tanto, está incapacitada para ejercer el gobierno de Castilla y de León. Lo certificará mi secretario, Giller van der Damen.

—¿Pretendéis que acepte semejante villanía? —Fernando se sentó en una de las sillas a la vez que indicaba a su yerno que lo hiciera en la otra.

—No os queda más remedio, señor. Estáis en tierra hostil, tenéis a toda la nobleza de Castilla en contra y carecéis de fuerza para enfrentaros a mí, como bien habéis podido comprobar.

—¿Qué pretendéis? —le preguntó el Católico.

—Algo muy simple, querido padre: yo me quedo con Castilla y vos os retiráis a Aragón con vuestra joven esposa francesa. Cada uno en su reino; es un buen acuerdo —ironizó Felipe, pues lo que le proponía era una imposición.

—¿Y si me niego?

—Apenas disponéis de doscientos hombres, mal equipados y sin apoyo. Yo tengo el mando sobre dos mil piqueros flamencos y alemanes, los soldados más terribles de Europa, otros tantos infantes castellanos, más de mil hombres de armas y otros mil caballeros ligeros, y me apoya la inmensa mayoría de la nobleza. Mi ejército se ha desplegado y tiene rodeado a vuestro débil séquito. A una orden mía, os destruirán sin contemplaciones. No tenéis alternativa. Habéis perdido.

—¿Seríais capaz de hacerlo? —preguntó Fernando manteniendo la compostura.

—Os aseguro que, si es necesario, no dudaré en ello. Hace unos días ofrecieron en mi honor una corrida de toros en Benavente. Soltaron una enorme bestia en un campo acotado y a su alrededor se arracimaron decenas de hombres a pie y a caballo, armados con lanzas y espadas. El toro arremetía contra los que lo acosaban desde todas las direcciones, y aunque corneó e hirió a algunos, acabó ensartado y abatido por las lanzas de los justadores. Era enorme y fiero, pero fue derrotado por una mayoría brumadora de oponentes.

—¿Me estáis amenazando, hijo? —El Católico lo miró de frente, imperturbable.

—Algunos nobles os odian tanto que están deseando que dé esa orden, incluso me lo piden con vehemencia.

—Firmaré ese acuerdo, pero solo si se contempla que yo siga siendo el maestre de las Órdenes Militares de Castilla y el administrador perpetuo de sus rentas. —El Católico no podía oponerse a su yerno, de modo que, ante lo inevitable, intentó salvar cuanto pudo.

—No estáis en situación de exigir nada.

—Os entrego todo un reino; no pido demasiado a cambio.

—Sea. —Felipe aceptó de inmediato; esperaba que su suegro pidiera mucho más por su renuncia—. Mi secretario redactará un borrador del acta de nuestro acuerdo incluyendo vuestra propuesta, se expedirá el diploma correspondiente y lo firmaremos hoy mismo..., después de comer. He dicho que preparen un asado de cochinillo, creo que es una de vuestras comidas favoritas.

—¿Confirmará doña Juana ese documento?

—Vuestra hija, en su demencia, se niega a firmar cualquier cosa, sea lo que sea.

—Pero si ella no firma...

—No importa; yo mismo me encargaré de que las Cortes ratifiquen nuestro acuerdo y declaren a Juana inhábil —asentó Felipe de Austria.

Felipe estaba seguro de convencer a su esposa para que estampara esa firma. No lo consiguió.

*Valladolid, 3 de julio de 1506*

—Preparad vuestras cosas, os marcháis de Castilla. —Pedro Losantos anunció a su esposa la noticia nada más entrar en su casa de Valladolid; lo hizo con un tono imperativo y tajante.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Juana de la Cruz, sobresaltada por la inhabitual forma de hablar de su esposo.

—El rey Fernando abandona este reino. Ha firmado su renuncia al gobierno, que deja en manos de su yerno don Felipe; las Cortes van a ratificar ese acuerdo.

—¡Un extranjero, rey de Castilla...!

—En efecto, y trae con él a toda una retahíla de secretarios, soldados, criados y mercaderes flamencos. Tuve oportunidad de ver cómo se comportaron en La Coruña cuando desembarcamos tras la travesía desde Inglaterra, y te aseguro que son una cuadrilla de bandidos.

—¿Y dónde vamos a ir?

—A Italia. Don Fernando tiene que salir de Castilla inmediatamente, antes de que lo echen. Ha decidido que se marcha a Nápoles. Ya ha perdido Castilla y León, no quiere perder ni Italia ni Aragón. Vosotras dos iréis con él. Se lo he pedido y ha aceptado.

—Yo iré donde tú vayas.

—Saldréis de viaje en dos días. Escribiré una carta a nuestro hijo Pablo; os esperará en Nápoles, allí os reuniréis con él. Juan seguirá con nuestros parientes en Toledo; el cura de Santo Tomé no ha vuelto a molestarlo. —Pedro sacó de una alacena dos bolsas de cuero para que comenzaran a llenarlas con sus cosas.

—María quiere quedarse; ya ha cumplido diecinueve años y debería buscar un marido. ¿No crees?

—Sí, ya he hablado con el rey de ello; tal vez me recomiende a alguno de sus caballeros como esposo de María.

—La conoces bien; María no aceptará a un hombre al que no quiera. Nuestra hija...

—¡Espera! No me digas que nuestra hija tiene algún galán que la corteja. ¿Es así, María?

—No, padre, no hay ningún hombre —negó María.

—Entonces, ¿no tienes ningún compromiso secreto que yo no sepa?

—No.

—Esposo, no es eso —dijo Juana.

—¿Entonces?

—María es una mujer que no desea atarse a un hombre al que ella no quiera de por vida, a ningún hombre si ella no lo acepta libremente. ¿No lo entiendes?

—Si el rey lo decide, no tendrá más remedio que acatar su voluntad.

—¿Como hizo doña Juana, la pobre reina a la que su padre y su esposo han declarado loca?

—En este mundo las cosas funcionan así. Ni siquiera los reyes son dueños de su destino. Mira a don Fernando, un hombre poderoso, un monarca invencible, un príncipe excelso, pero ahora se ve obligado a salir de Castilla, la tierra que tanto ama, la que hasta hace muy poco fuera su reino, expulsado por un advenedizo.

—Pues si tanto quiere tu rey a Castilla, que luche por ella. ¿Y cómo ha sido capaz de firmar en contra de su propia hija, de reconocer su locura...?

—Si hubiera podido evitarlo, jamás hubiera aceptado el acuerdo que le ha impuesto su yerno. Pero no ha tenido más remedio que hacerlo. Sin apoyo entre los nobles, sin la lealtad de las ciudades y villas, y sin ejército, si se hubiera opuesto a las propuestas de don Felipe hubiera sido aplastado como un insecto. No obstante, ayer le escuché decir algo enigmático; cuando hablaba con sus consejeros le entendí algo así como: «Ya veremos». Me da la impresión de que su renuncia a Castilla es temporal y que esperará a que lleguen épocas mejores y con ellas la oportunidad para recuperarla.

—¿Cómo es el nuevo rey de Castilla? —preguntó Juana de la Cruz muy preocupada.

—Apenas lo conozco, pero, por lo que he visto de él hasta ahora, el de Austria es soberbio, engreído y ambicioso. Sus consejeros no cesan de adularlo y le regalan los oídos reiterándole que pronto será el verdadero dueño del mundo, cuando reúna sobre su cabeza las coronas de Castilla, de Aragón y la del Imperio.

—En eso no es diferente a los demás reyes.

—Este ha sido capaz de confinar a su esposa y proclamar a todo el mundo que está loca para quedarse él solo con el trono. Ha comprado las voluntades de los nobles con dinero y con promesas, y ha sabido ponerlos en contra de don Fernando. El egoísmo los ha cegado, pero creo que esa pandilla de idiotas se arrepentirá muy

pronto de lo que ha hecho, y añorará el gobierno de don Fernando.

—Los nobles de Castilla solo atienden a sus intereses. En cuanto les convenga, cambiarán de bando; siempre han actuado así. Lo único que los mueve es su propio interés.

—Tienes razón, mujer. Vosotras dos carecéis de ese interés, de modo que nadie os defenderá si os quedáis aquí. Además, ahora anda don Felipe tratando de convencerlos para que acepten la reclusión de la reina Juana en un convento, aunque en realidad lo que le gustaría es encerrarla en una prisión para siempre, y se le otorgue a él todo el poder.

—¿Tú crees que la reina, en verdad, está loca?

—La conozco desde que era una niña, pero aun así no estoy seguro de su demencia. Siempre fue una joven rebelde, desobediente y extraña, muy distinta a sus hermanas. Pero cuando la enviaron a Flandes para casarse con don Felipe, doña Juana era todavía una muchacha que rebosaba de ganas de vivir y que al conocer a su futuro esposo se enamoró de él. Supongo que imaginó que su novio era uno de esos caballeros andantes que protagonizan las novelas que tanto éxito tienen entre las mujeres de la corte y que ella era su dama. Además, el viaje a Flandes debió de constituir para ella una maravillosa liberación de la rigidez a que estaba sometida en la corte de su madre. Como si le hubieran abierto la jaula a un pajarillo y pudiera volar libre. Pero cuando conoció bien a don Felipe, entendió enseguida que ese hombre no era el caballero que había imaginado cuando le dijeron que iba a casarse con el señor de Flandes y de Borgoña.

—Dicen que el de Austria es un hombre apuesto y galante.

—Lo es, pero solo piensa en sí mismo. Nada más casarse, siguió compartiendo su lecho con otras mujeres, y doña Juana no lo pudo soportar. Su amor por el archiduque es obsesivo, y esa querencia ha desencadenado unos celos insoportables que han precipitado su demencia. Juana de Castilla no es como su madre doña Isabel, que consentía los constantes devaneos amorosos de don Fernando sin queja alguna, o al menos no lo manifestaba en público.

—Pero la reina Juana ha tenido varios hijos con su esposo, y me has dicho que vuelve a estar embarazada.

—Sí, han tenido cinco hijos, casi a uno por año de casados, y, en efecto, otra vez está preñada, creo que de unos tres meses.

—La misión de las reinas es traer hijos al mundo, príncipes que continúen el linaje real. No sirven para otra cosa. ¿Eso es lo que quieres decir? —demandó Juana de la Cruz.

—De ese modo las conciben algunos, sin duda.

—Me da pena esa pobre mujer; una muñeca rota en manos de hombres sin escrúpulos..., su propio esposo, su padre, y me temo que, cuando crezca, también su hijo don Carlos. Ella es la reina legítima; si ella quisiera...

—Doña Juana es incapaz de decidir.

—¿Tú crees? Pues a mí me parece que es una mujer fiel y leal. Lo es a su esposo, pues no quiere ir contra él, pudiendo hacerlo si se pusiera del lado de su padre, y también lo es a su padre, pues en ningún momento le ha mostrado rechazo alguno ni ha firmado nada que lo pueda perjudicar. A mí no me parece que esté loca, sino todo lo contrario: está demostrando más cordura que la mayoría de los hombres que la rodean, mucha más —apostilló Juana de la Cruz.

—Nosotros nada podemos hacer. Tú y María tenéis que marcharos con el séquito de don Fernando y doña Germana. Os ayudaré a preparar vuestras cosas.

—Un momento... Todo el rato has dicho que nosotras nos vamos, y tú, ¿qué vas a hacer tú?

—Yo me quedo en Castilla —dijo Pedro Losantos.

—¡Cómo!

—El rey Fernando me ha ordenado que permanezca aquí para cumplir una importante misión. Me reuniré con vosotras en cuanto sea posible.

—¿Qué misión?

—No te lo puedo decir, Juana; pero ten confianza en mí.

—Y lo hago. Eres tú quien no confía en mí, pues no me cuentas qué te propones.

—No puedo decirte nada más. Está decidido. Tú y María os iréis con el rey; me ha prometido que cuidará de las dos. Y a ti, María, te procurará casar bien.

—¡Vaya!, ahora resulta que don Fernando decide por ti y por mí.

—Es nuestro señor...

—Padre, yo no quiero... —terció María.

—Debéis hacerlo. Solo será por algún tiempo.

—Entonces, lo que vas a realizar es peligroso, supongo.

—No, no lo es; marchaos tranquilas. No me pasará nada. En unas cuantas semanas, unos meses tal vez, estaremos juntos de nuevo. El tiempo pasará deprisa.

Juana de la Cruz miró a su esposo a los ojos y supo que mentía. Aquella mujer tenía un don especial que le hacía ver más allá de lo obvio. No solo era una experta a la hora de elaborar jarabes, ungüentos y pócimas, sino también cuando se trataba de escudriñar en el interior de los seres humanos.

—Vas a hacer algo que no quieres, y lo vas a hacer por tu rey... ¿Me equivoco?

—Habla en unas semanas —reiteró Pedro.

—No hagas algo de lo que tengas que arrepentirte.

—Los hombres no somos dueños de nuestro destino.

—Pero sí de nuestros actos —sentenció Juana de la Cruz.

Juana tenía razón; su esposo mentía y estaba a punto de cometer algo terrible... y muy peligroso. No se atrevió a decírselo abiertamente, pero Juana sentía que su esposo estaba cambiando, y que con ese cambio algo muy importante alteraría sus vidas para siempre.

*Aldea de Renedo, junto a Valladolid, reino de Castilla, 5 de julio de 1506*

El pálido horizonte de campos amarillentos, a punto de ser cosechados, se fundía con el luminoso azul del cielo de Castilla. El rey de Aragón se había levantado temprano y, tras desayunar con su esposa Germana, ordenó a su séquito, al que ya se habían incorporado Juana de la Cruz y María Losantos, que se pusiera en marcha hacia el este. En el patio y a las puertas del palacio de Valladolid, al que quizá nunca más volviera, un centenar de criados y los soldados de la escolta escucharon la orden de partir.

El pequeño Fernando, todavía somnoliento, contemplaba ensimismado cómo su abuelo daba órdenes a los comandantes de la comitiva, que iban y venían de un lado para otro transmitiendo las instrucciones del Católico.

Solo tres días antes Fernando había recibido de Italia una carta del Gran Capitán en la que Gonzalo Fernández de Córdoba le declaraba su total fidelidad y le manifestaba ante Dios que, si fuera preciso, moriría por él como su caballero más leal. En esa misiva, el virrey de Nápoles se dirigía a Fernando como a él le gustaba, *Hispaniarum rex Siciliarumque*, es decir, rey de las Españas y de las Dos Sicilias. Pese a semejante declaración, que parecía sincera, el Católico no dejaba de recelar de su mejor general, al que creía autor de una conspiración para derrocarlo del trono napolitano.

Apenas a una hora de camino de Valladolid, en el lugar de Renedo, Fernando de Aragón se detuvo para conversar con Felipe de Austria, que lo aguardaba en una casona de campo.

—Querido padre —comenzó a hablar Felipe con un tono acaramelado y fatuo que revelaba su falsedad—, he querido acompañaros un trecho del camino hacia Aragón como señal de mi amor filial por vos.

—Me alegro por ello, porque cuando me dijeron que queríais verme en el camino supuse que lo que en realidad pretendíais era comprobar con vuestros propios ojos que mi partida era cierta —repuso Fernando.

—Os marcháis a los de la Corona de Aragón, pero estos siempre serán vuestros reinos.

En público, Felipe se comportaba con la sutil habilidad diplomática que había aprendido en la corte de Borgoña, la más refinada de la cristiandad europea.

Cuando se quedaron solos, alejados unos pasos del séquito, Fernando fue bien explícito.

—Sabéis bien que he aceptado la concordia que me habéis propuesto porque no podía evitarlo, pues vos tenéis ahora la fuerza de vuestro lado.

—Mi señor padre, el acuerdo al que hemos llegado es beneficioso para ambos. Yo ya tengo Castilla en mis manos y vos podéis centrar vuestra atención en disponer

libremente de Aragón y de Italia. Juana es ahora vuestra heredera, pero ambos sabemos que, en cuanto doña Germana os dé un hijo varón, y por lo que he oído estáis muy empeñado en ello, ese niño será el futuro rey de Aragón y de todos los demás Estados de esa Corona, que es lo que pretendéis desde que murió doña Isabel. Y si no ocurre así, será mi hijo Carlos, vuestro nieto al fin, quien herede Castilla y Aragón.

—Con vos, querido hijo —ironizó Fernando—, se instaura el nuevo linaje de los Habsburgo en Castilla, la casa de Austria...

—¿Eso es lo que os preocupa, que en el trono de Castilla, y tal vez en el de Aragón, se siente una dinastía extranjera? Escuchadme, señor, vos sois un Trastámara, y vuestro padre y antecesor el rey Juan, soberano de Aragón y Navarra, también lo era, y además había nacido en Castilla, de modo que vuestro padre fue un rey extranjero en Aragón. Los reyes, querido padre, no lo somos por obra humana, sino por la gracia divina. Es Dios quien nos da o nos quita el trono, y solo a Él se lo debemos, y solo ante Él rendimos cuentas; ¿tan pronto lo habéis olvidado? Esa es la primera lección que recibe un príncipe.

—Hace falta algo más que la gracia de Dios para gobernar a un pueblo como el castellano.

—Descuidad, desde muy niño fui educado por si algún día llegaba este momento; y ya está aquí. He aprendido el sutil arte de la política de los mejores maestros posibles: vos y mi padre Maximiliano. ¿Cómo podría gobernar mal con semejantes modelos en los que fijarme?

—¿Qué haréis con mi hija? —demandó Fernando.

—Juana es la reina, pero no posee la capacidad para ejercer el gobierno, de modo que la mantendré custodiada en algún lugar seguro, donde no promueva ningún escándalo. Y no os preocupéis por su bienestar, estará permanentemente atendida, bien atendida...

—Querréis decir vigilada.

—No puede quedar libre. De vez en cuando le sobrevienen terribles accesos de cólera. A vos también os conviene que vuestra hija quede a buen recaudo; imagino que no os gustaría que la heredera de Aragón cometiera algún acto que os avergonzara como padre.

—Tratadla con respeto, al menos. Es la reina de Castilla, hija de una reina y de un rey, esposa de otro y madre de un futuro monarca. Ninguna mujer ha reunido nunca tamaña grandeza en torno a sí, ni siquiera la gran Leonor de Aquitania.

—Así lo haré —dijo Felipe, aunque no pensaba cumplir su palabra.

—Y dejad que la visite el médico que la cuidó cuando era pequeña. Se trata de Pedro Losantos; ya lo conocéis.

—Contad con ello.

—Quiero pedir os una última cosa antes de emprender el camino hacia Aragón. — Fernando miró a su yerno con firmeza.



—Decidme.

—El Gran Capitán apresó hace dos años a César Borgia, el hijo del papa Alejandro, y lo envió aquí. Desde entonces sigue preso en el castillo de Chinchilla. Ese hombre es un intrigante que procura desbaratar la tierra que pisa. Hasta ahora ha sido mi prisionero, pero acaba de pasar a vuestra jurisdicción; os solicito que me lo entreguéis para que permanezca bajo mi custodia.

—¿Por qué os interesa ese hombre?

—Ya os lo he dicho: es un intrigante.

—Dejadlo estar así —dijo Felipe.

—¿Me lo negáis?

—Por el momento se quedará donde está; ya decidiré más adelante qué hacer con él. Y dadme las gracias por ello; os evito un problema.

Fernando apretó los dientes, Felipe inclinó la cabeza a la vez que mostraba una sonrisa de triunfo, y los dos reyes se dieron la espalda, partiendo cada uno en dirección contraria.

*Valladolid, 12 de julio de 1506*

Las Cortes de Castilla y de León se reunieron unos días más tarde en Valladolid.

El palacio real en la Corredera de San Pablo, que era propiedad del marqués de Astorga, albergaba a decenas de procuradores presentes en aquella sesión de las Cortes de los reinos de Castilla y León. En varios corrillos, a la espera de que llegaran los reyes Juana y Felipe, se arremolinaban los representantes de las ciudades de Burgos, León, Granada, Toledo, Sevilla, Murcia, Jaén, Cuenca, Segovia, Soria, Zamora, Salamanca, Toro, Ávila, Guadalajara y Toro, y de las grandes villas como Madrid.

Un toque de trompeta anunció la entrada de los reyes en el gran patio, donde se habían colocado los estrados de los asistentes a las Cortes. Felipe se mostraba ufano, como un pavo real, con el collar de la Orden del Toisón de Oro al cuello, el cuello estirado y el rostro altivo; Juana estaba a su lado, seria y solemne; lucía un collar de perlas y una diadema de diamantes y esmeraldas.

Una vez ubicados en sus puestos, el secretario de las Cortes habló:

—Señores, las leyes y las costumbres antiguas de estos reinos de España obligan a que los reyes las juren, y que observen guardar los privilegios de las ciudades y villas de estos reinos, y a su vez que todos nosotros juremos guardar el patrimonio de la Corona. Por ello, en nombre de estas Cortes, ruego a sus altezas que así lo juren y confirmen.

Juana se levantó del trono en el que estaba sentada. El arzobispo de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros, se acercó a la reina portando un misal y una cruz.

—Juro cumplir las leyes de estos reinos —dijo Juana la Loca colocando su mano

derecha sobre los evangelios— y guardar los privilegios y derechos de las villas y ciudades.

Después se levantó Felipe el Hermoso y repitió el mismo juramento.

A continuación, todos los procuradores formaron en fila y pasaron junto a los reyes, besándoles las manos y jurándoles fidelidad en cuanto reyes y propietarios de los reinos de Castilla y León, y a Carlos, el príncipe ausente, como heredero, mientras los escribanos tomaban nota de cada uno de ellos para dar testimonio de lo acontecido.

—Fijaos en la reina —bisbiseó uno de los procuradores a otro al oído—, tiene la mirada perdida; esa mujer no está en condiciones de reinar. Deberíamos acabar con esta farsa y pedirle a don Fernando que regresara como gobernador, al menos hasta que su nieto don Carlos cumpla la mayoría de edad.

—Callad, o perderéis algo más que vuestra condición de procurador.

—¿Es que ninguno de nosotros se va a atrever a decir la verdad?

—¿Queréis arder esta misma tarde en una hoguera a las afueras de Valladolid?

Nadie osó contravenir ni negarse a acatar la fórmula de juramento que se había preparado para esas Cortes.

Juana fue jurada como reina sin que nadie alegara su estado de salud mental. Desde luego, su incapacidad era manifiesta, pero no hubo una sola queja. Felipe parecía satisfecho, aunque hubiera preferido que las Cortes lo juraran como rey y a la vez acordaran declarar inútil a su esposa, pero esta segunda cuestión no se produjo. No había ganado del todo, pero se consoló al saber que su suegro Fernando lo había perdido casi todo.

La primera decisión de Felipe como rey fue declarar que su esposa no estaba en condiciones de gobernar y que, por tanto, asumía todo el poder. Algunos nobles castellanos, encabezados por el almirante Fadrique Enríquez, dudaron sobre la veracidad de la demencia de la reina Juana y exigieron entrevistarse con ella para comprobarlo. Felipe así lo consintió, aunque solo permitió entrevistarse con la reina a una comisión de cuatro nobles. Uno de ellos, Pedro López de Padilla, salió de la entrevista asegurando que la reina no estaba loca, sino que se había mostrado bien cuerda y aun ingeniosa.

No sirvió de nada. Lo que pudiera ocurrirle a Juana ya le importaba a muy pocos.

*Castillo de Mucientes, cerca de Valladolid, mediados de agosto de 1506*

Cuando el rey Felipe recibió la noticia de que el rey Fernando había abandonado Castilla y ya se encontraba en tierras aragonesas, respiró aliviado. Aunque se sentía fuerte, protegido por sus mercenarios alemanes y flamencos y respaldado por la inmensa mayoría de la nobleza, no se fiaba de su suegro, al que creía capaz de tramar cualquier trepa para desbancarlo del trono, de modo que ordenó a sus espías que le

comunicaran de inmediato cualquier movimiento del aragonés.

Dueño del poder al fin, deseaba tenerlo para sí solo, sin compartirlo con su esposa, de modo que decidió que Juana debía ser encerrada de por vida, sobre todo tras lo sucedido en el palacio del duque de Benavente. Hacía unos días, poco después de los juramentos en las Cortes, la reina había protagonizado un altercado que dejó clara ante la corte su falta de estabilidad mental. Fue durante la visita al zoológico que el conde tenía en su magnífico palacio de Valladolid, donde disponía de los más exóticos y raros animales. En un momento de descuido, mientras observaban un par de panteras, Juana, pese a su embarazo ya manifiesto, echó a correr y salió del palacio sin que nadie pudiera impedirlo. Su esposo corrió en su persecución y con él varios guardias. Cuando estaban a punto de alcanzarla tras recorrer varias calles, la reina se adentró en una tahona donde una panadera estaba amasando harina en una gran artesa. Rodeada por los guardias y ante las palabras amables de su esposo, optó por entregarse sin resistencia. Las carreras de la reina, el rey, varios cortesanos y un par de docenas de soldados por las calles de Valladolid fueron objeto de jocosos comentarios a cargo de las gentes de la ciudad, que en las cantinas y tabernas narraron el suceso con no poca ironía.

Fue el propio duque de Benavente quien aconsejó a Felipe el Hermoso que recluyera a su esposa en un lugar donde la pudiera custodiar con total seguridad para que no se repitiera otra escena como la que habían protagonizado por las calles de Valladolid. Le ofreció para ello la fortaleza de Mucientes, un formidable castillo de su propiedad, a poco más de una hora de camino al norte de Valladolid, un lugar cercano, discreto y seguro.

Cuando le dijeron que iba a ser trasladada a esa fortaleza, Juana se negó. Gritó, pateó, se tiró por el suelo, arañó a sus sirvientes..., pero, al fin, fue reducida y conducida a Mucientes, acompañada por el arzobispo de Toledo y por Garcilaso de la Vega, escoltada por un grupo de hombres armados para evitar cualquier contratiempo. El rey, a petición de Cisneros, consintió en que Pedro Losantos acompañara a la reina, a fin de certificar que su estado de salud era aceptable y para atenderla si sufría algún percance en el camino, pues el retoño que llevaba en sus entrañas podía correr peligro.

Se acordó que la reina quedaría privada de libertad, que permanecería constantemente controlada por una docena de fornidos guardias, que se turnarían en la custodia para que en ningún momento quedara sin vigilancia, y que no saldría de la fortaleza salvo orden expresa del rey, y siempre escoltada por una férrea guardia.

El rey Felipe encargó al duque de Benavente, almirante de Castilla además, que fuera a visitar a la reina y comprobara que las condiciones de seguridad eran las adecuadas.

Juana de Castilla, la reina loca, había quedado recluida en el enorme torreón levantado con sillares de piedra blanca en el castillo de Mucientes, ubicado sobre un

pequeño cerro en medio de la extensa llanura castellana, al lado de un pequeño caserío recostado al abrigo de la fortaleza.

El conde y almirante entró en la gran estancia del enorme torreón donde la reina permanecía encerrada desde hacía tres días. En esos momentos se encontraban con la reina el arzobispo Cisneros y Garcilaso de la Vega, que habían sido los encargados de su custodia, además de Pedro Losantos, que trataba de tranquilizar a Juana aconsejándole que tomara una infusión de abrotano y manzanilla.

Juana estaba sentada junto a una pequeña ventana enrejada. Sostenía entre sus manos un libro de sentencias y ejemplos preciosamente iluminado con delicadas miniaturas, pero contemplaba con los ojos perdidos en la lejanía el vasto horizonte de campos de trigo recién segado. Vestía una amplia túnica negra y se cubría la cabeza con un capirote parecido al que llevaban los disciplinantes en las procesiones de la cuaresma, que le caía sobre la cara y le tapaba buena parte del rostro. Nadie hubiera dicho que aquella mujer era la reina de Castilla.

—Alteza, venimos a comprobar que os encontráis en las mejores condiciones...

—El duque de Benavente hizo un gesto a Pedro Losantos para que se apartara y se detuvo al comprobar que Juana ni se movió, como si no hubiera escuchado las palabras del aristócrata—. ¿Mi señora...? —insistió el de Benavente.

—Lleva así, en silencio e inmóvil, desde que llegamos aquí hace tres días —dijo Garcilaso.

—¿Vos sois su médico? —le preguntó el de Benavente a Pedro.

—Sí, señor conde, desde que era una niña —precisó Losantos.

—¿Y qué le ocurre ahora?

—No quiere hablar con nadie, y apenas ha probado bocado. Intento que se beba esta infusión para que se tranquilice —bisbisó Losantos, que sostenía en la mano el vaso de cristal del que no había querido beber la reina.

—Quiero salir de aquí inmediatamente —habló de pronto Juana.

—Eso no puede ser, mi señora, el mandato de las Cortes y del rey es que...

—Soy vuestra reina; os ordeno que me saquéis de aquí ahora mismo u os haré azotar hasta desollaros vivos.

—Mi señora —terció el almirante—, estáis enferma y debéis guardar reposo, en cuanto sanéis de vuestra enfermedad...

—No estoy enferma, nunca he estado enferma. Soy la hija de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla. Soy vuestra reina. ¡Sacadme de aquí, bastardos! —Juana tenía los ojos encendidos y las manos crispadas como garras.

—Por el momento tenéis que permanecer en este castillo, señora; he pedido que os traigan un altar para que podáis rezar cuando lo consideréis oportuno. —El duque de Benavente señaló un altar portátil con un reclinatorio que dos criados acababan de depositar en un rincón de la gran sala ubicada en la segunda planta de la torre.

—¡Sacad eso de aquí! —exclamó Juana dándoles la espalda—. No quiero ver ese artefacto en mi aposento.

—Es un altar, alteza —explicó el arzobispo Cisneros—. Yo mismo lo consagraré para vos.

—Es un instrumento de tortura —replicó la reina, que se acercó hacia el altar con aparente indiferencia.

Pero en un instante, sin que pudieran impedirlo, Juana derribó el altar de un empujón.

—¡Señora! —exclamó el arzobispo, que se agachó presuroso, pese a su edad, a recoger los dos relicarios que habían rodado por el suelo.

—¿No me habéis oído? Llevaos de aquí vuestro altar y vuestras reliquias, y ya que no queréis dejarme libre, al menos dejadme en paz. —La reina alzó los brazos al cielo.

—Contiene un relicario con huesos de san Jerónimo y otro con los de san Lorenzo —añadió Cisneros. El arzobispo frotó los dos relicarios con las mangas de su propia camisola y los besó como señal de desagravio.

—Eso es un embrujo —musitó la reina señalando a los relicarios.

—Pero, señora...

—Están hechizados; vuestro altar, vuestras reliquias, vuestras ceremonias son supersticiones propias de brujos, todo esto está embrujado, ¡lleváoslo de aquí, fuera de mi vista! ¡Fuera!

—¿Dónde oiréis misa, entonces, señora? —El arzobispo se santiguó alterado.

—No quiero oír misa, no quiero ver por aquí a ninguno de vuestros capellanes; todos vosotros sois agentes del demonio.

A una señal del conde, los criados que acababan de colocar el altar portátil lo recogieron del suelo y lo sacaron de la sala. Losantos se mantenía al margen, junto a uno de los muros del torreón, con la infusión aún caliente en su mano.

—Señora, no podéis comportaros así... —intervino el conde intentando calmarla.

—Llevaos también el gato —dijo la reina.

—¿El gato? No veo por aquí ningún gato, mi señora. —El conde miró extrañado a Garcilaso de la Vega, que se encogió de hombros.

—Está por aquí..., escondido, es un gato gigante, negro... Si no os lo lleváis devorará a mis hijos.

—De acuerdo, alteza, nos llevaremos al gato.

—Llevadme también a mí; quiero salir de esta prisión —insistió la reina.

—Como almirante de Castilla, os comunico que permaneceréis en esta fortaleza hasta que vuestro esposo el rey ordene otra cosa —asentó el duque de Benavente con cierto malestar y cansado de la actitud de la reina.

El arzobispo de Toledo alzó la mano y trazó en el aire la señal de la cruz en dirección a la reina Juana.

—Y vos, maldito traidor —dijo la reina dirigiéndose al arzobispo Cisneros—, marchaos de aquí inmediatamente. Si mi madre, en la otra vida, se entera de lo que estáis haciendo con su hija... Ella confiaba en vos. —Juana se derrumbó; se sentó en

el suelo y se tapó la cara con las manos sollozando.

El arzobispo se persignó y se retiró el primero de la sala, seguido de Pedro Losantos. Tras ellos, y no sin antes inclinarse ante Juana, salieron el duque de Benavente y Garcilaso de la Vega.

—Y bien, señores, ¿cuál es vuestra opinión sobre el comportamiento de su alteza? —les demandó el conde una vez fuera.

—Si no se tratara de la reina de Castilla, lo que hace y lo que dice la llevarían ante un tribunal de la Inquisición, y de inmediato a la hoguera. Esta mujer parece poseída por un demonio —sostuvo el arzobispo.

—No lo creáis, monseñor. Se trata, tan solo, de una mujer enamorada y despechada a la que los celos, el mayor monstruo del mundo, han arrastrado a la demencia —terció Garcilaso de la Vega.

—Enamorada o no, doña Juana no puede salir de aquí de ninguna manera. Tenemos que mantenerla bajo un férreo control. Tal como se encuentra, la reina constituye un grave peligro para nuestros intereses —terció el almirante.

—Yo creo que esa mujer no está loca. Recordad con qué ironía respondió a su esposo el rey cuando este la acusó de vestir a la manera morisca: «Al parecer, no tiene el reino otros problemas que mi forma de vestir», fueron sus palabras. Esa no es la respuesta de una demente, sino la de una mujer inteligente y bien cuerda —asentó Garcilaso.

—No sé cómo responderán los concejos de las ciudades de Castilla cuando se enteren de que el rey mantiene presa a su esposa, la soberana legítima propietaria de estos reinos. Me temo que algunos agitadores pueden provocar que se generen disturbios en varias ciudades; debemos estar preparados para eso —sentenció el almirante.

Pedro Losantos lo vio y lo escuchó todo, y sintió asco por cómo estaba tratando el rey Felipe a su esposa. Si pudiera hacer algo para acabar con semejante injusticia... En ese momento, creció en su corazón un hondo sentimiento de odio hacia el rey Felipe.

Cuando a finales de agosto corrió la noticia de que la reina Juana estaba recluida contra su voluntad en el castillo de Mucientes, y tal cual algunos habían augurado, estallaron algunas revueltas en diversas ciudades y villas. Algunos mercaderes incluso propusieron organizar un ejército con milicias urbanas, asaltar la fortaleza, liberar a la reina y colocarla en el trono, pero no hubo nadie que se atreviera a dar el primer paso.

Unos pocos nobles se enfrentaron con Felipe y se negaron a admitir que Juana fuera desposeída de sus poderes como reina, tal como pretendía su esposo para quedarse con todo el poder. La mayoría de la nobleza ratificó el solemne juramento emitido unas semanas antes en las Cortes de Valladolid: que Juana era la legítima

propietaria de los reinos de Castilla y de León y que Felipe de Austria era su legítimo esposo y, por tanto, el rey. Con ello, quedaba claro que el reino pertenecía a Juana y no a Felipe, que era rey por su matrimonio. Juana no fue desposeída de su dignidad, pero nadie movió un solo dedo para sacarla de su aislamiento y colocarla al frente del reino. Nadie estaba dispuesto a luchar, y mucho menos a morir, por Juana. Juana, la reina loca.

Felipe de Austria supuso que era Fernando quien mediante sus agentes y espías estaba alentando todo ese creciente malestar en las ciudades, de modo que decidió ir contra su suegro, al que consideraba su mayor amenaza. Colocó a los principales detractores del aragonés en los puestos más importantes del reino, a Medina Sidonia lo nombró capitán general de Andalucía, y escribió a su padre Maximiliano para que lo ayudara contra el Católico, animándolo a que atacara las posesiones italianas del rey de Aragón; procesó en Burgos al duque de Alba, el principal apoyo en Castilla de don Fernando; ordenó que se aislara por completo a su esposa la reina Juana; envió una carta al papa ofreciéndole su ayuda y su colaboración, a la vez que le pedía que aumentara en lo posible los ataques contra el Católico, intentando crear un frente común contra él en todas partes; y comenzó a nombrar a hombres de su entera confianza para ocupar los puestos más importantes del gobierno. En apenas cuatro semanas la administración de Castilla quedó en manos de los consejeros flamencos y borgoñones de Felipe el Hermoso.

Tras las débiles nevadas del invierno anterior, la primavera había sido muy seca y cálida. A comienzos de julio se secaron los manantiales y aquel verano la cosecha resultó escasa y la hambruna se extendió por toda la tierra, lo que aumentó el malestar de las gentes, que creían que la sequía era un castigo del cielo por mantener encerrada a su reina. Y con el hambre y las carencias se desencadenó una epidemia de pestilencia que provocó numerosos muertos. En la ciudad de Córdoba la gente no aguantó más y estalló una revuelta general contra el inquisidor Lucero, que tenía a la ciudad aplastada por un puño de hierro. Ante los abusos cometidos, el rey Felipe tuvo que suspender la jurisdicción del Consejo General del Santo Oficio en esa ciudad para evitar el estallido de una gran revuelta popular de consecuencias imprevisibles, y sustituyó a varios oficiales inquisidores que se estaban excediendo con abominables prácticas de represión y tortura. El tal Lucero había condenado a la muerte en la hoguera a más de dos mil quinientas personas, casi otras mil habían logrado escapar y habían sido quemadas en efigie, y había privado de libertad, perseguido y torturado a más de treinta y dos mil, la mayoría judíos conversos y moriscos, contra los que se había ensañado a conciencia.

Con semejante cúmulo de calamidades sucediéndose día tras día, hubo quien anunció que sobre el reino de Castilla se desplegaban negros nubarrones, y que aquellos malos augurios constituían la prueba de que había comenzado una época terrible para los castellanos. Algunos señalaron al rey Felipe como el principal culpable de esos males. Lo que se avecinaba no era precisamente el presagio de unos

tiempos dichosos.

*Galera real, playa de Barcelona, Cataluña, 4 de septiembre de 1506*

Tras salir de Castilla y pasar unos días en Zaragoza despachando asuntos propios de Aragón, el reino cabeza de su Corona, pero que a don Fernando le interesaba poco, el Católico y su esposa Germana se dirigieron a Cataluña.

Un mensajero se había adelantado a la comitiva real para llevar a Barcelona la orden de preparar una escuadra para zarpar rumbo a Nápoles, pues acabado su gobierno en Castilla, Fernando había decidido dedicar todos sus esfuerzos a asentar sus dominios en el sur de Italia y preparar la defensa ante la amenaza de los turcos. Sus espías en oriente aseguraban que el sultán Bayaceto II había encargado a los astilleros imperiales la construcción de una gran flota de galeras de guerra, lo que presagiaba una futura invasión.

Ya en Barcelona recibió la noticia de que el Gran Capitán había acordado el matrimonio de su hija Elvira con el noble romano Fabricio Colonna, sin contar con el consentimiento real, y a pesar de que Fernando pretendía casar a Elvira con su nieto, el hijo del arzobispo de Zaragoza. Los consejeros cortesanos que se oponían al Gran Capitán aprovecharon esa circunstancia para volver a criticarlo y sembrar nuevas dudas y más animadversión en Fernando, que se sintió menospreciado por su general. Otra vez volvieron las insidias: que si Gonzalo había traicionado la confianza del rey, que si lo había desobedecido, que si estaba pactando en secreto con Francia, que si iba a pasarse al lado del papa, que si intrigaba contra Fernando para derrocarlo, que si se había quedado con dinero que le correspondía a la Corona... Todo era poco con tal de acrecentar el rechazo del rey Católico hacia el Gran Capitán.

Fernando de Aragón y su corte embarcaron en la playa de Barcelona. La mañana era plácida y el sol brillaba con fuerza sobre la capital del condado. Juana de la Cruz y su hija María embarcaron en la misma nave que los reyes Fernando y Germana. El rey había dispuesto que las dos mujeres sirvieran a su esposa como damas de compañía.

—Mi esposo dice que conocéis el secreto de todas las plantas —le comentó Germana a Juana una vez instaladas en los camarotes de popa de la galera real, en la que habían embarcado en espera de la orden de zarpar.

—Sí, mi señora. Me los enseñó mi madre, y a ella la suya, y así hasta más allá de la memoria que se guarda en mi familia —repuso Juana de la Cruz.

—¿Conocéis entonces algún remedio para que me quede embarazada? Es lo que mi esposo el rey más desea en este mundo. —La francesa ya se expresaba en castellano con cierta soltura, aunque con un marcado acento.

—Existen infusiones de varias hierbas que pueden ayudaros a ello, alteza.



Precisamente he comprado en una tienda de Barcelona hojas de trébol rojo, diente de león y raíz de jengibre; creo que os podrán servir para lo que me pedís. Beberéis dos infusiones de estas hojas cada día y tomaréis la raíz de jengibre en algunas comidas.

—¿Dará resultado? —demandó la reina Germana.

—No es seguro, pero os ayudará.

—El rey está tomando cuanto le recetan sus médicos; yo haré lo que vos me aconsejéis.

—Las hierbas que os recomiendo son las únicas que he encontrado en Barcelona. Quizá en Nápoles haya algunas otras que también tienen la propiedad de facilitar el embarazo.

—En la corte de Francia, algunas damas tomaban para ello polvo de cuerno de unicornio. ¿Habéis visto alguno de esos animales?

—No, nunca, mi señora; pero he oído que sí existen. Lo leí en un libro escrito por Juan de Eslava, un galante caballero andaluz que cuenta cómo fue a buscar un unicornio para que tomara el polvo de su cuerno el rey Enrique, ese al que llamaron «el Impotente», y las notables aventuras que le sucedieron. Dice el tal maestro Eslava que los unicornios viven en África y que solo se acercan a las doncellas vírgenes, ante las que se comportan con absoluta docilidad, como si fueran unos perrillos falderos. Pero yo creo que se trata de una fantasía imaginada por ese Eslava, un fabulador sin duda, y no de un animal real. En Toledo había una botica en la que vendían ese polvo, o al menos así lo presentaban, pero en Barcelona no lo he podido encontrar. También dicen que es bueno para la impotencia del varón, aunque no creo que ese sea el problema de vuestro esposo el rey, y perdonadme la indiscreción, mi señora.

—Mi esposo me hace el amor casi todos los días, aunque en algunas ocasiones no ha podido completar el acto... —confesó Germana sin ruborizarse.

—¿Su miembro se derrumba antes de...?

—No, no, no es eso. A veces, tras penetrarme, no puede derramar su semilla dentro de mí.

—¿Le ocurre a menudo? —se atrevió a preguntar Juana de la Cruz, que a cada momento se ganaba más y más confianza de la reina.

—Pues una de cada cuatro o cinco veces.

—Existe un remedio...

—¿Para él?

—Sí, claro, pero no sé si su alteza estará dispuesto a tomarlo.

—Decidme; yo se lo haré llegar. Creo que podré convencerlo.

—El rey deberá comer ostras, mejillones y almejas, además de los testículos de toro que ya viene consumiendo.

—¿Qué?

—Es un remedio muy eficaz. Los testículos de toro proporcionan vigor al varón y aumentan la cantidad de su... simiente, y los moluscos avivan sus deseos varoniles.

La ingesta combinada de ambos alimentos ayudará al propósito de vuestro esposo — explicó Juana.

—¿Vuestro esposo cumple con vos de manera conveniente? —le preguntó ahora Germana a la conversa.

—¡Oh!, sí, mi señora. No tengo queja en ese sentido, aunque ahora mi cama está vacía, pues mi marido se ha quedado en Castilla para cumplir una misión encomendada por vuestro esposo el rey.

—¿De qué misión se trata?

—No lo sé, no me lo ha revelado. Tal vez sea un secreto, pues mi esposo es médico, pero a veces recibe encargos del rey propios de un diplomático, como cuando fue a Francia para pedir vuestra mano.

—¿Fue vuestro esposo quien lo hizo?

—Sí, fue Pedro.

—No lo sabía, pero eso aún nos va a unir mucho más. —Germana tomó la mano de Juana en un gesto de complicidad.

—Os ayudaré en lo que pueda, mi señora.

—Os agradezco vuestros consejos, doña Juana. Necesito una mujer con la que conversar, que me entienda y me escuche como amiga y no solo como reina; y me gustaría que fuerais vos.

—Contad con mi amistad y mi discreción, alteza.

—Y de paso aprenderé de vos muchas más palabras de vuestro idioma; todavía no conozco el significado de muchas de ellas y algunas veces pierdo el hilo de la conversación, incluso cuando estoy a solas con mi propio esposo el rey.

Antes de zarpar se habían provisionado en varias carnicerías de testículos de toro, que se adobaron con sal, pimienta, aceite y vinagre para poder conservarlos durante el viaje.

Ya en plena travesía por el Mediterráneo, el cocinero real le preparó al Católico unos testículos de toro guisados con vino tinto, miel, romero y canela. Aquella noche el rey tuvo fuerzas suficientes como para montar a la reina un par de veces. Los gemidos de placer de Germana se escucharon por toda la galera, apenas amortiguados por el ruido de los remos batiendo las olas.

A la mañana siguiente el rey no apareció por cubierta. Fue la propia reina la que salió del camarote para pedir algo de comer. La joven francesa tenía el aspecto de una de aquellas legendarias guerreras Amazonas, como si acabara de participar en la más intensa de las batallas.

El aire era denso y húmedo. Unas nubes grises se aproximaban desde el oeste presagiando una inminente tormenta. Los propietarios de viñas miraron al cielo angustiados. Las uvas estaban a punto de ser vendimiadas y una granizada podía dar al traste con la cosecha y con las ganancias de todo un año.

La casa de Pedro Losantos en la parroquia de Santiago de Valladolid estaba en silencio. El médico comía en la soledad de la cocina unas gachas de harina, un pedazo de cecina de vaca, queso ahumado y unos nabos asados con tomillo y romero.

Hacía poco más de un mes que la esposa y la hija del médico converso se habían marchado de Valladolid en la comitiva del rey Católico, y ya las echaba de menos, sobre todo a Juana, por la noche, cuando llegaba a casa tras haber visitado a algunos enfermos y la encontraba vacía, el fuego del hogar apagado, sin el aroma a perfume de lavanda que usaba su esposa, sin nadie que le diera un beso o una caricia de bienvenida. Pedro Losantos estaba solo.

Antes de salir de Castilla obligado a dejar el que durante más de treinta años había sido su reino, Fernando el Católico le había encomendado a Losantos una misión terrible. Ni siquiera se explicaba cómo había podido aceptar semejante propuesta. Conocía al Católico desde hacía veinticinco años, había atendido a sus hijos, había ayudado a nacer a las infantas María y Catalina, había visto morir al príncipe Juan, a su hijito póstumo y a la reina Isabel, y había sido testigo y cómplice de las numerosas aventuras amorosas del rey de Aragón y de Castilla, al que había atendido de sus dolencias en numerosas ocasiones. E incluso le había salvado la vida cuando lo curó tras el atentado en las escaleras a las puertas del palacio real de Barcelona. Pero, pese a todo ello, no era capaz de entender por qué le había dicho que sí, que cumpliría con aquella misión tan cruel.

Él era un sanador de cuerpos, alguien que había estudiado para curar enfermedades, prevenir dolencias y retrasar, en lo posible, el dolor y la muerte. Pero ahora estaba allí, colocando en una bolsa unas hojas aparentemente inofensivas, que semejaban las de una palmera, aunque más pequeñas y menos leñosas.

Dejó su equipaje preparado, pues al día siguiente salía de viaje hacia Burgos, donde debía incorporarse a la corte del rey Felipe el Hermoso. Gracias a un agente de Fernando infiltrado entre los consejeros de Felipe, el de Austria había aceptado a Pedro Losantos como médico de su corte, aunque no entre los principales, que eran flamencos. En ello había influido que doña Juana había pedido que Losantos la continuase visitando como médico en el castillo de Mucientes, pues tenía confianza en él. Cisneros, presidente del Consejo de Castilla, también lo había recomendado, siguiendo instrucciones secretas de Fernando el Católico.

Esa noche, Pedro Losantos no pudo dormir. Un tropel de ideas iban y venían por su cabeza en un sinfín de contradicciones que lo anegaron en un mar de dudas y de zozobras. Había aceptado el encargo de Fernando, un mandato funesto y cruel, pero

no quería cumplirlo, no debía hacerlo. Iba a cometer un acto abominable, indigno de un médico, aunque trataba de convencerse a sí mismo de que aquello sería lo mejor para Castilla.

Ya había habido alguna ocasión en la que había deseado la muerte de un hombre, y, acostumbrado como estaba por su profesión a ver morir a sus pacientes, consideraba que la vida era algo demasiado leve y fútil. Pero ahora no se trataba de ver morir a un hombre, sino de participar en su muerte. Y entonces apretó los dientes, tensó los músculos de todo su cuerpo y se convenció de que matar a un ser humano no era un asunto demasiado importante; y según qué hombre, ni siquiera era un pecado.

A la mañana siguiente, justo con las primeras luces del alba, salió de su casa. Cerró la puerta con llave y entonces recordó a aquellas familias hebreas, sus amigos y parientes, cerrando también las puertas de sus casas en Toledo, cumpliendo la tajante orden de expulsión de los judíos dictada por los Reyes Católicos, la de abandonar la tierra donde habían nacido y se habían criado, para salir en un breve plazo de los reinos de Castilla y de Aragón so pena de arder en la hoguera.

A lomos de una mula recorrió en poco más de una hora el camino de Valladolid a Mucientes, donde visitó a la reina Juana previa autorización del rey Felipe. A la vista de aquella mujer, encerrada, humillada y despreciada, muchas de sus dudas se disiparon, e intentó convencerse de que lo que iba a hacer en Burgos tal vez estuviera bien, tal vez fuera justo y, desde luego, sí era necesario. De modo que sí, lo que iba a hacer estaba bien.

Tras visitar a la reina y recetarle dos o tres tomas diarias de una infusión elaborada con una mezcla de mejorana, valeriana y tila, el mejor remedio para tranquilizarla y hacer más llevadero su encierro, salió de Mucientes camino de Burgos, donde debía incorporarse al servicio de la corte del rey Felipe.

Al llegar a la ciudad, un agente secreto del rey Fernando esperaba a Pedro Losantos en la posada donde se hospedaba. Tras identificarse, los dos hombres salieron a dar un paseo por la ribera del Arlanzón, alejados de los oídos indiscretos. Nadie debía escuchar aquella conversación.

—¿Lo habéis traído? —preguntó el agente, un tipo fuerte y decidido que tenía sobre el lado derecho de su frente una cicatriz, tal vez fruto de una batalla o una reyerta; ¿quién sabe?

—Sí. Está en una bolsa con el resto de mis cosas, en la habitación de la posada —respondió Losantos.

—¿Y si alguien lo descubre? —se preocupó el agente.

—Descuidad. Se trata de unas hojas de apariencia inocente; nadie sabrá para qué sirven.

—Bien. Deberéis hacer la entrega dentro de tres días. Desde que salgáis de la

posada seréis custodiado a distancia por varios hombres bajo mis órdenes. Iréis al palacio del Cordón al atardecer.

—Pero ¿y los guardias?

—Descuidad. No habrá guardia alguno. En la puerta trasera solo os esperará el cocinero. A él deberéis entregarle el..., bueno, ya sabéis.

—¿Cómo identificaré a quién debo dárselo? ¿Quién es ese cocinero?, ¿cómo es?, ¿qué aspecto tiene? —preguntó Losantos nervioso.

—No tendréis duda alguna al verlo.

—Pero...

—Vos acudid a esa puerta, justo en el momento en el que se oculte el sol, dentro de tres días. Os estará esperando. Todo está arreglado, pero si se produjera alguna contingencia imprevista y hubiera que abortar esta misión, dos hombres que se identificarán como Santiago y San Jorge os protegerán y os escoltarán hasta ponerlos a salvo en la frontera de Aragón, aunque espero que no haya que recurrir a eso, pues sería la señal de que hemos fracasado.

—Yo... os confieso que nunca he hecho algo así —trató de excusarse Pedro Losantos.

—En cambio, hace tiempo que este es mi trabajo.

—Sé que el rey Fernando confía mucho en vos.

—Hace más de treinta años que estoy a su servicio... para casos como este.

—¿Ya lo habéis hecho otras veces? —le preguntó Losantos.

—La primera vez también fue con un rey —asentó el agente.

—¿Don... Enrique?

—Sí. El Impotente. Tuvimos que acabar con él cuando decidió echarse atrás en lo acordado con doña Isabel y don Fernando. Pretendía devolverle a doña Juana la Beltraneja los derechos al trono, y no lo podíamos consentir, de modo que hubo que eliminarlo.

—Mi padre fue médico de don Enrique y luego de doña Isabel. Sí, me contó algo sobre ello, pero nunca quiso revelarme lo que realmente ocurrió. Decía que, si yo desconocía los hechos, estaría más seguro —comentó Pedro.

—¿Vuestro padre decís? —se interesó el agente.

—Sí, Pablo Losantos, ¿lo llegasteis a conocer?

—¡Claro! Mosés Leví, el médico toledano. ¿Ese era vuestro padre?

—Sí, era judío, pero se convirtió y adoptó el nombre de Pablo, Pablo Losantos.

—Lo conocí, claro que lo conocí. Y ahora me alegra de haber conocido a su hijo. Bueno, ya estáis metido de lleno en esto, de modo que lo podéis saber. Envenenamos a don Enrique con arsénico —asentó el agente de Fernando el Católico.

—¿Vos...?

—Sí. Yo era entonces un joven caballero al servicio de don Juan Pacheco. Don Juan era un hombre ambicioso y ávido de riquezas. Ante el caos que reinaba en Castilla, planeó apoderarse del fabuloso tesoro real custodiado en el alcázar de

Segovia. Creía que liquidando a don Enrique, y con doña Isabel en el trono, él se convertiría en el verdadero dueño de Castilla y en el administrador del tesoro y de las rentas reales.

»Además, don Juan Pacheco ya tenía práctica en ello: en el año del Señor de 1468 envenenó al príncipe don Alfonso, el hermano de doña Isabel.

—¡Cómo! —exclamó Losantos.

—¿No os contó nada de esto vuestro padre? Fue en Cardenosa. Los médicos certificaron que don Alfonso había muerto debido a la peste, pero yo os aseguro que, por orden de don Juan Pacheco, le colocaron veneno en una trucha que le sirvieron como almuerzo al joven príncipe. Tenía catorce años tan solo. Al morir don Alfonso, su hermana la princesa Isabel fue proclamada heredera de Castilla. Esa es la verdad.

—¿No hubo otra manera de solucionarlo? —Losantos se hizo el inocente.

—En el caso del rey Enrique, yo no tuve alternativa. O cumplía con esa orden o mi cabeza rodaría por el suelo sin remedio. De modo que aprovechando su confianza administré al rey varias dosis de arsénico a lo largo del mes de diciembre, en el alcázar de Madrid, donde estaba refugiado. Lo hice según me indicaron, hasta que su estómago no resistió más y murió envuelto en flujos y vómitos de sangre.

—¿Me estáis diciendo que, si me hubiera negado a cumplir este... encargo, el muerto hubiera sido yo? —preguntó Losantos.

—¿Acaso creéis que una vez conocido este plan hubierais vivido para contarlos si no os hubierais prestado a llevarlo a cabo? Os suponía más listo, don Pedro.

El médico tembló como un muchacho desvalido en una noche oscura y sintió cómo su corazón latía acelerado, como un caballo desbocado en una carrera sin fin.

### *Burgos, mediados de septiembre de 1506*

Durante varios días de finales del mes de agosto un cometa había brillado en el cielo de Castilla, cruzando el firmamento desde oriente hacia occidente. Fue bien visible desde el atardecer, y soltaba chispas en su camino errante entre las estrellas. Algunas gentes lo consideraron como el mensajero que traía el anuncio de que las desgracias que se cebaban sobre el reino de Castilla serían todavía mayores. Ciertos astrólogos pronosticaron que aquel era el anuncio de la llegada de nuevas y más mortíferas pestilencias, guerras, terremotos, sequías e inundaciones. Pero Pedro Losantos no dio mayor importancia a los avisos de los agoreros y siguió con los preparativos del plan que le habían encomendado.

El converso sacó de su bolsa unas hojas secas y las puso a cocer en infusión en la cocina de la posada donde había alquilado una habitación a su llegada a Burgos. Cuando estimó que había pasado el tiempo suficiente, acercó su nariz al caldo y lo olisqueó.

En efecto, como le había asegurado quien se lo proporcionó, ni olía ni parecía

saber a nada. Coló el líquido, lo introdujo en una botella, esperó a que declinara el sol y se dirigió hacia el palacio del Cordón, donde estaba alojado el rey Felipe el Hermoso.

Tal y como le habían indicado, extrañamente en la puerta trasera del palacio del Cordón no había ningún guardia en esos momentos. Se acercó con sigilo y en la semipenumbra del ocaso vio a una figura bajo el umbral.

—Pasad, rápido —le ordenó el agente de Fernando.

—¡Sois vos! —se sorprendió Pedro al identificar al hombre con el que había estado hablando días atrás. Portaba en ese momento el delantal de cuero encerado de los cocineros de la corte real.

—Ya os dije que identificaríais enseguida al cocinero. ¿Os ha visto alguien llegar hasta aquí?

—Nadie. A estas horas las calles de Burgos están casi desiertas y solo se atisban algunas sombras.

—¿Lo habéis traído?

—Aquí está.

Losantos abrió su macuto y sacó una botella. Con cuidado, se la entregó al agente de don Fernando, que la abrió y la olfateó como lo haría un sabueso.

—No huele a nada.

—Y tampoco sabe a nada. Ya os dije que nadie lo detectará. ¿Cuándo vais a administrárselo?

—Esta misma noche. El rey lleva toda la tarde follando con una dama gallega a la que anda cortejando desde hace unos días. Ha pedido que se le prepare un guiso de carne con verduras para la media noche. Coceré la carne y las cebollas con esto.

—¿Vos sois el cocinero?

—Entre otras muchas cosas... ¿Es eficaz este brebaje?

—Eso me han asegurado. No hay ninguno más letal.

—¿De qué pócima se trata?

—Es una infusión de hojas de ichigua.

—¿Ichigua?; jamás he oído hablar de ello.

—La ichigua es una planta que brota en una isla que sus descubridores han llamado Trinidad, en las Indias del Nuevo Mundo. La trajo un marinero en el tercer viaje del almirante Colón. Su ingesta es mortal, de modo que tened mucho cuidado.

—¿Cómo la habéis conseguido?

—Una buena bolsa de monedas abre cualquier puerta; deberíais saberlo —dijo Losantos.

—Espero que sea efectiva, porque, si fallamos, estaremos muertos.

—Si se administra correctamente, nadie sabrá qué es lo que le ha ocurrido al rey Felipe.

—¿Estáis seguro? —preguntó el agente y cocinero.

—Por completo —dijo Losantos.

—Sabed que no hago esto por dinero, sino por nuestro señor el rey don Fernando y por nuestra reina doña Juana. Y porque odio a esos petulantes caballeros flamencos, a los que quiero ver fuera de Castilla cuanto antes —asentó el cocinero.

—Nunca he dudado de ello. A mí también me empuja el mismo motivo, como comprenderéis —ironizó Losantos.

El rey de Castilla, que había pasado la tarde jugando a la pelota en el trinquete y luego cabalgando sobre la grupa de la hermosa dama gallega, estaba muy hambriento. Aquella noche Felipe de Austria devoró un excelente guiso de sabrosa carne de carnero con cebollas, aderezada con tomillo, romero, mejorana... y una notable cantidad de destilado de ichigua.

Al día siguiente, Felipe de Austria se levantó con fuertes dolores de cabeza y de tripas.

—¡Llamad a un médico! —gritó el rey, que se tambaleó por la alcoba como un borracho.

El ayuda de cámara entró al oír los gritos y apenas pudo llegar a recogerlo del suelo, donde Felipe se agitaba como un poseso, retorciéndose de dolor.

Dos guardias aparecieron tras él y al ver al rey encogido sobre el pavimento fijaron sus ojos en la mujer que seguía en la cama paralizada de miedo.

—Detenedla —ordenó el camarlengo.

—Yo no he hecho nada, el rey se ha levantado solo y luego ha caído al suelo; yo no he hecho nada —balbució la joven gallega, presa del pánico y temblorosa como un pajarillo.

—Eso ya lo veremos. Encerradla en una habitación y que no hable con nadie. Y avisad a los médicos, de prisa.

Uno de los médicos flamencos al servicio de la corte de Felipe llegó a la carrera. El rey había sido colocado sobre la cama, donde seguía retorciéndose, enroscado como un ciempiés, con las manos sobre el vientre, el rostro desencajado y los cabellos y la camisa de noche empapados de sudor.

—¡Hay que hacerle vomitar! —ordenó el médico—. Vamos, ayudadme, inútiles.

Los guardias incorporaron al rey en la cama y lo sujetaron mientras el médico intentaba provocarle el vómito. Pero Felipe, pese a las indicaciones que le hacían, no colaboraba, y se agitaba, se retorció y movía los brazos presa de un dolor insoportable.

Tras un buen rato de forcejeo, el rey pareció calmarse. Agotado, su respiración se hizo más pausada, pero su corazón seguía latiendo totalmente descompasado.

A mediodía, sin que se repusiera de sus dolores pese a que le administraron algunos purgantes, vomitó un líquido verdoso y maloliente y cayó desmadejado como un



pelele, empapado en un sudor frío y blanquecino.

Los criados que lo atendían en ese momento creyeron que había muerto, pero el médico le auscultó el pecho y comprobó que su corazón todavía latía, aunque con tanta debilidad que parecía apagarse por segundos.

—¿Qué hizo ayer el rey? —le preguntó el médico al canciller.

—Jugó un partido de pelota, se retiró a descansar con una dama y cenó un guiso de carne y verduras.

—¿Dónde está esa mujer?

—La hemos encerrado en un cuarto, en espera de que se decida qué hacer con ella —dijo el canciller.

—¿Y el partido de pelota, cómo fue?

—Intenso. Yo estaba con él. El rey se esforzó mucho en el juego y parecía cansado, sudaba mucho y decía estar sediento. Al acabar el partido pidió agua fría, y bebió un par de jarras con mucha avidez.

—¿De dónde era ese agua?

—De un pozo, pero la enfriaron con nieve de la nevera de palacio. El rey la quería muy fría. ¿Es grave?

—Muy grave, sí. La vida del rey corre peligro, serio peligro —asentó el médico.

### *Burgos, finales de septiembre de 1506*

El duque de Benavente, ante el delicadísimo estado del rey Felipe, al que los médicos no lograban rebajar la calentura, ordenó que fueran a buscar con toda urgencia a la reina Juana, que permanecía recluida en el castillo de Mucientes.

Dos días después, trasladada a toda prisa y sin descanso, reventando los caballos a través de la inmensa llanura mesetaria, la reina llegó a Burgos al anochecer. Desde ese momento no se separó un solo momento del lado de su agonizante esposo, que recibía los cuidados de sus médicos flamencos e italianos, además de Pedro Losantos, que aprovechó la llegada de la reina para tener un mayor protagonismo en el tratamiento al rey. El tamaño del vientre de Juana revelaba que su estado de gestación era ya avanzado.

—La fiebre y los vómitos del rey están causados por la peste que corre por Burgos; no debería haberse quedado en esta ciudad —dijo Pedro Losantos cuando le pidieron su opinión.

—No lo creo —intervino Ludovico Marliano, un milanés que ejercía como máximo responsable de los médicos reales—. Hace tres días el rey bebió un par de vasos de agua; le habían añadido nieve, de modo que estaba demasiado fría. El rey sudaba copiosamente tras haber participado en un intenso juego de pelota en el trinquete. La calentura que lo consume es producto de la ingesta de esa bebida. El agua fría ha provocado que se alteren los humores de su cuerpo al juntarse con su

sangre caliente.

Los dos médicos habían salido un momento de la sala del palacio del Condestable, donde Felipe de Austria se consumía sin remedio, empapado en sudor y ardiendo de fiebre.

—Ya habéis visto el estado de su alteza: calentura muy elevada, intensos dolores en el costado derecho, vómitos y esputos mezclados con grumos de sangre negruzca, orina ensangrentada y densa..., y tiene la campanilla tan hinchada que apenas puede hablar; esos síntomas están provocados por la peste —insistió Losantos.

—Vos, don Pedro, sois buen conocedor de los efectos que causa la ponzoña, pero... ¿es posible, en vuestra opinión, que el rey haya sido envenenado? —preguntó el milanés de súbito—. Tal vez esa dama con la que pasó la noche...

—En absoluto, don Ludovico. Los síntomas que provoca la ingesta de veneno son diferentes: ojos enrojecidos, labios resecos y cortados, dolor de tripas, amoratamiento de las manos y los pies... Los que muestra el rey son claros efectos de la peste —insistió Losantos.

—No estoy de acuerdo con vos. En estos días pasados en Burgos, desde que llegamos de Valladolid, el rey ha abusado del ejercicio físico, demasiadas horas cazando, demasiadas visitas al burdel, demasiadas putas en su cama... Esa, y el abuso del agua helada, es la verdadera peste que está matando a su alteza. ¿Sabéis que don Felipe se bebió dos jarras de agua helada mezclada con nieve de la nevera de palacio tras el partido, en apenas dos tragos?

—Estamos a comienzos del otoño, ¿todavía queda nieve en esa nevera?

—Sí. El rey pidió que enfriaran el agua con ella.

—En ese caso, es probable que tengáis razón. —Losantos respiró aliviado; por un momento pensó que el médico milanés había sospechado algo. De cualquier modo, no debía relajarse, pues aquella podía ser una trampa de su colega para tenderle una trampa.

—¿Creéis que don Felipe tiene alguna posibilidad de sobrevivir? —demandó Marliano.

—Vos mismo lo habéis visitado hace un momento: ninguna..., salvo que se produzca un verdadero milagro —pronosticó Losantos—. He tenido ocasión de ver algunos casos como este; no creo que aguante ni siquiera dos días más. La calentura es demasiado alta y no hemos logrado bajarla de ninguna manera.

—Demasiados excesos...

—En ese caso...

—Efímero reinado va a ser el de don Felipe. Castilla quedará en manos de una reina loca. Que Dios proteja a este desdichado reino —lamentó el milanés.

—Habrà que recomendar al canciller que suelte a esa dama gallega. Nada tiene que ver con la dolencia del rey —sugirió Losantos.

—Así se hará —aseguró Marliano.

Intercambiadas sus impresiones, los dos médicos regresaron a la habitación.

Losantos suspiró tranquilo.

Sobre el lecho, el rey agonizaba. La reina Juana permanecía callada al lado de su marido. De vez en cuando le secaba el sudor de la frente con un paño, lo miraba con cierto desapego y regresaba a su ensimismamiento. No decía nada, apenas se movía y solo se limitaba a contemplar a su esposo con los ojos perdidos, de los que no salía una sola lágrima, y ni siquiera mostraba una muesca de compasión. Parecía una de esas estatuas de piedra de las portadas de la catedral burgalesa, rígida y fría, ajena a cuanto la rodeaba.

Cuando se corrió la voz de que el rey Felipe no sobreviviría a la enfermedad, a las puertas del palacio del Condestable se reunieron varios nobles formando corrillos, y comenzaron las conspiraciones y las conjuras. El duque de Nájera y el marqués de Villena, los dos principales detractores de don Fernando, temían que los delegados de los concejos de las ciudades castellanas pidieran el regreso del aragonés para que volviera a hacerse cargo del reino, y suponían que, de ser así, tomaría represalias contra ellos. De modo que se reunieron con otros opositores al Católico y adoptaron un acuerdo solemne, firmado por todos los conjurados en pública escritura, por el cual se constituían como consejeros del Consejo de Regencia y se comprometían a trabajar por el bien de esos reinos; para ello nombraron jueces al duque del Infantado, al duque de Nájera, a Andrés del Burgo y al señor Filiberto de Vere.

Pedro Losantos tomó buena nota de los firmantes de aquel acuerdo; cuando regresara el Católico, le informaría puntualmente de los nombres de los conspiradores. Y entonces, Fernando ya se encargaría de ellos.

*Burgos, 25 de septiembre de 1506*

Apenas pasada una hora del mediodía de aquel viernes, el rey Felipe dejó de respirar; solo tenía veintiocho años. Juana, que se dio cuenta de la exhalación de su esposo, se acercó a su rostro y lo besó, como queriendo inhalar su último hálito vital. En sus labios pudo sentir la cálida humedad del último sudor de su marido. El cadáver tenía la boca entreabierta y los ojos cerrados. A Juana le pareció que dormía.

Le bisbisó al oído palabras en un tono tan bajo que los presentes en el dormitorio real no pudieron identificar. Le cogió la mano, la colocó en su rostro y acarició con ella sus mejillas, como si quisiera devolverlo a la vida. Pero al soltarlo, el brazo del rey cayó inerte sobre el cobertor de la cama.

El duque de Benavente temió por un momento que Juana estallase en sollozos, gritara como una poseída, se convulsionara y lanzara alaridos de desesperación, pero la reina se limitó a acurrucarse como una niña desvalida junto a su esposo muerto, abrazada como un cachorro en busca de protección, callada e inmóvil. Los nobles

presentes en la habitación se miraron sorprendidos; nadie era capaz de predecir cómo se iba a comportar la reina en ese momento. Del rostro de Juana no brotó una sola lágrima, ni se dibujó una mueca de dolor, ni se marcó un gesto de desesperación. Solo silencio. Silencio.

En el horizonte occidental el sol de los primeros días de otoño comenzaba a declinar entre nubes añiles teñidas de un tenue color carmesí. Habían pasado cinco horas desde la muerte del rey Felipe y su esposa continuaba abrazada al cadáver, sin derramar una sola lágrima, sin expresar ningún sentimiento, sin pronunciar una sola palabra. Solo abrazada.

Desde que Juana llegó a Burgos no se había separado ni un instante de él, asistiéndolo en el dolor, intentando consolarlo en el delirio, pero impotente al ver cómo se apagaba la vida del hombre que había sido su príncipe, su caballero, el ser más amado.

—Alguien tiene que intervenir —comentó Pedro Losantos ante la inoperancia de los cortesanos, que estaban paralizados, contagiados por la actitud inerte de su reina—. Doña Juana no puede permanecer eternamente abrazada al cadáver de su esposo. Ya está frío y, si no actuamos pronto, comenzará a descomponerse, y entonces será la propia reina quien enferme.

—Hablaré con el duque de Benavente. Él es quien da las órdenes ahora —dijo Ludovico Marliano.

El de Benavente aceptó la sugerencia de los médicos, tomó la iniciativa y se acercó a la reina.

—Alteza..., es preciso preparar el cuerpo de vuestro esposo para su viaje final...

—No hay ningún final. Felipe duerme. No quiero que nadie perturbe su sueño —habló entonces la reina, que miró a los ojos del duque con serenidad y calma.

—El rey ha muerto, mi señora.

—No, os equivocáis, duque, está dormido, solo está dormido. Despertará enseguida y pedirá que le sirvan el desayuno, como siempre. Está dormido. Dormido.

Con sumo cuidado, el duque sujetó a la reina por los brazos y la fue separando lentamente del lecho donde yacía el cuerpo sin vida de Felipe de Austria. Estaba preparado para solventar una reacción violenta, y así lo había hablado con dos fornidos guardias, prestos a acudir a ayudarlo en caso de necesidad; pero no fue necesario, Juana de Castilla no se resistió.

Tras los informes médicos, un notario certificó la muerte del rey; y entonces el señor de Vere anunció que el corazón de Felipe de Habsburgo sería extraído de su cuerpo, junto con las demás vísceras, para ser llevado en una caja de oro a Bruselas, pues esa había sido su voluntad. El resto del cuerpo fue embalsamado por varios cirujanos que lo prepararon para el sepelio según la costumbre del ritual funerario de la corte de Borgoña.

La reina, empeñada en que su esposo estaba dormido, ordenó que se ataviara el cadáver con sus mejores galas. Enseguida sus criados flamencos procedieron a vestir el cuerpo ya rígido y frío con ropajes de brocados de oro forrados de piel de armiño, se le cubrió la cabeza con una gorra de terciopelo negro en la que destacaba un joyel y se le colocó al cuello un collar de eslabones de oro del que pendía una cruz de piedras preciosas; y, por fin, se le calzaron los pies con borceguíes de piel negra al estilo flamenco.

Una vez listo, lo tumbaron sobre una tabla y lo sacaron a una sala más grande, escoltado por sus consejeros flamencos, por don Juan Manuel y por Andrés del Burgo, precedidos por tres hombres de armas equipados con cotas de malla y corazas brillantes. Dos de ellos portaban al hombro sendas mazas de plata y el tercero mostraba el estoque de alarde del rey, desenvainado sobre una almohada de terciopelo carmesí.

En aquella amplia sala del palacio del Condestable se realizaron las solemnes exequias funerarias, en presencia de los notables de la corte de Castilla, con el cadáver del rey sentado sobre un trono y sujeto con cuerdas y cordones para que no se cayera, como si aún estuviera vivo.

Durante las exequias, Ludovico Marliano se dirigió a Pedro Losantos.

—Fue un hombre noble y generoso, el más liberal de los príncipes de este tiempo.

—Apenas tuve ocasión de conocerlo —comentó Losantos—, pero no dudo de vuestra apreciación sobre el rey.

—Os hubiera gustado frecuentarlo más; su ánimo era excelente. Si hubiera dispuesto de varios años para gobernarla, Castilla hubiera progresado mucho con su mandato, pues era un hombre liberal, prudente y sensato. Traía con él las nuevas ideas que corren por el centro y el norte de Europa. Pero no ha podido ser; de modo que me temo que, una vez desaparecido don Felipe, retornarán a sus cargos los inquisidores que él destituyó y Castilla dará varios pasos hacia atrás.

—Perdonad... —se excusó Losantos. Fue entonces, de repente, cuando Pedro se dio cuenta de que se había convertido en un asesino. ¡Qué fácil era quitar la vida a un hombre!, y tal vez como ello cambiar el destino de muchos otros. ¡Qué frágil era la existencia! Temblando como un arbusto agitado por un vendaval, se alejó a un lugar discreto y vomitó. Nunca se había sentido tan mal.

Esa misma tarde se nombró al arzobispo Cisneros presidente del Consejo de Regencia. Lo primero que se debatió en ese consejo, a propuesta del propio Cisneros, fue el regreso de Fernando el Católico al gobierno de Castilla, pues era evidente que su hija la reina Juana seguía incapacitada para ejercerlo, y su situación mental era peor aún tras la muerte de su esposo.

Al día siguiente de la muerte de Felipe, Cisneros se presentó en la casa del Cordón.

—Deseo ver a la reina —le dijo el cardenal al secretario real.

—Id a buscarla —ordenó el secretario a unos criados.

Al rato, los criados regresaron diciendo que no la encontraban. Juana, que no quería recibir al cardenal Cisneros ni a ningún otro consejero, se había escondido.

—Registrad todo el palacio, buscad a la reina —ordenó Cisneros lleno de preocupación.

La buscaron por todas partes y llegaron a pensar que se había escapado de palacio, pero al fin la encontraron acurrucada entre unos baúles.

—Señora, debéis salir de ahí; el cardenal Cisneros desea veros —le dijo el secretario, que había sido avisado por los criados al descubrir el escondite de la reina.

—¡Dejadme en paz! ¡No quiero ver a nadie, a nadie! —gritó Juana.

—Señora, sois la reina de Castilla, vuestros súbditos esperan que cumpláis con vuestro deber.

—No.

—Señora, el reino no puede quedar sin gobierno.

—No.

—Hacedlo por vuestros súbditos, por el amor hacia ellos, al menos.

Tras insistir mucho y con no pocas dosis de paciencia, el secretario logró convencerla para que atendiera al presidente del Consejo de Castilla, aunque la reina solo admitió hacerlo a través de una reja, como si fuera una monja de clausura.

—Mi señora, tras la muerte de vuestro esposo y siguiendo las indicaciones de vuestra difunta madre y de las Cortes de Castilla...

—¡No! —gritó Juana.

—Señora...

—Mi esposo no ha muerto. Castilla tiene un rey y una reina.

Cisneros comprendió que aquella mujer había perdido por completo el juicio y que no quedaba otro remedio que reclamar la vuelta de Fernando de Aragón para que se hiciera cargo del gobierno, como se estipulaba en el testamento de Isabel la Católica.

En los días siguientes la cancillería emitió varias cartas, entre ellas una dirigida al rey Fernando, en la que se le rogaba que regresara para hacerse cargo del gobierno de Castilla, y otra al príncipe Carlos, el hijo de Felipe de Austria y de Juana, al que se le comunicaba que se había convertido en el nuevo señor del Franco-Condado y de los Países Bajos.

El príncipe de Asturias, heredero de las Coronas de Castilla y de León, solo tenía siete años. En esos días residía en el palacio de la ciudad de Malinas, con sus tres hermanas, al cargo de la archiduquesa Margarita de Austria y varias de sus damas de honor. La familia Habsburgo, titular de la casa de Austria, perdía al primero de la dinastía que había reinado en Castilla. Maximiliano ni siquiera esperó a guardar el duelo, pues en cuanto tuvo conocimiento de la muerte de su hijo comenzó a maquin

un plan para evitar que Fernando el Católico recuperara el poder y el trono. Castilla no podía escapársele de las manos.

*Tolón, costa de Provenza, mediados de noviembre de 1506*

La flota del rey de Aragón viró al norte y enfiló la embocadura de la bahía de Tolón, uno de los mejores puertos naturales del Mediterráneo.

Fondeadas al este de la ensenada estaban las dos galeras con las que el Gran Capitán había acudido desde Nápoles al encuentro con su rey, una vez avisado de su salida de Castilla y su llegada a Italia.

La reunión de los dos hombres, sobre la galera del rey de Aragón, fue muy emotiva.

—Mi señor... —El Gran Capitán hincó la rodilla ante su rey y agachó la cabeza.

—Alzaos, don Gonzalo, y dadme un abrazo; somos compañeros, como en aquellos buenos tiempos de la guerra de Granada en los que ningún moro se os ponía por delante.

—Me alegra mucho volver a veros, alteza.

—La alegría es mutua. —Fernando sonrió.

—Sé que habéis tenido que dejar Castilla, y eso me duele. Las gentes de esos reinos os deben mucho.

—Han sido los nobles. Desde que murió doña Isabel no han dejado de conspirar para apartarme del trono, y al fin lo han conseguido. La nobleza castellana es la más egoísta de toda la cristiandad, solo atenta a sus intereses. Malditos idiotas...

—Yo siempre estaré a vuestras órdenes —asentó el Gran Capitán, cuyo porte y presencia destacaban sobre todos los presentes.

—Tal vez seáis el único noble leal en todos esos reinos. —Fernando recordó entonces las veces que había dudado de su mejor general.

—No lo dudéis, alteza. Habéis perdido Castilla y León, pero Nápoles y Sicilia son vuestros, y os aseguro que es un reino tan rico como esos dos.

—Eso decía el rey don Alfonso el Magnánimo, el hermano de mi padre. Estaba tan prendado de Nápoles que apenas pisó sus dominios en Aragón.

—Nápoles es una tierra excelente, mi señor.

—¿Habéis tenido problemas recientes?

—En Italia siempre hay problemas que atender, alteza, pero los solventamos por el momento.

—Habéis gobernado bien en mi nombre; enseguida comprobaremos vuestra labor como virrey de Nápoles.

—Si partimos en un par de días, muy pronto estaremos a la sombra del Vesubio —dijo el Gran Capitán.

—Os referís a esa montaña sagrada.

—Lo fue para los romanos, alteza, y en cierto modo sigue siendo venerada por las gentes de Nápoles. Es como un gigante alzado sobre la ciudad, del que nadie sabe si la protege o la amenaza.

—Ambas cosas, quizá. Bien, tengo ganas de llegar a Nápoles cuanto antes, de modo que zarpeamos lo antes posible.

### *Portofino, costa de Provenza, mediados de noviembre de 1506*

La flota dejó el puerto de Tolón y siguió navegando paralela a la línea de la costa, bordeando de cabotaje la tierra de la señoría de Génova, con la que la Corona de Aragón había mantenido en el pasado algunos conflictos.

Al pasar frente a Génova, la armada del rey Fernando recibió varios mensajes mediante señales luminosas. Los encargados de descifrarlos pudieron entender que un correo llegado desde Castilla traía un importante mensaje para el rey Fernando.

—Puede ser una trampa de los genoveses. Ahora estamos en paz con ellos, pero en un pasado no muy lejano fueron nuestros enemigos —supuso el rey al recibir la noticia.

—Piden respuesta. ¿Qué les decimos, señor?

—Don Gonzalo, ¿cuál es el puerto más seguro cerca de Génova?

—Portofino, alteza. A unas pocas millas al este —respondió el Gran Capitán.

—Pues decidle a ese correo —le ordenó el rey al encargado de las señales luminosas— que se dirija a ese lugar y que allí lo recibiré a bordo.

Un día después la galera real, escoltada por otras galeras, fondeaba en Portofino, y hasta ella se acercó el correo castellano a bordo de una barca de pescadores.

El mensajero subió a la galera real y tras ser cacheado se le permitió acercarse al rey, junto al que se encontraba el Gran Capitán.

—Mi señor... —el mensajero se inclinó ante el monarca.

—¿Qué es esto tan urgente? —demandó el rey Fernando.

—Me envía el cardenal Cisneros con esta carta escrita de su mano. He reventado seis caballos hasta llegar aquí, alteza, atravesando cientos de millas desde Burgos. Es muy urgente.

—Veamos si es tan importante como parece. —Fernando rompió el lacre de la carta y leyó para sí el escrito del cardenal de Toledo—: «Señor, hoy en el palacio del Condestable de Burgos, ha muerto el rey don Felipe, que Dios tenga en su gloria. Ha fallecido tras varios días aquejado de la peste. Los médicos han intentado salvar su vida, pero Dios ha decidido que había llegado su tiempo. Descanse en paz. La reina, vuestra hija doña Juana, ha estado presente en las horas finales de su esposo y se encuentra muy afectada. Creemos que no está capacitada para ejercer el gobierno de estos reinos. El Consejo de Regencia, que yo presido de nuevo, os ruega encarecidamente que regreséis a Castilla para haceros cargo de su gobierno». —Y



acababa la carta con las fórmulas protocolarias habituales.

—¿Alguna respuesta, alteza? —preguntó el correo al ver que el rey había acabado la lectura de la carta.

Pero Fernando no respondió. Se dio media vuelta, apoyó sus manos sobre la barandilla de la galera y miró al mar. Una enigmática sonrisa se dibujó en sus labios y sus ojos brillaron de una manera especial. La misión encomendada a Pedro Losantos había tenido éxito.

Tras un buen rato, con el mensajero plantado sobre la cubierta sin saber cómo actuar ante el silencio del rey, Fernando el Católico llamó a su secretario.

—Escribidle una carta al cardenal Cisneros y entregádsela a este hombre para que la lleve a Castilla de regreso. Decidle que he leído su carta y que continúo mi travesía a Nápoles, pues allí me esperan cuestiones muy importantes. Y partid presto de vuelta —ordenó Fernando al mensajero—. Venid conmigo —le dijo al Gran Capitán, y ambos se alejaron a una discreta zona de la galera, donde nadie pudiera escucharlos.

—¿Qué ocurre, mi señor? —preguntó Gonzalo.

—En esta carta el cardenal Cisneros me comunica que ha muerto de peste mi yerno, don Felipe de Austria —le informó el Católico.

—¡Dios Santo! En ese caso, volvéis a ser rey de Castilla.

—No. No lo soy. La reina es mi hija, pero no está en condiciones de gobernar. Cisneros me pide que regrese de inmediato para hacerme cargo del reino.

—Tenéis toda mi lealtad, señor —dijo el Gran Capitán.

—Vos siempre habéis obrado con honor, y no esos nobles castellanos que tanto han conspirado para echarme de ese reino. Idiotas... Desde que muriera doña Isabel, no han parado de lanzar una conjura tras otra para quitarme de en medio y dejar el camino libre a don Felipe, y ahora que se han quedado sin rey, me suplican que vuelva a poner orden esa tierra.

—¿Vais a regresar a Castilla? Ni siquiera habéis puesto el pie en Nápoles.

—No, no voy a volver a Castilla por ahora. He decidido hacerles esperar. Cuanto más se deteriore la situación, mayor será la necesidad de contar con mi presencia. Ahora puedo aguardar, puedo dejar que las cosas empeoren, que surjan disturbios en las ciudades, enfrentamientos entre las familias nobiliarias, revueltas de los campesinos contra sus señores, que crezca el malestar entre los comerciantes y la inseguridad en los caminos, e incluso me conviene que todo eso suceda para hacerme día a día más necesario. Imprescindible. —El Católico parecía disfrutar con aquella situación.

—Los nobles han rectificado y os ofrecen su apoyo —dijo Gonzalo.

—Hasta ahora casi todos ellos se han agrupado contra mí, pero supongo que tras la muerte de don Felipe se van a dividir en dos bandos, otra vez, y si se produce esa fractura lo más probable es que estalle una nueva guerra civil.

—¿Sabéis quiénes os apoyarían? —preguntó el Gran Capitán.

—Estoy seguro de que el partido de los que piden mi regreso para retomar el

gobierno está encabezado por el linaje de los Velasco, el almirante Enríquez y el fiel duque de Alba, y los principales que se opondrán a mi gobierno serán el duque de Nájera, el marqués de Villena y el duque Benavente; esos tres preferirán que se ofrezca la regencia de Castilla y León a Maximiliano de Austria hasta que mi nieto Carlos alcance la mayoría de edad.

En esos momentos, Fernando no lo sabía, pero los defensores de su regreso estaban aumentando por toda Castilla y León. El conde de Cifuentes y la familia de los Silva, que dominaba la ciudad de Toledo, no tardaron en decantarse del lado del Católico, para desesperación de sus detractores, que fueron perdiendo apoyos. Mientras aguardaba la respuesta de Fernando, Cisneros procuraba mostrarse equidistante entre los dos bandos, buscando un equilibrio que evitara el estallido de una nueva guerra civil, que se intuía como inevitable. Como presidente del Consejo de Regencia y de la Junta General, todos sus esfuerzos iban destinados a evitar la ruptura entre las dos facciones de la nobleza, lo que supondría un enorme desastre para el reino. Aunque, en secreto, el arzobispo hacía cuanto estaba en su mano por inclinar a la nobleza y a las ciudades a favor de Fernando.

Mientras ordenaba poner rumbo sur, hacia Nápoles, Fernando sonrió. De nuevo tenía las riendas de Castilla en sus manos, y las sostenía con más firmeza que nunca. Sonrió al pensar que los castellanos se habían quedado sin rey y ahora estaban a merced de una reina cuyo estado de locura era manifiesto, y a la que las Cortes habían declarado incapaz. Sonrió al saber que su hora había llegado, y la quería disfrutar con toda intensidad. Castilla, ahora sí, podía esperar.

### *Nápoles, Italia, fines de noviembre de 1506*

Aunque llegaron al puerto una semana antes, Fernando de Aragón esperó al primer día de noviembre para hacer su entrada triunfal en la ciudad de Nápoles. Tras un par de años de zozobra y recelos, había solventado las amenazas más peligrosas y ahora su posición era más sólida que nunca; incluso disfrutaba de mayor poder que cuando se intitulaba rey de Castilla y de Aragón.

Hacía tiempo que los napolitanos no veían a un rey en su ciudad, de modo que organizaron una entrada triunfal extraordinaria, digna de un emperador de la antigua Roma, con las puertas de la ciudad engalanadas con guirnaldas, banderas y tapices, y las calles alfombradas con paja, hojas y flores.

En apenas un par de meses, con la muerte de Felipe de Austria de por medio, todo había mejorado para el Católico. Incluso el papa Julio II, que seguía actuando como un señor de la guerra, le solicitó una entrevista. El mensajero del papa le entregó una carta en la que le pedía verse en Civitavecchia, una pequeña localidad a un par de horas al oeste de Roma.

Cuando lo comentó entre sus allegados, el Gran Capitán le aconsejó que no

acudiera a esa cita con el papa. El rey Fernando dudó ante la recomendación de su general. Seguía recelando de Gonzalo, pese a las reiteradas muestras de fidelidad y a que le había mostrado total acatamiento y sinceridad en el viaje desde Génova, y pensó que se trataba de una estratagema de su general.

Para salir de dudas sobre lo que debía hacer, solicitó la opinión del licenciado Basurto, el más afamado astrólogo judicial de Italia, cuyos pronósticos eran muy demandados.

Basurto acudió a Nápoles a petición del rey Católico. Había sido requerido para realizar un pronóstico judicial, previo pago de una buena bolsa de monedas de oro y plata. Entre los numerosos astrólogos romanos que se ganaban la vida con sus augurios y premoniciones, era Basurto el que gozaba de mayor reputación. Los más relevantes nobles romanos, los cardenales de la curia vaticana e incluso los más ricos mercaderes italianos reclamaban sus servicios antes de tomar una decisión o de iniciar un negocio; tal era su renombre y su credibilidad.

—Me aseguran que vuestras predicciones son las más precisas —le dijo don Fernando cuando Basurto se presentó ante él en el palacio real de Nápoles.

—Eso dicen, alteza. —El astrólogo inclinó la cabeza y besó la mano del rey—. Y supongo que esa es la causa por la que me habéis hecho llamar.

—Sentaos, por favor.

Los dos hombres tomaron asiento en un par de butacas de tijera, junto a una ventana que perfilaba el azul celeste del luminoso cielo otoñal de Nápoles.

—¿Qué necesitáis de mí, señor? —preguntó el astrólogo—. Y os ruego que seáis franco, alteza. Necesito que me digáis toda la verdad si pretendéis que mi diagnóstico sea acertado. Supongo que es lo que pretendéis —añadió.

—El papa Julio II me ha solicitado que celebremos una entrevista cara a cara, pero no me ha precisado el motivo de esta. Desea reunirse conmigo en Civitavecchia. Lo he comentado a mis consejeros, pero algunos no ven bien esta cita. Temen que pueda ser una trampa y me recomiendan que no acuda. ¿Podéis darme vuestra opinión?

—¿Conocéis al papa?

—Personalmente no, pero tengo suficientes informes de mis agentes en Italia y de mis embajadores en Roma para saber qué tipo de hombre es.

El Católico no olvidaba que, siendo todavía cardenal, Giuliano della Rovere, papa desde 1503 con el nombre de Julio II, había convencido al rey Carlos VIII de Francia para marchar sobre Italia y conquistar Nápoles. Su ambición de convertirse en sumo pontífice de la Iglesia la concretó a la muerte de Pío III, que solo estuvo unos meses al frente del papado, tras suceder a Alejandro VI, su gran enemigo. Elegido en un cónclave que apenas duró unas horas, tal vez el más breve de la historia vaticana, Julio II gobernaba la Iglesia con puño de hierro, más preocupado por hacer la guerra

y conquistar señoríos que por pastorear a los católicos. Su obsesión era convertir a toda Italia en territorio bajo su dominio secular, como un monarca terrenal. Desde que se coronó con la tiara de san Pedro, Julio II no cesó de guerrear; ese mismo año había ocupado las ciudades de Perusa y Bolonia, y ya planeaba un ataque a la serenísima república de Venecia. Obsesionado por su seguridad, pues estaba preocupado con la idea de que querían asesinarlo, incluso creó un cuerpo de soldados como guardia personal, todos ellos aguerridos mercenarios llegados de las montañas de Suiza, una tierra pobre, pedregosa y agreste perdida en el corazón montañoso de Europa.

—El papa Julio no es un hombre de paz —asentó Basurto.

—Y, por lo que sé, tampoco es de fiar; pero lo que necesito es vuestro diagnóstico sobre la conveniencia de encontrarme con él en esa cita.

—Dejadme un par de días para estudiar el caso. Para ello necesitaré vuestra fecha de nacimiento y la de vuestra proclamación como rey.

—¿De qué reino? Soy rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Cerdeña, de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén, lo fui de Castilla, de León, de Granada y de las Indias Occidentales, y también soy conde de Barcelona y señor de muchos dominios más.

—Me bastará con la de rey de Aragón.

—Y también veréis la posibilidad de que me entreviste con el rey de Francia.

Luis XII había mostrado interés en conversar personalmente con don Fernando.

El astrólogo recibió todos los datos solicitados y se retiró un par de días a una discreta y soleada estancia ubicada en el ala sur del castillo real, para que pudiera realizar con toda tranquilidad su trabajo.

Una vez finalizado su estudio judicial, Basurto volvió a reunirse con el rey Católico en la misma sala donde se habían visto la primera vez.

—Alteza, he cotejado vuestra carta astral con la del papa Julio, y el pronóstico judicial está claro: yo hallo por el curso de la astrología que no debéis acudir a esa cita en Civitavecchia. Esa es mi conclusión.

—¿Qué habéis visto?

—Que, si asistís a esa entrevista, vuestra vida correrá peligro. Aquí están los resultados de mi estudio. —Basurto mostró al rey media docena de pliegos de papel llenos de rayas, fechas y notas.

—Explicaos.

—El planeta Marte, el antiguo dios de la guerra, rige las relaciones entre vuestra alteza y el papa, y aquí está Saturno, en clara confluencia con Marte. Fijaos en vuestra carta astral y en la del papa. Todo esto indica que debéis manteneros alejado de él, lo más lejos posible.

—¿Estáis seguro?

—Jamás he visto una posición de los astros tan rotunda al respecto. Mi pronóstico es que no debéis acudir a la llamada del papa de ninguna manera, pero en cambio...

—Decidme.

—Sí deberíais hablar con el rey de Francia —le aconsejó Basurto.

—¿Con don Luis? No me fío de él, no me fío de ningún soberano que ciña sobre sus sienes la corona de Francia. Y, creedme, en este asunto sé bien de lo que hablo.

—Pues el pronóstico judicialario señala que vuestro encuentro con don Luis será de gran provecho para vuestra alteza. —Basurto indicó con su dedo el papel donde había trazado su pronóstico judicialario.

—Don Luis es un hombre de voluntad y criterio mudables; lo considero inseguro y voluble.

—Por eso mismo debéis hablar con él, porque vuestra capacidad para la política es mucho mayor que la suya.

—¿Estáis diciendo, por omisión, que la del papa es entonces superior a la mía?

—En absoluto, mi señor. Lo que digo, siguiendo el pronóstico de estas cartas astrales, es que el papa Julio os puede tender una trampa. Quiere poseer toda Italia, y para ello necesita que vuestra alteza desaparezca, porque sabe que, mientras vos mantengáis el dominio de las tierras del sur, su sueño nunca se cumplirá.

Fernando II se alejó unos pasos y se acercó a una de las ventanas de la galería del castillo Nuevo que daba hacia la ciudad de Nápoles. El monte Vesubio dominaba la bahía como un gigante adormilado.

—Tenéis razón —habló el rey Fernando tras un buen rato en silencio. Y ordenó a uno de los criados que aguardaban al exterior de la sala que fuera a avisar con toda urgencia al Gran Capitán.

Gonzalo Fernández de Córdoba llegó enseguida, pues estaba esperando la llamada del rey en una sala cercana.

—Alteza...

—Sentaos, don Gonzalo, sentaos.

—Gracias, mi señor.

—El pronóstico judicialario del licenciado Basurto coincide con vuestra opinión. La astrología judicialaria indica que no debo entrevistarme con el papa Julio, pero sí con el rey Luis de Francia —asentó don Fernando—. De modo que eso es lo que haré. Encargaos de enviar sendos mensajeros. El que visite al papa le transmitirá mis mejores deseos hacia su persona, le ofrecerá mi obediencia como buen hijo de la Iglesia y le anunciará mi intención de firmar con él una concordia favorable a ambos, pero que le advierta que no podré acudir a su llamada porque debo atender... a la amenaza de los turcos —dijo Fernando tras buscar una buena excusa—. En cambio, sí me entrevistaré con el rey de Francia cuando regresemos, porque vos, don Gonzalo, vendréis conmigo de vuelta a Castilla. Vuestra misión en Italia ha acabado y os reservo nuevas y muy importantes responsabilidades.

—Ya sabéis, alteza, que yo siempre estaré dispuesto a aceptar lo que dispongáis

para mí —aceptó el Gran Capitán.

—Y en cuando a vos, Basurto, os agradezco vuestro dictamen. Me ha sido muy útil. Espero que podáis servirme en alguna otra ocasión.

—Quedo a vuestro servicio, alteza.

Basurto salió de la sala entendiendo que su misión en Nápoles había terminado. Un secretario le entregó una bolsa con una generosa cantidad de dinero.

—Los nobles de Castilla me piden de nuevo que vuelva a encargarme del gobierno de ese reino, los muy necios... Me echaron sin contemplaciones de esa tierra, de la que he sido durante treinta años rey y señor, y ahora me reclaman porque me necesitan para que ponga orden en un reino en caos que esos nobles inútiles no son capaces de pacificar.

—¿Y vais a volver a Castilla, alteza? —preguntó el Gran Capitán.

—Sí, lo haré. Es el reino de mi hija Juana, debo conservarlo para ella y para mi linaje. Mi hija no está en condiciones de hacerlo.

—¿Cuándo regresaremos, mi señor?

—En cuanto dejemos arreglada vuestra sucesión como virrey de Nápoles, sellada la concordia con el papa y acordada la entrevista con Luis de Francia.

—Todo esto no sentará nada bien a don Maximiliano —adujo el Gran Capitán.

—El rey de Alemania no ha dejado de conspirar contra mí desde el mismo momento en que su hijo se convirtió en heredero de Castilla y León por su matrimonio con mi hija Juana. Pero ahora que don Felipe ha muerto, quien dirige el timón soy yo, de manera que tendrá que acostumbrarse a ello. No obstante... — Fernando el Católico miró al Gran Capitán con agudeza, con los ojos que solía poner cuando se le ocurría una de sus maquinaciones políticas—, si el rey de Inglaterra quisiera casarse con Juana...

—¿El rey don Enrique? —se extrañó Gonzalo.

—Sí, claro. Una de mis hijas, Juana, casada con el rey Enrique y otra, Catalina, con su hijo el príncipe de Gales... ¡Qué mejor acuerdo puede cerrarse con Inglaterra! —Fernando obvió revelar al Gran Capitán que ya había enviado a Pedro Losantos a Londres con la propuesta de matrimonio entre el príncipe Enrique de Gales y la princesa Catalina.

Al contemplar los ojos del rey, don Gonzalo comprendió que el Católico haría cuanto estuviera en su mano para impedir que el nieto de Maximiliano, el príncipe Carlos, se convirtiera, llegado el momento, en el rey de Castilla. Al Capitán a veces le daba la impresión de que al rey se le olvidaba que él también era abuelo de Carlos, al que ni siquiera conocía, pero sabía que estaba siendo educado por su tía Margarita bajo los dictados de Maximiliano, y que cuando se convirtiera en rey de Castilla obedecería las órdenes del abuelo paterno. Por ello, suponía don Gonzalo, el rey prefería al pequeño Fernando, hermano menor de Carlos, a quien había educado desde que nació y al que profesaba un especial cariño.

En las semanas siguientes, las cartas enviadas por el Católico, tras escuchar el dictamen del astrólogo Basurto, surtieron efecto. El papa Julio II lamentó no poder verse personalmente con don Fernando, pero firmó la concordia con él. El rey Luis de Francia se mostró encantado en celebrar una entrevista personal con el rey de Aragón; ambos acordaron que tuviera lugar en Savona, en los primeros meses del año siguiente; además se reconocía a don Fernando el derecho a ejercer el gobierno de Castilla. Maximiliano de Austria no tuvo otro remedio que aceptar, bien a su pesar, a su consuegro como gobernador del reino del que era heredero su nieto Carlos.

En apenas tres meses, la perspectiva de futuro del rey de Aragón había cambiado por completo y su destino parecía estar guiado ahora por una buena estrella. Solo la noticia de que César Borgia, preso en el castillo de Chinchilla desde hacía más de dos años, había logrado escapar y refugiarse en el reino de Navarra, al abrigo de la protección de su rey, Juan de Albret, y que podía conspirar desde allí o emprender alguna acción bélica, ensombrecía el triunfo del rey de Aragón.

### *Tierras de Castilla, fines de diciembre de 1506*

El cadáver embalsamado del rey Felipe fue colocado en un doble ataúd de metal y de madera y depositado en la cartuja de Miraflores, a una legua de Burgos. La reina Juana, tras negar durante varios días que su esposo hubiera fallecido, otorgó al fin su consentimiento para que así se hiciera, pero en dos ocasiones se presentó en ese monasterio y ordenó que se abriera el féretro para comprobar que el cuerpo de su esposo seguía allí. Se había obsesionado con la idea de que las monjas que custodiaban el sepulcro, mujeres al fin y al cabo, pretendían apoderarse del cuerpo de Felipe y quedárselo para ellas.

Unos días antes de Navidad, Juana tomó una decisión sorprendente. Durante su agonía, su esposo había mostrado la voluntad de enterrarse en Granada, al lado de su suegra la reina Isabel, de modo que Juana se presentó en la cartuja de Miraflores, ordenó abrir el féretro por tercera vez y obligó a los nobles a que reconocieran que aquel cadáver era el de Felipe de Austria. Una vez identificado y certificado por los testigos, ordenó colocar el cuerpo en un ataúd, subirlo a una carreta y emprender viaje a Granada.

Acompañada por su fiel cortesano Martín de Anglería, la reina, que se había vestido de negro y se cubría con un velo al estilo de la etiqueta de duelo seguida en la corte de Borgoña, se situó detrás del carro y dio la orden de emprender el viaje, pese a que era ya muy caída la tarde y un gélido viento del norte arreciaba por momentos.

—Caminaremos solo de noche —dijo la reina—, pues la comitiva fúnebre de un monarca debe desplazarse en la oscuridad en señal de duelo y respeto, nunca bajo la luz del sol.

—Es peligroso, señora. No veremos dónde ponemos los pies —alegó De Anglería.

—Los soldados y los clérigos portarán antorchas. He dispuesto que haya una abundante provisión de ellas. Y ahora dad la orden de partir.

Martín de Anglería se dirigió al capitán que encabezaba el séquito y le transmitió la instrucción de la reina. Los jinetes arrearon a sus caballos y una tralla restalló en el aire al golpear en las ancas de los cuatro percherones, que tiraron con fuerza del pesado carro fúnebre.

De Anglería pasó al lado de Pedro Losantos, que formaba en la comitiva como médico de la reina, y le preguntó:

—¿Y vos, no podéis hacer nada para evitar este despropósito?

—Solo soy un médico, me limito a que la reina no enferme, nada más.

—¡Qué locura, qué locura! —musitó De Anglería mientras se colocaba al frente de la fúnebre comitiva.

Cuando comenzaron a caminar, decenas de clérigos, a los que se repartieron sus correspondientes antorchas, iniciaron un cántico del Oficio de Difuntos.

Aquellos días de finales de año el frío en Castilla era intensísimo. Los caminos estaban cubiertos de nieve helada y presentaban muchas dificultades para transitarlos; pero Juana insistió en su orden, desoyendo a los que le pedían que aplazase el traslado a Granada para épocas más benignas.

Unos cuantos curiosos, que se habían acercado hasta la cartuja cuando corrió el rumor del viaje de la reina, presenciaron llenos de estupefacción la salida de la macabra comitiva; y, entre ellos, no pocos se mofaron del comportamiento y murmuraron sobre los delirios de la reina, a la que comenzaron a llamar «la Loca».

Juana la Loca, reina, esposa de un rey, hija de un rey y de una reina, madre de un futuro rey... Nadie en toda la larga historia del reino de Castilla había ostentado semejante nobleza de estirpe, nadie había acumulado tanta sangre real en sus venas, nadie reunía semejante caudal de nobleza y dignidad. Nadie.

Durante varias noches, decenas de nobles, soldados y clérigos avanzaron por los congelados campos de Castilla, con los pies hundidos en la nieve, durmiendo de día en miserables cabañas y mugrientos pajares, y caminando como fantasmas a la luz de las antorchas, empapados hasta los huesos, ateridos de frío, llenos de espanto y sumidos en la estupefacción. La reina Juana se negó a descansar en conventos y monasterios de monjas, donde la estancia podía ser más confortable. Pese a que hacía un mes de la muerte de Felipe, seguía recomida por los celos y no permitía que el féretro se custodiara durante el día en un lugar donde habitaran mujeres. Tal era su obsesión y la persistencia de sus celos que estaba convencida de que todas las mujeres, damas o plebeyas, monjas o seglares, pretendían robarle el cuerpo de Felipe.

Pasado el día de Navidad, el estado de gestación de Juana era tan avanzado que su prominente vientre apenas le permitía moverse. Pese a ello, nadie se atrevía a sugerirle que acabara con aquella absurda peregrinación y que pusiera fin a su errante



vagar a través de los caminos. Tuvo que ser el propio Pedro Losantos, que seguía a la comitiva por orden del Consejo de Regencia, como encargado de controlar la salud de la reina, quien decidió dar el primer paso para acabar con semejante esperpento.

A la entrada al pequeño pueblo de Torquemada, a poco más de dos horas de camino de la ciudad de Palencia, Juana se sintió mal y Pedro Losantos creyó llegado el momento de intervenir para detener aquel macabro viaje. Tras hablar con Martín de Anglería, que le dio su consentimiento, se dirigió a la reina con la excusa de examinarla por su estado de embarazo.

—Mi señora, el hijo que lleváis en vuestras entrañas está a punto de salir a la luz. Granada queda todavía muy lejos y de ninguna manera llegaríais a esa ciudad antes de parir. Si seguís empeñada en andar este camino, vuestra vida y la de vuestro hijo corren peligro. Os recomiendo que os detengáis para poder dar a luz en las mejores condiciones posibles.

—Tenemos que llegar a Granada; allí es donde don Felipe quiere estar —indicó la reina.

—Y lo haremos, alteza, pero a su debido tiempo. Tal como ha nevado en el llano, los puertos de la sierra Central estarán cubiertos por tanta cantidad de nieve que será imposible flanquearlos en estas condiciones.

—Llamad a mi padre, quiero ver a mi padre —ordenó Juana de pronto.

—Vuestro padre el rey don Fernando está en Italia, mi señora, pero le avisaremos enseguida para que acuda a vuestro lado.

—Necesito ver a mi padre, ahora, llamadlo ahora —insistió Juana.

—Pronto regresará, pero entre tanto os aconsejo que os detengáis, deis a luz a vuestro hijo con todo cuidado y más adelante, cuando remitan los hielos y las nieves, continuéis el camino hacia Granada. No debéis arriesgaros a seguir en estas condiciones, o podríais perder a vuestro hijo; hacedlo al menos por el amor que profesáis a vuestro esposo.

Esas palabras convencieron a doña Juana, que ordenó a la comitiva detenerse en esa aldea de Torquemada y permanecer allí por el momento.

Un secretario le recordó a Juana que, aunque se habían enviado cartas al respecto, sus hijos todavía desconocían la muerte de su padre, pues su tía Margarita se la había ocultado en espera de que fuera la propia reina Juana quien se lo comunicara. Hasta entonces, angustiada por la muerte de su esposo, Juana ni siquiera se había acordado de sus hijos.

*Palacio de Coudenberg, Bruselas, principios de enero de 1507*

El secretario le entregó a Margarita de Austria la carta de la reina Juana en la que anunciaba a sus hijos la muerte de su padre el rey Felipe.

Margarita, que además de tutora ejercía como verdadera madre desde que se

marchara Juana a Castilla y dejara en Bruselas a sus hijos, ya conocía la noticia de la muerte de su hermano y guardaba la comunicación oficial enviada desde Castilla unas semanas antes, pero se la había ocultado a sus sobrinos en espera de esa carta de su cuñada que acababa de llegar.

Reunió a los dos mayores, Carlos y Leonor, en una pequeña estancia del palacio de Bruselas, donde solían pasar las tardes más frías del invierno en torno al fuego de una bien alimentada chimenea, y tras servirse una merienda les habló sin rodeos. Margarita vestía un traje de terciopelo negro, como indicaba la rigurosa etiqueta de la corte de Borgoña.

—Niños, vuestra madre os ha enviado una carta. Es muy triste, pero sois hijos de dos reyes y debéis conocerla. Dios se ha llevado al cielo a vuestro padre y, aunque su muerte pueda doleros, ya sabéis que la muerte conlleva la resurrección, así que vuestro padre estará ahora en el cielo. Desde allí os protegerá —los confortó Margarita.

—Entonces, ¿no lo veremos más? —preguntó Leonor.

—No, mi niña, no, pero él sí os estará viendo desde allá arriba. —Margarita acarició el rostro de la jovencita.

—¿Y mamá? —preguntó Leonor de nuevo.

—Mamá está bien; es la reina de Castilla y tiene un reino que gobernar. Ha llorado la muerte de vuestro padre, porque lo quería mucho, pero los reyes deben superar todo tipo de situaciones, y ella sabrá cómo hacerlo con una tan difícil como esta. Vosotros también debéis hacerlo. ¿Lo harás tú, Carlos?

—Casi no recuerdo el rostro de mi padre —dijo el príncipe de Austria con extrema frialdad pese a que todavía no había cumplido los seis años.

Aquellas palabras de Carlos, su rostro frío e indiferente, pese a su corta edad, y la actitud pasiva de Leonor conmovieron a Margarita, aunque su vida había atravesado situaciones mucho más difíciles que aquella.

—Puedes recordarlo si miras el retrato que hay en palacio...

—Sí —se limitó Carlos a asentir sin más emociones.

—Ahora eres tú el archiduque de Austria y el heredero al trono de Castilla. Un día tú serás rey, Carlos, serás el rey.

—¿Y yo seré reina? —preguntó Leonor.

—Seguro que sí —asentó Margarita mientras acariciaba el cabello de su sobrina mayor.

—¿Iremos mañana a montar en trineo? —preguntó Carlos, que se había acercado a la chimenea y jugueteaba con las brasas removiéndolas con una varilla de hierro.

—Sí, lo haremos antes del almuerzo —asintió Margarita.

—Me gusta montar en trineo, es muy divertido —dijo Carlos.

—A mí también —añadió Leonor.

Margarita se giró y dio la espalda a sus sobrinos. Era una mujer dura, que había sufrido tanto como para que no le quedara una sola lágrima, pero no pudo remediar

que sus ojos se humedecieran.

Carlos y Leonor no se habían conmovido lo más mínimo por el anuncio de la muerte de su padre. Los dos hijos mayores de Felipe de Austria y Juana de Castilla siempre habían visto a Felipe el Hermoso como a un ser extraño y ajeno. Margarita, que había amado profundamente a su hermano, apretó la carta de su cuñada contra su pecho y se conmovió ante la indiferencia de sus sobrinos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, para los hijos de Felipe, su padre había sido poco menos que un nombre en unos papeles y un rostro dibujado en un cuadro.

### *Nápoles, principios de enero de 1507*

Las aguas de la bahía de Nápoles estaban tan calmadas que el Tirreno parecía un plácido estanque. Pablo Losantos había recibido la noticia de que su madre y su hermana habían llegado a la ciudad con la comitiva del rey Fernando, y allí se dirigió desde la cercana Salerno, donde estaba terminando sus estudios de Medicina.

Pablo, de veintidós años, se presentó a las puertas del castillo Nuevo y preguntó por su madre y su hermana. El jefe de la guardia receló al momento, pero al fin optó por enviar a uno de sus hombres a buscar a Juana de la Cruz, que en esos momentos estaba preparando unas infusiones para tratar a la reina Germana y a algunas damas de su séquito de ciertos desarreglos estomacales que habían sufrido a la llegada a Nápoles y que Juana atribuyó al cambio en la ingestión de agua.

—Señora, a las puertas del castillo hay un joven que dice llamarse Pablo Losantos y ser hijo vuestro —le avisó el guardia.

Juana de la Cruz ni siquiera respondió. Cogió la mano de su hija María, que estaba a su lado ayudándola con las hierbas para las infusiones, y ambas salieron corriendo hacia la puerta. La muchacha intuyó que era su hermano quien las buscaba. Acertó.

—¡Hijo, hijo! —gritó Juana cuando vio a Pablo esperando resignado.

Madre e hijo se fundieron en un abrazo al que se sumó María.

—Estás muy guapo —le dijo.

—Y tú, madre, estás igual que hace cuatro años, cuando marché de Valladolid para venir a estudiar a Salerno. ¡Hermanita! ¡Vaya!, aquella pequeña muchachita se ha convertido en una mujer muy bella.

—Y tú en un guapo galán —dijo María.

—Cuatro años... —repitió Juana—. Mucho tiempo.

—La carta que me enviaste me llegó hace varios días, pero no he podido venir antes. Esta semana he acabado unos exámenes de Anatomía y Filosofía. Si todo va bien, esta primavera tendré el título que me permitirá ejercer la medicina.

—Tu padre estará muy orgulloso.

—¿Está bien?

—Sí, claro que sí. Ha tenido que quedarse en Castilla para cumplir un encargo directo de don Fernando; el rey confía plenamente en tu padre, que se ha convertido en su consejero además de su médico.

—Me gustaría verlo cuanto antes.

—Y a él también le gustaría verte; pronto nos reuniremos todos.

—¿Y el pequeño Juan?

—Sigue en Toledo aprendiendo el oficio de armero; ya tiene catorce años. Ya sabes que a tu padre le hubiera gustado que Juan también hubiera sido médico, como él y como tú, pero desde muy pequeño ese muchacho solo quería trabajar en el taller de la armería de tus tíos los Rubio. Cuando nos trasladamos a Valladolid, no hubo forma de sacarlo de allí. Al fin, tu padre lo ha aceptado, y ahora pretende que cuando tu hermano alcance el grado de maestro en su oficio ponga un taller en Valladolid. El negocio de la fabricación de armas va en aumento, y tu hermano está teniendo los mejores profesores. Los familiares de tu abuela paterna son los mejores artesanos fabricando espadas, dagas y puñales. Le están enseñando muy bien el oficio. Y no le faltarían encargos, ya que en Valladolid pasan gran parte de su tiempo los nobles que acompañan al rey con su corte, y todos esos aristócratas quieren lucir las mejores espadas y los más brillantes cascos y corazas. Tu hermano los podría fabricar para ellos.

—No me gustan las armas, madre, solo sirven para matar, y yo he estudiado para curar, todo lo contrario. Mis maestros me han enseñado a salvar vidas, no a acabar con ellas.

—Y eso me alegra y me conforta, hijo, pero tu padre dice que hay hombres malos de los cuales es preciso defenderse.

—Ya hablaremos de eso.

—¿Dónde te hospedas?

—He alquilado una habitación en una fonda cerca de la iglesia de San Gregorio; pasaré estos días de Reyes con vosotras en Nápoles, pero después tengo que regresar a Salerno enseguida.

—¿Y luego?

—Esta primavera acabaré mis estudios y regresaré a casa.

—Padre quiere que seas su ayudante —dijo María.

—Se lo pedirá al rey Fernando —terció Juana.

—No estoy seguro de querer trabajar como médico en la corte —comentó Pablo.

—¿Dónde vas a encontrar un trabajo mejor?

—Hay un profesor en la escuela de Salerno que dice que los médicos también debemos curar a los que no tienen dinero. Nos habla de Hipócrates, un médico griego que estableció un juramento por el cual los médicos se deben a los enfermos y deben practicar el arte de la medicina de manera santa y pura...

—Tu padre también cura a enfermos pobres. Pero para eso debes tener unos ingresos que te permitan vivir. Yo le hablaré de ti a la reina Germana, tal vez te acepte

como médico en la corte, incluso aquí, mientras permanezca en Nápoles. Pero bueno, ahora lo más importante es que tú estás bien y nos hemos vuelto a reunir. Ya habrá tiempo para hacer planes.

### *Torquemada, reino de Castilla, mediados de enero de 1507*

Juana la Loca, la reina de Castilla a quien muchos ya denominaban con ese apodo, ni siquiera se inmutó cuando un mensajero le anunció que su hijo Carlos, del que se había desentendido por completo, había sido proclamado en Bruselas duque de Borgoña y conde de Flandes y había recibido por herencia de su padre el dominio de los Países Bajos y del Franco-Condado.

Sus sentimientos hacia su familia eran tan volubles y cambiantes como sus estados de ánimo. A veces pensaba en sus hijos e incluso los citaba por sus nombres en voz alta, e imaginaba recordar sus rostros infantiles y sonreía si lo lograba, pero en numerosas ocasiones los olvidaba por completo, y cuando alguien se los mencionaba ni siquiera le interesaba seguir con la conversación y cambiaba bruscamente de tema.

Los primeros dolores de parto le sobrevinieron una gélida tarde de enero, unos días después de la festividad de los Reyes Magos, tras una abundante comida en la casona de la aldea de Torquemada.

Pedro Losantos asistió a la reina en el parto, que tuvo lugar en Torquemada, donde la reina y su séquito seguían detenidos en su extraña macha hacia Granada.

—Es una niña —anunció Pedro Losantos al arzobispo Cisneros, que presenciaba el parto para dar testimonio de que el retoño que acababa de venir al mundo era nacido del vientre de la reina.

—¿Está sana? —preguntó Cisneros, que se acercó a una ventana y vio cómo clareaba el alba de aquel día 14 de enero.

—Tan sana como sus cinco hermanos anteriores. La sexta hija de la reina de Castilla y de Felipe de Austria ha nacido plena de fuerza y energía, creo que será así el resto de su vida.

—¿Y la reina?

—Su alteza se encuentra bien. Ya sabéis que es una mujer plena de vigor y fortaleza —respondió Losantos mientras entregaba a la recién nacida a una matrona para que la limpiara y la fajara.

Algunos nobles presentes en el parto pensaron que ojalá hubiera tenido el hijo del príncipe Juan y de Margarita de Austria la fortaleza de los de su hermana Juana; ¡qué distinto hubiera sido entonces el destino de los reinos de Castilla y de Aragón!

A pesar de que todos los nobles habían firmado un compromiso para mantener la paz, los nervios de muchos de ellos parecían abocar a un inminente enfrentamiento.

—Los nobles están inquietos —comentó el arzobispo Cisneros a Pedro Losantos mientras el médico se lavaba las manos.

—Supongo que intuyen que sus cabezas corren peligro si regresa don Fernando.

—Temen que desate su venganza —apuntó Cisneros—. Las conspiraciones por parte de los nobles que acompañan a la reina son constantes. Algunos incluso pretenden volver a casarla de inmediato para así tener un nuevo rey y evitar que don Fernando se haga cargo del gobierno de Castilla otra vez.

—¿Por qué doña Juana no ejerce el poder que le corresponde? —preguntó Losantos, intentando mostrarse ingenuo ante la sinceridad con que le hablaba Cisneros.

—Porque su mente no tiene capacidad para hacerlo. Vos sois médico y sabéis que la locura de doña Juana es una cuestión de familia.

—Algunos médicos árabes de notable reputación sostienen desde hace siglos que, así como heredamos determinadas características de nuestros padres y abuelos, como el color de la piel, el del pelo, el de los ojos o la forma de la nariz, también se heredan otros caracteres del alma, como la fuerza de voluntad o el talento.

—Pues estimo que doña Juana ha heredado la locura de su abuela la reina Isabel de Portugal. La madre de la reina Católica también estaba... loca —reconoció Cisneros.

Pedro Losantos recordó entonces una visita que hizo a la madre de la Católica un par de años después de que se conquistara Granada a los moros; la portuguesa era ya una anciana confusa y melancólica. Recordó que ella le habló de cuando era niña, de la vida en el palacio de Lisboa, de los juegos con sus hermanos, de las canciones que le gustaba escuchar... Es curioso, aquella mujer explicaba con todo detalle lo que le había ocurrido durante su infancia, muchos años atrás, pero era incapaz de recordar lo acontecido apenas dos días antes. Doña Juana tenía esa misma enfermedad: su cabeza no razonaba como la de la mayoría de los humanos.

—¿Y qué va a ocurrir ahora? —preguntó Losantos con aire indiferente a la par que se secaba las manos con un paño.

—Hasta que vuelva el rey Fernando trataré de gobernar desde la presidencia del Consejo de Regencia buscando el equilibrio en estos reinos para evitar que estalle una guerra. Yo soy partidario de don Fernando, como bien sabéis, y anhelo que regrese cuanto antes a Castilla para hacerse cargo de su gobierno. Pero, entre tanto, todo puede ocurrir, pues la confusión y el miedo se extienden por todas partes. Esta tierra no puede estar sin rey. —Pese a su edad, Cisneros se mostraba rotundo y firme en sus posiciones.

—¿Permitiréis que yo siga al servicio de la reina? —preguntó Losantos.

—Don Fernando me ordenó que os mantuviera como médico de doña Juana y don Felipe lo ratificó, y no se ha dispuesto lo contrario desde entonces. Creo que el Católico no se fía de los médicos flamencos de su hija y muestra gran confianza hacia vos.

—De lo cual me alegro, señor arzobispo.

—Tal es así que me recomendó que os transmitiera cualquier información sobre

la salud de la reina que os pudiera ser útil, y hay algo que...

—Decidme.

—Lo que voy a contaros es en extremo delicado; si decís una sola palabra sobre esto, nuestras vidas no valdrán un ochavo.

—El rey confía plenamente en mí, vos podéis hacerlo también.

Cisneros miró a los ojos al médico converso y reconoció en ellos a los de un hombre sincero y de fiar.

—Escuchad con atención. Un hermano franciscano me ha contado que uno de los consejeros flamencos de don Felipe, sintiéndose morir, le confesó que tenía órdenes de eliminar a la reina Juana en caso de que peligrara su reinado y con ello la sucesión de don Carlos. Pues bien, al fallecer don Felipe, nuestro rey don Fernando vuelve a ser el regente de Castilla, de modo que es probable que alguno de los flamencos cercanos a la reina haya considerado que ha llegado el momento de... asesinarla.

—¡Envenenar a doña Juana! ¿Quién sería capaz de idear semejante monstruosidad?

—Yo no he hablado de envenenar...

—Bueno, he entendido que...

—Maximiliano de Austria, por supuesto. Sospecho que el rey de Alemania ha ordenado a sus agentes en Castilla que maten a la reina, pues las cosas se han complicado para los intereses de su nieto, que son los suyos.

—¿Y vos creéis en esas intrigas? —preguntó Losantos con impostada ingenuidad.

—Os aseguro que existen. ¿Acaso lo dudáis? A vos, que sois médico y conocéis muchos remedios y fármacos de todo tipo, ¿no os parece extraño cómo murió el rey Enrique, llamado «el Impotente»? ¿O incluso cómo ha fallecido el rey Felipe?

—La peste es una enfermedad terrible que no respeta ni a reyes ni a señores ni a obispos; a nadie —sentenció Losantos.

—La peste, claro..., siempre la peste.

—Si van a intentar matar a la reina, tenemos la obligación de evitarlo —asentó el médico converso, que ocultó al arzobispo de Toledo que él mismo había participado en una de esas conspiraciones.

—El franciscano que me contó esta conjura rompió su voto de mantener el secreto de confesión, pero en este caso está totalmente justificado, y Nuestro Señor lo perdonará por ello.

—¿Tenéis algún plan para evitar que se atente contra la vida de la reina? —le preguntó Losantos.

—Por supuesto, y cuento con vos para ello. Gracias a la información del franciscano hemos podido averiguar toda esta traición. Si estáis dispuesto a ayudarme a resolverla, os pondré al corriente de ello. ¿Aceptáis?

—Quedo a vuestras órdenes —dijo Losantos, que tuvo la intuición de que Cisneros estaba al mando de todo aquello.

Pocos días después de aquella conversación, Pedro Losantos recibió una carta cifrada del arzobispo Cisneros. En ella le detallaba el nombre y la descripción física del sujeto flamenco encargado de asesinar a la reina. Las pesquisas del prelado toledano, que tenía agentes infiltrados por todas partes, habían dado frutos y había conseguido identificar al sicario encargado de ejecutar a Juana.

Se trataba de uno de los médicos flamencos que habían viajado con ella desde Bruselas. La orden que había recibido desde Alemania pocos días después del nacimiento de Catalina era tajante y clara: «Cazar a la tórtola». Ese era el mensaje en clave por el que uno de los consejeros de Maximiliano ordenaba a su sicario en Castilla la muerte de su nuera.

Cuando recibió el mensaje, el consejero flamenco preparó unas hierbas, las coció y extrajo de ellas un jugo blanquecino, ligeramente aromático, cuya ingesta, incluso en pequeñas dosis, era letal. El agente de Maximiliano tomó el veneno, lo filtró e introdujo una buena dosis en un frasquito de vidrio que escondió entre su manto. Al anochecer, salió de la casa que habitaba en Torquemada provisto de un farol y se dirigió hacia la casona donde la reina Juana se recuperaba del parto. Las calles de la aldea estaban nevadas, soplaban un viento helado del norte y hacía un frío de mil demonios.

Al girar una esquina, tres hombres fornidos salieron al paso del médico flamenco. Cuando este quiso darse cuenta, dos de ellos lo habían inmovilizado y el tercero le había colocado una mordaza en la boca y una capucha que le cubría toda la cabeza. Lo arrojaron sobre una carreta, lo ocultaron bajo una manta y arrearon a la mula hasta alejarse del caserío.

Cuando le quitaron la caperuza, el agente de Maximiliano se encontró de frente con los ojos de Pedro Losantos. Estaban en lo que parecía una bodega, apenas iluminada por un par de candiles de aceite. Olía a humedad rancia y a vino agrio.

—¿Quién os manda? —le preguntó Losantos. El flamenco agitó la cabeza; todavía tenía la mordaza puesta—. Dejadle que hable —ordenó a los hombres—; por mucho que grite, nadie va a oírlo.

Uno de ellos le quitó la mordaza. El flamenco aspiró varias bocanadas de aire y miró angustiado a los lados. La vista de los rostros aviesos de los dos sicarios le heló la sangre.

—No sé de qué me estáis hablando —balbució nervioso y confuso. Era un hombre alto y delgado, que vestía el abrigo largo y oscuro de los médicos flamencos de la corte.

—¿Ah, no? Sabemos que vuestro plan consistía en buscar el momento propicio para mezclar el veneno con el ponche de leche, huevos y vino dulce, que los médicos flamencos le aconsejan tomar a la reina Juana todas las noches antes de acostarse, para reponerse pronto del parto de Catalina y del esfuerzo realizado tras varios días



vagando por los caminos en pos del féretro de don Felipe. Lo sabemos todo, salvo... ¿quién os manda? —reiteró Losantos esa pregunta con una frialdad calculada.

—No sé de qué me estáis hablando —repitió el flamenco en un aceptable castellano, pero con la voz temblorosa y los ojos llorosos. Aquel hombre estaba muerto de miedo.

—Escuchadme con atención. Estos hombres son expertos en desollar vivo a cualquier animal, incluido vos mismo, y lo saben hacer con la más dolorosa de las lentitudes. Si no respondéis satisfactoriamente a mis preguntas, os juro que os arrancarán la piel a tiras, y os aseguro que todavía estaréis vivo cuando la veáis sangrar delante de vuestros propios ojos.

—Es un error; soy médico de su alteza, bien lo sabéis vos.

El flamenco había reconocido a Losantos pese a la tenue luz y al intenso miedo que lo agarrotaba. Un tremendo golpe lateral sacudió entonces la cabeza del preso, que cayó al suelo conmocionado. El hombretón que lo había golpeado, aún más alto y mucho más fuerte que el flamenco, lo alzó en vilo con sus manazas como palas y lo recolocó de nuevo frente a Losantos.

—Como habéis podido comprobar, mis amigos carecen de delicadeza y no se andan con juegos galantes. Os lo preguntaré por tercera y última vez: ¿quién os manda?

El médico flamenco temblaba como pollo sin cabeza, y sus ojos se desorbitaron cuando vio acercarse a uno de los hombres empuñando un afilado cuchillo de carnicero.

—¡Dios mío! —exclamó con los ojos inundados de pánico.

—Encomendaos a él, os va a hacer falta, porque si no confesáis, esta misma noche arderéis en el infierno, pero antes sufriréis tanto que vos mismo suplicaréis vuestra muerte.

—Me dijeron que me matarían si no lo hacía; yo no quería..., os lo ruego, perdonadme, perdonadme...

—Seguid hablando —le ordenó Losantos mientras el del cuchillo colocaba el filo en la garganta del flamenco.

—Me ordenaron que, si moría don Felipe y la reina no podía gobernar, debía envenenarla, pues así pasaría el reino a manos de su hijo don Carlos.

—¿Quién te lo ordenó? —El del cuchillo apretó un poco más hasta que le rasgó la piel del cuello y se dibujó a lo ancho de la garganta una fina línea oscura de la que emanó un hilillo de sangre.

—Uno de los consejeros de don Maximiliano, el rey de Romanos. Si doña Juana muere, él será el tutor de don Carlos —confesó el flamenco, que acababa de manchar sus calzas con sus propias orina y heces.

—Os habéis ensuciado —comentó Losantos al olisquear el desajuste intestinal provocado por el pánico en el flamenco—. Tomad, bebed un poco de este vino dulce, os reconfortará. —El converso le ofreció una jarrita que el flamenco apuró con

fruición de un par de tragos—. Espero que os haya gustado, lo hemos especiado para vos —añadió a la vez que le mostraba el frasco de vidrio vacío, donde poco antes el médico flamenco había colocado el veneno destinado a doña Juana.

—¡No! —gritó desesperado.

—Veamos cuánto tiempo tarda en hacer efecto vuestra medicina —masculló Losantos.

Aún tuvieron que esperar más de una hora antes de que el flamenco comenzara a convulsionarse y babear una espuma blanquecina. Unos minutos después, su corazón se detuvo y el espía murió entre fuertes espasmos.

Fue entonces cuando Pedro Losantos se dio cuenta de que había vuelto a matar a un hombre. A otro más. Durante unos minutos se quedó paralizado sin saber qué hacer. Se extrañó de esa actitud, porque ahora no sentía ni terror, ni odio hacia sí mismo, ni arrepentimiento alguno. Entonces reaccionó y se dirigió a sus sicarios:

—Dejad el cuerpo en cualquier calleja del pueblo y hacedlo con sigilo para que no os vea nadie —ordenó Losantos a los tres hombres tras entregarles una bolsa con monedas.

Cuando salió de la bodega, en la gélida noche castellana, pensó que iba a ser sacudido por un escalofrío. Acababa de torturar a un hombre antes de ordenar su muerte. Miró al cielo, estrellado y oscuro, profundo como una jarra de cristal negro sin fondo, pero seguía sin sufrir el menor remordimiento. Tras la muerte de Felipe el Hermoso había sentido un enorme malestar, vómitos y mareos. Pero esta segunda víctima no le produjo la menor sensación de angustia. Ahora sí, Pedro Losantos supo que se había convertido en un asesino.

Cuando a la mañana siguiente descubrieron el cadáver del médico flamenco en una solitaria calleja de Torquemada, recostado sobre una pared, Losantos acudió como médico real a inspeccionarlo. Su dictamen fue que había fallecido de un ataque al corazón, tal vez a causa del frío. Nadie objetó la menor duda y nadie preguntó por qué se había hecho sus necesidades encima antes de morir y por qué su cuello presentaba una delgada línea de sangre reseca.

*Nápoles, mediados de primavera de 1507*

El Católico rebosaba de euforia. En los últimos meses todos sus planes habían salido conforme él había deseado, y decidió que ya era hora de plantear su vuelta.

La mañana era espléndida en la bahía de Nápoles. Una brisa cálida y muy agradable soplaba desde el mar hacia la tierra arrastrando el aroma salobre del

Tirreno.

Fernando y Germana acababan de hacer el amor en la alcoba real del palacio del castillo Nuevo, entre delicadas sábanas de seda bordadas con sus iniciales.

—Colmáis todos mis deseos —le dijo Fernando, que estaba muy satisfecho por cómo se comportaba en la cama su joven esposa y por la sumisión que mostraba hacia él en cada momento y en todas las situaciones. La juventud de Germana le hacía sentirse más joven, más fuerte, más viril.

—Y vos los míos, mi señor. Espero que me dejéis pronto embarazada. Así, mi dicha sería completa.

—Ese es mi mayor deseo.

—Nada me gustaría más que daros un heredero varón.

—Hace varios meses que compartimos lecho y he procurado dejaros encinta, pero no lo consigo... —Fernando se mostró abatido al compartir su preocupación con ella.

—Tal vez sea mi culpa. Vos habéis demostrado que podéis engendrar hijos; cinco tuvisteis con doña Isabel, pero yo, yo... —Germana calló que su esposo también era padre de numerosos bastardos, varios de ellos reconocidos, y otros más que había dejado por las aldeas, villas y ciudades de Castilla y de Aragón.

—No os preocupéis, mi señora; insistiremos en ello. —Fernando temió que su esposa fuera estéril y que su boda no hubiera servido para nada de cuanto había planeado: la alianza con Francia y gestar un heredero para Aragón. Desde luego, el de Germana era el aspecto de una mujer fértil: generosa de carnes, cuerpo recio y complexión fuerte, formas voluptuosas, pechos abundantes, caderas anchas, buena salud..., pero cuando llegaba el momento de menstruar, cada mes, la reina seguía manchando de sangre los paños higiénicos y, cuando eso ocurría, el rey Católico sufría una nueva decepción.

Fernando se levantó de la cama y se acercó a la ventana.

—Esta ciudad es muy hermosa —susurró el rey—. Ahora entiendo que don Alfonso el Magnánimo, mi antepasado en el trono de Aragón, se quedara aquí para siempre.

Dejar preñada a la reina de Aragón se convirtió para Fernando en una verdadera obsesión, hasta tal punto que durante su estancia en Nápoles le hacía el amor siempre que podía, una y otra vez, en cualquier ocasión en la que su miembro viril lo demandaba. Recién cumplidos los cincuenta y cinco años, había disminuido la energía y el formidable vigor sexual de su juventud, pero conservaba en su cabeza la pasión erótica que lo había acompañado desde la primera vez, siendo un adolescente, que descubrió el sexo con una hermosa y experta dama de la corte de su padre el rey Juan II.

La estancia en Italia resultó muy placentera. La brisa cálida del mar Tirreno, el espléndido paisaje de la bahía, las delicadas delicias de la corte de Nápoles y sus

palacios, la exquisitez de sus músicos y sus poetas, el halago permanente de sus súbditos, el disfrute del cuerpo juvenil y voluptuoso de la reina Germana, los deliciosos frutos de los huertos al pie del monte Vesubio y los deliciosos vinos de la Campania hicieron olvidar al Católico el mal trago por la expulsión de Castilla, la pérdida de su gobierno, las veladas amenazas del rey Felipe y la amargura por la locura irremediable de su hija Juana.

Tras varios meses en Italia, incluso había disminuido su recelo hacia el Gran Capitán. Durante aquel tiempo, Gonzalo Fernández de Córdoba había demostrado su lealtad. Gobernaba el reino de Nápoles con energía y buenas maneras, pero siempre en el nombre de Fernando, y mantenía la disciplina en el ejército, pero cada vez que se dirigía a sus tropas las arengaba reclamándoles fidelidad absoluta a su rey, de modo que don Fernando empezaba a confiar en su más ilustre general.

El prestigio del Gran Capitán era tal que los soldados a su mando le profesaban una absoluta veneración y los capitanes de sus regimientos lo admiraban como al más grande de los héroes: no había uno solo de los comandantes del ejército de Italia que no estuviera dispuesto a morir por él; hasta ese punto se había ganado Gonzalo el respeto de sus hombres.

Rendido al fin a los muchos y muy eficaces servicios prestados a la Corona, el Católico concedió al Gran Capitán los títulos de duque de Sessa y de Terranova, alzándolo así entre los más grandes nobles de los reinos de Castilla y de Aragón; y, además, envió cartas al papa, a todos los reyes y a los más destacados señores de la cristiandad resaltando los grandes méritos de Gonzalo, a quien loaba como uno de los más extraordinarios soldados de su tiempo, casi como un igual a reyes y príncipes.

En aquellas cartas el Católico se refería al Gran Capitán como muy amado y querido primo, lo tildaba de verdadero conquistador de Italia, le agradecía que hubiera engrandecido sus reinos con estas conquistas, lo proclamaba lleno de virtudes y relataba con todo tipo de alabanzas las proezas militares logradas por don Gonzalo en sus brillantes victorias sobre los turcos y los franceses.

No obstante, en esas mismas cartas repletas de halagos, Fernando de Aragón anunciaba su cese como virrey de Nápoles, puesto para el que eligió a su nieto don Juan de Aragón, conde de Ribagorza e hijo del arzobispo de Zaragoza.

—He decidido nombrar a mi sobrino don Juan como nuevo virrey de Nápoles. — Fernando seguía usando la palabra «sobrino» cuando se refería a su nieto en público —. Pero no os preocupéis, tengo reservado para vos un importante puesto —le comunicó el Católico al Gran Capitán tras anunciarle que dejaba de ser virrey de Nápoles.

—Siempre estaré a vuestras órdenes, mi señor, y acudiré al puesto que me otorguéis con el orgullo de quien solo desea servir —repuso don Gonzalo procurando que no se notara su malestar.

—Sabéis bien que sigo ostentando el maestrazgo de todas las Órdenes Militares de Castilla y León. Pues bien, vos seréis el maestro de la Orden de Santiago; os

nombraré para ese cargo cuando regresemos de Italia.

—Me hacéis un gran honor, alteza —repuso Gonzalo, aunque a Fernando no le pareció que fuera sincero.

—Es el puesto más alto que puedo concederos. Ser maestre de Santiago es algo extraordinario. Se trata de vestir el principal hábito entre los caballeros más prestigiosos de todos nuestros reinos.

—No sé si merezco...

—Don Gonzalo, vos habéis ganado un reino más que añadir a mi Corona, claro que merecéis ese honor. Para lo que vine a Italia ya está hecho, de modo que en unas pocas semanas regresaremos. Vos vendréis conmigo; durante el viaje tendremos tiempo para hablar del gran futuro que nos aguarda juntos.

»Por cierto —Fernando cambió de conversación—, ¿sigue el papa ofreciéndoo la capitanía general de su ejército?

—Sí, alteza, lo ha hecho de nuevo —el Gran Capitán no mintió—, pero yo solo os serviré a vos. Hace años, durante la guerra de Granada, juré ante Dios que no tendría otro señor que vuestra alteza, y mantendré mi palabra hasta el fin de mis días. Nunca os fallaré.

—Supongo que la oferta del papa Julio habrá sido muy generosa.

—Así es, pero yo solo quiero servir a vuestra alteza.

—También os ha concedido la Rosa de Oro, la mayor distinción que otorga la Iglesia. Muy pocos la poseen. Es evidente que a ese papa guerrero le encantaría que dirigierais sus tropas. Está planeando la conquista de toda Italia, pues quiere incorporarla entera a sus dominios. Ya ha ocupado algunas plazas al norte de Roma y ahora anda maquinando la conquista de Venecia. Si lo logra, Florencia, Pisa y Siena también caerán en sus manos, y luego Milán, y cuando eso ocurra, pondrá sus ojos en Nápoles y Sicilia. Por cierto, sé que la Señoría de Venecia también os ha ofrecido que entréis a su servicio. Los venecianos pagan bien, incluso mejor que el papa. —El Católico quería demostrarle al Gran Capitán que estaba perfectamente enterado de la situación en Italia.

—Estáis bien informado, mi señor, pero sabed que también he rechazado esa propuesta.

—El maestrazgo de la Orden de Santiago tampoco es mala oferta.

—Yo aceptaré lo que vuestra alteza disponga para mí.

—Mi deseo es que permanezcáis a mi lado. Os necesito.

—Sabéis que mi espada estará siempre a vuestras órdenes, alteza.

—La necesitaré. Ayer me informaron que a comienzos de marzo murió César Borgia en un combate cerca de la localidad navarra de Viana. Ese hombre era un loco y estaba dispuesto a incitar a los navarros para atacar Castilla; nunca me perdonó que lo apresara y lo pusiera bajo arresto por sus intrigas contra mí. La muerte de César Borgia elimina un problema, pero ha surgido otro más peligroso en Cataluña.

—¿Se han vuelto a rebelar sus nobles?

—No. Ahora se han enfrentado entre ellos. —Fernando resopló y recordó en voz alta pasados tiempos—. Mi primera acción de armas tuvo lugar precisamente en Cataluña, cuando siendo todavía un joven príncipe acudí a sofocar la guerra que estalló en tierras del condado de Barcelona, porque parte de los catalanes no estaban dispuestos a reconocer a mi padre el rey Juan como su soberano. Algunos nobles catalanes aspiraban entonces a convertirse en un Estado segregado de la Corona de Aragón, aunque para lograrlo fuera preciso recurrir a entregar Cataluña a un soberano francés, castellano o portugués como su nuevo monarca, obviando que los reyes de Aragón también somos condes de Barcelona.

—Si es preciso someter a esos nobles catalanes, contad conmigo...

—No creo que sea necesario emplear la fuerza. Desde que Francia nos devolvió los condados de Rosellón y Cerdeña, los ánimos en Cataluña están más calmados. El problema más grave radica ahora en las ambiciones e intrigas de mi consuegro Maximiliano de Austria. Ha llegado un mensaje cifrado de uno de mis agentes en París donde me informa sobre unas conversaciones secretas celebradas entre enviados de don Maximiliano, que maquina conjuras sin descanso contra mí, y consejeros de Luis XII de Francia. Don Maximiliano le ha propuesto un pacto para ocupar Italia y repartirse mis dominios en Nápoles y Sicilia.

—Vuestro ejército en Italia no lo consentirá. Las tropas que pusisteis bajo mi mando son las mejores del mundo, no existe ningún ejército capaz de derrotarlas —asentó Gonzalo.

—Don Maximiliano es un intrigante que no cesará en sus añagazas hasta que no consiga sus objetivos. Juega a varias bandas. Incluso me ha enviado unos embajadores para proponerme que compartamos la administración de Castilla y ser ambos corregentes de don Carlos, nuestro nieto. ¿Qué os parece? —Fernando parecía tener controlada la situación.

—Pero, por lo que sé, los flamencos no han sido bien recibidos en Castilla...

—Han cometido demasiados excesos, y además, desde la muerte de don Felipe ha crecido de manera considerable la animadversión hacia los consejeros flamencos, que ya concitan el rechazo de numerosos señores castellanos, quienes se han dado cuenta de que fue un error expulsarme de Castilla. —Fernando hablaba con firmeza y con la seguridad que le otorgaba el que el Consejo de Regencia le hubiera ofrecido, de modo incondicional, el gobierno del reino.

—¿Entonces, qué vais a contestar a don Maximiliano?

—En unos pocos meses los consejeros de don Felipe convirtieron a Castilla en una heredad propia, y no lo voy a consentir. Mi respuesta a la propuesta de mi consuegro será contundente: no tomaré el título de rey de Castilla, que ya ostenté antaño, porque es potestad de mi hija Juana, pero, ante la incapacidad de esta, no renuncio a gobernar ese reino. Y lo haré en solitario, pues me corresponde en derecho tal cual se deduce del testamento de la reina Isabel, de lo dispuesto en las Cortes y como padre y tutor de la reina Juana.

La determinación del Católico volvió a impresionar al Gran Capitán. Esa era, precisamente, una de las causas que como soldado motivaba su inquebrantable lealtad hacia aquel hombre.

*Puerto de Nápoles, principios de junio de 1507*

La mole del castillo Nuevo destacaba imponente a orillas del mar Tirreno y su maciza silueta almenada se recortaba borrosa en el cielo blanquecino de la bahía, entre una ligera neblina. Al fondo, el monte Vesubio se alzaba sobre las nubes, como un coloso protector de la ciudad de Nápoles. Los más eruditos sabían que, en realidad, era un monstruo dormido, titán colérico que podía despertar de improviso y vomitar humo, fuego y cenizas, como ya hiciera tiempo atrás, cuando en la época del emperador romano Tito destruyó las ciudades de Pompeya y Herculano, según se leía en una de las cartas del naturalista Plinio el Joven.

—Las dieciséis galeras están prestas para zarpar hacia el norte. Volvemos a casa —comentó el Gran Capitán. A su lado estaba el joven Pablo Losantos, con su reciente título de médico por la escuela de Salerno bajo el brazo, que había embarcado con su madre Juana de la Cruz y su hermana María.

—Tengo ganas de llegar a Castilla —suspiró Pablo, que acompañaba al Gran Capitán sobre el muelle del puerto de Nápoles, a la vista de las galeras allí amarradas.

—Vuestro padre estará muy orgulloso —comentó el Gran Capitán.

—¿Lo conocéis?

—Sí, hace ya algunos años. Su alteza el rey Fernando lo aprecia mucho y, por lo que sé, confía plenamente en él. Y no solo por su capacidad como médico.

—Mi padre es un gran médico. Ama su profesión, y él fue quien me hizo amarla desde que yo era muy pequeño.

—Dicen que vos, a pesar de vuestra juventud, también lo sois. Vuestra madre no hace otra cosa que hablar de vuestras virtudes con mi esposa.

—Yo acabo de terminar mis estudios en Salerno; es la escuela de Medicina más prestigiosa de la cristiandad, la única en la que se aplican ciertas prácticas aprendidas de la ciencia de los griegos y de los árabes, que en muchas cuestiones son más eficaces que las que se aplican en Francia o en Italia. —Pablo no reveló que algunas de las enseñanzas que se impartían en Salerno no estaban autorizadas por la Iglesia—. Mi padre estudió en Montpellier, donde hay otra gran escuela...

—Es curiosa la existencia de los hombres. Yo dirijo ejércitos en los que mis soldados tienen que matar a otros hombres para conseguir victorias y vos os preocupáis de salvar vidas...

—Vivimos en un mundo extraño, sí —asentó Pablo Losantos.

—Fijaos en esa galera —señaló el Gran Capitán con el brazo a una de ellas—. Es magnífica, nuestro mejor navío. Fue fabricada en las atarazanas de Barcelona hace ya

unos años y sigue navegando como si estuviera recién armada. En ella viajará el rey Fernando.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó Pablo.

—En cuanto lo ordene su alteza. Todo está ya listo para la travesía.

Gonzalo y Pablo escucharon el sonido de unos cascos de caballo a sus espaldas y se giraron. Era el rey Fernando que acudía al puerto escoltado por seis soldados.

—Alteza —lo saludó Gonzalo, que se apresuró a sostener las riendas del caballo para que descendiera el rey.

—¿Todo preparado? —preguntó el Católico una vez puso los pies en el suelo.

—Todo listo, señor. Solo falta que deis la orden para zarpar.

—Supongo que vos sois el joven Losantos —dijo el rey dirigiéndose a Pablo, que se mantenía a unos pasos de distancia con la cabeza agachada—. Os parecéis mucho a vuestro padre.

—Sí, mi señor; Pablo Losantos, para servir a vuestra alteza.

—Mi esposa me ha hablado de vos, don Pablo. Me alegra que un joven médico regrese con nosotros, y vuestro padre aún se alegrará más. En varias ocasiones me ha dicho que os echa de menos.

—Yo también estoy contento, mi señor.

—Bien, y ahora dejadnos solos, don Pablo, tengo que comentar algunos asuntos con don Gonzalo.

—Por supuesto, mi señor. —Pablo Losantos se inclinó ante el rey y se alejó por el muelle caminando ligero.

—Acabo de recibir una carta en la que el papa Julio nombra cardenal de Santa Balbina al arzobispo Cisneros —le comentó el rey al Gran Capitán.

—Don Francisco se alegrará mucho —repuso el Gran Capitán.

—Ese franciscano... Me ha hecho grandes servicios, y también a Castilla y a la Iglesia.

—Es un justo reconocimiento.

—En esta misma carta, el papa lamenta no poder entrevistarse conmigo, pero dice que acepta mi oferta de obediencia y me proclama propagador de la fe católica. ¡Ah!, y también me concede la Rosa de Oro. Vos ya tenéis esa condecoración, antes que yo incluso. —Fernando parecía molesto.

—Ya lo sabéis, alteza, me la concedió...

—La merecáis, descuidad —lo cortó el rey—. Pero hay más. En una segunda carta, esta secreta, el papa Julio me promete que, si le ayudo en algunas conquistas en Italia, me otorgará al fin la investidura sobre Nápoles y añade que no cuestionará jamás mi dominio sobre ese reino. Me ofrece ese acuerdo a cambio de quedarse para él todo el centro de Italia y de permitir que los franceses ocupen el ducado de Milán. De este modo Italia quedaría dividida en tres grandes dominios, dejando a Maximiliano y a Venecia al margen de ese acuerdo. ¿Qué opináis?

—Que no parece un mal acuerdo —dijo el Gran Capitán.



Aquella respuesta volvió a despertar las dudas de Fernando, que recordó entonces que uno de sus consejeros le había dicho que el Gran Capitán pretendía poner a Nápoles bajo el señorío de Castilla, y no de Aragón, pues Gonzalo era un castellano y era él quien había ganado ese reino y a quien obedecían las tropas. Pese a que había dado muestras más que sobradas de su lealtad, Fernando volvió a sospechar de su mejor general e hizo caso otra vez de las intrigas de los murmuradores, que acusaban a Gonzalo de ser un agente de Maximiliano de Austria, del papa, de la Señoría de Venecia e incluso del rey de Francia. Tras haberlas relegado por un tiempo, otra vez le surgieron estas vacilaciones, los recelos y la sensación, nunca acabada del todo, de que el Gran Capitán participaba de un doble juego. Además, verlo hablar con el hijo de Pedro Losantos despertó ciertas suspicacias nuevas en el rey. ¿Podrían estar tramando algo contra él? Y, en ese caso, ¿Pedro Losantos estaría dispuesto a traicionarlo? ¿Qué pintaba allí el hijo del médico converso? Tendría que estar pendiente de ellos.

—He ordenado al almirante de la flota que trace una ruta de regreso navegando las costas italianas de cabotaje, pero con sumo cuidado —se dirigió el rey al Gran Capitán, tras permanecer unos momentos callado, contemplando el mar y la bahía—. Uno de nuestros agentes, que se hace pasar por un comerciante catalán, nos ha informado que los turcos están armando en sus astilleros de Estambul una poderosa flota que en cualquier momento podría salir al mar y caer sobre los puertos italianos.

—Si me autorizáis, puedo formar una flotilla de galeras que abra la vanguardia —dijo el Gran Capitán.

—No será necesario, el capitán Pedro Navarro zarpó hace ocho días con nuestra galera más veloz con el fin de inspeccionar la ruta y alertar por si se producía algún peligro insospechado, y acabamos de saber que la ruta es segura, de modo que zarparemos inmediatamente, hoy mismo. Disponed lo necesario y dad la orden.

—Como vuestra alteza ordene.

*Savona, golfo de Génova, 30 de junio de 1507*

Las galeras del rey de Aragón se hicieron a la mar el 4 de junio. Miles de napolitanos se alinearon a lo largo del muelle del puerto para despedirlas. El rey Fernando estaba sonriente porque supuso que era en su honor, pero se decepcionó cuando escuchó que aquellas miles de gargantas coreaban el nombre del Gran Capitán y que saludaban agitando banderolas y pañuelos a la nave donde viajaba Gonzalo Fernández de Córdoba, cuyo gobierno como virrey había sido el más benéfico que la mayoría de aquella gente recordaba.

—Ese hombre es un peligro. La gente lo ama demasiado —comentó Germana a Fernando al comprobar semejantes muestras de euforia por parte de la multitud hacia el Gran Capitán.

—Ha sido un gran gobernante y los ha librado del yugo francés —respondió el Católico.

—Ningún hombre debe estar por encima de su rey —sentenció Germana. La francesa no olvidaba que Gonzalo había sido el culpable de la muerte de su pariente Luis de Armañac en la batalla de Ceriñola.

La flota surcó las olas del Tirreno, siempre a la vista de la costa, bogando hacia el norte. Mientras observaba el tajamar de la galera capitana rompiendo las olas, en cuyo mascarón destacaba un león rampante, el Católico recordó un párrafo de una de las crónicas que todos los reyes aragoneses habían leído alguna vez, en la que se decía que hubo un tiempo en que su dominio sobre las aguas del Mediterráneo era tan grande que hasta los peces llevaban pintadas en sus lomos las barras rojas y amarillas de la casa real de Aragón, a modo de salvoconducto para poder nadar en ese mar.

Pasaron de largo la desembocadura del río Tíber, a cuya vista Fernando el Católico recordó el consejo del astrólogo Basurto para obviar la entrevista que le había solicitado el papa, y siguieron remando hacia el norte, perfilando el gran arco de la costa tirrena, el señorío de la república de Génova.

La armada se detuvo unos días en el puerto de la ciudad de Génova. Fernando quería visitar su catedral para postrarse ante el Cratino Santo, un vaso de esmeralda ochavado del que se decía que había sido el recipiente donde Jesucristo convirtió el agua y el vino en su sangre durante la eucaristía celebrada en la Última Cena en Jerusalén. Los genoveses, que lo consideraban milagroso, lo habían obtenido en Siria y aseguraban que era el auténtico cáliz del Señor. Cuando lo vio, tras asistir a una misa solemne, el rey de Aragón recordó que en su ciudad de Valencia se guardaba otro cáliz del que también se decía que había sido el de la Cena.

Aún había otro más en León. Una hermosísima y culta dama llamada Margarita de las Torres, autora de una crónica secreta, defendía en ese libro que el verdadero cáliz sagrado que estuvo en las manos de Jesús en la Cena era el de la infanta Urraca, que se veneraba en la colegiata de San Isidoro de esa ciudad. Doña Margarita, cuyos ojos azules y pelo trigueño había enamorado a varios nobles leoneses, que la habían requerido de amores, los había rechazado a todos y decidido consagrar su vida a la custodia de ese cáliz.

¡Y quién sabe cuántos verdaderos giales más habría repartidos por iglesias, monasterios y catedrales de toda la cristiandad!

Dos días más tarde arribaron a Savona. El rey de Francia se había trasladado a esta ciudad para entrevistarse con Fernando, cuya cita se había pactado semanas atrás, cuando Basurto así lo había aconsejado al rey de Aragón.

El rey de Francia aguardaba en el puerto, pero no esperó a que sus regios invitados desembarcasen. Él mismo ordenó que una barca lo trasladara hasta la galera donde viajaban los reyes Fernando y Germana.

—¡Querido primo!, me alegra mucho este encuentro. —El rey de Francia abrazó al de Aragón en cuanto subió a su galera. No lo conocía personalmente, pero lo identificó al primer golpe de vista. Aunque el Católico ya tenía cumplidos los cincuenta y cinco años, todavía respondía a la descripción que le habían hecho a Luis y al retrato que había visto en París: complexión fuerte y proporcionado de miembros, rostro sereno, ojos grandes y ligeramente rasgados, oscuros pero alegres, cejas delgadas, nariz proporcionada, larga y bien perfilada, afilada boca y labios crecidos y sensuales, cabellos castaños y lacios, ahora con algunas canas, y estatura mediana.

—Sed bienvenido a bordo, primo —correspondió Fernando.

—¡Vaya, vaya! Mi pequeña sobrina se ha convertido en una espléndida mujer; toda una reina —habló Luis antes de besar en las mejillas a Germana de Foix.

—Querido tío, me alegro mucho de volver a veros —musitó Germana, que a sus diecinueve años se mostraba en toda su plenitud. Su leve cojera se había acentuado debido a la incomodidad de la travesía marítima.

—He venido personalmente a buscaros. Comeremos en tierra; mi cocinero ha preparado un succulento almuerzo. ¡Ah!, os rogaría que permitierais que se sumara a nosotros don Gonzalo, el Gran Capitán, como ya lo llaman en toda Europa —propuso Luis.

—Si ese es vuestro deseo, así será —repuso Fernando, que ante semejante propuesta desconfió del francés. Le pareció muy extraño que el rey de Francia invitara a su propia mesa a un noble castellano como si se tratara de un igual, pero evitó mostrar su recelo.

Sobre una barca de remos llegó el Gran Capitán, que viajaba en una galera fondeada cerca de la de los reyes, poco tiempo después de ser avisado. En esa misma galera viajaban Juana de la Cruz y sus hijos Pablo y María Losantos, que regresaban a Castilla en la comitiva del rey Fernando.

Don Gonzalo subió a la galera real y se acercó a los soberanos dispuesto a besarle la mano al de Francia, pero don Luis se lo impidió y lo abrazó como si se tratara de un semejante en dignidad y cargo.

—El mejor general de Europa es digno de compartir la mesa con unos reyes —comentó el de Francia.

—Solo si mi señor el rey Fernando me lo permite —añadió el Gran Capitán mirando al Católico en busca de su autorización.

—Por supuesto, don Gonzalo, comeréis con nosotros y honraréis nuestra mesa. ¡Qué mejor compañía! —Y se acercó hacia él dándole un beso en la mejilla. Con ese gesto, propio de los señores hacia sus vasallos, Fernando quiso dejar claro que el Gran Capitán era uno de sus servidores.

Durante la comida, ya en tierra, los dos soberanos hablaron de pactos y de concordias. Luis no dejaba de mirar al Gran Capitán e incluso le partió con sus manos un pedazo de pan, le permitió comer un bocado de su propio plato y le regaló una

espléndida cadena de oro.

Pese a las derrotas que le había causado, el rey de Francia admiraba al hombre que había aniquilado a sus ejércitos y humillado a sus generales en los campos de batalla del sur de Italia. ¡Cuánto hubiera pagado por tenerlo como generalísimo de su ejército en esa guerra! Cada vez que se presentaba la ocasión, lo alababa y destacaba su fortaleza de ánimo y su genio militar.

Al final del banquete, regado con abundante vino de Provenza, los dos reyes acordaron sellar una alianza contra la república de Venecia. A ambas partes les interesaba neutralizar el poder de esta formidable potencia marítima y comercial, siempre un rival a tener en cuenta; al aragonés, para eliminar a la gran competidora de los mercaderes catalanes y valencianos en el Mediterráneo, y al francés, para que quedara expedito su plan de dominar todo el norte de Italia, incluido el territorio veneciano.

Antes de despedirse, Luis XII le hizo una revelación a Fernando II.

—Os conviene guardaros de Maximiliano —le avisó.

—¿A qué os referís, querido primo? —le preguntó el Católico.

—Maximiliano está intrigando contra vos.

—¿Estáis seguro? —Fernando apretó los dientes con fuerza.

—Tanto como que esa agua es salada —afirmó Luis de Francia señalando al mar—. Hace unos días me llegó una carta suya, enviada desde la ciudad de Constanza, en la que me ofrecía un pacto cuyo único fin era coaligarnos en vuestra contra. He podido saber que ha enviado otra similar dirigida al cabecilla de la nobleza castellana diciéndole que está dispuesto a acudir a Castilla acompañando a vuestro nieto común, el jovencito Carlos, para hacerse cargo del gobierno de ese reino como regente y tutor hasta que ese niño sea mayor de edad, desplazándoos así de ese puesto. Dentro de un mes vuestro nieto Carlos será investido en Bruselas como duque de Borgoña y conde de Flandes, y a partir de entonces en cualquier momento se planteará que viaje a Castilla para tomar posesión de su título como príncipe heredero y, desde luego, también reclamará el de Aragón. —El de Francia parecía sincero.

—Os agradezco la información; y os debo un gran favor, querido primo.

—No he hecho otra cosa que cumplir con mi parte del pacto que tenemos firmado. Y, además, no me fío de Maximiliano. Es un hombre vanidoso que solo persigue un objetivo: que la familia de los Habsburgo se convierta en la dueña de toda la cristiandad, y aun del mundo entero, tal es su ambición. Por lo que a mí respecta, haré todo lo posible para que no sea así, y espero contar con vuestra ayuda —advirtió Luis de Francia.

—En eso coincidimos y para eso hemos cerrado este acuerdo.

Ambos reyes se abrazaron antes de despedirse. Pero cuando se alejaba, Luis XII lanzó una frase contundente.

—El nacimiento de un hijo varón vuestro y de mi sobrina Germana aclararía mucho las cosas. Supongo que sois consciente.

—Por supuesto, y no dudéis de que estoy empeñado en ello.

## CIELOS DE TORMENTA

*Hornillos, reino de Castilla, julio de 1507*

La comitiva real había estado bloqueada en Torquemada desde el nacimiento de la pequeña Catalina a mediados de enero, sin que la reina diera orden de seguir adelante. Pero a fines de abril se declararon varios casos de peste en esa localidad y Pedro Losantos, que seguía al lado de la reina Juana, le aconsejó que sería oportuno abandonar Torquemada para evitar un posible contagio por la pestilencia. Juana la Loca aceptó. Tras varios meses en esa aldea, el séquito real partió hacia Burgos, pero la reina seguía sin querer residir en ninguna ciudad y optó por instalarse en Hornillos, unas pocas millas al suroeste. Su intención era seguir hacia Granada, llevando con ella el ataúd con el cadáver de su esposo, pero antes quiso esperar a que regresara su padre de Italia.

Siete meses después de la muerte de Felipe el Hermoso, la nutrida comitiva que había salido de Burgos con la reina Juana había disminuido mucho. Los nobles que seguían a su lado estaban desesperados, pero no se atrevían a abandonarla por miedo a posibles represalias. Por eso aguantaban las incomodidades, pues se veían obligados a pasar los días en malolientes casuchas de campesinos o en fríos pabellones de lona.

Para ganar influencia y lograr la confianza de la reina, esos nobles la adulaban con elogios y le pedían favores a continuación, pero Juana se mostraba impasible, no tomaba ninguna decisión y se limitaba a repetir que no haría nada hasta que no volviera su padre. Un grupo de nobles le propuso que, al menos, se instalara en Burgos, en Valladolid o en la cercana Palencia, pues la espera en una de esas ciudades sería más cómoda que en una pequeña aldea. Pero Juana alegó que no lo haría de ningún modo y mantenía que era su obligación, dados sus deberes de esposa, y alegaba que en las ciudades se celebraban festejos, torneos y corridas de toros impropios para un tiempo de duelo y dolor como el que ella cumplía.

Entre tanto, todo el reino de Castilla andaba sumido en revueltas e intrigas: los nobles recelaban unos de otros y conspiraban para obtener los máximos beneficios, en las ciudades se enfrentaban grupos armados en permanentes peleas de banderías y los campesinos estaban alterados y a punto de alzarse contra sus señores. El desorden y el desgobierno recorrieron las calles de Toledo, Segovia, Ávila y Madrid, y en algunas aldeas las horcas y las azadas se alzaron al cielo clamando justicia. La tierra no podía estar sin rey.

Ya en la aldea de Hornillos, la reina consintió que colocaran el ataúd de Felipe en

una capilla de su iglesia parroquial. Pero antes de emplazarlo en su lugar indicó que abrieran la tapa del ataúd para volver a ver a su esposo; y así se hizo. El cadáver del rey Felipe no se había descompuesto demasiado; la eliminación de las vísceras, los aceites y ungüentos conservadores aplicados por Losantos y el frío del invierno habían ayudado bastante a ello.

Recién llegada a Hornillos, Juana recibió una carta del arzobispo Cisneros.

Nada más leerla, estalló de rabia.

—¡Malditos traidores! —exclamó. En esos momentos Juana estaba en una casona de Hornillos, y con ella un par de damas de compañía, su secretario y Pedro Losantos, que estaba atendiendo a la pequeña Catalina de una insistente tos.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó el secretario sorprendido por la reacción de la reina.

—Cisneros, ese intrigante... Se cree por encima de su reina; pues se ha equivocado. —Juana, lejos de achantarse por la maniobra de Cisneros, reaccionó con energía—. Redactad ahora mismo un decreto por el cual vengo a nombrar como miembros del Consejo de Regencia a los consejeros castellanos que fueron destituidos por mi esposo y sustituidos por cortesanos flamencos, alemanes y borgoñones.

—Pero Cisneros...

—Cisneros le ha ofrecido el gobierno de Castilla a mi padre —soltó la reina.

—¿Cómo podéis saber eso, señora? —le preguntó el secretario.

—En esta carta queda bien claro. —Juana tenía de vez en cuando unos momentos de lucidez extraordinaria—. A partir de hoy proclamo que paso a ejercer personalmente el gobierno de todos mis reinos y dominios.

—Señora, las Cortes de Castilla y León han nombrado al arzobispo don Francisco Jiménez de Cisneros presidente del Consejo de Regencia...

—Yo soy la reina. Revocad inmediatamente todos los decretos anteriores. —Los ojos de Juana irradiaban una determinación incontenible.

—¿Todos? —El secretario vacilaba, y estaba muy confuso y temeroso ante la actitud de la reina.

—Escribid a todos los nobles del reino y pedidles que me muestren su lealtad y apoyo. Y enviad una carta a don Francisco; decidle que no quiero verlo y que se abstenga de visitarme.

—Pero ¿eso significa que lo destituís como presidente del Consejo de Regencia?

—No, no es no. —Juana calló y volvió a sumirse en un extraño letargo.

Mientras la reina intentaba dar la sensación de que gobernaba el reino desde Hornillos, los miembros del Consejo de Regencia se debatían entre la tesitura de entregar la regencia definitiva, en tanto durase la minoría del príncipe Carlos, a su abuelo Maximiliano de Austria, al que apoyaban los jefes de linajes tan importantes como los Manrique, los Pacheco y los Pimentel, o dejarlo en las manos de Fernando, como proponían los Velasco, los Enríquez, los Mendoza, los Álvarez de Toledo como

titulares del ducado de Alba y el propio Cisneros, que alegaban para ello la legitimidad del testamento de Isabel la Católica y los acuerdos de las Cortes de Toro de comienzos de 1505 y de las de Valladolid al año siguiente.

Aquella calurosa tarde estival la reina Juana tenía una extraña sensación de vértigo y vómitos. Preocupada por su salud, que solía ser de hierro, se ordenó que llamaran al médico Pedro Losantos, quien acudió a presencia de la reina enseguida.

—Mi señora, he venido lo más pronto que he podido —dijo Losantos, al que habían ido a buscar a Burgos, donde se había trasladado para atender a un noble de unas dolencias en el estómago.

—Os he mandado llamar porque hace un par de días que siento extraños vértigos en mi cabeza y tengo una rara sensación de mareos, como si estuviera a punto de caerme al suelo en cada momento, y apenas como cualquier cosa, la vomito de inmediato.

—Dejadme que os observe, señora.

Losantos pidió a la reina que abriera bien los ojos y la boca, contempló sus oscuras ojeras y su piel ajada y examinó sus manos y sus uñas. Al mirar en el interior de su boca, sintió un aliento fétido. La reina estaba muy delgada; solo su gran fortaleza la mantenía en pie.

—¿Y bien?

—¿Os alimentáis suficientemente? —le preguntó.

—Sí —contestó la reina—, aunque ya os he dicho que hace un par de días vomito casi todo lo que como.

—Pues yo creo que no, mi señora. Estáis pálida, muy delgada, tenéis el cabello sin brillo y las uñas quebradizas. Todos esos son síntomas de falta de alimento.

—No tengo apetito.

—Eso no importa. Si no os alimentáis bien, caeréis enferma y podríais incluso morir. Os recomiendo que toméis una infusión diaria de mejorana y abrótano macho, os despertará el apetito, os asentará el vientre y os sentiréis mucho mejor.

—Tal vez lo haga. Necesitaré estar fuerte si quiero impedir que esa bandada de cuervos se apoderen de Castilla —masculló Juana.

—No os entiendo, señora. —Losantos fingió desconocer a qué se refería la reina.

—Cisneros y su comparsa de aduladores me piden que firme un documento para que sea mi padre quien gobierne mis reinos en mi nombre. Ya han pretendido que convoque a las Cortes para robarme el trono, pero no lo haré, juro por mi madre que nunca lo haré. Los legítimos reyes de Castilla somos Felipe y Juana.

—Pero, alteza, vuestro esposo...

—Duerme. Felipe solo duerme —se engañó la reina.

—En Burgos se dice que vuestro padre ha zarpado de Italia y ya navega rumbo a Valencia; supongo que querrá visitaros pronto.



—Vos lo conocéis bien, ¿creéis que mi padre aprobará lo que he hecho? —El tono de la reina cambió de pronto; de repente parecía una mujer dulce y en calma.

—Por supuesto, señora, por supuesto. Vuestro padre os ama y solo desea lo mejor para vuestra alteza.

—Sí, me ama. Cuando yo era pequeña, en las tardes de invierno en el alcázar de Segovia, me leía libros de caballeros y damas y luego me contaba cómo conquistó Granada a los moros. Mi padre es un gran caballero.

—El más grande del mundo, mi señora.

—Tengo ganas de verlo. Cuando me visite, me abrazaré a él, como aquellos días en los que regresaba de algunos de sus viajes y nos traía a mis hermanos y a mí unas crías de pájaro, unos dulces o un pequeño collar de perlas.

—Si me lo permitís, señora, puedo hacerle llegar un mensaje a vuestro padre indicándole que deseáis verlo cuanto antes, aquí, en Hornillos; o tal vez preferiréis encontraros con él en Burgos.

—En Hornillos; decidle que nos veremos en Hornillos.

Losantos respiró aliviado. Nunca sabía, nadie lo podía intuir, cómo iba a reaccionar la reina a cada instante y en cada situación. Por el momento parecía una mujer cuerda y razonable.

### *Burgos, mediados de agosto de 1507*

Era mediada la tarde y el calor todavía apretaba en Burgos. El regreso de Hornillos lo había fatigado, pero Pedro Losantos no quiso retirarse a la habitación de la fonda donde se hospedaba, cerca de la iglesia de Santa Águeda, de modo que devolvió la mula alquilada y se dirigió instintivamente a la catedral.

Ante la imponente fachada, alzó la mirada y observó las dos agujas de piedra calada, recién terminadas, y sintió un extraño cosquilleo en su estómago. Era día de mercado y las calles de Burgos estaban atestadas de comarcanos que ya se retiraban tras acudir a comerciar con sus productos. El bullicio era considerable todavía, aunque algunos levantaban sus puestos para regresar a sus aldeas cercanas antes de que los alcanzara la oscuridad de la noche.

—Perdonad, señor, ¿podrías indicarme un lugar donde pasar la noche? —Un hombre de mediana edad, tocado con un amplio sombrero de ala ancha, de los que se usaban en los viajes, le tocó el hombro a Losantos.

—¿Quién sois? —preguntó el médico, que se había girado para ver de frente a aquel hombre.

—Soy un peregrino. Vengo de tierras navarras y me dirijo a Compostela. Acabo de llegar a Burgos y busco posada.

—¿Tenéis dinero?

—El suficiente.

—¿Y viajáis solo? No es conveniente hacerlo, y mucho menos si lleváis algo de dinero encima. Los caminos no son seguros en estos tiempos.

—Sé arreglármelas por mí mismo. —Aquel hombre parecía fiable. Su aspecto saludable y su complexión fuerte le otorgaban una sensación de firmeza.

—Conozco una fonda aquí cerca, al lado de la iglesia de Santa Gadea. Os darán una cama limpia y una abundante cena por un precio aceptable.

—¿Sois burgalés? —El peregrino tenía una mirada inquietante y hablaba con un acento extraño, que Losantos no supo identificar, y arrastraba al hablar las últimas letras de cada frase como una cantinela melódica.

—Vivo en esta ciudad por el momento... ¿Y vos?, habéis dicho que sois navarro...

—No; he dicho que vengo de Navarra, donde he estado unos meses, pero procedo de Italia. Soy de nación genovés.

—¡Vaya!, yo conocí a un compatriota vuestro, el más famoso —dijo Losantos—: Don Cristóbal Colón.

—¡Colón, Cristóbal Colón! —exclamó el peregrino.

—Sí, el mismo, el hombre que descubrió el Nuevo Mundo a las órdenes de sus altezas los reyes don Fernando y doña Isabel.

—En ese caso, supongo que sois un hombre importante...

—No, simplemente un... médico.

—Si sois tan amable de indicarme dónde se encuentra esa posada —rogó el peregrino.

—Seguid por esta calle cien pasos, hasta la iglesia de Santa Gadea, y enfrente veréis el cartel de la posada.

—Os doy las gracias don...

—Pedro, mi nombre es Pedro.

—... don Pedro.

—¿Y el vuestro?

—Solo soy un peregrino en busca de sí mismo —zanjó aquel hombre dibujando en su rostro un extraño rictus antes de alejarse en la dirección que le había indicado Losantos.

La conversación con aquel extraño individuo lo perturbó. Como si sus pies no respondieran a lo que dictaba su cabeza y tuvieran voluntad propia, Pedro entró en la catedral y se dirigió hacia el altar. Se sentó en un banco de madera, a la altura del crucero, y observó las bóvedas de piedra y las luminosas vidrieras iluminadas como del rayo por el brillante sol estival.

Hacía ya muchos meses que estaba solo y echaba de menos a su esposa, que andaba por Italia con la comitiva del rey Fernando. Ansiaba que llegara el momento en que se encontraría de nuevo con ella para abrazarla y compartir el lecho y las caricias.

Desde luego, pensó, los cristianos cuando se ponían a ello sabían hacer las cosas

bien. A la vista de aquella hermosa catedral imaginó cómo pudo haber sido el Templo de Salomón, el rey de Israel que edificó en Jerusalén el sagrado santuario, en el que los hebreos adoraban al Dios de Moisés y custodiaban sus más sagrados tesoros. Había leído en la Biblia que ese prodigioso edificio había sido destruido por los babilonios y luego reconstruido por el rey Herodes.

No podía quitarse de la cabeza al peregrino.

Cerró los ojos y soñó.

Soñó con una tierra esmeralda, cuajada de árboles y viñas repletos de dulces frutas y sabrosos racimos de uva. Soñó con extensos campos de trigo y de cebada que se alargaban por suaves colinas hasta más allá del horizonte. Soñó con edificios dorados que reflejaban los rayos del sol y cubrían a las personas que los habitaban de una pátina de luz ambarina y cálida. Soñó con cielos límpidos, de un azul celeste luminoso y claro. Soñó.

Dos días más tarde un correo le anunció que el rey Fernando quería encontrarse en Valladolid con todos sus consejeros, pues allí se trasladaría en cuanto llegara a Castilla. De modo que Pedro Losantos recogió sus cosas, las metió en un hatillo y pagó a un carretero y a dos hombres armados como escolta para que lo acompañaran de Burgos a Valladolid. Las alteraciones del reino habían provocado que se organizaran algunos grupos de bandidos, de modo que no era seguro viajar solo a través de los campos de Castilla. El mundo real no era el mundo de sus sueños.

*Valladolid, fines de agosto de 1507*

Tras bordear las costas de la Provenza y del golfo de León, la escuadra del rey de Aragón avistó tierras de Cataluña. Don Fernando pretendía atracar en Cadaqués, un puertecito de pescadores en una pobre costa rocosa al abrigo de los vientos del norte. Quería pasar allí unos días de descanso antes de proseguir hacia Castilla.

El rey, apoyado en la amura de estribor, contemplaba la estela que dejaban sobre las aguas los tajamares de las galeras. Seguía preocupado y confuso, y comenzaba a desesperarse porque, tras varios meses intentándolo, Germana no se quedaba embarazada. ¿En verdad sería estéril doña Germana? ¿Por qué no se quedaba preñada? Había leído en algunos tratados de medicina que la excesiva práctica del coito y el constante derrame de semen acababan debilitando al hombre que se propasaba en las prácticas amorosas, y él se había excedido mucho. ¿Podría ser él quien hubiera perdido la capacidad para engendrar? Por un momento dudó. Ya no tenía el vigor y la fogosidad de antaño, demostrados con tantas mujeres, en aquel tiempo pasado en el que no discurría una sola noche sin que lo acompañara en su lecho una bella mujer. Pero enseguida pensó que aquella advertencia bien podía ser

una patraña inventada por los clérigos, siempre empeñados en que se mantuviera el celibato, aunque no eran precisamente algunos de ellos los mejores ejemplos de castidad.

Los planes de desembarco en Cadaqués se truncaron cuando una de las barcas enviadas para inspeccionar el lugar regresó con la noticia de que habían brotado varios casos de peste y que no era conveniente detenerse allí.

Ordenó entonces navegar rumbo hacia el sur, bordeando las costas catalanas, en dirección a Valencia, a cuya playa arribaron el 20 de julio. Garcilaso de la Vega y Antonio de la Cueva habían sido avisados, y allí aguardaban la llegada del rey, sumisos y expectantes ante las posibles represalias que pudieran caer sobre ellos. En un acto de clemencia real, el Católico perdonó a todos los nobles y señores que lo habían expulsado de Castilla el año anterior, y anunció que lo importante era restaurar el buen gobierno y renovar las buenas costumbres. Los nobles respiraron aliviados, pues más de uno se había visto colgando de la horca con una soga alrededor del cuello o estrangulado con el garrote o con su cabeza seccionada por el hacha del verdugo y rodando por el ensangrentado suelo de un patíbulo.

¡Cómo habían cambiado las cosas en apenas un año! Los altivos nobles castellanos, los mismos que lo habían arrojado de Castilla a la llegada de Felipe de Austria y de Juana la Loca, se sometían ahora al gobierno y a la voluntad del Católico.

Don Fernando fue recibido entre aclamaciones por los ciudadanos de Valencia, en donde entró bajo palio hasta la catedral. Allí se cantó una misa solemne en su honor y en acción de gracias por el buen resultado del viaje, y después se celebraron bailes y festejos por toda la ciudad, y se corrieron unos toros en un cercado junto a las murallas. El rey permaneció veinte días en Valencia, en el palacio del conde de Oliva, empeñado noche tras noche en dejar embarazada a Germana.

Pese a que fue avisado de que en algunas regiones había brotes de pestilencia y que la hambruna se extendía por amplias comarcas, don Fernando decidió viajar a Castilla, no sin antes nombrar a su esposa como gobernadora general de Valencia y decirle que permaneciera en esa ciudad por el momento.

—Es la primera ocasión en que vais a dejarme sola —le dijo Germana, abrumada por la responsabilidad de gobernar un reino.

—Es mejor así. Los castellanos recelan de mi boda con vos todavía. Si me ven solo tal vez se sientan más confortados y me reciban con mejores modos —le explicó Fernando.

—Supongo que siguen recordando a doña Isabel —se resignó Germana.

—Mi primera esposa dejó una profunda huella en sus súbditos. Algunos incluso desean elevarla a los altares y proclamarla santa por la conquista de Granada a los moros, la expulsión de los judíos, la conversión obligatoria de los moros y la evangelización de las Indias. ¡Qué mayores méritos podían aducirse para su canonización!

—En ese caso, vos, mi amado esposo, también deberíais serlo, pues ambos hicisteis todo eso juntos.

—Todo no. Los moros solo fueron obligados a bautizarse en la Corona de Castilla; en mis dominios de la Corona de Aragón siguen practicando libremente su fe mahomética.

—Os echaré de menos —dijo Germana.

—Procuraré que este tiempo lejos de vos sea lo más breve posible. Por cierto, doña Juana y sus dos hijos se quedarán en Valencia con vos.

—Pero supongo que estarán ansiosos por encontrarse con su padre.

—Dejad eso de mi cuenta. De momento, prefiero que esa familia esté separada, al menos hasta que yo hable con don Pedro. —Fernando recordó aquel día sobre el muelle del puerto de Nápoles, cuando observó la conversación de Pablo Losantos y el Gran Capitán, y las sospechas y dudas lo asaltaron de nuevo.

—Si vos así lo estimáis oportuno... En cualquier caso, os lo agradezco; doña Juana es para mí una excelente compañía.

Antes de dejar Valencia, el Católico ordenó fortificar las costas de Andalucía con torres de defensa y atalayas de vigilancia, y repoblar algunas aldeas del litoral que habían sido abandonadas ante el miedo que despertaron los rumores de una posible invasión de los turcos. El alcaide de los Donceles había sido derrotado en el norte de África, en la región de Orán, y los animosos corsarios moros podían arriesgarse a saquear las costas de las Españas. También envió embajadores ante el rey de Francia y ante Maximiliano de Austria para ofrecerles un tratado de defensa común contra los turcos, que amenazaban con intervenir desde el otro lado del Mediterráneo con la formidable flota que estaban construyendo en sus astilleros. Con todo ello, de nuevo volvió a sentirse el monarca más importante de la cristiandad, como ya le ocurriera en al menos dos ocasiones: la primera cuando conquistó el reino de Granada y entró en esa ciudad tras recibir las llaves de la Alhambra de manos del abatido rey Boabdil, y la segunda cuando el Gran Capitán derrotó a los franceses en Italia y le entregó el reino de Nápoles.

Juana de la Cruz y sus dos hijos anhelaban ver a su esposo y padre cuanto antes, y así se lo pidió Juana al rey al enterarse de que debían permanecer en Valencia por un tiempo, pero este les ordenó que permanecieran con Germana en esa ciudad, de modo que a la familia Losantos no le quedó otro remedio que acatar la orden real.

—Lo siento por vos, doña Juana, pero mi esposo desea que por el momento vos y vuestros dos hijos permanezcáis conmigo en Valencia —informó Germana de Foix a la esposa de Pedro Losantos.

—Hace tiempo que no veo a mi marido; y ahora que estamos tan cerca... —se

lamentó Juana.

—Es una decisión del rey, y ya sabéis que no admite que se cuestione ni una sola de sus órdenes. Esperad un poco más, tened paciencia. Cuanto más larga sea la separación, más placentero será el reencuentro. Consolaos con eso.

—Deseo tanto volver a verlo...

—Lo supongo. Son ya muchos años los que lleváis casados, pero sed paciente, querida amiga. —Era la primera vez que la reina se dirigía así a Juana, que se sintió confortada.

Juana de la Cruz se dio cuenta de que Germana nada había tenido que ver con aquella decisión de Fernando el Católico, que solo se explicaba si se consideraba la intención del rey de mantener separada a la familia para asegurarse la lealtad absoluta de Pedro Losantos. Y entonces, Juana percibió que, en realidad, ella y sus dos hijos no eran otra cosa que unos rehenes, y eso solo podría explicarse porque el rey también desconfiaba de su esposo.

Desde Valencia, acompañado por el Gran Capitán, Fernando se dirigió hacia Castilla en dirección norte, por los valles del Turia y del Jiloca. A la altura del Poyo del Cid, una pequeña aldea en el valle alto del río Jiloca, donde se decía que había asentado su campamento don Rodrigo Díaz de Vivar en su camino hacia la conquista de Valencia, torció hacia el noroeste y, siguiendo el ocaso del sol, cruzó unas extensas parameras hasta descender al valle del Jalón a la altura de la villa de Cetina, y de allí, aguas arriba, salió del reino de Aragón y entró en el de Castilla por el camino de Almazán. Corría la segunda semana del mes de agosto.

En el primer lugar poblado de la frontera castellana lo aguardaban el marqués de Villena, el duque de Medinaceli, el obispo de Calahorra, el conde de Cifuentes y otros muchos de los principales nobles y caballeros castellanos. De rodillas, los nobles le prestaron juramento y homenaje en presencia del ya cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo y presidente del Consejo de Regencia, y juraron guardarle obediencia y fidelidad como gobernador de Castilla, tal cual rezaba el testamento de la reina Isabel y como se había acordado en las Cortes de Toro y en las de Valladolid.

Un año después de su salida casi clandestina, cargado de afrentas y a punto del fracaso absoluto, el Católico regresaba a Castilla triunfante, pleno de honores y aclamado por los pobladores de los lugares que la comitiva real atravesaba, que no dejaban de gritar vivas al rey Fernando y a la reina Juana. La tierra volvía a tener un rey. Un solo rey.

El sol brillaba en lo alto de un luminoso cielo azul en el que no se atisbaba ni una sola nube. El halconero real recompensó al gerifalte blanco con un pedazo de carne y lo colocó en la alcándara donde descansaban las aves de presa tras una intensa mañana

de caza en un soto a un par de millas al sur de Valladolid, en la confluencia de los ríos Duero y Pisuerga.

El rey Fernando se quitó el guantelete de cuero grueso y rígido que protegía su mano y su antebrazo y se sentó en una silla de tijera a la entrada del pabellón, la tienda de fieltro carmesí que usaban los monarcas castellanos cuando salían de caza. Un criado acudió presto con una copa de vino endulzado con miel y rebajado con agua.

Tal como había ordenado, allí lo esperaba Pedro Losantos.

—¡Mi buen amigo! —El Católico se levantó y abrazó al médico—. Este año os ha sentado muy bien. Os encuentro magnífico.

—Gracias, señor. Vuestra alteza también tiene un estupendo aspecto.

—Ambos somos un año más viejos, querido amigo, pero también somos un año más sabios.

—Perdonad, señor, pero quisiera saber cómo está mi familia.

—Están bien, los tres.

—¿Cuándo podré reunirme con ellos?

—Pronto, don Pedro, pronto os reuniréis de nuevo. Tened un poco de paciencia. He dispuesto que se queden de momento en Valencia con mi esposa. Creo que se sentirán más seguros. ¿Sabéis que mi esposa y la vuestra han trabado una sincera amistad?

—Me gustaría tener pronto a mi lado a mi familia... —insistió Losantos.

—Es mejor así, creedme. —Fernando necesitaba estar seguro de la plena lealtad del médico. No tenía ningún motivo para desconfiar del converso, pero, a pesar de ello, Fernando nunca estaba seguro de la lealtad absoluta de ninguno de sus súbditos. Y aquella conversación de Pablo Losantos y el Gran Capitán en Nápoles seguía levantando sus suspicacias. «¿De qué estarían hablando?», volvió a preguntarse—. Esa amistad las ha llevado a compartir confidencias íntimas. Mi esposa necesitaba encontrar una amiga así.

—Eso me alegra, alteza —le dijo el médico converso—. Espero que hayáis disfrutado de una buena jornada de caza, mi señor —cambió de tema.

—Las perdices abundan en estos días, y esos halcones son magníficos, sobre todo ese gerifalte blanco. —El Católico señaló a un espléndido halcón de plumas albas y luego dio un buen sorbo de su copa—. Por cierto, hicisteis bien vuestro trabajo. Estoy en deuda con vos.

—Gracias, alteza.

—La muerte de don Felipe ha sido una bendición para Castilla —destacó el Católico—, aunque mi hija Juana ha empeorado de su enfermedad, según parece.

—Sí, mi señor. La reina añora a su esposo. En algunos momentos ni siquiera admite su muerte, y lo llama, hace como si hablara con él y grita desesperada su nombre. Estuve con ella hace unas semanas. Me pidió que la visitara a causa de un malestar que le provocaba mareos. En realidad, lo que le ocurre es que está muy

debilitada porque apenas come. Le dije que la visitaríais pronto. Os espera en Hornillos.

—Mi pequeña Juana... ¿Quién iba a pensar que aquella mocosa desobediente y terca que se encaraba con la mismísima doña Isabel se convertiría alguna vez en reina de Castilla? Era tan obstinada..., tan diferente a sus hermanas Isabel y María, siempre atentas a obedecer lo que ordenáramos doña Isabel y yo mismo.

—Sigue en su terquedad, mi señor.

—Pues espero que no cometa ninguna tontería y acepte lo que se ha dispuesto.

—Os admira y nunca hará nada en vuestra contra. Aunque creo que se siente sola, y únicamente se conforta contemplando a su hijita Catalina, vuestra última nieta, que ya tiene siete meses de edad.

—Tal vez debería volver a casarse —maquinó el Católico.

—Sí; es posible que el vacío dejado por la muerte de su marido pudiera solventarse con otro...

—No me refería a eso, don Pedro. Una nueva boda de doña Juana constituiría una nueva posibilidad de acuerdo con Francia, Inglaterra, Portugal o... ¡quién sabe! —El Católico solo pensaba en utilizar a su hija en su beneficio.

—No creo que doña Juana esté pensando en volver a casarse, mi señor.

—Hará lo que yo le diga —apostilló Fernando. Pedro Losantos calló ante las tajantes palabras del rey—. Por cierto, estoy cansado de comer tantos testículos de toro y tantas almejas y mejillones como me han aconsejado algunos de mis médicos y vuestra propia esposa, que, por cierto, no están siendo efectivos. Doña Germana no se ha quedado embarazada todavía, a pesar de que he dormido con ella decenas de veces. ¿Conocéis alguna solución realmente eficaz?

—¿Mantenéis vuestro vigor? Bueno..., ya me entendéis, señor.

—Vamos, Losantos, no soy un joven y ya no puedo estar toda una noche cabalgando sobre la grupa de una mujer, como hacía años atrás. Si os soy sincero, algunos días ni siquiera puedo despertar mi miembro. —El rey parecía resignado a asumir por primera vez en su vida el paso del tiempo.

—Para esos casos hay una solución, aunque entraña ciertos riesgos. No sé si debería...

—Decidme.

—Conlleva riesgos, mi señor —reiteró Losantos.

—Decidme de qué trata esa solución —insistió el rey.

—Además de seguir comiendo ostras, mejillones, almejas y testículos de toro, convendría que los aderezarais con polvo de mosca verde.

—¿Qué? —La cara del rey dibujó un gesto inexplicable.

—Es un remedio muy eficaz. La ingestión de polvo de ese insecto provoca la estimulación del órgano masculino, pero hay que ingerirlo con mucha moderación.

—¿Tenéis polvo de esa mosca?

—No, pero puedo conseguirlo, aunque es muy caro.



—¿Qué es la mosca verde?

—Un insecto llamado «cantárida», un pequeño escarabajo al que también lo llaman «la mosca hispana». Vive en los bosques de fresnos del interior de Castilla y es de un color verde brillante de reflejos metálicos, casi como una esmeralda.

—Sí, la he visto en algunas ocasiones.

—Una vez capturadas, las moscas verdes se guardan en un frasco que se conserva bien cerrado hasta que esos insectos se secan completamente. Entonces se separa el caparazón verdoso del resto, se lava, se vuelve a secar y se machaca hasta hacer un polvo lo más fino posible, que se añade a la comida o se toma disuelto en agua o vino.

—Conseguid una abundante cantidad de ese polvo.

—No sé si habrá en alguna tienda de Valladolid... Es un producto escaso, dado su alto precio.

—Si no lo hay, buscadlo en Toledo, en Zaragoza o en Valencia, donde sea, o id vos mismo a cazar esas moscas y llevad con vos a un ejército de cazadores de moscas; quiero probar ese polvo verde.

—Como ordenéis, mi señor. Pero la cantaridina, que es el nombre de ese polvo, es muy cara; necesitaré dinero...

—Pedidle a mi tesorero que os entregue cuanto os haga falta, y haceos con una buena cantidad de ese polvo enseguida. Enseguida.

—Así lo haré.

—Por cierto, no creáis que me he olvidado de lo que hablamos hace tiempo sobre vuestra hija: tendrá un buen casamiento. En Italia hablé con vuestra esposa en alguna ocasión de ello y le dije que esa muchacha merecía una boda adecuada a su condición de hija de un médico real. Hay un infanzón llamado Lope de Valdivieso, soldado en nuestro ejército de Nápoles y ahora miembro de mi guardia, que sería un buen esposo para ella. Su familia no dispone de fortuna, pero su nobleza está acreditada desde hace cuatro generaciones y es de linaje de cristianos viejos. Si ese polvo de mosca verde hace efecto y consigo engendrar un heredero, pensaré en otorgar a vuestra hija y a su futuro esposo algunas propiedades, para que el hidalgo pueda complementar su título con algunas rentas que les permitan vivir con decoro. Supongo que estaréis feliz por ello.

—Os lo agradezco, alteza; y mi esposa también.

—En ese caso, no se hable más, vuestra hija...

—María, mi señor, se llama María.

—María Losantos se casará entonces con Valdivieso; asunto cerrado.

—Como dispongáis, mi señor.

—La hija ha de obedecer al padre, aunque a veces salga alguna tan díscola como Juana. En cambio, Catalina es distinta, siempre ha obedecido mis instrucciones sin rechistar.

—Es una mujer inteligente y sabia, además de paciente —precisó Losantos.

—Por eso la he nombrado mi embajadora ante el rey de Inglaterra —Fernando se estrujó las manos haciendo sonar sus nudillos—. ¿Qué os parece?

—¿Embajadora... una mujer? Bueno, doña Catalina está preparada, conoce esa tierra, pero...

—Sí, por primera vez el representante del rey de Aragón en Inglaterra será una mujer. En estos meses he reflexionado mucho sobre el informe que me entregasteis al regreso de Inglaterra. Su rey don Enrique es un pusilánime atrapado en la melancolía por la pérdida de su hijo Arturo y de su esposa Isabel de York. Por lo que me habéis contado vos y por los informes de mis agentes en Londres, estoy seguro de que no moverá un dedo en ningún sentido. De modo que Catalina tiene que jugar un papel relevante en nuestras relaciones con Inglaterra. Como mi embajadora, su persona es inviolable, de modo que don Enrique deberá tratarla con todo respeto. Además, sigue siendo la viuda de su hijo mayor.

—Pero ese matrimonio no es válido, mi señor, pues no se consumó. Vuestra propia hija me lo juró cuando por orden vuestra la visité en su casa de Londres.

—Mejor, así podrá casarse con el joven Enrique. Catalina es muy lista; sabrá cómo hacerlo. Pero, de momento, tengo que visitar a mi hija Juana, es la reina de Castilla. Vos, Losantos, me acompañaréis.

Fernando el Católico comenzó entonces a preparar el siguiente paso de su plan para recuperar la Corona de Castilla: el encuentro con su hija.

### *Hornillos, finales de agosto de 1507*

Desde que desembarcó en Valencia, el rey Fernando deseaba entrevistarse con su hija. Llevaba mucho tiempo imaginando cómo iba a ser el reencuentro con su pequeña Juana, había pensado cada una de las palabras que iba a decirle, había ensayado cada gesto, cada mueca.

Fernando el Católico había criado a su nieto Fernando, el tercer hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, desde que nació en Alcalá de Henares, hacía ya cuatro años de ello. Desde entonces había ordenado que educaran a ese niño como a un príncipe de Castilla, quizá para compensar que Carlos, el nieto mayor, estaba siendo educado en Bruselas bajo la tutela de Maximiliano como un príncipe de Flandes. El rey estimó que sería oportuno acudir al encuentro de su hija Juana con su nieto, de modo que al ver a su hijo la reina podría despertar del estado de melancolía en el que, según le habían dicho, estaba sumida desde la muerte de su esposo Felipe.

Pese a su corta edad, Fernando era un niño despierto y muy gracioso, que ya se expresaba con soltura y que incluso era capaz de dar órdenes a sus siervos, imitando a su abuelo en algunas posturas y gestos, lo que era muy del agrado del Católico.

Faltaban dos días para acabar agosto. El calor apretaba en la meseta castellana, pero los abundantes pinos que rodeaban la aldea de Hornillos refrescaban el aire y

hacían más clemente el caluroso horizonte de resacas llanadas amarillas tras la reciente siega de las mieses.

Cuando le avisaron que el rey se acercaba, Juana salió de la casona donde se había instalado y se dirigió hacia el camino por el que llegaba la comitiva real. A lo lejos contempló el polvo que levantaban los caballos y las carretas y poco después percibió la inconfundible figura de su padre, que seguía siendo un buen jinete, tocado con su característica gorra de viaje.

Al llegar frente a la reina de Castilla, Fernando de Aragón bajó de su caballo y se dirigió a su nieto.

—Ahí está tu madre. Ya sabes que es la reina, de modo que compórtate como te he enseñado —le indicó a su nieto, al que hizo una carantoña.

Luego se acercó hacia su hija, que permanecía de pie en medio del camino. Juana, vestida de negro al estilo que exigía el protocolo de la corte de Borgoña, pues guardaba luto escrupuloso desde que muriera su marido, se echó hacia atrás la capucha con la que se cubría la cabeza y mostró su rostro, enmarcado por una toca blanca que le ocultaba los cabellos. Fernando se quitó la gorra de viaje con la que se protegía del sol estival y avanzó unos pasos hasta colocarse al alcance de su hija. No pudo evitar que Juana se arrojara a sus pies, llorando desconsolada e intentando besárselos, sumisa y apenada. El rey hincó la rodilla en tierra, alzó a su hija y ambos se mantuvieron abrazados y en silencio durante un buen rato.

La infanta Juana de Aragón y la marquesa de Denia, que acompañaban desde Valencia al Católico en su regreso a Castilla y que habían quedado al cuidado del pequeño Fernando, derramaron abundantes lágrimas, y no pocos de cuantos cortesanos y criados contemplaron aquella escena sintieron sus ojos humedecidos por la emoción de aquel reencuentro.

Desde luego, nadie había visto nunca a dos reyes arrodillados sobre el polvo del camino, abrazados y sollozando. No, no era esa la imagen de la realeza que la mayoría de aquellas gentes tenía, pero ahí estaban padre e hija, el rey de Aragón y la reina de Castilla, dolidos y apesadumbrados, pero emocionados al volver a encontrarse tras tanto tiempo alejados.

Unos pasos más atrás el pequeño Fernando contemplaba ensimismado el abrazo de su madre y de su abuelo; aquella imagen quedaría grabada para siempre en la retina del nieto favorito del rey Católico.

—Sed bienvenido a vuestros reinos, mi señor rey y padre —balbució al fin Juana, con las mejillas todavía empapadas en lágrimas.

—Tenía muchas ganas de volver a verte, mi querida hija —el rey trató a Juana sin utilizar las fórmulas protocolarias habituales—. Te traigo una sorpresa. ¡Fernando, ven aquí! —gritó de pronto el Católico, que se volvió hacia su nieto. El muchachito, vestido como el príncipe que era, avanzó con pasos titubeantes hacia su madre y su abuelo—. Saluda a tu madre y a tu reina.

El pequeño se inclinó como le habían enseñado, pero no sintió que aquella mujer

a la que no reconocía fuera algo especial para él.

—Eres mi niño, mi niño —le dijo Juana cogiendo con sus manos el rostro de Fernando de Austria. Y lo besó varias veces antes de darle un fuerte abrazo—. Vayamos a mi morada, padre, tengo muchas cosas que contaros.

Y ambos se dirigieron de la mano del pequeño Fernando y seguidos de todo el cortejo hacia la casona de Hornillos en la que vivía Juana desde la pasada primavera. En un lado de la sala, en una cunita con balancín pintada con flores blancas y amarillas, dormía una plácida siesta la pequeña Catalina, la hija póstuma de Felipe, a la que el rey Fernando contempló durante unos instantes; no en vano, era su última nieta. El infante Fernando observó a su hermanita con indiferencia. Era tan pequeña que ni siquiera podría jugar con ella.

Los dos, ya a solas, conversaron durante toda la tarde, hablaron de los días felices en Segovia, de aquellas largas veladas de invierno entre juegos, poetas y música, cuando coincidieron todos los hermanos en el alcázar. Recordaron a Isabel la Católica, la madre y esposa, y lloraron la muerte de Isabel, la hermana mayor, princesa de Castilla y reina de Portugal, y la de su hijo Manuel, y la del príncipe Juan, el único hermano varón, la esperanza frustrada. Comentaron que María, otra de las hermanas y también reina de Portugal, había tenido una hija con el rey Manuel y que la habían bautizado con el nombre de Isabel en recuerdo de la reina Católica. Y hablaron de Catalina, la menor, que seguía en Inglaterra, viuda del príncipe Arturo, pero quizá futura esposa de su hermano el príncipe Enrique de Gales, heredero de la Corona inglesa.

—Isabel, María, Catalina y tú, Juana, mis cuatro hijas, mis cuatro reinas —comentó orgulloso don Fernando—. No creo que los anales de la historia recojan una familia con una sangre tan noble.

Juana no contestó; de repente guardó silencio. Su padre se quedó mirándola durante un buen rato y supo que aquella mujer nunca recobraría la cordura.

Al acabar ese primer encuentro, Juana declaró ante el Consejo de Castilla que entregaba el gobierno de todos sus reinos y dominios al gobierno de su padre, pero sin abdicar de su título de reina; Cisneros, el duque del Infantado, el duque de Nájera y el condestable de Castilla así lo certificaron.

En ese mismo acto, el rey Fernando entregó al arzobispo Cisneros el capelo cardenalicio que le había traído de Roma. El franciscano ya era cardenal y se lo debía al Católico; y el Católico le debía el gobierno de Castilla.

*Arcos, cerca de Burgos, octubre de 1507*

Tras dejar Hornillos y pasar unos días juntos conversando en la tranquila serenidad

del monasterio de Santa María del Campo, el rey se trasladó con su hija Juana a Arcos, una pequeña villa amurallada a un par de horas de camino al suroeste de la ciudad de Burgos, a donde llegaron el 10 de octubre. El Católico había trazado un plan para que no se le fuera de las manos el gobierno de Castilla, como ya ocurriera el año anterior, y comenzó a ponerlo en práctica.

—Mi hija la reina permanecerá por el momento aquí, en Arcos, con la infanta Catalina; el infante Fernando vendrá conmigo. Habilitaremos esta gran casona como vivienda para ella, mi nieta y su séquito —le indicó Fernando el Católico al cardenal Cisneros.

El rey, sentado en una silla de tijera en la casona de Arcos al lado de la puerta del camino que partía hacia Burgos, estaba siendo tratado por Pedro Losantos de la intermitente hinchazón en las piernas que le provocaba algunos dolores. El médico procuraba mantenerse al margen de la conversación.

—Quizá los nobles no prueben esa orden —alegó Cisneros.

—No tendrán otro remedio que hacerlo, cardenal. No me volverá a ocurrir lo que ya pasó hace un año. Voy a ejercer el poder, y lo voy a hacer con todas sus consecuencias. Además, su cabecilla, don Juan Manuel, huyó a Flandes en cuanto supo que yo regresaba de Nápoles, y allí ha sido apresado y puesto a buen recaudo. El señor de Belmonte ya no nos causará más problemas. —El Católico había recibido con entusiasmo la noticia de la huida a Flandes y el encarcelamiento de don Juan Manuel, con lo que la nobleza había quedado descabezada—. Por otra parte, mi hija padece la misma enfermedad que su abuela portuguesa, y no va a mejorar; todo lo contrario, empeorará con el tiempo, su abulia y desgana serán cada día mayores y sus largos silencios se prolongarán más y más año tras año. ¿No es así, don Pedro?

—Eso es lo que ocurrirá, alteza —ratificó el médico converso, sin dejar de aplicar mediante un masaje un unguento cremoso en las piernas de Fernando.

—¿Es bueno este ardor? —preguntó el rey al sentir cómo se calentaban sus piernas al contacto con la pomada.

—Es el efecto de la leche de ortigas. Activará vuestros buenos humores y favorecerá la expulsión de los malos —dijo Losantos.

—La nobleza de Castilla —continuó el Católico conversando con el cardenal Cisneros— suele cambiar de parecer con demasiada frecuencia. Hace un año me expulsaron de aquí, y ahora me necesitan para gobernar estos reinos, pero quién sabe qué harán esos cretinos dentro de unos meses. Podrían tener la tentación de apoderarse de mi hija, forzarla de alguna manera y obligarla a actuar en mi contra.

—Eso nunca lo permitirá doña Juana; vuestra hija, alteza, jamás hará algo que pueda perjudicaros —alegó Cisneros.

—No es difícil torcer la voluntad de una mujer enferma que, además, no está en sus cabales —sostuvo el rey.

Fernando sentía miedo: miedo a perder de nuevo el gobierno de Castilla, miedo a ser despreciado por un puñado de nobles egoístas que solo atendían a sus intereses

particulares, miedo a la vergüenza de tener que escapar por segunda vez de Castilla ofendido y humillado, como ya le ocurriera el verano del año pasado. Miedo.

—¿Vuestra decisión es firme, alteza? —demandó Cisneros.

—Sí. Juana permanecerá en esta villa de Arcos bajo constante vigilancia de un cuerpo de guardias reales hasta que encuentre una residencia definitiva para ella.

Cisneros frunció el ceño. Al cardenal no le gustaba lo que estaba haciendo el rey, pero se veía obligado a apoyarlo en sus decisiones, pues sabía bien que con Juana en manos de los ambiciosos nobles el incierto futuro del reino sería mucho más oscuro. Ambos se debían muchas cosas; Fernando había recuperado la gobernación de Castilla gracias a la mediación de Cisneros, y Cisneros había logrado el capelo cardenalicio merced a la intervención del Católico ante el papa Julio II, y gracias a él, y antes a su esposa Isabel, el hijo de una familia de pobres hidalgos, humilde fraile de la Orden franciscana, había logrado alcanzar el arzobispado de Toledo y la presidencia del Consejo de Regencia de Castilla. Nada menos.

—La voluntad del Señor transita a veces por sendas extrañas al hombre —comentó Cisneros.

—Vos lo sabéis bien. —El Católico se refería a la crisis personal que sufrió el cardenal. Cuando era joven, Cisneros tuvo graves dudas sobre su fe y se recluyó en los franciscanos, permaneciendo durante siete años enclaustrado en uno de sus conventos, sumido en la oración y buscando el encuentro íntimo con Dios. Allí recuperó la fe y cambió su nombre de Gonzalo por el de Francisco, y de allí lo sacó la reina Isabel para convertirlo en su confesor, provincial de los franciscanos, arzobispo de Toledo y canciller mayor de Castilla.

—Solo soy un fiel servidor de la Iglesia y de Castilla. El único objetivo de mi vida es cumplir mis obligaciones de buen cristiano para con Dios y la Santa Madre Iglesia, y la de buen súbdito para con Castilla y con sus reyes.

—En ese caso, os propongo un cambio —dijo el rey.

—¿Qué cambio, alteza? —se extrañó Cisneros, que temía las jugadas políticas del Católico.

—Que intercambiéis la sede metropolitana de Toledo por la de Zaragoza con mi sobrino don Alonso.

—La de Zaragoza es una sede metropolitana excelsa, mi señor, y sería para mí un muy alto honor ocuparla, pero no puedo aceptar ese trueque. Lo siento, alteza.

—Conlleva el cargo de virrey de Aragón —añadió Fernando despechado.

—Un gran honor, repito, pero creo que no lo aprobarían ni el papa ni las Cortes de Castilla. Comprendedme, mi señor, no puedo aceptar, pese a que la propuesta provenga de vos y sea muy honrosa para mí.

El rey se mordió los labios. Lo que en realidad pretendía era colocar a su hijo bastardo como canciller de Castilla, conseguir así todo el poder en ese reino y asegurarse el control de la sede primada de la Iglesia en Castilla, pues tampoco se fiaba por completo de Cisneros, al que consideraba leal, pero no tanto como para

decantarse por Fernando antes que por Castilla si se llegaba a producir esa situación.

—He acabado, mi señor —habló Pedro Losantos, que seguía a los pies del rey, sentado en un pequeño escabel—. Enseguida notaréis una mejoría, y espero que los dolores desaparezcan hoy mismo.

El Católico aprovechó para despachar algunos asuntos con Cisneros. El rey se mostró decidido a reforzar su posición frente a la nobleza.

—Cardenal, no estoy dispuesto a que se repita lo sucedido hace ahora un año —asentó Fernando.

—No ocurrirá de nuevo, señor, os lo aseguro. La nobleza ha cambiado de opinión con respecto a vuestra alteza. Ahora os necesita —dijo Cisneros, que hizo un gesto solicitando permiso del rey para sentarse.

—Sentaos, sentaos.

—Gracias, alteza, estas piernas, tantos años sobre ellas...

—¿Volverán a poner en entredicho mis poderes?

—No, al menos la mayoría no. Podéis comprobarlo vos mismo recibiendo a algunos de ellos. Están esperando a que lo hagáis para mostraros su lealtad. Podéis recibirlos esta misma semana en Burgos.

—Si a cualquier noble se le ocurre poner en duda mi autoridad, se enfrentará ahora con todas mis fuerzas —amenazó Fernando, que tras la entrevista con su hija y la renuncia de doña Juana a ejercer el poder se mostraba mucho más seguro de su posición.

—Sois el dueño de Castilla...

—Y no voy a consentir que nadie lo discuta ni que se me arrebate este poder por segunda vez.

—La mayoría de los nobles está con vos, alteza.

—Aún con todo, quiero que se sientan amedrentados, que me teman, que sean conscientes de que si cuestionan mi poder no solo caerá mi cólera contra ellos, sino también la de las ciudades y villas de estos reinos, que están con su rey.

—No temáis por eso.

—Y que sepan, además, que en mi séquito está el Gran Capitán.

—Nadie os cuestiona ya, alteza. Bueno, solo el duque de Nájera, hombre terco y demasiado impetuoso, se ha atrevido a desobedecer vuestras órdenes.

—Pero si ya lo perdoné por su rebeldía —se extrañó el Católico.

—Pues ha vuelto a desobedeceros, señor, y ahora dice que no os reconoce como gobernador de Castilla y León.

—Dejad a ese duque de mi cuenta. Su temeridad va a costarle muy cara —asentó Fernando.

Antes de dirigirse a Burgos, el Católico habló con Pedro Losantos, al que había requerido para pedirle su consejo como médico. Estuvo tentado de preguntarle por la

relación de su hijo con el Gran Capitán, pero renunció a ello.

—Doña Juana se niega a desprenderse del cadáver de su esposo, quiere que siga yendo con ella a todas partes. ¿Qué opináis? —le preguntó el rey.

—Para vuestra hija, la cercanía del cuerpo de su esposo, aunque esté muerto, es un consuelo y una manera de mantener cierta inquietud por la vida. Creo que el ataúd podría dejarse cerca de ella por un tiempo antes de trasladarlo a Granada, como era su deseo.

—¿Lo estimáis necesario?

—De momento es mejor así. El ataúd puede depositarse en la iglesia de San Miguel, aquí en Arcos. La he visitado y creo que reúne las condiciones necesarias para ello.

—Así se hará, pero procurad convencer a mi hija para que el cuerpo de su esposo se traslade cuanto antes a Granada. Lo quiero lejos de aquí.

—Así lo haré, mi señor, pero ya sabéis que vuestra hija no suele hacer demasiado caso a los consejos ajenos.

—Sois su médico y confía en vos. Convencedla cuanto antes.

Losantos consiguió que la reina Juana accediera a depositar el ataúd en una capilla de la iglesia de San Miguel, en Arcos, cerca de la casona donde residía con su hijita Catalina, al menos hasta que se trasladara a Granada, donde debería descansar para siempre.

Logró convencerla con el argumento de que no habría ciudad más bella en toda Castilla que la de Granada para que reposara para siempre el rey más bello del mundo.

El penúltimo día de octubre, el rey Fernando, tras comprobar que su hija y su nieta quedaban bien custodiadas en Arcos, decidió partir hacia Burgos, y se llevó con él al pequeño Fernando. Urgía dejar claro que era él quien de nuevo mandaba en Castilla; y lo iba a demostrar con toda contundencia.

### *Burgos, finales de 1507*

Hacía frío. Fuertes rachas de un viento helado, que provocaba en los rostros la sensación de ser cortados por cuchillas de acero, batían inmisericordes el valle del Arlanzón, arrastrando por veredas y cañadas las últimas hojas secas. En la orilla izquierda del río, por detrás de la puerta de Santa María, se alzaban orgullosas y formidables las dos agujas de piedra calada de la catedral que, gracias a las rentas que proporcionaba al cabildo catedralicio el negocio de la lana, estaba siendo adornada con nuevos ornatos y capillas.

Fernando encabezaba la comitiva real que se acercaba hacia la puerta de Santa María, frente a la cual aguardaba, en el puente sobre el Arlanzón, el Gran Capitán, que acababa de regresar de su peregrinación a la tumba del apóstol Santiago en



Compostela.

Gonzalo Fernández de Córdoba espoleó a su caballo y se adelantó para recibir al rey, al que saludó con una reverencia.

—Mi señor, siento una gran alegría ante vuestra presencia.

—Yo también me alegro de veros, don Gonzalo. ¿Cómo os ha ido por Galicia? ¿Habéis tenido una buena peregrinación? —le preguntó Fernando.

—Gracias a vuestra autorización he podido cumplir la promesa que hice en Italia.

—¿Y cuál fue esa promesa? No me lo dijisteis en su momento. —Esa frase en boca del rey sonó como un reproche.

—Juré solemnemente ante los cuatro evangelios que, si regresaba vivo de las guerras contra los franceses y los turcos en Italia, peregrinaría a Compostela para hacer una generosa ofrenda ante la tumba del Apóstol y contribuir con ella a su mantenimiento. Estoy seguro de que Santiago nos protegió en todas las batallas, y tenía que cumplir mi palabra. —El Gran Capitán parecía desmejorado y sus ojos carecían del brillo habitual. Las intermitentes fiebres cuartanas que arrastraba desde la batalla del río Garellano habían vuelto a manifestarse.

—¿Siempre cumplís vuestra palabra? —le preguntó el rey con cierta ironía.

—Siempre. Y espero que vos cumpláis la vuestra, mi señor —replicó Gonzalo no sin cierta altanería.

—No os consiento que me habléis con ese tono de insolencia. Ni siquiera a vos, don Gonzalo, ni siquiera a vos.

—No es mi intención molestaros, señor, pero os recuerdo que en Nápoles me prometisteis la concesión del cargo de maestre de la Orden de Santiago. Ha pasado ya tiempo, y yo hubiera querido peregrinar a Compostela como maestre y presentarme así ante el Apóstol, pero todavía no he sido investido con ese honor. ¿Cuándo vais a concedérmelo? —Gonzalo estaba molesto y ni siquiera pretendía disimular su malestar.

—Más adelante, don Gonzalo, más adelante. Ahora tenemos temas más urgentes que resolver.

El Gran Capitán apretó los dientes. En Nápoles, el rey le había prometido el maestrazgo de Santiago, pero lo había hecho para ganar tiempo y convencerlo para que regresara. Desde luego, y Gonzalo se dio cuenta en ese momento de las verdaderas intenciones del Católico, no estaba dispuesto a desprenderse de ese cargo, pues suponía el control de la Orden más poderosa y rica de Castilla, y sobre todo de sus abundantes rentas.

Durante la peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, el Gran Capitán tuvo tiempo para reflexionar sobre el comportamiento que estaba teniendo el rey Católico para con él, y no comprendía su recelo, pues su fidelidad se alzaba por encima de cualquier sospecha. Le había dado una y otra vez suficientes muestras de lealtad, pero aun así no lograba ganarse su plena confianza.

—Nunca me concederéis el maestrazgo de Santiago. ¿No es así, mi señor?

—«Nunca» es una palabra demasiado contundente. No desconfiéis. Tal vez algún día...

—Eso espero, mi señor. —Sobre el puente del Arlanzón, los dos formidables caballeros parecían más dos adversarios a punto de iniciar un duelo que el rey y su general más experto debatiendo sobre los asuntos del reino. Ambos conversaban sobre sus corceles detenidos en medio del puente, alejados del resto de la comitiva, que no podía escucharlos.

—Me han dicho que hay alguna resistencia en el castillo de Burgos. ¿Qué ocurre?

—La ciudad es vuestra, señor, pero el alcaide se niega a entregar la fortaleza. Dice que solo reconoce a doña Juana como la legítima reina y que no abrirá las puertas sin una orden expresa de vuestra hija.

El rey miró hacia lo alto del cerro, coronado por el castillo cuyo alcaide se negaba a entregarlo a la autoridad del Católico.

—Es tiempo de someter a ese insensato alcaide. Subid hasta allá arriba —el Católico señaló con su brazo la cumbre del cerro, entre cuya empinada ladera y el río se extendía la ciudad de Burgos— y hacedle comprender a ese idiota que si no me entrega la fortaleza enseguida lo desollaré vivo y haré que las alimañas devoren sus despojos.

La contundente amenaza del rey y la presencia del Gran Capitán, cuyas hazañas en la guerra y su leyenda de invencible ya habían llegado hasta Burgos, fueron argumentos más que suficientes para que, ante el ultimátum de rendición, el alcaide abriera las puertas de la fortaleza y se postrara sumiso y suplicante ante Fernando.

Ya en la casa del Cordón, el palacio de los condestables de Castilla, donde se instaló tras tomar posesión de Burgos y de su castillo, Fernando invitó a cenar al Gran Capitán. Gonzalo Fernández de Córdoba, pese al trato tan desigual y caprichoso que recibía constantemente de su rey, cumplía con sus deberes para con su señor con una férrea fidelidad.

—Supongo que visteis al apóstol Santiago combatiendo en Italia al lado de nuestras tropas —ironizó el rey, mientras degustaba un pedazo de carne de venado condimentado con hierbas aromáticas, salsa de almendras y miel.

—No, mi señor, no lo vi ni en la colina de Ceriñola ni tampoco en la ribera del Garellano, ni siquiera en la toma del castillo de Cefalonia a los turcos, pero supongo que el Apóstol no anduvo lejos del combate y, desde luego, nos protegió en esas batallas.

—A mis antepasados de Aragón los amparaba san Jorge —ironizó de nuevo Fernando, que pese a su apelativo del Católico y sus actos piadosos era un hombre descreído.

—Tal vez también anduviera por allí vuestro santo patrono —replicó Gonzalo—, pues nuestras victorias fueron tan grandes en relación con nuestras fuerzas y las de

nuestros enemigos que probablemente tuvieron que echarnos ambos, Santiago y san Jorge, una mano.

—Quizá fue así.

—En cualquier caso, yo cumplí con vuestras órdenes y con mi deber y gané un reino para vuestra alteza.

—Y creo que ya os he mostrado de manera suficiente mi agradecimiento por ello. Os he concedido títulos y rentas, honores, privilegios y beneficios, e incluso he escrito a los monarcas de la cristiandad destacando vuestras virtudes y loando las cualidades de vuestra persona.

—También me prometisteis el maestrazgo de la Orden de Santiago —asentó el Gran Capitán, dispuesto a reprochar al rey sus incumplimientos.

—Bueno, don Gonzalo, ya os dije esta mañana sobre el puente del Arlanzón que estos nuevos tiempos han cambiado algunas cosas. Como bien sabéis, el gobierno de Castilla está ahora en mis manos, y tengo que demostrar que lo ejerzo con firmeza pero con serenidad.

—¿Eso significa que no vais a nombrarme maestro de Santiago?

—De momento, dejaremos las cosas como están. Espero que vuestro ánimo no decaiga por ello, siempre habéis sido un hombre de firme voluntad.

—Me lo prometisteis en Nápoles, mi señor, me disteis vuestra palabra regia, la palabra de un rey.

—Os repito, don Gonzalo, que la situación es diferente ahora. Y, además, no os he dicho que no os vaya a conceder ese título. Simplemente, os pido que tengáis paciencia, un poco de paciencia.

—¿Por qué, pese a las muestras de fidelidad absoluta que os he dado siempre, seguís dudando de mí? Yo nunca os he fallado..., mi señor, y nunca os fallaré. Os dije en una ocasión que, si perdierais a todos vuestros hombres, os abandonarían todos vuestros soldados y solo quedara un caballo para servirlos, ese caballo lo montaría yo.

—Siempre he reconocido vuestros excelentes servicios, don Gonzalo. Ayer mismo despaché con el embajador de Venecia, que pretendía enemistarme con vos diciéndome que estabais intrigando contra mí para desposeerme de mis dominios en Italia. Pues bien, ¿sabéis qué le respondí?: que os tenía por mi más íntimo y fiel servidor. De modo que esperad y permaneced leal, como siempre. Y recordad que la paciencia es una virtud de los buenos cristianos, y vos bien que lo sois.

—Como dispongáis, mi señor. —El Gran Capitán alzó la mirada al techo del palacio. Se sintió engañado de nuevo, pero procuró no alterar su gesto, o al menos intentó que no se notara su contrariedad y su enfado, y acató la voluntad de Fernando una vez más. Otra vez. ¿Hasta cuándo?

—Creedme, don Gonzalo, es precisamente ahora cuando tengo que mostrarme más fuerte que nunca. He logrado someter a los nobles y no puedo ceder en mi autoridad ni un palmo de terreno. Además, todavía queda por reducir la resistencia del testarudo duque de Nájera. Se sometió a mi llegada a Valencia, pero se ha vuelto a

rebelar y es el único miembro de la alta nobleza que ahora se niega a admitir mi gobierno. Le he conminado a que acate la obediencia por las buenas y que no recurra a la traición y a la revuelta, pero se ha hecho fuerte en su villa de Nájera. Le acabo de enviar un ultimátum: o depone su actitud y obedece mis órdenes o perderá todas sus posesiones.

Desde luego, tal y como lo dijo el rey, aquellas amenazas referidas al duque de Nájera calaron en Gonzalo como un aviso, una clara advertencia de lo que podía ocurrirle si optaba por ponerse en su contra. El mensaje que le estaba transmitiendo a Gonzalo era claro y contundente: el único dueño de Castilla era él y ni una sola ráfaga de viento debía soplar sin contar con su autorización.

Tras la cena, el Gran Capitán salió de la sala malhumorado y se reunió con Bernardino Fernández de Velasco, el condestable de Castilla, en el patio del palacio. Hacía mucho frío, de modo que ambos nobles se cobijaron bajo el porche de columnas y se arrebujaron en sus capas. Velasco acababa de quedarse viudo de Juana de Aragón, hija bastarda del Católico, una de las hijas naturales engendradas con la noble catalana Aldonza de Ivorra, y, carente de heredero, quería volver a casarse para lograr un descendiente que continuase su linaje.

—Su alteza se ha mostrado muy frío conmigo esta noche, y tan distante como si no me hubiera conocido antes —le confesó el Gran Capitán al condestable.

—Lo sé. Durante vuestro peregrinaje a Compostela algunos de sus consejeros han vuelto a decirle que estáis en tratos secretos con el papa; incluso han hecho correr el rumor de que Julio II os ha ofrecido una paga de sesenta mil ducados al año si aceptáis dirigir su ejército.

—Eso es cierto —confirmó el Gran Capitán—, y el rey lo sabe pues se lo conté en Nápoles, pero ni he aceptado ni aceptaré esa oferta, ni ninguna otra que signifique encabezar un ejército con el que en alguna ocasión pueda enfrentarme al de don Fernando. No tengo nada que ocultar ni de lo que avergonzarme. El rey Católico es y será mi único señor. —Las palabras de Gonzalo eran contundentes y sonaban sinceras.

—Yo no lo dudo, pero el rey sí.

—Lo sé; hoy se ha comportado conmigo como si yo fuera un extraño. —El Gran Capitán se frotó las manos y se las calentó con su propio aliento.

—Ya lo conocéis; es su forma de expresarse cuando no quiere revelar su verdadera faz.

—Cuando recibí su llamada al regreso de Compostela pensé que era para investirme como maestre de Santiago, pero no cumple su palabra y no me concede el cargo que me prometió.

—Ese puesto conlleva la administración de cuantiosas rentas, y hace tiempo que lo ocupa el rey mismo. Perdonadme, pero creo que nunca os concederá ese

maestrazgo.

—Me lo prometió en Nápoles.

—¿Desde cuándo os creéis la palabra de un rey? —El condestable se arrebujo en su capa. El frío iba en aumento.

—Yo he dado todo por él y he arriesgado mi vida hasta el extremo de ver la muerte rozando mi corazón en no pocas ocasiones.

—Desde luego que no merecéis que os trate de este modo, pero el rey necesita esas rentas, y no las va a dejar en otras manos que no sean las suyas —insistió el condestable.

—El rey sabe que esas rentas estarían a su disposición siempre.

—Pese a lo ocurrido en las últimas semanas y a que la mayoría de la nobleza le ha rendido homenaje y le ha prestado juramento de fidelidad, don Fernando sigue temiendo que estalle una rebelión de los nobles contra él.

—Yo estaría al lado del rey en ese caso, siempre —asentó Gonzalo.

—Y yo también, por supuesto. Ya tuvimos bastante con los meses de gobierno de don Felipe para que ahora volvieran los flamencos y los alemanes a humillarnos de la mano de don Maximiliano.

—Pero don Fernando nunca cayó bien entre la nobleza de estos reinos. Esos cretinos... Ignoran que nunca tendrán un rey mejor que don Fernando.

—Ni siquiera pese a ser uno de los nuestros. Al principio lo admitieron, porque creían que lo controlarían con facilidad, pero cuando murió doña Isabel se volvieron contra él hasta humillarlo. Mas ahora ha vuelto...

—Yo nunca hice nada que pudiera hacerle dudar de mi fidelidad —replicó don Gonzalo.

—Quizás haya sido vuestra negativa a casar a vuestra hija Elvira con su nieto don Juan, el que os ha sustituido como virrey de Nápoles...

—No podía ceder en ello, don Bernardino. Hace tiempo prometí la mano de mi hija a don Fabricio Colonna, pero ese compromiso quedó roto y por ello os prometí que, al enviudar, mi hija sería vuestra nueva esposa. Sabéis que nunca quebrantaré mi palabra.

—Yo hubiera entendido que, en este caso, hubierais mudado de opinión. —El condestable puso la mano en el hombro del Gran Capitán en señal de confianza.

—Pero yo no; mi palabra es mi mayor timbre de honor.

El condestable Velasco y el Gran Capitán se dieron la mano y luego un abrazo. En ese momento desconocían los graves problemas que su amistad iba a desencadenar pocos días después.

*Burgos, comienzos de enero de 1508*

En los días siguientes, el Gran Capitán volvió a insistir ante don Fernando sobre el

asunto del mayorazgo de Santiago, pero tantas cuantas veces lo reclamó, tantas otras lo rechazó el Católico.

Para la Navidad, la reina Germana viajó de Valencia a Burgos. Había ejercido los últimos meses como virreina y gobernadora del reino que conquistara Jaime I, y se mostraba ufana y orgullosa por ello. Todavía no había cumplido los veinte años y ya era reina de Aragón, había ejercido como virreina y gobernadora de Valencia y tenía atrapado entre sus faldas como a un adolescente al monarca más poderoso de la cristiandad. Solo le faltaba tener un hijo del rey para erigirse en la mujer más influyente de su tiempo.

Se supo fuerte y con autoridad, y el sabor del poder la sumió en un trance irresistible, del que no quería salir. Pese a su juventud, en apenas dos años se había convertido en una de las mujeres más poderosas de Europa, y supo que las armas que había utilizado para ello eran las de su voluptuoso cuerpo, cuyas rotundas formas atraían a los hombres como el almíbar a las abejas, y la capacidad de saber atrapar en las redes del amor incluso a los hombres más poderosos.

La joven reina descubrió que una mujer podía ser capaz de realizar tan grandes conquistas como todo un ejército si sabía utilizar con agudeza un cuerpo como el suyo. No lo olvidaría.

Cuando Pedro Losantos se enteró de que la reina Germana viajaba hacia Burgos, supuso que con ella vendría su familia, pero Juana de la Cruz, Pablo y María Losantos se quedaron en Valencia. Cuando ya estaban preparados para ir a Castilla acompañando a la reina y a encontrarse al fin con su padre y esposo, una orden directa del rey los obligó a permanecer en esa ciudad. Don Fernando le hacía saber a la familia de su médico que debería esperar allí a que llegara la esposa del Gran Capitán, que viajaría en breve desde Italia, donde aún permanecía. Juana entendía que aquel retraso se debía a las dudas del rey hacia su esposo, pero no podía hacer otra cosa que aguardar a que llegara el salvoconducto para acudir al encuentro con su marido. Entre tanto, Pablo Losantos recibió autorización para atender a algunos enfermos en Valencia, y Juana pensó en acudir a visitar su aldea natal en las montañas de Alcoy, pero tras darle muchas vueltas, desistió. No quería volver a encontrarse con sus recuerdos, y, además, en aquellas tierras ya no había nadie con quien ella pudiera hablar de un pasado común, pues todos sus familiares judíos habían marchado a Grecia cuando se produjo la expulsión de los hebreos por los Reyes Católicos.

De nada sirvió que Pedro Losantos rogara a Fernando que permitiera regresar al menos a su esposa; el rey se limitó a reiterarle que debían esperar en Valencia a la esposa del Gran Capitán, y que no se preocupara, que en cuanto fuera posible les permitiría viajar a Castilla. Nada dijo sobre sus dudas con respecto a la fidelidad absoluta del médico converso. Sabía demasiado, y Fernando no podía consentir la

menor vacilación al respecto.

Fernando había organizado un banquete para celebrar su reencuentro con Germana, tras cinco meses separados, y había invitado a los miembros más destacados de la corte en el palacio del condestable en Burgos.

En la gran sala del palacio del Cordón, calentada por el fuego de la enorme chimenea y por varios braseros distribuidos en las esquinas, la velada transcurría plácida entre deliciosos asados, recios y sabrosos vinos del Duero y delicados dulces y compotas elaborados por las monjas del monasterio de las Huelgas.

Doña Germana, que tomaba asiento al lado del condestable, Bernardino Fernández de Velasco, comía los dulces con fruición, y de pronto, al darse cuenta de cómo la observaba el condestable, se dirigió a él con cierto desdén y no poca altivez. La reina parecía molesta y no ocultaba su enojo.

—Estupenda cena, don Bernardino. Estos dulces son sabrosísimos.

—Debe ser digna de vuestra alteza, mi señora.

—Sois un excelente anfitrión. —Germana se limpió los dedos con una servilleta, ese trozo de tela que según la nueva moda extendida desde Italia se usaba en los banquetes de las mesas más ilustres.

—Una reina como vos no merece menos.

—Pero siendo tan exquisito vuestro gusto y tan delicadas vuestras atenciones, hay algo que no entiendo de vos —Germana insinuó cierto malestar.

—Si me lo aclaráis, tal vez pueda explicarme —sonrió el condestable sin dejar de mirar a la reina a los ojos.

—Lo que no entiendo, don Bernardino, es que habiendo estado casado con la hija de mi esposo, el rey mi señor, pretendáis ahora tomar como nueva esposa a la hija de un segundón, como es don Gonzalo Fernández de Córdoba. —Germana dejó caer la servilleta con cierto desdén sobre la mesa.

—Yo considero un alto honor casarme con la hija de un hombre de tan alta dignidad, el más egregio de nuestros soldados, y que además es uno de mis mejores amigos y el más leal servidor de vuestro esposo. —El condestable apretó los dientes y no disimuló su contrariedad para con la reina.

—Quien se ha casado con una princesa de sangre real ya no debería hacerlo con ninguna otra mujer que no lo sea. Vos no deberíais hacerlo. Ese nuevo matrimonio os hace perder categoría, don Bernardino. —Germana sonrió irónica y dio un largo trago de su copa de recio vino de la ribera del Duero.

El condestable de Castilla no encajó bien el golpe. Era demasiado bajo, y le dolió. La reina Germana aún seguía dolida con el Gran Capitán por la muerte de su pariente el duque de Nemours, el general que dirigía al ejército francés y que perdió la vida en la batalla de Ceriñola. Bernardino se sintió muy molesto por las palabras de la reina, aspiró una larga bocanada de aire, no midió la trascendencia de las suyas y replicó sin apenas pensarlo:

—Lo que yo tampoco entiendo, alteza, es cómo habiendo estado casado mi señor

el rey don Fernando de Aragón con la excelsa reina doña Isabel de Castilla, la mujer más valerosa y gentil de todos estos tiempos presentes y de cualquier otra época pasada, e incluso de los siglos que han de venir, se haya vuelto a casar por segunda vez, aunque sea su segunda esposa una dama tan... lozana como vos, de linaje tan principal y de tan alta cuna, ya que no sois hija de un rey, como lo era doña Isabel, sino tan solo sobrina de un monarca. Porque, además, después de haber compartido lecho con una dama como la reina Católica, ningún hombre puede ya alcanzar una dicha y un privilegio semejante con mujer alguna.

Al oír aquello, Germana frunció las cejas airada y respondió muy ofendida.

—Sabed, señor condestable, que mi madre fue doña María de Orleans, hermana del rey Luis de Francia, y que mi linaje es el más noble de Europa y mi sangre la más limpia de toda la cristiandad. Yo desciendo de los monarcas más ilustres de Europa, de la sangre del mismísimo emperador Carlos el Grande.

Dicho esto, Germana se giró, cogió el brazo de su esposo, que mantenía una animada conversación con el duque de Alba, y le bisbisó algo al oído.

La sonrisa del Católico, que hasta entonces estaba muy contento con el transcurso de la velada, se congeló y, tras escuchar atentamente la confidencia de su esposa, miró como un rayo al condestable, que aguantó sin parpadear los ojos fríos del rey. Don Fernando aspiró profundamente y alzó la mano pidiendo silencio entre los comensales.

—Caballeros y damas. Os anuncio que desde hoy será don Fadrique Álvarez de Toledo, el duque de Alba, quien lleve las riendas del caballo de mi esposa la reina Germana —anunció solemne.

Un rumor seguido de algún aplauso recorrió la sala de banquetes.

—Es un honor que no merezco, mis señores, pero que llevaré con orgullo. —El duque de Alba sonrió y aceptó de buen grado el privilegio que le concedía el rey. Hasta ese momento había sido el Gran Capitán el encargado de sujetar las riendas del caballo de Germana de Foix cuando ambos coincidían. Ese era el mayor honor que se podía hacer a un caballero en la corte del Católico. El Gran Capitán apretó los puños por debajo de la mesa, pero todavía le quedaba por oír una sorpresa aún mayor.

—En cuanto a vos, don Gonzalo, no penéis por haber perdido este privilegio, pues seréis compensado con un buen matrimonio para vuestra hija Elvira. Yo me encargaré de buscarle el mejor marido posible, de modo que no le prometáis, de momento, su mano a nadie.

El Católico conocía perfectamente que el Gran Capitán había ofrecido a su hija al condestable. Aquella orden del rey era un enorme quebranto para don Gonzalo, pues tenía que decidir entre mantener su palabra o desobedecer a su rey.

—Gran decisión, mi señor —intervino el condestable, que reaccionó con presteza al órdago del rey—. A nadie le cabe más honra que a don Gonzalo el que vuestra alteza disponga el casamiento para su hija.

El condestable miró al Gran Capitán con complicidad. Bernardino le estaba



diciendo con sus ojos que no se preocupara, que entendía lo que estaba pasando y que, en buena medida, la culpa era suya por haberse ido de la lengua al comparar a Isabel de Castilla con Germana de Foix.

Todavía no se habían disipado los ecos de las desavenencias ocurridas en aquel banquete cuando llegó a Burgos la noticia de la rendición del duque de Nájera, que no había resistido el contundente envite del rey. Acusado de falsedad, pues el duque alegaba para justificar su desobediencia que tenía autorización escrita de Carlos de Austria para actuar en Castilla en su nombre, y de otorgarse competencias de las que carecía, no le quedó más remedio que capitular y aceptar el poder absoluto de Fernando. De inmediato, el marqués de Villena, que andaba dando largas a la sumisión ante el rey, hizo lo mismo que su amigo el de Nájera y también juró lealtad al Católico.

La dicha de Fernando de Aragón parecía casi completa. Desde que regresara de Italia se había hecho con todo el poder en Castilla, había sometido a la nobleza más levantisca y rebelde y ya no había nadie capaz de contravenir el más nimio de sus deseos. Se sentía con fuerza para lograr cualquier hazaña que se propusiera, y maquinó celebrar varios matrimonios para acrecentar los dominios familiares, como era habitual en su proceder. Incluso pensó, siguiendo la sugerencia de Losantos, en intentar de nuevo el casamiento de su hija Juana, la reina loca, con el rey de Inglaterra, que hacía cuatro años se había quedado viudo de Isabel de York y aún seguía penando desconsolado por su esposa muerta. También maquinó incrementar la presión sobre el rey de Inglaterra para que aceptase la boda de Catalina, su embajadora en Londres, con el joven príncipe Enrique. En incluso maquinó con quién casar a su propio nieto y heredero, Carlos de Austria, para el que Maximiliano tenía como novia a María, la joven hija del rey de Inglaterra, y quitársela así al de Francia, que también la pretendía para sí mismo.

Era aficionado al juego del ajedrez, y en esos momentos el Católico se sintió como el mejor de los jugadores. A sus agudos ojos, la cristiandad se mostraba como un gran tablero en el que reyes, príncipes, princesas, caballeros y damas eran las fichas y él quien las movía a su antojo.

Pero en esos momentos lo que realmente le agradaba era tomar cumplida venganza de las afrentas y desprecios sufridos el año anterior e imponer su estilo de gobierno. Su primera medida fue expulsar de Castilla a Andrés del Burgo, quien oficialmente actuaba como embajador de Maximiliano de Austria, aunque en realidad era un espía y sobre todo un intrigante que había propugnado que el rey de Alemania fuera el regente de Castilla tras la muerte de Felipe el Hermoso. Y esa decisión no sería la última, ni la más trascendente.

Hacía tres días que nevaba en Malinas. Unos muchachos patinaban sobre el suelo helado con unas pequeñas tablas de madera ajustadas a los pies con cuerdas. El joven Carlos de Austria, que pronto cumpliría ocho años de edad, miraba a través de los vidrios emplomados de la casa de comidas, mientras esperaba que sirvieran el primer plato, cómo se divertían aquellos jovencitos. Le hubiera gustado estar con ellos y deslizarse sobre el hielo, pero le habían enseñado que un príncipe no debía mezclarse con la gente que pisaba el barro de las calles.

Desde su nacimiento en la ciudad de Gante había quedado al cuidado de su tía Margarita. Margarita había sido la única amiga de Juana la Loca durante los años que esta residió en Flandes. Las dos cuñadas compartieron penas y confidencias, y era frecuente verlas acudir juntas al convento de los Descalzos de Brujas para pasar allí unos días durante la Semana Santa.

Cuando sus padres viajaron a Castilla para tomar posesión de sus reinos, Carlos y sus tres hermanas se quedaron en la ciudad de Malinas. Cada uno de los príncipes dispuso de una nodriza y de varias doncellas, además de médicos, preceptores y guardias para su cuidado, formación y custodia. Los cuatro crecieron sanos y robustos, lejos de sus padres y de su hermano Fernando y de la pequeña Catalina, a los que ni siquiera conocían.

Carlos era un muchachito retraído y tímido. No tenía la belleza de su padre, el rey Felipe, ni el atractivo de su madre, la reina Juana. No era mal parecido, pero tenía el labio inferior muy desarrollado, característico de los miembros del linaje de Habsburgo, que en las mujeres constituía un signo de voluptuosidad, pero que en los hombres afeaba el rostro; y de su parentesco con la casa de Borgoña había heredado el pronunciado maxilar inferior, de modo que la combinación de ambos rasgos le proporcionaba un aspecto como de ensimismamiento permanente, un tanto abobado, pues en estado normal apenas podía mantener la boca cerrada, y solía babear con frecuencia.

Alejado de sus padres, que apenas se preocuparon de él, crecía en un estado de aislamiento permanente, que unido a su físico tan especial lo habían convertido en un muchacho retraído y un tanto tímido incluso. A pesar de ser archiduque de Austria y señor de Flandes y de Borgoña desde los seis años, eran su tía Margarita y sus consejeros los que le decía en cada momento cómo tenía que comportarse, qué tenía que hacer, qué debía comer o cómo vestirse en cada ocasión.

Él aún no lo sabía, pero a sus ocho años el pequeño Carlos ya había sido utilizado como moneda de cambio en varias ocasiones por sus padres y abuelos. Apenas hablaba y ya había sido comprometido en matrimonio con Claudia, hija del rey Luis de Francia, aunque a finales del año 1507 se rompió ese compromiso, en el que intervinieron los mejores doctores en derecho de Flandes, y se firmó uno nuevo en Calais con los representantes del rey Enrique VII de Inglaterra, que ofreció a su hija

María como futura esposa del archiduque Carlos.

En Fer du Molin, la más afamada casa de comidas de Malinas, en la que se solían celebrar los banquetes más suntuosos y cuyo cocinero gozaba de una excelente fama en todo Flandes, comía aquel día el archiduque de Austria y príncipe de Castilla. El joven vestía un jubón y unas calzas de seda escarlata, y un sayo de satén amarillo y tisú de oro. En el banquete estaban presentes su hermana mayor Leonor de Austria, su tía Margarita y varios duques y condes flamencos.

El fuego de una chimenea caldeaba el salón de gruesas vigas de maderas labradas y pintadas con escudos heráldicos y guirnaldas de flores.

—Lo siento, mi señor, pero los fuegos artificiales no podrán lanzarse debido a la nieve que no deja de caer en estos días —le comunicó Laurent Vital, su ayuda de cámara, al joven Carlos.

—¿Por qué? —preguntó airado el archiduque, cuya mandíbula inferior comenzaba a desarrollarse de manera exagerada, y ya se le notaba un marcado prognatismo que le causaba algunos problemas a la hora de masticar los alimentos y de pronunciar algunas palabras.

—La humedad ha empapado las carcacas y sería muy peligroso dispararlos ahora.

—¿No es posible? —demandó decepcionado Carlos.

—No, mi señor, pero hemos previsto que pudiera ocurrir algo así y hemos preparado la representación de una farsa por parte de unos comediantes de Bruselas. Os gustó mucho una obra que ya interpretaron hace unos meses, durante la Cuaresma.

—No lo recuerdo —dijo el archiduque Carlos.

—Pues comentasteis que os agradó su actuación, por eso hemos vuelto a contar con ellos.

—Bueno, si no podemos ver los fuegos... —se resignó Carlos, que hubiera preferido calzarse unos patines y bajar a jugar con los muchachitos de su edad.

—Los guardaremos para otro día que haga mejor tiempo.

En ese momento un secretario entró en la sala del banquete. Portaba una buena noticia que transmitió al oído al ayuda de cámara. Laurent Vital sonrió, se levantó de la silla que ocupaba junto al archiduque y reclamó atención.

—Con el permiso de monseñor. Damas y señores, os pido que me escuchéis por un momento porque tengo que daros una magnífica noticia: los electores han otorgado la corona imperial a nuestro señor Maximiliano, y el papa Julio lo ha ratificado. El águila bicéfala de la casa de Austria ha levantado el vuelo.

—¡Viva el emperador! —gritó una voz.

—¡Viva! —respondieron varias al unísono.

Una salva de aplausos restalló entre los comensales.

—Enhorabuena, señor —le dijo Vital de inmediato a Carlos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el archiduque, que no había comprendido la trascendencia de la noticia.

—Vuestro abuelo don Maximiliano se acaba de convertir en emperador y vos sois

su heredero.

—¡Emperador!, ¿como Alejandro el Grande?

—Sí, como Alejandro. De modo que vos sois nieto de reyes, hijo de reyes y ahora, también, nieto de un emperador.

—¿Algún día seré yo el emperador? —preguntó Carlos.

—Lo seréis, y también el hombre más poderoso del mundo.

—Si es así, ¿por qué no se pueden lanzar los fuegos artificiales? —protestó Carlos.

—Me temo, monseñor, que el sol, la nieve y el viento todavía siguen en las manos de Dios.

—Mi abuelo Maximiliano es el emperador, el rey del mundo.

—Y vuestro otro abuelo, don Fernando, el rey de las Españas y de las Indias...

—Mis abuelos... —musitó el joven Carlos, y entonces se dio cuenta de que no conocía a aquellos dos hombres de los que todos hablaban y de los que se decía que eran los soberanos más poderosos de la cristiandad.

De pronto, Carlos se convulsionó, comenzó a agitar la cabeza, entornó los ojos y abrió la boca de manera exagerada.

—¡Monseñor, monseñor! ¿Qué os pasa? El médico, llamad al médico —gritó Laurent Vital, alarmado por el ataque que estaba sufriendo el jovencito Carlos.

Unos minutos más tarde lograron tranquilizarlo.

—¿Me he dormido? —preguntó Carlos al recuperar la normalidad; a su alrededor se habían arremolinado media docena de cortesanos.

—Monseñor, habéis sufrido un... acceso —el médico evitó la palabra «ataque»— del... —buscó otra para evitar la palabra «mal»— síndrome de San Valentín.

—¿Qué es eso?, ¿un sueño?

—Bueno, algo parecido, pero no os preocupéis, se trata de un síntoma que solo afecta a los más grandes hombres de la historia.

—Síndrome de San Valentín, de San Valentín —repitió Carlos y sonrió ufano.

### *Burgos, primavera de 1508*

La presencia del Gran Capitán comenzaba a ser una pesada molestia para Fernando. Se veían casi todos los días en Burgos, y de vez en cuando Gonzalo le recordaba que no era un hombre al que le gustase el ocio de la corte y que necesitaba hacer algo de provecho para el reino. Cada semana le reclamaba el maestrazgo de la Orden de Santiago, promesa del rey a la que el general no había renunciado.

Gonzalo Fernández de Córdoba era un hombre de acción. Con cincuenta y cinco años de edad quizá ya no estuviera en condiciones físicas de ajustarse una armadura, empuñar una lanza en primera línea y cargar con su caballo sobre el frente enemigo, o de escalar muros y fortalezas como hiciera años atrás en la guerra de Granada, pero

tenía experiencia de gobierno y necesitaba actividad. Acostumbrado a la batalla, a la preparación de campañas militares o a administrar Estados, la vida cortesana en Burgos se le hacía plúmbea y aburrida.

Una de las acusaciones que sus detractores le habían hecho era la de corrupción económica. Algunos consejeros del rey, envidiosos de los éxitos y las victorias del Gran Capitán, habían acusado a Gonzalo de haberse quedado con una buena parte del dinero que correspondía al tesoro real tras la conquista de Nápoles.

Para desbaratar semejantes mentiras, presentó un preciso informe de gastos, en el que se detallaban todas y cada una de las partidas empleadas durante su mandato como virrey, y que ampliaba y concretaba el que ya había presentado tres años antes.

—Estas son las cuentas, mi señor. Aquí están anotados y justificados todos los gastos realizados durante mi virreinato en Nápoles —explicó el Gran Capitán al entregar los libros de cuentas al rey en presencia del cardenal Cisneros. Los tres personajes se encontraban en el gabinete del palacio de Covarrubias de Burgos donde el rey solía firmar sus diplomas.

—Sé que son correctas —adujo el Católico, sin siquiera echarles un vistazo.

—Hasta el último escudo, mi señor. He sido muy escrupuloso, pues he oído que algunos me señalan como receptor de dinero que no me corresponde. No sé de quién ha partido esa vileza, pero, en vuestra presencia y con vuestra alteza como testigo, reto a combate singular a cualquiera que me acuse de haberme quedado con una sola moneda del tesoro real.

—No han salido esas acusaciones de mis labios —negó el rey.

—Lo sé, alteza, pero hay gentes en esta corte que desearían verme involucrado en un delito de corrupción por haber robado parte del tesoro; a esos intrigantes me refiero.

—Mi confianza en vos es plena, don Gonzalo. Y para demostrároslo voy a haceros un encargo que no deja lugar a dudas sobre ello. La ceca de Burgos no tiene tesorero ahora, de modo que os nombro responsable de la acuñación de moneda y os autorizo a que labréis en ella cuanto oro, plata y vellón os parezca oportuno, sin más límite que la disponibilidad de metal y lo dispuesto en las Cortes, y sin más control que vuestra honradez y mi confianza absoluta en vos.

Al escuchar aquella propuesta, el cardenal Cisneros alzó la ceja sorprendido.

—Os lo agradezco, alteza...

—Y, además, os concedo nuevas mercedes por vuestros muchos méritos. No se os descontará el diezmo de vuestras rentas durante los próximos cuatro años.

—Es demasiado...

—Y todavía tengo un nombramiento para vos; ordenaré que se prepare de inmediato y que sea la reina Juana quien lo firme. Os agradecerá.

—¿Me vais a conceder al fin el maestrazgo de Santiago? —demandó Gonzalo, que aún confiaba en recibir ese cargo.

—No, dejaremos eso para más adelante. En breve seréis nombrado alcaide de la

fortaleza de Loja, en el reino de Granada, con una asignación anual de dos cuentos de maravedíes.

—¡Dos cuentos! —Cisneros puso cara de asombro al oír esa enorme cantidad.

—Sí, cardenal, mi mejor general merece esos dos cuentos. Los italianos denominan a un cuento con el nombre de millón. ¿No es así, don Gonzalo?

—Sí, mi señor; en Italia, un cuento es un millón —conformó Gonzalo.

—¿Y de qué ingresos saldrán esos dos millones de maravedíes, como vos y los italianos los llamáis? —preguntó Cisneros con cara de preocupación.

—Sobre los derechos reales de la seda de Granada —precisó el rey.

—Sois muy generoso, mi señor.

—Y ahora podéis retiraros, don Gonzalo, tengo que resolver algunos temas de Estado con el cardenal —zanjó el Católico.

Tras salir el Gran Capitán de la estancia del palacio, Cisneros se dirigió al rey con aire de preocupación.

—Le habéis ofrecido una renta muy alta, mi señor. No sé si el tesoro está en condiciones de responder a semejante suma de dinero.

—Lo sé, pero tenía que hacerlo. Mis espías en Roma me han informado sobre la pretensión del papa Julio de ofrecerle una cantidad similar a don Gonzalo para que se hiciera cargo de la jefatura de su ejército.

—Su Santidad ya lo ha intentado en otras ocasiones, y don Gonzalo siempre se ha negado alegando su lealtad hacia vos —adujo Cisneros.

—Pero en esta ocasión la oferta no ha sido rechazada sin más, como hizo con las anteriores. Don Gonzalo está muy molesto conmigo. En Nápoles le ofrecí el maestrazgo de la Orden de Santiago...

—¡No podíais hacer eso! —Cisneros se atrevió a interrumpir al rey—. Ni siquiera vos, alteza, tenéis esa potestad. No sin contar con las Cortes y con doña Juana.

—Lo sé, pero era la única manera de persuadirlo para que regresara de Italia, porque él no quería volver. De hecho, puso unas cuantas excusas para no hacerlo cuando le ordené que retornara de inmediato a Castilla. Esa promesa fue la mejor manera de convencerlo.

—¿Y si don Gonzalo acepta entrar al servicio del papa? —preguntó Cisneros.

—No lo hará.

—¿Cómo vais a impedirlo, encarcelándolo?

—Alegando a su lealtad, a su honor... y al dinero: esos dos millones de maravedíes.

—Esos dos cuentos son... —Cisneros realizó un rápido cálculo con los dedos— unos dos mil seiscientos doblones al año.

—Dos mil seiscientos sesenta y seis doblones y dos tercios de doblón, esa es la cantidad exacta. —Fernando ya había sido informado del cálculo preciso por sus contables.

—¿Todo ese dinero le ofrece el papa?

—No. Julio II le hubiera pagado más, hasta cuatro millones hubiera subido su oferta, pero mis agentes en Roma le han hecho llegar la noticia de que yo no le iba a dar más de un cuento de maravedíes, un millón. De modo que el papa ha doblado esa cantidad, que es la que en realidad yo pensaba ofrecerle a don Gonzalo.

—No es el Gran Capitán el tipo de hombre que vendería su honor y cambiaría su palabra por dinero —dijo Cisneros.

—Lo sé, pero, por si acaso, es mejor ofrecerle una buena suma. El brillo del oro suele apagar otras ambiciones.

—Él preferiría un reconocimiento...

—Le he concedido dos ducados, riqueza, honores, gloria, fama y un puesto relevante en las historias que están escribiendo los cronistas. ¿Qué más puede desear un hombre como don Gonzalo?

—Vos, alteza, habéis leído libros de caballerías, esos mismos que a vuestra primera esposa la reina Isabel tanto le gustaban. En Zaragoza se está imprimiendo uno de ellos, con el título de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula*. Lo ha escrito un tal Garci Rodríguez de Montalvo, un soldado de Medina del Campo que luchó al lado del Gran Capitán en la guerra de Granada. Es probable que ese autor se haya inspirado precisamente en don Gonzalo para narrar las aventuras del caballero Amadís de Gaula. Tal vez sea ese el tipo de reconocimiento que le gustaría a don Gonzalo.

—¿Habéis leído ese libro?

—Claro. El inquisidor de Castilla me ha enviado una copia, por si pudiera haber algún atisbo de herejía en sus páginas.

—¿Y lo hay?

—Creo que los libros sobre caballeros andantes no deberían ser editados porque no los considero piadosos, pero, en este caso, he de reconocer que su lectura me ha agradado.

—Esos libros recogen las más excelsas virtudes de nuestros soldados: amor a Dios, defensa de los débiles, búsqueda de la verdad... Todo eso es lo que propugna en sus enseñanzas la Santa Madre Iglesia —asentó el rey.

—Sí, alteza, pero el diablo puede presentarse en cualquiera de esas páginas. No olvidéis que el Maligno siempre anda dispuesto a sembrar la discordia entre los hombres. Además, hay quien dice que el autor de ese libro tiene orígenes judíos.

—Ya hace tiempo que acabamos con ese problema —alegó el rey, que había firmado el decreto de expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y de Aragón dieciséis años atrás, pero que en un rincón de su memoria nunca olvidaba que una de sus tatarabuelas fue la hermosa judía Paloma.

—No del todo. Entre nosotros viven muchos conversos que, aunque se comportan en público como cristianos, siguen siendo judíos de corazón, e incluso practican sus costumbres en la privacidad de su hogar, lejos de miradas indiscretas. Constituyen un grave peligro para Castilla y para la verdadera fe.

—Para reprimir a esos relapsos instituímos el Tribunal del Santo Oficio. Don Tomás de Torquemada realizó bien su trabajo, y sus continuadores aprendieron lo que es preciso hacer para desenmascarar a los falsos conversos, que siguen practicando en privado sus ritos judaicos —dijo Fernando refiriéndose al ya fallecido fraile dominico que fuera temido inquisidor general.

—Vuestro médico, ese Pedro Losantos, es un converso; ¿me equivoco? —preguntó Cisneros.

—Lo es, cardenal, lo es, bien que lo sabéis, como también sabéis que goza de toda mi confianza y que siempre se ha comportado como un buen cristiano. Sin sus remedios apenas podría caminar. En él tenéis, precisamente, el ejemplo de que los judíos pueden dejar de serlo y convertirse en buenos cristianos tras el bautismo —cortó así el rey cualquier intento de cuestionar a su médico por parte de Cisneros.

—Una cosa más, alteza...

—Decidme, cardenal.

—La proposición del rey Enrique de Inglaterra para casarse con vuestra hija... — Enrique VII había enviado una carta en la que pedía casarse con Juana de Castilla.

—Ni siquiera la he tomado en consideración. Don Enrique debe de estar más loco que la propia Juana si cree que ese matrimonio puede celebrarse.

—Pero fuisteis vos mismo quien comentasteis en alguna ocasión la oportunidad de celebrar esa boda para sellar una firme alianza con Inglaterra. Esas palabras han llegado de algún modo a los oídos del rey de Inglaterra y...

—Nunca lo pensé en serio. Fue tan solo una argucia para despistar a los espías franceses, que lo han debido de hacer llegar hasta don Enrique. Nunca creí que el rey de Inglaterra, ese bobo, diera pábulo a ello. Debe de ser mucho más melancólico de lo que mis espías me dicen.

—Sabia añagaza, alteza.

### *Burgos, verano de 1508*

A pesar de que los instigadores contra el Gran Capitán mantuvieron las acusaciones de corrupción tras la certificación de las cuentas de Italia, no pudieron aportar ninguna prueba de que Gonzalo se hubiera quedado con dinero alguno del tesoro real, de modo que quedó libre de cualquier sospecha, aunque los rumores de apropiación indebida siguieron circulando por la corte.

La reina Juana firmó el nombramiento como alcaide de Loja, un puesto irrelevante para el hombre que había conquistado y gobernado un reino, que el Gran Capitán aceptó sin protestar. En el fondo de su corazón seguía manteniendo la esperanza de que algún día el rey Fernando lo llamaría para empresas mayores, aunque lo que aconteció aquellas semanas supuso un grave quebranto para sus ilusiones.



—¡Madito traidor! —gritó Fernando al ser informado por un heraldo recién llegado de Andalucía. Traía la noticia de que Pedro de Aguilar, sobrino del Gran Capitán y marqués de Priego, había apresado al licenciado Herrera, alcaide de la corte enviado por el propio rey a la ciudad de Córdoba para solucionar un problema.

—El señor De Aguilar ha llevado a su fortaleza de Montilla al funcionario real atado de pies y manos —comentó Cisneros, que sostenía en su mano el informe de aquel suceso.

—Es un claro acto de menosprecio y desobediencia a mi autoridad —comentó el rey, que ante la gravedad de los hechos había convocado de urgencia al Consejo en el palacio del Condestable. El Gran Capitán asistía preocupado porque era su propio sobrino, el señor de Aguilar, quien había desatado la ira del Católico.

—¿Qué disponéis que se haga, señor? —preguntó Cisneros.

—Ordenaré que despellejen vivo a ese renegado —asentó el Católico golpeando con la palma de su mano la recia mesa de madera de roble.

—Si os parece, alteza, enviaremos una orden para...

—No. Iré yo mismo a Córdoba y aplastaré a ese petimetre. La autoridad real no puede quedar en entredicho, de ninguna manera. De momento preparad un escrito en el que se declare a don Pedro de Aguilar como rebelde a la Corona.

—Eso significa la condena a muerte —dijo Cisneros.

—Lo que merece un traidor —asentó el rey.

—Mi señor —intervino el duque de Alba—, los Aguilar han servido fielmente a la Corona durante muchos años y se comportaron con bravura en la guerra de Granada. Don Pedro de Aguilar es hijo de don Alonso, quien fuera uno de los más preclaros varones y caballeros de Andalucía. En consideración a todos estos antecedentes, os ruego que seáis clemente con ese noble.

—¿Clemente?, ¿con un traidor? El marqués de Priego no solo ha desobedecido mis órdenes, sino que se ha rebelado contra su rey y me ha ofendido apresando a mi enviado y cargándolo de cadenas. Además, se niega a dar posesión de la fortaleza de Loja a su propio tío, don Gonzalo, a quien la reina Juana ha nombrado para ocupar esa alcaidía. Es, por tanto, traidor, rebelde y contumaz. Merece que su cabeza ruede por el patíbulo.

—Mi señor —el Gran Capitán, que había permanecido callado hasta entonces, tomó la palabra—, mi sobrino se ha comportado como no debiera y, desde luego, ha cometido un delito de grave desobediencia, pero tened en cuenta los servicios que mi hermano don Alonso prestó a vuestra alteza y a vuestra esposa Isabel en la guerra y en la paz. Os ruego, como fiel vasallo vuestro que soy, que seáis misericorde con mi sobrino y le perdonéis la vida.

—Sois lo mejor de la nobleza de Castilla —el rey se incorporó de su sillón, apoyó las manos sobre la mesa y miró con energía a sus consejeros— y siempre tengo en cuenta vuestras recomendaciones. Pero, en este caso, la desobediencia y la contumacia en la traición no pueden ser perdonadas. Dispongo que en el plazo de un

mes esté dispuesto el ejército real. Yo mismo lo encabezaré y lo dirigiré a Córdoba y a Montilla. Nadie, absolutamente nadie, puede desafiar el poder de la Corona. Nadie. —El Católico parecía un colérico dios pagano a punto de lanzar rayos destructores sobre la tierra.

Aquella misma noche Fernando, muy excitado por lo ocurrido en Córdoba, visitó el lecho de Germana. Le hizo el amor tras ingerir en la cena una buena ración de huevos cocidos y de criadillas de toro guisadas con vino tinto y un buen manojo de hierbas aromáticas. No le hizo falta el polvo de cantárida, del que Losantos había encargado ya un buen frasco por si lo demandaba su rey.

*Córdoba, Andalucía, reino de Castilla, otoño de 1508*

Las aguas del Guadalquivir discurrían plácidas bajo los arcos del puente de piedra de Córdoba. Al lado giraban con lentitud las enormes ruedas de los molinos construidos en el cauce del río.

El ejército que se había llevado a Andalucía el rey Católico era formidable. Lo constituían cuatro mil infantes, seiscientos hombres de armas y cuatrocientos jinetes ligeros: suficientes tropas como para poder librar una batalla contra un enemigo poderoso.

Sobre su caballo, el rey de Aragón dirigía al ejército, que se desplazaba por la orilla del río aguas abajo hacia la ciudad de los califas. Córdoba brillaba como una perla ambarina en medio de campos de trigo recién sembrado y de olivares esmeraldas repletos de frutos casi en sazón. Las encinas se desparramaban ladera abajo por la sierra hasta llegar a los dominios agrícolas.

A la vista de la ciudad blanca y dorada, Fernando sonrió. Mientras avanzaba por el camino paralelo al río, recordó una escena vivida antes de partir hacia Andalucía.

—Vais a ser padre, al fin —le había dicho Germana una noche, cuando el rey trataba de hacerle el amor.

—¡Es eso cierto! ¡Decidme que no me engaños! —exclamó el Católico.

—Hace tres semanas que debería haber tenido el menstuo. ¿No os habíais dado cuenta de ello? —le dijo Germana.

—¿Estáis segura?

—Completamente.

—¿Os ha visto algún médico?

—He hablado con don Pedro Losantos y lo ha confirmado.

—¡Cómo no me lo ha dicho el muy...!

—No se lo tengáis en cuenta. He sido yo quien le ordené que no os comentara nada, pues quería ser la primera en decíroslo.

—¡Será un varón!

—Eso solo Dios lo sabe —asentó Germana.

—Será un varón —reiteró Fernando—. Lleváis en vuestras entrañas al futuro rey de Aragón.

—Vuestro heredero.

Fernando acarició el vientre desnudo de Germana y se sintió más poderoso si cabe, más fuerte, más capaz, como si tuviera el mundo en sus manos.

El relincho de un caballo le hizo volver a la realidad y abandonar sus recuerdos.

—Señor, estamos llegando a Córdoba, ¿qué ordenáis? —le preguntó el duque de Alba, que se había acercado hasta su señor.

—No perdonaré que se cuestione mi autoridad, a nadie. —Fernando, eufórico por el recuerdo del embarazo de la reina, apretó su puño enguantado alzándolo al aire para que los miembros del cortejo pudieran observar claramente su gesto de rabia. La ciudad de Córdoba, en cuyo perfil destacaba la inmensa mole de la que fuera mezquita aljama de los califas, estaba ya muy cerca.

—Mi señor, don Pedro de Aguilar ha cometido un grave error arrestando a vuestro enviado a Córdoba, pero...

—He dicho que no lo consentiré —tronó el Católico interrumpiendo con firmeza a su consejero—. Don Pedro de Aguilar no ha obedecido mis órdenes, de manera que permanecerá preso en Trasierra, en espera de que ordene su ejecución. El solar de su linaje será arrasado hasta los cimientos.

—Ese hombre es sobrino del Gran Capitán —comentó el duque de Alba.

—¿Por qué todo el mundo me lo recuerda? El Gran Capitán no moverá un dedo en defensa de su pariente. Don Gonzalo es el alcaide de Loja y me debe obediencia, como todos los demás nobles de este reino. No admito que nadie cuestione la autoridad real. Nadie.

—¿Vuestras órdenes...?

—Derribad las casas del marqués de Priego en Córdoba y también todas aquellas de los que lo hayan ayudado en su locura.

—Pero, señor...

—Y enviad un fuerte destacamento a Montilla, y que vaya también un equipo de zapadores y albañiles. El castillo de Montilla y todos los palacios, casas y demás dependencias que posean los Fernández de Córdoba en esa villa serán derribados y arrasados, incluso los cimientos, piedra a piedra hasta que no quede una sola hilada de sillares en pie. —La ira del rey se había desatado.

—Como ordenéis, alteza —aceptó el duque de Alba.

—El marqués de Priego es reo de muerte —sentenció el Católico.

Los nobles que escucharon las palabras del rey, que habló alto y rotundo desde su caballo, se quedaron mudos. El aragonés se mostraba más fuerte y seguro que nunca, sabedor de que el destino de Castilla pasaba ahora por sus manos, solo por sus manos.

Aquella terrible decisión podría significar el alzamiento de parte de la nobleza castellana contra el regente, y quizá se desencadenase una nueva guerra civil.

Pero nada de eso ocurrió. Los zapadores y azadoneros enviados a Montilla comenzaron el derribo del castillo y palacios de los Fernández de Córdoba, ubicados sobre la colina por cuya ladera se extendía el caserío donde estaba construida la casa natal del Gran Capitán, y las raíces y cuna de su linaje. Una a una, las piedras de los muros y torreones de la fortaleza y de la zona palaciega fueron cayendo, mientras una legión de curiosos, que asistían pasmados a la mayor demostración de poder real que podían imaginar, contemplaba el derribo de la casa solariega de una de las más notables familias de la nobleza andaluza. El símbolo del poder de los Fernández de Córdoba, el linaje que había enseñoreado aquellas tierras desde los tiempos en que se conquistaron a los moros, estaba siendo demolido por la férrea voluntad de un monarca aragonés, un extranjero al fin y al cabo.

Los muros del castillo de Montilla cayeron con estrépito. Uno de ellos se vino abajo con tan mala suerte que varios azadoneros llegados de Córdoba para proceder a la demolición resultaron aplastados por su derrumbe mientras cavaban y minaban la cimentación para acelerar el proceso. Aquellas muertes fueron presentadas por algunos como un mal presagio, una señal divina de que las acciones de Fernando el Católico no eran aprobadas por Dios.

Montilla no era un señorío del Gran Capitán; pertenecía a su sobrino, el cabeza del linaje de los Fernández de Córdoba, pero el derribo de ese castillo no dejaba de ser una grave afrenta. La fortaleza y el palacio de Montilla eran el solar de la familia de Gonzalo, el lugar donde había nacido, donde había dado sus primeros pasos, donde se había formado como caballero, donde había soñado sus primeras hazañas, su verdadera casa, sus raíces. Por un momento, ante las ruinas polvorientas, sintió deseos de venganza y dudó de su fidelidad al rey. Si era un sentimiento pasajero o algo mucho más profundo solo el tiempo lo revelaría.

*Amberes, Flandes, otoño de 1508*

Llovía. Siempre llovía en Flandes en otoño. El agua golpeaba los vidrios de las ventanas, apenas iluminadas por las últimas luces del atardecer.

El joven archiduque Carlos de Austria acababa de terminar su lección de latín junto a sus dos hermanas mayores, Leonor e Isabel, y se había dirigido a cenar al comedor de su palacio de Amberes.

—Señor —le dijo su secretario—, tenéis que firmar esta carta dirigida a vuestro abuelo el rey Fernando.

Carlos de Austria andaba camino de cumplir los nueve años y ya sabía leer y escribir con corrección. Desde luego no tenía mucha idea de las tensas relaciones que sus dos abuelos mantenían, pero ya intuía que Fernando y Maximiliano no eran

precisamente amigos.

—¿Aquí? —preguntó señalando un hueco en blanco al final de la carta.

—Sí, monseñor, ahí mismo.

El muchachito trazó su nombre con letras firmes y seguras: hacía ya algunos meses que firmaba documentos como ese.

—Es para mi abuelo Fernando —comentó Carlos al leer el encabezamiento de la carta.

—Sí, para el rey de Aragón, un título que también será vuestro dentro de algún tiempo.

—¿Cuántos reinos voy a tener?

—Muchos, don Carlos, muchos.

—¿Cuántos? —insistió el archiduque.

—Por vuestro abuelo paterno heredaréis el trono del Sacro Imperio; por vuestra abuela doña María, hija de Carlos el Temerario, ya sois señor de Borgoña, Flandes y Luxemburgo, además de otros señoríos menores en el reino de Francia; y por vuestra madre Juana seréis rey de Castilla y León, de Aragón y de las Indias Occidentales. Cuando todos esos dominios os pertenezcan, os convertiréis en el soberano más poderoso de toda la tierra.

—¿Más que el rey de Roma?

—También seréis rey de Roma, monseñor.

—Mis hermanas serán reinas. —Carlos miró a sus hermanas con cierta altivez.

—Por supuesto. Cuando sean mayores se casarán con reyes y príncipes, y se convertirán en reinas de Inglaterra, de Portugal o de Francia —ratificó el secretario.

—¡Seréis reinas! —les dijo Carlos a sus hermanas, que esperaban pacientes la llegada de la cena. Las hermanas se miraron curiosas y rieron a carcajadas, repitiendo el sonsonete:

—Seremos reinas, seremos reinas...

—Ahora debéis firmar esta otra carta, señor —se adelantó el secretario colándose entre las hermanas que correteaban alegres alrededor de Carlos.

—Esta no es para mi abuelo Fernando.

—No. Es una carta dirigida a don Juan de Berghes, caballero de la Orden del Toisón de Oro. Se trata de un inventario de las joyas que vuestro otro abuelo, el emperador Maximiliano, le entrega a este caballero para que las guarde.

—«Una sortija de oro con un hermoso rubí engastado, un diamante de los de tabla y una perla gruesa, unos pendientes de oro y diamantes de punta, y un anillo de oro y rubí» —leyó el archiduque—. ¿Para quién son estas joyas? —preguntó Carlos.

—Es un regalo para vuestra prometida, la que será vuestra esposa cuando tengáis la edad suficiente para casaros. Don Juan de Berghes viajará de inmediato a Inglaterra para ratificar vuestro compromiso con la princesa de Inglaterra, que recibirá estas joyas cuando se convierta en vuestra esposa. Este es su retrato. —El secretario ordenó que trajeran un pequeño cuadro con la imagen de una de las hijas de Enrique VII de

Inglaterra.

—Es muy guapa —comentó Leonor, que se había acercado curiosa para contemplar el cuadro con el rostro de la novia de su hermano.

—Tiene un hermoso pelo rojizo y una piel tan blanca como la harina —dijo el secretario.

—Está muy seria. ¿Se ha enfadado? —añadió la pequeña Isabel, que había seguido a su hermana mayor.

—Me gusta —dijo Carlos.

—Será una buena esposa para vuestra alteza y, además, el reino de Inglaterra se convertirá en un importante aliado de la casa de Austria.

—Es mayor —añadió Isabel.

—Tiene doce años. Se llama María y es una jovencita muy elegante.

—¿Se quedará con las joyas? —preguntó Leonor.

—Cuando don Carlos se case con ella, sí. Es su regalo de boda —repuso el secretario.

—¡Qué suerte! —exclamó Isabel.

—Vuestras altezas también tendréis unas joyas como esas cuando seáis prometidas en matrimonio con algún príncipe.

### *Burgos, Navidad de 1508*

Fernando de Aragón regresó a Burgos de su campaña andaluza con la confianza de haber recuperado de manera definitiva la autoridad real que le había sido cuestionada por la nobleza. La demolición de la fortaleza de Montilla impresionó y amedrentó a los nobles que mantenían algunas reticencias sobre la firmeza de su gobierno, y les dejó claro que no estaba dispuesto a consentir que se desobedecieran sus órdenes. Desde ese momento, cualquier noble que se enfrentara al rey o cuestionara su autoridad era consciente de que perdería su casa, su hacienda e incluso su título y su vida.

Al salir de Córdoba, por un momento pensó en viajar a Granada para visitar el ataúd de su esposa Isabel, que seguía en la iglesia de San Francisco de la Alhambra, pero cuando estaba a punto de hacerlo cambió de opinión. Prefirió no volver a la ciudad cuya conquista le había dado su mayor triunfo y prestigio. Cuando volviera a Granada lo haría muerto, para descansar eternamente al lado de Isabel.

Tras pasar más de dos meses en Andalucía, Fernando tenía ganas de volver a encontrarse con Germana; ardía en deseos de comprobar el estado de gestación de la reina, que a los seis meses de embarazo ya lucía un vientre muy abultado.

—Mi señora —le dijo Fernando a su esposa—, creo que ha llegado el momento de resolver de manera definitiva la situación de mi hija doña Juana.

—¿Qué habéis pensado hacer con ella?

—Debe quedar recluida en una residencia permanente, adecuada a su dignidad. Quiero visitar varios de los palacios propiedad de la monarquía y decidir en cuál de ellos se fijará su residencia.

—Por lo que he visto hasta ahora, no existe ningún gran palacio real en estas tierras. La más modesta de las residencias del rey de Francia es más lujosa que el mejor de los palacios de los reyes de Castilla —dijo Germana.

—Ya lo he pensado; por eso debemos elegir uno adecuado, y ya haremos las obras que sean necesarias para que mi hija la reina Juana se encuentre a gusto en su residencia permanente.

—Esas obras costarán algún dinero.

—El tesoro de Juana está repleto de joyas y objetos de oro y plata; de ahí saldrá lo necesario para costear esas obras.

—Veo que ya lo habéis decidido —dijo Germana.

—El sitio exacto todavía no, pero tiene que ser un palacio en tierras de Castilla, tal vez cerca de Valladolid. En las próximas semanas viajaré a varios lugares para hacer una inspección personal y evaluar cuál de ellos resulta el más apropiado para doña Juana. ¿Me acompañaréis?

—¿Lo deseáis?

—Si no os incomoda viajar en vuestro estado de embarazo, por supuesto.

—Si ese es vuestro deseo, iré con vos. Así veréis que vuestro hijo ya vive en mi vientre; siento cómo se mueve en mi interior.

—Es una gran noticia. Antes de que nazca nuestro hijo visitaremos Salamanca, Medina del Campo, Valladolid y Tordesillas. En esas cuatro villas y ciudades hay palacios en los cuales podría establecerse la corte de doña Juana.

Dos meses emplearon Fernando y Germana en recorrer el corazón de los reinos de Castilla y de León. Tras visitar los lugares previstos, los dos convinieron que Tordesillas era el lugar más adecuado para doña Juana, pues estaba cerca de Valladolid, rodeado de una alegre campiña y era un lugar que disponía de suficiente población como para poder atender las necesidades de una pequeña corte. Y además, allí los reyes de Castilla poseían un viejo caserón que podía adecuarse como palacio con algunas pequeñas reformas.

*Arcos, cerca de Burgos, mediados de febrero de 1509*

Una vez decidido que Tordesillas sería el lugar en el que la reina Juana quedaría recluida, Fernando se dirigió desde Valladolid hasta Arcos para visitar a su hija y explicarle lo que había dispuesto para ella. Pedro Losantos le acompañaba en el viaje, con el cometido de velar por el estado de salud de la reina Germana. El rey también

se llevó con él al joven Fernando, del que apenas se separaba.

—¿Te gustaría ser rey? —le preguntó a su nieto durante un alto en el camino hacia Arcos.

—¿Como tú, abuelo? —El muchachito se arrebujó en su abrigo de piel tiritando de frío.

—Sí, rey, y sentarte en un trono donde antes lo hicieron otros reyes.

—Sí, abuelo, me gustaría ser rey.

—Tal vez lo seas, Fernando, tal vez lo seas. —El aragonés le hizo una carantoña a su nieto, que le devolvió una sonrisa.

El Católico prefería a Fernando como heredero de sus dominios en la Corona de Aragón, aunque para ello tuviera que pasar por encima de los derechos dinásticos de su nieto mayor Carlos, al que ni siquiera conocía, pero todo el plan anterior había cambiado. Por fin, la reina Germana estaba embarazada, de manera que, si el retoño que llevaba en sus entrañas era un varón, ese sería el heredero de los dominios patrimoniales de Fernando el Católico, y ya no habría discusión alguna sobre quién debería sucederlo al frente de la Corona de Aragón.

Cuando su hija la reina apareció ante sus ojos, en el zaguán de la casona de Arcos, el rey de Aragón, siempre frío y aparentemente insensible, sintió estremecerse el corazón y soltó de la mano a su nieto Fernando; el niño no corrió a abrazar a su madre y permaneció inmóvil al lado de su abuelo. Aquella mujer era poco más que una extraña para el infante de Austria.

Juana de Castilla semejaba la imagen de un espectro. El frío invierno de Arcos, la melancolía por la soledad y el encierro, la tristeza por el recuerdo permanente del esposo muerto y la locura intermitente habían consumido a Juana de tal modo que en apenas unos meses parecía haber envejecido varios años.

Su belleza se había ajado, su rostro estaba marcado por varias arrugas acentuadas por una extrema delgadez, su piel sonrosada y tersa había tornado hacia un tono pajizo, sus ojos brillantes y curiosos estaban apagados y su mirada se perdía en un horizonte imposible. Además, vestía de manera poco decorosa: unos sayos sucios y raídos, llenos de manchas reseca, con los bordes deshilachados y las costuras descosidas.

Al acercarse para abrazarla, el Católico notó un intenso olor acre; desde luego, era evidente que hacía varias semanas que la reina ni se había lavado ni se había cambiado de ropa. Los cabellos eran poco más que greñas enmarañadas, tenía los dientes sucios de tan amarillentos y unas oscuras ojeras entornaban sus otrora preciosos ojos claros.

—Mi pequeña Juana... —El Católico se quitó el guante de gamuza azul y acarició la mejilla de la reina, que inclinó la cabeza al sentir en su rostro el contacto de la cálida mano de su padre. El pequeño Fernando seguía al lado de su abuelo; su madre no le había hecho el menor caso y el niño tampoco había mostrado el menor interés por aquella mujer que lo ignoraba.



—Hoy no se ha despertado. Todavía duerme —musitó Juana de pronto.

—¿Duerme? —se extrañó el rey.

—Sí, Felipe duerme. He ido a verlo esta mañana a la iglesia, y seguía dormido.

El Católico observó a las damas de compañía de la reina, que fijaron avergonzadas sus ojos en el suelo ante la mirada inquietante del rey.

—Querida hija, os he buscado un agradable palacio para que os instaléis allí con vuestras damas de compañía.

—Estoy bien aquí —comentó Juana.

—Este lugar no es digno para una reina. —El Católico observó las paredes de la casona, que Juana había ordenado forrar con telas negras, en señal de luto—. Viviréis en el palacio real de Tordesillas, como conviene a vuestra categoría. Os gustará ese lugar; tiene un magnífico mirador orientado a la solana, desde donde se contempla el río Duero y los campos de Castilla hasta donde se pierde la vista.

—Felipe vendrá conmigo. Ahora duerme, pero pronto despertará. Solo duerme.

—Irá con vos, hija mía, Felipe irá con vos.

—Claro, claro, siempre estaremos juntos —musitó Juana, que en ningún momento se preocupó por el joven Fernando, quien se aferró a la mano de su abuelo.

Al salir de la casona, el rey se dirigió a Pedro Losantos, que había permanecido en el exterior con otros miembros del cortejo real.

—Mi hija no tiene buen aspecto. Comprobadlo e informadme después sobre su estado.

Una hora más tarde el médico converso se presentó ante el rey, que degustaba un asado de cordero en el pabellón real.

—Y bien, ¿cómo la habéis visto?

—Señor, vuestra hija no se cuida de manera adecuada. Desde luego es evidente que no come bien, y debe hacerlo o enfermará. Obligadla si es preciso a tragar alimento y ordenad que la laven, aunque haya que meterla en una tina a la fuerza. —El médico converso se expresó de manera contundente.

—¿Tan mal la habéis visto? —le preguntó preocupado.

—No parece una reina, sino la mujer más pobre y dejada de Castilla.

—Procurad que mejore.

—¿Yo, señor?

—Claro que vos, ¿quién si no? Os escucharé a vos antes que a cualquier otra persona.

—Así lo haré, pero carezco de autoridad...

—Tenéis toda la autoridad que os sea precisa, yo os la concedo. Y apresuraos, pues pronto llevaré a la reina a Tordesillas, donde se quedará de manera definitiva; tiene que estar lista para ese viaje en una semana.

—Lo estará.

—Os recompensaré por ello.

—Por cierto, alteza, hace ya más de un año que mi esposa y mis hijos están esperando en Valencia. Me gustaría reunirme con ellos, de modo que os pido que les dejéis viajar a Valladolid o que me permitáis hacerles una visita...

—Paciencia, don Pedro, paciencia. Todo llegará a su tiempo. Todo a su tiempo. Ahora os necesito aquí. Podéis retiraros. Los criados os servirán algo de comer.

Y el rey se quedó saboreando el asado de cordero, sin darle, una vez más, explicación alguna sobre por qué retenía a su esposa y a sus dos hijos tanto tiempo en la ciudad de Valencia, y sin autorizarlo a él a que viajara hasta allí a visitarlos, como era su deseo más ferviente. Había depositado demasiados secretos en su médico como para no asegurarse su fidelidad, y tener en su mano el destino de toda su familia era la manera más fácil de conseguirlo.

### *Tordesillas, reino de Castilla, fines de febrero de 1509*

La comitiva real tardó toda una semana en recorrer el camino entre Arcos y Tordesillas, atravesando las tierras de Santa María del Campo, Palencia y Valladolid. Todavía hacía frío y helaba por las noches, pero en las horas centrales del día el sol brillaba con fuerza en un límpido cielo azul y sus rayos resultaban agradables al contacto con la piel.

Desde luego, comparado con los riquísimos y lujosos palacios en los que Juana había vivido en Flandes, sobre todo el monumental de Coudenberg en Bruselas y el enorme de Prinsenhof en Gante, el palacio real de Tordesillas era poco más que un modesto caserón de ladrillo, adobe y madera. Juana había pasado del lujo más exquisito a una cierta austeridad, que ella misma se encargaba de incrementar con su comportamiento y su aspecto.

—No es este el mejor de los palacios de Castilla —comentó el cardenal Cisneros, un tanto desencantado por el lugar que había decidido Fernando como residencia permanente de su hija Juana.

—Tal vez; pero fijaos en el paisaje, cardenal. Mi hija disfrutará con esos horizontes amplios y despejados; es cuanto necesita —alegó el Católico apoyado en un antepecho de la galería alta del palacio real de Tordesillas.

La mañana era fría en esas primeras horas, pero estaban protegidos del aire del norte y a buen resguardo en el solanar de la galería meridional. Las aguas del Duero discurrían lentas bajo el puente y varias carretas lo atravesaban en ese momento cargadas con mercancías, pues era día de mercado.

—Habrá que hacer algunas obras...

—Encargaos de ello. Y tened en cuenta un espacio para colocar el ataúd de don Felipe. La reina no quiere separarse de él —ordenó Fernando.

—Ya he pensado en ello, alteza. Podemos depositarlo en el convento de Santa

Clara, que está al lado del palacio. Tiene algunas estancias decoradas al gusto moro, y algunos dicen que recuerdan a las de la Alhambra de Granada, aunque quizá será mucho más útil dejarlo, por el momento, en la iglesia de San Antolín; lo ubicaremos allí, en un catafalco para que ella lo pueda ver siempre que lo desee, pues dispone de un paso elevado desde palacio para que la reina pueda acudir a la iglesia sin necesidad de atravesar la calle; nadie la verá —propuso el cardenal.

—De acuerdo. Hacedlo así. En cuanto a la reina, vivirá aquí hasta su muerte. Estará permanentemente custodiada por un retén de soldados a las órdenes de mosén Luis Ferrer y al cuidado de sus damas de corte y compañía.

—¡Ferrer! Ese hombre es aragonés —apuntó Cisneros sorprendido.

—Goza de mi plena confianza y es muy eficaz en su trabajo.

—No lo dudo, mi señor, pero no es castellano, y la nobleza y el pueblo castellanos considerarán como una afrenta que pongáis a su reina bajo la custodia de un extranjero.

—Me importa muy poco lo que piensen los nobles, y menos aún lo que opine el pueblo, como vos lo llamáis. Mosén Ferrer ya dispone de mis órdenes, que cumplirá con toda precisión.

—¿No estimáis que sería más oportuno otorgarle ese puesto a un alcaide castellano?

—No, mi apreciado cardenal. Dejar a doña Juana en manos de uno de esos nobles intrigantes, siempre dispuestos a alzarse en rebelión contra su rey, sería una temeridad y un grave error que no voy a cometer. Mosén Ferrer tiene instrucciones concretas: nada de cuanto le suceda a doña Juana trascenderá de estos muros, nadie podrá acercarse a la reina sin mi permiso expreso, nadie podrá hablar con ella salvo el personal a su servicio y solo de asuntos domésticos, y nadie podrá hacerle llegar una carta ni permitir que envíe otra sin mi expresa autorización.

—Tenéis razón, alteza, la reina dispondrá de un magnífico panorama para endulzar los largos días que le esperan —ironizó Cisneros, que no quiso seguir replicando la decisión del rey al contemplar el amplio horizonte que se extendía más allá del curso del Duero.

—No será una prisión. Quizá no sea este el palacio más hermoso del mundo ni el más confortable, pero tiene bellos artesonados y de sus paredes colgarán los ricos tapices que doña Juana se ha traído de Flandes. Por sus dos patios, por su huerta y por esta galería soleada mi hija podrá pasear y respirar el aire fresco del río, asistir a los oficios religiosos de la iglesia de San Antolín y visitar el sepulcro de su esposo sin pisar la calle, usando ese paso elevado que comunica el palacio con el templo y que ya habéis observado.

—Vuestra hija no es una entusiasta de las ceremonias litúrgicas, alteza. Ya conocéis su rechazo a confesarse y a comulgar.

—No creo que mi hija vaya a condenarse por ello. He conocido a gentes que cumplían en público con todas sus obligaciones como cristianos, pero que se

comportaban como verdaderos demonios a las primeras de cambio, y fueron santificados por la Iglesia —dijo el rey.

—¿Y en cuanto a vuestro nieto, el infante don Fernando? —preguntó Cisneros cambiando de tema.

—Apenas conoce a su madre, de modo que permanecerá a mi lado y continuará su educación como conviene a un príncipe de Aragón. Le he tomado mucho afecto a ese chico. Se parece mucho a mí.

—Tal vez algún día pueda estudiar en la universidad de Alcalá —comentó Cisneros.

—Esa universidad ha sido un empeño vuestro.

—Que no hubiera sido posible sin vuestra aprobación y la de vuestra esposa doña Isabel, que Dios guarde en su gloria. Este otoño pasado comenzaron las primeras clases, al fin. —Cisneros hablaba con orgullo de su gran obra, en la que había empeñado mucho esfuerzo.

—¿Sabéis que vuestra iniciativa no ha gustado en la universidad de Salamanca? Sus profesores suponen que la de Alcalá les restará alumnos y, por tanto, ingresos.

—Lo sé, pero Castilla merece un centro de estudios como el de Alcalá.

Uno de los secretarios del rey y su ayudante aparecieron al fondo de la galería; portaba en su mano un pliego de papel. Se mantuvieron a distancia hasta que el Católico les hizo una señal para que se acercaran.

—Alteza, cardenal... —saludó el secretario.

—¿Está listo el inventario?

—Sí, mi señor, como ordenasteis. Esta es la relación completa.

El rey de Aragón cogió el pliego que le alargó el secretario y comprobó el inventario de los objetos que Juana quería tener consigo en Tordesillas. Había entre ellos cinco retratos: el de su madre Isabel la Católica, el de su hermana mayor Isabel la reina de Portugal, ya fallecida, dos de su hermana pequeña Catalina, pintados cuando era princesa de Gales, y uno de la propia Juana, este último realizado en Bruselas por Juan de Flandes en la época en que vivía con su esposo Felipe en el palacio de Coudenberg.

—En esta relación no hay ningún retrato de su esposo ni de sus hijos —se sorprendió el rey.

—La reina solo ha pedido esos cinco, mi señor, todos de mujeres, su madre, sus hermanas y ella misma.

Fernando frunció el ceño; Juana tampoco había elegido un retrato suyo. Siguió repasando el inventario y comprobó que en la lista había algunos objetos para la liturgia y un par de pequeños retablos con imágenes de santos y santas, lo que le extrañó dado el rechazo que Juana siempre mostraba hacia las ceremonias religiosas; también había un buen número de tapices traídos desde Flandes.

—¡Setenta tapices nada menos! Con ellos se podrán cubrir todas estas paredes —dijo el rey.

—Ha sido una petición expresa de la reina, mi señor. Eran los que colgaban de las paredes de su palacio de Bruselas —añadió el secretario.

Los tapices, descritos en el inventario uno a uno, representaban episodios bíblicos, relatos mitológicos y acciones históricas. Los había con imágenes de grandes banquetes, en un intento vano de advertir a los nobles sobre las malas consecuencias de la ingesta de vino y para incitarles, también sin éxito, a la sobriedad, la abstinencia y la moderación en el beber y en el comer como virtudes a practicar. En algunos de ellos se precisaba que eran obra del tapicero Pierre van Aelts, maestro de uno de los mejores talleres de Flandes.

—Los tapices servirán para que doña Juana se encuentre más a gusto en estas estancias. Le recordarán sus palacios de Flandes que, según dicen, son magníficos —dijo Cisneros.

—El listado de joyas es abrumador: cien perlas grandes del tamaño de avellanas, montadas sobre oro y plata, joyeles, pulseras y sortijas de azabache, de coral, de rubíes y de diamantes, y varios collares de oro, entre ellos hay uno que se llama «el de las bellotas» y otro «el de las rucas», ambos con un peso similar al de una docena de manzanas grandes —comentó el rey tras echar un vistazo a esos folios del inventario.

—Además hay delicados marcos para cuadros, lámparas, candelabros, espejos, peines y otros diversos objetos de oro y de plata, y una buena colección de objetos litúrgicos como cálices, patenas, navetas y portapaces, además de una vajilla completa con bandejas, fuentes, jarras, copas, vasos, platos, cucharas, tenedores y cuchillos de plata para el servicio de mesa de la reina —comentó el secretario.

—Un notable tesoro. Ordenad que retiren de esa lista varios objetos de plata por el peso de mil quinientos marcos y añadidlos al inventario de los objetos de mi casa —ordenó el rey.

—Alteza, eso es el equivalente al peso de cinco hombres —precisó el secretario.

—Ya me habéis oído —sentenció Fernando con severidad.

—Por último, doña Juana ha pedido que siempre la acompañen músicos instrumentistas y cantores; y quiere que su armonio esté colocado en una sala contigua a su alcoba, para tocarlo cada vez que lo desee —añadió el secretario un tanto atemorizado.

—Vuestra hija siempre ha tenido una gran pasión por la música; creo que sería bueno para su ánimo y le ayudará a soportar el paso del tiempo —medió Cisneros.

—De acuerdo. —El rey Católico reflexionó unos instantes—. Doña Juana podrá tocar ese armonio y escuchar música siempre que lo desee, pero se abstendrá de hablar con los músicos; no debe hacerlo de ninguna de manera —zanjó el rey la cuestión.

Fernando permaneció en Tordesillas junto a su hija durante las siguientes dos

semanas. Hablaron mucho, al menos los momentos en los que Juana parecía lúcida, pasearon por la vega del Duero y comieron excelentes guisos de carnero, toro y faisán; incluso cazaron algunas torcaces con halcones y gerifaltes en las riberas del río. Algunas veces llevaron con ellos a la pequeña Catalina, que a sus dos años de edad ya podía caminar un trecho a su lado. En alguna ocasión, Juana la Loca llegó a sonreír.

El concejo de Tordesillas organizó una corrida de toros para agasajar al rey y a la reina. Acudieron caballeros de Castilla y de León que alancearon a un par de toros en un campo a las afueras de la localidad.

El ligero cambio de actitud que vio Pedro Losantos en el rey Católico lo llevó a pensar que tal vez cediera y permitiera que su familia, que seguía en Valencia, regresara a Castilla, y volvió a pedírselo, rogándole que al menos le permitiera acudir a la boda de su hija, que iba a casarse en Valencia con un hidalgo elegido por el propio rey.

—Si me obedecéis en todo y sois absolutamente leal, os prometo que muy pronto os reuniréis con vuestra esposa y vuestros hijos, pero, de momento, las cosas seguirán como están. Paciencia, Losantos, tened paciencia —le dijo el Católico.

Losantos volvió a acatar la voluntad real y se dedicó con toda intensidad a que la reina recuperara la salud y el buen estado. La convenció para que comiera verduras y, a falta de frutas frescas, dado lo avanzado del invierno, le hizo comer manzanas y peras confitadas, además de vino caliente endulzado con miel.

Desde luego, aquella mujer no estaba endemoniada, como afirmaban algunos de los que habían visto a Juana comportarse de forma tan extraña como extravagante; simplemente, había perdido la razón.

La reina de Castilla no lo sabía entonces, pero aquel palacio y aquel horizonte iban a ser su única morada y su único paisaje en los próximos cuarenta y siete años. Cuarenta y siete años; más tiempo que el de muchas vidas.

### *Bruselas, finales del invierno de 1509*

La vida del joven Carlos de Austria transcurría entre suntuosos banquetes cortesanos, clases de retórica, latín y gramática y visitas a las ciudades de Malinas, Amberes, Gante y Bruselas. Siempre acompañado por sus hermanas, frecuentaba los castillos y palacios de Flandes, donde era agasajado por los nobles que los regentaban.

Solo era un muchachito que acababa de cumplir los nueve años, pero ya tenía en su haber más condecoraciones y distinciones que muchos reyes europeos. Ese invierno había recibido en Bruselas, de manos de su propio abuelo Maximiliano, la prestigiosa Orden de la Jarretera, que le concedió el rey de Inglaterra mediante unos embajadores especiales enviados para la ocasión. Aquel día se sirvió un magnífico banquete, al que asistieron sus dos hermanas mayores y, por primera vez, la pequeña

María, que a sus poco más de tres años ya mostraba una inteligencia poco común para su edad.

Margarita quería para su sobrino los mejores preceptores, entre ellos a Erasmo de Rotterdam, uno de los intelectuales más brillantes, cuyo magisterio era reclamado en Inglaterra, Francia e Italia. Margarita quería a Carlos como si fuera su propio hijo, el que nació muerto, el primero que hubiera unido en su persona las Coronas de Castilla y de Aragón. En agradecimiento a sus desvelos, por ocuparse de la formación de su heredero, Maximiliano concedió a su hija varios títulos y nuevas rentas.

En su visita a Flandes en el mes de febrero, Maximiliano comprobó cómo marchaba la educación de su nieto Carlos, al que había señalado como su sucesor al frente de todos los dominios de los Austrias y, por supuesto, del Imperio. El trono imperial no era hereditario; para conseguirlo se hacía necesario contar con la mayoría de los votos de los siete grandes electores, cuyas funciones se regían por la llamada «Bula de Oro», un estatuto aprobado en el año 1356. Los electores nombraban al rey de Romanos, que no se convertía en emperador del Sacro Imperio hasta que no era ratificado como tal por el papa. Cuatro grandes señores, el rey de Bohemia, el conde palatino del Rin, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo, y tres eclesiásticos, los arzobispos de Tréveris, Maguncia y Colonia, formaban el colegio electoral. Desde hacía un siglo la elección se había convertido en una mera cuestión protocolaria, pues el Imperio se transmitía en la práctica de manera hereditaria entre los príncipes de la casa de Austria, en la familia de Habsburgo.

Para celebrar que Carlos de Austria se había convertido en el heredero de su abuelo Maximiliano, el emperador ofreció banquetes y grandes fiestas, y visitó varias ciudades de Flandes realizando entradas triunfales; en todas ellas lo acompañó su nieto.

En Gante, el emperador le propuso un juego a su heredero Carlos.

—Hoy vamos a hacer felices a las gentes de esta ciudad que te vio nacer —le dijo el emperador al joven archiduque mientras ambos se preparaban para el desfile triunfal en Gante, cuyos consejeros iban a jurarlos respectivamente como emperador y como heredero al trono imperial.

—¿Cómo lo haremos, abuelo? —preguntó el jovencito Carlos, que a sus nueve años ya tenía tan exagerada la mandíbula inferior que le dificultaba pronunciar correctamente algunas palabras e incluso masticar convenientemente los alimentos sólidos.

—Te divertirá. He ordenado a mi tesorero que prepare ochenta y seis libras en monedas pequeñas. Cuando salgamos de aquí camino de la iglesia de San Pedro, donde nos esperan las autoridades de la ciudad, iremos arrojando esas monedas a los que acudan al desfile. Creo que será divertido. ¿Qué te parece?

—Que se pondrán muy contentos.

—De eso se trata, de que nuestros súbditos sean felices. Es lo que tendrás que procurar cuando te conviertas en mi sucesor.

—¿Voy a ser emperador como tú, abuelo?

—Lo serás algún día. Cuando yo falte, el trono imperial en el que antaño se sentaron Carlomagno y Federico Barbarroja será tuyo.

—Me han dicho que también seré rey de Castilla y de Aragón.

—Lo serás, sí, por herencia de tu madre: Castilla por tu abuela Isabel y Aragón por tu abuelo Fernando. —Maximiliano calló que la reina Germana de Foix estaba embarazada y que, si nacía un niño varón, Carlos perdería el derecho a heredar los Estados de la Corona de Aragón. Entonces pensó que en cuanto acabaran aquellos festejos tendría que idear alguna estratagema para evitar que el Católico se saliera con la suya. En el plan de los Austrias para dominar toda Europa, era imprescindible controlar los territorios mediterráneos de la Corona de Aragón—. E incluso serás rey de unas tierras nuevas recién descubiertas más allá del océano, que han llamado «las Indias Occidentales».

—¿Más allá del mar?

—Al otro lado del mundo, por donde se pone el sol.

El emperador y su nieto se ajustaron las armaduras de alarde, ambas de ligero metal negro repujado con detalles dorados, se colocaron sendos yelmos emplumados y salieron a la calle, donde, a pesar del viento y de una ligera lluvia, aguardaban centenares de ciudadanos de Gante.

Iban montados sobre dos magníficos alazanes claros, y a los lados los escoltaban varios guardias. Atados a las monturas colgaban dos saquillos llenos de metal.

—¿Ya puedo echarles las monedas?

—Claro, cuando quieras.

Carlos metió la mano en uno de los saquillos y cogió un puñado de piezas que arrojó a la multitud, que se lanzó a por ellas con gran alborozo.

—*¡Larguesse, larguesse!* —gritó uno de los agraciados, tras coger al vuelo una de las monedas.

—*¡Larguesse, larguesse!* —comenzaron a gritar a coro otros muchos, que mostraban en la mano las piezas conseguidas.

Liberalidad, largueza, generosidad..., esas eran las palabras que los ciudadanos de Gante gritaban al paso de la comitiva imperial, mientras procuraban atrapar algunas de las monedas que un divertido Carlos de Austria arrojaba a izquierda y derecha desde lo alto de su caballo.

Al llegar a la puerta de la iglesia de San Pedro, Carlos había acabado con todas las monedas y sonreía lleno de dicha.

—Hacer felices a tus súbditos también te hace feliz a ti. No lo olvides —le dijo Maximiliano.

Tras recibir el saludo de los miembros del Consejo ciudadano, el cortejo entró en la iglesia.

—Está muy bonita esta iglesia —comentó Carlos al entrar en el templo y contemplar el precioso paño bordado con tisú de oro que cubría el altar.



—Ya puede estarlo, me ha costado doscientas libras —comentó el emperador—; pero las doy por bien empleadas, ha merecido la pena.

Ante el altar de San Pedro, Maximiliano fue jurado como emperador y su nieto Carlos como heredero de la casa de Austria.

Acabada la ceremonia de juramento, se celebró un banquete de gala en el palacio de Prinsenhof, al que se sumaron las tres hermanas de Carlos, recién llegadas de Malinas.

En los días siguientes Carlos fue agasajado por la nobleza flamenca, cazó con arcos adecuados a su edad y estatura en los bosques de Ertvelde, a un par de horas al norte de Gante, asistió a un torneo celebrado en las afueras de esta pequeña ciudad y fue agasajado con un magnífico banquete en la casa del Concejo. Y, por primera vez en su vida, bebió cerveza.

Al acostarse aquella noche, un poco mareado, risueño y eufórico a consecuencia de la cerveza, a sus nueve años Carlos de Austria se sintió como si en verdad fuera el soberano del mundo.

### *Valladolid, fines de abril de 1509*

Habían transcurrido casi tres años desde que Juana de la Cruz y Pedro Losantos se habían separado. Durante todo ese tiempo habían cruzado algunas cartas, pero ambos ansiaban volver a encontrarse. El Católico se convenció al fin de que Losantos nunca lo traicionaría, pues había sido capaz de soportar con paciencia la separación de su familia por el servicio a su rey, y concedió al fin la autorización para que se reunieran en Valladolid.

Pedro Losantos aguardaba con excitación la llegada de su familia. En una carta recibida a fines del mes de marzo en Burgos, Juana le escribía a su esposo para informarle de que llegarían a Valladolid a finales del mes de abril, y le pedía que los esperara en su casa de la parroquia de Santiago.

Con permiso del rey, Pedro viajó hasta Valladolid y se dispuso a aguardar con paciencia. Durante tres semanas esperó alguna noticia, hasta que un buhonero que recorría cada mes la ruta de Soria a Valladolid le trajo aviso de que su familia se encontraba cerca, pues los había visto en una posada de Peñafiel.

Faltaban dos días para acabar abril cuando un criado avisó a Pedro de que su esposa y sus hijos se aproximaban por el camino de Aranda. Cogió su capote, cerró la puerta de casa y salió a paso ligero hacia la puerta de la ciudad.

No tardó mucho tiempo en avistarlos. Sobre una carreta tirada por dos bueyes y guiada por un carretero casi tan grande como las propias bestias viajaban Juana de la Cruz y María Losantos, en tanto sobre dos caballos lo hacían su hijo Pablo y Lope de Valdivieso, el hidalgo con el que se había casado en Valencia la hija de Pedro y Juana por indicación del rey Fernando hacía unos meses.

Aquella fue una boda triste. María estuvo triste porque ni había elegido ni amaba a su esposo; Juana estuvo triste por la ausencia de su esposo Pedro; en la distancia Pedro estuvo triste por no poder asistir a la boda de su hija; Lope de Valdivieso estuvo triste porque sentía que su joven esposa no lo amaba; la familia de Lope estuvo triste porque emparentaba con un linaje de conversos cuando hubieran preferido a una dama de familia de cristianos viejos. Una boda triste.

Los cuatro se estrecharon en un largo abrazo mientras Lope de Valdivieso los contemplaba curioso a tres pasos de distancia.

—Pablo, mi hijo Pablo... Han pasado siete años desde que te marchaste a estudiar a Salerno y aquí estás, ya todo un hombre.

—Acabo de cumplir veinticinco años, padre.

—Y vosotras, Juana, mi querida esposa, y María, mi pequeña... Ni siquiera pude ir a tu boda, el rey no me lo permitió —Pedro Losantos no cesaba de besar y acariciar a su esposa y a sus dos hijos.

—Padre, este es Lope, mi esposo —lo presentó María, que parecía resignada. En realidad, no quería unir su vida a la de ningún hombre y al principio se negó a tomar como marido al hidalgo que le había elegido el rey como esposo, pero al fin cedió ante la tajante orden de su padre. La joven sabía bien que Pedro no había podido hacer nada por ella y que su boda con Lope era una decisión del rey, aunque no entendía por qué. Intuía que aquel matrimonio no duraría demasiado tiempo.

—Señor... —Lope extendió la mano hacia Pedro.

—Bienvenido a esta familia, hijo —lo saludó Pedro con un abrazo—. Vayamos a casa, he comprado queso, pan de semillas, un costillar de carnero y un par de jarras del mejor vino de este año; supongo que estaréis hambrientos. En las posadas del camino que habéis hecho no dan precisamente excelentes manjares —dijo Pedro.

Ya en casa, Juana de la Cruz le contó a su esposo que el rey les había ordenado quedarse en Valencia y que les había prohibido moverse de la ciudad en tanto no dispusiera otra cosa.

—Cuando la reina Germana marchó a Burgos no permitió que fuéramos con ella y nos obligó a quedarnos allí a la espera de la llegada de la esposa del Gran Capitán.

—Sí, todo parecían excusas para no dejaros salir de Valencia.

—En realidad, hemos sido sus rehenes —dijo Juana.

—¿Rehenes?

—Sí, rehenes del rey. Por algún motivo que desconozco, don Fernando quería asegurarse tu plena obediencia. Y por eso no nos dejaba reunirnos contigo.

—¿Eso crees? —se extrañó Losantos.

—Estoy segura. También lo ha sido la esposa del Gran Capitán.

—Es posible. No se fiaba de don Gonzalo, y así lo tenía condicionado para que no tuviera la tentación de aliarse con sus enemigos. Solo les ha permitido reunirse cuando ha solucionado un problema que concernía al sobrino de don Gonzalo y una vez considerado que el Gran Capitán no será una amenaza retirado en su nuevo

destino como alcaide de Loja.

—El conde de Ureña, al parecer, se ha burlado de ese destino, comparando a don Gonzalo con una carraca varada en los campos del interior de Andalucía.

—Don Gonzalo aceptará ese destino —asentó Pedro Losantos—. Lo mantendrá activo la esperanza de que algún día lo llame don Fernando para más altas empresas. Además, se va a Loja con una enorme fortuna, aunque no sé si se sentirá compensado.

—Padre —intervino Pablo—, yo ejercí durante algunos meses como médico en el ejército de Gonzalo Fernández de Córdoba, y he tratado al propio Gran Capitán de unas intermitentes fiebres que de vez en cuando le provocan malestar y le obligan a guardar cama, y también he visitado a su esposa en Valencia para mitigar unos dolores en la espalda...

—No te preocupes, el rey no tendrá en cuenta eso.

—¿Y en nuestro caso? —preguntó Juana.

—En el nuestro... —Pedro dudó.

—¿Qué ocurre con nosotros? Ya te he dicho que tus hijos y yo hemos sido rehenes del rey. ¿Por qué tuvimos que serlo? ¿Qué puedes decir?

—Supongo que el rey tampoco se fiaba de mí... —confesó Pedro al fin.

—¿Pero por qué? ¿Acaso le has dado algún motivo para dudar de tu lealtad? Si incluso lo has puesto por encima de tu propia familia...

—Si es como dices, supongo que se debe a que los reyes son desconfiados por naturaleza. —Pedro evitó confesarle a su esposa la verdadera relación con Fernando y cómo lo había usado para empresas muy delicadas—. Pero ya es tarde y estaréis cansados del viaje. Vayamos a dormir, ya habrá tiempo para hablar... —propuso Pedro procurando no seguir por ese camino.

—Te he echado tanto de menos..., pero ahora estás aquí, a mi lado. No quiero volver a separarme de ti nunca. —Tras retirarse a la cama, el médico converso estaba abrazado a su esposa; acababan de hacer el amor por primera vez en casi tres años de separación.

—Hasta que lo ordene tu rey —asentó Juana de la Cruz.

—Nadie nos separará por tanto tiempo, ni el propio don Fernando.

—Eso es lo que deseo.

—Pablo está espléndido y María..., ¿es feliz con su esposo? —preguntó dubitativo Pedro.

—Te has dado cuenta, ¿verdad?

—En realidad no he visto una chispa de felicidad en sus ojos.

—Tal vez Lope no sea el hombre que ella hubiera deseado, pero el rey no le dejó otra alternativa.

—¿A ti tampoco te gusta ese hombre, Juana? —preguntó Pedro.

—Se porta bien con María, pero no creo que la haga feliz. Ningún hombre hará feliz a nuestra hija.

—Me he dado cuenta al observar cómo lo mirabas esta tarde.

—¿Y tú, qué opinas de él? —preguntó Juana.

—Solo hace unas horas que lo conozco. Mi primera impresión es que se trata de un buen hombre, pero quién sabe.

—Por el momento trata bien a nuestra hija, pero no despierta en ella la dicha que un esposo debe provocar en su mujer. Como ya te has dado cuenta, los ojos de María no brillan más que antes de casarse, y deberían hacerlo —dijo Juana de la Cruz.

—Quizá con el paso del tiempo...

—Lope es un soldado, aunque, por lo que cuentan de él, nunca ha destacado en el campo de batalla. Es hijo de unos infanzones que carecen de fortuna, pero mantienen la nobleza de su apellido y el solar de su linaje en un pueblo remoto de Aragón.

—Bien, tenemos a nuestra hija casada con un noble de segunda fila y arruinado...

—Fue una decisión del rey, que tú aceptaste... y yo no supe rechazar.

—¿Me lo recriminas? —demandó Pedro.

—No. Tal vez no hubiera otra salida.

—En cualquier caso, espero que ese hombre trate a María con respeto.

—Ella no lo quiere —asentó Juana—, pero lo ha aceptado como esposo para evitar cualquier conflicto contigo. María sabe que siempre cumplirás la voluntad del rey y no desea causarte ningún problema. Además, nunca ha sentido atracción por los hombres. Antes de casarse, en alguna ocasión me confesó que no quería ligar su vida a la de ningún hombre, porque una mujer casada deja de tener vida propia para pasar a depender de su marido, hasta la muerte de uno de los dos.

—Nunca me dijiste nada al respecto.

—Te lo dije, claro que te lo dije, pero no quisiste escucharme. Y, además, deberías haberte dado cuenta por ti mismo; tal vez si hubieras prestado más atención a tu hija que a tu rey... María siempre quiso ser la dueña de su destino, todavía quiere serlo, y al estar casada ya no depende de su voluntad, sino de lo que disponga su marido.

—Merezco ese reproche, sí, pero yo no sabía... Además, una hija debe obedecer a su padre...

—¿Aunque eso signifique condenarse a la tristeza?

Pedro Losantos calló. Sabía que carecía de razones, pero ¿cómo podía oponerse a la voluntad de su rey?

—En cuanto a Pablo... ¡Dios!, nuestro hijo está magnífico —soltó Pedro tras un buen rato en silencio.

—Es un médico extraordinario y un hombre íntegro. Lo he visto en Nápoles y en Valencia atender a enfermos y tratar sus dolores con tu misma atención. No hace distinción en el tratamiento a una reina o a un mendigo.

—He hablado de él con el rey. He tenido que pedírselo, rogándole que lo acepte

dada mi lealtad y mis servicios prestados, y don Fernando ha aprobado que Pablo entre como mi ayudante en el servicio de médicos de la corte —dijo Pedro Losantos.

—Es una muy buena noticia. Espero que Pablo también lo acepte.

—Se ha formado en la mejor escuela de Medicina del mundo y ya ha servido en el ejército de Italia. Yo lo ayudaré con toda mi experiencia; nuestro hijo será un gran médico. Tiene una prometedora vida por delante.

—Lo será, Pedro, lo será... Pero, ante todo, es un buen hombre..., como tú. — Juana besó a su esposo y se acurrucó a su lado, abrazándose a su pecho.

—El mundo que conocimos se está acabando —comentó Pedro Losantos, que sintió estremecer su corazón por aquellas palabras de su esposa. Él bien sabía que ya no era el mismo, que había cambiado desde que accedió a cumplir algunas de las misiones encomendadas por el rey Fernando. No, tal vez alguna vez lo fue, pero ahora no se sentía un buen hombre.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Ayer atendí a un paciente muy notable que me dio una noticia perturbadora; por él sé que se presenta ante nuestros ojos un futuro nuevo, quizá todavía más injusto que el presente.

—Me preocupas.

—Ese paciente es uno de los cortesanos más influyentes. Me enseñó un mapa de las nuevas tierras descubiertas al otro lado del océano. Lo ha dibujado un cartógrafo alemán de nombre Martin Waldseemüller —el médico hizo un esfuerzo para pronunciar aquel extraño apellido—; ya se han impreso varios cientos de copias. Pues bien, ¿sabes cómo se ha denominado en ese mapa a las Indias?

—Supongo que «La tierra de Colón», o tal vez «Fernandina» —dijo Juana.

—No. Las han llamado «América» —explicó Pedro.

—¿América? ¿Por qué América? —preguntó Juana de la Cruz.

—Ese mapa ilustra un tratado de un navegante italiano de nombre Américo Vespucio, y de ahí ese nuevo nombre para las Indias Occidentales.

—Pero esas tierras las descubrió don Cristóbal, y en su honor deberían llamarse... «Colombia», o algo así.

—Tienes razón, no hay justicia en este mundo. Me temo que todos las llamarán América desde ahora —dijo Pedro.

—América... Tienes razón, esposo, el mundo es injusto —señaló Juana.

Pedro se abrazó a su esposa y suspiró. Había sacado aquel tema de conversación sobre el nuevo nombre de las Indias porque no quería seguir hablando de sí mismo. No, no quería. Había cambiado demasiado.

*Valladolid, 3 de mayo de 1509*

Las señales eran prodigiosas y habían sido muy favorables..., hasta esa noche. Juana

de la Cruz había estado observando el cielo para atisbar algún signo que marcara el futuro del hijo de Fernando y de Germana, que estaba a punto de nacer. Durante dos semanas el planeta Venus había lucido esplendoroso en los amaneceres y los atardeceres, y Júpiter seguía en fulgor al astro de la diosa del amor. Pero la noche antes del parto de la reina de Aragón, Saturno se alineó con Mercurio y Marte, lo que perturbó a Juana. Aquel no era un buen augurio.

Avisados con toda urgencia de la inmediatez del parto, Pedro Losantos, su esposa Juana y su hijo Pablo recogieron sus instrumentos, unos frascos con ungüentos y pócimas y se dirigieron a paso veloz hacia el palacio real, donde doña Germana iba a dar a luz. La reina había pedido expresamente que estuviera presente Juana, con la que había trabado una buena relación durante su estancia en Nápoles y Valencia.

Atravesaron a toda prisa las calles desiertas de Valladolid escoltados por cuatro criados amados del rey que portaban un par de faroles para iluminar el camino.

—Tengo un mal presentimiento —comentó Juana a su esposo poco antes de llegar a las puertas de palacio.

—Me has dicho que todo iba bien... en el cielo. —Pedro Losantos no creía que el destino de los hombres estuviera escrito en los astros. Debía de ser el único que pensaba de esa manera, porque reyes, papas, cardenales, nobles, ricos hombres, la gente del común..., todos los que podían pagar a un astrólogo judicial lo hacían para que les hiciera una predicción, y los que no podían solían fiarse del vaticinio de algunos agoreros oportunistas.

—Hasta esta noche. Al ponerse el sol he visto a Saturno en alineación con Marte. Mal augurio. Muy mal augurio.

—Esperemos que tu juicio astrológico no se refiera al destino del hijo del rey que va a nacer.

—Eso espero yo también —dijo Juana.

Cuando llegaron a la alcoba donde se encontraba la reina, todavía era noche oscura. Una docena de candelabros con velones de cera y otros tantos candiles alimentados con aceite de oliva iluminaban la estancia. En el lecho, doña Germana gemía de dolor.

—¿Ha roto aguas? —preguntó Pedro Losantos nada más llegar.

—Sí, hace una hora; por eso os enviamos a buscar —le respondió una de las damas que atendían a la reina.

—¿Y el rey?

—Se ha retirado a descansar hace un rato. Nos ha ordenado que lo avisemos en cuanto se acerque el momento del parto.

—¿Cómo os encontráis, señora? —preguntó Pedro a la reina.

—Me duele mucho el vientre —respondió Germana con un marcado acento francés—. Juana, querida amiga, me alegro de que estéis aquí. Fuisteis una gran compañía en aquellos días de Nápoles y de Valencia.

—Todo irá bien, señora, confiad en mi esposo y en mi hijo.

—Con vuestro permiso, mi señora... —Losantos palpó el vientre de la reina—. Creo que ya viene en camino. Juana —el médico se dirigió a su esposa—, ordena que preparen abundante agua caliente, paños limpios y sábanas limpias.

—Que escalden los paños en agua hirviendo y aireen las sábanas —terció Pablo Losantos. Su padre lo miró sorprendido—. El agua en ebullición acaba con las pulgas y los chinches. No hay mejor remedio para eliminarlos.

—Haced lo que dice mi hijo —les ordenó Pedro a las sirvientas—. Vamos, vamos, cambiad estas sábanas —ordenó a dos criadas que miraban a la reina con caras embobadas.

Las muchachas lo hicieron rápido, en tanto Germana de Foix se esforzaba en disimular su dolor, como correspondía a la grandeza y el temple que debía mostrar una reina, incluso durante un parto.

—El rey desea que los miembros más destacados de la corte sean testigos del nacimiento de su hijo —le comentó a Pedro Losantos una de las damas de compañía de la reina.

—Todavía hay tiempo para eso.

—Aquí está el paño de respeto. Lo hemos bordado para esta ocasión. —La dama le mostró al médico un rico pañuelo blanco, de la más fina seda, bordado con dos iniciales, la «F» y la «G», con hilo de oro.

—¿Para qué sirve ese paño? —le preguntó Pablo a su madre.

—En Castilla es costumbre que al parto de un príncipe asistan los nobles más destacados y próximos al rey para certificar que el alumbramiento real ha tenido lugar y que el recién nacido ha salido del vientre de la reina o de la princesa en su caso. Así ocurrió con todos los partos de Isabel la Católica. El paño de respeto se coloca en los instantes más intensos del alumbramiento sobre el rostro de la reina, por un lado para taparle la cara a fin de que nadie observe el dolor expresado en su rostro en el momento más difícil, y también para reservar su pudor ante los ojos de los testigos.

—Entiendo, madre.

El heredero de la Corona de Aragón, en el caso de que fuera un niño, estaba a punto de nacer.

Fernando el Católico, avisado de la inminencia del natalicio, apareció en la alcoba acompañado de varios de sus consejeros; en el horizonte comenzaba a rayar el alba.

—¿Cuándo nacerá mi hijo? —le preguntó el rey a Losantos.

—Alteza, si todo va bien creo que hacia mitad de la mañana. Pero no es seguro, pues en el caso de las primerizas el alumbramiento suele adelantarse.

—¿No hay ningún problema?

—De momento no, mi señor. La reina es joven, sana y fuerte, y durante el embarazo no ha habido contratiempo alguno.

—Tiene que ser un varón. Un varón, Losantos, quiero un varón —asentó Fernando.

—Eso no depende de mí, alteza. Las señales así lo auguran: el cielo limpio y azul

de estos días, el sol resplandeciente, el aire cálido, los nítidos colores del arco iris que se dibujó en el cielo hace una semana... Todo indica que vuestro hijo será un varón, pero de momento solo Dios lo sabe.

—El futuro rey de Aragón se llamará Juan, como mi padre, a quien debo el trono —asentó el Católico.

Pedro Losantos asintió con la cabeza. Si el retoño que estaba a punto de nacer era un niño, se convertiría de inmediato en el heredero de la Corona de Aragón, título que hasta ese momento ostentaba la reina Juana de Castilla, y la unión dinástica de las Coronas de Aragón y de Castilla, que se originó con la boda de los Reyes Católicos y que ahora encarnaba Juana la Loca, saltaría hecha añicos.

Pedro Losantos, Juana de la Cruz y su hijo Pablo se dieron un pequeño descanso. Sentados a la mesa de la cocina del palacio, desayunaban unos huevos cocidos, sopa, queso curado, nueces y pan recién horneado.

—Te veo preocupado —le dijo Pablo a su padre.

—Lo estoy. Si nace un niño, la unión dinástica de Castilla y Aragón se acabará. Ambas Coronas volverán a estar en manos de dos monarcas distintos.

—¿Y eso te importa? —le preguntó Pablo a su padre.

—Claro que me importa, hijo, y a ti también debería importarte. Ambos somos médicos de su alteza don Fernando, si su hijo es un niño, los castellanos no admitirán a don Fernando como su gobernador; y de nuevo habrá problemas, muchos problemas.

—¿Y si es una niña?

—En ese caso doña Juana seguirá siendo la heredera de Aragón, y como en ese reino no pueden gobernar las mujeres, su hijo Carlos será el sucesor en esa Corona.

—¡Ojalá sea una niña! —exclamó Juana de la Cruz.

—¡Calla, mujer! Si llega a oídos del rey que has dicho eso, podemos tener serias dificultades. Don Fernando desea un hijo varón más que nada en el mundo.

—¿Por qué? Ya tiene un heredero en ese don Carlos. Aragón no se quedará sin rey —comentó Pablo.

—Don Fernando no soporta que su nieto don Carlos esté siendo educado según el criterio de su otro abuelo, el emperador Maximiliano, y considera que será él quien dicte los designios de la Corona de Aragón cuando el Católico muera. Don Fernando no consentirá que sus Estados queden desvaídos entre los dominios de la casa de Austria.

Los dos esposos y su hijo Pablo acabaron el desayuno y subieron a la alcoba de la reina Germana, donde ya se habían preparado agua caliente y paños limpios. Juana de la Cruz asperjó por toda la estancia una emulsión de agua y espliego, para aromatizar con el olor a lavanda la sala del parto.

Poco antes del mediodía la reina comenzó a sentir fortísimos espasmos y continuas contracciones, cada vez más seguidas.

—Alteza, vuestro hijo está a punto de nacer —indicó Losantos.



—Pasemos a la alcoba —señaló el rey a los nobles y consejeros que lo acompañaban; ellos serían testigos del natalicio y certificarían que era la reina Germana quien había parido al recién nacido.

—Ya llega, ya llega —anunció la comadrona.

Juana de la Cruz colocó sobre el rostro de Germana el delicado paño de respeto bordado con iniciales de oro. Pedro Losantos alzó las sábanas y levantó el camisón de la reina, que abrió las piernas y dobló las rodillas.

—Empujad, alteza, empujad —le indicó Pedro Losantos.

Germana hizo un gran esfuerzo y una cabecita asomó entre sus piernas. Con todo cuidado, el médico fue ayudando al alumbramiento, tirando suavemente del niño hasta que al fin salió empapado de sangre y líquidos.

Lo entregó a Pablo, que lo colocó sobre un paño limpio, y le cortó y ató el cordón umbilical. Luego le indicó a Juana que aseara las partes íntimas de la reina, en tanto él limpiaba la cara del niño antes de darle una palmada en el culo, tras la cual el pequeño comenzó a llorar.

—Vuestro hijo es un varón —le comunicó Pedro Losantos al rey, quien se acercó a contemplarlo; entre sus piernecitas, el principito lucía claramente sus atributos masculinos.

—¡Señores, he aquí al futuro rey de Aragón! —exclamó don Fernando dichoso, que recogió el niño de los brazos de Pablo Losantos y lo mostró a los nobles.

Los nobles aragoneses presentes aplaudieron y dieron vivas al príncipe; ya tenían al ansiado heredero que garantizaba la continuidad de la casa de Aragón. Los castellanos desconfiaron, pues no estaban seguros de lo que sería capaz de hacer el rey ahora que había logrado gestar un heredero. ¿Se atrevería a cambiar las leyes para que ese niño, además de heredero de Aragón, lo fuera también de Castilla? Cualquier cosa podía esperarse del taimado aragonés.

Entre tanto, los nobles se acercaban para felicitar a Fernando. La reina Germana suspiraba y, aunque dolorida, sonreía al escuchar que había dado a luz a un varón. Un cronista escribió ese mismo día que Juan era «el último príncipe nacido sucesor en la sola Corona de estos reinos».

—Os lo agradezco, señora —le dijo Fernando, que se acercó a su esposa y le colocó al niño en su regazo—. Le habéis dado un heredero a Aragón.

Juana tuvo un presentimiento. Se acercó a una ventana y miró a través de los cristales. En lo alto observó el vuelo de un águila que cruzaba el cielo de Valladolid. Le pareció una mala señal, pero calló.

Los dos Losantos salieron de la estancia real y entraron en una sala anexa donde se lavaron las manos en un barreño de agua caliente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Pedro a su hijo Pablo al observar su gesto cariacontecido.

—Algo no va bien —el joven médico parecía muy preocupado.

—El niño ha llorado.

—Sí, está vivo, pero...

—¿Acaso has visto algo...?

—Me he fijado bien en sus manos y en sus pies; los tiene azulados —explicó Pablo.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro, padre.

—¡Oh, no! —lamentó Pedro.

—Ya sabes lo que eso significa.

—¡Tiene la sangre envenenada!

—No creo que sobreviva demasiado tiempo; un par de días, tal vez una semana, no mucho más.

—¿No hay remedio?

—No. ¿Se lo vas a decir al rey?

—Sí. Debo hacerlo.

—Comentaste esta mañana que ese niño es su mayor ilusión —recordó Pablo.

—Y lo es.

—Pues Dios, o el destino, o quién sabe qué fuerza oculta, ha decidido que no sobreviva.

—En tu opinión, ¿no hay ninguna esperanza?

—Creo que no. En la escuela de Salerno vimos algunos casos como este, y siempre acabaron con la muerte del recién nacido.

—Solo un milagro...

—Me dijiste en una ocasión que los Losantos nunca hemos creído en los milagros —le recordó Pablo.

—Pero dicen que sí los hay.

—No se puede hacer nada por ese niño.

—¿No te enseñaron en la escuela de Salerno cómo actuar en estos casos?

—No hay remedio, padre. No podemos hacer milagros.

Padre e hijo se abrazaron y quedaron sumidos en un profundo desasosiego.

Mediada la tarde, el recién nacido respiraba con mucha dificultad. Las caras de los presentes en el palacio real de Valladolid denotaban una absoluta preocupación. Algo no iba bien.

Fernando el Católico, a quien Pedro Losantos ya había informado de la delicada situación de su hijo recién nacido, estaba serio y taciturno. Había visto nacer a varios hijos suyos y no hacía falta decirle que el que acababa de ver la luz no era un niño sano.

—Bautizadlo, de prisa —ordenó el rey a su capellán—. Su nombre es Juan.

El bautizo se llevó a cabo en la misma alcoba donde el pequeño príncipe agonizaba.

—¿Qué he hecho mal? —se preguntó el rey de Aragón, abatido en una silla junto a una ventana por la que la luz del atardecer comenzaba a declinar—. He visto morir a mi esposa Isabel, a nuestro hijo Juan, a mi hija Isabel, a mi nieto Miguel. Uno a uno han muerto mis herederos, mis seres más queridos; y ahora este hijo... Siempre he combatido por Dios y por su Iglesia, y nunca he dejado de encomendarme al Santísimo. ¿Quién ha dejado caer esta maldición sobre mí? ¿Quién...?

Pablo Losantos, que se había hecho cargo del pequeño, le aplicó unos suaves masajes con una infusión de tomillo y lavanda que había preparado su madre Juana. En vano. El color azulado con el que naciera en sus manos y pies unas horas antes se había tornado morado y se había extendido por casi todo el cuerpo. El joven médico miró al capellán y movió la cabeza en señal de negación.

—Apenas le queda tiempo —comentó Pablo.

—En ese caso, y como ya está bautizado, le daré la extremaunción —dijo el sacerdote.

Sobre Valladolid comenzaba a caer una oscuridad espesa, y en el cielo brillaba fulgurante un astro rojo. Marte parecía anunciar la inminente muerte del príncipe Juan.

El corazón del hijo de Fernando y Germana dejó de latir a la vez que se apagaba el último resplandor del sol tras el horizonte. La reina, que seguía en la cama convaleciente, emitió un grito de dolor y rabia cuando le comunicaron que su hijo había muerto.

—Mi señor..., lo siento, lo siento. ¿Qué ordenáis que hagamos ahora? —le preguntó Pedro Losantos al Católico.

—Es un príncipe de Aragón. Será enterrado en el monasterio de Poblet, junto a su abuelo Juan —contestó Fernando tras unos instantes en silencio, procurando demostrar calma y sosiego.

—Habrà que preparar el cuerpo...

—Disponed lo que sea preciso —ordenó el rey, que se retiró a penar su desconsuelo en soledad.

Pedro y Pablo Losantos embalsamaron el pequeño cadáver y por orden del rey encargaron al capellán que lo depositara en la iglesia de San Pablo de Valladolid, en espera de que fuera trasladado al monasterio de Poblet, el panteón de los reyes de Aragón.

—No debió llamarlo Juan —dijo Juana de la Cruz.

—¡Qué! —se sorprendió su marido. Los dos esposos y su hijo Pablo acababan de llegar a su casa de Valladolid muy cansados tras aquella funesta jornada.

—Que el rey no debió darle ese nombre a su hijo. Había un mal augurio. Ya le dio

ese mismo nombre al único hijo varón que tuvo con doña Isabel; no debió hacer lo mismo con el de doña Germana.

—¿Crees que hay algún maleficio en ello?

—Por supuesto. Nunca debió repetir el nombre de Juan con su segundo hijo varón.

—Lo volverá a intentar; el rey querrá tener otro hijo. Me lo ha dicho antes de retirarse a descansar.

—Don Fernando nunca volverá a tener hijos —afirmó Juana con toda rotundidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Su nieto Carlos será el futuro rey. Hoy, poco después del nacimiento del príncipe Juan, he visto a un águila sobrevolar el palacio real. La señal del cielo, con el vuelo de esa águila, es inequívoca.

—¿El vuelo del águila? ¿Te parece un mal augurio? ¿Así has interpretado el vuelo de una rapaz? —preguntó Pedro.

—Sí, esa es la interpretación correcta.

El águila de los Austrias.

Quince días después del nacimiento y muerte del príncipe Juan de Aragón, llegó la noticia a Flandes. Carlos de Austria volvía a ser el primero en el orden de sucesión a la Corona de Aragón por herencia de su madre la reina Juana la Loca.

Cuando lo supo, el emperador Maximiliano suspiró aliviado.

*Valladolid, fines de junio de 1509*

¡Deseaba tanto aquel hijo...! Aquel varón era la esperanza de Fernando, su heredero, el hijo que anhelaba tener. Durante unos días el rey se mostró abatido. Sí, ya se había demostrado que Germana era fértil y que podría engendrar hijos, pero el Católico tuvo un perturbador presentimiento: tal vez la voluntad de la Providencia era que Carlos fuera el heredero.

Tras el abatimiento en el que se sumió por la muerte de su hijo Juan a las pocas horas de nacer, Fernando de Aragón necesitaba una buena noticia a la que agarrarse y que le ayudara a superar ese mal trago.

Un mensajero la trajo de Inglaterra: a comienzos de junio, una vez lograda la dispensa papal necesaria para que el matrimonio fuera legal, Catalina, la hija menor de los Reyes Católicos, se había casado al fin con Enrique VIII, que desde el mes de abril era el nuevo rey de Inglaterra, al heredar el trono tras la muerte de su padre Enrique VII.

—Mi pequeña Catalina, reina de Inglaterra... Sabéis, don Pedro, mis cuatro hijas han sido reinas, Isabel y María de Portugal, Juana de Castilla y ahora Catalina de Inglaterra.

—Una gran noticia, mi señor.

Pedro Losantos acompañaba a Fernando el Católico en un paseo por una vereda a orillas del Pisuerga, en las afueras de Valladolid. El médico le había recomendado al rey que caminara un buen trecho nada más levantarse y antes de desayunar, a fin de disipar los malos humores que el cuerpo generaba durante el sueño.

—Ha costado mucho, pero al fin lo hemos conseguido. Incluso hemos logrado que el papa firmara la dispensa para celebrar esa boda. Alguno de mis juristas no lo creía necesario, pues Catalina nunca consumó el matrimonio con el príncipe Arturo. Mi hija no mentía.

Fernando no lo sabía en esos momentos, pero no tardó en enterarse de que el día de San Juan Bautista los nuevos reyes de Inglaterra consumaron el matrimonio. Esta vez fueron testigos varios miembros de la corte inglesa, que juraron haber visto con sus propios ojos la mancha de sangre que dejó en las sábanas la reina al perder la virginidad.

—Según indica esta carta, hoy mismo debe estar celebrándose la coronación de Enrique y Catalina en la abadía de Westminster. ¡Cómo me gustaría estar ahora allí para ver a mi hija portando sobre sus sienes la corona de Inglaterra!

—Vuestra hija estará dichosa, mi señor. Ella quería quedarse en Inglaterra, y se ha convertido en su reina.

—Debió haberse casado antes, pero ese pusilánime rey no lo consintió. Mi hija ha permanecido siete años en Inglaterra aguardando su destino. Pero su espera paciente ha dado frutos. Es seis años mayor que Enrique, pero este aceptó el matrimonio; supongo que se ha sentido honrado al convertirse en mi yerno, pues dicen mis agentes en Inglaterra que ese muchacho me profesa gran admiración, y así lo demuestra en cada una de las cartas que me envía.

—Nadie es dueño de su destino, mi señor —dijo Pedro Losantos.

—Y mucho menos los miembros de la realeza, don Pedro, que tenemos que obedecer las directrices que nos marcan nuestros padres, a las que nos obliga nuestro deber. Aunque, si os soy sincero, en más de una ocasión he soñado con ser un hombre más, uno de esos comerciantes de paños de Burgos, o un vinatero de Valladolid, o un mercader de seda de Valencia o de Granada; alguien sin otra responsabilidad que lograr un pequeño beneficio para sacar adelante a su familia, sin más empeño que vivir día a día —reflexionó Fernando.

—Vos nacisteis para ser rey.

—A veces es el destino el que rige la vida, incluso la de los monarcas. Yo soy rey, sí, pero pude no serlo. Si mi hermano Carlos no se hubiera rebelado contra nuestro padre y no hubiera muerto por aquella desgraciada enfermedad... En ese caso, él hubiera sido el rey.

Pedro Losantos conocía aquella historia y también el rumor que corría por la corte según el cual la muerte del príncipe heredero Carlos de Viana no había sido consecuencia de una enfermedad, sino de un veneno que alguien había ordenado administrarle. Se decía que había sido a instancias de Juana Enríquez, la madre de

Fernando el Católico, que así había allanado el camino para que su hijo se convirtiera en rey de Aragón.

—Me duelen los pies de tanto andar. Un rey no debería caminar; aún no sé por qué os he hecho caso —comentó Fernando.

—Porque con estos paseos os encontraréis mejor, supongo —dijo Pedro.

—Por cierto, ¿ya habéis encontrado ese dichoso polvo de mosca verde? —le preguntó el Católico a Losantos.

—Sí, mi señor. He conseguido una buena cantidad, al menos veinte onzas. Hace ya algún tiempo que lo guardo. ¿Lo... necesitáis?

—Hace cuatro meses que no me acuesto con doña Germana y casi dos que perdimos a nuestro hijo, ¿creéis que ya puedo visitar su cama? Deseo dejarla encinta de nuevo, y cuanto antes mejor. Espero no necesitar ese polvo, pero tenedlo a mano por si acaso.

—Creo que sí, mi señor. Tras el parto es preceptivo aguardar un tiempo para que la parturienta se recupere, pero doña Germana es joven, fuerte y muy sana. Sí, creo que ya estará en condiciones de acoger vuestra visita.

—Me parece que hoy no voy a necesitar ese polvo verde, pero aun así lo tomaré; quiero comprobar su eficacia. Decidme cómo debo hacerlo.

—Os haré llegar la cantidad adecuada enseguida. Si os parece, mi señor, yo mismo le diré a vuestro cocinero cómo debe administraros la cantárida para que actúe de la manera más efectiva posible.

—Hacedlo. ¡Ah!, y supongo que no pensaréis envenenarme...

—No entiendo de venenos, alteza —ironizó Pedro Losantos.

Aquella misma tarde el médico se presentó en las cocinas del palacio real de Valladolid. Los fogones estaban encendidos y varios calderos humeaban con los guisos listos para la cena de la corte. El cocinero de Fernando receló de lo que pretendía Losantos, pero tuvo que acatar sus instrucciones tras una orden tajante del propio rey, que, para asombro de los criados, entró en la cocina ordenando que se cumpliera a rajatabla todo lo que dispusiera Losantos.

El cocinero había preparado para la cena unas rodajas de testículos de toro, la comida más habitual en la mesa del rey desde hacía meses, aderezados con pimienta y nuez moscada y guisados en abundante vino tinto, canela y salsa de tuétano, unos muslos de garza asados con miel y estragón, una sopa de ajos y pollo con pasta de almendras y un pastel de ciruelas y manzanas.

—Esta es la cantárida. —Pedro Losantos le mostró un frasquito de cristal al cocinero—. Cuando prepares el plato de su alteza, añádele una cucharadita en la salsa, pero solo en el plato del que vaya a comer don Fernando. No te pases en la cantidad; exactamente así. —Pedro le ofreció al cocinero la medida justa a añadir—. ¿Entendido?

—Polvo de mosca verde... —masculló el cocinero—, menuda forma de estropear un plato.

—Hazlo como te digo; ya has oído a su alteza. Y no te preocupes por la calidad de tus guisos, este polvo no cambiará en nada su sabor ni su olor.

—¿En verdad creéis que esto provoca el efecto que se le atribuye?

—Sí.

—¿Lo habéis comprobado? —El cocinero no lo tenía claro.

—Por supuesto. Este polvo levanta el miembro de cualquier hombre, aunque tenga más de setenta años y lleve toda una década con su «pajarito» dormido. Pero hay que tomarlo en la cantidad precisa, pues si se abusa de su ingesta puede provocar un ataque al corazón e incluso la muerte.

—¿De modo que, según se utilice, puede usarse incluso como un potente veneno? —supuso el cocinero.

—Puede serlo, en efecto, pero es demasiado caro para emplearlo como tal. Si lo que pretendes es envenenar a alguien, es preferible que utilices venenos más baratos, más rápidos y más eficaces.

—Yo me dedico a alimentar a los miembros de la corte, don Pedro, no a liquidarlos.

—Pues ponte manos a la obra y procura que el polvo de la cantárida esté dispuesto en la cantidad precisa que te he indicado; ni más ni menos —explicó Losantos.

—Tenéis razón, no huele a nada. Pero, no sé, espero que no cambie el sabor de mis platos... —titubeó el cocinero tras oler la pequeña cantidad de polvo que Pedro Losantos colocó en un frasquito.

—De eso se trata.

—¡Mosca verde, mosca verde...! Mis delicados guisos condimentados con polvo de mosca verde... —barbotó el cocinero, a quien no le gustaba nada la idea de añadir los restos resecos de un insecto a su comida.

*Valladolid, fines de julio de 1509*

Una carta recién llegada de Toledo perturbó el ánimo de Pedro Losantos. Era de su tío Felipe Rubio, que le hacía saber que el problema que había sufrido su hijo Juan había vuelto a reproducirse. El tono de la misiva era de honda preocupación.

Losantos se estremeció. Hacía tiempo que las cosas estaban tranquilas en Toledo, se había vuelto a reunir con su familia y su situación en la Corte era privilegiada. Todo marchaba bien hasta que ese cura de Santo Tomé había vuelto a cruzarse en el camino de su hijo Juan.

Felipe Rubio escribía que se sentía impotente para resolver la situación; era un hombre mayor, sin fuerzas y acostumbrado a aceptar los designios del destino sin

enfrentarse a ellos. Pedro lo conocía bien, y estaba seguro de que su tío era demasiado débil para solucionar ese problema.

En la primera ocasión en la que el beneficiado de Santo Tomé intentó abusar de su hijo, Felipe se presentó ante el vicario del arzobispo, pero este no le hizo caso, y además previno al cura, quien para vengarse denunció a Felipe Rubio ante sus amigos del tribunal de la Inquisición. Felipe se había librado de la cárcel por muy poco, pero no podría escapar en caso de una segunda acusación.

No había otro remedio. Era tiempo de actuar con contundencia, pensó Pedro, que guardó la carta y calló sobre su contenido. Supo que tenía que hacerlo de prisa o aquella situación se convertiría, si no lo era ya, en una pesadilla para toda la familia.

Masculló su rabia en silencio, se agitó con ira, maldijo al beneficiado, se mordió los labios para no gritar como un poseso y se clavó las uñas en sus propias carnes antes de revelar a nadie ese terrible suceso. Decidió que sería él quien cargara con todo el peso para acabar con esa infamia y que sería mejor no decirles nada a su esposa ni a sus hijos Pablo y María, para que se mantuvieran al margen de su deseo de venganza, de modo que ideó un plan para viajar a Toledo sin despertar el recelo de ninguno de ellos.

—Padre, necesito comentarte algo importante —dijo Pablo Losantos casi al final de la cena.

—Tú dirás.

—En Valencia conocí a una muchacha. Su nombre es Leonor de Urrea. Pertenece a una de las familias más nobles del reino de Aragón...

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó Pedro a su esposa.

—Algo me comentó tu hijo cuando vivíamos en Valencia —dijo Juana de la Cruz haciéndose la despistada.

—¡Vaya!, de modo que todos estabais al tanto; supongo que tú, María —el médico señaló a su hija, que cenaba a la mesa con su esposo Lope de Valdivieso—, también conocías el noviazgo de Pablo...

—¿Cómo sabes que...? —demandó Pablo.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Es una joven muy hermosa —terció Juana.

—¿Leonor de Urrea..., eh? —comentó Pedro.

—Quiero casarme con ella, padre, con tu permiso.

Aquello no estaba previsto. Pedro Losantos estaba buscando una excusa para viajar a Toledo y resolver de una vez por todas los problemas que a su hijo Juan le planteaba el cura lascivo de Santo Tomé, y ahora se encontraba con que su hijo mayor pretendía casarse.

—Tengo que ir a Toledo —soltó de pronto Pedro.

—Estupendo. Así podremos ver a nuestro hijo...

—Iré yo solo —cortó tajante Pedro a su esposa.

—Hace tiempo que no veo a mi pequeño Juan; solo sé de él por alguna carta y por



lo que tú me has contado de tu viaje a Toledo —protestó Juana de la Cruz.

—Iré yo solo. Ya tendréis ocasión de ver a vuestro hijo y hermano, y espero que sea pronto, pero no en esta ocasión.

—¿Otra misión en nombre del rey? —preguntó Juana con ironía.

—Por supuesto. El rey quiere recabar el apoyo del concejo de esa ciudad, y me ha pedido que vaya en su nombre, y que lo haga con toda discreción —mintió Pedro.

—¿Por qué no envía a uno de sus embajadores?

—Porque quiere que se haga de manera secreta para que no se pongan en guardia sus enemigos. Un médico de viaje a Toledo no levanta ninguna sospecha.

—El rey, el rey..., siempre el rey, incluso por encima de tu propia familia.

—¡Basta ya! Iré yo solo a Toledo. Y no quiero volver a hablar de este asunto.

El padre de la familia habló con tanta contundencia y determinación que nadie replicó su decisión.

Aquella noche, en la oscuridad y el silencio de la alcoba, Pedro Losantos no paró de darle vueltas a su cabeza sobre el escabroso asunto de los abusos hacia su hijo Juan. Amaba a sus hijos y no estaba dispuesto a consentir que un cura abusara del más pequeño. De ninguna manera.

*Valladolid, fines de agosto de 1509*

Pedro Losantos estuvo casi un mes fuera de casa. En el viaje de regreso de Toledo tuvo tiempo para meditar sobre lo que había hecho, sobre lo que estaba haciendo. Se preguntó ¿quién era en realidad?, ¿cómo había cambiado tanto?, ¿por qué apenas sentía remordimientos por lo que había hecho?

Él era un médico, le habían enseñado a curar cuerpos, a sanar enfermedades, a atenuar el dolor... ¿Por qué había sido capaz de convertirse en un asesino? Era un médico, no un asesino, no un asesino, no un asesino... Un asesino.

Se estremeció al darse cuenta de que carecía de sentimientos y de pasiones. Quizá siempre había sido así y su vida no era otra cosa que un espejismo en el que la realidad y la mentira se mentían hasta confundirse una dentro de la otra.

Las largas jornadas estivales de reflexión camino de Valladolid, bajo un sol inclemente por los polvorientos caminos de Castilla, no ofrecieron ninguna respuesta a sus preguntas. Carecía de justificación alguna para lo que había hecho, no encontraba ninguna excusa que justificara o al menos disminuyera su culpabilidad, ni siquiera la sed de venganza. Era como si una fuerza irresistible, empujada por el destino o por quién sabe qué profundo arcano, lo arrastrase de manera inexorable a un abismo sin fondo, a un pozo negro del cual nunca podría escapar.

Primero Felipe el Hermoso, luego aquel médico flamenco, ahora el cura de Santo Tomé... ¿Cuántos más vendrían después? ¿Cuántas vidas más sería capaz de segar? ¿Se estaba volviendo loco?

La vista de Valladolid, recostada en la reseca planicie castellana, apenas lo confortó. Allí estaba su familia, esperando paciente su regreso. Su familia.

Decidió que no les daría ninguna explicación de lo sucedido en Toledo. Con un Losantos como él ya era suficiente. Además, su esposa no lo entendería, jamás comprendería los cambios que había sufrido. María tampoco sería capaz de entender su actitud. Y mucho menos Pablo, educado para salvar vidas, para remitir dolores, para sanar enfermedades.

—¿Has tenido un buen viaje? ¿Cómo están nuestro pequeño Juan y nuestros tíos? —le preguntó Juana de la Cruz, que se abrazó al cuello de su esposo cuando este entró en la casa de regreso del viaje a Toledo.

—A sus diecisiete años ya es un hombre. Está más alto que yo. —Pedro habló en un tono frío y distante.

—¿Te encuentras bien?

—Un poco cansado por la última etapa del camino, pero, por lo demás, perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé..., pareces otro hombre. —Juana supo por la mirada de su esposo que le había ocurrido algo importante.

—Soy el mismo.

—No. Tus ojos parecen distintos. Son distintos.

—No he cambiado, soy el mismo —reiteró Pedro ocultando su mirada entre sus manos.

—No. No lo eres. Algo extraordinario te ha ocurrido. Lo percibo en tus gestos, en tus palabras, en tus ojos... ¿A qué has ido a Toledo? —le preguntó Juana soltando sus manos del cuello de su esposo.

—Ya te lo dije, a cumplir una misión en nombre del rey. —Pedro Losantos dibujó en sus labios un rictus tan malicioso que la sangre se le heló en las venas a su esposa al contemplarlo.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Juana, preocupada por la actitud de su esposo.

—Ese cura cristiano nunca más volverá a molestar a nuestro hijo —asentó Pedro con frialdad.

—¿Cómo...!

—Sí, acuérdate, aquel beneficiado de la parroquia de Santo Tomás que hace años molestó a Juan cuando era apenas un niño.

—Sí, lo recuerdo, pero me dijiste que ya estaba solucionado ese tema.

—Y lo está, definitivamente.

—Eso significa que...

—Ese cura no volverá a inquietar a Juan.

—¿Ha... muerto? —titubeó Juana, que presagió la tragedia.

—Sí.

—¿Cómo ha ocurrido? —El rostro de Juana mostraba señales de profunda

preocupación. Intuía lo que había podido pasar, pero no quería aceptarlo. No.

—Poco antes de marcharme de Toledo me enteré de que había sufrido un ataque al corazón. No creo que Dios lo tenga en su gloria. Era un tipo despreciable.

—¡Dios mío!

—Lo encontraron agonizando en su iglesia.

—¿Lo conociste? ¿Hablaste con él?

—No —respondió Pedro con firmeza.

—Esposo..., ¿has tenido algo que ver con su muerte? —La actitud de Juana era de súplica.

Pedro Losantos calló. Juana de la Cruz salió de la estancia, pero regresó poco después con la cara totalmente desencajada y los ojos enrojecidos.

—Me contaron que un criado encontró el cuerpo del cura beneficiado de Santo Tomé tumbado de bruces en el suelo de la sacristía. Aún vivía, pero su corazón no resistió mucho más. Un médico certificó que había sufrido un ataque al corazón. No sé nada más de este asunto —comentó Pedro a la vuelta de su esposa.

—Un médico amigo tuyo, supongo.

—Sí, un viejo conocido. Coincidimos unos meses en la escuela de Medicina de Montpellier. Como ambos éramos toledanos, allí nos hicimos amigos.

—En este rato he ido a comprobar... Bueno, he echado en falta una cantidad de arsénico en el frasco donde lo guardo. Ese veneno...

—El arsénico que falta lo cogí yo, sí, pero fue para entregárselo al rey Fernando. Fue él quien me lo pidió; tal vez lo necesite para arreglar algunos asuntos con ciertos enemigos —mintió Pedro.

—No te lo llevaste a Toledo, ¿verdad? Dime que no has envenenado a ese cura —gimoteó Juana llena de angustia.

Pedro Losantos volvió a guardar silencio. Su mirada, fría y acerada, y sus ojos bañados por el brillo de la venganza hablaban por él.

### *Valladolid, principios de septiembre de 1509*

La muerte de su tan deseado hijo sumió a Germana en una honda melancolía de la que tardó unos meses en recuperarse. Para ella era su primer parto. Pero era una mujer joven y había demostrado que era capaz de quedarse embarazada. Lo intentaría de nuevo, procuraría que su esposo tuviera el ansiado heredero; ya habría otra ocasión para festejar un nuevo embarazo.

Poco antes del verano habían llegado a Valladolid noticias de Roma. El rey paseaba por una vereda a orillas del río Pisuerga, tal como le había aconsejado Pedro Losantos, en compañía del médico converso. Pedro pensaba en su hijo Juan y en la muerte del cura de Santo Tomé cuando unas palabras del rey lo devolvieron a la realidad.

—Julio II, empeñado en convertirse en el dueño de toda la Italia central, ha logrado encabezar una coalición contra la república de Venecia —comentó el Católico, quien, tras el protocolario tiempo de duelo por el príncipe muerto, había vuelto a ocuparse de los asuntos de alta política con toda la fuerza que solía emplear en ello.

—¿El papa?

—Sí. Pretende que, a cambio de reconocer nuestro dominio sobre Nápoles y Sicilia, y de Francia sobre el norte de Italia, el papado gobierne las ricas ciudades del Lacio y la Toscana, repartiéndonos así en tres partes toda Italia.

—No es de mi incumbencia, alteza, pero ¿no debería el papa atenerse a cuidar de las almas de los fieles cristianos y tratar de mediar para acabar con sus rencillas en vez de meterse de lleno en medio de ellas para alimentarlas? —preguntó Losantos en un tono de impostada candidez. Tantos años al lado del Católico lo habían convertido en un experto en las relaciones políticas entre los soberanos europeos, y conocía bien cómo se las gastaban, incluido el papa.

—Julio II es un entrometido al que le gusta mucho más empuñar la espada que alzar la cruz. Claro que en sus planes se interpone un inconveniente, y es que contra Venecia ya se acordó una alianza en la ciudad de Cambrai en el mes de diciembre pasado. Por eso el papa le ha ofrecido a Maximiliano de Austria el dominio sobre Venecia si consiguen derrotarla, alegando que esa región siempre ha estado bajo la influencia del Imperio y que, por tanto, es don Maximiliano quien ha de tener la última decisión sobre la República Serenísima.

—No parece muy cristiano un papa que cree que las armas son instrumentos más eficaces que los edictos y las palabras.

—Pero esa táctica le ha ido bien, por el momento. Esta primavera los coaligados en Cambrai derrotaron a los venecianos en la batalla de Agnadello; para justificar ese ataque, Julio II promulgó poco antes un edicto de excomuniación contra la república de la Laguna. El ejército aliado, con el emperador Maximiliano al frente, ha avanzado hacia Venecia y ha tomado las ciudades de Verona y Padua, amenazando con destruir la ciudad. —El rey se detuvo un momento para tomar aire; la caminata ya estaba siendo demasiado larga.

—No son buenas noticias...

—No. Por eso he tenido que cambiar mi estrategia. Conozco bien el odio que los italianos tienen hacia los franceses, pero he aceptado el pacto de Cambrai, aunque no me interesaba la liquidación de Venecia, pues estimo que la existencia de esa república es necesaria para mantener el equilibrio de fuerzas en Italia, porque lo necesito para conservar mis dominios en Nápoles y Sicilia, que se decantarían del lado del papa y del Imperio si Venecia y sus posesiones cayeran en sus manos.

—No sé si ese papa tendrá reservado un lugar en el cielo —dudó Losantos, que al escuchar la pasión que el rey ponía en sus nuevos planes se apercibió de que ya se había repuesto de la muerte de su hijo.

—Cuidado, don Pedro, si alguno de los oficiales de la Inquisición escucha esas palabras podríais tener serios problemas —sonrió Fernando.

—Solo he preguntado por un lugar en el cielo —ironizó el médico.

—Debería presentarme en Italia, otra vez, y deponer a ese papa de su trono, pero ahora es más urgente que me ocupe de lo que ocurre en el norte de África. Mis generales han logrado notables progresos en esa región. El propio cardenal Cisneros se trasladó hace unos meses a la ciudad de Orán, recién conquistada por el capitán Pedro Navarro, y consagró su gran mezquita como catedral cristiana, con el nombre de Santa María de la Victoria. Necesito dismantelar las bases de un audaz jefe corsario llamado Aruj y de su hermano Jaireddín, un par de perros de presa aliados de los turcos, que en los últimos años han complementado su actividad de piratas con la ayuda a los moriscos españoles, que no aceptan quedar sometidos a las leyes de Castilla.

—Esos dos piratas son unos tipos de cuidado, según he oído. ¿Os apetece un trago, señor? Es vino rebajado con agua y endulzado con un poco de miel. —El rey lo rechazó con un gesto de su mano y Pedro aprovechó la parada para dar un buen trago de una bota.

—Esos piratas... Al hermano mayor lo han apodado como Barbarroja —explicó Fernando. En realidad, los turcos lo habían llamado Baba Aruj, es decir, «Papá Aruj», que los cristianos entendieron e interpretaron erróneamente como «Barbarroja»—. Debemos acabar con ellos si queremos que el Mediterráneo sea un mar seguro para nuestros intereses.

—Si liquidáis a esos piratas, seréis dueño de todas las costas del Mediterráneo occidental. Tal vez tengan razón aquellas profecías que hablaban de vos hace unos años, cuando entrasteis triunfante en Granada.

—¡Ah!, aquello; sí, dicen que yo soy el llamado «rey murciélagos», el gran monarca que derrotará definitivamente a los musulmanes, reintegrará los Santos Lugares a la cristiandad y se convertirá en el mayor soberano del mundo. Pero supongo que el emperador Maximiliano no está dispuesto a facilitarme las cosas. Por el momento, me ha enviado una carta en la que me reclama cuarenta mil ducados para nuestro nieto Carlos, en compensación por el principado de Castilla. ¿Qué os parece, don Pedro?

—Que es mucho dinero, alteza.

—¿Sabéis qué le he contestado a tan descabellada petición?

—Lo ignoro, mi señor.

—Pues le he dicho que don Carlos también es mi nieto. ¿Qué se ha creído ese petulante Habsburgo? —Fernando reinició la marcha.

—Sabemos que don Carlos ha estado enfermo. —Losantos obvió citar los ataques de epilepsia de Carlos de Austria, que ya eran conocidos por el Católico.

—Y no me extraña; el tipo de vida que lleva en Flandes acabará con él si no cambia a tiempo. Solo es un muchacho y me dicen mis espías en Bruselas que se ha

pasado el verano jugando a las cartas, devorando succulentos banquetes y celebrando interminables cacerías en los bosques de Flandes. Incluso tiene un enano bufón llamado Narre, o algo así, al que visten con un traje de listas amarillas, rojas y blancas para que procure divertir a mi nieto haciéndose pasar por tonto. Esa no es la educación más adecuada para un príncipe.

—¿No podéis conseguir que don Carlos venga a Castilla? —preguntó Losantos.

—Mientras dependa de don Maximiliano, eso resulta imposible. Solo ha consentido en que le envíe un preceptor para que al menos aprenda a hablar nuestra lengua. Mi consuegro quiere mantener a don Carlos al margen de lo que no sean sus métodos y formas de entender la acción política. Es así como consigue que ese muchacho quede al margen del gigantesco pulso que sus dos abuelos estamos librando por el dominio de Europa —se quejó el Católico.

—Quizá don Carlos sea demasiado joven para entender ciertas cosas.

—Pero no para beber cerveza. ¿Sabéis que mi nieto ya está bebiendo ese brebaje de cereal fermentado, propio de asnos y brutos?

—No es propio que un muchacho de su edad beba cerveza, ni siquiera en pequeñas cantidades. Quizá un poco de vino caliente mezclado con canela, miel y yema de huevo sí le vendría bien, pero la cerveza, no —alegó Losantos.

—Y lo peor es que ha enfermado de viruela. Ahora guarda cama y apenas puede moverse, incluso le han fabricado un cobertor de fina lana roja y un corsé, además de rodear la cama con paños rojos y blancos. ¿Sabéis por qué?

—¿Paños rojos y blancos? Bueno, en la escuela de Medicina de Montpellier no nos enseñaron a utilizar ese tipo de remedios, pero sé que ciertos médicos del norte consideran que esos colores atemperan el daño que provoca esa enfermedad. Hay algunos médicos musulmanes que creen que determinados colores están relacionados con enfermedades concretas. Tal vez sea por eso. Le preguntaré a mi hijo Pablo, quizá le comentaran algo de esto en la escuela de Salerno. Esa enfermedad ha causado muchas muertes. Por lo que sé, en las Indias están muriendo miles de indígenas por la viruela.

—Sí, eso dicen. Espero que no sea el caso de don Carlos. —Fernando de Aragón lo dijo de tal manera que a Pedro Losantos le dio la impresión de que no le importaba demasiado lo que le ocurriera a su nieto, pero mucho menos lo que estaba pasando en las Indias, cuya conquista avanzaba según decían las noticias que llegaban del otro lado del océano. Es más, incluso le pareció que el rey de Aragón prefería la muerte de don Carlos porque así dejaba el paso libre a don Fernando, su nieto predilecto, para heredar sus reinos a la espera de poder engendrar otro con Germana.

—Bueno, entre tanto enviaré a Jaime de Conchillos a Trento. Allí se va a celebrar una conferencia para decidir el futuro de Venecia.

Lo que Fernando no le dijo a Losantos es que ya había pactado en secreto con el papa Julio II para que Maximiliano, al que apoyaba Luis XII de Francia, no se hiciera con el control de la república de Venecia, que estaba siendo acosada; y tampoco que

había maniobrado con éxito para evitar la derrota de los venecianos; ese verano, Venecia había estado al borde del abismo, pero, gracias a la ayuda del rey de Hungría y a la pasividad del de Aragón, los venecianos habían derrotado en el mes de julio cerca de Padua a las tropas del emperador Maximiliano. Fernando mantenía sus posesiones en Italia y ahora gozaba de influencia en Inglaterra, donde su hija Catalina ya ejercía como reina. El Católico tenía un aliado más. Maximiliano podía echarse a temblar.

*Valladolid, otoño de 1509*

—Llegan buenas noticias de las Indias Occidentales. Nuestras expediciones están consolidando posiciones allí y hemos logrado fundar varias ciudades, la última en una isla llamada Jamaica. Un nuevo mundo se abre más allá del océano, pero no podemos olvidar que el principal peligro radica ahora en las costas del Mediterráneo. Mientras los moros estén asentados en el norte de África, no podemos permanecer tranquilos, pues en cualquier momento pueden invadir nuestras costas. —Fernando el Católico pronunciaba estas palabras a la vez que ratificaba en su gabinete del palacio real el tratado llamado «de Cintra», firmado con el rey Juan III de Portugal.

Castilla y Portugal ya se habían repartido el derecho al dominio del mundo más allá del estrecho de Gibraltar en el año 1494, en el tratado de Tordesillas; en este nuevo tratado se repartían el derecho de conquista del norte de África: desde el peñón de Vélez de la Gomera hacia occidente, incluyendo Ceuta, quedaba para Portugal, y hacia oriente, incluyendo Melilla, para Castilla.

—Pero no son tan buenas las que llegan del Mediterráneo, alteza —añadió el canciller.

—¿Qué ha ocurrido?

—Seis fustas corsarias de piratas bereberes aliados con los turcos han vencido, tras dos horas de dura batalla, a seis de nuestras galeras frente a las costas de Cerdeña, algunas de cuyas aldeas han sido saqueadas por los piratas —informó el canciller—. Teníamos el camino expedito tras firmar el tratado con Portugal, pero ahora los turcos y sus aliados amenazan nuestras posesiones en el Mediterráneo occidental.

—Los augurios no eran por tanto tan propicios como nos aseguraron. —El rey de Aragón se refería con este comentario a que a mediados de septiembre un terremoto registrado en Estambul, la capital del Imperio otomano, había provocado el derrumbe de una milla de su gran muralla y una mezquita, causando numerosos muertos y cuantiosos daños; incluso se habían abierto grietas en la que fuera gran iglesia de Santa Sofía, convertida en mezquita desde la conquista turca. Ese terremoto había sido interpretado por algunos astrólogos cristianos como una clara señal divina contra el turco, pero los hechos parecían contradecir esa idea.

—Eran seis contra seis... —titubeó el canciller.

—Tiempo atrás una derrota así no se hubiera producido jamás. Hace años hasta los peces necesitaban un salvoconducto del rey de Aragón para surcar las aguas del Mediterráneo, y ahora nos derrotan unos malditos piratas. ¿Por qué ha ocurrido esta catástrofe? —El Católico estaba muy preocupado.

—No son simples piratas, mi señor. Esos corsarios gozan de la protección y apoyo del sultán otomano y están dirigidos por expertos capitanes como el tal Aruj, ese perro al que llaman «Barbarroja», que manda una formidable flota de más de veinte galeras de guerra a las que pronto se sumarán otras muchas que ahora se construyen en los arsenales de Constantinopla.

—Pues haremos lo mismo y volveremos a superarlos —asentó el Católico—. Voy a enviar a más tropas para que detengan a los turcos y sus aliados y los aplasten en el norte de África. Disponed de inmediato las instrucciones precisas para que se forme un ejército con veinte mil infantes, al menos que formen siete mil alemanes entre ellos, dos mil quinientos hombres de armas, seis mil jinetes ligeros, mil gastadores y no menos de mil quinientos espingarderos y ballesteros, los mejores que se puedan encontrar. Y preparadme una lista con los capitanes más competentes para elegir de entre ellos a los que mandarán esas tropas.

—¿Quién será el general en jefe? —preguntó el canciller.

—Lo decidiré más adelante —dijo Fernando.

Unos días más tarde llegó la noticia de que la república de Venecia había contraatacado y había reconquistado Padua, matando en la batalla a doscientos españoles que integraban la guarnición de esa ciudad. El rey de Aragón lamentó que los venecianos no hubieran apreciado que si no habían sido destruidos todavía era por su mediación. Como tantas veces había aprendido, no se podía fiar de nadie.

Y por si esos dos conflictos fueran poco, en la frontera de Aragón y Navarra, cerca de la villa de Sangüesa, se habían producido algunos altercados. Cuando todo parecía ir bien para el Católico, los problemas resurgían y se acumulaban por todas partes. Otra vez.

Como de costumbre, sus enemigos aprovecharon sus dificultades para presionarlo. Maximiliano de Austria, a quien Fernando consideraba el mayor de todos los instigadores en su contra, pidió plena seguridad en cuanto a la sucesión de su nieto Carlos al trono de Castilla y le demandó una señal inequívoca mediante una carta.

Fernando, a solas en la estancia de la gran chimenea del palacio real de Valladolid, comenzó a leer la misiva remitida por el emperador Maximiliano:

—«Os propongo, querido primo —leyó Fernando las palabras de su consuegro—, que cerremos un acuerdo de paz». ¿Un acuerdo de paz? —se preguntó en voz alta un sorprendido Fernando, que siguió leyendo—: «Para certificar ese pacto, os pido que



como rey de Aragón reconozcáis todos los derechos sucesorios de nuestro nieto don Carlos, incluso en el caso de que vuestra nueva esposa, la reina Germana, diera a luz a un hijo varón, que pasaría a ser el tercero en el orden de sucesión a vuestros reinos y señoríos, tras nuestros nietos don Carlos y don Fernando». Lo que me pide va en contra del derecho sucesorio aragonés —musitó Fernando—. «Como garantía de este acuerdo, os requiero la suma de cien mil ducados» —acababa exigiendo la carta del emperador—. ¡Cien mil ducados! Ese hombre se ha vuelto loco —habló, ahora en voz alta, el rey Fernando. «Vuestro amantísimo primo, Maximiliano», se despedía el emperador—. No puedo oponerme de forma abierta y frontal a mi consuegro. Es capaz de levantar una gran coalición contra mí, incluso con Venecia en ella. Tengo el apoyo del rey de Francia y del de Inglaterra, pero no puedo fiarme de ninguno de los dos, de modo que no me queda más remedio que ceder a las pretensiones de Maximiliano..., por el momento —masculló Fernando.

El 12 de diciembre los embajadores plenipotenciarios de Fernando de Aragón y de Maximiliano de Austria, con la garantía del rey Luis XII de Francia, firmaron un acuerdo por el cual el emperador reconocía todos los derechos de Fernando al gobierno de Castilla y este, a su vez, se comprometía a legar el trono de todos sus reinos y dominios a su nieto Carlos.

Fernando el Católico suspiró aliviado; parecía que lo peor había pasado, y una vez más había logrado salir airoso de una complicada situación..., por el momento.

## EL OCASO DE LOS GIGANTES

*Madrid, reino de Castilla, primavera de 1510*

Aquel invierno las cancillerías de los reinos de la cristiandad bulleron de actividad. La campaña militar de las tropas de Fernando el Católico en el norte de África, que en principio había sido vista con buenos ojos por Francia y el Imperio porque suponía un freno al avance de los otomanos en el Mediterráneo y en Europa oriental, se contemplaba ahora como un reforzamiento del rey de Aragón, lo que ya no les parecía oportuno.

En esos días andaba el Católico en la villa de Madrid preparando un viaje a la localidad aragonesa de Monzón, donde se habían convocado Cortes Generales de la Corona de Aragón. La situación económica del tesoro real era angustiosa, y el rey necesitaba dinero para seguir financiando sus campañas militares en el norte de África, de modo que esperaba obtener los necesarios recursos financieros en esas Cortes. No lo tenía muy claro, pues los aragoneses siempre se habían mostrado muy reacios a aceptar las demandas de dinero de la Corona.

El rey Fernando despachaba en el alcázar de Madrid con su canciller. La sala donde hablaban tenía unas amplias ventanas orientadas hacia el oeste, desde las cuales se observaba un ameno paisaje de colinas cuajadas de árboles en torno al río Manzanares, donde los reyes de Castilla solían cazar.

—Nunca os fieis de los franceses, nunca —advirtió Fernando a su canciller.

—Son nuestros aliados...

—Que yo me haya casado con una francesa no es aval suficiente. Francia se acerca a Inglaterra y al papa, y temo que tanto mi yerno el rey Enrique VIII como el papa Julio II lo aceptan encantados.

—A ese papa siempre le ha gustado nadar entre dos aguas; por un lado se enfrenta con Francia, pues ambos aspiran al dominio de las mismas tierras en el norte y centro de Italia, y por otra se niega a concederos la investidura del reino de Nápoles, que también ambicionan ambos —dijo el canciller.

—Ese papa ama la guerra. Sé que está impresionado por las victorias de nuestras armas en África. Las conquistas de Bujía y Argel nos han otorgado prestigio y fama, y ante esos éxitos, el papa ha emitido una bula en la que me presenta como el rey modelo para los demás monarcas cristianos y me califica como «fortísimo atleta de Cristo». En las estancias de los palacios del Vaticano, los artistas a sueldo del papa pintan frescos en los que me presentan como gran defensor de la cristiandad. El muy

cínico...

En ese momento entró Germana en la sala.

El canciller se levantó y se inclinó ante la reina.

—¿Os interrumpo? —preguntó Germana.

—Vos nunca lo hacéis, mi señora —dijo el Católico mostrando su lado más galante.

—¿Puedo retirarme, señor? —le preguntó el canciller.

—Sí, pero aguardad a que os llame; todavía no hemos acabado.

El canciller se inclinó ante los reyes y salió de la estancia.

—Hermoso día. —Germana se acercó a una de las ventanas y la abrió. Una brisa fresca y agradable llenó la sala.

—Propicio para cazar. ¿Os apetece que salgamos mañana de caza? En aquellos sotos del Manzanares —Fernando se acercó a la ventana y señaló un lejano paraje de colinas boscosas a lo largo del río— abundan los corzos. Tal vez tengamos suerte y podamos abatir alguno.

—Si es lo que deseáis.

—¿Cómo estáis, mi señora? Hace varios días que no hablamos.

—Todavía siento la pérdida de nuestro hijito.

—Sí, yo también. Pero no debéis angustiarnos. Volveremos a tener hijos —asentó Fernando.

—Es lo que más deseo en este mundo —la voz de Germana sonaba como un llamada provocadora.

—El canciller esperará el tiempo que sea necesario. —Fernando besó a Germana y le acarició los pechos.

—¿Me deseáis ahora? —le preguntó Germana al darse cuenta de las intenciones del rey.

—Sí, ahora. Este es un buen momento para engendrar un heredero.

Hacía ya casi un año de la muerte de su hijo Juan, el príncipe que apenas vivió unas horas, pero, pese a los reiterados intentos por parte de su esposo, la reina de Aragón no volvía a quedarse preñada. La virilidad del rey, que ya se acercaba a los sesenta años, disminuía estación a estación. Ya no era capaz de hacerle el amor a Germana todos los días, ni siquiera con la abundante ingesta de los alimentos recomendados. Harto de comer un día tras otro testículos de toro y, cuando era posible, almejas y mejillones, optó por echar mano del polvo de cantárida.

—Losantos —le comentó el rey a su médico, al que había mandado llamar una vez más para que lo visitara en Madrid antes de partir hacia Aragón—, ese polvo verde es muy eficaz. Encontrad cuanto podáis; quiero tomar más cantidad.

—Mi señor, la cantaridina resulta conveniente para despertar el apetito sexual, pero en tomas muy espaciadas y en cantidades adecuadas; no es bueno que abuséis de

ella.

—Necesito dejar embarazada a la reina otra vez, y cuanto antes. Acabo de cumplir cincuenta y ocho años, a esta edad la muerte suele comenzar a rondar cada vez más cerca. No sé cuánto tiempo me queda de vida, pero no quiero morir sin dejar un heredero varón que garantice la existencia de mi Corona de Aragón —remarcó Fernando.

—Vuestra descendencia no corre peligro. Ahí está el príncipe Carlos y también vuestro amado nieto Fernando, a quien tanto cariño profesáis...

—Si por mí fuera, Fernando sería mi sucesor en la Corona de Aragón ahora mismo, pero las Cortes no consentirán que se rompa la legitimidad de la línea sucesoria. Ni siquiera yo puedo hacerlo. Las leyes de Aragón me permiten conceder el trono de Nápoles a quien yo desee legarlo, pues lo conquisté con mi ejército y puedo hacer con él mi voluntad, pero con los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca y el condado de Barcelona no puedo hacer otra cosa que transmitirlos íntegros al heredero legítimo, pues constituyen el patrimonio de mi familia real, y ni siquiera yo puedo dividirlo o entregarlo a quien no sea el sucesor que marca el derecho. Así es la ley en Aragón y así lo dispusieron los monarcas que se sentaron en ese trono antes que yo.

—¿No os parece que don Carlos sea un buen heredero? —se atrevió a preguntar el médico.

—No lo conozco, pero no quiero, de ninguna manera, que Carlos sea el soberano de la Corona de Aragón. Es un extranjero, ignora todo cuanto compete a esta tierra, está siendo educado según lo que ha dispuesto su abuelo Maximiliano, de modo que, y esto es lo peor, estoy convencido de que, si se convierte en rey de Aragón, esa tierra será para él algo muy secundario. Los Austrias pretenden el dominio completo de Europa, pero sus verdaderos intereses se encuentran en Flandes, Borgoña y Alemania. Para ellos, Castilla y Aragón son dos vacas a las que ordeñar para conseguir fondos con los cuales financiar sus empresas europeas. No lo voy a consentir. Pero dejemos esto ahora, y procuradme ese polvo verde.

—Señor, insisto, debéis cuidaros, y os pido que no toméis más cantidad de cantaridina que la que yo os prescriba; os lo ruego.

—Ojalá tuviera la edad y la energía de mi hijo Alonso —comentó el rey. El Católico se refería al arzobispo de Zaragoza, su hijo bastardo, hombre de una fogosidad insaciable.

—Vuestro sobrino...

—Mi hijo, Losantos, mi hijo, dejaos de eufemismos.

—Ya tiene casi cuarenta años..., creo.

—Pero su vigor es legendario. —No le faltaba razón al rey. La fama de mujeriego y las correrías de cama del arzobispo de Zaragoza eran tan sonoras que habían llegado hasta oídos del propio papa Julio II—. ¿Sabéis qué ha llegado a decir el papa sobre mi hijo?

—Lo ignoro, alteza. —Losantos se encogió de hombros.

—*Insatiabilis est filius regis iste.*

—«El hijo de este rey es insaciable» —tradujo Losantos.

—Y el papa no se refería con este comentario a la comida, sino a las hazañas de alcoba de don Alonso.

«Y también a su voracidad por acumular privilegios, riquezas y prebendas», pensó Losantos. Porque era manifiesto que el prelado de Zaragoza estaba más ocupado en complacer a sus amantes y en disfrutar de la buena vida que en atender a sus deberes como pastor de la archidiócesis de Aragón. Tan era así que en toda su vida solo diría una misa.

Fue en Madrid donde el Católico recibió la noticia de uno de sus espías en Bruselas; le informaba que el guardajoyas de la casa de Habsburgo había enviado un collar de oro guarnecido de rubíes, un anillo con forma de margarita con una punta de diamante en el centro y un broche engastado con rubíes a la princesa María de Inglaterra, una muchachita de dieciséis años, a la que se pedía en matrimonio para el príncipe Carlos de Austria.

Y no solo eso, el emperador Maximiliano había ordenado que Luis Vacca, hasta entonces el único maestro que hablaba español, dejara de ser preceptor de Carlos de Austria. Fernando supuso que lo que pretendía el emperador era entregar en exclusiva la educación de su nieto a las manos de profesores flamencos y borgoñones.

Todo volvía a complicarse. Desde que se convirtiera en rey de Castilla por su matrimonio con Isabel y luego de Aragón tras la muerte de su padre el rey Juan, Fernando el Católico apenas había tenido un solo día de calma en toda su vida. Porque cuando las cosas que iban mal parecían arreglarse, surgían nuevas complicaciones a las que debía atender sin apenas tiempo para poder saborear sus triunfos.

El Católico permitió a Losantos que regresara a Valladolid, y él mismo salió de Madrid, un poblachón recostado entre las amplias planicies y los escarpes del río Manzanares que se extienden entre la llanura de la Mancha y la sierra Central. Dejó a su nieto Fernando al cuidado de uno de sus consejeros de mayor confianza y partió hacia Aragón para asistir a las Cortes de Monzón. En el camino se enteró de que los vecinos de las villas de Hendaya y de Fuenterrabía se habían enfrentado por una cuestión referente a los límites de sus términos. Ambas eran tierras de los vascos, pero los de Hendaya miraban hacia el rey de Francia como su señor natural, en tanto los de Fuenterrabía lo hacían hacia el de Castilla. De modo que, para evitar nuevas disputas, los concejos de las dos villas aceptaron el dictamen de una comisión y acordaron que el curso del río Bidasoa sería desde entonces el linde natural entre ambos términos. El Católico lo aceptó; no era consciente de que en ese momento estaba marcando una frontera, tal vez para siempre.

El rey Fernando había pronunciado un buen discurso en la sesión inaugural de las Cortes Generales en la iglesia de Santa María de Monzón en los últimos días de abril ante los delegados aragoneses, catalanes y valencianos. En las semanas siguientes, las reuniones de los nuncios convocados en la iglesia de Santa María se centraron en debatir la petición de Fernando para que se dispusieran fondos suficientes para proseguir la guerra en África. El dinero asignado se había terminado y el rey necesitaba más crédito.

En presencia del monarca, durante una de las sesiones de Cortes, algunos de los delegados se mostraron muy acalorados.

—Señor —intervino el portavoz de la delegación valenciana—, en las villas y ciudades más próximas a la costa del Mediterráneo se teme una inminente invasión de los turcos. Creemos que los gitanos, esas gentes extrañas llegadas de Egipto que hablan entre ellos una jerga incomprensible y que vagan por nuestros caminos desde hace algún tiempo, son sus aliados ocultos, y estamos seguros de que los ayudarán en el momento en el que se produzca el primer desembarco. Los turcos son la nueva gran amenaza, capaces de desencadenar una invasión similar a la que llevaron a cabo siglos atrás sus parientes árabes y bereberes, la que provocó la caída del reino cristiano de los godos. Somos muchos, alteza, los que creemos que aquella aciaga jornada de la derrota en el río Guadalete, donde el rey godo don Rodrigo perdió su reino y su vida, pudiera volver a repetirse si no estamos atentos y preparados.

—Por eso, señores delegados en estas Cortes Generales de la Corona, nuestra petición de más dinero está justificada —intervino el rey.

—Señor —intervino de nuevo el portavoz valenciano—, algunos consideramos que debería hacerse con los moros de nuestro reino de Valencia lo mismo que hicieron vuestras altezas los muy excelentes Reyes Católicos con los de Castilla: obligarlos a que se bauticen y se hagan cristianos o expulsarlos de esas tierras si no aceptan el bautismo y la conversión.

En ese momento un tumulto se extendió entre los bancos que ocupaban los delegados aragoneses.

—La mayoría de los representantes de las ciudades, villas y universidades de Aragón también estimamos que lo más apropiado sería la conversión obligatoria de los moros, o su expulsión —propuso el representante de la ciudad de Calatayud.

—No —alzó entonces su voz potente uno de los ricos hombres aragoneses—. Si se expulsa a los moros de nuestras tierras, la pérdida de mano de obra sería muy grande, y, además, estas gentes son las más preparadas para la industria de la madera, la cerámica y la ollería, y las que mejor saben cultivar los campos. «Quien tiene moros, tiene oro», decimos en Aragón. No podemos perder a nuestros mejores vasallos. ¿Quién cultivaría nuestras tierras?, ¿quién construiría nuestras casas?, ¿quién fabricaría las ollas y los pucheros? —En los escaños de los nobles se extendió

un murmullo de aceptación, pues la mayoría de sus rentas procedían del trabajo de los moros sometidos en el campo, los talleres y las olleras.

Tras un intenso debate, en el que participaron una veintena de delegados, se llegó a un principio de acuerdo que leyó el presidente de la Cortes.

—Estas Cortes deciden que en los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca y el principado de Cataluña los moros sigan practicando libremente la errada religión de la secta mahomética, aunque no podrán construir nuevas mezquitas, tan solo se les permitirá reparar las ya existentes para allí rezar a su falso dios.

A comienzos de junio el papa Julio II le concedió, al fin, el derecho a la posesión del reino de Nápoles, a lo que el rey de Aragón respondió comunicándole al papa que procuraría firmar una paz perpetua con Francia, de modo que el pontífice se sintiera cómodo en Roma. Otra vez, una vez más, cuando parecía a punto de apagarse, la incombustible estrella del Católico resurgía brillando con más fuerza si cabe.

Tras una larga sesión de las Cortes, Fernando se retiró a sus aposentos con la intención de descansar, pero un correo urgente le impidió hacerlo.

Uno de los agentes del rey en Roma le informaba que el papa Julio había ofrecido, otra vez, el mando de sus tropas al Gran Capitán.

—«El papa desea que don Gonzalo se convierta en el general de su hueste. Le ofrece una gran cantidad de dinero y toda la gloria de la Iglesia» —leyó el rey—. Otra vez don Gonzalo... —musitó Fernando en la soledad de la habitación que usaba en una casa palaciega de Monzón como dormitorio—. «Don Gonzalo ha tomado en consideración esta propuesta, pero solo lo hará, o al menos eso le ha manifestado al papa, si cuenta con la autorización de vuestra alteza» —seguía diciendo aquel informe—. ¿Qué hará ahora don Gonzalo? —se preguntó el rey. Lo imaginó en Loja, administrando sus cuantiosas rentas y viviendo tranquilo en sus nuevos dominios... Pero, no, seguro que se aburría. Siempre había sido un hombre de acción, que necesitaba estar en constante movimiento. ¿Y si le permitiera ponerse al frente de las tropas del papa? No, sería una temeridad por su parte; podría alzar a ese ejército contra él y arrebatarse Nápoles, que es lo que pretendía el papa—. No, seguirá en Loja, ahí está bien —se dijo a sí mismo.

Lo que no sabía Fernando es que el Gran Capitán aguardaba todos los días en su destierro interior de Loja una carta del rey, una llamada que lo rescatara de aquella vida de molicie y descanso. Una vida que iba en desacuerdo con la que deseaba el soldado invicto, el mejor general de su tiempo.

Pero esa carta no llegaba, y el Gran Capitán se mordía los labios, aguantaba su situación y esperaba, esperaba, esperaba... Él no era un traidor y siempre respetaba la palabra dada, de modo que jamás traicionaría a su rey. Pasara lo que pasara. Jamás.

Las sesiones de las Cortes de Monzón se alargaban. A comienzos de agosto el Católico decidió habilitar a su esposa la reina Germana para que fuera ella quien presidiera las siguientes reuniones. Estaba eufórico de nuevo. En las últimas semanas se había jactado de los triunfos de sus soldados en el norte de África. Las conquistas y las victorias se sucedían. El ejército, apoyado con un destacamento de arqueros ingleses y galeses enviado por su yerno el rey Enrique VIII de Inglaterra, había tomado Trípoli, donde las tropas del rey de Tremecén, aliado de Fernando, habían realizado una matanza de moros, que fueron pasados a cuchillo. El espectáculo fue tan sangriento que horrorizó a los propios castellanos y aragoneses que lo presenciaron. El avance por el norte de África parecía imparable, y el Católico ya se veía a punto de proclamarse como señor de todo el Mediterráneo occidental. ¿Serían verdad las profecías que lo señalaban como el rey murciélagos, el conquistador de los Santos Lugares?

Pero la llegada de un correo urgente lo cambió todo.

Al escuchar la noticia, el rey Fernando se dejó caer, desolado, en una silla de tijera. Estaba comiendo en el que fuera castillo de la Orden del Temple, una fortaleza formidable construida por los caballeros templarios en lo alto de un escarpado cerro terroso desde el que se dominaba la villa de Monzón y todo el valle medio del río Cinca. Fernando había querido visitar el castillo para conocer cómo era el lugar en el que se había forjado el carácter guerrero de su ilustre antepasado, el rey Jaime el Conquistador, quien pasó en esa fortaleza varios años de su infancia. Este monarca, que había escrito su propia historia, era uno de los más legendarios y afamados del reino de Aragón.

El Católico, una vez leída la noticia, se inclinó hacia delante y se cubrió el rostro con las manos. Lo sucedido era terrible.

—¿Qué ha podido ocurrir para que se produzca semejante calamidad? —se preguntó angustiado y abatido por completo.

—Fue el 10 de agosto, alteza, cuando se produjo la derrota devastadora. Quizá debió dirigir la armada don Pedro Navarro —el canciller tenía en la mano el informe de la batalla.

—El duque de Alba es mi más leal servidor, por eso lo envié a él —alegó el Católico, que se incorporó y estiró el cuello, que sentía contracturado.

—Pero el duque no tenía experiencia en la guerra naval.

—Eso ya no tiene importancia. Resumidme ese informe —ordenó Fernando al canciller.

—Cuando llegó a África y se puso al frente de la armada, don Fadrique ordenó a la flota que se dirigiera hacia la isla de Yerba, en la costa oriental de Túnez. Allí tiene una de sus principales bases de operaciones el corsario Barbarroja. El duque de Alba pretendía destruirla para dejar expedito el camino hacia Libia. Nuestras galeras se enfrentaron con las corsarias cerca de la costa. El ataque frontal y repentino de los



piratas de Barbarroja cogió a los nuestros por sorpresa. Cuatro de nuestras galeras fueron desarboladas enseguida tras una poderosa andanada de la artillería enemiga, que logró desbaratar nuestra formación. En el combate que siguió, con nuestra flota en inferioridad de número y en desventaja, los corsarios destruyeron ocho de nuestras mejores galeras de combate y eliminaron a varios centenares de hombres.

—¡Santa madre de Dios!

—Pese a las bajas y al fuego de la artillería de los piratas, el duque de Alba intentó reagrupar la flota para contraatacar, pero entonces se desató una pavorosa tormenta, que arrastró a las naves desarboladas y sin gobierno hacia la costa, donde los enemigos nos batieron con facilidad...

—¿Cuántas bajas hemos sufrido?

—Entre los muertos en la batalla, los ahogados en el naufragio y los prisioneros..., unos seis mil hombres, alteza.

—¡Dios santo, qué desastre! —El rey se dejó caer de nuevo, completamente desconsolado, en la silla de tijera.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó el canciller.

—Esta ha sido mi mayor derrota... —Fernando estaba conmocionado y se mostraba incapaz de dar respuesta a la situación.

—¿Alteza...?

—La conquista de África tendrá que esperar —dijo al fin, con el rostro compungido y los ojos vidriosos.

### *Valladolid, verano de 1510*

La casa de Losantos en Valladolid olía a lavanda. Varios manojos de espliego recién cortado se apilaban en las estanterías de la cocina, listos para ser destilados.

—Van a enviar negros africanos a América, donde serán vendidos como esclavos para trabajar en los campos y las minas —comentó Pablo Losantos a su padre. Ambos regresaban a casa después de haber atendido a unos enfermos. Pedro estaba sorprendido con los conocimientos que su hijo Pablo había aprendido en la escuela de Salerno.

—Lo sé. —Pedro cerró la puerta tras de sí.

—¿Y qué te parece?

—Son necesarios para cultivar aquellas tierras; los indios no valen para esos trabajos; no sirven —asentó Pedro Losantos.

—¿Cómo? —se sorprendió Pablo.

—Los indios están demostrando que son inútiles para el trabajo duro. Hace ya casi veinte años que el almirante Cristóbal Colón llegó a las Indias por la ruta de occidente y parece que los indígenas de esas tierras no se acostumbran al trabajo que requieren los nuevos tiempos. De modo que el rey ha decidido aprobar que se envíen

negros de África para explotar los campos y horadar las minas de esos territorios.

—¿Esclavos...?

—Sí, esclavos —asentó Pedro.

—Padre, tú me has enseñado, desde que tengo uso de razón, que Dios nos creó a todos los hombres iguales...

—Los esclavos son necesarios ahora. En las Indias hay mucho que hacer, y solo es posible lograrlo con gente que trabaje con eficacia... aun a costa de su sacrificio —replicó Pedro.

—Pero...

—Hijo, los indios no quieren trabajar, se mueren en cuanto se les obliga... No se puede hacer nada con ellos, por eso son precisos los esclavos.

—Padre, padre, si los indios mueren como dicen los que han estado allí, no se debe a que no quieran trabajar. Por lo que ya se conoce, esas gentes fueron capaces de construir grandes ciudades con enormes edificios de piedra, cultivar los campos, cazar y pescar, como aquí; si ahora mueren, es porque hemos llevado a su mundo nuestras enfermedades: la peste, el sarampión, la difteria, la viruela... Somos nosotros los que los estamos matando —Pablo mostró su rostro más serio.

—En Salerno te han enseñado una medicina que yo no conozco, pero, créeme, si los indios mueren, sea cual sea la causa, alguien tendrá que reemplazarlos.

—Estamos hablando de hombres, padre, no de caballos o de mulos —protestó Pablo.

—En África sobran hombres capaces de trabajar duro. Yo he visto a algunos de esos negros: son fuertes y robustos, no se arrugan ante el trabajo más difícil y soportan la sed y el hambre mejor que cualesquiera otros. El rey ha autorizado que un barco parta hacia las Indias cargado con negros africanos, y creo que ha hecho bien, porque así se garantiza que aquellas comarcas no queden desiertas y que florezca ese nuevo mundo.

—Padre, padre..., escúchame, son hombres, no bestias sin alma.

—No. Escucha tú, Pablo. Yo nací judío y fui circuncidado. Mis padres tuvieron que bautizarse porque sobre nuestra raza cayó una maldición y nos persiguieron por ser judíos, solo por eso. Para salvarme, yo renegué de mi religión y también me hice cristiano. Al casarme con tu madre, ella tuvo que renunciar a la religión de Moisés y aceptar la de Jesucristo. Tú ya naciste de padres cristianos, y te bautizamos, como a tus dos hermanos, para que también lo fueras. De todos los miembros de la familia Leví, el nombre que han llevado nuestros antepasados desde hace generaciones y que tuvimos que cambiar por el de Losantos, tú fuiste el primero en ser bautizado sin haber nacido antes judío; ni siquiera estás circuncidado. Así es la vida, querido hijo. No somos lo que queremos ser, sino lo que podemos ser; no somos lo que anhelamos, sino lo que compartimos.

—No me gusta lo que ocurre en este mundo —dijo Pablo, que se negaba a asumir lo que estaba justificando su padre.

—A mí tampoco, pero no puedo cambiarlo, de modo que lo acepto como es y procuro que mi familia viva de la mejor manera posible —asentó Pedro Losantos.

En ese momento entró en la estancia principal de la casa Juana de la Cruz. Portaba un cesto con frutas frescas y un cantarillo con agua del pozo.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó al ver la cara de circunstancias de su esposo y de su hijo.

—Tu hijo, que pretende cambiar el mundo él solo —respondió Pedro mientras cogía una manzana del cesto y la limpiaba en la manga de su camisa antes de darle un buen mordisco.

—No entiendo. ¿De qué estabais hablando? ¿Qué son esas caras? —demandó Juana.

—Se trata de hombres, no de bestias —insistió Pablo, que procuraba mantener la calma, aunque su rictus y sus ademanes denotaban un notable enfado.

—¿Hombres, qué hombres? —preguntó Juana, que intuyó la tensión que se había desatado entre padre e hijo.

—El rey Fernando ha autorizado que se compren o capturen esclavos negros en África y que se envíen a las Indias para trabajar en los nuevos campos que allá se están roturando —Pablo se sentó y en su estómago sintió una sensación de náusea.

—Hacen falta brazos para trabajar los campos —justificó Pedro.

—Serán esclavos; y eso es injusto —respondió Pablo Losantos.

—El mundo está hecho de señores y siervos, de amos y de esclavos. Si es así, es porque lo habrá querido Dios —intervino Pedro.

—Dios no tiene nada que ver en esto, padre. Son tu rey y sus leyes, y los nobles que lo adulan y lisonjean para que les otorgue beneficios y rentas, con su ambición desmedida de fortuna y riquezas, quienes provocan semejante injusticia —adujo Pablo muy enfadado.

—Escucha, hijo...

—Pablo está cargado de razón —terció Juana, que se puso del lado de su hijo, se acercó a él y lo abrazó por los hombros.

—Pues esas razones te pueden llevar a la hoguera, y yo no quiero ver morir a mi hijo ardiendo en una pira de leña como un hereje impenitente —dijo Pedro, visiblemente airado, señalando con el dedo a su hijo.

—Muchos de los tuyos han sido asesinados y otros siguen muriendo por lo mismo, y nada dijiste. ¡Nada! —exclamó Pablo, que se levantó de la silla y se encaró con su padre.

Pedro Losantos alzó las cejas, entornó los ojos y abofeteó a su hijo.

—¡Pedro!, ¿qué has hecho? —Juana de la Cruz miró con desdén a su marido y luego acarició el cabello de su hijo intentando consolarlo.

El joven médico se echó la mano a la cara y sintió la humedad caliente de un hilillo de sangre que le corría por la comisura de los labios.

—No tienes razón, padre, no la tienes —la mirada de Pablo estaba cuajada de

pena y de tristeza.

—Espera... —Juana de la Cruz cogió un paño, lo humedeció en agua y le limpió la sangre a su hijo—. Y tú, ¿ya estás satisfecho? —se dirigió a su marido, que se había quedado paralizado, con los ojos clavados en el suelo.

Pedro Losantos no fue capaz de aguantar la mirada de su esposa ni la de su hijo. No emitían miradas de odio, ni de recelo, ni siquiera de reproche. Aquellas miradas transmitían vergüenza, tristeza y una profunda sensación de frustración.

Nervioso y sonrojado, agachó la cabeza y salió de casa como si se lo llevaran mil demonios.

No quiso que su esposa y su hijo lo vieran llorar.

### *Madrid, fines de octubre de 1510*

Desde la estrepitosa derrota de su armada en Yerba, el Católico andaba compungido, tanto o más que con la muerte de su hijito. Una y otra vez se preguntaba qué había fallado, cómo era posible que su ejército, el mismo que siete años atrás había derrotado a la flamante caballería francesa en Ceriñola y Garellano, hubiera sido vencido por una banda de piratas y pescadores tunecinos.

Y, por si fueran pocos los problemas en el norte de África, el papa Julio II no dejaba de incordiar. Ahora se había declarado enemigo de Francia y buscaba una alianza con el emperador Maximiliano y con la república de Venecia.

Tal vez la solución a los problemas militares estuviera, otra vez, en el Gran Capitán. Gonzalo seguía entre tanto recluido en su dorado exilio de Loja, soñando con que en cualquier momento el rey lo llamara para volver a participar en acciones de guerra.

«Sí —pensó Fernando—, él es la solución. Don Gonzalo es el único general capaz de darle la vuelta a todo este desastre. Solo con escuchar su nombre al frente del ejército, mis enemigos saldrán corriendo como alma que lleva el diablo».

Mientras las Generales de la Corona de Aragón se seguían celebrando en Monzón, el rey regresó a Madrid, donde se habían convocado Cortes de Castilla y León. El Católico tenía que atender a muchos frentes y, por fortuna para sus intereses, los delegados castellanos le confirmaron todos sus poderes como gobernador del reino.

Satisfecho tras ser ratificado por las Cortes, contemplaba desde el vetusto alcázar de Madrid, una vieja fortaleza que los reyes de Castilla ocupaban cuando andaban por esa villa, el paisaje ondulado que se extendía por las orillas del río Manzanares. Las primeras nieves del otoño habían cubierto de un manto blanco las cumbres de la sierra de Guadarrama y un viento frío y húmedo soplaba arrastrando un olor a tierra

mojada.

Tenía en sus manos un informe recién llegado de Italia. El papa Julio II, impenitente guerrero, había realizado una campaña militar en la Toscana para someterla a su dominio. El plan le había salido mal y había sido cercado en Bolonia, de donde lo rescataron las tropas de Fernando el Católico.

—Le está bien empleado. Un papa debería dedicarse en exclusiva a los asuntos de Dios y dejar a los reyes los de los hombres —comentó Fernando tras leer el informe.

—Ha estado a punto de sucumbir ante los franceses, mi señor. Tropas leales a vuestra alteza lo han rescatado en el último instante y han levantado el asedio de Bolonia. El papa os debe el puesto, la hacienda y tal vez la vida —dijo el canciller que le había entregado el informe.

—¿El papa está bien?

—Sí, alteza. Pero ahora recela de todo el mundo. Ha ordenado encarcelar a varios cardenales porque piensa que trataban de envenenarlo. Ve conspiraciones contra él en cada rincón de cada estancia del Vaticano, y traidores por todas partes.

—El papa es un insensato —asentó Fernando.

—El emperador Maximiliano y el rey Luis de Francia han cerrado una alianza contra el papa; sus embajadores han sugerido que vuestra alteza se sume a este pacto, con el que se pretende deponerlo como sumo pontífice de la Iglesia y convocar un concilio en el que se elija a un nuevo papa.

—No —asentó el rey.

—De seguir así, el papa llevará a la Iglesia a la ruina. En vuestra mano, señor, está evitarlo.

—He dicho que no. Además, la Iglesia goza de muy buena salud, canciller.

—Pero puede desencadenarse un cisma; varios cardenales han sido encarcelados y otros han huido de Roma por temor a las represalias que puedan caer sobre ellos cuando el papa regrese. Y lo que es peor, nuestros espías en Alemania nos alertan de que se está extendiendo un gran malestar entre varios influyentes clérigos de esa nación.

—Algunos incluso se han atrevido a comentar que el papa es el Anticristo —dijo el rey.

—Tal vez. Además de la guerra, también ama la belleza y le gusta rodearse de los más excelsos artistas como Leonardo da Vinci y Miguel Ángel Buonarroti.

—De artistas sí, pero también de intrigantes. Roma siempre ha sido una guarida para los confabuladores.

—Sí, en eso no hay ninguna novedad. Pese a ello, la Iglesia ha sobrevivido a todo tipo de vaivenes.

—Ahora también lo hará.

—Entonces, ¿ordenáis que se rechace ese tratado?

—Por supuesto. Comunicad a los embajadores del emperador y del rey de Francia que Castilla y Aragón están en contra de cualquier pacto que se acuerde contra el

papa Julio, y decidles que esa alianza debe deshacerse inmediatamente. Nuestros verdaderos enemigos son los turcos; los soberanos cristianos debemos unirnos y centrar todos nuestros esfuerzos contra ellos.

—Mi señor, no sé cómo se tomará el rey Luis este rechazo; tenemos un tratado de amistad y ayuda respectiva con él.

—Ese acuerdo garantiza el auxilio mutuo en caso de un conflicto, pero en ninguna cláusula se dispone que tengamos que compartir con Francia un ataque al papa. Decídselo así.

—Como ordenéis, mi señor.

—¡Ah!, y hacedles saber también a esos embajadores que el rey de Aragón estará muy molesto si Francia y el Imperio deciden, pese a lo que han firmado, romper los pactos y atacar otra vez por su cuenta al papa.

### *Malinas, 30 de noviembre de 1510*

Era un sábado gris. Llovía. Siempre llovía en Flandes a finales del otoño.

El manicordio sonaba como tocado por ángeles en las manos de Enrique Bredeniers, maestro de capilla de la casa de Austria y profesor de música de sus príncipes.

—Así, así es como debéis teclear este acorde —les indicaba el maestro organista al príncipe Carlos y a sus dos hermanas mayores, a quienes instruía en el manejo del manicordio y de otros instrumentos musicales—. ¿Lo han entendido sus señorías?

—La clase ha terminado por hoy —ordenó Margarita de Austria, que irrumpió en la sala de música como un ciclón—. Monseñor don Carlos tiene un compromiso muy importante que atender.

El maestro Enrique inclinó la cabeza ante la tía del archiduque y recogió sus bártulos. Carlos respiró aliviado.

—Odio estas clases —bisbisó Carlos al oído de su hermana mayor.

—A mí me gustan —replicó Leonor.

—Vamos, Carlos, el banquete de hoy es muy importante.

En el salón de banquetes del palacio de Malinas se habían preparado dos mesas: una para el príncipe Carlos y los caballeros del Toisón y otra para los oficiales de la Orden. Los miembros de la Orden del Toisón de Oro presentes en la sala eran cuatro caballeros y diez oficiales, uniformados con sus trajes rojos y blancos y tocados con sus grandes gorros rojos, y cada uno con su collar de oro, el emblema de la Orden.

El archiduque de Austria y príncipe de Castilla apareció tras ser anunciado por Vachie Reffet, el ayuda de cámara de su alteza. Los caballeros y los oficiales, que aguardaban en el gran salón, se pusieron en pie ante su presencia. Unos magníficos

candelabros de bronce sostenían dos docenas de cirios cuya luz ambarina iluminaba con tonos dorados la lujosa estancia.

Carlos avanzó despacio pero con paso firme, tal como sus preceptores le habían enseñado que debía hacer un soberano. Al llegar ante la mesa de los caballeros, estos inclinaron las cabezas respetuosamente y aguardaron a que se sentara; luego lo hicieron ellos.

—Señor, la del Toisón de Oro es la más famosa y noble de cuantas Órdenes de caballería existen en la cristiandad. Desde vuestro feliz nacimiento, hace ya más de diez años, fuisteis investido con su collar y algún día seréis el primero de sus miembros. Fundada por vuestro antepasado Felipe el Bueno, duque de Borgoña, es la más gloriosa y la más ilustre de todas. La Orden del Toisón se creó para defender los valores más excelsos y los más elevados ideales de los caballeros cristianos. Vuestro bisabuelo, el duque Carlos el Temerario, la dotó de todo el prestigio que hoy la envuelve y la hace tan excelsa y admirada. Todos los caballeros que la componemos hemos jurado ofrecer nuestras almas y nuestros cuerpos para la mayor gloria de Dios y de su bendita madre la Virgen María, y en nuestro ideal prevalece el objetivo de buscar la unidad de la cristiandad y defenderla de todos sus enemigos. Este es el collar que os identifica como gran maestro de la Orden. —El caballero ofreció al joven Carlos un collar de oro del que pendía una figura.

—Es una oveja —comentó Carlos.

—No, mi señor, es la piel y la lana de un carnero: el vellocino de oro.

—¿Vellocino? —se extrañó el príncipe, que no entendió el significado de esa palabra.

—Se trata de una antigua leyenda griega. Habla de un héroe de nombre Jasón que se embarcó en una nave llamada Argos con rumbo a un país donde las pieles lanudas de los carneros estaban recubiertas de polvo de oro, pues los nativos las sumergían en las aguas de un río que arrastraban ese polvo, de manera que se quedaba adherido a la lana. Jasón había prometido que conseguiría el vellocino de oro, la piel con la lana dorada del carnero, porque así lograría el trono de su reino en Grecia y se convertiría en su rey. Los marineros que lo acompañaban fueron llamados «los argonautas», por el nombre del navío Argos en el que viajaban. Entre ellos estaba Heracles, el más fuerte de los héroes griegos, hijo del mismísimo dios Zeus.

»Vos, señor, sois el nuevo Jasón, el jefe que encabeza y guía en la búsqueda del vellocino de oro a los argonautas, que somos vuestros caballeros de la Orden del Toisón de Oro.

»Fijaos, monseñor, aquí, en los eslabones del collar, está la letra «B», la inicial de Borgoña, la tierra del nuevo Toisón, y aquí la llama que simboliza el fuego de Prometeo, el héroe al que los dioses enseñaron el secreto del fuego para que los hombres pudieran disfrutar de calor en invierno y de luz en la oscuridad.

—Es muy bonito —comentó Carlos, que no dejaba de jugar con el collar.

—Cada caballero de la Orden posee uno; este es vuestro collar, mi señor. Y aquí

podéis leer *Ante ferit quam flamma micet*, nuestro lema.

—«¿Hiere antes de que se apague la llama?» —tradujo Carlos; sus clases de latín habían dado fruto—. ¿Qué quiere decir?

—Es la divisa de la Orden, monseñor. Significa que el amor debe prender en los corazones hasta la muerte.

—No lo entiendo.

—Cuando se chocan dos pedernales se produce una chispa que provoca el fuego. Pues bien, nuestra Orden enciende la llama que alumbra el mundo. Y aquí está la cruz aspada de San Andrés, el santo protector de la Orden y patrón de Borgoña. Hoy es precisamente el día de San Andrés, por eso celebramos esta solemne ceremonia.

—Comprendo.

—Y ahora, tengo que imponeros el collar. Si me lo permitís... —El caballero le colocó a Carlos el collar del Toisón de Oro—. Portadlo con honor.

El príncipe cogió con su mano el carnero que colgaba del collar y lo acarició; para él no era, de momento, sino un juguete.

—Ya podemos comer, Vachie; tengo hambre —indicó Carlos a su ayuda de cámara.

Reffet, que además de ayuda de cámara ejercía como cirujano, ordenó de inmediato que se sirviera la comida. Carlos imaginó por un momento, mientras el cocinero trinchaba un venado asado con manzanas y ciruelas, que surcaba las aguas del mar sobre la nave Argos, encabezando la más prodigiosa de las aventuras al frente de sus caballeros argonautas.

### *Sevilla, Andalucía, reino de Castilla, fines de enero de 1511*

El frío y húmedo final del otoño presagió un invierno helador. Un viento gélido que descendía de las montañas del norte barría las calles de la villa de Madrid, desde donde el rey Fernando había dirigido sus reinos en los últimos meses. A sus cincuenta y ocho años comenzaba a sentir dolores en los huesos y no soportaba el frío con la entereza de antaño. Durante las Navidades, con la nieve hasta las rodillas en las calles, el rey decidió desplazar la corte hasta las tierras más cálidas de Sevilla.

Viajó a Sevilla, acompañado de Germana, por el camino de Extremadura, y pasó una noche en una aldea llamada Madrigalejo, a donde volvería cinco años más tarde en condiciones aciagas. Ya en Sevilla, instalado en el alcázar real, un suntuoso palacio construido al estilo de los moros por los reyes de Castilla al lado de la gran catedral, en la que destacaba como una reliquia de otros tiempos una torre de ladrillo que perteneció a la mezquita de la época en que los musulmanes eran los señores del Guadalquivir, el Católico se dedicó a preparar la guerra contra los sarracenos de África.

—La derrota de Yerba no puede quedar sin venganza —recalcó tajante durante



una reunión del Consejo Real—. Si permitimos que los turcos nos desalojen de las plazas que hemos ocupado en el norte de África, no tardarán en dar el salto a nuestras costas, y quién sabe qué puede ocurrir después.

—Necesitaremos más dinero y más hombres para defender esas plazas, mi señor —dijo el canciller.

—Pues habrá que buscarlo donde sea.

—Las rentas de la Corona están muy menguadas, apenas pueden sostener el gasto diario de la corte.

—Disponed entonces de otros recursos. Si es necesario acudiremos al tesoro real en el alcázar de Segovia, o al de Tordesillas. En ambos lugares hay abundantes piezas de oro, plata y joyas.

El Católico se había trazado una fama de monarca austero, y sus cronistas así lo destacaban, pero desde joven había mostrado una clara inclinación por el lujo y los gastos suntuosos. Usaba con frecuencia joyas carísimas y vestía con las más exquisitas pieles, y en ocasiones se encaprichaba de gemas que compraba pese a su coste desorbitado. En una ocasión llegó a empeñar las rentas de la Corona para adquirir un fabuloso rubí, y el regalo que le entregó a Isabel como arras en el día de su boda fue un magnífico collar de oro, piedras preciosas y perlas que costó la enorme cifra de veinte mil florines, una auténtica fortuna.

—Si no hubieran sido expulsados los judíos... —bisbisó el canciller.

—¿A qué os referís? —le preguntó Fernando.

—A sus rentas, mi señor. La expulsión de los judíos fue una decisión oportuna para hacer que en vuestros reinos hubiera una sola religión, la verdadera, la católica, pero a la vez se perdieron muchas rentas, las que proporcionaban los judíos. Si ahora todavía estuvieran aquí, probablemente podríamos recaudar más de cien mil florines solo entre las aljamas que hubo en Castilla.

Fernando recordó entonces que el Gran Capitán se negó a expulsar a los judíos del reino de Nápoles cuando le dio la orden de hacerlo. La excusa que alegó Gonzalo Fernández de Córdoba para no cumplirla fue precisamente que sus aljamas proporcionaban mucho dinero a las arcas reales y que contribuían de manera muy importante a la prosperidad de ese reino.

—Tal vez don Gonzalo tenía razón —musitó el Católico.

—¿A qué os referís, alteza?

—A que quizá no debimos expulsar a los hebreos, pero doña Isabel y el papa... Bueno, aquella decisión se tomó en su momento y no podemos cambiarla, ni siquiera yo puedo hacerlo.

—Quedan las rentas de las Indias —propuso el canciller.

—Por el momento, esa aventura nos está costando dinero —dijo el rey.

—Pero ya empiezan a llegar algunas mercancías, algo de plata y algunas piezas de oro... Estamos comenzando a colonizar la gran isla llamada Cuba, donde vamos a fundar una primera ciudad.

—Demasiado poco..., todavía.

—Los pueblos que viven en las islas Caribes son pobres, pero ya sabemos que en el interior del Nuevo Mundo hay imperios cuyas casas están hechas con ladrillos de oro puro.

—¿Estáis seguro de eso? —dudó Fernando.

—Así lo cuentan algunos de los nuestros que ya han regresado de las Indias.

—No quiero quimeras, sino realidades —asentó el Católico—. De modo que conseguid el dinero necesario sobre certezas y no sobre sueños.

Pasado lo más crudo del invierno, el Católico decidió abandonar Sevilla y viajó a Burgos.

### *Valladolid, verano de 1511*

Durante la ausencia del rey Fernando por su estancia en Sevilla, la familia Losantos se centró en el cuidado de enfermos en la ciudad de Valladolid.

Pablo Losantos había aprendido en Salerno algunas enseñanzas que puso en práctica como ayudante de su padre, que, pese a las divergencias que habían tenido en ocasiones, se mostraba encantado y feliz con los progresos de su hijo.

Pero la dicha no era completa. Lope de Valdivieso, el esposo de María Losantos, era un hombre desocupado. Como miembro de un linaje de hidalgos venido a menos, ni tenía ni conocía oficio alguno, y no sabía cómo ganarse la vida, ya que toda su familia había vivido de las rentas de unos dominios señoriales que ahora estaban muy menguados y apenas servían para sostener al primogénito de la familia, el hermano mayor de Lope. Mientras María ayudaba a su madre con las hierbas y los ungüentos, él pasaba los días yendo de un lado para otro, de sol a sol por la tabernas de Valladolid, sin otra cosa que hacer que ver pasar el tiempo, jugar a las cartas y a los dados, asistir a algunas ceremonias religiosas y gastar el dinero que le proporcionaba su esposa.

El tiempo pasaba despacio, cada día más largo, más tedioso. No sabía qué hacer ni cómo comportarse, y se sentía como un parásito inútil, ocupando un espacio que no le correspondía, viviendo en una casa que no era la suya. De modo que un día, cansado de la vida regalada que llevaba, habló con María.

—No quiero seguir así. Soy un hidalgo y no puedo trabajar con las manos porque perdería mi condición noble. Carezco de rentas, pues mi padre dejó a mi hermano mayor las escasas propiedades que poseía, de modo que no tengo otra opción que o embarcar hacia las Indias en busca de fama o enrolarme en el ejército, que es lo único que sé hacer.

—¿La guerra? —le preguntó María.

—La guerra es un oficio de nobles, y en Italia se necesitan soldados. Yo ya he servido allí a las órdenes del Gran Capitán, de modo que me acogerán con agrado.

Pagan bien, y se puede hacer fortuna si la suerte y el destino te acompañan. Me alistaré en el ejército de don Fernando, pero, si no me quisieran allí, existen ricas ciudades como Florencia, Siena o Milán, que requieren soldados para su defensa, e incluso el papa dispone de un ejército propio en el que no desecharán a un soldado como yo. Voy a marcharme a Italia. Eres mi esposa, de modo que te pido que vengas conmigo, pero no te obligaré a que me sigas. Sé que no me amas, de modo que, si deseas quedarte aquí, lo entenderé —le comentó Lope a María una noche en la intimidad de su alcoba, en la casa familiar de los Losantos.

—Aborrezco las guerras. No quiero que vayas a Italia a luchar; no me gustaría verte morir. Mi familia se ha dedicado a curar enfermedades y a sanar heridas, y eso es lo que yo quiero seguir haciendo —repuso María.

—Lo sé. He visto cómo se afanan en ello tu padre y tu hermano, y cómo tú y tu madre estáis todo el día destilando hierbas y preparando ungüentos y jarabes para aliviar el dolor de los enfermos. Pero yo no sé hacer otra cosa que luchar. Soy un soldado, y solo puedo hacer el trabajo de un soldado.

—Le diré a mi padre que hable con el rey. Él fue quien acordó nuestro matrimonio, conoce a tu familia, tal vez pueda concederte un puesto en la corte, un cargo que sea acorde con tu condición y que te proporcione algunas rentas. Aquí, en Valladolid, seguro que hacen falta alguaciles, guardias...

—No. Lo he meditado mucho y he tomado esta decisión. Tengo que regresar a Italia. Necesito ganar fortuna, tierras y rentas. Debo hacerlo. He decidido partir a finales de verano, para hacer la travesía hasta Italia antes de que comiencen los temporales en el Mediterráneo. ¿Vendrás conmigo?

María no amaba a su esposo. Se había casado con él porque esa habría sido la decisión del rey y la voluntad de su padre, obligada por las circunstancias a que se vio abocada su familia durante su estancia en Valencia. No lo amaba, no conocía ese sentimiento al que llamaban «amor» y que decían sentir sus padres el uno por el otro. Le había cogido cariño, es cierto, e incluso le placía que le hiciera el amor todas las noches, pero no lo amaba. No, no lo amaba.

Ella era una mujer diferente; no sentía la necesidad de compartir su vida con ningún hombre, no quería depender de ninguno. María era un espíritu libre que ansiaba volar en solitario por mundos desconocidos, explorar sensaciones nuevas, abrirse a otros sentimientos...

—No te vayas —le dijo María.

—Debo hacerlo.

—No te vayas —insistió María; sus ojos reflejaban una profunda preocupación que perturbó a Lope.

—¿Por qué dices eso?

—No puedo decírtelo —María calló que había tenido una terrible premonición sobre lo que iba a ocurrirle a su esposo.

—Acompáñame.

—No puedo hacerlo. Me quedaré en Valladolid —dijo María Losantos.

—De acuerdo, espera aquí mi regreso. Te juro que volveré rico y cargado de honores. Construiremos el mejor palacio de Valladolid, compraremos tierras y casas y viviremos felices con nuestros hijos.

—No tenemos hijos —asentó María.

—Los tendremos.

María sabía que Lope no volvería jamás y que esos hijos nunca nacerían si su esposo se marchaba a combatir a Italia. La premonición.

Lope de Valdivieso partió de Valladolid mediado el mes de septiembre. El rey Fernando lo autorizó a incorporarse al ejército de Nápoles, mediante una carta dirigida a su virrey para que lo aceptara como jefe de una escuadra de soldados.

El día que se marchó le pidió a María Losantos que rezara por él y que no se preocupara, que regresaría con mucho dinero y lleno de gloria. Al despedirse de él, María tuvo una nueva intuición, pero calló. Desde que era una niña sus premoniciones casi siempre se habían cumplido. Ella lo consideraba un don especial del cual nunca había contado nada a nadie, salvo a su madre. Deseó con todas sus fuerzas que, por una vez, ese augurio fuera equivocado.

### *Burgos, septiembre de 1511*

Acabar con la amenaza de Francia. Esa fue la consigna que el Católico comunicó a los miembros del Consejo Real, que aquella tormentosa tarde de verano se reunía en el palacio del Condestable, en Burgos.

El rey Fernando mostraba su semblante más serio, pues, aunque se había asentado en el gobierno de Castilla, nadie discutía su autoridad y había desmontado la conspiración de la nobleza contra él, sus dominios estaban amenazados desde Francia y el Imperio.

Sus consejeros aguardaban expectantes las palabras del Católico:

—El rey francés es un pusilánime melancólico, pero la nobleza francesa anda necesitada de conquistas, de victorias... y de venganza. Tenemos que estar preparados para repeler una posible agresión de Francia.

—No creo que se atrevan, mi señor, pero si ese ataque se produce los aplastaremos, como ya lo hicimos en Italia —intervino el duque de Alba.

—En esas batallas mandaba nuestro ejército el Gran Capitán —asentó el rey—. La orgullosa caballería francesa busca resarcirse de aquellas derrotas, y no cesarán hasta conseguirlo.

—Si los franceses no han olvidado su fracaso en Ceriñola y Garellano, no creo que insistan ahora de nuevo en atacarnos. Saben que nuestros regimientos de infantes,

piqueros, arcabuceros y lanceros son superiores a sus escuadrones de caballería —terció uno de los consejeros.

—El rey Luis acaba de declarar la guerra al papa, y ha enviado un poderoso ejército a Italia. Todo el norte de esa tierra está en guerra —informó el rey.

—¿Qué ha hecho el papa ante esa agresión? —demandó el de Alba.

—Ha publicado un interdicto por el cual priva al rey Juan de Albret de la posesión del reino de Navarra, me otorga su corona y me autoriza a conquistar ese reino para incorporarlo a mis dominios —soltó el rey ante la sorpresa de todos los consejeros, que no conocían la noticia.

—¡Ni siquiera el papa puede hacer eso! —exclamó uno de los consejeros.

—Claro que puede. El papa se arroga unas competencias que le otorga un antiguo documento de un emperador romano según el cual el papa puede despojar de su reino a un monarca mediante un interdicto. Además, la Iglesia considera que el poder temporal de los reyes cristianos se debe a la gracia de Dios, y él insiste en que es el representante legítimo y único de Dios en la tierra.

—Pero, señor, ese papa se comporta como un verdadero bandido... —dijo el de Alba.

—Sí, así es como se las gasta Julio II. Con los franceses arrasando el valle del Po y las tropas del papa causando tropelías en la Toscana, el norte de Italia se ha convertido en una tierra de pesadilla donde los asesinatos, las conjuras y los enfrentamientos brotan por doquier. La traición y el crimen se han hecho habituales y en buena parte de ese territorio se ha instalado el desgobierno. La situación es tan terrible que el duque de Urbino ha llegado a acuchillar y asesinar con sus propias manos al cardenal de Pavía —comentó el Católico.

—El papa es el verdadero culpable de esta situación. Debería dejar de comportarse como un vulgar ladrón y dedicarse a los asuntos espirituales —asentó el duque de Alba.

—Media docena de cardenales ya se ha rebelado contra él y ha cuestionado su actitud y rechazado su autoridad. A fines de la pasada primavera, y apoyados por el rey de Francia y sus soldados, celebraron un concilio en Pisa en el que pretendían deponer a Julio II y nombrar a un nuevo pontífice.

—¡Eso hubiera supuesto un nuevo cisma en la Iglesia! —exclamó un consejero.

—Señores, la Iglesia puede romperse y eso no nos conviene; no conviene a nadie —aseguró el rey.

—¿Y qué podemos hacer, señor? —demandó el de Alba.

—Los franceses se han aprovechado de la belicosidad del papa para justificar sus acciones en Italia. De momento, hace unos meses entraron en la ciudad de Bolonia. No puedo consentir que sigan avanzando hacia el sur, pues podrían plantearse atacar nuestros dominios de Nápoles. He enviado un embajador a Inglaterra para acordar un pacto con su joven rey Enrique. Hemos acordado atacar a Francia en su propio terreno. Tenemos el plan de conquistar la Guyena y repartir esas tierras del sur entre

Inglaterra y nosotros; además, también incorporaremos el reino de Navarra.

—Una nueva guerra... —bisbisó el consejero desolado.

—Mil arqueros ingleses serán enviados al norte de África para apoyar nuestras campañas en esa región —anunció Fernando.

—Italia, el norte de África y ahora también Francia... Humm, demasiados frentes abiertos, incluso para un monarca tan sagaz y hábil como don Fernando —musitó uno de los consejeros al oído del otro, para que nadie más lo escuchase.

El verano acabó lento y plácido. Mientras el rey Fernando planeaba en Burgos nuevas acciones contra Francia y los piratas del norte de África, doña Germana pasaba el tiempo escuchando música, asistiendo a misas en la catedral, en las que rogaba por volver a quedarse embarazada, y leyendo libros de poemas en los que pastores y doncellas vivían amores idílicos en un escenario propio del paraíso.

### *Valladolid, otoño de 1511*

El otoño se presentó en Valladolid con una sucesión de tormentas y aguaceros que echaron a perder algunas cepas en las viñas de la ribera del Duero.

La familia Losantos estaba reunida en su casa de Valladolid, cenando en torno a una mesa donde se servía una sopa de ajo con pan y un guiso de pichones con nabos y cebollas.

—Mi esposo ya está en Nápoles —anunció María a sus padres. Ese mismo día acababa de recibir una nota de Lope en la que le explicaba que había llegado bien— y me pide que reconsidere mi postura y acuda a Italia para reunirme con él.

—Italia es ahora una tierra muy peligrosa. El papa, Venecia y nuestro rey han firmado un tratado con el apoyo de Inglaterra para expulsar a los franceses de ahí. Y hay unos cardenales cismáticos que tildan de usurpador al papa Julio II. Tu esposo ha elegido el peor momento para ir a Italia —dijo Pedro.

—Lope no podía seguir así. Necesitaba marcharse. En esta casa se sentía como un parásito —confesó María.

—Yo le hubiera buscado un puesto en la corte. Don Fernando lo hubiera aceptado, en la guardia real, por ejemplo.

—Ya se lo dije, pero Lope no quería eso. Lo que anhela es conseguir fortuna, riqueza, fama y gloria por sus propios medios. —María calló que una de sus premoniciones le había revelado que Lope nunca regresaría de Italia.

—En ese caso, que se hubiera marchado a las Indias. Esa es la nueva tierra donde los atrevidos pueden hacer fortuna de la manera más rápida, según dicen —terció Juana de la Cruz.

—En América, como empiezan a llamar algunos a las Indias Occidentales, se

están instalando hombres con muy pocos escrúpulos —intervino Pablo.

—Ya hablamos de eso en una ocasión —Pedro Losantos recordó la discusión que sobre los esclavos negros enviados a América había tenido tiempo atrás con su hijo—. A veces es mejor renunciar a los escrúpulos.

Pablo calló. No estaba de acuerdo con su padre, otra vez más, pero no quería entablar con él una nueva disputa. El joven médico estaba interesado en las formas de convivencia que se estaban desarrollando en América entre los españoles, los indios y los negros africanos llevados como esclavos. Su interés le había llevado a leer unos pliegos impresos que corrían por algunas ciudades de Castilla en los cuales un fraile llamado Antonio de Montesinos, que se había instalado en la isla de La Española, hablaba a favor de la lealtad y la igualdad entre los hombres, independientemente de su raza y su religión.

—Por cierto, ya has cumplido veintisiete años. Creo que deberías ir pensando en casarte; esa muchacha con la que festejaste en Valencia te aceptará como esposo, te está esperando, no lo dudará —terció Juana de la Cruz cambiando de asunto al prever que su esposo y su hijo podían enfrentarse de nuevo en una agria discusión.

—El rey Fernando...

—No. —Pablo cortó tajante a su padre—. No quiero que el rey decida quién ha de ser mi esposa.

María bajó los ojos y se llevó una cucharada de sopa de pan a la boca. A ella sí que le habían elegido el marido.

—Necesitarás la autorización del rey para casarte —asentó Pedro—. Eres uno de sus médicos.

—Solo tu ayudante.

—Es suficiente para que el rey tenga derecho a opinar. Supongo que no le importará que te cases con esa muchacha a la que se ha referido tu madre.

—Se llama Leonor, Leonor, Leonor de Urrea —precisó Pablo.

—Es una dama de la corte de doña Germana; no creo que el rey ponga ninguna pega a esta boda —terció Juana.

—La he visto por la corte, sí. Es hermosa. ¿Hace mucho tiempo que la cortejas? —preguntó Pedro a su hijo.

—Hace algo más de dos años, desde que estuvimos en Valencia; ya te lo dije en una ocasión —explicó Pablo Losantos.

—Tu padre está demasiado ocupado en procurar el embarazo de doña Germana; su familia le importa menos que la de su rey —replicó Juana, molesta por la indiferencia que aparentaba mostrar su esposo.

—¿Lo sabe el rey? No, supongo que no, me lo hubiera comentado —dijo Pedro.

—El rey no, pero doña Germana está al tanto de nuestra relación y la aprueba.

—En ese caso, y si la reina está de acuerdo, imagino que el rey no pondrá ningún impedimento, y yo tampoco —aceptó Pedro Losantos.

—Esa joven aragonesa es muy hermosa; y su aspecto es saludable. Nos dará

nietos fuertes y sanos —añadió Juana.

—Imagino que incluso tendrás pensado cuándo casarte.

—Si cuento..., contamos con tu permiso, con el de los padres de Leonor y con el de los reyes, lo haremos el año que viene, a finales de primavera —respondió Pablo, que quiso dar una sensación de sumisión para no enojar a su padre.

—Me parece bien. Dame un abrazo, hijo.

Mientras los dos médicos se abrazaban en pie ante la mesa donde estaban cenando, María Losantos miró a su madre, que le devolvió la mirada con una amplia pero forzada sonrisa; Juana de la Cruz, desde que la había escuchado llorar en Valencia al enterarse de que su boda con Lope ya estaba arreglada y que no tenía otra alternativa, sabía que su hija no era feliz.

### *Burgos, fines de 1511*

En el palacio del Condestable, en Burgos, doña Germana se mostraba muy compungida. Le había confesado a Blanca de Ayerbe, una de sus damas de compañía de la nobleza aragonesa, que su esposo no se encontraba bien.

—Ayer se marchó Pedro Losantos, ese médico en quien tanto confía mi esposo. Vino a visitarlo, pero antes de que regresara a Valladolid le pregunté por el rey, y no me dio una buena impresión lo que me contó —comentó Germana.

—Os veo muy preocupada, mi señora, ¿acaso teméis por la vida de don Fernando? —Doña Blanca se persignó con ademán devoto.

—Sí. Los remedios que le están aplicando apenas le causan alivio momentáneo, y ni siquiera sirven para que se desprenda del mal humor que lo envuelve desde hace unos meses. ¡Oh, Dios mío, qué va a ser de mí si mi esposo fallece! —Germana se persignó.

—Sois la reina, señora...

—Pero soy una mujer. ¿Sabéis que algunos cortesanos me cortejan? —le preguntó Germana.

—Bueno, mi señora, sí, bien..., he visto cómo os miran algunos de los nobles de la corte. Sois una mujer muy hermosa.

—Esos buitres... Ven a mi esposo debilitarse y flaquear y ya se sienten con ánimo de cortejarme para ver si les otorgo mis favores. —Germana quería aparentar indignación, pero a la vez se notaba que estaba ufana por atraer la atención de los hombres.

La voluptuosidad de la francesa era un atractivo incontenible para los jóvenes nobles, deseosos además de medrar en la corte a costa de cualquier cosa, incluso arriesgándose a ser delatados por la reina ante su esposo, lo cual conllevaba la muerte.

—A los hombres les mueve más una mujer bien galana que el dinero —observó



Blanca de Ayerbe.

—¿Sabéis quién es el más insistente? —Germana parecía menos compungida con ese nuevo tema de conversación.

—Supongo que... No sé, señora, lo ignoro.

—Pues don Antonio Agustín, vuestro paisano, porque es originario del reino de Aragón, como vos.

—¡Don Antonio, el vicescanciller! Como se entere vuestro esposo...

—Es un hombre muy apuesto y demasiado atrevido. Ayer osó cogerme la mano, acariciarla y darle un intenso beso.

—¡Señora! Imaginad que lo hubiera visto el rey.

—Además, me confesó que jamás ha visto una mujer tan bella, una mujer por cuyos encantos sería capaz de perder la cabeza.

—¡Eso os dijo!

—Con esas mismas palabras —asentó Germana.

Justo en ese momento apareció en la sala el rey Fernando, que se dio cuenta de la especial turbación de la dama aragonesa.

—¿Os encontráis bien, doña Blanca? Os habéis sonrojado y parecéis inquieta. ¿No estaríais tramando alguna conjura contra mí? —ironizó el rey.

—Mi señor... —Blanca se levantó e hizo una marcada genuflexión ante su soberano—. Hablábamos cosas de mujeres, alteza —explicó la de Ayerbe saliendo así del atolladero.

—¿Cómo os encontráis hoy, mi señor esposo? —le preguntó Germana procurando centrar la atención del rey.

—Algo mejor que ayer. Los ungüentos que me aplicó ese condenado Losantos han resultado eficaces.

—Me alegra saberlo, esposo. ¿Estáis hoy muy ocupado?

—Acabo de despachar con don Antonio Agustín, ese hombre... —Fernando el Católico se calló al observar la mirada que Blanca de Ayerbe le dedicó a la reina cuando escuchó ese nombre. El rey ya se había dado cuenta de que su vicescanciller merodeaba demasiado alrededor de la reina. Hasta entonces no le dio importancia, y lo dejó estar..., por el momento.

—Altos asuntos de Estado, supongo —terció Germana, que también se dio cuenta de la sospecha que se había despertado en el rey.

—Tenemos problemas en el norte de África. He ordenado que se envíen refuerzos para proteger nuestras plazas de Tánger y Argel, que están siendo amenazadas por los piratas berberiscos, y también en apoyo del rey de Tremecén, nuestro vasallo y mejor aliado en esa región.

—¿Cómo lleva el papa que un sarraceno sea vasallo de un rey cristiano? —preguntó Germana, preocupada ahora de que se olvidara el nombre de Antonio Agustín.

—Supongo que no le dará la menor importancia. Los aliados, si se muestran fieles

y leales, son siempre bien aceptados, vengan de donde vengan.

El rey sintió entonces un fuerte pinchazo en la pierna y se dobló de dolor.

—¡Señor!, ¿qué os pasa? —demandó Germana alarmada, que se acercó presta para sujetarlo y llevarlo a sentarse en una silla con la ayuda de Blanca.

—Señora..., mi joven reina, estoy viejo y cansado —admitió Fernando por primera vez en toda su vida.

—Solo estáis enfermo; sanaréis y volveréis a ser el mismo de siempre —asentó Germana, que indicó a Blanca que acercara un vaso de agua—. Bebed un poco, os sentará bien.

—Supongo que ha llegado el momento de que mi nieto me suceda —dijo el rey.

—¿Don Fernando...?

—Yo quisiera que fuera ese muchacho, sí. Es igual que yo, y lo he educado como si de mi propio hijo se tratara, pero, no, el heredero legal es don Carlos. Escribiré a Maximiliano para que permita que nuestro nieto venga de Flandes a Castilla cuanto antes para tomar posesión de estos reinos.

»No me encuentro bien; ordenad a los criados que me lleven al lecho. Necesito descansar.

Los espías del emperador en Burgos le informaron que la salud del rey de Aragón era muy precaria y que la posibilidad de que dejase embarazada a Germana y peligrase por tanto la herencia de Carlos era poco menos que imposible.

Maximiliano decidió entonces retrasar la llegada de Carlos de Austria a Castilla y esperar un tiempo para ver si fallecía su consuegro. El rey Fernando, harto de las maquinaciones de Maximiliano, estalló de cólera y planeó nombrar como su heredero en la Corona de Aragón a su nieto Fernando, en detrimento de Carlos: así desbarataría los planes del emperador. Todo podía ocurrir. Todo.

### *Valladolid, finales de febrero de 1512*

A fines de enero, cinco meses después de que se enrolara en el ejército del rey de Aragón en Italia, llegó a Valladolid una carta de Lope de Valdivieso. En ella el hidalgo le comunicaba a María Losantos que se encontraba bien y que su regimiento había recibido la orden de salir de Nápoles y dirigirse hacia el norte para ayudar a las tropas del papa que estaban combatiendo a los franceses en la región de la Toscana. Por el tono de la carta, el esposo de María parecía estar ilusionado.

María pasaba el invierno al lado de su madre, ayudándola a elaborar pócimas y ungüentos y aprendiendo lo que durante generaciones había experimentado la saga de mujeres curanderas de la familia de Juana de la Cruz. Pablo Losantos también colaboraba con ellas, sobre todo en la fabricación de jarabes. En Salerno le habían

explicado las cualidades curativas de algunas plantas y sus destilados, muchas de cuyas fórmulas procedían de la medicina de los árabes, y compartía sus conocimientos con los que su madre había heredado de las curanderas tradicionales de las montañas de Alcoy.

Pero las plantas no solo servían para curar; había algunas que se utilizaban para elaborar venenos letales, y Juana de la Cruz también las conocía. El veneno era la forma más discreta de acabar con la vida de un rival no deseado. Reyes, príncipes e incluso papas solían utilizar diversos tipos de veneno para eliminar a sus enemigos sin derramar sangre ni armar apenas ruido.

En casa de los Losantos había algunos frascos con venenos, que se utilizaban para preparar antídotos, aunque Pedro Losantos los había usado en un sentido bien distinto.

Aquella mañana de fines del invierno Juana y María estaban destilando flores de espliego y raíz y flores de malvavisco.

—Por esto que ahora estamos haciendo, y que sirve para cicatrizar mejor las heridas y evitar que se emponzoñen, algunos piensan que somos brujas —le dijo Juana a su hija María mientras preparaban una pomada con esos ingredientes.

—¿Y no lo somos? —ironizó María, que mezclaba en una olla la esencia de lavanda y la crema de malvavisco.

—No, no —rio Juana—, solo ayudamos a reducir y calmar el dolor, pero hay quien supone que lo que hacemos es cosa del demonio.

—Dice Pablo que tengamos cuidado, pues hay quien se aprovecha para denunciar por esto mismo a la gente que odia.

—Tu hermano tiene razón. Las mujeres acusadas de brujas casi nunca lo son. Quienes las denuncian suelen ser hombres que han sido rechazados por ellas, resabiados porque ellas no se han plegado a sus requerimientos. Lo viví en Toledo y lo he vuelto a ver aquí en Valladolid. Siempre se trata de acusaciones falsas; pero la Inquisición suele dar pábulo a esas denuncias y en ocasiones sentencia a duras penas a las mujeres investigadas, a pesar de que casi siempre son inocentes.

—Entonces, madre, ¿tú crees que no existen las brujas?

—Claro que existen. El demonio siempre está al acecho para ver si puede ganarse algún alma desatenta, y se aprovecha de mujeres y hombres débiles a quienes convence para que lo ayuden. Pero las brujas no elaboran ungüentos para curar enfermedades, como nosotras; lo que hacen es fabricar brebajes para atraer a los hombres con hechizos y facilitar casamientos, elaborar emplastes para remediar virgos y acelerar el crecimiento de las plantas, o convocar conjuros para cambiar el tiempo o convertir a los hombres y mujeres en animales —relató Juana de la Cruz.

—¿Y cómo lo hacen?

—Nunca lo he visto, pero se dice que tienen unas fórmulas mágicas que mezclan en un caldero.

—¿Dónde están esas fórmulas?

—En un grimorio.

—¿Grimorio...?

—Es un libro de magia que recoge fórmulas de hechicerías; el más conocido se llama *La clavícula de Salomón*.

—¿Has visto alguno de esos libros?

—Tuve uno, pero lo destruí.

—¿Lo compraste?

—No. Ese libro estaba en poder de mi familia desde hace mucho tiempo. Mi madre me lo entregó poco antes de casarme, pero cuando ella murió me deshice de él.

—¿Lo quemaste?

—Sí. La Inquisición castiga a los que lo poseen y cuando me casé con tu padre no quise que ese libro constituyera un problema. De modo que lo quemé en el fuego de la chimenea.

—Supongo que antes de quemarlo lo leíste —se interesó María.

—Lo aprendí de memoria.

—¿Se cuenta en ese libro cómo se elaboran los venenos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque hace unas semanas escuché a un caballero de la reina cómo pedía a padre un... veneno.

—¿Dónde lo escuchaste? —Juana de la Cruz cerró los ojos y suspiró.

—Fue poco después de principios de año. Un hombre que decía venir en nombre de la reina Germana se presentó en casa preguntando por padre. Ese día tú habías ido al mercado y yo estaba preparando la comida. Padre lo recibió enseguida y ambos hablaron en voz muy baja.

—¿Pero pudiste oírlos?

—Sí. Al abrir la puerta y ver la cara de ese hombre intuí que no venía por nada bueno, de modo que, aunque padre me indicó que me retirara de la cocina y los dejara solos, presté toda mi atención a lo que conversaban.

—¿Y qué ocurrió?

—Ese hombre hablaba en nombre de la reina Germana, y lo hacía con plena seguridad:

»—La reina me ha enviado para que me proporcionéis un veneno eficaz y rápido —dijo el mensajero.

»—No dispongo ahora de ello —respondió padre.

»—La reina lo necesita ya —insistió aquel hombre con un tono imperativo.

—¿Qué respondió tu padre?

—Se negó. Pero el mensajero era un hombre alto y muy fuerte. Su sola presencia intimidaba a cualquiera. Insistió e incluso llegó a amenazar a padre, que al fin cedió. Vino entonces a la cocina y buscó en la alacena donde guardamos los frascos con las pócimas. Yo me hice la despistada, pero de soslayo pude ver cómo cogía un frasco de los prohibidos y lo envolvía en un paño.

—¿Es eso todo?

—Cuando padre salió de la cocina, yo volví a agudizar el oído:

»—Este frasco contiene arsénico —le oí decir—, uno de los venenos más potentes y letales que existen. ¿Puedo preguntaros para quién es? —añadió padre.

»—No es de vuestra incumbencia —espetó el mensajero de la reina.

—¿Tu padre dijo que era arsénico? —preguntó Juana.

—Sí.

Juana fue directamente a la alacena de la cocina donde guardaban los botes y frascos con las medicinas y pócimas. Cogió una silla y se subió a ella para inspeccionar la balda superior donde estaban las que requerían de cierto cuidado en su manipulación por ser venenosas o causar graves afecciones. Rebuscó y se dio cuenta de que faltaba un frasco de arsénico.

Desolada, se sentó a la mesa, clavó los codos y se puso la cabeza entre las manos.

—¡Madre, madre! ¿Qué pasa?

—Hace unos días encontraron a don Bernardino Fernández de Velasco, el condestable de Castilla, muerto en su palacio de Burgos. Los médicos que lo atendieron dijeron que había sufrido un ataque al corazón, pero ahora...

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver ese noble en todo esto?

—Es una historia que me contó tu padre. El condestable de Castilla y la reina Germana tuvieron una agria discusión durante una cena. Al parecer, don Bernardino provocó un grave incidente al comparar a la reina Isabel con la reina Germana, y esta última se enfadó mucho y se sintió ultrajada.

—¡Oh! —María se llevó la mano a la boca—. Entonces, supones que ese veneno, que doña Germana...

—Tal vez la reina se haya vengado de aquel ultraje..., con la colaboración de tu padre.

—¡Eso no es posible, no es posible! ¡Padre nunca haría algo así! —exclamó María.

Juana de la Cruz calló; no quiso amargar más el trance de su hija y no le contó las sospechas y dudas que la asaltaban sobre la probable intervención de su marido en la muerte de Felipe el Hermoso y del cura beneficiado de Toledo.

Se levantó de la silla, se abrazó a su hija y ambas lloraron en silencio. No había pruebas de la intervención de la reina en la muerte del condestable, pero ninguna de las dos tuvo la menor duda de que Germana y el veneno que le entregó Pedro Losantos a aquel caballero habían tenido mucho que ver en todo este escabroso asunto.

En aquellos días, la vida de una persona parecía no valer ni un maravedí.

*Palacio de Coudenberg, Bruselas, 24 de febrero de 1512*

Los actores de las farsas se inclinaron ante los aplausos de los espectadores que llenaban la sala principal del palacio de Coudenberg, iluminada con candelabros repletos de velones. El príncipe Carlos cumplía doce años y su tía Margarita le había preparado una alegre fiesta amenizada por una representación de los mejores comediantes de Flandes.

Entre los invitados se encontraba el maestro Remy de Puys, astrólogo judicial y historiador del emperador Maximiliano, y desde hacía un año profesor de retórica y de historia de Carlos. De Puys había sido comisionado para tomar nota de aquella celebración para incluirla en una historia de la casa de Austria que estaba escribiendo por encargo del emperador.

También asistía a la fiesta Juan de Terramonda, maestre de artillería, que hacía un año que andaba junto a Carlos enseñándole sus primeras lecciones sobre lo que llamaba «el arte de la guerra», especialmente cómo utilizar los cañones, culebrinas, falconetes, los arcabuces y los nuevos mosquetes en la batalla y en los asedios a las fortalezas. La formación en el manejo de todo tipo de armas se consideraba esencial para cualquier príncipe.

Tras la divertida actuación de los actores de la compañía de comedias de Bethune, que representaron una farsa cómica en la que unos pastores dialogaban entre ellos como si fueran doctores en leyes y en filosofía además de excelsos poetas, los ministriles de Bruselas interpretaron alegres y rítmicas pавanas, unas melodías muy propicias para la danza que músicos errantes acababan de traer de Italia, donde ya eran muy populares.

Margarita de Austria ordenó a los asistentes a la fiesta que formaran un corro en el centro de la sala y sacó a bailar a su sobrino.

Carlos ya alcanzaba la estatura de su tía. Era un jovencito apuesto y bien parecido, salvo por su gran mandíbula inferior, cuya deformación era ya tan pronunciada que no podía cerrar bien la boca, pues los dientes de arriba no encajaban con los de abajo, que sobresalían un dedo hacia delante.

—Querido sobrino, vas a ser un hombre muy guapo, como lo fue tu padre el rey Felipe —le dijo Margarita tras ejecutar los primeros pasos de la danza de la mano de su sobrino—. Todas las princesas de Europa querrán ser tus novias. Y, además, bailas muy bien.

—Prefiero cazar —observó Carlos, quien desde los ocho años ya participaba en cacerías organizadas por algunos nobles en los bosques de las afueras de Bruselas y de Malinas.

—Tendrás tiempo para todo, querido Carlos, para todo —comentó Margarita, que lucía un collar del que colgaba una gran letra «M» de oro engastada con nueve rubíes y ocho perlas.

Sobre una gran mesa, a un lado del salón, estaban depositados algunos de los regalos que le habían entregado al archiduque por su cumpleaños; entre otros, destacaban dos soperas de plata sobredorada ofrecidas por la ciudad de Amberes y

una copa de plata por la de Middelburgo.

—Será un gran rey —comentó el maestro de artillería Juan de Terramonda.

—Lo necesitaremos, porque los tiempos que se avecinan van a ser muy difíciles —dijo el historiador Remy de Puys. Ambos hombres conversaban en un lateral del salón, con sendas copas de vino blanco del Rin en sus manos.

—¿Eso creéis? —demandó el artillero.

—Sin duda. La guerra está a punto de estallar. El rey de Francia ha enviado a Gastón de Foix, su mejor general, a Italia.

—¡Gastón de Foix, el hermano de doña Germana, la esposa del Católico! Esto va a ser divertido; el hermano de la reina de Aragón combatiendo contra el ejército del rey de Aragón. ¡Como para perderselo! —exclamó el artillero.

—A don Luis no le ha sentado nada bien que el papa Julio haya dictado una sentencia contra el rey de Navarra, su aliado, de modo que ha respondido atacando los dominios del papado. Gastón acaba de atravesar los Alpes en pleno invierno, cual Aníbal contra los romanos, y se dirige hacia la Toscana. Supongo que los venecianos no se quedarán de brazos cruzados y responderán a esa incursión. El rey de Aragón ya ha reaccionado y ha enviado un ejército desde Nápoles, pues ha considerado este movimiento de los franceses como una amenaza, pese al pacto que tienen firmado.

—Supongo que lo contaréis en vuestra historia, y espero que el final sea propicio para la casa de Austria.

—Eso dependerá de lo que ocurra en el Imperio turco. Los príncipes Selim y Ahmeh, dos de los hijos del sultán Bayaceto, andan disputándose la sucesión del padre. Selim se rebeló contra Bayaceto y fue derrotado, pero se ha repuesto y sigue empeñado en convertirse en el nuevo sultán otomano. Por lo que conozco de él, se trata de un hombre valiente y arrojado que ambiciona extender el dominio de los otomanos por toda Europa y por el mar Mediterráneo. Y ahí chocará con el rey de Aragón, que pretende el control de ese mismo mar. Como podéis ver, la guerra que se avecina puede ser total.

—Mal panorama se presenta, salvo para vos, señor historiador, pues los historiadores tenéis vuestra gran fuente de inspiración en las guerras —comentó el artillero.

—Aún puede ser peor si los venecianos se desesperan y no ven otra solución que aliarse con los turcos para defenderse del ataque francés que se les viene encima —dijo Remy de Puys.

—Entonces, ese jovencito lo va a tener muy difícil. —Juan de Terramonda habló mientras se fijaba en los pasos de la pavana que Carlos de Austria marcaba junto a su tía Margarita, siguiendo los acordes que interpretaban los ministriles de Bruselas.

En aquel salón, entre los más delicados ornamentos, con las damas y los caballeros vestidos con elegantes ropas y cubiertos de carísimas joyas, el mundo parecía haberse detenido.

*Valladolid, mayo de 1512*

La noticia del desastre en la batalla de Rávena, donde se perpetró una verdadera masacre, sumió al rey de Aragón en un profundo desasosiego. Primero la derrota en el norte de África, ahora en Italia..., demasiados fracasos. Tal vez si hubiera estado al frente de las tropas Gonzalo Fernández de Córdoba... Abatido y confuso, el Católico se retiró a su alcoba del palacio real y ordenó que no lo molestara nadie.

Además, en la batalla había muerto el general francés Gastón de Foix, el hermano de Germana, que al conocer la noticia también se recluyó en una estancia del palacio y no quiso saber nada durante toda una semana.

En su casa de Valladolid, María Losantos lloraba; nunca había amado a su esposo, pero sentía su muerte, que había intuido cuando lo vio marcharse en busca de fortuna, fama y gloria a Italia. Una nota enviada por el capitán de su compañía le anunciaba que el hidalgo Lope de Valdivieso había caído combatiendo en primera línea en la batalla de Rávena. También le anunciaba que se había batido como un héroe ante la manifiesta superioridad del enemigo, y que podía estar orgullosa de su comportamiento como soldado.

—Tú has hablado con ella, ¿cómo se lo ha tomado María? —le preguntó Pedro Losantos a su esposa mientras cenaban en la cocina de su casa de Valladolid a solas; María se había retirado a dormir un poco antes y Pablo había salido a atender a un paciente.

—Está triste y abatida, pero es una mujer muy fuerte y segura de sí misma, lo superará pronto.

—Pobre niña, pero todavía es muy joven, seguro que encontrará a un hombre que la haga dichosa —dijo Pedro, mientras se llevaba a la boca una cucharada del plato de lentejas estofadas con un buen pedazo de carnero que estaban cenando.

—Eso espero, pues es probable que de ello dependa la felicidad de nuestra hija.

—Habrá que aplazar la boda de Pablo con Leonor de Urrea —propuso Pedro.

—¿Tú crees?

—Sí. Considero que debemos retrasarla; al menos hemos de guardar un tiempo de luto y de duelo por la muerte del marido de María. Además, el rey todavía no ha dado su permiso, e insistir ahora en que lo conceda no me parece correcto.

—Pablo quiere casarse pronto, cuanto antes —dijo Juana—. Tenía previsto hacerlo este mismo verano.

—Ya lo sé, pero tendrá que esperar a que el rey lo autorice, y más ahora, tras la muerte del esposo de su hermana. Esa maldita batalla... Si hubiera estado al frente de nuestras tropas el Gran Capitán... Espero que ahora don Fernando se dé cuenta, de una vez por todas, de que necesita a don Gonzalo para dirigir al ejército en las campañas de Italia.



—¿Tan grave ha sido la derrota? En el mercado mucha gente hablaba de ello esta mañana —le preguntó su esposa.

—Terrible. Fue el Jueves Santo, junto a la Rávena. Los franceses atacaron y nuestras tropas no fueron capaces de reaccionar. Los nuestros se batieron bien, pero los franceses los arrollaron con la caballería pesada y provocaron una verdadera carnicería.

»En la batalla, además del esposo de María, ha muerto don Ramón de Cardona, el general de don Fernando en esa guerra, pero también ha caído el general francés Gastón de Foix, hermano de la reina Germana. Algunos nobles ya hablan de que esta derrota se trata de un castigo divino por el comportamiento de nuestro rey, y otros comentan que si el Gran Capitán hubiera estado al frente del ejército el resultado de la batalla hubiera sido bien distinto y los franceses habrían sido derrotados, como ya ocurriera diez años atrás en Ceriñola.

—¿Y qué piensa hacer el rey? ¿Cómo crees que acabará todo esto?

—Está muy afectado, pero creo que reconsiderará su actitud hacia don Gonzalo y al fin enviará a Italia al Gran Capitán para darle la vuelta a la situación. Si se pone de nuevo al frente de sus hombres, los franceses temblarán de miedo y lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a nuestro ejército.

—Ese hombre no querrá volver al servicio de don Fernando —asentó Juana.

—Siempre ha sido leal a su alteza; ¿por qué supones eso?

—Porque don Fernando derribó su casa natal donde el Gran Capitán había nacido y donde pasó toda su infancia. Le cortó las raíces, y un hombre sin raíces no debe otra lealtad que a sí mismo.

—No conoces a don Gonzalo.

—Claro que lo conozco. He estado con él en Italia y he hablado mucho con su esposa. Sé que ha sufrido demasiados desprecios por parte del rey y, pese a ello, ha mantenido su lealtad sin dudarle; pero siempre hay un momento en la vida en el que se dice basta.

—No en el caso del Gran Capitán.

—Si yo fuera un hombre y estuviera en la piel del Gran Capitán, no volvería a encabezar su ejército, aunque me lo suplicara el mismísimo rey en persona —asentó Juana.

—Si se lo pide, aceptará. Don Gonzalo es el caballero más honrado que conozco, y supongo que estará deseoso de abandonar su retiro en Loja, donde un hombre de acción como él debe de aburrirse muchísimo.

—¿Sabes, esposo, que desde hace un tiempo hablamos más entre nosotros de lo que le sucede al rey o al Gran Capitán que de nuestras cosas? Nuestra hija ha perdido a su esposo en esa batalla, y apenas hemos hablado de ello —reflexionó Juana de la Cruz.

Pedro calló. No quería reconocerlo, pero se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en un instrumento del rey Fernando, y que le prestaba más atención a lo

que le encargaba el Católico que a su propia familia.

### *Burgos, verano de 1512*

El Católico tenía que reaccionar a la derrota en Rávena y, como había supuesto Pedro Losantos, pensó en el Gran Capitán como revulsivo para levantar el ánimo de sus tropas, de modo que decidió que le encargaría organizar un ejército para volver a Italia y ponerla en orden. Aquella tierra era un colosal rompecabezas donde cada ciudad, cada familia noble y cada grupo hacían la guerra por su cuenta. Además de los franceses, sobre las posesiones de Fernando de Aragón en Italia pendían dos amenazas tan graves o mayores si cabe. Por un lado, el emperador Maximiliano había cerrado una alianza con los cantones de Suiza, una federación de pequeños territorios autónomos ubicados en el corazón montañoso de Europa que podía proporcionarle aguerridos mercenarios para nutrir a su ejército; y, por otro, el sultán Selim I, un hombre ambicioso y audaz, acababa de hacerse con el poder en el Imperio otomano tras deponer a su padre el sultán Bayaceto II y derrotar a su hermano Ahmed en la lucha por el trono, y amenazaba con atacar a los cristianos en Europa central y en el Mediterráneo occidental.

Uno de sus espías en Francia informó al Católico de que el rey de Francia, pese a los tratados firmados, estaba cerrando una alianza con el rey de Navarra contra Inglaterra y el rey de Aragón. Por si fueran pocos los problemas en Italia y en el norte de África, se abría otro nuevo, y muy grave, en Navarra, un reino que Fernando decidió conquistar de una vez por todas. Estaba convencido de que la existencia de ese reino independiente suponía un peligro, pues podía ser utilizado por Francia como territorio estratégico para lanzar un posible ataque sobre Castilla o sobre Aragón. Consiguió del papa Julio II una bula para apoderarse de Navarra, con la excusa de que los soberanos de ese reino apoyaban a los herejes y maquinaban en contra de la Iglesia.

Les había dicho a sus consejeros que la ley y la historia lo avalaban, pues su padre, Juan II de Aragón, ya había sido rey de Navarra, y, por tanto, le correspondía en derecho su posesión. Pero para organizar la conquista de Navarra necesitaba todo el dinero posible, y sabía dónde encontrarlo. De modo que envió un destacamento de soldados a Tordesillas, al palacio real donde había quedado recluida su hija Juana la Loca, custodiada por el leal Luis Ferrer, para requisar una buena cantidad de joyas, oro y plata, hasta la suma de mil quinientos marcos de plata, les indicó, el peso en metal de cuatro hombres fornidos.

El rey envió un mensajero al Gran Capitán y le ordenó que se presentara en Burgos, a donde se había desplazado para seguir más de cerca las operaciones en Navarra. Gonzalo lo hizo en cuanto recibió la llamada: tenía muchas ganas de salir de su destierro en Loja.

En el palacio del Cordón de Burgos se celebraba una reunión trascendental. Fernando el Católico había citado para cenar al Gran Capitán, que ardía en deseos de volver a la acción, y al duque de Alba, su mejor aliado entre la nobleza castellana.

—He decidido incorporar el reino de Navarra a la Corona de Castilla, y necesito a un general que encabece el ejército —comentó el rey mientras degustaba un pedazo de corso asado a la miel.

—Permitid, mi señor, que yo sea el general de esas tropas —se adelantó Gonzalo. El Gran Capitán llevaba demasiado tiempo ocioso y ante la llamada del rey creyó que iba a ser designado para dirigir esa campaña.

—¿Estáis en condiciones de ponerlos al frente de un ejército? Por lo que sé, de vez en cuando os sobrevienen las fiebres cuartanas.

—La fiebre me acompaña de manera intermitente desde la campaña del río Garellano, pero solo me afecta por un corto periodo de dos o tres días, y enseguida remite. Además, es probable que en Navarra tengamos que enfrentarnos con tropas francesas, y sé bien cómo derrotarlas, mi señor —intervino el Gran Capitán.

—Contad también conmigo para ese puesto —terció el duque de Alba, que miró a Gonzalo con cierto aire de superioridad.

—Navarra será ocupada, pero estamos atravesando graves problemas en Italia. La derrota de Rávena a manos de los franceses nos ha colocado en una situación muy delicada, de modo que también estoy decidido a darles un buen escarmiento, pese a que tenemos un tratado firmado que no han cumplido. Seréis vos, don Gonzalo, quien organice y dirija un ejército para combatir de nuevo en Italia. Además, tampoco me fío del papa, pues no me cabe duda de que quiere vernos fuera de territorio italiano, y supongo que hará cuanto esté en su mano para lograrlo.

—¡Señor!, nada me agradaría más que servirlos en esa campaña —asentó Gonzalo.

—Pues poneos manos a la obra de inmediato. Os encomiendo que forméis ese ejército para combatir a los franceses, venguéis la derrota de Rávena y los arrojéis definitivamente de Italia, de toda Italia.

—Os lo agradezco, mi señor. Así lo haré. —El Gran Capitán recuperó la sonrisa.

—Esta misma semana partiréis hacia Málaga. Allí deberéis concentrar a vuestro ejército y desde su puerto zarparéis hacia Italia. Y otra cosa más... Sabéis que mi intención siempre fue que vuestra hija Elvira se casara con mi sobrino —de nuevo el rey volvió a llamar así a su nieto, el hijo de su bastardo el arzobispo de Zaragoza—, don Juan, pero he sabido que hace unos meses acordasteis la boda de Elvira con uno de los hijos de Fabricio Colonna. Deseo que sepáis que ese matrimonio no es de mi agrado, y que no lo autorizo.

Gonzalo no contestó. Se limitó a apretar los dientes y a acatar la voluntad del rey.

Pese a ese último reproche, el Gran Capitán estaba eufórico. Ya se veía, otra vez,

al frente de sus tropas, con los estandartes al viento, los pendones de Aragón y de Castilla alzados y los soldados atentos a sus órdenes. Volvía a ser un guerrero al servicio de su rey. Un guerrero.

El Católico encargó la dirección de la invasión de Navarra al duque de Alba, su fiel vasallo. Tuvo que intervenir directamente para la recluta de tropas, pues la mayoría de los soldados, enterados de que el Gran Capitán estaba formando otro ejército, querían marcharse hacia el sur, dispuestos a enrolarse bajo los estandartes de Gonzalo.

Por fin, el de Alba pudo reunir un contingente de tropas adecuado y penetró en Navarra, ocupando todo ese país en poco más de dos meses, sin que apenas se produjeran conatos de resistencia. Las tropas castellanas contaron además con el apoyo del bando de los beamonteses, tradicionales partidarios de Castilla, formado por los descendientes bastardos del rey Carlos III el Noble. El otro bando, el de los agramonteses, que siempre habían mostrado sus preferencias por el reino de Aragón, no se resistieron, de modo que la ocupación de Navarra fue demasiado fácil.

—Mi señor —le anunció su canciller al rey Católico—, las tropas del duque de Alba han sometido toda Navarra. Las principales ciudades y villas han capitulado, y el usurpador Juan de Albret y su esposa Catalina han huido a Orthez, al otro lado de los Pirineos. La ciudad de Tudela se ha entregado sin oponer resistencia y vuestro estandarte real ondea en lo más alto de la ciudadela de Pamplona.

—Los navarros han cumplido el acuerdo —comentó el rey—, de modo que yo mantendré mi palabra y les permitiré que sigan siendo un reino, con su territorio íntegro, sus viejos fueros, su hacienda y sus propias Cortes.

—Seréis proclamado de inmediato rey de Navarra.

—No es suficiente —añadió Fernando.

—¡Cómo! —se extrañó el canciller.

—El duque de Alba continuará su campaña de conquista más allá de las cumbres del Pirineo, hacia Gascuña.

—Pero, señor, el rey de Francia considera esos territorios bajo su señorío... Entenderá nuestra incursión como una declaración de guerra —supuso el canciller.

—Luis de Francia no tiene descendientes, y mis espías me informan que anda sumido en una profunda melancolía. Necesita un buen aviso antes de que se le ocurra venir contra nosotros en Navarra, como ya ha amagado en Italia. Comunicad al duque de Alba que atraviese los Pirineos y se dirija hacia el norte, tendrá el apoyo de ocho mil soldados ingleses comandados por Thomas Grey, uno de los mejores generales de mi yerno el rey Enrique de Inglaterra. Es preciso ocupar y controlar las rutas de acceso a los Pirineos desde Francia y asentar nuestros reales en la localidad de San Juan de Pie de Puerto. Es ahí donde deberá detenerse el duque. Esas tierras del otro lado de las montañas siempre han sido navarras, y por tanto ahora también nos

pertenecen.

—Supongo que el emperador reaccionará a esta invasión, y que puede desencadenarse una guerra total.

—Descuidad, canciller. Maximiliano solo está interesado en que nuestro nieto don Carlos sea el sucesor en todos nuestros reinos. Lo que hará será intentar mediar en este conflicto, pero en el fondo lo que conviene a los planes que tiene para con don Carlos es que yo conquiste Navarra, pues así cree que será un título más que añadir a la Corona de los Austrias, para cuando llegue el momento.

—¿Pero cómo va a mediar en este conflicto sin comprometerse en él? —demandó el canciller.

—Por lo que me han contado mis espías en la corte de Francia, el rey Luis espera que don Maximiliano pida enseguida la mano de su hija Renata para mi nieto don Carlos. Si se produjera ese enlace, Renata aportaría como dote el ducado de Milán, que estamos acosando con la ayuda de tropas mercenarias suizas pagadas por Venecia; a cambio, nosotros tendríamos derecho a apoderarnos de Génova y de toda la zona costera de Provenza.

Otra vez todo apuntaba a que estos acontecimientos iban a desembocar en una guerra total entre los países de la cristiandad, que parecían olvidar que el Imperio otomano constituía una formidable amenaza desde el Mediterráneo oriental para todos ellos. Solo Fernando parecía darse cuenta de la gravedad de la situación, de modo que fortificó Orán y acordó con Enrique VIII de Inglaterra que el cuerpo de arqueros ingleses y galeses utilizados en Navarra también participaría en la guerra en África.

Metido de lleno en la ocupación de Navarra, Fernando había dejado de lado los avances que los españoles estaban realizando en tierras de las Indias, el nuevo mundo que muchos ya llamaban América. El sermón impreso del fraile dominico Antonio de Montesinos, dictado en la isla de La Española, en el que protestaba por el trato dado por los conquistadores españoles a los indios, circulaba ya por toda Castilla. Uno de esos ejemplares llegó a manos del Católico, que ordenó a los responsables de la publicación que se presentaran ante él en Burgos.

—Nuestra presencia en las Indias no es sino una continuación de la conquista en el nombre de Dios de las tierras de los herejes y los paganos —anunció con toda solemnidad el Católico al recibir en el palacio del Cordón en Burgos a una comisión de teólogos y juristas, entre los que se encontraba el propio Antonio de Montesinos.

—Así es, mi señor, pero si queréis que vuestros nuevos súbditos al otro lado del océano abracen la fe en Nuestro Señor, es preciso mejorar el trato que se les propina —alegó Montesinos.

—¿Acaso los estamos tratando mal? —demandó el rey del dominico.

—En ocasiones, algunos soldados de vuestra alteza no se han comportado como

deben hacerlo los buenos cristianos, y han vejado a los indios sometiéndolos a un trato degradante.

—¿A qué os referís?

—A que han sido duros en demasía y han exigido a los indios un esfuerzo en el trabajo que los ha llevado al borde del agotamiento. Esas gentes no estaban acostumbradas a trabajar de una manera tan exigente, y muchos han muerto, desfallecidos y agotados por cuanto se les demandaba. Los caribes no son una raza hecha para los trabajos duros. En su naturaleza, esos indios viven salvajes y felices, y apenas necesitan esforzarse en labrar los campos y recoger las cosechas, porque en sus bosques y selvas abundan las frutas y otros vegetales y en las costas de su mar los pescados con los que se alimentan. Y dado el clima que allí se disfruta durante todo el año, no necesitan hilar la lana o el lino y el cáñamo, ni curtir las pieles para fabricar vestidos, pues no son necesarios para el abrigo, ni tampoco esforzarse por construir casas sólidas, pues al no hacer frío no las precisan para resguardarse y les basta con levantar unas sencillas cabañas con troncos y hojas.

—Pareciera que estuvierais refiriendo al mismísimo Paraíso —comentó Fernando.

—Y en verdad que en ocasiones lo parece, pues por la bondad del clima, por la limpieza de las aguas, por la abundancia de frutos y de animales, por la ubérrima exuberancia de su suelo y por la inocencia de sus gentes bien pudiera serlo —alegó el dominico.

—¿Qué proponéis entonces? —requirió el rey.

—Que se aprueben por vuestra alteza unas ordenanzas para el buen regimiento y trato de los indios, y que sean obligados a cumplirlas todos vuestros súbditos, comenzando por los virreyes, adelantados y oficiales que tienen encomendado el gobierno de las Indias.

Fernando miró atentamente al dominico. Aquel fraile hablaba con serenidad y firmeza, convencido de lo que estaba diciendo. Y no parecía tener miedo a lo que pudiera decidir el rey.

—¿Estáis seguro de que el trato que se está dando a los indios no es el adecuado?

—Os juro por los cuatro evangelios, mi señor, que no miento, y que cuanto digo sobre los malos tratos a los indios es la verdad.

—Hace unos años, cuando todavía vivía la reina doña Isabel, dictamos una ley por la cual disponíamos que los indios eran hombres libres. ¿Acaso no ha sido suficiente? —preguntó el rey.

—No, mi señor, no lo ha sido. Son precisas unas ordenanzas en las que quede bien patente que debe mejorarse el tratamiento de los indios, que deben suavizarse sus condiciones de trabajo y que debe velarse por su evangelización. Si lo hacéis así, seréis recordado como el mejor gobernante del mundo y haréis honor a vuestro calificativo de Católico. —El dominico hablaba con el convencimiento que da la razón.

Y así se hizo. En la ciudad de Burgos, Fernando el Católico aprobó unas nuevas ordenanzas para el buen regimiento y tratamiento de los indios, que se deberían aplicar en todas las tierras bajo su soberanía en el Nuevo Mundo.

*Puerto de Málaga, Andalucía, reino de Castilla, septiembre de 1512*

El Gran Capitán había recobrado la ilusión. Por fin, tras tantos años de desconfianza y recelo, el rey de Aragón ponía en sus manos todo un ejército y le concedía su mando supremo. Los tiempos gloriosos de las guerras de conquista de Granada y de Nápoles volverían de nuevo. Sostenía en sus manos el diploma del rey Fernando por el que le autorizaba a reclutar tropas para partir hacia Italia y lo nombraba su general en jefe. La derrota sufrida en Rávena en el mes de abril no podía quedar impune.

Pero, otra vez, aparecieron los insidiosos, las intrigas ante Fernando, los cuchicheos y los comentarios de que Gonzalo podría volverse en su contra. Las dudas, que parecían desechadas, volvieron a instalarse en la cabeza del rey. Además, llegaron noticias de Navarra; y no eran buenas. Tras la fulgurante y victoriosa campaña de conquista, los franceses habían reaccionado y varias compañías dirigidas por el rey Juan III, que parecía decidido a recuperar su trono, habían penetrado por el valle del Roncal y avanzaban hacia Pamplona.

Entre las dudas sobre la campaña de Italia y las malas noticias que llegaban de Navarra, Fernando dictó una orden sorprendente.

El Gran Capitán estaba sobre la cubierta de la galera capitana, amarrada en el muelle del puerto de Málaga, donde ultimaba los detalles de la expedición a Italia; ya tenía casi todo listo para embarcar al ejército y solo faltaba la orden para zarpar. Un correo real que portaba un estandarte con los emblemas de Castilla y de Aragón apareció a toda prisa cabalgando sobre un alazán tostado. Cuando Gonzalo lo vio aproximarse, supuso que el mensaje que traía consigo era la orden de levar anclas y zarpar rumbo a Nápoles.

—Don Gonzalo —lo saludó el correo a la vez que descendía del caballo de un ágil brinco—, una orden urgente de su alteza el rey don Fernando para vos —anunció, y le entregó un documento sellado con lacre.

—Al fin —comentó uno de sus comandantes—, zarparemos enseguida.

—Me gustaría encontrarme con ese corsario de Satanás, a quien llaman «Barbarroja», y darle una buena tunda. Ya ha perdido un brazo en batalla, y yo le haré perder el otro —afirmó un compañero, muy enfadado porque el corsario berberisco había saqueado las Islas Baleares y las costas de Andalucía en una reciente expedición.

—Vengaremos esas afrentas —asentó el comandante, que esperaba ansioso lo que dijera Gonzalo, que había abierto la carta del rey y la estaba leyendo.

—Tropas españolas han expulsado a los franceses de la ciudad de Prato y han

ayudado a los Médicis a recuperar Florencia. Su alteza me comunica que este ejército ya no es necesario y me ordena que anule esta campaña y licencie a las tropas. Señores, ya no iremos a Italia; este ejército queda disuelto —anunció el Gran Capitán a sus comandantes, a los que había reunido sobre la cubierta de la galera capitana para comunicarles la noticia. Gonzalo, a pesar de leerlo con sus propios ojos, no podía creer la orden del Católico.

—¡Qué! —Los comandantes que lo acompañaban en ese momento quedaron sorprendidos y confusos.

—Pero la armada ya está lista para zarpar y los hombres preparados para la guerra —repuso uno de los capitanes.

—Todos los soldados que formamos en este ejército os seguiremos hasta donde nos ordenéis; decid qué hacemos y os obedeceremos hasta el fin —añadió otro de ellos.

—Las órdenes del rey son claras y no admiten réplica. Todos los que habéis venido a Málaga debéis regresar a vuestras casas. Los que deseéis seguir combatiendo por don Fernando podéis hacerlo; el rey permite que quien quiera pueda incorporarse al ejército que pelea en Navarra contra los franceses —explicó Gonzalo.

—¿Qué vais a hacer vos?

—Escribiré una carta a su alteza, le diré que soy su mayor servidor y le pediré que me deje marchar a Italia, a mi marquesado de Terranova. Mi tiempo como soldado ha terminado.

El Gran Capitán dobló con cuidado la carta del rey y la guardó en un bolsillo de su casaca. Aspiró con fuerza el aire húmedo que llegaba del mar y se retiró sumido en la más amarga de las desilusiones.

### *Granada, Andalucía, octubre de 1512*

Gonzalo Fernández de Córdoba regresó a Granada. El soldado invicto parecía derrotado, pero no por la fuerza de las armas o por la superior habilidad de un estratega en la batalla, sino por una decisión de un rey al que había jurado lealtad eterna.

A la vista de la fortaleza de la Alhambra, recortada como una joya roja ante el perfil azul y blanco de Sierra Nevada, suspiró. Dos días antes, al salir de Málaga, habían vuelto a despertarse en su interior las fiebres cuartanas y tenía un sudor frío, dolor de cabeza y malestar general.

Al llegar a su palacio granadino, descabalgó con lentitud, como si no quisiera bajarse de su montura, y contempló a su esposa, a la que habían avisado de su inmediata llegada. María Manrique se acercó a su marido y al mirarlo a los ojos contempló la abatida expresión de la derrota.

—Esposo, ¿estáis enfermo? —le preguntó.



—Descuidad, son esas dichosas fiebres, ya pasarán —contestó Gonzalo.

Pero María Manrique supo que no eran solo las fiebres, sino una afección mucho más profunda y severa, que se había anclado en su alma.

—Debéis descansar ahora.

—No. Antes debo escribir al rey, he de informarle que, cumpliendo sus órdenes, he disuelto el ejército, y, además, voy a pedirle que o me deje marchar a mis señoríos en Nápoles o que me otorgue el cargo de comendador mayor de León. Sé que acaba de morir Garcilaso de la Vega, y ese puesto ha quedado vacante. No me lo negará, me lo debe; me lo debe.

La respuesta del Católico a la carta de Gonzalo con su petición llegó a Granada un mes más tarde. En ella, Fernando se mostraba muy molesto: creía que, en la petición de retirarse a sus señoríos italianos, el Gran Capitán escondía la idea de entrar al servicio del papa Julio II, quien le había ofrecido, una vez más, dirigir su ejército a cambio de mucho dinero. En la carta, el rey no le comentaba que algunos de los intrigantes de la corte habían denunciado que Gonzalo estaba tramando una conjura, junto con otros nobles, para expulsarlo de nuevo a Aragón y maquinando que el príncipe Carlos viniera cuanto antes a Castilla.

—Ha llegado la respuesta del rey —le dijo Gonzalo a su esposa mientras comían en la gran sala de su palacio de Granada.

—¿Ha aceptado tus peticiones? —le preguntó María Manrique, aunque por el rictus de su esposo ya intuía que no se lo había concedido.

—No. Me ordena que me dirija a Loja y que pase allí el invierno, y que espere a recibir nuevas instrucciones. ¡Siempre lo mismo! —Gonzalo se levantó de la mesa con toda la energía y volcó una copa de vino—. Jamás confié plenamente en mi lealtad, pese a que le he dado tantas muestras de ella, y jamás confiaré. ¿Qué más puedo hacer para demostrarle que nunca lo traicionaré?, ¿qué más puedo hacer?

María de Manrique también se levantó, colocó de pie la copa derramada y se acercó a su esposo.

—No os sintáis humillado, no merece la pena que os angustiéis de esta manera, ni siquiera por el rey.

—No es humillación lo que siento, sino una total sensación de injusticia.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Acatar la orden del rey y volver a Loja —asentó Gonzalo a la pregunta de su esposa.

—¿Por qué seguís a ese hombre? Os trata sin la consideración debida a quien le habéis regalado un reino.

—Le juré fidelidad eterna. No puedo incumplir mi palabra. No soy un felón.

—Si así lo habéis decidido, ¿cuándo nos vamos?

—En cuanto despache unos asuntos. Iremos primero a Antequera y luego a Loja,

y allí esperaremos... —Gonzalo estaba enojado, lleno de despecho y de rabia, pero ni siquiera se planteó incumplir las órdenes de su rey.

Mientras el de Alba ganaba fama y gloria en los campos de batalla navarros, el Gran Capitán rumiaba su desventura camino de Loja. No sabía que ya nunca abandonaría aquellas tierras.

### *Valladolid, otoño de 1512*

Los álamos del río tenían las hojas amarillas y muchas de ellas ya habían caído arrastradas por el frío viento del norte. Hacía una mañana ventosa pero soleada y, en el cielo azul cristal, bandadas de pájaros volaban formando flechas hacia el sur.

Fernando de Aragón y Pedro Losantos caminaban por la orilla del Pisuerga, por una vereda que corría paralela a la corriente. Tras ellos, una docena de soldados se mantenía alerta a la espalda del rey.

—Navarra ya es nuestra. El duque de Alba la ha sometido gracias a los refuerzos llegados de Málaga; los franceses han sido derrotados y se han retirado al otro lado de los Pirineos. Otro reino para nuestra Corona —comentó el rey.

—Muy buenas noticias, mi señor —se alegró Losantos, que se apoyaba en una vara de fresno.

—Un rey no debería caminar, al menos un tramo tan largo —el Católico se detuvo y apoyó su mano en el tronco de un árbol—; pero tenéis razón, Losantos, este ejercicio me conforta mucho.

—Ya os lo dije, alteza, si movéis las piernas cesarán los dolores y os encontraréis mucho mejor.

—Uno de estos días saldremos a cazar.

—No sé cazar, y es una diversión que no me atrae, pero si vuestra alteza así lo quiere...

—Un rey sí debe cazar. La caza es lo más parecido a la guerra. ¿Lo sabíais?

—Creo recordar que me lo habéis comentado en alguna otra ocasión.

—Ese sí es un ejercicio para reyes y no este de caminar.

—Podéis cazar cuanto queráis, mi señor, pero nunca dejéis de andar o volverán a doleros las piernas.

—Sentaos a mi lado —le dijo el rey, que lo hizo sobre un grueso tronco a la vera del camino, a media docena de pasos de la corriente del río. El médico así lo hizo. El capitán que mandaba la escolta hizo ademán de acercarse al ver cómo el rey se sentaba, pero Fernando lo hizo detenerse con un brusco gesto de su mano y su brazo alzados—. Me habéis servido con fidelidad durante estos años, don Pedro, y quiero agradecer vuestros servicios.

—Ya lo hacéis, alteza. Me los pagáis generosamente.

—¿Puedo seguir confiando en vos? —El Católico bajó el tono de su voz, como si

quisiera hacerle comprender a Losantos que lo que iba a decirle era un alto secreto.

—Por supuesto, soy vuestro más leal servidor. —Losantos se inclinó hacia el rey dejando su bastón de fresno sobre el tronco.

—Escuchad: deseo confiaros un secreto; pero antes prometedme que guardaréis silencio sobre lo que voy a confesaros. —La mirada del Católico parecía sincera.

—Siempre lo he hecho —asintió Losantos con un gesto circunspecto.

—He redactado mi testamento. —El Católico alzó la ceja derecha y esbozó una sonrisa tan sutil que apenas torció la línea de sus labios.

—Todavía os queda mucho tiempo de vida.

—La muerte puede llegar en cualquier momento, por eso he dictado mi última voluntad: mi heredero en los Estados de la Corona de Aragón será mi nieto... don Fernando —asentó el rey, que en ese momento parecía rodeado de un halo de autoridad.

—¡Cómo! —Losantos abrió los ojos entre asombrado y perplejo.

—¿Sorprendido?

—¿Don Fernando? Pero el heredero es don Carlos, vuestro nieto mayor.

—Pues ya no lo es. —Fernando envolvió su puño derecho con la palma de la mano izquierda, como si quisiera aplastar a algo o a alguien.

—Las Cortes han jurado a don Carlos como heredero... —balbuceó el médico, consciente de la gravedad de la decisión de su señor, que podía provocar una guerra civil, como ya había ocurrido en otras ocasiones.

—Las Cortes de Castilla sí, pero las de Aragón no. Don Carlos será el soberano en Castilla, eso no puedo evitarlo en modo alguno, pero don Fernando lo será en la Corona de Aragón... Salvo que doña Germana me dé otro hijo varón.

—¿Habláis en serio? ¿Estáis seguro de lo que habéis hecho? —el médico balbució.

—Nunca he estado más seguro al tomar una decisión.

—Don Carlos es todavía un muchacho, pero supongo que sus consejeros le dirán que no acepte de ninguna manera vuestra decisión. Este testamento al que aludís, y perdonad que os lo diga con tanta franqueza, mi señor, puede desencadenar una guerra entre los dos hermanos, vuestros nietos, y arrastrar a ella a Castilla y a Aragón.

—No lo creo. Los castellanos nunca me han querido como rey, ni siquiera cuando estaba casado con doña Isabel y ostentaba con toda legitimidad ese título. Prefirieron a ese entrometido de don Felipe, que despreciaba a Castilla, antes que a mí. Sé lo que ocurre cuando un monarca extranjero gobierna un reino, de modo que no voy a dejar a Aragón en manos de un rey castellano.

—Pero don Carlos no es castellano, es flamenco, y don Fernando sí lo es, nació en Alcalá...

—A don Fernando lo he educado yo; ha estado a mi lado desde que nació, y es como a mí me gustaría que hubiera sido el hijo que nunca me sobrevivió. Don Fernando será el próximo rey de Aragón.

—Eso ya depende de la voluntad de Dios.

—Esta noche visitaré a doña Germana; necesito una dosis de polvo verde. Dádsela a mi cocinero y que la incorpore a la cena. ¡Ah!, y doblad la cantidad habitual.

—Alteza, no es nada bueno consumir una dosis tan abundante de cantaridina.

—Limitaos a cumplir mis órdenes, Losantos, y dadle al cocinero una ración doble de ese polvo. Necesito un hijo, don Pedro, un hijo varón.

—Pero acabáis de revelarme que habéis firmado un testamento secreto en favor de vuestro nieto don Fernando...

—Debo cubrirme las espaldas por si me ocurriera algo, pero quiero tener un hijo, ayudadme a ello.

—No quiero ser responsable de lo que pueda sucederos si abusáis de la cantaridina, mi señor.

—¡Maldita sea, Losantos, dejad de replicar como una vieja alcahueta y haced lo que os digo!

Pedro Losantos acató la orden del rey. Aquella misma noche Fernando ingirió una buena dosis de cantaridina y pudo montar a su esposa con facilidad, pero a la mañana siguiente tuvo palpitaciones y mareos, y se vio obligado a guardar cama durante toda la jornada. Pedro Losantos se encargó de administrarle algunos jarabes y un reconstituyente elaborado con leche caliente, yemas de huevo y miel.

### *Malinas, Flandes, principios de marzo de 1513*

—Ha muerto su santidad el papa Julio —informó el secretario de Carlos de Austria a la infanta Margarita, que lo recibió en su alcoba.

La regente de los Países Bajos estaba leyendo *Elogio de la locura*, un libro recién editado en latín y firmado por Erasmo de Rotterdam, a quien Margarita apreciaba como maestro.

—Supongo que ahora van a cambiar muchas cosas. Julio II aspiraba a dominar toda Italia y no dudó en emplear la fuerza cuando le convenía. Ojalá los cardenales no vuelvan a elegir a un papa como ese. ¿Se sabe el nombre del nuevo pontífice?

—Todavía no, señora. El cónclave se va a reunir de inmediato para elegir al sucesor de san Pedro. Los cardenales ya andan deliberando sobre a quién apoyar. La mayoría de ellos lo pasó muy mal con el papa Julio, y no desean designar a un pontífice de semejante calaña.

—¿Hay algún candidato firme?

—Vuestro padre el emperador defendía como candidato hasta ahora al cardenal de Hungría, pero ha decidido cambiar su apuesta. Lo más probable es que el nuevo papa será Giovanni de Médici, el hijo de Lorenzo el Magnífico.

—¡Otra vez los Médicis! —exclamó Margarita.

—El emperador considera que su vuelta al poder es necesaria para mantener el equilibrio de fuerzas en Italia. Mientras los Médicis gobernaron Florencia, en el centro y norte de Italia se mantuvo una división de dominios que suponía un equilibrado reparto del poder, pero con la debilidad de estos Estados, Francia ambicionó dominar la mitad norte de Italia, mientras el rey Fernando de Aragón se convertía en el dueño del sur, lo que no conviene a la casa de Austria. Vuestro padre el emperador cree que con los Médicis gobernando en Roma y en Florencia y los Sforza en Milán, Francia tiene menos posibilidades de hacerse con todo el norte de Italia. Una vez lograda la tregua con Venecia, esta solución parece la más propicia a nuestros intereses.

—Si mi padre así lo considera... —Margarita de Austria se quedó en silencio, ensimismada en sus pensamientos.

Hacía ya más de quince años de aquello, pero todavía recordaba el escaso pero intenso tiempo en que estuvo casada con el príncipe Juan de Castilla y Aragón, cuando eran príncipes de Asturias y de Gerona y herederos de ambas Coronas. No pasaba una sola noche sin que en la oscuridad de su alcoba rememorara las largas veladas de amor, aquellas largas y dulces madrugadas en las que su joven marido la amaba una y otra vez hasta que ambos caían rendidos de placer, casi siempre al rayar el alba. ¡Ay!, si su joven esposo no hubiera muerto, o si hubiera nacido un niño tras su corto matrimonio, o incluso si no hubiera fallecido aquella niña en el momento del parto. Ella pudo ser reina y madre de un rey, pero la muerte de su esposo y la de su hijita antes de tiempo se llevaron por delante todos sus sueños.

—¿Señora..., señora? —El secretario del archiduque requirió la atención de Margarita.

—¡Oh!, perdonad, son esos dichosos recuerdos... ¿Qué decíais?

—Hablabamos del nuevo papa y de qué harán vuestro padre y vuestro suegro.

—Claro, claro. Si mi padre apoya a ese Médici, ¿creéis que también lo hará mi suegro?

—Don Fernando aceptará, sin duda, a Giovanni de Médici como papa. Bastante tiene con ocuparse de la amenaza de los turcos en el Mediterráneo, asentar la conquista de Navarra y mantener a raya a la nobleza de Castilla.

—Tenéis razón; además, que Florencia vuelva a manos de los Médicis es en buena medida obra suya. Los reyes de Aragón siempre han ambicionado el dominio de Italia. Y bien, dejadme ver esas cuentas, es a lo que habíais venido, ¿no?

—Aquí están, mi señora.

Margarita revisó los pagos realizados por el tesorero de Flandes en el último mes: al maestro pintor Santiago van Lathen por unos bocetos para una mascarada en honor de Carlos y sus hermanas, a una bordadora por cuatro mantos de crepé hechos a la moda de Italia, a un orfebre por unas espadas doradas y unos cinturones, a los fruteros, a los boticarios, al maestro indiciario Remy de Puys por sus relatos, a don Adriano, cirujano de palacio...

—¿Hay dinero para cubrir todos estos gastos?

—Las rentas de la casa de Austria en Flandes y Borgoña son suficientes para ello, mi señora. Borgoña es la tierra más rica de Europa.

—Bien, pero aquí solo está la lista de gastos. Decidle al tesorero que prepare un detallado informe sobre las rentas que percibimos y su procedencia; que sea lo más preciso posible. Mi sobrino ya ha cumplido trece años, pronto estará en condiciones de ejercer el gobierno por sí mismo; no me gustaría que heredara una hacienda en bancarrota.

—Como ordenéis, señora. ¿Deseáis algo más de mí? —el secretario sonrió con lascivia, a la vez que dejaba sobre una mesa el libro de cuentas y acariciaba el cuello de Margarita, que se estremeció de placer.

—Dejémonos ya de formalidades, no tenemos todo el día para nosotros —dijo Margarita mientras se descubría los hombros para dejar a la vista buena parte de su pecho.

El secretario se inclinó sobre ella y comenzó a besarle el cuello con sutil delicadeza, mientras su mano se introducía por el escote hasta llegar a acariciarle los pezones, que comenzaron a endurecerse enseguida.

La regente de Flandes jadeó, cerró los ojos y se giró para besar a su amante.

A sus treinta y tres años, la viuda del príncipe Juan de Castilla y Aragón, que había llevado el título de princesa de Asturias y de Gerona, seguía siendo una mujer hermosa. Cuatro años después de la muerte de su primer esposo volvió a casarse con Filiberto, duque de Saboya, que murió tres años más tarde y del que no tuvo hijos.

Nunca volvería a casarse, a pesar de que incluso fue requerida para ello por el rey Enrique VII de Inglaterra. Había decidido ser una mujer libre, dedicada al gobierno como regente de los Países Bajos y a tutelar y educar a su sobrino Carlos y a las hermanas de este.

Pero nunca renunciaría a la pasión.

### *Carrioncillo, reino de Castilla, abril de 1513*

Como estaba previsto, en el cónclave del Vaticano no hubo sorpresas y Giovanni de Médici fue elegido nuevo papa. El cardenal de Hungría, el incauto Tomás Bakócz, se presentó en Roma creyendo en la promesa del emperador Maximiliano de que iba a ser él el elegido para ocupar el solio de San Pedro, pero el emperador, aliado en esta ocasión con el rey de Aragón, lo traicionó.

Giovanni de Médici tomó el nombre de León X, y declaró a sus consejeros más cercanos que el papa se comportaría a partir de ese momento como un pastor de hombres y no como un general de soldados, rechazando así la manera de gobernar la Iglesia de su antecesor, Julio II, al que todos llamaban ya «el Papa guerrero».

Otra vez brillaba con fuerza la buena estrella del Católico. En el último año,

derrotado su ejército en Rávena, con acuciantes problemas y fracasos en el norte de África y acosado en Navarra por los franceses, había estado al borde del precipicio, pero su proverbial habilidad lo había vuelto a sacar del monumental atolladero. Había logrado estabilizar su dominio en Italia y evitar que Francia se hiciera con el norte; había colocado al frente del papado a su candidato, contando para ello con el apoyo del emperador Maximiliano, su gran rival; se había hecho con el control de Navarra, donde convocó Cortes para asentar su dominio y convertirse en rey incuestionable; y había logrado mantener, no sin gran esfuerzo y gracias a los créditos obtenidos en las Cortes de Monzón, las plazas conquistadas en el norte de África, sobre todo la de Orán, convertida en la base de operaciones en toda esa zona.

De modo que, solventados todos los obstáculos, decidió retirarse unos días a cazar en los sotos y campiñas de Carrioncillo, una pequeña aldea a poco más de una hora al oeste de Medina del Campo, donde los reyes de Castilla habían construido tiempo atrás un sencillo pero confortable pabellón de caza.

Mientras los criados instalaban el equipaje de los reyes en el pabellón, Fernando dialogaba con Pedro Losantos.

—Tordesillas está cerca de aquí —comentó Fernando.

—A vuestra hija le gustaría que la visitarais.

—Me gustaría verla, pero, no, no debo hacerlo. Un rey no debe mostrar sus sentimientos más profundos. Nunca.

—Siempre habéis sostenido esa idea, alteza.

—A lo largo de mi vida, solo en algunas cartas que crucé con la reina Isabel dejé notas de mi amor hacia ella. Hace ya más de ocho años que está muerta y, pese al tiempo transcurrido y a mi matrimonio con Germana de Foix, todavía la sigo recordando.

—Juntos lograsteis grandes éxitos para Castilla.

—Cuando veníamos hacia aquí, a la vista de esos interminables llanos, he recordado aquellos días en los que mi padre el rey Juan me anunció que debía viajar a Castilla para casarme con su princesa Isabel, que había sido proclamada heredera a su Corona.

—Me alegra que compartáis esos recuerdos conmigo, señor.

—Sabéis, don Pedro, hace mucho tiempo yo era un joven príncipe que hice un camino parecido a este. Antes de partir de Aragón, mi padre me concedió el título de rey de Sicilia. Quería que su heredero ya fuera un rey cuando se casara con la princesa de Castilla.

—Lo sé, mi señor, mi padre me contó esa historia.

—Pues escuchadla de nuevo de mis labios. ¿Sabíais que tuve que viajar a Castilla disfrazado de mulero? Un rey, querido amigo, un rey vestido como un criado. Incluso tuve que ejercer como tal para pasar totalmente desapercibido y no levantar sospechas sobre mi verdadera identidad. En más de una ocasión serví la cena a los que me acompañaban en ese viaje. Tuve que hacerlo así. Corría el rumor de que el

príncipe de Aragón iba a Castilla para hacerse con ese reino, y como eran muchos los que no querían que un extranjero se convirtiera en su rey, procuraron hacer fracasar esos planes. En el Burgo de Osma incluso lanzaron piedras sobre nuestra comitiva, al identificarnos como aragoneses.

—Pero conseguisteis vuestro objetivo.

—Sí. Llegamos a Valladolid tras algunas peripecias y allí me casé con doña Isabel. Vos la conocisteis bien, pues erais un joven médico recién llegado de Montpellier cuando entrasteis al servicio de la corte por recomendación de vuestro padre. Entonces todavía erais judío.

—Sí, mi señor. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer mismo —asintió Pedro Losantos.

—Deberíais haberla visto el día de nuestra boda. Isabel no solo era hermosa, con aquellos ojos grandes y azules, su rostro ovalado y su cabello rubio y rizado, también era la más soberbia imagen de la realeza.

—Lo fue hasta el fin de sus días, mi señor.

—Tuvimos que pedir una dispensa del papa para casarnos, pues éramos primos segundos; nuestros abuelos Fernando de Aragón y Enrique de Castilla eran hermanos. Pero la dispensa no llegó a tiempo y hubo que falsificarla.

—¿Es eso cierto? —preguntó Losantos, aunque conocía de sobra lo sucedido.

—Lo es. La verdadera dispensa papal llegó dos años después. Cuando murió su hermano Enrique, doña Isabel fue proclamada reina de Castilla, y yo lo fui un poco más tarde. Mis consejeros tuvieron que trabajar duro con los castellanos, y al fin se acordó que ambos compartiríamos la misma dignidad real, que mi nombre precedería al de Isabel en los documentos oficiales, pero que las armas de Castilla y León y la enumeración de títulos lo harían por delante de las de Aragón. En esto no debí transigir, pero yo no era entonces rey de Aragón todavía, sino solo de Sicilia.

»El resto ya lo conocéis. Lo habéis vivido.

En la primera jornada de caza, ayudados por dos enormes mastines y un gran alano, los cazadores abatieron dos gamos y un gran jabalí, y los halcones alcanzaron algunas perdices. Aquella noche Fernando y Germana cenaron copiosamente lomo de venado con salsa de arándanos e higos confitados. El rey había decidido hacerle el amor a su esposa y quiso prepararse de manera adecuada. Mientras la reina se bañaba en una tina de agua caliente perfumada con esencia de lavanda, el Católico llamó a Pedro Losantos y le pidió una buena dosis de polvo de cantárida.

El médico le ofreció una cucharadita, pero el rey, que se sentía eufórico y pleno de vigor, pese al cansancio acumulado tras la intensa jornada de caza, le exigió una cantidad mayor. Pese a la recomendación de Pedro Losantos en contra, el rey tomó tres veces la dosis que le había indicado su médico.

Los reyes se retiraron a la alcoba principal del pabellón tras la cena. La



cantaridina hizo efecto de manera casi instantánea, y Fernando pasó buena parte de la noche encima de Germana, con una erección tan duradera que la satisfizo plenamente.

Pero a la mañana siguiente el rey de Aragón se despertó sumido en un baño de sudor frío, enfermo y aquejado de una elevada fiebre y con fortísimos dolores en el pecho y la cabeza. Pasados los efectos de la cantaridina, el rey se sintió morir.

Losantos, avisado del grave estado del Católico, acudió ante su lecho, y ordenó que fuera trasladado a toda prisa a Medina del Campo en una carreta. El rey Fernando llegó al palacio real con el corazón alterado, latiendo de manera tan desbocada que parecía a punto de salirse del pecho.

—La francesa lo ha envenenado —bisbisó uno de los consejeros castellanos del Católico, refiriéndose a Germana.

—No, la reina no tiene nada que ver, al menos directamente, en esto. Ha sido el exceso de cantaridina —alegó Losantos.

—¿Estáis seguro?

—Ayer, antes de la cena, el rey me pidió que le administrara una dosis de ese afrodisíaco. Quería holgar con la reina toda la noche. Le recomendé la cantidad adecuada, la que ha tomado en otras ocasiones, pero no le pareció suficiente e ingirió tres veces la estipulada, tal vez algo más —explicó el médico.

El consejero miró a Losantos con suspicacia.

—¿No habréis sido vos el envenenador?

—Soy un sanador de cuerpos, no un verdugo —respondió Losantos, pero en ese mismo instante fue consciente de que mentía.

—¿Qué tipo de sustancia es esa?

—La cantaridina es polvo de mosca verde; tomado en cantidades adecuadas y con moderación es un poderoso afrodisíaco que despierta el miembro viril y lo enhiesta a cualquier varón de avanzada edad como si tuviera dieciocho años. Pero si se abusa de él, como hizo su alteza anoche, y no es la primera vez, provoca desmayos, alteraciones en el pálpito del corazón e hidropesía.

—¿Hidropesía?

—Retención de líquidos; por eso tiene su alteza inflamadas las piernas y el vientre. Las cualidades de este polvo y los problemas que provoca el exceso de ingesta ya los conocía Aristóteles, que escribió respecto a ello —explicó Losantos.

—Entonces, aseguráis que el rey ha abusado de ese polvo y lo ha hecho por su propia voluntad y en contra de vuestra opinión. ¿Es así?

—En efecto, así ha sido. Y aún pudo haber resultado peor. La cantaridina es todavía más eficaz si, además de tomarla como condimento de la comida o disuelta en un líquido, se aplica mediante un emplastro directamente en el pene, pues provoca una dilatación y un aumento considerable de volumen, aunque también puede producir el sangrado del miembro y graves heridas, y provocar úlceras y quemazón en el útero de la mujer.

El consejero real pareció darse por satisfecho con las explicaciones de Losantos. No en vano, en la corte todos conocían la obsesión que el rey tenía por dejar embarazada a su esposa, y cómo era capaz de cualquier cosa para lograrlo.

El médico converso visitó al rey, que yacía en la cama del pabellón real de Carrioncillo, sudoroso y febril, aunque consciente.

—Os aconsejé que no tomarais tanta cantidad de cantaridina, alteza. Si no me hacéis caso, un día de estos vuestro corazón se detendrá sin remedio —le recriminó a Fernando.

—Anoche quería dejar a mi esposa embarazada. Supe que era el momento. Tal vez lo haya logrado.

—Pero habéis arriesgado vuestra vida, mi señor.

—¿Podré seguir acostándome con ella? —preguntó el Católico.

—En los próximos días creo que no, pero en cuanto os recuperéis podréis hacerlo de nuevo, aunque de una manera más sosegada, como corresponde a vuestra edad. Si espaciáis vuestros encuentros amorosos con doña Germana y no abusáis de la cantaridina ni de ciertos alimentos, os aseguro que podréis hacerlo una vez a la semana.

—La reina tiene veinticinco años...

—Y vos sesenta y uno, mi señor, de modo que no pretendáis comportaros como un garañón en celo permanente —replicó Losantos.

—¡Maldito matasanos...!, todavía no sé cómo os permito que me habléis así; sois la única persona del mundo a quien se lo consiento.

—Supongo que estimáis que soy el único hombre que os dice la verdad, aunque no os agrade.

—¡Condenado converso! —El Católico, pese a la fiebre, esbozó una sonrisa.

—Ahora debéis descansar. No os levantéis de la cama y tomaos la comida y las infusiones que os he preparado, incluso la jarrilla de leche de cabra con miel que he prescrito que os bebáis cada seis horas. Y olvidaos, por el momento, de volver a acostaros con vuestra esposa durante una temporada.

—¿Por cuánto tiempo?

—Como ya os he dicho, hasta que os recuperéis del todo. Aunque hacéis todo lo posible para mataros, vuestra naturaleza es fuerte como un roble, de modo que, si cumplís con cuanto yo os diga y os comportáis como un paciente obediente, podréis estar de nuevo sano en unas tres o cuatro semanas.

—¿Os he dicho alguna vez que sois un condenado matasanos?

*Valladolid, mayo de 1513*

—«Espera, espera». ¡Solo sabes decir eso! Hace ya mucho tiempo que aguardo con toda la paciencia del mundo a que tu rey me conceda la autorización para casarme con Leonor. Pero ya no quiero que pase ni un instante más. Amo a esa mujer y deseo que sea mi esposa cuanto antes.

Pablo Losantos regresó a casa tras atender a varios pacientes pobres que no podían pagar sus servicios, pero a los que el joven médico atendía gratuitamente un par de días a la semana. Airado por tanta injusticia y tanta pobreza como acababa de presenciar en las míseras casas de los enfermos a los que había visitado, no pudo contenerse y alzó la voz ante su padre, que acababa de regresar del palacio real de Medina del Campo tras visitar al rey Fernando, que se recuperaba en Medina de su achaque sobrevenido en Carrioncillo.

—En la próxima entrevista, la semana que viene, le insistiré de nuevo. Espero que decida al fin y puedas casarte con esa mujer. —Pedro se lavó las manos en un barreño y se las secó con un paño.

—A veces, padre, creo que quieres más a ese hombre que a tu propia familia. ¿Qué ves en él para que le muestres semejante aprecio y fidelidad?

—Es el rey...

—Es un hombre, ambicioso, egoísta, soberbio...

—Apenas lo conoces. ¿Cómo puedes hablar así de quien te ha dado un puesto en su corte?

—Conozco sus hechos, y sé cómo se ha comportado con sus hijas. ¿Qué padre trataría a una hija como él lo está haciendo con la reina Juana?

—Don Fernando desea lo mejor para su hija, como yo deseo lo mejor para ti y para tus hermanos. Todavía eres joven y no has sido padre, cuando lo seas, comprenderás muchas cosas que ahora no puedes entender.

—¿Qué es lo que no puedo entender?: que un rey decida mi destino y el de la mujer que amo, que tenga que depender de la veleidad de ese hombre, que tú, mi propio padre, sacrifiques toda tu vida y la entregues a un hombre que no lo merece... ¿Eso es lo que debo entender? —Pablo Losantos estaba muy enojado. Su paciencia se agotaba.

—Comprendo tu impaciencia, hijo, pero comprende... —Pedro abrazó a su hijo por los hombros.

—¡Que comprenda! —Pablo se giró y fijó los ojos en los de su padre—. No, padre, ni lo comprendo ni lo quiero comprender. Deseo casarme con Leonor, y lo voy a hacer lo permita o no el rey.

—¿Te has vuelto loco? Leonor es una dama de la corte de la reina Germana y miembro de uno de los más notables linajes del reino de Aragón. El permiso del rey es imprescindible.

—Estoy dispuesto a casarme sin esa autorización —asentó Pablo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo harás? Supongo que te presentarás en palacio, raptarás a Leonor y te la llevarás, pero... ¿a dónde?

—A Francia, a Inglaterra, o entre los turcos si es preciso.

—¿Y Leonor? ¿Le has preguntado a ella qué es lo que quiere? ¿Le has preguntado si está dispuesta a abandonar todo por seguirte en tu locura? ¿Has pensado en la mujer que dices amar, en su felicidad, en su futuro?

Ante esas preguntas de su padre, Pablo calló.

—Nadie desea más tu felicidad que nosotros, hijo —intervino Juana de la Cruz, que hasta entonces se había mantenido al margen de la disputa entre su esposo y su hijo—, pero tu felicidad pasa por la voluntad del rey. Las cosas son así y no podemos cambiarlas.

—¿Tú también, madre? Yo creía que estabas conmigo.

—Y lo estoy. ¡Cómo no iba a estarlo si te llevé nueve meses en mis entrañas, te amamanté, te vi crecer y convertirte en el hombre que eres! —Juana acarició la mejilla de su hijo con dulzura—. Sé que deseas estar con Leonor, pero tu padre tiene razón. Es mejor que esperes unos meses más y seas feliz con ella el resto de tu vida a que te precipites y tomes una decisión de la que te arrepientas durante toda ella —le aconsejó Juana a la vez que acariciaba el cabello de Pablo, como cuando era un niño pequeño dormido en su regazo.

—Hablaré con el rey, hijo, y procuraré que os conceda pronto su permiso. No ve mal esta boda, pues si no le pareciera bien ya habría resuelto su dictamen en contra. Ten paciencia, un poco más. Hazlo por la mujer a la que amas.

Pablo aceptó al fin. Su cabeza venció a su corazón, que no entendía de otras razones que las de la pasión que sentía por Leonor.

### *Valladolid, comienzos de verano de 1513*

Un criado se presentó en casa de Pedro Losantos. El médico acababa de regresar de Medina del Campo, tras visitar al rey y a la reina, y se encontró con una nota del vicescanciller de Aragón.

—Es de don Antonio Agustín. Acaba de llegar de Aragón y me pide que me reúna con él. Dice que es muy urgente —le comentó Pedro a su esposa.

—Ten cuidado con ese hombre, es un intrigante —le previno Juana de la Cruz.

—Vamos, mujer, es un pobre diablo enamorado de la reina Germana, nada más.

—Si el rey se entera de que andas en tratos con el amante de su esposa...

—No son amantes.

—Tal vez no, pero don Antonio se prendó de la reina en cuanto la vio, y desde entonces intenta verse a solas con ella. Cree el muy iluso que conseguirá seducirla.

—No corro ningún riesgo entrevistándome con él. Me ha citado hoy, al atardecer, en la Posada del Ciego.

—En cualquier caso, ándate con cuidado.

El vicescanciller de Aragón era un hombre joven y apuesto, demasiado influido por los libros de caballerías, que devoraba sin cesar en cualquier momento. En alguna ocasión Pedro Losantos lo había visto mirando a la reina con esos ojos que suelen poner los enamorados; lo había leído recientemente en un tratado sobre el amor titulado *El collar de la paloma*, en el que un filósofo musulmán cordobés de nombre Ibn Hazm destacaba los signos que los enamorados revelan al mirarse.

Pedro entró en la taberna de la Posada del Ciego y enseguida vio al vicescanciller sentado al fondo del local, junto a una mesa sobre la que había una jarra y dos vasos. Se dirigió hacia él con paso firme y lo saludó con afecto.

—Os veo muy bien, don Antonio —dijo Losantos, que percibió que el vicescanciller había dado buena cuenta de al menos media jarra de vino.

—Yo también a vos, don Pedro; a lo que se ve, vuestra esposa os cuida con esmero.

—Así es. ¿Qué queréis de mí? Supongo que no serán mis servicios médicos, pues tenéis un aspecto magnífico.

—Me encuentro muy bien; este vino de la ribera del Duero es excelente. Tal vez un poco grueso, pero excelente.

—Sí, en esta región se elabora un buen vino —certificó Losantos, que permanecía en pie ante Antonio.

—Pero sentaos, por favor —indicó con su mano.

—Os lo agradezco.

—Y servíos un vaso de vino. Me ha confesado el mesonero que es el mejor que tiene.

Pedro Losantos cogió la jarra y el vaso vacío y vertió vino hasta la mitad.

—A vuestra salud —el médico alzó el vaso.

—A la vuestra —replicó el vicescanciller alzando el suyo y apurando de un trago todo el contenido.

—Vos, don Pedro, sois uno de los hombres más cercanos al rey...

—Sí, su alteza me honra con ello.

—Bien, pues por eso mismo quiero trasladaros un temor que existe en Aragón, y que vos podríais ayudar a que desapareciera.

—¡Oh!, don Antonio, solo soy un pobre médico de la corte. No sé qué podría hacer yo por Aragón.

—Se trata de don Fernando... —El vicescanciller se sirvió otro vaso de vino y lo sorbió de un solo trago—. Os seré franco: es preciso que doña Germana engendre un hijo —asentó Antonio Agustín, cuya voz comenzaba a balbucear por efecto del vino.

—Ya... Bueno, el rey lo intenta. Como bien sabéis, a él nada le agradaría más en este mundo que tener un hijo varón con doña Germana, pero ese embarazo no llega. Don Fernando es un hombre mayor y está cansado tras una vida de tantos esfuerzos y trabajos.

—¿Creéis que su simiente ya no es capaz de fecundar a la reina?

—Don Fernando ha demostrado su virilidad en numerosas ocasiones...

—Sí, ya sé que ha tenido hijos con varias mujeres; todo el mundo conoce las aventuras amorosas del rey, pero tal vez su edad le impida ahora dejar embarazada a la reina. También sé que le proporcionáis algunos remedios para aumentar su virilidad —dijo el vicescanciller, que parecía bien informado de lo que hacía el rey.

—Bueno, eso es algo que queda entre médico y paciente. —Losantos intentaba evitar cualquier confesión o cualquier asunto delicado para el rey.

—Sea como sea, la reina debe quedar embarazada —asentó Antonio, ahora ya visiblemente afectado por los efluvios del vino, lo que provocó que se le soltara la lengua.

—Todos deseamos ese embarazo.

—Pues haced lo que sea para que la reina se quede embarazada. Os hablo en nombre de los intereses del reino de Aragón y de su Corona.

—Seguimos intentándolo. Hemos recurrido a los testículos de toro, a las infusiones de abrotano, a unas dosis exageradas de cantaridina..., todo, pero no ha dado resultado. A veces esos remedios no funcionan —se excusó Losantos.

—Con franqueza, Aragón no quiere que don Carlos de Austria sea su rey. Si ese flamenco se convierte en nuestro señor, Aragón será un Estado más entre los muchos que gobierne y perderá cualquier trascendencia en el futuro —auguró Antonio Agustín.

—Pues, por el momento, don Carlos es el heredero legítimo. —Losantos calló que el Católico había firmado un testamento secreto en el que nombraba sucesor en la Corona de Aragón a su nieto Fernando.

—Eso puede solucionarse. Vos sois el médico de don Fernando y de doña Germana...

—¿Qué pretendéis con todo esto?

—Escuchadme —el vicescanciller se sirvió un nuevo vaso y apuró la jarra hasta que no quedó nada de su contenido. Dio un largo trago, se limpió los labios y lo soltó —: Yo podría engendrar a ese heredero —se trabucó al pronunciar alguna de estas sílabas.

—¿Os habéis vuelto loco o estáis completamente borracho? —Losantos alzó las cejas y miró a los lados por si alguien podría haber escuchado aquella conversación, lo que podía acarrearle muchos problemas.

—La reina es una mujer muy hermosa y su esposo ya no puede satisfacerla ni dejarla preñada. Yo me prestaría a...

—¡Sois un necio! —cortó Losantos al vicescanciller—. Si el rey sospechara de vuestras intenciones, vuestra cabeza rodaría por el suelo de inmediato, y si supiera de esta conversación, es probable que la mía también.

—Aragón debe tener ese heredero. Don Carlos no puede ser nuestro rey —insistió Antonio Agustín.

—Escuchad, hay una solución sin que peligren nuestros cuellos...

—Hablad —el tono del vicescanciller se había tornado más autoritario, pero Losantos atisbó una posibilidad para actuar a favor de su rey.

—Vos sois un hombre influyente ante las Cortes de Aragón, de modo que proponedles que se dirijan al rey solicitando que nombre como su heredero en toda la Corona de Aragón a su nieto don Fernando. Lo ha educado él, lo conoce bien...

—Esa no es una solución legal, pues va en contra de las leyes y costumbres del reino de Aragón. No creo que la aceptaran nuestras Cortes, y tampoco lo harán las de Cataluña, ni las de Valencia. Si se altera el orden dinástico, puede estallar una guerra por la sucesión, porque no creo que don Carlos aceptara esa componenda, y tampoco don Maximiliano. El emperador vería esa declaración como una afrenta y pondría a toda la cristiandad en contra de don Fernando. No; eso que proponéis no es viable.

—En ese caso, olvidaos: don Carlos será el futuro rey de Aragón. —Losantos volvió a ocultar lo dispuesto en el testamento secreto del Católico.

—Vos podéis facilitarme el acceso a la reina... —El vicescanciller ya no escuchaba; sus ojos vidriosos y extraviados y su balbuceo permanente denotaban que estaba ebrio.

—Sed sensato, don Antonio, y hacedme caso. Os recomiendo que renunciéis a cualquier acercamiento a la reina Germana... o vuestra vida correrá serio peligro. Ya me entendéis.

Pero el vicescanciller de Aragón seguía sin escuchar. Se había obsesionado con la reina desde el primer momento en que la vio. Sentía hacia ella una atracción irrefrenable y estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de poder estar junto a ella.

### *Valladolid, fines de verano de 1513*

—¡Haced algo, médico del demonio! Mis consejeros aragoneses insisten en que la reina debe quedar preñada —soltó de pronto el rey Fernando a Pedro Losantos, que lo estaba tratando en su alcoba del palacio real de los dolores en las piernas, que se habían incrementado en la última semana con la llegada de un aire más fresco y húmedo.

—Ya la dejasteis preñada una vez, mi señor, puede volver a ocurrir. Os recomiendo que seáis paciente —dijo el médico.

—El tiempo pasa deprisa, Losantos, muy deprisa; y a cada momento son menores las oportunidades que tengo. Solo me reconforta ese polvo verde...

—No debéis consumir más del que os recomiendo, mi señor. Recordad lo que os sucedió esta primavera durante aquella jornada de caza en el pabellón de Carrioncillo.

—Escuchadme, don Pedro, desde aquella noche en que la cubrí tres veces, la reina me requiere cada día. Es joven y está llena de vigor. Y luego están todos esos

cortesanos, buitres dispuestos a caer sobre su presa en cuanto me descuide.

—No os entiendo, alteza.

—¿Acaso sois idiota? ¿No habéis visto con qué ojos de deseo miran a mi esposa algunos de esos petimetres que andan pululando por palacio?

—Señor...

—Haced lo que sea para que yo pueda dejar a mi esposa plenamente satisfecha y que engendre el hijo que tanto deseo. Yo apenas puedo...; hay días que las piernas me duelen tanto que ni siquiera soy capaz de mantenerme en pie. Hoy, por ejemplo.

—Debéis caminar mucho, señor, pero solo lo hacéis cuando estáis conmigo y os conmino a ello, y procurad descansar más tiempo. El descanso es el mejor remedio para la mayoría de los males...

—¿Descansar decís? Tengo que sellar la paz con Francia por el asunto de Navarra, persuadir al rey Luis para que abandone cualquier intención de hacerse con Italia, y, además, debo reunirme con los caballeros de las Órdenes Militares, esos engréidos botarates, para convencerlos de que me ayuden en la guerra contra los turcos. ¿Descansar? Un rey nunca descansa. Dadme una buena dosis de ese polvo verde; esta noche visitaré la cama de la reina.

—Señor, comprendo vuestra ansiedad por tener un heredero y por cumplir vuestro papel de esposo con doña Germana, pero no repitáis el mismo error de hace unos meses. Si abusáis de nuevo de la cantaridina, puede ocurrir lo peor...

—Lo peor es que un rey no engendre un heredero. Dadme ese polvo verde ahora mismo.

—Lo haré, alteza, pero quiero pedir os algo importante para mí. Ya que me forzáis a romper mi juramento hipocrático, al menos dadme alguna satisfacción a cambio.

—Sois un chantajista, don Pedro. Decidme qué queréis, y si está en mi mano, dadlo por concedido.

—Otorgad a doña Leonor de Urrea, una de las damas de la corte de vuestra esposa, licencia para casarse con mi hijo Pablo.

—¡Era eso, condenado bribón! Está bien; sois como el agua que no cede hasta encontrar su camino por cualquier resquicio. De acuerdo, otorgaré mi autorización para esa boda, pero ahora dadme ese polvo, y rezad cuantas oraciones sepáis para que sea efectivo y deje preñada a la reina.

A finales del verano las cosas iban bien para el Católico. Contaba con la ayuda de Inglaterra en su pugna con Francia, a la que había derrotado en Novara, donde cayeron muertos siete mil soldados franceses, se había reconciliado con el Gran Capitán, que aquejado cada vez con mayor frecuencia de fiebres tercianas vivía entre su corte de Loja y su palacio de Granada sin más ambición que disfrutar de su fortuna y de sus recuerdos de gloria, había sometido a la república de Venecia y había liberado a la de Génova del asedio francés. De las Indias Occidentales llegaban muy



buenas noticias, pues la exploración continuaba, sus dominios en el Nuevo Mundo se incrementaban cada año con más y más tierras y comenzaban a fluir algunas riquezas en forma de oro, plata, joyas y nuevos productos desconocidos hasta entonces en Europa.

Pero Fernando de Aragón se sentía viejo y cansado, y no había conseguido acabar con las intrigas del emperador Maximiliano, que sembraba la discordia en cuanto podía. No conseguía engendrar un hijo con Germana, pese a tantos reiterados intentos y a tanta cantaridina consumida, y no había logrado que su nieto Carlos de Austria viniera a su lado para educarlo como futuro rey de Castilla y de Aragón.

Por ello, durante ese verano había firmado el testamento secreto en el que modificaba el derecho sucesorio de Aragón para nombrar como heredero a su nieto Fernando. No era conforme al derecho aragonés, pero al Católico esa cuestión legal le importaba bien poco.

Lo había hecho en contra de la opinión de la mayoría de sus consejeros, que alegaban que el heredero y sucesor legítimo era el príncipe Carlos. Pero nada de eso preocupó a Fernando, que ordenó disponer su voluntad y legar sus derechos a la Corona de Aragón a su nieto Fernando.

Aquella noche se acostó con Germana y logró derramar su simiente dentro de su esposa, que hacía cuanto sabía para excitar a su marido, cada día más necesitado del polvo verde para lograr la erección de su miembro viril.

—Hoy estoy en uno de esos días propicios, tal vez en esta ocasión me hayáis dejado preñada —comentó Germana, cuya contundente figura iluminada por un par de candelabros con gruesos velones perfilaba su sombra sobre las sábanas. Aquella noche veraniega hacía calor en el palacio real de Valladolid, y el rey sudaba, recostado sobre una gran almohada de satén carmesí, tras el esfuerzo realizado.

—Ojalá sea así; ya sabéis que es lo que más deseo: un hijo vuestro que herede mis dominios de la Corona de Aragón. Mis consejeros aragoneses no piensan en otra cosa. De ninguna manera quieren ver, cuando yo falte, a un extranjero como a mi nieto Carlos rigiendo los destinos de los dominios que un día gobernarán reyes como Jaime el Conquistador o Pedro el Grande.

—¿Podéis evitarlo?

—No es fácil. Mis súbditos aragoneses, catalanes y valencianos son fervorosos defensores de sus leyes y fueros. Sus nobles son capaces de matarse entre ellos, como hacen los condes de Ribagorza y de Aranda, en una guerra de banderías que están librando ahora y de la cual tendré que ocuparme antes de que se extienda por todo el reino. Pero cuando se cuestionan lo que ellos llaman sus «libertades», son capaces de unirse para defender sus privilegios. No sé, pero si no tengo un hijo varón con vos, Carlos es el legítimo heredero..., y en ese caso las Cortes de Aragón no admitirán otra solución, aunque existe.

—Queda vuestro otro nieto, Fernando —le recordó Germana.

—Fernando..., mi nieto favorito. Sí, sería un gran rey, pero su hermano Carlos es

mayor que él y está por delante en el orden de sucesión al trono. Yo he decidido nombrar a Fernando rey de Nápoles, pues es una conquista mía, pero dicen mis consejeros que ni siquiera yo puedo romper la unidad de la Corona de Aragón. Así lo dispusieron mis antepasados en el trono y así lo disponen los fueros y las leyes. —El Católico no le reveló a su esposa que ya había formado un testamento a favor de su nieto Fernando.

—Don Carlos está comprometido con mi sobrina, la princesa Renata —comentó Germana—. Tal vez...

Fernando se incorporó del lecho, tomó un sorbo de una copa de vino edulcorada con miel que tenía sobre una mesita al lado de la cama y miró a su esposa con atención. La expresión de los ojos de Germana mostraba una perversa intención.

—¿Qué maldad estáis pensando? Lo leo en vuestros ojos.

—Que podríais proponer a mi tío el rey Luis un acuerdo matrimonial entre mi prima Renata y vuestro nieto Fernando.

—Perfidia de mujer... —musitó el rey.

—Perfidia que puede convenir a vuestros intereses. Si se rompe el compromiso de boda entre don Carlos y doña Renata, y se firma uno nuevo entre doña Renata y don Fernando..., bueno, don Carlos habrá perdido una gran oportunidad, y puede que os sea más fácil cambiar esas leyes sucesorias que tanto importunan vuestros planes. Con vuestro nieto don Fernando casado con una hija del rey de Francia, vuestros súbditos de Aragón aceptarían mejor ese cambio.

»Yo misma podría dirigirme a mi tío Luis y a mi prima Claudia y convencerlos para que aceptaran que doña Renata cambiara de novio y se casara con don Fernando.

—No me extraña que Adán se dejara engatusar de esa manera por Eva en el Paraíso; en verdad que tienen razón esos clérigos que predicán que la mujer es una creación del mismísimo demonio.

—Tal vez... —Germana se levantó de la cama y se acercó a Fernando. Le acarició el pecho y bajó su mano hasta alcanzar su miembro viril, flácido y arrugado tras el reciente envite amoroso.

—No creo que se despierte el «durmiente» —comentó el rey.

—Veámoslo —dijo Germana, a la vez que se afanaba en que su esposo lograra una segunda erección.

—Un momento..., esto ayudará. —Fernando abrió una cajita de plata, añadió un poco de polvo verde a su copa de vino, luego un poco más y lo bebió de un solo trago.

*Tournai, norte de Francia, otoño de 1513*

El intento de casar a Carlos de Austria con la hija del rey de Francia fracasó cuando el rey Luis decidió que esa no era la mejor opción para sus intereses. De modo que el

emperador Maximiliano encargó a su hija Margarita que pactara la boda del archiduque con una de las hijas del fallecido rey Enrique VII de Inglaterra.

Margarita, regente de Flandes en tanto su sobrino alcanzara la mayoría de edad, envió cartas al rey de Inglaterra con esa propuesta de matrimonio. Enrique VIII aceptó, y dispuso que su hermana pequeña, la princesa María, fuera la esposa de Carlos de Austria.

Al joven rey Enrique este matrimonio le pareció oportuno. Él ya estaba casado desde hacía cuatro años con una hija del Católico, la reina Catalina, cuñada de Margarita, de modo que si ahora se acordaba la boda de Carlos y María, la alianza de Castilla y Aragón con Inglaterra sería doble. Enrique VIII no solo aceptó, sino que además le propuso a Margarita un encuentro en la localidad de Tournai, donde pudieran verse cara a cara para conocer personalmente a Carlos.

El día 13 de octubre tuvo lugar la entrevista en la ciudad de Tournai, en el palacio de un rico noble. Enrique VIII, ambicioso y sagaz pese a sus poco más de veinte años, abrazó a su primo Carlos, un muchacho de trece. Conversaron en francés.

—Tenía ganas de conoceros, querido primo. Mis embajadores me han hablado de vuestra excelente disposición como gobernante. Auspician que seréis un gran rey —dijo Enrique.

—He tenido grandes maestros en mis dos abuelos —asentó Carlos.

—Yo admiro mucho a vuestro abuelo don Fernando.

—¿Lo conocéis? —preguntó Carlos.

—No, pero estoy muy orgulloso de ser su yerno, lo que me convierte en vuestro tío.

—Yo tampoco lo conozco.

—Supongo que ya tendréis ocasión de hacerlo.

—Eso espero —comentó Carlos.

—Yo he tenido algunas diferencias con él, pero lo considero ejemplo de príncipes y guía de caballeros.

—Mi otro abuelo, don Maximiliano, también...

—Claro, claro, don Maximiliano es el emperador y un emperador merece mucho respeto. Él fue quien hace ya tiempo propuso que os casarais con mi hermana María. He traído de Londres un retrato para que conozcáis su rostro. —Enrique VIII hizo una señal a los miembros de su comitiva, que acudieron de inmediato con un cuadro—. Esta es la princesa María, a la que he estado muy unido desde que éramos pequeños. Fijaos, querido sobrino, en su hermosura, su cabello de un delicado color rojizo, sus elegantes rasgos, toda su finura... Dicen que es la princesa más bella de Europa.

—Es muy bella, sí —comentó Carlos al contemplar el retrato de María.

—Y solo es cuatro años mayor que vos, de modo que tendréis en ella, además de a una gentil esposa, a una útil consejera y amiga.

—La mujer adecuada siempre mejora las cualidades de un príncipe —terció

Margarita, que se había mantenido callada hasta entonces.

—Tenéis razón, doña Margarita. Y bien que lo sé yo, pues estoy casado con una mujer extraordinaria —rio Enrique.

—Sois afortunado por haberos casado con mi cuñada doña Catalina, quien siempre ha demostrado una gran capacidad para la política.

—Hubiera venido conmigo en este viaje para saludaros y conocer a su sobrino don Carlos, pero la muerte de nuestro último hijo... Ya hemos tenido tres, pero los tres han fallecido antes de cumplir siquiera el primer año de vida.

—Espero que Dios os conceda muchos más —deseó Margarita.

—Y que permita que me sobrevivan. Inglaterra necesita un heredero —añadió Enrique.

—Así será —dijo Margarita.

### *Lille, norte de Francia, otoño de 1513*

Desde Tournai, los dos soberanos, siempre acompañados por Margarita, se trasladaron a la ciudad de Lille, donde pasaron tres días juntos, entre alegres fiestas y suculentos banquetes. Después de uno de esos banquetes, Enrique se retiró discretamente para hablar con el joven Carlos.

—Algún día vos seréis el rey de Castilla.

—Mi abuelo don Fernando es ahora quien manda en ese reino —alegó Carlos.

—Y es un gran rey. Yo lo admiro mucho y he procurado seguir su ejemplo como gobernante; vos deberíais hacer lo mismo.

—Pero mi otro abuelo, el emperador, me aconseja que no siga el camino de don Fernando.

—¿Por qué? —preguntó Enrique.

—Dice que es un hombre taimado e imprevisible.

—¡Eso es exactamente lo que tiene que ser un rey!

—No lo entiendo —dijo Carlos.

—Escuchadme, querido sobrino, el rey debe ocultar todos sus sentimientos y obrar siempre en beneficio de su Corona y de su reino. Y eso es, precisamente, lo que ha hecho don Fernando durante toda su vida, y lo que sigue haciendo. Por eso lo admiro tanto.

—No sé...

—Vuestros dos abuelos no vivirán muchos años más. Por lo que sé, don Fernando anda aquejado de algunos achaques, y aunque don Maximiliano goza de mejor salud, ninguno de los dos será eterno. Vos seréis rey de Castilla y de Aragón, y tal vez emperador, y yo soy rey de Inglaterra. De modo que deberemos entendernos. Y, como bien me enseñó vuestro abuelo don Fernando, no hay mejor manera de cerrar una alianza entre dos reinos que a través de una boda entre sus príncipes.

»Vos, don Carlos, ya estáis en edad de casaros. Vuestra tía Margarita me ha dicho que el emperador vería con buenos ojos y apoyaría vuestro matrimonio con una de mis hermanas. María tiene cuatro años más que vos, es mi hermana favorita y una de las princesas más bellas de Europa. Será para vos una buena esposa.

»¿Qué decís?

—Ese cuadro que me enseñasteis, con la imagen de doña María, me agradó mucho. Es muy hermosa —comentó Carlos.

—En ese caso, no se hable más. Acordaremos vuestros esponsales y os casaréis con doña María el año que viene, justo cuando cumpláis catorce años, como prescribe nuestra Santa Madre Iglesia. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

La boda de Carlos de Austria y María Tudor parecía totalmente acordada, pero lo que ocurrió con esa princesa solo un año después fue muy sorprendente.

### *Malinas, enero de 1514*

En aquellas Navidades el nuevo papa León X, miembro de la poderosa familia florentina de los Médicis, estaba empeñado en lograr una gran coalición en la que participaran todos los reyes de la cristiandad, a fin de enfrentarse a los turcos, pues las noticias que llegaban de las orillas del Mediterráneo oriental eran alarmantes. Los otomanos seguían construyendo en los astilleros imperiales una formidable flota con la que apoyar desde el mar Mediterráneo el avance que sus tropas terrestres estaban realizando desde los Balcanes y el bajo Danubio hacia las llanuras de Hungría. Ante la inminencia de una gran ofensiva de los turcos, el papa instó a los cristianos a reforzar las defensas de Rodas, Chipre, Candía y la costa de Dalmacia.

Algunos consejeros flamencos alertaron al emperador y al nuevo papa de que el Católico podía estar tramando una argucia legal para impedir la llegada al trono de Carlos. Un espía recién llegado de Valladolid informó que el rey de Aragón estaba evaluando la posibilidad de proclamar a su nieto favorito Fernando como heredero, y para garantizarse el apoyo de Francia había pensado casarlo con la princesa Renata, hija de Luis XII.

No lo conocía y nunca lo había visto, pero al rey de Aragón no le agradaba su nieto Carlos. Le disgustaba incluso el nombre, ya que él hubiera preferido que se llamara Juan, como su padre y su suegro, los reyes de Aragón y de Castilla, pero Felipe el Hermoso decidió bautizarlo con ese nombre en homenaje a Carlos el Temerario, el duque de Borgoña, a quien se consideraba fundador del linaje de Habsburgo.

Carlos, aunque estaba siendo educado según las costumbres de Borgoña, la corte más refinada, exquisita, culta y lujosa de Europa, bajo la atenta mirada de su tía Margarita, admiraba a su abuelo Fernando, pero toda su vida había estado

condicionada por los consejos de su abuelo Maximiliano y de su tía Margarita, que nunca le habían hablado bien del Católico.

De vez en cuando Carlos pensaba en su abuelo de la lejana tierra de Castilla o en el legendario reino de Aragón. Lo imaginaba junto a su hermano pequeño Fernando, al que tampoco conocía, y en ocasiones envidiaba no haber sido él quien se hubiera quedado en Castilla al lado de aquel hombre al que todos consideraban el monarca más astuto de su tiempo. Cuando leía sus cartas, pensaba en cómo sería el rey al que llamaban «el Católico». Lo suponía casi un gigante, fuerte como un oso y valiente y arrojado como un mastín.

Carlos y sus hermanas regresaron al palacio de Malinas tras dar un paseo en trineo. En esos días de comienzos de año hacía tanto frío que los ríos menos caudalosos y las estancas y lagunas de Flandes estaban helados y cientos de personas se divertían patinando y deslizándose sobre el hielo.

—El nuestro es el más bonito —dijo Leonor señalando el trineo de madera pintado a bandas rojas, amarillas y verdes.

—Parece un barco —comentó Carlos—. ¿Veis?, tiene velas cuadradas.

—Es un trineo con la cabeza de un caballo —añadió la pequeña María.

El trineo, fabricado por el carpintero real, era como una pequeña carabela. Incluso disponía de velas de tafetán blanco y amarillo decoradas con franjas de cendal violeta, banderas con los emblemas heráldicos de Flandes y de Borgoña, y una gran cabeza de caballo tallada en madera en la proa, a modo de mascarón, forrada con tela de damasco turco y crines elaboradas con bandas de seda azul y cordones de oro.

—No hay un trineo más hermoso que este en todo el mundo —se mostró orgulloso Carlos.

—Vamos, vamos, el tiempo de diversión ha acabado; os espera la clase de música —terció Margarita, siempre atenta a la educación de sus sobrinos—. Hoy toca sesión de órgano; un organero de Amberes ha estado afinándolo. Me ha dicho que suena como las voces de los mismísimos ángeles.

—Me encanta la música —comentó Leonor.

—Yo la odio —masculló Carlos, que no tuvo más remedio que obedecer a su tía.

—¡Ah!, y no olvidéis los libros. El maestro Adrián os ha seleccionado algunos para que los leáis. Son esenciales en la educación de los príncipes —les recordó Margarita—. Y tú, Carlos, recuerda que tienes que escribir una carta a tu abuelo Fernando. Le preguntarás por su salud y le dirás que le deseas que se encuentre bien. ¿Entendido?

—Sabéis, tía, tengo ganas de ser mayor de edad para que nadie me diga qué es lo que debo hacer en cada momento.

—Todavía te quedan unos meses para cumplir catorce años. Entre tanto, obedece y cumple con tu deber. —Margarita acarició el cabello de su sobrino, que le sonrió.

El halcón peregrino se lanzó en picado sobre la tórtola y le asestó un tremendo golpe con sus aceradas garras, cortando de golpe su vuelo rectilíneo. Varias plumas se desprendieron del ave, en tanto perdía su rumbo y caía desmadejada a tierra. El halcón giró tras el ataque y volvió hacia la tórtola, a la que prendió antes de que cayera al suelo. Una exclamación de asombro surgió de las gargantas de los presentes, que aplaudieron la pericia del halcón.

—¡Magnífico, magnífico! —exclamó Carlos de Austria, que alargó su mano enguantada para que se posara el predador una vez recogida la pieza por uno de los monteros.

—Nunca he visto un halcón como este. Es rápido, certero y posee una fuerza extraordinaria. Vuestro abuelo don Fernando os ha hecho un magnífico regalo —aseguró Olivier Donchere, maestro de cetrería de la casa de Borgoña.

—Habéis hecho un buen trabajo —lo felicitó Carlos.

—Ha sido fácil, señor. Este halcón ya venía muy bien entrenado de Castilla. Los cetreros de ese reino están entre los mejores del mundo.

Ese halcón, un peregrino en plena madurez, había sido enviado por Fernando de Aragón a Carlos, sabedor de la pasión que su nieto tenía por la caza. La amable carta que le había enviado el invierno pasado deseándole que disfrutara de buena salud no había hecho cambiar la percepción que el Católico tenía sobre su heredero legal, pero había sentido la necesidad de responder a su amabilidad con ese regalo.

—Dicen que los mejores cetreros del mundo son los tártaros —comentó Carlos.

—Eso he leído en algunos tratados de cetrería, mi señor, pero, tal como han entrenado a este animal, no creo que los halconeros de vuestro abuelo el rey Fernando les vayan a la zaga.

—¡Mirad! —señaló Carlos hacia el oeste—, una bandada de torcaces. Veamos cómo se porta el halcón ahora.

—Acaba de hacer un gran esfuerzo, mi señor, quizá no esté en condiciones...

—Un halcón como este tiene que recuperarse enseguida. Vamos a ver si es tan bueno como decís, Stalart —Carlos llamó al halconero por el mote por el que se conocía en la corte de Flandes.

—Si tiene éxito en este envite, os aseguro, monseñor, que lo consideraré el mejor halcón del mundo —comentó Olivier.

Carlos alzó su brazo protegido con el guantelete de grueso cuero, sobre el que se mantenía asido con sus garras el halcón, y lo lanzó hacia la bandada de palomas. La formidable rapaz enfocó sus penetrantes ojos hacia las torcaces y al notar la sacudida del brazo de Carlos batió sus alas y se elevó hacia el cielo como impulsado por una catapulta.

Enseguida alcanzó una altura considerable, el doble de la distancia al suelo a la que volaban las torcaces, giró y se dirigió hacia ellas batiendo las alas con vigor.

Cuando alcanzó la distancia oportuna dio varios rápidos aletazos hacia abajo, plegó las alas y adoptó la forma de un uso. Convertido en un proyectil de plumas y músculos, el halcón se lanzó en picado hacia las palomas, que seguían su vuelo en paralelo a la tierra.

El impacto fue brutal. De nuevo, como ocurriera hacía unos momentos, el halcón extendió sus alas justo un suspiro antes de impactar con sus garras sobre una de las torcaces de la retaguardia. Plumas al viento, desbandada entre las palomas y el halcón atrapó a la presa que había seleccionado desde lo alto antes de iniciar su certero ataque en picado.

—¡Oh! —un nuevo grito de admiración surgió entre los que presenciaban la caza.

Cuando el halcón regresó al antebrazo de Carlos, quien lo recompensó con un pedazo de carne fresca entre los aplausos de los cortesanos, Olivier Donchere puso cara de asombro.

—Jamás vi nada igual, monseñor. Ya podéis decir, sin dudar, que poseéis el mejor halcón del mundo —dijo Stalart.

—¿Cuánto estimáis que vale un animal como este? —preguntó Carlos.

—Quizá... mil ducados. Aunque el sultán de los turcos incluso podría pagar hasta dos mil.

Carlos le dio otro pedacito de carne y le colocó la caperuza al halcón.

—Lo llamaremos Sultán —dijo Carlos.

—Un nombre muy acertado, monseñor, muy acertado —asintió el maestro halconero.

—Y, sin duda, una premonición —añadió Guillermo de Croy, señor de Chièvres y principal consejero de Carlos de Austria.

—¿Y eso?

—Sultán come de vuestra mano porque sois su señor y lo habéis domeñado. De la misma manera el sultán otomano comerá de vuestra mano porque seréis su dominador —repuso el de Chièvres entre las risas de los aduladores cortesanos.

Tras la jornada de caza, en la que se probaron otros halcones y un águila real, aunque ninguna de las rapaces mostró la destreza de Sultán, el señor de Chièvres ofreció en su mansión de Herverlee, junto a un denso bosque a media hora de camino al sur de la ciudad de Lovaina, un suntuoso banquete a Carlos y a sus hermanas.

Un excelente tinto de Borgoña, blancos del Rin y sorbetes de canela con licor de ciruelas acompañaron a unas tiernas carnes estofadas, deliciosos pescados en escabeche, sabrosas verduras asadas con hierbas y aderezadas con salsa de mantequilla y estragón, finos filetes de buey rellenos con higaditos y crestas de pollo, y dulces de crema, pasteles y frutas confitadas.

Todos esos manjares fueron servidos con el refinamiento y el lujo de la etiqueta de la corte de Borgoña, mientras unos juglares se turnaban declamando poemas épicos en los que se exaltaba el espíritu de los caballeros, la nobleza de la aristocracia y la hermosura de las damas, en tanto en una galería elevada del salón de banquetes



sonaba una orquestina de violas y fagotes recién importados de Italia. Carlos de Austria se sintió entonces como el perfecto soberano.

Acabado el banquete, mientras la comitiva se dirigía a Lovaina para pasar la noche, Carlos de Austria y el señor de Chièvres hablaron a solas en uno de los carruajes.

—Todo está acordado, monseñor. La semana que viene firmaremos los esponsales de vuestra hermana Isabel con el rey Cristián de Dinamarca. Los embajadores de ese reino ya han llegado a Bruselas con los documentos y los certificados requeridos —informó el de Chièvres.

—Se lo prometí. Cuando me dijeron que yo sería rey de Castilla estaban presentes mis hermanas, y les prometí que ellas también serían reinas algún día. Isabel va a ser la primera: la reina de Dinamarca —comentó Carlos.

—Vuestros abuelos son los dos hombres más poderosos de la cristiandad, y vos vais a heredar ambos dominios, de modo que seréis el monarca más poderoso del mundo, por encima del sultán turco y del emperador de la China. Por ello debemos cerrar nuevos acuerdos con otros reyes cristianos. Ya ha quedado acordada vuestra boda con la princesa María de Inglaterra. Hace años, cuando todavía erais un niño, vuestro abuelo Maximiliano y el rey Enrique VII de Inglaterra lo pactaron así; incluso le enviamos un magnífico anillo de oro y diamantes en prueba de ello.

—¿Es esa princesa, María, tan hermosa como me dijo su hermano el rey Enrique en nuestra entrevista en Tournai, y como parece en el cuadro?

—En verdad que sí lo es, monseñor.

—María de Inglaterra tiene cuatro años más que yo —repuso Carlos.

—Así es, pero recordad que vuestra abuela doña Isabel era un año mayor que vuestro abuelo don Fernando. Vuestra boda con doña María sellará definitivamente un pacto solidísimo de la casa de Austria con los Tudor de Inglaterra. Es un gran acuerdo, pues Francia quedará totalmente rodeada por territorios bajo vuestro dominio o el de vuestros aliados. Francia es la única potencia que puede interponerse en vuestro camino para erigiros en señor de toda la cristiandad, de modo que tenemos que neutralizar a los franceses como sea.

—Sí, cumpliré ese acuerdo y me casaré con María. Espero que sea tan hermosa como todo el mundo reconoce —asintió Carlos.

—Lo es, señor, lo es. Los embajadores de Inglaterra han traído otro cuadro con su imagen actual; el que visteis en Tournai era de doña María a la edad de trece años; ahora tiene dieciocho. Os agrada mucho y os placere su compañía —asentó el de Chièvres.

*Valladolid, verano de 1514*

El rey tardó varios meses en ratificar la autorización para la boda de Pablo Losantos y

Leonor de Urrea. Durante ese tiempo encargó a varios espías que investigaran todo cuanto concernía al hijo de su médico. Cuando en todos esos informes se explicó que Pablo era un hombre dedicado exclusivamente a su profesión de médico, el rey cedió al fin.

Pablo y Leonor se casaron a comienzos del mes de julio en la iglesia de Santiago de Valladolid. Al salir del templo, Pedro Losantos, que había aguantado sin llorar toda la ceremonia religiosa, derramó algunas lágrimas.

—Hijo, quiero pedirte perdón.

—No hay nada que perdonar, padre.

—Si alguna vez te he hecho sentirte mal, lo siento, nunca quise hacerte el menor daño.

—Padre, padre, me hacéis doblemente feliz en este día. Vos me habéis dado todo lo que tengo y me habéis hecho como soy. A vos y a madre os debo todo. No tengo nada que reprocharos.

Ambos se fundieron en un abrazo ante la mirada sonriente de Juana de la Cruz y de Leonor de Urrea.

Pero Juana sintió un amago de pena y tristeza cuando contempló de soslayo cómo su hija María observaba con cierto aire de sana envidia a su hermano. Ella no había logrado ser nunca tan feliz; la habían casado con un hombre al que no amaba, un hombre muerto en batalla cuyo cadáver debía de estar perdido en alguna fosa común en los alrededores de la ciudad italiana de Rávena. Se sentía sola.

El rey Fernando regaló a los recién casados un collar de oro y un anillo de plata con una perla gris, que las monjas del convento de Santa Catalina habían bendecido para que se concediera a los nuevos esposos una abundante descendencia. Y la reina Germana una caja de bodas, labrada en madera y pintada con frutas y verduras, flores y motivos geométricos, para que la novia guardara en ella su ajuar.

Durante aquel verano, el Católico, como señal de magnanimidad, aceptó que su enemigo don Juan Manuel, que hacía siete años que estaba preso en Flandes, fuera puesto en libertad, pese a la opinión contraria del consejero Pedro de Urrea, familiar de Leonor. Lo hizo confortado porque de las Indias llegaban noticias alentadoras. El capitán Vasco Núñez de Balboa había encabezado una expedición que había atravesado unas tierras conocidas como Panamá y había llegado a las playas del mar del Sur, un océano al que dio el nombre de Pacífico. Ya se sabía hacía algún tiempo, pero ahora quedaba demostrado que las tierras a las que había llegado el almirante Cristóbal Colón no eran las Indias Occidentales ni las Islas de las Especias ni las costas de Cipango y Catay, sino un desconocido y nuevo continente que se extendía entre Asia y Europa. El mundo era mucho más grande de lo que algunos habían imaginado.

A fines de verano, el rey Fernando llamó a Pedro Losantos. El Católico volvía a

encontrarse desencantado, abatido y triste.

—¿Cómo están los recién casados? —le preguntó a Pedro Losantos.

—Felices, señor, muy felices, gracias a vuestra alteza —al médico converso le extrañó que el rey se acordara siquiera de la boda de su hijo, y menos todavía que le preguntara por ello.

—Los primeros meses de casados son los mejores; ¿no lo creéis así?

—Por supuesto, alteza.

—Este otoño iremos a las montañas de León. Mis monteros me informan de que abundan los jabalíes, los ciervos e incluso los osos. Nunca he cazado un oso —comentó el rey cambiando de tema.

—Esos animales hibernan en cuanto caen las primeras nieves. Suben a lo más alto de las montañas y se esconden en profundas cuevas, donde pasan lo más crudo del invierno —dijo Losantos.

—Por eso quiero ir a por uno de ellos antes de que desaparezcan por un tiempo. Además, es en otoño cuando están más gordos y su piel tiene una mejor calidad. Mis antepasados leoneses cazaban en una región a la que llaman Babia. Dicen que es un territorio donde solo se escucha el silencio.

—He oído hablar de esa región, alteza, pero la desconozco.

—El aire es fresco y limpio y las aguas puras y cristalinas. Iré con la reina Germana, y procuraremos engendrar un hijo, un heredero. —El Católico dibujó en su rostro un gesto de resignada melancolía.

—¿Necesitaréis alguna cosa? —le preguntó Losantos.

—Sí. Conseguídmelo un buen frasco de polvo verde.

—Pero recordad, alteza, que debéis tomarlo con moderación, ya no tenéis edad...

—Sí, sí, sí..., sois un impertinente. Debería encerraros en la más oscura y profunda de las mazmorras, don Pedro. No sé cómo consiento que me habléis así. Nadie lo hace como vos.

—¿Pasaréis mucho tiempo en esa región?

—Los meses de otoño e invierno, hasta la próxima primavera.

—¿Y el gobierno de Castilla...?

—Cisneros se encargará de eso. Quiero alejarme de esta corte en la que todo son intrigas e intereses. Deseo perder de vista por un tiempo los rostros de esos condenados nobles, siempre acechando como lobos en busca de carroña. Tal vez en la soledad de los montes leoneses encuentre la tranquilidad que necesito.

—Creo que ese retiro os sentará bien, alteza.

A comienzos del otoño, tras pasar unos días en Madrid y Segovia, Fernando de Aragón y Germana de Foix viajaron a las montañas de León, pese a la opinión en contra de todos sus médicos, salvo Pedro Losantos. Durante varias semanas cayeron grandes tempestades de lluvia y nieve, y el rey apenas pudo salir de caza. La lluvia

incesante y el permanente cielo gris sumieron al Católico en un continuo estado de melancolía.

Durante varias semanas desatendió cualquier asunto de gobierno y se alejó cuanto pudo de los negocios de la política. De repente pareció como si los problemas en Italia, la amenaza de los turcos, los conflictos con Francia y las intrigas del emperador Maximiliano hubieran desaparecido.

Tuvo tiempo, mucho tiempo para pensar, para recordar aquellas loas de los cronistas aduladores que lo comparaban con Ciro el Grande, Julio César o Alejandro el Magno; para releer aquellos poemas que le otorgaban la fuerza de Hércules y de Aquiles y el valor y la astucia de Ulises y de Eneas; para declamar aquellos versos en los que se pronosticaba que conquistaría Granada y luego Jerusalén y Constantinopla; aquellas crónicas que señalaban la fecha de su nacimiento como la de la más alta y copiosa conjunción de planetas conocida; aquellos augurios que lo consideraban como el rey murciélago que derrotaría a moros y herejes; o aquellas otras profecías que lo tildaban como el rey pelícano, capaz de picarse el pecho para alimentar a sus polluelos, es decir, a sus súbditos, con su propia sangre.

Durante aquellos meses del otoño y del invierno en las montañas de León, el tiempo se detuvo en Babia.

### *Bruselas, otoño de 1514*

—¡Hay un traidor entre nosotros! —clamó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, que se había convertido en el principal consejero de Carlos de Austria, en la reunión extraordinaria convocada por el Consejo de Flandes en el palacio comunal de Bruselas.

—Esa acusación es muy grave —intervino Margarita de Austria.

—¿Tenéis pruebas que la sustenten? —preguntó el gobernador de Bruselas.

—El acuerdo matrimonial que se pactó en Lille el año pasado con el rey Enrique de Inglaterra, y que firmamos y ratificamos hace mes y medio en Londres, para la boda de nuestro señor don Carlos con la princesa María Tudor se ha anulado.

—¡Qué! —Margarita no podía creer lo que estaba oyendo. Ella había sido testigo de primera mano de cómo Enrique VIII había ofrecido a su hermana María como esposa para su sobrino Carlos—. Años de negociaciones y tratos se han venido abajo en unas pocas semanas —lamentó Margarita.

—Pero cómo ha podido ocurrir... —se extrañó el gobernador.

—Acaban de comunicarme que doña María de Inglaterra se casará antes de un mes con el rey Luis XII de Francia —anunció Guillermo de Croy.

Un murmullo de asombro se extendió entre los consejeros reunidos en el palacio comunal, en la sala cuyas ventanas daban a la Gran Plaza de Bruselas.

—¡No es posible...! —exclamó Margarita, que se sentía engañada por el rey

inglés.

—Alguien ha tenido que dar esa información a los franceses —supuso Guillermo de Croy.

—¿Quién ha sido, quién es el traidor? —demandó el gobernador.

—Quienquiera que sea, ha logrado convencer al rey Enrique para que entregue a su hermana en matrimonio a Luis de Francia —explicó Guillermo.

—Esa boda carece de sentido. Las dos esposas anteriores del rey Luis eran francesas o de su área de influencia: Valois y Bretaña. Además, el rey de Francia tiene casi treinta y cinco años más que la princesa María, y es un hombre débil y enfermo... —Margarita intentaba buscar una explicación a la sorprendente, repentina e inesperada decisión de Enrique VIII.

—Al contrario, señora, tiene todo el sentido del mundo —el señor de Chièvres habló con claridad—. Se trata de desbaratar el matrimonio de don Carlos con doña María para firmar una nueva alianza entre Inglaterra y Francia. Y así terminar nuestro acuerdo con Inglaterra.

—Y lo han conseguido. ¿Qué podemos hacer para neutralizar este triunfo de los franceses? —demandó Margarita de los consejeros.

—Firmar de inmediato un tratado de amistad con el reino de Inglaterra —propuso Guillermo.

—¿Un tratado...? Sí, de acuerdo. Esta misma semana enviaremos una delegación a Londres para acordar las condiciones —aceptó Margarita.

—Es la mejor manera de contrarrestar la iniciativa de Francia —terció el gobernador.

—Hay que obrar con toda diligencia. Y otra cosa. Hace ocho años el rey Luis rompió el compromiso que había firmado para que su hija Claudia se casara con nuestro señor don Carlos, por lo que buscamos la alternativa de la princesa María de Inglaterra, que ahora se casa con ese mismo rey. De modo que, tras consultar a ilustres juristas y eminentes doctores en derecho, reclamaremos la concesión de algunas compensaciones económicas por ese doble incumplimiento de Luis de Francia —argumentó Guillermo.

—¿Supondrá algún beneficio para nosotros? —demandó Margarita.

—No lo sé, señora, pero al menos ganaremos tiempo y no nos quedaremos sin dar respuesta a esa boda. Y, además, propondremos a Luis de Francia el matrimonio de nuestro señor don Carlos con su hija doña Renata, que es diez años menor que don Carlos. Le pagaremos así con la misma moneda al rey de Inglaterra.

—Ya hablaron de ello hace tres años el emperador Maximiliano y el rey Luis, pero no llegaron a un acuerdo —comentó Margarita.

—Pues ahora es el momento de recuperar aquel plan —zanjó Guillermo de Croy esa cuestión.

Así se hizo. Un correo partió hacia París con la propuesta de matrimonio de Carlos de Austria y Renata de Francia, que fue aceptada enseguida por Luis XII,

apenas un mes después de celebrar su boda con María de Inglaterra.

### *Bruselas, mediados de enero de 1515*

Hacía poco más de una semana que se había celebrado la sesión ordinaria de los Estados Generales de los Países Bajos en el gran salón del palacio de Coudenberg, en Bruselas. Allí, con la presencia del propio archiduque Carlos de Austria, su tía la princesa y archiduquesa Margarita, duques, condes y procuradores del emperador Maximiliano y todos los diputados de las ciudades de Flandes, el príncipe Carlos, a mes y medio de cumplir los quince años, fue emancipado y liberado de toda tutela, y de manera solemne fue puesto en su mano el gobierno de todos los territorios de los Países Bajos y de Borgoña.

En esa misma ceremonia el duque de Baviera y el conde del Palatinado entregaron los documentos según los cuales habían recibido del emperador Maximiliano, del rey Fernando de Aragón y del rey Enrique de Inglaterra, a los dos primeros también se había incorporado el inglés como tercer tutor de Carlos, la encomienda de guardar y cuidar de la persona del archiduque de Austria y del gobierno de sus Estados en tanto fuera menor de edad.

El matrimonio de Luis XII de Francia con María de Inglaterra duró poco más que un suspiro; ni siquiera tres meses. Se casaron el 9 de octubre de 1514 y el monarca falleció el primer día del siguiente enero.

—Don Luis ya era un hombre enfermo y débil cuando se casó este otoño pasado. Se dice que murió a causa de los excesos que cometió en los días siguientes a la boda, con una mujer tan joven y tan hermosa en su cama... Quizá fuera un castigo divino a su perfidia. Su matrimonio con doña María solo fue una añagaza para impedir vuestra boda con esa princesa inglesa —comentó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, a Carlos de Austria mientras degustaban un excelente asado de venado con verduras y salsa de almendras en el gran salón del palacio de Coudenberg.

—¿Y en cuanto a mi boda con su hija Renata? —demandó Carlos de Austria.

—Ejem... —el señor de Chièvres carraspeó—, nos acaban de comunicar que se ha abierto el testamento de Luis XII y en él prohíbe que se celebre ese matrimonio.

—¿Pero no me habíais dicho que estaba acordado? —se enojó Carlos.

—Lo estaba, pero ese viejo y flaco rey guardaba esa sorpresa en su testamento, y el nuevo monarca, Francisco, lo ha ratificado.

—¿Francisco? —preguntó Carlos mientras los músicos que amenizaban el banquete comenzaban a tocar los acordes de una pavana italiana.

—El nuevo rey de Francia. Es hijo del duque Carlos de Orleans, descendiente del rey Carlos V de Francia, y yerno de Luis XII por su matrimonio con su hija doña Claudia, la que fuera antaño vuestra... prometida. De modo que doña Renata es su cuñada, y por tanto su destino está sujeto a lo que dicte el nuevo rey.

—Me habéis prometido con dos princesas de Francia y con una de Inglaterra, y esos tres posibles matrimonios se han frustrado, ¿con quién me vais a casar esta vez? —Carlos de Austria, que en un mes cumpliría quince años, estaba realmente molesto. Intentó calmarse con un buen trago de cerveza, bebida a la que, a sus quince años, comenzaba a tomarle gusto.

—Monseñor, vuestra boda es una cuestión demasiado importante; en ello están directamente implicados vuestro abuelo Maximiliano y todo el Consejo de Flandes...

—A veces pienso que ojalá fuera yo uno de esos humildes campesinos que nos saludan con el gorro en la mano cuando andamos de cacería por los bosques de Lovaina. Seguro que ellos sí pueden elegir una esposa.

—Pero vos sois hijo de reyes y nieto de reyes y emperadores, y ahora ya ostentáis con todo derecho el señorío de los Países Bajos, de modo que vuestra boda se convierte en una cuestión de Estado, monseñor. Por ello, debemos comenzar de nuevo a buscaros una esposa que sea conveniente para vos y para el gobierno de vuestros futuros dominios. El Consejo opina que lo mejor sería que os comprometierais con una princesa de Francia, Inglaterra o Portugal.

—Buscadla; y no volváis a fallar.

La pavana sonaba ahora como una marcha triunfal.

—Tendremos que haceros un nuevo retrato para enviar copias a esas Cortes —comentó el de Chièvres.

—Hace poco que me hice uno; lo pintó ese amigo vuestro...

—Bernardo de Orley, sí, uno de los mejores, si no el mejor retratista de Flandes. Pero ese cuadro y los retratos de vuestras hermanas Leonor, Isabel y María ya han sido enviados a Dinamarca como regalo de vuestra tía Margarita a la reina viuda, la madre del que en unos pocos meses será vuestro cuñado, el rey Cristián. Ahora deben colgar de las paredes del palacio real de Copenhague; así, cuando vuestra hermana Isabel viva en ese palacio podrá contemplaros cuando lo desee. Serán un consuelo para ella, pues seguro que os echará mucho de menos.

—Sí, encargad esos nuevos cuadros, pero haced también que se sepa que ahora me he convertido en pleno señor de estos Estados, y que estoy libre de cualquier tutoría. Ya puedo decidir por mí mismo.

—Así es, monseñor. Y en esta nueva situación debemos enviar a Castilla un embajador que ofrezca todas las garantías. Supongo que ya habéis pensado en alguien. —El de Chièvres hizo una señal a un criado, que acudió presto a rellenarle su vaso de cerveza.

—¿Qué os parece mosén Adriano, el preboste de Utrecht?

—¿Mosén Adriano...?

—Es un clérigo, en Castilla caerá bien; les gustan los hombres de religión. —Carlos lo tenía claro—. Ese hombre es de fiar. Ha sido mi maestro y el de mis hermanas en algunas disciplinas, y me parece un hombre sensato y leal.

—Su misión será preparar vuestra toma de posesión como rey de Castilla —

asentó Guillermo de Croy.

—¡Ah!, y dispone también el nombramiento de Juan le Sauvage como gran canciller de mi corte y de Juan de Hockenay como chambelán y guardián de las llaves; en un plazo no superior a dos semanas jurarán sus cargos.

—Se hará en una ceremonia solemne.

—En la que tocará el órgano el maestro Enrique Brendeniers; gracias a él, que nos enseñó a mis hermanas y a mí a tocar el monocordio, no aborrezco en demasía la música —dijo Carlos de Austria justo en el momento en que los músicos de la corte flamenca hacían sonar las últimas notas de la pavana.

### *Palacio de Prinsenhof, Gante, primavera de 1515*

Durante el mes de febrero Carlos de Austria visitó algunas de las ciudades más importantes de los Países Bajos, ya como señor efectivo de Flandes y de Borgoña. Especial relevancia y grandiosidad tuvo su entrada en Amberes, donde fue recibido con muestras de un extraordinario júbilo. Los mercaderes de la ciudad ambicionaban hacer pingües negocios cuando su señor se hiciera con el gobierno de Castilla y de Aragón y gastaron mucho dinero en fabricar un grandioso y efímero arco de triunfo, levantar enramadas, colgar tapices de las fachadas de las casas, alfombrar con pétalos de flores las calles y contratar a una banda de músicos para acompañar al son de trompetas y tambores el desfile de la comitiva de Carlos.

Aquellos fueron días de recepciones, banquetes y encuentros con nobles y embajadores, entre ellos el del rey de Aragón, con el que mantuvo varias entrevistas. Carlos le preguntó al aragonés cómo era su abuelo, qué le gustaba, de qué hablaba, si lo citaba a menudo, si se interesaba por él o si lo ignoraba. El embajador mintió en su beneficio, no en vano, y a pesar de los deseos en contra de su abuelo, Carlos era el heredero legítimo y sucesor de ese trono.

La protesta ante el nuevo rey de Francia por el asunto de la ruptura del acuerdo matrimonial de Carlos con Renata surtió efecto.

—El rey Francisco acaba de enviarnos mediante su embajador una carta en la que se retracta de lo dicho a comienzos de año —anunció el canciller a Carlos, que acababa de despachar con el cervecero de la corte de Flandes sobre cómo elaborar una cerveza más ligera y pura.

—Entonces, eso significa... —Carlos dejó en suspenso la frase.

—Que acepta que os caséis con su cuñada doña Renata —el canciller se acercó a la ventana y miró al cielo plomizo de Bruselas. Llovía; en esa ciudad siempre llovía en primavera.

—Bien, al fin parece que voy a tener una esposa —Carlos, que había permanecido sentado en un escabel, también se acercó a la ventana—. Le he dicho a mi cervecero que me gustaría que elaborara una cerveza tan pura como el agua de



lluvia.

—Bueno, monseñor, deberéis esperar un tiempo, hasta que doña Renata cumpla doce años de edad, dentro de... siete años.

—¡Siete años!

—Es lo ordenado por la Santa Madre Iglesia y las leyes de Francia.

—Para entonces yo tendré veintidós —calculó Carlos.

—Espero que ya seáis rey de Castilla y de Aragón —añadió el canciller.

—¿Queréis liquidar a mi abuelo don Fernando? —ironizó Carlos.

—No es necesario que muera. En Castilla ya sois el heredero y, con vuestra madre impedida para gobernar, seréis el rey en cuanto viajéis a esa tierra. Allí llueve menos y el sol brilla y calienta con más fuerza.

—Tal vez sea una buena tierra para la cerveza. Mi madre...

—Las Cortes de Castilla y León no la consideran apta para llevar las riendas del gobierno, de modo que os tocará a vos ejercer esa tarea.

—La echo de menos. Desde que se marchó a Castilla, hace ya...

—Nueve años, señor —precisó el canciller.

—¡Nueve años! Cuando la vuelva a ver no me reconocerá —supuso Carlos.

—Habéis crecido mucho desde entonces, pero una madre siempre reconoce a su hijo.

—Bien, y en cuanto a mi abuelo Fernando...

—Por lo que respecta a vuestro abuelo, bastaría con que abdicara en vuestra persona para que os convirtierais en rey de Aragón; sois su legítimo sucesor.

—Pero, por lo que me cuentan algunos de nuestros agentes en Castilla, mi abuelo aragonés prefiere a mi hermano Fernando para sucederlo. Tal vez se haya enterado de que de vez en cuando tengo esas convulsiones de San Valentín. —Carlos se refería así a los ataques de epilepsia que sufría una vez cada varios meses.

—Eso no es nada importante, monseñor. Además, vuestro compromiso con Renata de Francia cambiará las preferencias de vuestro abuelo. Él mismo está casado con una francesa.

—¿No habrá vuelta atrás en esta boda? Ya ha ocurrido antes, otras veces.

—El rey Francisco y su esposa doña Claudia han jurado solemnemente que doña Renata se casará con vos cuando cumpla los doce años de edad, y que aportará como dote seiscientos mil escudos, doscientos mil en monedas de oro y cuatrocientos mil por el valor estimado del ducado de Bercy.

—¿Hay garantías de ello? —demandó Carlos.

—Nos han remitido una copia signada y sellada de ese juramento.

—En ese caso, firmaré la paz con Francia, pero lo haré durante mi visita a Brujas, la semana que viene; hoy tengo que comer con los capitanes del cuerpo de ballesteros de la guardia, han preparado una excelente cerveza elaborada en Gante. Y, además, quiero dedicar unos días a cazar en estos bosques.

—Monseñor, esa firma corre prisa, mucha prisa.

—¿Está seguro el trono de Francia en manos de don Francisco?

—Sí, monseñor. Don Francisco se ha ganado a su pueblo. En febrero entró en París vestido de plata, sobre un caballo y lanzando monedas a quienes lo vitoreaban. Es un hombre muy listo, como emblema de su reinado ha elegido una salamandra, símbolo de la sabiduría.

—Pactaremos con él; creo que seremos buenos amigos. Y ordenad que me sirvan una cerveza.

En ese momento Carlos de Austria ni siquiera se imaginaba que el rey francés se convertiría en su mayor enemigo.

### *Calatayud, reino de Aragón, abril de 1515*

Nada confortaba al rey Católico. Aquellos meses en las montañas de León, alejados del trajín de las ciudades y al margen de las intrigas cortesanas, no habían provocado el efecto que esperaba, y tampoco pudo dejar embarazada a la reina Germana. Comenzaba a resignarse y a asumir que la Corona de Aragón ya no tendría como heredero a un hijo suyo varón.

A comienzos de primavera Fernando convocó Cortes del reino de Aragón en la ciudad de Calatayud, del principado de Cataluña en Lérida y del reino de Mallorca en Palma. Durante el pasado invierno en las montañas de Babia había tenido tiempo para leer algunos nuevos libros sobre cómo los príncipes debían gobernar sus Estados y decidió que era tiempo de modificar la forma de hacerlo.

—¡Tercos aragoneses! No quieren cambiar nada. Son tan soberbios y altaneros que cada uno de ellos se considera como un rey. —Fernando estaba muy enfadado tras asistir en la iglesia de Santa María de Calatayud a una sesión de las Cortes en la que los diputados aragoneses rechazaron las propuestas del rey.

—Quizá deberíamos convocar unas nuevas Cortes en Zaragoza, y trabajar más con los nuncios de las ciudades y las villas y con los eclesiásticos, para conseguir su adhesión —propuso el canciller.

—No. Esos diputados aragoneses nunca aprobarán nuevos impuestos —replicó el rey.

—Pues necesitamos ese dinero para armar nuevas galeras de guerra, equipar las que tenemos disponibles y acabar así con las incursiones de saqueo de Barbarroja.

—Pero esos montaraces aragoneses creen que este asunto no va con ellos y no aceptan poner un solo ducado en esta empresa. ¿Cómo quieren tener un reino fuerte si no hacen nada para que crezca? —protestó Fernando.

—Brazo de Plata está construyendo nuevas naves en los arsenales del Imperio otomano, alteza; o construimos galeras y fustas con las que podamos enfrentarnos a ese pirata o acabará arrojándonos de nuestras plazas en el norte de África.

—¿Brazo de Plata? —se extrañó el rey.

—Así es como llaman ahora a Barbarroja.

—Barbarroja... Deberíamos acabar con ese incordio cuanto antes.

—Este pirata perdió un brazo en una batalla como consecuencia del disparo de un arcabuz y, según sabemos, se ha hecho fabricar una prótesis de plata en forma de brazo.

—Pues Barbarroja Brazo de Plata podrá seguir con sus incursiones si no conseguimos que los aragoneses pongan dinero para evitarlas.

Muy enfadado por su fracaso ante los diputados aragoneses, el rey decidió abandonar las Cortes de Calatayud, salir de Aragón y regresar a Castilla. Siempre consideró que los Estados de la Corona de Aragón eran heredad y patrimonio suyos y de su familia, aunque en realidad solo uno de sus ocho bisabuelos y bisabuelas era aragonés. Ese pensamiento lo confortó.

Mientras el rey se dirigía a Burgos maldiciendo la desidia y la negativa de los aragoneses a financiar la guerra contra los piratas berberiscos y la armada turca, escribió una carta a la reina Germana en la que le pedía que se trasladara a Lérida para presidir las Cortes catalanas, de las que sí esperaba conseguir dinero para la empresa de África.

De camino a Burgos, despechado y muy enojado, se detuvo en la villa de Aranda, a orillas del Duero, en el palacio de don Juan de Acuña, cuya familia había sido fiel aliada de los Reyes Católicos en los tiempos de la guerra civil, y allí convocó a su secretario.

—Condenados aragoneses, siempre tan tercos y tan reacios a ayudar a su rey. Ahora verán lo que conlleva su actitud. Tomad nota —le ordenó.

—¿Qué debo anotar, mi señor? —preguntó el secretario.

—Mi testamento —asentó el rey.

—Alteza, creo que este asunto es demasiado importante, y que deberíais contar para ello con los letrados de la corte y...

—Tomad nota he dicho.

El secretario, ante la tajante orden de Fernando, cogió pluma, tintero y un pliego de papel y se dispuso a copiar las palabras del rey.

—«En la villa de Aranda, a 26 de abril del año del Señor de 1515, yo, Fernando, rey de Aragón, etcétera, añadid ahí todos mis títulos, lego mis reinos, Estados y señoríos a mi nieto don Carlos, etcétera». Ponedlo en la forma legal conveniente para la firma.

—Mi señor, os reitero, con todo mi respeto, que este asunto genera una gran incertidumbre, creo que debería ser conocido por el Consejo...

—Haced lo que digo.

—Señor, alteza..., entonces, ¿qué hago con el otro testamento, el secreto, en el que nombráis a vuestro otro nieto, a don Fernando, vuestro heredero?

—Escribid ese nuevo y guardad los dos. Y no volváis a replicar más, ¡maldito impertinente!

Fernando dudaba sobre qué hacer con su herencia. Carlos era un desconocido, un hombre del lejano, frío y húmedo norte; y lo suponía sujeto a los designios del emperador Maximiliano. Pero era el heredero legítimo, su sucesor natural, y las Cortes de Aragón, con toda aquella plétora de leguleyos al frente, no aceptarían otra cosa sino que se cumpliera la legalidad y la legitimidad dinástica. Sí, él era el rey, pero ni siquiera el rey de Aragón podía ir contra las leyes del reino.

Decidió mantener los dos testamentos, contradictorios y excluyentes: eran su baza política para poder intervenir en un destino que se auguraba incierto.

### *Brujas, Flandes, 3 de mayo de 1515*

El día de la Ascensión, cuarenta días después de la Pascua de Resurrección, amaneció rutilante, sin una sola nube en el cielo de la ciudad de Brujas, tan azul y luminoso que casi parecía el de Burgos a mediodía. Algunos dijeron que un cielo de semejante serenidad y brillantez anunciaba un gozoso presagio. Aquel era el día más importante de todo el año para Brujas, pues se celebraba la procesión de la Sagrada Sangre.

Carlos, ya proclamado mayor de edad y con plenas capacidades para gobernar Flandes y Borgoña, había decidido asistir a la procesión más famosa de cuantas se celebraban en sus dominios.

—Señor, durante esta procesión los ciudadanos de Brujas y los visitantes que acuden a presenciarla lucen sus mejores vestidos y sus más lujosas joyas. Se trata de un orgulloso alarde de la riqueza de las gentes de la ciudad, de modo que su soberano ha de acudir vestido con sus mejores galas. Vuestro sastre ha preparado este magnífico atuendo de seda violeta, con esta capa del más fino terciopelo, y un sombrero con ribetes de cordones de oro y esmeraldas, además del gran collar, que os corresponde como maestro de la Orden del Toisón de Oro. Vuestro traje está elaborado a la moda de la corte de Borgoña, la más elegante de toda Europa. Lo ha elegido vuestra tía doña Margarita, ya conocéis cuán exquisito es su gusto en estas cuestiones.

Sobre una mesa, en una sala contigua al dormitorio, el chambelán de la corte explicaba los ropajes que se habían preparado con todo el lujosísimo atavío con el que iba a vestirse Carlos. A su lado estaba su consejero principal, Guillermo de Croy. Carlos y Guillermo tenían tal grado de amistad que incluso dormían alguna vez en la misma habitación, e incluso en la misma cama, como habían hecho las dos noches anteriores en Brujas. Su relación nada tenía que ver con la de dos hombres que se aman carnalmente, pues tanto Carlos como Guillermo rechazaban el pecado contra natura.

—La Santa Sangre... —musitó Carlos mientras revisaba los vestidos.

—La reliquia más notable y sagrada de la cristiandad, mi señor.

—Muchas catedrales, iglesias y abadías poseen huesos, trozos de vestidos o cabellos de santos —comentó Carlos.

—Pero aquí, en Brujas, se guarda la verdadera sangre de Jesucristo Nuestro Señor —explicó el chambelán.

—¿Es eso cierto? —demandó el archiduque.

—Sin duda. Se trata de un pedazo de tela con la sangre de Cristo que hace más de trescientos cincuenta años trajo desde Tierra Santa el conde Thierry de Flandes, un noble piadoso que acudió a combatir durante la Segunda Cruzada al lado de su cuñado el rey Balduino de Jerusalén, quien se la regaló como agradecimiento por la ayuda prestada. Desde entonces los ciudadanos de Brujas la veneran en la basílica de San Basilio, y el día de la Ascensión de cada año la pasean en solemne ceremonia alrededor de las murallas, para que proteja a Brujas y a sus habitantes de cualquier mal. Se conserva en un cilindro de cristal cerrado en los extremos por sendas tapas con la forma de dos coronas de oro portadas por ángeles.

—Por lo que me habéis dicho, acude mucha gente a esta ceremonia.

—Toda la ciudad de Brujas sale a la calle vistiendo sus mejores trajes y luciendo sus joyas más preciadas, y además algunos se visten al modo de los profetas del Antiguo Testamento y de los apóstoles del Evangelio. También acuden peregrinos de otras ciudades y territorios de Flandes, pues hay concedidas indulgencias por el papa Clemente V a los que así lo hagan. La comitiva la organiza la cofradía de la Noble Hermandad de la Santa Sangre, que os ha ofrecido que aceptéis ser su cofrade de honor —explicó el chambelán.

—Imagino que será aburrido, pero, si el señor de Chièvres y otros de mis consejeros han considerado que tengo que asistir, supongo que será en mi beneficio —alegó Carlos, que hubiera preferido pasar un día tan espléndido cazando en los bosques de los alrededores en vez de asistir a una procesión.

—Así es, señor. Vuestros súbditos deben veros presidiendo la comitiva ataviado como el gran soberano que sois —dijo Guillermo de Croy.

Carlos era delgado y de mediana estatura, de modo que su zapatero le había fabricado unos zapatos a los que había colocado una plataforma de madera en la suela para que pareciera más alto.

—¿Creéis que el rey Arturo hubiera asistido a una ceremonia como esta? —preguntó Carlos al chambelán y a Guillermo de Croy mientras se vestía con la ayuda de dos asistentes de cámara.

—¿Señor...? —el chambelán pareció no entender la pregunta.

—Arturo, rey de Bretaña —insistió Carlos.

—El señor de la Tabla Redonda —precisó Guillermo de Croy.

—No entiendo vuestra pregunta, monseñor —reiteró el chambelán.

—El rey Arturo fue el más noble de todos los caballeros que en el mundo han sido. Estoy leyendo ahora una historia de sus aventuras, y me gusta cómo se

comporta. —La lectura de ese libro con las historias de Arturo de Bretaña había causado una gran impresión en el joven Carlos de Gante, quien ya soñaba con convertirse en el nuevo rey de Bretaña y emular sus hazañas y sus victorias.

—¡Ah, claro! Sí, por supuesto, el rey Arturo hubiera acudido con todos sus caballeros a la procesión de la Santa Sangre, y lo hubiera hecho con su mejor capa, montado en su más espléndido caballo —dijo el chambelán.

—El rey Arturo juró dedicar su vida y todos sus esfuerzos a la búsqueda del Santo Grial, la copa que contuvo la sangre de Cristo durante la Última Cena —añadió Guillermo.

—Esa misma sangre es la que se contiene en el relicario de cristal y oro que hoy recorrerá el perímetro de las murallas de Brujas. En cierto modo, vos, monseñor, sois como un nuevo rey Arturo —dijo el chambelán.

—¿Y mis caballeros? ¿Quiénes son Galahad, Lanzarote, Ajax y los demás? —demandó Carlos.

—Deberéis buscarlos, señor, entre los mejores de vuestros súbditos. Porque vos vais a ser más grande que el rey Arturo, pues vuestros dominios pronto serán más extensos que los de cualquier otro soberano anterior a vuestra alteza: Flandes y Borgoña ahora, pero cuando mueran vuestros abuelos don Maximiliano y don Fernando sumaréis a vuestra Corona los reinos de las Españas y las Indias además del Sacro Imperio. Gobernaréis sobre tierras tan extensas que siempre brillará el sol en alguna parte de ellas —lo lisonjeó Guillermo.

—Si voy a ser tan poderoso señor, ¿por qué acabo de prestar juramento de vasallaje al rey Francisco de Francia?

—Bueno, se trata de una vieja costumbre —dijo Guillermo.

—Vos sois señor de los feudos de Flandes y el Artois, y por ellos le debéis homenaje a don Francisco, pero se trata solo de eso, una tradición —explicó el chambelán.

—Pues cuando sea todo eso que decís, os juro que jamás volveré a prestar juramento de vasallaje a nadie —asentó Carlos con toda firmeza.

*Burgos, junio de 1515*

Sabía que le quedaba poco tiempo, que su vida se apagaba, de modo que decidió resolver los asuntos más perentorios.

Fernando de Aragón, además de pedir dinero, también había pretendido que el rey tuviera más poder decisorio frente a las prerrogativas de las Cortes de Aragón, pero los diputados reunidos en Santa María de Calatayud también habían rechazado esa cuestión. De modo que, fallido su intento de reforma para cambiar la capacidad de decisión política en la Corona de Aragón, volvió sus ojos a Castilla y convocó Cortes en Burgos. Fueron aquellos días muy intensos, en los que Fernando durmió poco y celebró interminables reuniones que se alargaron hasta bien entrada la noche, para volver a retomarlas temprano. Tanta actividad fue agotando la ya menguada resistencia del rey.

El fracaso en las Cortes de Calatayud se compensó con el éxito en las de Burgos. Pero las sesiones fueron tan intensas que Fernando acabó muy cansado y se retiró al palacio del Condestable para reponerse de la tensión de las negociaciones. Aquella noche no tenía apetito. Apenas cenó un poco de queso y un vaso de vino especiado, a solas con su secretario, en un pequeño cuarto junto a su dormitorio.

—Me alegra que las Cortes de Burgos hayan aprobado que Navarra se incorpore a la Corona de Castilla —dijo Fernando a su secretario tras apurar el último trago de su copa.

—Supongo que esa decisión no habrá sentado nada bien en Aragón, alteza.

—Los aragoneses..., esos altaneros; su soberbia no tiene límites. Cada uno de ellos se cree un gran señor. «Nos, que cada uno de nos valemos tanto como vos, y entre todos más que vos...», con esa fórmula nos hacen jurar los fueros del reino a los reyes de Aragón en la catedral de Zaragoza. Fijaos, dicen que cada uno de ellos vale como un rey. —Fernando estaba muy molesto.

—Los aragoneses suponían que Navarra se incorporaría a su Corona... Vuestro padre fue soberano de ese reino y del de Aragón. Se han molestado porque vos habéis adjudicado ese reino a la Corona de Castilla.

—Hubo un tiempo en que ambos reinos estuvieron unidos, hasta que a la muerte de uno de mis antecesores más ilustres, el rey Alfonso el Batallador, se separaron. Los aragoneses pueden estar todo lo molestos que quieran, pero se han negado a aportar dinero para defender nuestras posiciones en África, como si ellos nada tuvieran que ver con los planes de su rey. Su egoísmo no merece que Navarra se integre en la Corona de Aragón.

—¿Aceptarán los navarros su incorporación a la de Castilla? —preguntó el secretario.

—Con el acuerdo a que ha llegado el duque de Alba con sus principales dirigentes, por supuesto que sí. Los navarros simplemente cambian de rey y su reino se incorpora a la Corona de Castilla, pero mantienen sus peculiaridades, sus límites

territoriales, su hacienda y el título de reino de Navarra. Desde ahora las cadenas que su rey Sancho el Fuerte rompió en la batalla de las Navas de Tolosa figurarán también en el escudo de los reyes de Castilla.

—Vuestra esposa expresó en Calatayud su deseo de ser coronada reina de Navarra. ¿Atenderéis a su petición, señor? ¿Debo preparar un decreto al respecto?

—No. —Fernando fue tajante en la respuesta y no lo dudó—. Mi esposa es francesa y no me parece oportuno que Navarra tenga una reina nativa de Francia.

—Pero es vuestra esposa...

—Para Navarra es mejor así.

El Católico presentaba el aspecto de un hombre agotado. Cuando intentó levantarse del sillón para retirarse a dormir sintió un leve mareo, y volvió a sentarse.

—¿Os encontráis bien, alteza? —le preguntó el secretario, preocupado al ver que su rey no podía incorporarse por sí solo.

—Siento debilidad en las piernas y un cosquilleo en el brazo.

—Llamaré a uno de vuestros médicos.

—Que venga don Pedro Losantos —ordenó Fernando.

—Mi señor, don Pedro está en Valladolid...

—Id a buscarlo allí; llamad a Losantos —ordenó el rey.

—De inmediato, alteza, pero hasta que llegue de Valladolid sería oportuno que os viera...

—De acuerdo, de acuerdo, llamad entre tanto a uno de esos matasanos de la corte, pero que venga Losantos cuanto antes. —Al hacer un esfuerzo para levantar la voz, el Católico sintió una fuerte presión en el pecho y un agudo pinchazo en el corazón. Instantes después cayó de bruces sobre la mesa, totalmente desvanecido.

El médico que lo atendía en esa jornada acudió a toda prisa ante la angustiada llamada del secretario. Cuando llegó, el rey estaba semiinconsciente, tenía la boca entreabierta, la mandíbula desencajada, los ojos cerrados y sufría convulsiones y estertores tan fuertes y constantes que parecía que iba a morir sin remedio.

El médico, con ayuda del secretario y unos criados, le masajeó el pecho y le abrió los brazos para que pudiera inhalar aire con mayor facilidad. Poco a poco el Católico fue recuperando el sentido y empezó a respirar con cierta normalidad, hasta que al fin abrió los ojos.

Con ayuda de varios criados, trasladaron el cuerpo del rey a la cama y en ella permaneció los días siguientes, atendido por sus médicos. En el duermevela que lo acompañaba todas las noches soñó con Germana y cómo era acosada por varios cortesanos, que pretendían aprovecharse de la debilidad de Fernando para seducirla.

Un día, al despertarse de uno de esos sueños que lo perseguían sin cesar, el rey recordó que había visto en alguna ocasión cómo el vicescanciller de Aragón miraba a la reina con ojos cargados de deseo, y dio la orden de encarcelarlo en una mazmorra del castillo de Simancas. El vicescanciller de Aragón pasaría encerrado allí mucho tiempo, aunque, al menos, salvó la vida.



Cinco días después de que Fernando sufriera ese ataque, Pedro Losantos se presentó en Burgos. La sola presencia de su amigo y confidente le confirió al rey cierta tranquilidad, y en las semanas siguientes observó una leve mejoría. No obstante, se dio cuenta de que su vida no duraría mucho más tiempo. El final de sus días estaba cerca.

*La Haya, Países Bajos, 24 de junio de 1515*

Hacía una semana que Carlos cazaba en los bosques de los alrededores de La Haya acompañado por los embajadores que Francisco de Francia había enviado a Flandes. El nuevo monarca francés estaba empeñado en firmar un tratado de paz con la casa de Austria para frenar las ambiciones de Fernando de Aragón, que no se contentaba con haberse anexionado Navarra, sino que, según habían descubierto los espías franceses, se mostraba dispuesto a cerrar una gran alianza con Inglaterra, el papa y Venecia para estrangular a Francia.

Tras varios días de caza, justas, fiestas y banquetes, el archiduque Carlos estaba feliz y confiado. Los embajadores de Francia se percataron de ello y aprovecharon para firmar la paz el día de San Juan, en la iglesia de Santiago de La Haya.

La noche anterior se habían encendido varias hogueras, una de ellas en la plaza mayor, como era costumbre hacerlo en la noche de la víspera de San Juan. Las gentes de la ciudad aprovechaban esa festividad para quemar todo aquello de lo que querían desprenderse, como una especie de ceremonia pagana en la que lo viejo era destruido y reducido a cenizas para dar paso a lo nuevo. Esa ceremonia significaba el triunfo de la luz, el fuego y el calor sobre las tinieblas, la oscuridad y el frío.

Pese a que era mediodía, la iglesia de Santiago estaba iluminada con enormes velones sobre candelabros de hierro y madera. Los embajadores de Francia, encabezados por el señor de Saint-Pol y el conde de Tournai, aguardaban pacientes junto al altar mayor.

El archiduque llegó con un poco de retraso, acompañado de su tía la princesa Margarita, cuya influencia en su sobrino era mayor que la de cualquiera de sus consejeros.

—En primer lugar oiremos una misa solemne, y luego se firmará la paz entre la casa de Austria y el reino de Francia —anunció el canciller de Flandes.

Acabada la misa, en la sacristía de la iglesia se firmó el tratado de paz.

—Vuestro abuelo estará muy feliz —comentó el embajador francés.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Carlos.

—Don Maximiliano, por supuesto. No creo que el rey de Aragón lo esté tanto.

—Yo soy el heredero legítimo de ambos —asentó Carlos.

—En efecto, lo sois —asintió el francés.

Un secretario acercó las dos copias del tratado, que extendió encima de una mesa

preparada para la ocasión.

Carlos estaba sentado a un lado, mientras al otro permanecían en pie los embajadores franceses, que firmaron en primer lugar los documentos. Luego lo hizo el archiduque en el espacio que le indicó el secretario.

—Nuestros respectivos países ya son aliados —dijo Carlos—. Espero que el rey Francisco no ponga impedimento alguno cuando viaje para hacerme cargo del gobierno de Castilla y de Aragón.

—Monseñor tendrá libertad de paso por las aguas y las tierras de Francia, y no dudéis que, si os aconteciera algún problema en ellas, mi señor el rey Francisco acudirá raudo a prestaros la ayuda que os fuera precisa —aclaró el embajador principal, el señor de Saint-Pol.

—Y ahora, señores, vayamos a comer. Mis cocineros han preparado dos platos más de los habituales para celebrar este acuerdo.

El banquete fue espléndido, y la conversación tan placentera y distendida que se extendió hasta la hora de la cena, que volvió a celebrarse en la misma sala. Carlos dio buena cuenta de varias jarras de cerveza, bebida a la que se estaba aficionando en demasía.

En los días siguientes el archiduque dedicó todo su tiempo a la caza con sus halcones y a ejercitarse en el uso de las armas de torneo y en el tiro con la ballesta. Para disponer de todo lo necesario ordenó traer de la armería de Bruselas diez baúles llenos de cascos, corazas, cotas de malla, mazas, espadas, arcos y ballestas.

La mayoría había sido comprada por su padre, el rey Felipe el Hermoso, que llegó a disponer de una colección de veintisiete armaduras y cincuenta y una sillas de montar. Como Felipe era algo más alto y fornido que Carlos, un orfebre tuvo que adaptar alguna de esas armaduras a la talla de su nuevo dueño.

Mientras se las probaba, pensó en su padre, el bello Felipe, aquel hombre a quien apenas había conocido, siempre lejano, extraño, más preocupado por el galanteo con las más hermosas damas de Flandes que por la formación de sus hijos, con el que nunca compartió otra cosa que el título y la sangre. Lo sintió entonces tan ajeno a sí que ni siquiera hubo un hueco en su corazón para odiarlo por haberlo abandonado siendo todavía un niño tan pequeño.

Los días del verano discurrían plácidos y despejados, las noches eran cálidas, el aire limpio y perfumado por el aroma de las flores, las cosechas maduraban y los frutos entraban en sazón.

Una tarde, Guillermo de Croy le presentó a una hermosa dama, viuda de un comerciante de paños de Brujas. Tenía veinticinco años y era rubia como un campo de trigo a punto de la siega y de piel tan blanca que parecía empapada en leche.

—Haced que se sienta bien, va a ser su primera vez —le dijo Guillermo a la dama.

Carlos, seducido por la experta dama, que hizo cuanto supo por agradarlo, se dejó llevar al lecho y allí disfrutó por primera vez del sexo. Le fascinó tanto la experiencia que en tres días no salió de la habitación, afanado en repetir una y otra vez aquella práctica amorosa.

Cuando al fin los dos amantes abandonaron su encierro amatorio, la dama de Brujas respiró aliviada, mientras el príncipe Carlos no cesaba de repetirle a su amigo Guillermo de Croy que el cielo debía de ser algo muy próximo a lo que había experimentado en aquellos tres días.

Al lado de Carlos estaban su tía Margarita y las hermanas de este, Leonor, Isabel y María. Los cuatro hermanos habían querido pasar sus últimos días juntos, pues el 10 de julio estaba previsto que Isabel, de catorce años, embarcara en el puerto de Rotterdam, en la desembocadura del río Mosa, a media jornada de camino de La Haya, para viajar a Dinamarca. Isabel iba a casarse con su prometido, el rey Cristián II, que la esperaba en Copenhague.

Los cuatro hermanos llegaron a Rotterdam y sobre el muelle se despidieron de Isabel entre grandes lamentos y sollozos. Nunca se habían separado y, ante la ausencia de sus padres Juana y Felipe, el estrecho vínculo entre ellos había sido su principal apoyo y sostén.

Mientras contemplaban cómo la flota zarpaba rumbo a Dinamarca, Leonor, la hermana mayor, le bisbisó algo a su tía Margarita.

—He oído que el rey de Dinamarca tiene amores con una bella joven danesa.

—¿Quién te ha comentado eso, chiquilla?

—Una de las damas de compañía de palacio. Dice que todo el mundo lo sabe.

—Bueno, aunque sea así no hay por qué preocuparse —comentó Margarita.

—Pero...

—Tu abuelo se encargará de eso —musitó Margarita con una enigmática media sonrisa.

Antes de regresar a Bruselas, Carlos les dijo a Leonor y a María que ellas también serían reinas, como les había prometido cuando eran más pequeñas. Lo cumpliría.

### *Pabellón imperial de Maximiliano I, cerca de Budapest, Hungría, agosto de 1515*

No era el más antiguo de los nobles linajes de Europa, pues los diplomas auténticos más viejos que podía mostrar la familia Habsburgo no iban más allá del siglo XIII, un tiempo demasiado reciente, pero Maximiliano estaba empeñado en convertir a la casa de Austria en el linaje más poderoso de Europa. Su nieto mayor, el archiduque

Carlos, ya era señor de Flandes y de Borgoña, y heredero de las Coronas de Castilla y de Aragón, pero el emperador Maximiliano quería más. Mucho más.

El pabellón imperial de Maximiliano se había desplegado en la llanura húngara, a orillas del río Danubio, unas pocas millas al sur de Buda y de Pest, las dos ciudades ubicadas una frente a otra aguas arriba, una a cada orilla del Danubio.

El emperador mostraba signos de cansancio en su rostro. Destacaba su poderosa y gruesa nariz, su notable mentón y su boca pequeña. El pelo casi gris y muy abundante, cortado en media melena por debajo de las orejas y un flequillo justo un dedo por encima de las cejas, todavía conservaba algunos mechones dorados.

Vestía un traje negro y se cubría con una gorra de terciopelo también negro; llevaba al cuello el collar del Toisón de Oro.

—Si los turcos consiguen romper las defensas de Buda y de Pest y rebasan esas posiciones, llegarán a las puertas de Viena sin encontrar resistencia alguna —lamentó Maximiliano en un consejo celebrado en su pabellón al que acudieron todos sus generales.

—Señor, Buda puede ser bien defendida desde la posición de altura de su castillo y dada su ubicación en una colina en la orilla occidental del Danubio, pero la defensa de Pest, en el llano, será imposible ante el ataque de un poderoso ejército como el que están organizando los turcos —adujo el general de mayor rango.

—¿Qué proponéis entonces?

—Abandonar Pest y concentrar toda la defensa en la colina de Buda, en torno al castillo. Construiremos nuevas murallas y ampliaremos los fosos.

—¿Cuándo creéis que iniciarán su ataque los turcos? —demandó el emperador.

—Según nuestros espías en Estambul, en sus astilleros se está armando una galera cada semana. Dentro de dos años, tal vez tres, dispondrán de suficientes navíos de guerra como para lanzar su flota a una gran ofensiva sobre el sur de Italia y las plazas españolas en el norte de África. Estimamos que será entonces, asegurada su supremacía en el mar, cuando su ejército avance de manera combinada por el curso del Danubio hacia la llanura de Hungría, y si rebasan Buda, tendrán abierto el camino hacia Viena, y quién sabe hasta dónde podrían llegar.

—Dos años... —musitó el emperador.

—O comenzamos las obras de inmediato o apenas tendremos tiempo para construir las defensas necesarias, señor —indicó el general.

—Nos centraremos en la defensa de Viena. —Maximiliano se había reunido un par de semanas antes en Viena con el rey Ladislao de Hungría, su hermano Segismundo, príncipe de Polonia, y el rey Luis de Bohemia—. He prometido que los turcos no pasarán de esa ciudad.

—Si no fortificamos Buda, los turcos arrollarán con facilidad Buda y Pest y se plantarán en un mes a las puertas de Viena —insistió el general—. Su ejército está encabezado por los jenízaros, un formidable cuerpo de feroces guerreros que están sembrando el pánico en las tierras del bajo Danubio. Solo Dracul, el señor de

Valaquia, pudo frenarlos, pero de eso hace ya casi un siglo. Desde entonces nadie ha logrado volver a derrotarlos. Bueno, tan solo el Gran Capitán, ese general del rey de Aragón, en una batalla en la isla de Cefalonia.

—Los turcos son nuestra principal amenaza ahora, de modo que necesitaremos del apoyo de otros reinos cristianos. Mi nieta Isabel se ha casado con el rey de Dinamarca, que pronto lo será también de Suecia, y mi nieto don Carlos está prometido con la princesa Renata de Francia; si lográramos que ese condenado rey de Aragón abdicara en don Carlos, la cristiandad estaría unida frente a los otomanos y la defensa frente a los turcos resultaría mucho más fácil.

—Eso sería lo deseable —adujo el general.

—Además, en Viena acabo de acordar la boda de mi nieto Fernando, para cuando quede libre de las garras del aragonés, que ahora ejerce su custodia, con la princesa Ana de Hungría, y la de mi nieta María, la tercera hija de Felipe y Juana, con el joven Luis II de Bohemia, el hijo de Ladislao de Hungría, al que hemos nombrado miembro de la Orden del Toisón de Oro, la más alta distinción que concedemos los Austrias. —Maximiliano tocó el vellocino que colgaba de su collar.

—Una gran estrategia, mi señor.

—Con todos estos compromisos matrimoniales de mis nietos se sellan sólidos lazos de amistad y alianza entre el linaje de Habsburgo y el de Jagellón, soberano de Lituania, Polonia, Bohemia y Hungría. Los reyes de Francia e Inglaterra se sumarán a esta alianza; el Católico puede echarse a temblar.

Pieza a pieza, paso a paso, Maximiliano iba cumpliendo su gran sueño, y esperaba que un día, tal vez no muy lejano, toda Europa estuviera unida bajo la corona de un mismo monarca: su nieto, Carlos de Austria. Si es que los otomanos no lo impedían, porque corría el rumor, propagado por algunos fanáticos agoreros, de que el sultán turco era, ahora sí, el verdadero Anticristo, el que abriría las puertas al fin del mundo.

*Pabellón real de Fernando el Católico, cerca de Segovia, fines de septiembre de 1515*

—Todo el mundo se ha conjurado contra mí, en un gran complot para acabar conmigo —objetó Fernando. Pese a sus achaques y a los cada vez más intensos dolores, o quizá también a causa de ellos, el Católico estaba hecho una furia.

Ese verano, por sorpresa, el joven rey Francisco I de Francia había enviado a un ejército de cuarenta mil hombres a Italia, que en una fulgurante campaña había atravesado los Alpes como un relámpago y se había presentado en Milán con una poderosa artillería. Aliado con Venecia, el ejército francés aplastó en la batalla de Marignano a una coalición formada por mercenarios suizos y el propio ducado de Milán. Todo el Milanesado volvía a quedar bajo dominio de Francia, y tras la victoria, el joven Francisco I se creyó un nuevo Alejandro Magno.

A la vez, desde Hungría el emperador Maximiliano estaba realizando toda una serie de movimientos para controlar el norte de Italia.

Con estas acciones, Fernando el Católico sentía amenazadas sus posesiones en Italia y estaba abrumado por cuanto se le venía encima. Cada día con menos fuerzas para hacer frente a tantos problemas, decidió dejar Burgos a mediados de septiembre y viajar a Extremadura, donde tenía pensado celebrar una reunión de las Órdenes Militares de Castilla y León, de las que seguía siendo maestro. Sus planes incluían dirigirse después a la ciudad de Granada, donde esperaba acabar sus días en la tranquilidad de la ciudad cuya conquista le dio tanta gloria y renombre, y ser enterrado junto a su primera esposa la reina Isabel.

—Algunos seguimos fieles a vuestra alteza —dijo Pedro Losantos, que desde su ataque al corazón no se separaba de Fernando y lo acompañaba en el viaje que había emprendido desde Burgos hacia Extremadura, atravesando Castilla de noreste a sureste. En Valladolid se había despedido de su familia, consciente de que tal vez no volviera a verla por algún tiempo; el tiempo que viviera el rey y lo necesitara a su lado.

—Tal vez vos, don Pedro, seáis el único hombre del que puedo fiarme —le confesó el Católico durante un receso para descansar en el viaje hacia Extremadura, junto a una fuente que brotaba en el centro de una chopera.

—No solo yo, señor, el Gran Capitán...

—¡No me habléis de don Gonzalo! Me han dicho que ha mostrado interés en ir a Flandes con algunos nobles de su linaje como el conde de Cabra. ¿Y sabéis qué hay detrás de ese viaje?

—No, alteza, lo ignoro.

—Pues no puede ser otra cosa que firmar una alianza con mi nieto Carlos y el emperador Maximiliano contra mí.

—Don Gonzalo siempre os ha sido fiel. Nunca he comprendido por qué habéis dudado tanto de su lealtad —insistió Losantos.

—Me ha dado motivos para dudar: no vino de Italia cuando lo llamé, tuvo tratos con el papa y con la república de Venecia sin mi permiso, no aceptó casar a su hija con mi nieto, no me rindió cuentas hasta que no se las exigí, defendió a su sobrino cuando este cuestionó mi autoridad en Córdoba, y algunas otras cosas.

—Pero jamás alzó sus banderas contra vos, ni creo que lo haga nunca —porfió Losantos.

—Los que he enumerado son motivos suficientes para desconfiar de él.

—Con todo respeto, mi señor, eso solo son conjeturas.

—¿Qué queréis decir?

—Que los hechos han demostrado, una y otra vez, que el Gran Capitán siempre ha estado de vuestra parte. Ni siquiera se quejó cuando suspendisteis la leva del ejército que tenía que conducir desde Málaga a Italia.

—Un soldado debe cumplir órdenes sin rechistar.

—Y don Gonzalo lo hizo. En cuanto se lo ordenasteis disolvió el ejército que con tanto interés había formado en el puerto de Málaga, y ello a pesar de que esa nueva campaña en Italia era su gran ilusión. ¡Qué mayor muestra de lealtad!

—No sabéis de qué estáis hablando, Losantos.

—Tal vez, mi señor, pero conozco al Gran Capitán y considero que es un hombre de honor. Y además de vuestro leal servidor, es vuestro amigo.

—Los reyes no tenemos amigos.

—La amistad no solo es un sentimiento que está bien para que la canten los juglares; es algo mucho más profundo. —Pedro se sintió dolido por esas palabras de su rey.

—Los reyes no queremos amigos, lo que exigimos es lealtad. Lealtad incondicional.

—Alteza, la lealtad y la amistad son valores similares, en mi opinión, inseparables.

—Vos, condenado matasanos, no sois rey. No podéis entender de qué os estoy hablando. De manera que limitaos a cumplir con vuestro trabajo y no me molestéis más con vuestras peroratas.

### *Bruselas, fines de octubre de 1515*

El nuevo rey de Francia era joven, pero con veinte años de edad y en sus nueve primeros meses de reinado ya había demostrado una ambición sin límites y una audacia extraordinaria.

Algunos espías del Católico en la corte de París le habían enviado informes cifrados en los que calificaban al monarca francés como hombre de carácter brutal y de moral relajada, pero otros aseguraban que, aunque era un joven muy ardoroso y temperamental, tenía un gran corazón. Ante esas informaciones, aparentemente tan contradictorias, Fernando de Aragón dudaba de la verdadera personalidad de Francisco de Francia y, sobre todo, de sus verdaderas intenciones.

A Carlos de Austria le sucedía lo mismo que a su abuelo materno. Bien cumplidos los quince años, era un joven serio y escrupuloso, al cual habían educado en el respeto a los mayores, en el acatamiento de las leyes y del orden y en la protección a la Iglesia.

—No me gusta lo que está tramando el rey de Francia —dijo Carlos.

—No es hombre de fiar —asentó su tía Margarita, con la que estaba despachando algunos asuntos urgentes.

—Cuando lo conocí la pasada primavera, no me gustó su forma de mirar: sus ojos no emiten ninguna sensación de sinceridad, y recelo de sus intenciones. Y tampoco me fío del papa León X, ese Médici... Mi abuelo Maximiliano siempre me previno de que desconfiara de los Médicis.

—Al menos no ha seguido la política de su antecesor, el papa Julio II —adujo Margarita.

—Dicen que la única obsesión de ese papa era someter a toda Italia bajo el poder del papado e imponer a todos los príncipes de la cristiandad la superioridad moral de la Iglesia.

—El rey de Francia ha sido informado del deterioro físico de vuestro abuelo don Fernando, al que considera su rival más peligroso. Su intención no es otra que enfrentaros con vuestro abuelo para debilitaros a ambos. Por eso os ha ofrecido a su hija doña Luisa como esposa. Con ello no pretende otra cosa que resarcir la ruptura del acuerdo matrimonial de la princesa Renata con vuestra alteza.

—Mi abuelo Fernando es viejo y está enfermo; el rey de Francia quiere aprovecharse de ello. —Carlos estaba bien informado.

—En efecto, mi querido sobrino. Nos llegan noticias de nuestros agentes de que es probable que debido a su mala salud no supere este invierno, de modo que debéis prepararos para viajar a Castilla en cualquier momento —le recordó Margarita a Carlos.

—Supongo que nunca llegaré a conocerlo —comentó el archiduque—. Vos, querida tía, sí que lo conocéis...

—Es mejor así.

—Tal vez, pero me gustaría hablar con él, aunque fuera una sola vez. Solo una vez.

—No os conviene —asentó Margarita.

—¿Por qué decís eso?

—Don Fernando es un hombre sagaz y podría convenceros para que hicierais algo en contra de vuestros propios intereses.

—Se trata de mi abuelo.

—Y también lo es de vuestro hermano don Fernando, al que ha criado como a un hijo. Por lo que sabemos, vuestro abuelo lo prefiere a vos como sucesor en la Corona de Aragón. Por ello, lo más sensato es que aguardéis a que... desaparezca y toméis entonces plena posesión de vuestra herencia hispana.

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto. Además, en cualquier caso a los miembros de vuestro Consejo no les parece muy acertado el nombramiento de Adriano, el deán de Lovaina, como embajador y adelantado vuestro en Castilla. Yo tampoco creo conveniente que confirméis ese nombramiento.

—¿Os desagrada don Adriano? —le preguntó Carlos a su tía. Al archiduque le extrañó el recelo de su tía hacia el de Utrecht y le sobrevino una sombra de duda sobre las verdaderas intenciones de Margarita.

—Creo que don Adriano Fiseto, el deán de Lovaina, carece de experiencia. Deberíais repensar ese nombramiento.

Carlos volvió a dudar sobre las intenciones de su tía. ¿Acaso estaría de acuerdo



con Fernando el Católico para que Carlos no fuera su sucesor en Aragón? Entonces decidió reafirmar su decisión.

—Nombraré a don Adriano mi adelantado en Castilla y además mi regente en ese reino en caso de que mi abuelo don Fernando muera antes de que yo me presente en Castilla.

—No deberíais hacer eso; os repito, sobrino, que don Adriano no tiene experiencia en asuntos de gobierno tan delicados como los que vais a encomendarle. Pensadlo mejor y...

—Está decidido —asentó Carlos con firmeza.

—Te equivocas, Carlos —Margarita apeó el tratamiento protocolario y se dirigió a su sobrino con familiaridad.

—Confío en ese hombre. Hace diez años que es mi preceptor, y hasta ahora no habíais puesto ninguna pega a su labor.

—Te propongo que nombres para ese cargo a...

—¡Basta! —zanjó Carlos la discusión—. Don Adriano de Utrecht es el elegido; no se hable más de esto.

—Es un error...

—Soy el soberano de estas tierras, y es mi voluntad la que prevalece sobre todo lo demás. De modo que se cumplirá lo que ordeno. Hoy mismo firmaré el nombramiento de don Adriano y daré instrucciones para que comiencen los preparativos de mi viaje a Castilla.

—En ese caso, no cuentes conmigo —Margarita dio media vuelta y salió de la sala.

Ya a solas, Carlos pensó que su tía lo podía estar traicionando, de modo que decidió privarla de la regencia de los Países Bajos. Cuando él partiera hacia Castilla, Margarita ya no sería la gobernadora de Flandes. Carlos había aprendido algo de su abuelo Fernando: no confiar en nadie, ni siquiera en aquellos de su propia sangre.

*Plasencia, Extremadura, reino de León, noviembre de 1515*

A sus sesenta y tres años era un hombre agotado y abatido. Los excesos en la ingesta de cantaridina, entre otras cosas, estaban cobrándose su peaje en el cuerpo del rey Católico.

Su corazón, sometido a los efectos secundarios del polvo de la mosca verde, latía ya de un modo descompasado, como a impulsos descontrolados, a veces lento, como el paso de una vieja acémila a punto de desplomarse ante la falta de vigor, y en ocasiones acelerado, como el galope de un potro desbocado corriendo sin rumbo hacia ninguna parte.

La hinchazón de las piernas, la sensación de opresión en el pecho, el cosquilleo en los brazos y en las manos, el intenso dolor en las rodillas... El rey de Aragón se

sentía cada semana más enfermo.

Pedro Losantos lo cuidaba cada día, le practicaba masajes en piernas y brazos, le preparaba infusiones de hierbas y papillas de leche con miel y galletas de jengibre, pero apenas conseguía calmar los dolores de su cuerpo y no lograba disminuir la pesada ansiedad que su espíritu sentía con cada noticia que llegaba de Flandes o de Italia.

—Mi obra se derrumba, don Pedro —le confesó a su médico mientras intentaba calentarse las manos a la lumbre de la chimenea, en el palacio donde se había alojado al llegar a Plasencia, propiedad de su obispo—. Tantos años de luchas, de esfuerzos, de batallas y de combates sin cuento, y no he logrado ninguno de mis propósitos.

—Pero, señor, acabáis de firmar un acuerdo de paz con Inglaterra, vuestro general don Luis de Requesens ha derrotado a los turcos en Pantalarea y en las Indias continúan los descubrimientos y la ganancia de nuevas tierras para gloria de vuestra alteza. —Losantos se refería a las noticias que habían llegado a la corte de Castilla que relataban que Vasco Núñez de Balboa estaba explorando las costas del mar del Sur, demostrando que las tierras a las que llegó Cristóbal Colón eran un nuevo mundo entre Catay y Cipango, en el extremo oriental de Asia, y Europa, y que Juan Díaz de Solís había llegado hasta el que llamaron el «mar Dulce», en el estuario del Río de la Plata, navegando hacia el sur bordeando la costa oriental de América en el hemisferio meridional.

—Ni siquiera puedo legar mis reinos a un hijo varón... ¡No tengo un hijo varón!

—No digáis eso, mi señor. Vuestra hija doña Isabel ha sido reina de Portugal y ahora lo es doña María, doña Catalina reina en Inglaterra y doña Juana lo es de Castilla, y algunos de vuestros nietos también lo son, como doña Isabel, la hija de doña Juana, que se ha convertido en reina de Dinamarca...

—Un hijo, un varón, don Pedro... Dios me ha castigado negándome un hijo varón que me sobreviviera para heredar mi corona. Los dos que tuve, de doña Isabel y de doña Germana, han muerto antes que yo.

—Reinará uno de vuestros nietos; o don Fernando si se admite vuestro testamento secreto, o don Carlos si los aragoneses deciden seguir el orden sucesorio.

—Don Carlos..., un extranjero que no sabe hablar nuestra lengua, al que ni siquiera conozco, y que, además, está conspirando contra mí.

—Pero en cuyas venas está vuestra sangre, mi señor.

—Mi sangre, la sangre de mi esposa Isabel, la de nuestra familia, los Trastámaras... ¿Qué vale todo eso ahora? Carlos es un Habsburgo, el miembro de un linaje foráneo, ajeno a Aragón y a Castilla. Si se convierte en rey de Aragón, ¿qué intereses creéis que defenderá ese nieto mío? ¿Sabéis lo que yo pienso? Que hará lo mismo que su padre don Felipe, traerá con él a toda una legión de secretarios, consejeros y ministros flamencos y borgoñones, impondrá sus métodos y sus costumbres en Aragón y en Castilla y dejará que sean esos hombres extraños quienes administren estos reinos, que pasarán a convertirse en meros apéndices de los

dominios de la casa de Austria.

—No ocurrirá eso, mi señor. Vuestro legado es demasiado importante. Sois uno de los monarcas más grandes que jamás han existido —resaltó Losantos.

—¡De nada sirve el pasado ni la historia!

—El papa Alejandro os otorgó el título de Católico, el papa León os ha llamado «Atleta de Cristo» y ese pintor al que todos admiran en Italia, llamado Rafael Sanzio, ha pintado vuestra efigie en el palacio del papa en Roma junto a la de los grandes héroes de la cristiandad. Estaréis para siempre al lado de los emperadores Carlomagno y Lotario, y de Godofredo de Bouillon, el noble que ganó Jerusalén en la Primera Cruzada. Sois rey de las Españas, de Córcega, de Sicilia, de Nápoles, de Cerdeña, de Mallorca, de Jerusalén, conde de Barcelona y señor, duque, marqués y conde de otros muchos territorios, incluidas las Indias Occidentales. La mar Océana se ha rendido a vuestros conquistadores y el Nuevo Mundo os pertenece. Todo eso se debe a vos. Solo a vos.

—Efímera gloria que se desvanecerá en un instante como la nieve de abril bajo los rayos del sol, o como se consumen esos leños en el fuego... Escuchadme, Losantos: toda mi vida ha sido un batallar constante, contra los nobles que querían imponer sus privilegios, contra los papas que pretendían convertirse en dueños de la vida y de la muerte, contra los turcos que ansían conquistar esta tierra en la que un día vivieron sus correligionarios sarracenos, contra los monarcas cristianos que ambicionan mis dominios..., contra todos.

—Y siempre habéis vencido en esas lides, alteza, no os rindáis ahora.

—Siento que mi final está cerca, muy cerca. Estoy cansado, y ya no deseo otra cosa que quedar en paz conmigo mismo y con el Creador, que espero sea benigno en su juicio.

—Él os ha gratificado con su bondad y os acogerá en su seno.

—¿Consideráis que he sido un buen cristiano?

—Así lo han creído varios papas y muchos de vuestros súbditos; la opinión de un simple médico como yo no importa.

—A mí sí me importa, don Pedro. Nunca tuve amigos. Yo os dije que los reyes no tenemos amigos. Cuando era un niño crecí al cuidado de mi padre don Juan, un hombre mayor que vivió sus últimos años amargado por la muerte de su hijo, mi hermano el príncipe Carlos de Viana. Él debió ser el rey y no yo...

—Pero don Carlos se rebeló contra vuestro padre...

—Yo fui el favorito de nuestro padre, que odiaba y amaba a la vez a mi hermano don Carlos, al que repudió cuando yo tenía cinco años, y él ya pensaba en mí como su heredero. Mi padre logró que las Cortes de Aragón me designaran su sucesor a los nueve años y que me juraran como tal. Y por si había alguna duda, mi hermano don Carlos murió en una húmeda celda mientras a mí me educaban para ser rey.

—Don Carlos de Viana cometió una traición y pagó por ello —asentó Pedro intentando agradar a su rey.

—¿Quién sabe cómo ocurrieron las cosas en realidad?

—Así lo presentan los cronistas.

—Los cronistas escribieron lo que yo les ordené que contaran. ¿Sabéis que las crónicas de Aragón me presentan dirigiendo una batalla con trece años? Pues es mentira. En realidad lo hizo el conde de Prades, pero aquella victoria en Calaf sobre los partidarios de don Pedro de Portugal, que pretendía proclamarse conde de Barcelona, me la atribuyeron a mí.

La mirada del Católico, siempre firme, fría y serena, se mostraba ahora lejana, dubitativa y perdida. El rostro de aquel hombre, otrora poderoso, varonil y fuerte, reflejaba la debilidad que lo consumía.

Ante las palabras del rey, Losantos recordó entonces cómo las crónicas describían al Católico: decían que era un monarca de carácter pausado y tranquilo cuando hacía uso de la palabra, que disponía de gran capacidad de entendimiento y de moderación, y que mantenía siempre una pose serena y en calma. Y no solo eso, también loaban su capacidad para impartir justicia, su sentido de la misericordia y su piadoso corazón.

El rey se quedó en silencio por unos instantes y fue torciendo el gesto, como si lo abandonaran el sentido del equilibrio y el control de sus movimientos. Poco a poco su cabeza se inclinó hacia un lado, se cerraron sus ojos, abrió la boca de manera desencajada y su mandíbula inferior se descolgó como si se hubiera soltado de su articulación, a la vez que unos hilillos de baba brotaban de las comisuras de sus labios y se deslizaban por el mentón hasta caerle sobre el pecho.

—¡Alteza! ¡Alteza! —Pedro Losantos intentó reanimar al rey, que había perdido la consciencia.

—¿Qué me ha ocurrido...? —preguntó Fernando, visiblemente mareado e incapaz de ponerse en pie por sí mismo.

—Un desmayo, alteza, solo eso. Necesitáis reposo, y quizá os conviniera pasar el invierno en tierras más cálidas, en el sur.

—Sí; en invierno hace demasiado frío en Castilla. Pero iré primero a Guadalupe, tengo que presidir en ese monasterio el consejo de las Órdenes Militares, y luego viajaré a Sevilla; allí los inviernos son suaves y soleados. En primavera quiero estar en Granada..., Granada, y allí aguardaré a que me llegue la muerte al lado de la tumba de doña Isabel. —Fernando respiraba con dificultad. La hidropesía le afectaba al vientre, que tenía muy hinchado, y a las piernas, y también comenzaba a sufrir fuertes dolores en el estómago y en los riñones.

Losantos le pidió permiso para palparle el vientre. El rey tenía la piel tirante, con algunos edemas, y llena de hinchazones a modo de pequeñas ampollas. Desde luego, su aspecto era grave.

—Señor, es preciso que descanséis, que os olvidéis de...

—¡Vos también queréis que renuncie a la Corona!

—No, mi señor, yo solo deseo que gocéis de salud y de bienestar, y para ello necesitáis descanso, mucho descanso.

—No puedo. Un rey no puede descansar. No puedo.

—Deteneos aquí, en Plasencia, por algún tiempo. El aire es limpio, las aguas saludables y el invierno no es tan frío como en Burgos o en Valladolid. Podéis seguir dirigiendo vuestros reinos desde esta ciudad sin necesidad de andar de un sitio para otro, sin que os agotéis en desplazamientos tan penosos por estos caminos.

—Los corsarios berberiscos al servicio del sultán otomano están preparando una ofensiva en las costas de África y amenazan con ocupar algunas de nuestras plazas en esa zona. No puedo descansar. No puedo.

—En ese caso, reducid vuestra actividad... o acabaréis sucumbiendo a la enfermedad —le avisó el médico.

—Mis súbditos no pueden ver a un rey cansado y enfermo. Haced lo posible para que no lo noten.

—Tal vez podáis disimular vuestro estado por algún tiempo, pero...

—Necesito resistir el tiempo necesario para llegar a Granada. Allí está enterrada la reina Isabel, mi primera esposa, esperándome en su tumba. Cuando conquistamos ese reino le prometí que nos enterraríamos juntos en Granada, en la iglesia que fundamos en la Alhambra. Ahora están construyendo una capilla nueva en la catedral; ahí quiero yacer para siempre junto a ella. Granada, Granada... Recuerdo aquel día de enero, cuando Boabdil el Chico, el Desdichado, rindió su hermosa ciudad y me la entregó. El último rey moro de Granada era un hombre aún joven, de cabello rubio y noble porte.

—¿Qué habrá sido de él? —se preguntó Losantos.

—Vive en África, en las montañas del Atlas —comentó el rey.

—Seguro que añora sus palacios de Granada.

—¿Quién no los echaría de menos si los hubiera perdido tras haberlos poseído por un tiempo? ¿Quién no echaría de menos Granada si hubiera sido expulsado tras haber vivido en ella?

Entre las llamas de la chimenea, el Católico creyó entrever una difusa imagen de los muros de la Alhambra difuminándose en las tenues luces de un atardecer rojizo, un día de aquel invierno en el que tras conquistar Granada durmió en los palacios de los reyes moros con Isabel entre sus brazos.

### *Jaraicejo, Extremadura, mediados de diciembre de 1515*

Juana de la Cruz había llegado desde Valladolid dos días antes. Siguiendo la estela de la comitiva real en su camino por tierras de Extremadura, la había alcanzado en la aldea de Jaraicejo. Pedro Losantos había recibido autorización del rey para que su esposa se incorporara a la comitiva a fin de preparar alguna pócima que aliviara los dolores de Fernando.

Los dos esposos se habían acostado en sus literas de viaje en una de las tiendas

del campamento real y comentaban en el silencio de la noche la situación en la que estaban sumidos.

—Don Fernando no sobrevivirá a este invierno —informó Pedro a su esposa.

—¿Tan mal se encuentra?

—Sí. El día antes de que tú llegaras atravesamos el río Tajo por el puente de piedra que llaman «del Cardenal», pero don Fernando ya no pudo hacerlo por su propio pie, como señala una tradición que debe cruzarse. Fueron precisos cuatro criados para levantarlo de la carroza en la que viaja y pasarlo en andas sobre el puente.

—Entonces, ¿no puede moverse por sí mismo?

—Apenas. Desde que hace más de dos años sufriera aquellos desmayos y fiebres que casi acaban con su vida, apenas puede moverse. Aquel día consumió en una sola toma una gran cantidad de cantaridina, suficiente como para tumbar a un caballo, y desde entonces su corazón quedó tan alterado que no ha logrado recuperarse. Sufre una hidropesía que va en aumento, tiene sudoraciones a menudo y su corazón late de manera descompasada. He visto cómo perdía la consciencia en tres ocasiones en las últimas semanas, y cada vez le cuesta más recuperarse. Algún día despierta de mejor humor y tiene ánimos para salir a pasear sobre su caballo, e incluso ha cazado en alguna ocasión, pero cada recaída es peor que la anterior y su vida se apaga de manera irremediable.

—Te veo muy preocupado. Sé sincero conmigo: ¿la muerte del rey nos perjudicará? —Juana de la Cruz estaba alarmada.

—Creo que sí, y mucho. Yo he sido un fiel servidor; siempre he estado a su lado, incluso le permanecí fiel y me jugué mi propia vida por él cuando tuvo que marcharse de Castilla tras la llegada de Felipe de Austria. En la corte hay muchos que lo recuerdan, y no me perdonarán esos servicios. Son los mismos que están esperando a que el rey fallezca o a que su nieto don Carlos sea mayor de edad y reclame el trono de Castilla para buscar la revancha. En cuanto don Fernando muera o tenga que marcharse, esos tipos vendrán a por mí, bueno, a por nosotros.

—Entonces, ¿debemos escapar antes de que eso ocurra? —titubeó Juana.

—Otra vez la misma historia... Ya hemos discutido esa alternativa en otras ocasiones.

—Pues hagámoslo de nuevo.

—Existe una salida...

—¿Cuál?

—Pactar en secreto con los enemigos de don Fernando y asegurarnos la tranquilidad para cuando el rey desaparezca —dijo Losantos.

—Nunca has sido un traidor.

—Por mi familia, por vosotros, haría lo que fuera.

—¿Quién es más importante para ti, tu familia o tu rey?

—¿Cómo puedes dudarlo? Vosotros sois lo más importante de mi vida. Pero los

enemigos del rey no olvidan que en otro tiempo fuimos judíos, y sin su protección podrían acusarnos de seguir practicando en la clandestinidad los ritos y ceremonias judaizantes. Y condenarnos a prisión, e incluso a morir en la hoguera.

—Pero eso no es cierto.

—A la Inquisición la inocencia de los acusados le importa muy poco. Bastaría con que se emitiera sobre nosotros una denuncia anónima para causarnos muchos problemas. Uno de los consejeros reales ya me insinuó en una ocasión que yo había podido envenenar al rey en Carrioncillo; otros comentan que sigo siendo un judío que no ha abdicado del todo de sus creencias religiosas; e incluso hay quienes ven en tus pócimas y ungüentos la mano del diablo. Si quisieran, nos acusarían de practicar la brujería, de comportarnos como herejes y de conspirar contra el reino de Castilla; y te aseguro que encontrarían media docena de testigos que certificarían todas esas acusaciones. Si la Inquisición se lo propusiera, seríamos acusados, enjuiciados, condenados y ejecutados en menos tiempo del que dura un suspiro.

—¿Se toma el rey mis infusiones? —preguntó Juana, que no quería que la conversación con su esposo siguiera por ese camino.

—Sí, yo me encargo de ello, pero ni siquiera así va a recuperar su salud. El abuso de la cantaridina le ha provocado gravísimas alteraciones en el corazón y le ha envenenado la sangre. Creo que no existe remedio alguno que cure sus achaques. Lamentablemente, el rey Fernando está abocado a la muerte, y no tardará mucho.

—¿Alguien más conoce su estado? —preguntó Juana.

—No es necesario ser licenciado por Salamanca para percibir que don Fernando se encuentra muy enfermo y que se está apagando día a día.

—¿Y los otros médicos?

—También se han dado cuenta, claro, pero guardan silencio y discreción, aunque no del todo.

—¿Y eso?

—Don Fernando se ha enterado de que los flamencos ya conocen la gravedad de su estado. Por ello han enviado a Castilla a un clérigo llamado Adriano de Utrecht, del que dicen que es uno de los hombres más sabios de este tiempo. Además, ha sido quien ha educado en algunas cuestiones a don Carlos desde pequeño. Ese hombre ya está aquí; precisamente mañana se reúne con el rey para tratar de la pronta venida del príncipe Carlos a Castilla. Dicen que incluso trae carta de poder firmada por el propio Carlos para hacerse cargo de manera inmediata del gobierno de estos reinos y desalojar de ellos a don Fernando.

La noche era muy fría, de modo que Juana se apretó al cuerpo de su esposo en busca de calor. E imaginó una nueva vida en algún país lejano, de clima cálido, un lugar en oriente, en una ciudad cerca del desierto, en un oasis de palmeras esmeraldas, aire cálido y aguas frescas y cristalinas. Juana de la Cruz cerró los ojos y soñó.

Tal cual se había previsto, a la mañana siguiente, el rey de Aragón, a quien acompañaba el duque de Alba, recibió a Adriano de Utrecht en el campamento cerca de Jaraicejo, en el pabellón real desplegado en una solana al abrigo del frío viento del norte. Sus primeras palabras, que Pedro Losantos pudo escuchar a la puerta de la enorme tienda de campaña, fueron para decirle al enviado de su nieto que ardía en deseos de ir a Granada para encontrarse allí con la tumba de Isabel la Católica. Su tono era el del hombre que estaba preparando su último viaje por la vida para iniciar el tránsito al otro mundo.

Adriano, profesor de teología, era hombre que tenía fama de sobrio y piadoso desde los tiempos en que ejerciera el cargo de rector de la universidad de Lovaina. De aspecto calmado, su sola presencia transmitía una serena sensación de tranquilidad. Algo más alto y fornido que la media, en él destacaban sus manos grandes y fuertes, sus profundos ojos marrones oscuros, su rostro viril y su tez de tono algo más oscuro que el propio de los nativos de Flandes.

Traía con él la noticia de la firma del tratado de amistad de Carlos de Austria con Francisco de Francia, al que calificó como un joven ambicioso y violento al que algunos espías flamencos consideraban capaz de cualquier cosa para incrementar su poder como nuevo rey de Francia. A ese acuerdo acompañaba otro, el del compromiso matrimonial de Carlos con Luisa, la primera hija de Francisco I, nacida en el pasado mes de agosto. Y todavía un tercero en el que Carlos de Austria, que firmaba como príncipe de Castilla, nombraba a Adriano de Utrecht como su regente en el caso de que Fernando de Aragón falleciera antes de que el archiduque llegara a tierras de Castilla.

Unas voces a la puerta del pabellón interrumpieron la conversación de Fernando y el duque de Alba, que estaba debatiendo sobre las peticiones de las Órdenes Militares con las que debería encontrarse en unas semanas el rey en el monasterio de Guadalupe.

—Mi señor... —Uno de los secretarios de la cancillería apareció tras las gruesas cortinas de paño.

—¿Qué ocurre ahora?

—Una carta muy urgente. Es de la marquesa de Sessa.

—¡La esposa de don Gonzalo! Traedla.

El secretario le entregó la carta al rey, que abrió el lacre con ayuda de un cuchillito y se puso a leer de inmediato.

—¿Malas noticias, alteza? —preguntó el duque de Alba al ver el apenado rictus del Católico.

—Puedes retirarte —le indicó el rey al secretario, que se marchó tras una reverencia.

—Alteza, si queréis que yo también me... —dijo Adriano de Utrecht.

—No, podéis quedaros. Escuchad esto —advirtió Fernando, que se dispuso a leer la carta al duque y a Adriano—: «Muy alto y magnífico príncipe y señor don



Fernando. Sabed que vuestro más leal servidor, don Gonzalo Fernández de Córdoba, mi muy amado esposo, murió anteayer, día dos de diciembre, en su casa de Loja, aquejado de las fiebres cuartanas que ha venido padeciendo desde que hace doce años las cogiera en las guerras de Italia, defendiendo vuestra Corona en los insanos humedales del río Garellano. Hace ya varias semanas que, sintiéndose muy enfermo, mi esposo ordenó que estuviera preparado su hábito de caballero de Santiago, Orden por la que siempre tuvo una gran devoción y vestido con el cual quiso ser enterrado. He ordenado que se celebren cincuenta misas para las almas del purgatorio, y he dejado que su cadáver permaneciera todo el día de ayer sentado en una silla en la iglesia, junto al altar, para que todo el que quisiera verlo por última vez lo pudiera hacer en cuerpo presente y despedirse del más noble señor. Cuando se ha conocido su muerte, sé que ha habido grandes lloros en Granada y en Córdoba, tanto de cristianos viejos como nuevos, los que antes eran moros y judíos. He ordenado que se prepare en la iglesia de San Francisco de Granada un funeral conforme conviene a la memoria de tan gran caballero, donde se mostrarán los doscientos estandartes y banderas y los dos pendones reales que mi marido ganó en las batallas a vuestras órdenes. De vuestra fiel servidora, la marquesa de Sessa».

—Don Gonzalo fue un gran soldado y un excelso caballero —se limitó a comentar el duque de Alba.

—Quizá... —Fernando estuvo a punto de reconocer que se había equivocado al dudar una y otra vez de la fidelidad del Gran Capitán, pero calló— debí de haber contado con don Gonzalo para empresas más importantes en estos últimos años.

—Alcanzó la gloria en las guerras de Italia gracias a vos. Debería habérselo agradecido siempre —puntualizó el de Alba.

—Creo que don Gonzalo nunca me perdonó que lo enviara a Loja y que anulara la expedición a Italia que él debía encabezar para devolver el triunfo en Italia a nuestras armas tras la derrota sufrida en Rávena. —El rey se acercó al brasero de metal que templaba el interior de la tienda y se frotó lentamente las manos al calor de las brasas.

—¿Señor...?

—Sí. El duque de Sessa fue un gran soldado, tal vez... el mejor. Enviaré una carta de condolencias a mi querida prima —así se refería el Católico a la esposa del Gran Capitán—. ¿Sabéis, don Adriano, que yo le tenía gran amor a ese hombre?

—Eso tenía oído, alteza —habló el de Utrecht.

—Lo amaba. Yo amaba a ese hombre —susurró el Católico.

Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

Otra vez, una más, negros nubarrones se extendían sobre el incierto futuro de Castilla y de Aragón.

Unas cataplasmas calientes que le aplicó Pedro Losantos aliviaron el dolor en tobillos y rodillas del rey Fernando, que seguían hinchados como botos de cuero a punto de reventar.

A comienzos de enero Fernando notó una cierta mejoría, y quiso pasar unos días en la comarca de La Serena, una amplia planicie abierta al río Guadiana, solo interrumpida por algunos berrocales de granito y salpicada por algunas encinas en medio de una amplia extensión cubierta de tomillos, jaras y retamas, donde abundaban las perdices y los jabalíes.

Pero antes, gracias al alivio que le proporcionaron las curas aplicadas por Pedro Losantos y los ungüentos de Juana de la Cruz, se sintió con fuerzas como para salir de caza por las amplias dehesas de los alrededores de Trujillo. Los ciervos machos, tras la berrea y los combates del otoño por el dominio de las hembras, están cansados, y los sementales vencedores en las peleas, satisfechos y un tanto relajados, de modo que es más fácil abatirlos. La partida fue excelente; los monteros hicieron bien su trabajo y los perros encaminaron a las presas hacia la emboscada. Tres ciervos de poderosa cornamenta cayeron abatidos por las flechas de los señores, que esperaban al acecho el paso de los venados. El rey de Aragón, que con la edad no había perdido su destreza en la equitación, alanceó y remató a un gran semental al que persiguió tras ser herido por tres certeros viroles. Acabó agotado, pero satisfecho porque sus cortesanos lo habían visto cabalgar de nuevo y abatir a una muy notable pieza.

—Magnífica caza, señor —lo felicitó el duque de Alba ya de regreso al pabellón real, plantado junto a una agradable fuentecilla entre unos peñascos rodeados de jaras y retamas.

—Los monteros extremeños son los mejores en su oficio; han sabido hacer muy bien su trabajo. Y con este cálido viento del sur los halcones han volado como centellas —comentó el rey mientras firmaba en su nombre y en el de su hija Juana el documento en el que se certificaba la concordia con el rey Enrique VIII de Inglaterra, su yerno.

—Esta primavera nacerán los cervatillos de las hembras que semanas atrás montaron los sementales abatidos; volveremos a cazar el otoño que viene, mi señor —dijo el de Alba.

El Católico frunció el ceño. A pesar de la mejoría experimentada por los cuidados del médico Losantos y las pócimas de Juana de la Cruz, sabía que no estaba bien y que la muerte comenzaba a merodear a su alrededor.

—He decidido que el cardenal Cisneros sea el regente de Castilla en caso de que yo muera antes de que mi sucesor —el rey de Aragón no quiso citar por su nombre a su nieto Carlos, aunque en quien realmente estaba pensando era en su otro nieto, Fernando— alcance la mayoría de edad. Ya ha ejercido este puesto en otra ocasión, y lo ha hecho con eficacia y talento. El cardenal es un hombre honrado.

—Una excelente elección, sin duda, pero a vuestra alteza le quedan muchos años por vivir, para alegría y fortuna de estos reinos.

—No sabéis mentir, señor duque. Estoy muy enfermo, y creo que no aguantaré mucho tiempo sobre este mundo. Mis enemigos en Castilla ya se lo han comunicado a don Maximiliano, que ha dado las órdenes oportunas para hacerse con el gobierno de Castilla en cuanto yo falte. Ha enviado a ese hombre sabio, Adriano de Utrecht, como embajador, pero en realidad se va a dedicar a preparar la venida de mi nieto Carlos, que se producirá en el preciso instante en que yo muera. ¡Pobres reinos de Castilla y de León, quedarán en manos de una dinastía extranjera!

—Vuestra familia...

—No quiero que Aragón y Castilla queden unidos bajo el dominio de la casa de Austria, pero no sé si podré lograrlo. Carezco de competencias para hacerlo, pero con Cisneros al frente del Consejo de Regencia sé que a mi muerte habrá al menos un hombre justo y sabio que sabrá defender los intereses de Castilla, y que se enfrentará, si es preciso, a Adriano de Utrecht, pues ambos poseen una gran inteligencia.

—El cardenal tiene casi ochenta años; es mucho mayor que vuestra alteza —añadió el duque de Alba.

—Es un anciano, sí, pero conserva mucha más energía que la mayoría de nosotros. Los clérigos viven más tiempo que los reyes y los soldados. ¿No lo habíais notado? No van a la guerra, no vagan por caminos polvorientos bajo el sol abrasador del verano o sobre el hielo pavoroso del invierno, y pasan buena parte de su tiempo meditando y rezando en sus iglesias y sus conventos. Por eso viven más tiempo...

A comienzos de enero, en Trujillo, el rey dictó una carta dirigida a la viuda del Gran Capitán en respuesta a la que había recibido de ella unos días antes anunciándole la muerte de su esposo. La llamaba prima y le confesaba que le había tenido mucho amor a su esposo, don Gonzalo, al que calificaba de «grande y señalado servidor», y reconocía que gracias a él había ganado el reino de Nápoles para su Corona. La consolaba recomendándole que debía aceptar la voluntad de Dios y que no se fatigara en penar por ello, pues podría dañarse su salud. Le prometía que siempre favorecería a su casa y a su linaje en agradecimiento a los muchos y excelentes servicios prestados por el Gran Capitán.

Cuando firmó la carta, don Fernando recordó sus encuentros con Gonzalo Fernández de Córdoba. Por un momento pensó, una vez más, que le hubiera gustado ser como él, el más noble y leal de los caballeros, el soldado invicto, el general admirado hasta la veneración por sus tropas, y convino que tal vez hubiera sido injusto con él, que quizá hubiera debido darle más honores, haberlo tenido más tiempo a su lado, haber compartido más banquetes, más veladas, más confidencias, más charlas y una mayor cercanía.

Pero no, él era el rey, el Católico, y un rey no debe tener sentimientos, un rey no debe tener amigos, ni debilidades que lo distraigan de su misión. Él no era un hombre como los demás, ni siquiera como el mejor de los hombres, él era rey por la gracia de

Dios, y no podía permitirse ceder ni una sola pulgada a esa condición que solo Dios le había otorgado. Los sentimientos eran propios de gentes débiles y el rey no podía caer en ellos, porque era en la falta de sentimientos y de emociones donde radicaba su principal fortaleza.

Haciendo grandes esfuerzos a causa de su mala salud, aquejado de fortísimos dolores y en peligro de muerte, el rey Fernando continuó su marcha hacia el sur, hacia Guadalupe, muy despacio. Todavía pretendía llegar a La Serena antes de celebrar el consejo general de las Órdenes Militares en el monasterio de Guadalupe, que como maestro de todas ellas debía presidir, en tanto la reina Germana seguía en tierras de Aragón y Cataluña procurando que aragoneses y catalanes mantuvieran la fidelidad a su esposo.

Ese monasterio era especial para el Católico, pues en él se guardaba un secreto. Tras el retablo del altar mayor de su iglesia, tiempo atrás había ordenado enterrar, con toda discreción, el cuerpo del rey Enrique IV, el medio hermano de su esposa Isabel, el hombre al que en otro tiempo tanto había desprestigiado para conseguir que doña Isabel se hiciera con la herencia de Castilla.

#### *Madrigalejo, Extremadura, 22 y 23 de enero de 1516*

La comitiva real avanzaba penosamente hacia La Serena. Hacía una semana que el rey de Aragón apenas podía moverse por sí mismo, pero estaba empeñado en llegar a esa comarca.

No era ni siquiera una pálida sombra de lo que fue años atrás: sus grandes ojos rasgados se habían reducido a poco más que una ranura legañosa, sus cejas delgadas estaban ahora pobladas de un pelo cenizoso y rudo, la afilada y noble nariz había engrosado y se había llenado de azuladas venillas varicosas, los labios otrora sensuales estaban arrugados y resecos, las mejillas y el cuello ajados, los miembros doloridos y flojos y el cuerpo hinchado y lleno de ulceraciones. La risa propia de la juventud y la alegría del corazón hacía tiempo que habían desaparecido de la expresión de su rostro, cuyo color rosado y pleno de lustre había tornado hacia un tono amarillo pajizo y apagado.

Acompañado por sus consejeros más fieles, entre ellos el duque de Alba, su hijo don Alonso, arzobispo de Zaragoza, y el obispo de Burgos, el Católico ordenó al fin detenerse. Ya no pudo seguir adelante. Cerca de Madrigalejo, una aldea propiedad del monasterio de Guadalupe, apenas a una jornada al sur de Trujillo, el rey agonizaba.

Poco antes de salir de Trujillo, Pedro Losantos había avisado al canciller de que el rey se encontraba muy enfermo y que era probable que su vida no aguantara mucho más tiempo, de modo que enviaron un mensajero para que acudiera a toda prisa en busca de la reina Germana, que se encontraba en la ciudad de Lérida. A última hora del día 21 de enero, muy cansada tras cruzar Aragón y Castilla en pleno invierno y al

galope, Germana llegó a Madrigalejo. El Católico todavía resistía.

Los reyes se instalaron en la mejor vivienda de la aldea, un caserón a la salida del pueblo que los lugareños conocían como la casa de Santa María, que estaba rodeada de varias dependencias con aposentos suficientes para acoger a toda la comitiva, y disponía de capilla, graneros y caballerizas, además de un huerto con olivos, todo rodeado de altas tapias.

Pedro Losantos estaba preparando un jarabe con esencia de menta, miel y yema de huevo para intentar disolver las flemas que se acumulaban en la garganta del rey y que le dificultaban la respiración, cuando apareció Adriano de Utrecht.

La presencia del embajador flamenco en el cuarto donde el médico y su esposa trajinaban sus medicinas, una pequeña estancia junto a la capilla de la casa de Santa María, sorprendió a Losantos.

—Buenos días, don Pedro, señora... —los saludó el de Utrecht.

—Señor embajador, ¿a qué debemos este honor?

—He sabido que sois hombre de confianza de su alteza el rey Fernando, por lo que me gustaría hablar unos momentos con vos.

—Solo soy un humilde médico...

—Vamos, don Pedro. Ambos sabemos que sois mucho más. Os ruego que no andemos con circunloquios y vayamos a lo esencial. —Adriano miró a Juana de la Cruz.

—Os presento a mi esposa, Juana de la Cruz —dijo Losantos.

—Señora... Me gustaría hablar con vos a solas —comentó Adriano.

—Cuanto tengáis que decirme puede escucharlo mi esposa —asentó Pedro.

—Como gustéis —aceptó Adriano.

—Decidme, pues. —Pedro se dispuso a hablar con el de Utrecht; aquel hombre le pareció franco y honrado.

—Seré concreto y preciso: el testamento secreto en el que el rey nombra heredero de la Corona de Aragón a su nieto don Fernando de Austria debe ser destruido. El testamento válido será el que nombra a don Carlos heredero en Castilla y en Aragón. Hoy mismo se ratificará ese nombramiento en un nuevo testamento. —Adriano de Utrecht hablaba con una seguridad asombrosa.

—Yo no puedo cambiar la voluntad del rey...

—Por supuesto que podéis. Si don Carlos hereda Castilla y don Fernando reina en Aragón, la guerra entre los dos hermanos estará servida, y eso será terrible para todos. El testamento secreto debe ser destruido.

—Si es secreto, ¿cómo habéis conocido la existencia de ese testamento? —demandó Losantos.

—Nosotros también tenemos espías en la corte de don Fernando. Sabemos que existe y que lo custodia el secretario del rey.

—Yo nada tengo que ver.

—Os hablaré con toda claridad, don Pedro. La destrucción del testamento secreto es vuestro salvoconducto, vuestro seguro de vida. Si nos ayudáis a que sea destruido, os garantizo que vos y toda vuestra familia nunca tendréis el menor problema con la Inquisición. Nunca.

—¿Y en caso contrario?

—Ese caso no se va a dar.

—¿Por qué estáis tan seguro? —preguntó Losantos.

—Porque os importa demasiado vuestra familia y porque lo mejor para todos estos reinos es que don Carlos sea el heredero de ambas Coronas.

—Don Fernando no desea a su nieto don Carlos como heredero, prefiere a don Fernando. Además, no sé si os han informado que los castellanos no quieren que se integre su Corona con la de Aragón y, además, los aragoneses no quieren ser castellanos y los castellanos no desean unirse a los aragoneses.

—El Católico dejará de lado sus sentimientos y atenderá a su razón. ¿Estáis de acuerdo en ayudarme en ello? ¿O preferís que estalle una guerra fratricida en cuanto muera su alteza?

—¿Y si el infante don Fernando se revela, reclama su derecho a ser rey de Aragón y alza sus banderas contra su hermano don Carlos?

—Eso no ocurrirá jamás —asentó Adriano, de nuevo con firme contundencia.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de ello?

—Porque ya hemos hablado con ese muchacho y le hemos explicado lo que tiene reservado el futuro para él si acepta que su hermano mayor sea el único heredero.

—¿Qué le habéis prometido? ¿O con qué lo habéis amenazado?

—Más adelante, don Pedro, de eso os enteraréis más adelante.

—¿Y doña Germana, qué ocurrirá con ella? —demandó Pedro.

—Don Carlos se compromete a que la cuidará y le proporcionará una vida digna de una reina. Una cláusula con ese compromiso figurará en el nuevo testamento de don Fernando.

—Una última cosa: ¿está de acuerdo el cardenal Cisneros con esto?

—No solo eso; él ha sido el principal urdidor de este plan.

Losantos pensó de prisa. Adriano de Utrecht tenía razón, y además, si colaboraba para convencer a don Fernando, su futuro estaba asegurado y nunca más ni él ni su familia volverían a temer una encuesta de la Inquisición.

—Estoy con vos, don Adriano. Os ayudaré a que don Carlos sea el único heredero.

—Sois un hombre razonable, don Pedro. Vuestra decisión ha sido acertada. No os arrepentiréis de ello. Y, además, sabed que habéis contribuido a que triunfe la paz en estos reinos.

—Pasad, Losantos, pasad —le indicó Germana, que estaba sentada en un escabel junto a la litera de viaje del Católico. El rey, tumbado en el lecho y tapado con una gruesa manta y un cobertor, tenía el cabello ajado, los ojos enrojecidos y el rostro desencajado. La mandíbula inferior le colgaba como si fuera incapaz de aunar las fuerzas necesarias para cerrar la boca siquiera.

—Mi señor, mi señora... —Losantos se inclinó con un gesto reverente ante sus reyes. Miró de soslayo una mesita que había a la cabecera de la cama y comprobó que el rey no había probado un solo bocado de la cena que le habían servido, pero sí se había bebido una infusión preparada con todo cuidado por el propio Pedro Losantos. Una infusión muy especial.

—Es el fin —balbució el Católico, que entreabrió sus ojos al escuchar la voz de Losantos.

—No, alteza...

—No me mintáis, Losantos, no me mintáis. Sé que voy a morir y quiero dejar bien clara mi voluntad. —Losantos tuvo que hacer un esfuerzo para entender las palabras del rey—. Teníais razón, el testamento secreto fue un error. Anoche ordené que lo destruyeran y ratifiqué el otro testamento, en el que designo a mi nieto don Carlos como heredero universal.

—Creo que habéis evitado una cruenta guerra, mi señor.

—Hoy mismo he hablado con don Adriano de Utrecht, y ha estado muy convincente. Me ha contado que habló con vos para que intercedierais ante mí. Ese hombre me gusta, tiene nobleza y habla con sinceridad. Cuando me dijo que vos estabais de acuerdo con él, me confundió al principio, pero enseguida comprendí...

—Señor, yo...

—No, no os disculpéis. Ya os he dicho que nombrar heredero a mi nieto don Fernando fue un error, que ya he subsanado con el nuevo testamento. No obstante, antes de morir quiero confesaros algunas cosas. Creo que hubiera resultado mejor para estos reinos que su rey hubiera sido mi nieto el príncipe don Fernando. Pero no puedo hacer otra cosa... —el rey tosió levemente— que consentir que mi nieto don Carlos me suceda en el trono de la Corona de Aragón, y a su madre, mi hija doña Juana, en el de Castilla cuando corresponda, pero hoy mismo le he pedido en una carta que, cuando los gobierne, no haga cambios en estos reinos ni en sus instituciones; espero que ese muchacho siga mi consejo.

—Por lo que sé de vuestro nieto don Carlos, así lo hará.

—En cuanto a doña Germana, que tanto me ha confortado en estos años, le otorgo una renta anual de cincuenta mil florines sobre los señoríos de Madrigal, Toro y Olmedo, que quedará anulada si vuelve a contraer matrimonio. Y le encomiendo a mi nieto don Carlos que no deje abandonada a mi esposa, pues él, después de Dios, es su único remedio, y que le permita quedarse a vivir en Castilla, pues esa es la voluntad

de mi esposa para cuando yo falte. —Fernando miró a Germana, que permanecía callada—. Mi hija doña Juana no debe enterarse de mi muerte; es mejor así. Dada su incapacidad, el cardenal Cisneros será el regente en Castilla y mi hijo el arzobispo de Zaragoza en Aragón, hasta que llegue don Carlos a tomar posesión de ambos reinos.

»Al final, don Pedro, no se han cumplido las profecías —se dirigió el rey a Losantos.

—¿Señor...?

—Recordad, viejo amigo —el rey remarcó esa palabra de la que tiempo atrás tanto había renegado—, que mis aduladores publicaron crónicas en las que escribieron que yo era el monarca cristiano elegido por la Providencia para conquistar África, Constantinopla con toda la tierra de los turcos y aun la misma Jerusalén. Yo conquisté Granada, expulsé a los judíos de estos reinos y propicié el descubrimiento del Nuevo Mundo. En Roma, el papa me proclamó con el título de Católico, e incluso me han llegado a comparar en unas pinturas con el emperador Carlos el Magno y con Godofredo de Bouillon, el caballero lorenés que entró victorioso en Jerusalén en la Primera Cruzada. Ya no podré repetir esa hazaña. Quizá esos augurios, de ser ciertos, los cumpla mi nieto don Carlos. —El rey tosió, sin fuerza; su energía se escapaba en tanto se apagaba su vida. Losantos se acercó y vio en sus ojos el rictus de la muerte.

—Señor..., alteza...

—Nací en Aragón, en la villa de Sos, y fui bautizado en la catedral de Zaragoza, pero quiero descansar eternamente al lado de mi primera esposa doña Isabel. Cuando yo muera, llevad vos mismo mi cuerpo a Granada y enterradme al lado de la reina de Castilla.

—Así lo haré, mi señor.

—En vos confío.

Fernando el Católico apenas tenía energía para hablar; sus palabras sonaban como un débil y lejano bisbiseo.

—Alteza —musitó Losantos dirigiéndose en voz muy baja a Germana para que el rey no lo oyera—, creo que deberían administrarse a vuestro esposo los santos sacramentos.

—¿Va a morir? —demandó la reina.

El médico asintió con la cabeza.

La reina Germana se persignó, y poco después fray Tomás de Matienzo, de la Orden de Predicadores, confesó al rey y le dio la extremaunción, aplicándole los óleos sagrados que ya estaban preparados.

Un ligero sopor se apoderó de Fernando, que soñó en su último duermevela con la reina Isabel, su primera esposa, rubia, joven, bella..., vestida con una túnica blanca y coronada con una diadema de perlas y rubíes, alargando sus brazos para recibirlo en la otra vida.

—Isabel, Isabel... —fueron las últimas palabras que Losantos le oyó musitar.



Pasada la media noche, el rey Católico expiró. Losantos certificó su muerte. Al cerrarle los ojos sintió lástima por aquel hombre, en otro tiempo tan elegante y seductor. Lo recordó durante la toma de Granada, joven y apuesto, magnífico con su armadura brillante y su espada de combate al aire, sobre su corcel de batalla, rodeado de jóvenes caballeros, sus bien proporcionados miembros, las facciones tan equilibradas de su rostro, su hablar moderado y comedido, sin apenas alteraciones de tono, su firme determinación en la adversidad...

Desde luego, algo había tenido aquel monarca en vida, quizá un don singular, porque la mayoría de cuantos lo habían conocido bien habían deseado entrar a su servicio y serle fieles. Eso le había pasado a Pedro Losantos, que a pesar de haber visto cómo el rey Católico creaba la Inquisición y expulsaba a los judíos de Castilla y de Aragón, se había sentido atraído por él desde el primer momento.

—El rey don Fernando ha muerto —anunció el canciller a los nobles congregados en Madrigalejo a la luz de unas antorchas, a la puerta de la casona donde había pasado sus últimas horas. Soplaban un gélido viento del norte que arrastraba algunas hojas secas y producía un sonido silbante en los aleros de los tejados—. Según lo indicado por su voluntad en su testamento y cumpliendo los fueros, usos y costumbres de los reinos y Estados de la Corona de Aragón, doña Juana, hija del rey don Fernando, queda proclamada reina de Aragón, de Nápoles y Sicilia, de Valencia y de Mallorca, reina de Jerusalén, y condesa de Barcelona, de Rosellón y de Cerdeña. Así mismo, como hijo de la reina Juana y del rey Felipe, y por testamento de este, el príncipe don Carlos, archiduque de Austria, queda proclamado heredero y gobernador de los reinos de Castilla, León y Granada, rey de Navarra, señor de las islas Canarias, de Orán, Trípoli y Melilla, y soberano de las Indias Occidentales y del mar Océano.

—Desde este preciso momento —habló el cardenal Cisneros, que se subió a un poyete de piedra a la entrada de la casona para que fuera bien visto por todos los presentes— queda constituido el Consejo de Regencia, que cumplirá sus funciones hasta que don Carlos venga de Flandes para asumir el gobierno de Castilla y de León. Entremos dentro para firmar los documentos pertinentes —le dijo Cisneros al duque de Alba.

—Señor presidente del Consejo... —Ya dentro de la casona de Santa María, en el amplio zaguán iluminado con varios faroles y velones, un secretario le acercó a Cisneros un documento que certificaba el fallecimiento del rey, para que lo firmara en su calidad de presidente del Consejo de Castilla.

—Un extranjero, como su padre... —murmuró el duque de Alba—. Que Dios salve a Castilla.

—No deberíais hacer esos comentarios, señor duque. Esta corte está llena de oídos dispuestos a escuchar cualquier palabra que pueda ser usada en vuestra contra —le recomendó Cisneros al de Alba.

—Los Habsburgo no harán nada por Castilla, y lo sabéis. Deberíamos revocar ese último testamento, alegar que el Católico no estaba en su juicio cuando lo dictó y

proclamar rey de Castilla y de Aragón a don Fernando, el nieto más amado, el preferido —propuso el duque de Alba.

—¿Y desencadenar otra guerra civil? Además, ¿no creéis que los aragoneses, valencianos y catalanes deberían ser los que decidan a quién quieren como su soberano? Sus leyes son distintas a las nuestras.

—De acuerdo, que los aragoneses y demás gentes de su Corona decidan por ellos, pero los castellanos no podemos aceptar a un monarca que no conoce esta tierra, que no ha sido educado en nuestras costumbres y que ni siquiera sabe hablar nuestro idioma. Si lo consentimos, Castilla será un títere en manos del emperador Maximiliano, porque su nieto don Carlos hará lo que le ordene su abuelo, y os aseguro, cardenal, que no será nada bueno para estos reinos.

—Don Carlos deberá jurar nuestras leyes —asentó el cardenal Cisneros.

—Tal vez lo haga, pero ¿mantendrá su palabra y su juramento cuando no le convenga?

Las preguntas del duque de Alba sonaron como una terrible profecía.

## EL ÁGUILA LEVANTA EL VUELO

*Toledo, mediados de febrero de 1516*

La muerte de don Fernando provocó alegría en muchas partes de Castilla, donde incluso se celebraron festejos, y pena en todo Aragón. En algunas ciudades aragonesas se celebraron exequias en las que hombres vestidos de negro recorrieron las calles apesadumbrados preguntando: «¿Quién es el rey que ha muerto?», a lo que ellos mismos respondían: «Nuestro Católico rey don Fernando», tras lo cual se postraban en el suelo y proferían desgarradores lamentos y gritos de dolor.

La muerte del rey Fernando había dejado una profunda preocupación en Pedro Losantos. Se sentía desvalido, indefenso, pero afortunadamente el pacto acordado con Cisneros era para él una garantía que le proporcionaba cierta seguridad.

El propio Cisneros le encargó a Pedro que embalsamara el cuerpo del rey y lo llevara al monasterio de Guadalupe; allí quedaría depositado en el pudridero hasta que el cadáver perdiera todos los líquidos y humores y pudiera procederse a su traslado definitivo a la capilla real de Granada, que se estaba acabando de edificar sobre el solar de la antigua mezquita mayor, como había sido la voluntad del Católico.

Siempre había estado al lado del rey, incluso había abandonado por alguna temporada a su propia familia para prestar los servicios que le demandaba el monarca. Nunca había destacado en la primera línea en la Corte, pero no dejaba de ser el médico privado del monarca al que habían odiado los más altos nobles de Castilla, que ahora, sin la protección de su mentor, podrían volverse contra él o contra su familia.

Su familia. Eso era ahora lo más importante para Losantos, y de todos los miembros de su familia, sobre el que corría más peligro era su hijo Juan, que a sus veinticuatro años ya tenía el título de maestro armero y dirigía a un pequeño grupo de oficiales y aprendices en el gran taller de los Rubio en Toledo. Hacía tiempo que no lo veía, de modo que, tras dejar el cadáver del Católico en el pudridero del monasterio de Guadalupe, decidió pasar por Toledo antes de volver a Valladolid.

Al llegar a Toledo se había dirigido a casa de los Rubio. Sus tíos Raquel y Felipe le indicaron, entristecidos, que Juan ya no vivía con ellos; hacía dos meses que se había trasladado a una pequeña casa cerca de la iglesia de San Juan de los Reyes.

Tras recibir la ubicación concreta del nuevo domicilio de su hijo, Losantos se dirigió hacia allí. Llamó a la puerta y al instante la abrió un joven muy atractivo, de cabello largo, rubio y rizado.

—¿Vive aquí Juan Losantos? —preguntó Pedro.

—Sí, aquí es. ¿Quién pregunta por él?

—Soy su padre. ¿Está en casa?

—¡Oh!, señor, sí, sí, pasad, pasad. Perdonadme, señor, debí haberos reconocido.

—Gracias. —Pedro entró en el pequeño zaguán al que daban dos puertas y una pequeña escalera.

—¡Juan!, ha llegado tu padre —gritó el joven de pelo rizado.

En lo alto de la escalera apareció Juan Losantos, que al ver a su padre bajó los escalones de dos en dos.

—¡Padre!, ¡qué sorpresa! —exclamó Juan, que lo abrazó con fuerza.

—Vengo del monasterio de Guadalupe, donde hemos dejado el cadáver del rey Fernando, y voy de regreso a casa. Pero antes quería volver a verte.

—Pasa, padre. Estábamos preparando la cena. Quédate con nosotros.

—Les he dicho a tus tíos que cenaría con ellos; también dormiré en su casa.

—Como quieras.

—¿Estás bien? No sabía que te habías instalado en tu propia casa. Tus tíos parecen tristes.

El joven rubio se retiró discretamente.

—Sí, muy bien. Vivo con Andrés, el joven que te ha abierto la puerta. Es un oficial de mi taller.

—Bueno, por lo que intuyo, supongo que no piensas casarte. —Pedro miró a su hijo; sus ojos tenían una expresión triste y parecía muy afligido.

—Supones bien, padre.

—No te interesan las mujeres.

—No.

—Lo natural es que un hombre se sienta atraído por una mujer.

—No es mi caso.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Pedro resignado.

—Prefiero no hablar de eso, padre, sé que no te gustará. —Juan Losantos no bajó los ojos y mantuvo con sereno orgullo la mirada de su padre.

—De acuerdo, si lo prefieres, no me cuentes nada, pero tu madre me preguntará por ello, y algo tendré que decirle.

—Desde que dejé la casa de los tíos vivo en esta con Andrés, y con él quiero seguir. ¿Es suficiente así?

—Ese joven con el que vives tiene gestos y ademanes de una mujer... Si un alguacil de la Inquisición quiere denunciarlo, ambos lo pasaréis muy mal.

—Descuida, padre, nuestras relaciones nunca han salido de las paredes de esta casa.

—Hijo, hijo...

—Lo siento, padre, pero...

—No, déjalo. Ahora me marchó, quiero estar solo y pensar. Mañana volveré.

—Como prefieras.

Pedro Losantos se levantó y salió de la casa. Necesitaba algo de aire fresco. A la vista de la iglesia de San Juan de los Reyes maldijo al cura de Santo Tomé, aquel clérigo malnacido que había abusado de Juan cuando este era todavía un adolescente. A ese cura y a su obscenidad lujuriosa le atribuyó la desviación sexual de su hijo. Aquel cura merecía la muerte por ello, y Pedro Losantos no se arrepintió de lo que había hecho. Si tuviera otra ocasión, lo volvería a hacer otra vez, diez, cien, mil veces más. Sí, era justo lo que había hecho, y no tenía por qué mostrar el menor arrepentimiento.

Pasó la noche en la casa de sus tíos, y a la mañana siguiente, antes de partir de Toledo, volvió a casa de su hijo.

—Juan, la Inquisición no solo persigue a los relapsos, a los que una vez fueron judíos o moros y vuelven a comportarse como tales en secreto una vez bautizados, también está atenta a reprimir a todos cuantos pecan contra natura —le comentó Pedro.

—No es ningún pecado que un hombre ame a otro hombre —replicó Juan Losantos.

—Tal vez no debería serlo, pero la Iglesia así lo considera, y la Inquisición cumple lo que disponen la Iglesia y el rey.

—Ha habido reyes que han amado a otros hombres. En la Antigüedad Alejandro el Magno, o el mismísimo Julio César, y en la cristiandad monarcas tan notables como Ricardo de Inglaterra, el príncipe Arturo, Luis de Francia, e incluso el rey Alfonso de Aragón, al que llaman «el Batallador»...

—Los reyes no son como el resto de los hombres. A ellos los ha elegido Dios para que desarrollen su plan en la tierra, y Dios nunca se equivoca.

—Padre, yo soy así, y además no quiero cambiar.

—Supongo que ya sabes cuál es el castigo para los hombres que cometen el pecado contra natura.

—Sí.

—En ese caso, sé prudente y condúctete con sumo cuidado —se resignó Pedro—. Finge si es preciso y no te muestres como eres, pues en ese caso irán a por ti. La Inquisición necesita dar escarmiento público a los que no siguen sus reglas; es el modo que tienen los inquisidores de justificar su existencia.

—Lo haré como dices, padre.

—Cuídate mucho, hijo mío.

—¿Cómo están madre y mis hermanos?

—Tu madre es una mujer extraordinaria, María ha llevado bien la muerte de su esposo en la guerra de Italia y Pablo se está convirtiendo en un gran médico. En Valladolid lo aprecian mucho. El año pasado puso en marcha una iniciativa que de momento solo han secundado dos de sus colegas, bueno, y yo mismo, claro. Pretende que todos los médicos de la ciudad atiendan de forma rotatoria y gratuita a aquellos enfermos pobres que no puedan pagar nuestros honorarios.

—Mi hermano Pablo... Cuando marchó a estudiar a Italia yo tenía diez años, creo. Lo recuerdo amable conmigo, siempre protegiéndome de cualquier daño.

—Pues sigue igual, pero ahora posee un título de licenciado en Medicina por la escuela de Salerno, la más prestigiosa del mundo cristiano.

—¿Y su esposa? En una de las cartas que me enviasteis decíais que se había casado.

—Leonor de Urrea es una buena esposa. Creo que te dije que había sido dama de compañía de la reina Germana. Es una mujer hermosa y culta. Habla latín y griego, toca el laúd y compone poemas y canciones. Tu hermano es muy feliz con ella. Espero que algún día a tu madre y a mí nos den un nieto y a ti un sobrino.

—¿Y María? ¿Se volverá a casar?

—No le faltan pretendientes, pero hasta ahora ha rechazado a todos. No parece que tenga, de momento, ningún interés en encontrar un nuevo esposo. Sigue ayudando a tu madre en la preparación de pócimas y ungüentos y tiene una... intuición especial para muchas cosas. Es una especie de don, como si pudiera ver lo que va a suceder antes de que ocurra, a veces, simplemente con tocar un objeto o con escuchar una voz.

—¿Tiene el don de la profecía? —preguntó Juan Losantos.

—No estoy seguro porque siempre se muestra muy cauta y apenas habla de ello, pero, sí, en ocasiones es capaz de adelantar lo que va a ocurrir.

—¿Y eso te preocupa?

—Claro que sí. Hay algunos que lo consideran como un síntoma de brujería, una señal de posesión diabólica. Los inquisidores la llevarían presa si sospecharan de ella.

—Me gustaría volver a verlos...

—¿Por qué no vienes a Valladolid y te instalas en la ciudad? Ya te dije que una tienda de armas puede ser allí un buen negocio. Yo podría ayudarte...

—De momento estoy bien aquí, en Toledo. En el taller tenemos mucho trabajo. Esta ciudad me gusta y aquí está toda mi vida.

—Como tú quieras, hijo. A tu madre y a tus hermanos les alegrará mucho saber que estás bien.

Juan Losantos acompañó a su padre durante un buen trecho del camino de Toledo hacia Madrid. Se despidieron a la vista de las torres de la ciudad, tras un largo abrazo. Pedro Losantos tuvo mucho miedo solo con imaginar entonces lo que le podría suceder a su hijo menor en caso de que se descubriera su relación con el oficial de su taller.

Tras pasar por Toledo, Pedro regresó a toda prisa al lado del cardenal Cisneros, que volvía a Valladolid tras dejar las tierras de Extremadura.

El médico se incorporó a la comitiva del cardenal al pie del puerto de Tornavacas, el que en aquellos días de invierno presentaba unas mejores condiciones de paso a través de la sierra Central, todavía cubierta de nieve.

—O actuamos rápido o Castilla caerá en manos de esa cuadrilla de nobles avarientos —adujo Cisneros.

El cardenal de Toledo estaba a punto de cumplir ochenta años y ya no se fiaba de nadie. En los últimos meses había sido tratado en varias ocasiones por Pedro Losantos, con el cual había entablado una sincera amistad, pese a que Losantos era un judío converso y Cisneros el inquisidor general. Los había unido todo este tiempo un mismo interés: que Fernando el Católico siguiera siendo el gobernante de Castilla.

—¿Qué proponéis? —le preguntó Pedro Losantos, que cabalgaba sobre una mula al lado de la que montaba el cardenal, en el camino de regreso a Valladolid; ambos sabían que la situación era crítica y que la inestabilidad podría arrastrar al reino al desastre.

—Que don Carlos venga a Castilla cuanto antes. Algunos nobles están intrigando para proclamar rey a don Fernando de Austria. En las reuniones que mantienen en sus castillos y palacios sostienen que al haber sido criado en Castilla por sus abuelos los Reyes Católicos está más preparado que su hermano don Carlos, al que consideran un extranjero. Pero lo que en realidad pretenden es hacerse con el gobierno de Castilla, y creen que así lo lograrán con suma facilidad.

—Don Fernando de Aragón adoraba a su nieto don Fernando de Austria; él lo prefería como sucesor al frente del trono de la Corona de Aragón —alegó Losantos.

—Lo sé. El Católico nunca ocultó su inclinación por don Fernando, en tanto recelaba de don Carlos, pero las leyes de Castilla y la de Aragón deben cumplirse, y ambas señalan que el rey legítimo es don Carlos.

—Querréis decir doña Juana —alegó el médico.

—Las Cortes de Castilla han declarado a la reina inhábil para el gobierno, lo sabéis bien, de modo que su hijo es ahora el único soberano.

—Pero la reina no ha sido destituida, y tampoco ha abdicado —apuntó Losantos.

—Mañana mismo parten para Bruselas unos embajadores del Consejo de Regencia de Castilla. Don Carlos será proclamado rey de Castilla, de León y de Aragón en cuanto lleguen a Flandes —asentó Cisneros.

—Pero eso es ilegal...

—¿Ilegal?

—Sí, tan ilegal como lo fue el nombramiento de doña Isabel. La verdadera reina de Castilla debió ser Juana, la mal llamada «la Beltraneja», que perdió el reino cuyo trono le correspondía en una guerra civil.

—Eso es agua pasada, Losantos, agua que ya no puede volver atrás. Dejemos las cosas como están e intentemos que no estalle una nueva guerra civil; esta tierra ya ha sufrido demasiadas calamidades.

—Ahora se va a repetir el error. Juana es la reina de Castilla.

—Y lo seguirá siendo. Las Cortes no la han derrocado, simplemente han habilitado a su hijo para que pueda gobernar dada la incapacidad de la reina. Habrá dos reyes, doña Juana y su hijo don Carlos, como ya lo fueron doña Isabel y don Fernando, y la misma doña Juana y don Felipe. Como veis, existen sobrados precedentes para que esta solución sea legal y válida.

—Algunos nobles no lo consentirán. Están ávidos por recuperar la influencia que perdieron durante el reinado del Católico; nunca le perdonaron que les recortara sus privilegios. Y ahora pretenden utilizar a su nieto don Fernando de Austria para evitar la llegada de don Carlos...; son lobos hambrientos de riqueza y poder, lo peor que ha dado Castilla. —Losantos estaba verdaderamente enojado con la actitud de la nobleza.

—Descuidad. La proclamación en Bruselas de don Carlos no admitirá duda alguna. Ya me he encargado de que, en cuanto sea proclamado, lo reconozcan el rey de Francia, el de Inglaterra y el mismísimo papa. El trono de don Carlos no corre peligro.

—Pero el rey no está en Castilla.

—Esos mismos embajadores llevarán a Bruselas la petición para que don Carlos venga cuanto antes a Castilla. Entre tanto, seguirá en sus funciones el Consejo de Regencia; no se producirá ningún vacío de poder.

—Y el caso de don Adriano de Utrecht...; en una ocasión le oí decir ante don Fernando que traía consigo el nombramiento de regente de Castilla en nombre de don Carlos.

—Eso lo decidirán las Cortes —asentó el cardenal.

Losantos admiró la capacidad de Cisneros para la política y su manera de manejar la delicada situación que atravesaba el reino de Castilla. «Si hubiera habido otros como él...», pensó.

—Queda pendiente otra cosa, cardenal. El carcelero de la reina... —sugirió Losantos.

—Sí, ya lo había pensado. Mañana mismo daré la orden para que don Luis Ferrer deje de ser el guardián de doña Juana. Don Fernando confiaba en ese hombre y le dio toda la autoridad en el palacio de Tordesillas, pero me he enterado de que ha sometido a la reina a malos tratos, de modo que he decidido sustituirlo.

—¿Habéis pensado en alguien para ese puesto?

—Sí: don Hernán, el marqués de Estrada. Creo que es un hombre justo y ecuánime. La reclusión de doña Juana será más llevadera con él como gobernador del palacio de Tordesillas.

—Lo conozco, es un buen hombre —asentó Pedro.



Unas gotas de agua, que pronto se convertirían en nieve, comenzaron a caer sobre el camino que serpenteaba por la ladera de la montaña en el ascenso al puerto. Cisneros y Losantos se arrebujaron en sus capotes de viaje y se calaron sus sombreros de ala ancha, dispuestos a soportar el aguacero que amenazaba sobre sus cabezas.

### *Malinas, mediados de marzo de 1516*

Carlos se sabía rey de Castilla y de Aragón. Tantas veces, desde que era un niño muy pequeño, le habían dicho que iba a ser un gran rey que creyó que ya había llegado ese momento, y se sintió como el hombre más importante del mundo.

El día 13 de marzo, tras la llegada de los embajadores enviados por Cisneros en nombre del Consejo de Regencia, se organizó en la catedral de Santa Gúdula, en Bruselas, una vigilia en memoria del rey Fernando de Aragón, a la que asistió Carlos de Austria acompañado por los nuncios del papa León X, del emperador Maximiliano, de los reinos de Aragón, Francia, Inglaterra y Portugal, así como otros muchos príncipes y nobles.

Al día siguiente, tras los funerales por el Católico, en la misma catedral de Santa Gúdula, Carlos de Austria fue proclamado rey de Castilla y de Aragón. Los bruselenses lo aclamaron como «rey de España»; era la primera vez que un monarca era nombrado de esta manera. Nadie hizo mención a que los derechos a los tronos de las Coronas de Castilla y de Aragón pertenecían a doña Juana.

En los días siguientes se organizaron homenajes, fiestas, torneos, justas y celebraciones en varias ciudades de Flandes. Carlos gastó una fortuna en regalos para los embajadores, sobre todo en la compra de vajillas de oro y de plata, envió correos a los concejos de las ciudades anunciándoles que había tomado el título de rey, celebró banquetes y asistió a procesiones y desfiles, siempre acompañado por su tía Margarita y sus hermanas Leonor y María.

Carlos y el canciller de Flandes acudían a un banquete organizado en su honor en la ciudad de Malinas. En la carroza que los transportaba, el canciller le iba informando de lo realizado desde la muerte del rey Fernando.

—Señor, os habéis convertido en heredero de las tierras y dominios de las Españas. —Con este nombre comenzaban a llamar algunos, sobre todo en las Cortes de Europa, a los dominios de Carlos de Austria en la península ibérica.

—¿España? —preguntó Carlos.

—Hispania fue una provincia del Imperio de los romanos, mi señor. Así llamaron a lo que hoy son las Coronas de Aragón y de Castilla y el reino de Portugal. De modo que bien puede decirse que vos, alteza, sois rey de España, o de las Españas, como le gustaba llamarse a vuestro abuelo don Fernando, aunque no lo seáis de Portugal —le

explicó su canciller a Carlos de Austria.

—Mi abuelo ha muerto antes de que yo pudiera conocerlo; ojalá hubiera ido a España para conocerlo —lamentó Carlos.

—La enfermedad del rey Católico era letal, monseñor. Desde que a comienzos del mes de enero supimos de su mala salud y cuatro semanas más tarde de su fallecimiento, en la cancillería intensificamos al máximo los preparativos para vuestra proclamación como rey.

—¿Qué más habéis hecho desde entonces? —demandó Carlos, que estaba más preocupado de la caza y de atender a las damas de la corte que de gobernar sus Estados.

—Hemos ratificado la alianza con Enrique VIII de Inglaterra, firmada años atrás por vuestros respectivos padres Felipe I y Enrique VII, y hemos ampliado las relaciones con un tratado comercial entre ambos Estados. También hemos mostrado vuestras condolencias a la reina doña Germana por la muerte de su esposo don Fernando, y se le ha propuesto que escoja el lugar de residencia que sea de su mayor agrado; ella ha manifestado que desea vivir en Castilla. Se han remitido misivas a las principales ciudades, señores y autoridades de Castilla lamentando el fallecimiento del rey Fernando y comunicándoles vuestro propósito de viajar cuanto antes a España. Hemos escrito al cardenal Cisneros demandándole su apoyo para vuestra alteza. Hemos enviado carta de pésame a la viuda del Gran Capitán. Y se ha remitido una carta a vuestro hermano don Fernando avisándole de que os entrevistaréis con él pronto.

—¿Sabéis que no conozco a mi hermano, que apenas sé nada de él? —se preguntó Carlos.

A pesar de que los dos hermanos solo se llevaban tres años, nunca habían coincidido; uno siempre en España, otro siempre en Flandes. Eran dos extraños que ni siquiera hablaban el mismo idioma.

El carruaje se detuvo en el patio del palacio concejil de Malinas donde se iba a celebrar el banquete. Llovía sobre la ciudad, de modo que los criados acudieron prestos a proteger del agua a su señor.

Ya en el interior, los comensales dieron buena cuenta de dos docenas de platos costeados por el concejo de Malinas. Carlos, que conforme se hacía mayor tenía más dificultades para masticar, cortaba con un cuchillo pequeños pedazos de carne y los engullía enteros, lo que le provocaba desajustes estomacales que derivaban en indigestiones, vómitos e incluso mareos.

Eufórico por su triunfo, el joven monarca había bebido algo más de la cuenta, y a las dificultades para pronunciar correctamente algunas palabras se añadía el exceso de vino y de cerveza que consumía, que hacía que algunas de sus frases fueran incomprensibles, sobre todo cuando había varias palabras seguidas con la letra «s», que las pronunciaba siseando y alargando esas sílabas.

—Soy el rey de España —proclamó ufano Carlos alzando una copa de vino.

—Señor... —Leonor, su hermana mayor, le hizo una exagerada reverencia mientras la pequeña María sonreía divertida y aplaudía.

A sus diecisiete años bien cumplidos, Leonor era una joven bellísima, de pelo castaño, piel blanca y ojos oscuros. Tenía la mandíbula inferior con el característico prognatismo de algunos de los miembros de la casa de Austria, pero no tan exagerado como el de su hermano Carlos. Además, esa característica hacía destacar más si cabe sus labios sensuales y su perfecto mentón. Vestía, con extraordinaria elegancia, trajes de brocado y telas adamascadas, orladas de pieles y sedas, y siempre se adornaba con perlas y gemas de gran valor.

—Siento que Isabel no esté aquí para celebrarlo con nosotros —lamentó María.

—Ahora es la reina de Dinamarca y de Suecia. Estará bailando en su palacio de Copenhague con su esposo el rey Cristián, vestida con un hermoso traje y cubierta con ricas joyas —supuso Carlos.

—Tampoco está Fernando... ni Catalina. No conocemos a nuestros hermanos —lamentó Leonor.

—Fernando tiene su propia pequeña corte en una villa castellana llamada Arévalo, de cuyas rentas disfruta por concesión de nuestros abuelos los Reyes Católicos; allí vive como un príncipe. Y Catalina reside con nuestra madre en un palacio de Castilla —comentó Carlos.

—Catalina puede ver todos los días a mamá —se entristeció María, que no recordaba nada de su madre, a quien solo identificaba por el retrato que de ella se conservaba en el palacio de Bruselas—. Se fue a Castilla cuando yo nací, no la he visto nunca, no la recuerdo.

—Tuvo que ir a tomar posesión de su reino junto a nuestro padre; era su obligación —le explicó Carlos.

—Pero nunca regresó; yo quiero conocerla.

—Bueno, ya habrá ocasión para ello. Vosotras también seréis reinas algún día. Os lo prometí cuando éramos pequeños y os vuelvo a prometer que lo cumpliré. Y tal vez podamos reunirnos todos los hermanos, los seis, y celebrar con nuestra madre un banquete para festejar que estamos juntos —Carlos intentó consolar a su hermana María.

—Seguro que puedes conseguirlo; dicen que ahora eres el señor del mundo —comentó María.

—Claro que sí. Ya lo verás. Pero ahora nos comeremos esos dulces que tanto te gustan y bailaremos una pavana mientras reímos y hablamos de nuestras cosas.

—¿También estará mamá con nosotros?

—Por supuesto. Y podrás darle ese beso que tanto añoras.

—¿Te acuerdas de ella?

—Cada día, hermanita, cada día. Pero en el corazón de los príncipes no hay lugar para la melancolía. Somos diferentes al resto de la gente y debemos comportarnos con la dignidad que requiere pertenecer a una familia como la de Habsburgo. No

somos libres para hacer lo que queramos, ni para elegir con quién debemos compartir nuestra vida. Estamos obligados a cumplir con nuestro deber; para eso nos han educado nuestros preceptores. No lo olvides, pequeña.

Tenía razón el joven Carlos. Un rey no era dueño de su destino; ni siquiera podía elegir a la mujer con la que se iba a casar. A él lo habían comprometido desde muy pequeño con las princesas María de Inglaterra, hija de Enrique VII, y Claudia y Renata de Francia, hijas de Luis XII, y ahora con Luisa de Francia, hija de Francisco I, de tan solo unos meses de edad. Nadie había contado con él a la hora de buscarle una esposa..., hasta ahora.

### *Bruselas, primavera de 1516*

Aquella mañana el rey Carlos había estado cazando venados y jabalíes en un bosque cercano a Bruselas. El joven monarca almorzó en el Rouge Cloître, una de las mejores casas de comidas de la ciudad, y pernoctó en su palacio de Coudenberg.

Al día siguiente despachó con su canciller sobre diversos asuntos que le planteaba el cardenal Cisneros en varias cartas y despachos llegados desde Castilla; en algunos de ellos lo acuciaba para que viajara al sur cuanto antes.

—Es una suerte que al frente del Consejo de Castilla se encuentre un hombre tan sensato y prudente como ese cardenal —comentó el canciller—. Os ha pedido que ratifiquéis varios asuntos, y creo que debéis hacerlo en todos los casos.

—¿Los habéis estudiado?

—Por supuesto, alteza. Solo he dudado en lo referente a la Inquisición...

—¿De qué se trata?

—Ya sabéis, esa creación de vuestros abuelos los Reyes Católicos para someter a judíos y a moros a las leyes de la Santa Madre Iglesia de Roma, para perseguir herejes y liquidar cualquier disidencia religiosa y toda perversión moral.

—No parece que os guste la Inquisición.

—Os confieso, mi señor, que no es de mi agrado. Y, por lo que sé, tampoco del de muchos de vuestros súbditos en Castilla y, sobre todo, en Aragón. Los miembros del que allí llaman «el Santo Oficio» son demasiado crueles con sus víctimas, con las que se ensañan para que confiesen sus pecados y sus prácticas heréticas.

—Las leyes y costumbres de Castilla y de Aragón son diferentes a las de estas tierras.

—Sí, alteza, claro que sí, pero no me gusta que se persiga de ese modo a los judíos. Aquí han sido muy beneficiosos para el comercio y la medicina, y también lo fueron allí hasta que los expulsaron. Con ellos, vuestros nuevos reinos de España serían mucho más prósperos.

—Pero fueron los judíos quienes mataron a Nuestro Señor Jesús —dijo Carlos—. De cualquier modo, no os compliquéis demasiado con este asunto de la Inquisición.

El cardenal Cisneros es el inquisidor general de Castilla, de modo que él sabrá qué hacer en los casos que se refieran al Santo Oficio. Y no olvidéis decirle que se encargue de proteger con sumo cuidado a mi madre la reina Juana, me lo ha pedido expresamente mi hermana María.

—Así lo haré, alteza.

—Ese Cisneros es un leal servidor. Lo mantendré en su puesto cuando me asiente en Castilla —comentó Carlos de Gante.

—Será una sabia decisión por vuestra parte, alteza. Pero antes debéis ratificar el tratado de paz, amistad y alianza que habéis acordado con vuestro tío el rey de Inglaterra. Hoy comeréis con su embajador, de forma que debéis lucir de modo destacado la Orden de la Jarretera, la condecoración que el rey de Inglaterra otorgó a vuestra alteza como señal de amistad y hermandad entre vuestros dos reinos.

—¡Ah!, sí, aquella historia de la liga en la pierna de una princesa... Lo recuerdo, es una historia muy divertida.

—El rey Enrique la tiene en muy alta estima.

—Don Enrique es mi tío desde que hace casi seis años se casó con la reina Catalina, hermana de mi madre. Al parecer, todos los reyes de la cristiandad son parientes míos. ¿Hay alguno que no lo sea todavía?, ¿o que no lo vaya a ser en el futuro?

—Casi todos, alteza, casi todos. Los Habsburgo se han casado con príncipes y princesas de toda Europa, tanto del este como del oeste, así del norte como del sur, y los Reyes Católicos hicieron lo mismo con sus hijos. Sí, la mayoría de los reyes de la cristiandad está emparentada con vuestra alteza de una u otra manera. Y así debe ser; las personas de sangre real deben casarse con personas de esa misma sangre.

—La sangre real... La he visto, y no me parece distinta a la de los plebeyos —comentó Carlos de Gante.

—Aparentemente no, pero...

—Son iguales: ambas son rojas, líquidas, calientes...

—Ya lo creo, mi señor, que son diferentes. Vuestra sangre es precisamente la que os hace rey de todas estas tierras y señor natural de vuestros súbditos.

—Mis súbditos... Suena bien.

Pocos días después se presentó en el palacio de Bruselas un heraldo de Castilla. Portaba una carta en la que el Consejo de Regencia que presidía el cardenal Cisneros proclamaba a Carlos de Austria como rey de Castilla.

—Ya sois, legalmente, el rey de Castilla y de las Islas Occidentales —anunció el canciller a Carlos de Gante—. El Consejo de Regencia lo ha aprobado por unanimidad, y ahora reclaman vuestra presencia con toda urgencia.

—Preparad el viaje, quiero ir cuanto antes a mi reino.

—Y también seréis proclamado rey de Aragón y de Navarra. Nadie ha reunido

nunca tantos títulos como vos. Ni siquiera el gran Alejandro, el conquistador de Persia y de Egipto. El mundo es vuestro, mi señor.

El joven Carlos solo tenía dieciséis años, pero ya hablaba y se comportaba con la experiencia de un hombre de treinta. Ese día estaba contento porque le habían comunicado que Erasmo de Rotterdam, quien fuera uno de sus preceptores, acababa de escribir un tratado sobre el buen gobierno titulado *Institución del príncipe cristiano*, y que se lo había dedicado.

Junto al canciller estaban el conde de Chièvres y el italiano Mercurino de Gattinara, dos de los consejeros en los que Carlos más confiaba. Los cuatro hablaban en francés, lengua que Carlos dominaba con soltura.

—Castilla debe ser considerada una extensión de Borgoña, la casa matriz de vuestros Estados —dijo De Gattinara, apoyado sobre la chimenea del gran salón del palacio de Coudenberg.

—Así es —terció el conde de Chièvres—, pero debéis tener en cuenta la especial sensibilidad de los castellanos. Esa gente se cree la principal de la cristiandad y se tienen en muy alta estima. Vuestro padre, permitidme la franqueza —continuó Guillermo de Croy—, cometió el error de subestimar el orgullo castellano. Viajó a ese reino con un poderoso séquito de borgoñones, flamencos y alemanes que desencadenaron numerosos problemas entre la población. Vos, mi señor, no deberíais caer en esos mismos errores. Os recomiendo que preparéis vuestro viaje a Castilla con todo cuidado, empleando el tiempo que sea necesario para que no se produzcan hechos que luego tengáis que lamentar.

—No me conformo con gobernar esos reinos desde Flandes; quiero ser su rey —asentó Carlos.

—El conde tiene razón, alteza. Según nos ha informado don Adriano de Utrecht, Cisneros controla el Consejo de Regencia y quiere que viajéis pronto a Castilla para tomar posesión de vuestro trono, pero vuestra madre sigue siendo la reina, pues no ha renunciado al trono. Por ello debéis obrar con prudencia. Los castellanos y los aragoneses han forzado al máximo su ordenamiento legal, sorteando todas sus normas sucesorias para que seáis proclamado rey, aunque sea junto a vuestra madre. La prudencia ha de ser vuestra más leal consejera en este asunto. Recordad el caso de vuestro abuelo don Fernando: una y otra vez parecía perder todas sus opciones, pero, aplicando la paciencia y evitando la precipitación, siempre resultó victorioso. Siempre —reiteró De Gattinara, consciente de que Carlos era, al menos por el momento, mucho menos avezado que su abuelo en el arte de la política.

—Tenéis razón, señor conde. Quizá me he precipitado al decir que quería viajar de inmediato a Castilla. Vos seréis el encargado de preparar mi viaje. Emplead los recursos y los medios que estiméis necesarios.

—Os agradezco la confianza, mi señor.

—Ambos sois dos de los cuatro o cinco únicos hombres de los que puedo fiarme.

—No os fallaré —afirmó el conde de Chièvres.

—Yo tampoco —confirmó De Gattinara.

—Eso espero. No acudiré a Castilla hasta que no tengáis todo dispuesto, de modo que poneos manos a la obra cuanto antes.

—Mañana mismo...

—Mañana es tarde, hacedlo ahora —asentó Carlos.

—Tal vez la correcta preparación de ese viaje requiera de unos meses, un año quizá.

—Quiero estar en España cuanto antes, pero debo hacerlo en las mejores condiciones. Puedo esperar, y supongo que mis súbditos castellanos también.

—Y además están los aragoneses...

—¡Ah, esos! Mi abuelo don Fernando era aragonés.

—Los aragoneses exigirán vuestra presencia en su reino y que juréis sus fueros en la catedral de Zaragoza antes de que os juren a vuestra alteza como rey de Aragón; y también tendréis que ir a jurar a Barcelona ante los catalanes y a Valencia ante los valencianos. Los navarros ya os han jurado como rey, pero quizá deberíais visitar la ciudad de Pamplona y dejar claro quién es el soberano de Navarra.

—¡Dichosos españoles!

—Son sus costumbres, mi señor. Pero, entre tanto llegan esos momentos, hay que seguir gobernando vuestros nuevos reinos. Cisneros os pide que ratifiquéis a vuestro tío don Alonso, el arzobispo de Zaragoza, como virrey de Aragón, y que escribáis a los jurados de Zaragoza para que lo reconozcan como tal y acaten sus mandatos en vuestro nombre, y que ratifiquéis el mando sobre las galeras de guerra de las costas de Granada, y que...

—¡Basta, canciller, basta! Dadme esos papeles, los firmaré ahora mismo. Ardo en deseos de salir de caza; en esta primavera abundan los faisanes, y el lago de L'Estaquette está lleno de ellos.

### *Bruselas, verano de 1516*

El verano se presentó cargado de buenos auspicios. La cosecha en Flandes fue abundante y los comerciantes de lana y tejidos realizaron suculentos negocios con mercaderes ingleses e italianos.

Carlos pasó la mayor parte del tiempo en Bruselas, acompañado de sus hermanas Leonor y María y de su tía Margarita.

Algunos días salía de caza a los bosques de Heure y pernoctaba en el palacio de alguno de los nobles de su confianza. Por las noches solía compartir cena con sus anfitriones, o lo hacía en su palacio de Bruselas, donde un par de veces a la semana ofrecía a los nobles de Flandes suculentos banquetes.

Tras una de aquellas cenas en Coudenberg, Carlos propuso salir de incógnito por la ciudad.

—Quiero ver cómo viven mis súbditos —le dijo al conde de Chièvres—. Será divertido.

—Como deseáis, señor, pero debo organizar una escolta que os proteja.

—Hacedlo, pero de prisa. La noche es espléndida.

—¡Hoy! ¿Ahora?

—Claro, ahora mismo. ¡Vamos!

Carlos de Austria y Guillermo de Croy visitaron algunas tabernas, bebieron cerveza y se mezclaron entre los vecinos de Bruselas. La noche era cálida y una inmensa luna brillaba en el cielo.

De regreso a palacio en un carruaje, Guillermo de Croy se dirigió a su señor, ahora muy serio.

—Monseñor, vuestros abuelos los Reyes Católicos instituyeron en los reinos de España el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. La función que le encomendaron fue la de preservar la pureza de la religión católica y la defensa de la Iglesia romana ante la herejía y la proliferación de sectas como la mahomética y la judaica. Sabemos por los informes llegados de España que hay algunos que no quieren que se mantenga el Santo Oficio y que pretenden disolverlo.

—¡Otra vez con la dichosa Inquisición! Hasta en una noche como esta tenéis que hablarme de asuntos de Estado.

—Es importante.

—Decidme, ¿cuál es vuestra propuesta? —demandó Carlos.

—En el consejo de Flandes estimamos que suprimir la Inquisición sería un grave error.

—¿Por qué? —Carlos estaba molesto. El carruaje traqueteaba sobre las losas que pavimentaban el tramo del camino de entrada al patio del palacio real.

—Hemos llegado a la conclusión de que la Inquisición os será muy útil para el gobierno de los reinos de Castilla y de Aragón, especialmente en este último.

—¿Qué tiene Aragón de particular?

—Algunas ciudades de ese reino están dotadas de unos fueros propios y sus concejos se muestran contrarios a aceptar la autoridad de los inquisidores porque dicen que no deben tener competencias por encima de sus fueros y ordenanzas.

—¿Pero qué es lo que hacen esos inquisidores para que sean tan odiados?

—Reprimen los brotes de herejías y vigilan para que no se practiquen ritos mahométicos ni judaicos en secreto. Y en sus cometidos no se andan con remilgos de ningún tipo.

—¿Sirven para algo más? —se interesó Carlos.

—Son ellos quienes sostienen la pureza de la fe y la religión cristiana en una tierra de herejes; o al menos de eso es de lo que alardean.

—En tal caso, dejemos que la Inquisición siga con su trabajo. Y ahora vayamos a dormir. Hacedlo en mi habitación, don Guillermo, podemos seguir hablando hasta que amanezca, no tengo sueño, debe ser la cerveza...



—Hay otro asunto urgente, monseñor.

—¿En España?

—No. Se trata de vuestra boda...

—¿Qué ocurre ahora? ¿Me voy a quedar otra vez sin esposa? —Carlos se desesperaba. A sus dieciséis años le habían adjudicado tantas novias que cada vez que le hablaban de un posible matrimonio se lo tomaba a broma.

—Todo lo contrario. El rey Francisco de Francia ha accedido a firmar la paz.

—Me habíais dicho que don Francisco era un hombre belicoso —recordó Carlos.

—Pues según parece se ha apaciguado. Tal vez haya tenido algo que ver el que se haya llevado a Francia al artista Leonardo da Vinci, que ahora pinta para él.

—Supongo que ese acuerdo de paz llevará alguna compensación.

—El rey de Francia propone que para ratificar la paz se acuerde vuestra boda con su hija doña Luisa.

—Está bien, está bien. Si no firmo este acuerdo acabaré soltero... —Carlos recordó entonces que la princesa Luisa apenas tendría entonces poco más de un año de edad, y que debería esperar muchos años para consumir el matrimonio.

—Sois el soltero más deseado de Europa.

### *Bruselas, principios de octubre de 1516*

Tras el verano, las órdenes de Carlos I comenzaron a llegar a Castilla en tropel. La cancillería de los Habsburgo se había puesto a trabajar en serio. Maximiliano tenía suficientes problemas en Alemania, donde no conseguía imponer su criterio para la creación de un gobierno único que acabara con la dispersión del poder y las rencillas locales, y en el este del Imperio, donde los turcos amenazaban con una invasión inminente.

Para financiar toda su política, Maximiliano buscó la ayuda de Jacobo Fugger, el banquero más acaudalado de Europa, al que se conocía como Jacobo el Rico. Fugger, siempre atento a dónde podía ganar dinero, ofreció su apoyo financiero a Maximiliano, con el cual hacía varios años que mantenía algunos negocios.

Por si fuera poco todo eso, ahora Maximiliano tenía que ocuparse también de los intereses de su nieto Carlos y velar para que no perdiera sus derechos sobre Castilla y Aragón. Todas las semanas salían correos en ambas direcciones, de Flandes a Castilla, y viceversa, con cartas con instrucciones cifradas para el gobierno del reino: disposiciones para la defensa de las costas ante la amenaza de los turcos, nombramiento de cargos y oficiales reales, ratificación de sentencias...

Aunque lamentaba el retraso en su llegada, pues hubiera preferido tener a Carlos en Castilla ese mismo verano, el cardenal Cisneros no había dudado un solo instante en apoyarlo. El prelado de Toledo era consciente de que Castilla había atravesado momentos difíciles desde la muerte de la reina Isabel, que se habían solventado con

éxito gracias a la habilidad proverbial del rey Católico, a quien había favorecido el destino con la muerte de Felipe el Hermoso y la locura de la reina Juana. A veces, mientras paseaba por los extensos campos de Castilla o tras el rezo en algunos de los monasterios e iglesias a los que gustaba retirarse por un par de días, el cardenal se preguntaba qué hubiera sido del reino si hubiera durado más tiempo el breve reinado de Felipe el Hermoso, o bajo el de su esposa Juana, si no hubiera contado con la presencia de Fernando, cuyo gobierno consideraba una verdadera bendición de Dios. Desde luego, Cisneros estaba convencido de que sin el Católico el reino de Castilla se hubiera sumido en un absoluto caos.

Pese a la distancia, Carlos confiaba en el buen criterio de Cisneros. Sus agentes en Castilla le habían informado de que era el único miembro del Consejo de Regencia que actuaba en función de los intereses del reino y no en los suyos propios, porque todos los demás consejeros, miembros de la alta nobleza o altos funcionarios, lo hacían para mantener e incrementar sus privilegios.

Las primeras semanas del otoño transcurrieron plácidas en los campos de Flandes. El mundo parecía un lugar sin problemas. Carlos de Austria pasaba las mañanas cazando en los bosques y por las tardes, cuando la luz del sol declinaba hasta desaparecer, se reunía con sus consejeros en torno a una mesa bien provista de carne y cerveza y se dejaba guiar en la manera de gobernar sus nuevos reinos, aprendiendo cada día cosas nuevas.

—La confirmación de Cisneros como administrador de los bienes de las Órdenes Militares hispanas, de las que sois gran maestre, ha resultado un gran acierto —dijo el canciller—. Ese hombre es honrado. El dinero no significa nada para él; su prioridad es Castilla.

—Pero es muy viejo...

—Dicen que tiene ochenta años; tal vez sea el hombre más viejo del mundo, sí, pero demuestra un temple y una habilidad extraordinarios para el gobierno, y más entereza de ánimo que cualquiera de los que configuran el Consejo de Regencia que preside.

—Está preparando bien el terreno antes de mi llegada —comentó el joven Carlos, que pese a su edad había sido convenientemente educado para regir los destinos de sus súbditos.

—La paz que hemos firmado con Francia ha aclarado mucho la situación y es una garantía para que vuestro viaje a Castilla sea un éxito. El conde de Chièvres está dedicado en exclusiva a organizar ese viaje, y lo está haciendo bien. Hemos desplegado a un centenar de espías y de nuncios en Castilla para que no quede nada al azar. Cuando viajéis al sur, todo estará convenientemente preparado para que los españoles os reciban como al gran soberano que sois. Además, he ordenado enviar cartas a los gobernadores de los Estados de la Corona de Aragón comunicándoles que estamos en paz con Francia y que esa grata nueva se debe a vuestra prudencia y buen gobierno.

—Tengo que casarme con esa princesa de Francia... —Carlos seguía obsesionado con su boda.

—Luisa, su nombre es Luisa.

—Luisa, sí, la hija del rey Francisco, pero ella apenas tiene un año de edad; yo tengo dieciséis —se quejó Carlos.

—Vuestra futura esposa crecerá deprisa. Este matrimonio con la princesa Luisa ha sido una exigencia del rey Francisco para cerrar el acuerdo de paz, como ya sabéis. Necesitábamos ese tratado para solventar problemas y dejar libre vuestro camino hacia los tronos de España. Francisco de Francia ha prometido guardar el tratado firmado en Noyon delante de vuestros embajadores, lo que significa una paz permanente con ese país, y el papa lo refrendará en breve.

—Son buenas noticias —comentó Carlos.

—Excelentes, alteza, excelentes.

### *Palacio de Coudenberg, Bruselas, 26 de octubre de 1516*

El gran salón del palacio de Coudenberg estaba preparado para la comida de gala ofrecida a los caballeros de la Orden del Toisón de Oro, con la que culminaban tres días de conmemoraciones y ceremonias, entre ellas un solemne desfile con los caballeros de la Orden con sus espadas al hombro y perfectamente formados: condes, marqueses, barones y ricos hombres de Bruselas y de otras ciudades de Flandes, todos ellos sobre hermosos caballos cubiertos con gualdrapas de los más vivos colores y con los más variados símbolos heráldicos, entre los que no faltaban dragones, grifos y unicornios.

En varios candelabros de plata lucían enormes velones que complementaban la luz grisácea que penetraba por las ventanas, en un día cubierto de nubes oscuras que amenazaban lluvia. De las paredes colgaban delicados espejos y magníficos tapices. Una serie de ellos mostraba las batallas en las que Alejandro Magno había derrotado a los persas en la guerra por la conquista de Asia. En la escena del primer tapiz de la serie, el emperador Alejandro cortaba con su espada el famoso nudo que la leyenda atribuía al rey Gordias de Frigia. El nudo era tan complicado que nadie lo podía soltar, hasta tal punto que se decía que quien lo lograra conquistaría toda Asia. Alejandro lo tajó de un solo golpe de espada a la vez que comentó que daba igual desatarlo que cortarlo. En otro de los enormes tapices se narraba la leyenda del Toisón, con Jasón y los argonautas en busca del vellocino de oro, todo él bordado con hilos de plata, oro y la más valiosa de las sedas.

Perfectamente formados en dos filas, por riguroso orden de antigüedad, los caballeros del Toisón de Oro hicieron su entrada solemne en el gran salón. Vestían túnicas de terciopelo carmesí, cerradas y ajustadas al cuello y largas hasta los pies, con forro de seda blanca y capuchas a la espalda con borlas; sobre los hombros lucían

mantos de terciopelo más grueso, con los bordes orlados con piel de armiño, abullonados sobre el hombro derecho y abiertos a un lado; sobre el corazón llevaban bordados en oro unos eslabones y la cruz de San Andrés y sobre el pecho cada uno de ellos portaba el collar de la Orden, con el vellocino de oro en un colgante central. Cerraba el cortejo el rey Carlos, escoltado por dos hombres de armas y dos maceros.

Se habían dispuesto tres grandes mesas, una de ellas centrada sobre un estrado elevado con tres escalones que correspondía a la del rey Carlos I, la única con dosel, frente a la gran chimenea del salón en la que ardían unos gruesos leños. Las otras dos se ubicaban a ambos lados, una para los caballeros de la Orden, situados bajo el tapiz de la historia de Alejandro de Macedonia, y la otra para los oficiales del Toisón, junto al tapiz del vellocino de oro.

Cuando los comensales se colocaron en el lugar que tenían designado en las mesas, permanecieron de pie, esperando una señal de Carlos. El rey de Castilla y de Aragón llegó al fin ante su mesa y observó el gran salón, y a los caballeros con sus mantos y túnicas rojos, uniformados como un perfecto ejército. Tras aguardar unos instantes, alzó la mano e invitó a todos a sentarse para comenzar el banquete.

Sobre las mesas relucía a la luz de los velones una riquísima vajilla de plata, compuesta por copas, jarras, platos y cubiertos labrados por los mejores orfebres de Flandes. El cocinero de Coudenberg había preparado una comida compuesta por veinticinco platos, todos ellos delicados manjares elaborados con el más exquisito de los cuidados. Uno a uno, los veinticinco platos fueron servidos por gentilhombres. Cremas de verduras y pasteles de carne, lomo de buey braseado y guiso de carnero, mejillones y ostras, dulces y galletas hicieron las delicias de los comensales, que gustaron los más exquisitos vinos rojos de Borgoña y blancos de Champaña.

Acabado el banquete, se lavaron las manos en aguamaniles con agua perfumada con pétalos de rosas y se retiraron a una sala adjunta para celebrar la última de las reuniones del capítulo general de la Orden.

El secretario, Laurens de Blions, pidió permiso al rey para iniciar el capítulo.

—Caballeros, la Orden del Toisón debe crecer. Nuestro señor don Carlos es ahora rey de Castilla y de Aragón, de modo que propongo que se amplíe el capítulo en diez asientos nuevos y que se reserven a nobles de esos reinos —dijo Blions.

—Estoy de acuerdo —asintió el senescal.

—Y yo —indicó el portaestandarte.

—En ese caso, si nadie discrepa y su alteza está de acuerdo...

—Lo estoy —dijo Carlos de Austria.

—Queda aprobada por tanto la ampliación de diez nuevos asientos en este capítulo para caballeros de los reinos de España —proclamó el secretario de la Orden—. A continuación vestiremos el traje largo de damasco blanco y oiremos misa en honor de la Virgen Santa María, nuestra patrona.

—¿Es necesario todo esto? —preguntó el rey Carlos al secretario sin apenas alzar la voz.

—Por supuesto, alteza, la del Toisón de Oro es la Orden de caballería más excelsa de la cristiandad, y así debe seguir siendo. Vos sois su maestre, y encarnáis los valores sobre los que fue erigida: la caballerosidad, el honor y la honra. Esta Orden, fundada por vuestro bisabuelo el duque de Borgoña Carlos el Temerario, simboliza la nobleza del linaje de Habsburgo, vuestra excelsa familia, forjado hace más de dos siglos en las montañas de Alsacia, de Suabia y de Suiza.

Carlos asintió con un gesto, pero recordó el lema de su abuelo Fernando de Aragón: «Tanto monta». Eso sería para él lo verdaderamente importante. Lo único importante.

Y apenas tardó en ponerlo en práctica. Al día siguiente Carlos juró guardar el tratado de paz acordado con su tío el rey de Inglaterra y con su padre el emperador Maximiliano, y recibió a los embajadores de Francia, Inglaterra y Alemania, a los que halagó con muy buenas palabras. A sus dieciséis años de edad, Carlos se comportaba ya como un veterano gobernante, para asombro de los nuncios extranjeros que lo visitaron en Bruselas.

### *Bruselas, mediados de noviembre de 1516*

Acumulaba tantos títulos y honores que el simple enunciado de todos ellos llenaba dos cuartillas cada vez que los secretarios tenían que escribirlos en algún documento oficial. Carlos de Austria brillaba con luz propia en el firmamento de la realeza europea, y aún lo haría mucho más cuando acumulara los títulos de su abuelo el emperador Maximiliano.

—Los castellanos reclaman, una vez más, vuestra presencia en ese reino —le comentó el canciller, con el que Carlos despachaba aquella húmeda tarde de noviembre en un pequeño gabinete del palacio de Coudenberg—. Ha llegado una carta del concejo de la villa de Madrid en la que os pide que viajéis de inmediato a España a fin de que se os rinda el homenaje y juramento debidos.

—En ese caso, tendré que ir pronto a mi reino. ¿Cuándo recomiendan mis consejeros que haga ese viaje?

—El conde de Chièvres dice que todavía es pronto.

—¿Cuándo? —insistió Carlos.

—Nuestros agentes en España aún no han preparado todos los aspectos que son necesarios para que vuestros súbditos españoles os acojan sin el menor recelo, y no podemos arriesgarnos a que algo salga mal.

—En ese caso, responded al concejo de Madrid que debo retrasar mi llegada a Castilla.

—Les daremos alguna buena excusa.

—Esta semana quiero salir de caza. Han visto merodear a un gran ciervo macho en el bosque cercano al monasterio de Groenendael; me gustaría abatirlo. —Carlos

sentía tal pasión por la caza que era capaz de abandonar una importante reunión si le anunciaban la posibilidad de abatir una buena pieza.

—Antes debéis autorizar el primer pago al rey Francisco de Francia según lo estipulado en el pacto que firmamos hasta que consuméis el matrimonio con su hija Luisa y tengáis sucesión con ella. Fue una de las condiciones para hacerlo.

—A la vista de este tipo de cláusulas, no me cabe duda de que Francisco de Francia tiene mejores consejeros que nosotros —comentó Carlos, que firmó la autorización del cargo tras dar un vistazo al escrito.

—Pese a ello, creo que firmamos un muy buen acuerdo, alteza.

En las semanas que siguieron hasta fin de año los expedientes que llegaban de Castilla fueron resueltos por Carlos como rey efectivo: nombró a oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, creada para controlar el comercio con las colonias de América, ordenó la incautación de bienes de algunos moriscos de Granada, dispuso órdenes a ciudades y nobles, y no se olvidó de cazar en los bosques de Flandes, porque la caza seguía siendo la gran afición del nuevo rey de Castilla.

### *Bruselas, fines de enero de 1517*

El Imperio otomano ya no era una amenaza lejana y difusa, sino un peligro real y cercano. El ejército turco parecía imparable tras conquistar Siria y Egipto, y su armada crecía cada mes con nuevas y más poderosas galeras de guerra. Sobre un mapa del Mediterráneo, los consejeros de Carlos de Austria le mostraban las líneas del avance turco.

—El sultán Selim I ha ordenado la conquista del mundo —asentó uno de los consejeros en la reunión semanal del gabinete de gobierno de Carlos.

—Ha convocado a un nuevo *yihad* —añadió otro.

—¿*Yihad*?, ¿qué es eso? —demandó Carlos.

—Es una palabra árabe que significa «esfuerzo». Los musulmanes la emplean para llamar a sus correligionarios a la guerra santa. Pretenden extender sus conquistas en todas las direcciones, y de momento lo están logrando. La mayoría de las tierras que un día formaron parte del Imperio de Bizancio ya están bajo la sombra de sus estandartes, pero no se conformarán con ello. Por lo que sabemos por nuestros espías, y lo han corroborado agentes de Venecia y de la Orden de San Juan en Rodas —el consejero señaló en el mapa la ubicación de esa isla, pegada a la costa de Asia Menor—, los turcos van a lanzar una ofensiva por mar en el Mediterráneo, con el objetivo de recuperar las plazas bajo soberanía española en el norte de África, y otra por tierra, a través de los montes Balcanes y del curso del río Danubio. Su objetivo es este. —El consejero puso su dedo en el mapa en un lugar concreto: la ciudad de Viena.

—Señor, deberíais hacer lo posible para viajar a Castilla cuanto antes —intervino el canciller.

—Mi abuelo el emperador Maximiliano detendrá a los turcos antes de que lleguen a las puertas de Viena; tal vez aquí —Carlos señaló la ubicación de las ciudades de Buda y de Pest—. Nosotros lo haremos en el Mediterráneo —asentó Carlos.

—Habrá que recabar ayuda de Venecia y del papa; porque me temo que el rey de Francia no va a mover un dedo. Si por él fuera, dejaría que los turcos ocuparan el sur de Italia y España, siempre que le permitieran apoderarse de Génova, Milán y la propia Venecia.

—Escribid sendas cartas a la república de Venecia y al papa ofreciéndoles una alianza contra el turco, y comunicadle al cardenal Cisneros que mi intención es viajar este mismo año a España. ¡Ah!, y decidle al maestro cervecero de palacio que esté preparado, pues vendrá conmigo.

—¿El maestro cervecero?

—Sí. Me gusta cómo elabora la cerveza ese hombre. Y como supongo que en España nadie sabe hacer buena cerveza, lo necesitaré allí conmigo.

Los consejeros de Carlos fijaron como la fecha más propicia para viajar a España en un plazo de seis meses, de modo que comenzaron a organizarse los preparativos.

### *Valladolid, verano de 1517*

Hacía ya más de año y medio que había fallecido Fernando el Católico, y Carlos de Austria todavía no se había presentado en Castilla. La flota que lo iba a llevar de Flandes a Castilla estaba preparada desde fines de primavera, pero Carlos se entretenía en todas y cada una de las ciudades de Flandes, donde recibía homenajes y agasajos sin cuento.

Entre tanto, Cisneros ejercía la regencia, pero eran muchos los que echaban de menos el gobierno de un verdadero rey. Además, en el norte de África las cosas no iban bien. El corsario Aruj Barbarroja había recibido una gran cantidad de dinero de algunos señores musulmanes de África para que combatiera contra los españoles, a los cuales logró expulsar de la estratégica plaza de Argel, donde se estableció como reyezuelo. Hizo lo propio con Tremecén, a cuyo sultán, aliado en su día del rey Fernando, asesinó. En esa campaña tan desastrosa cayeron casi ocho mil soldados españoles de los enviados por el cardenal Cisneros, muchos de ellos muertos en un combate con las tropas de Barbarroja, y otros en la tempestad que se desató en las costas de África tras la batalla.

Pero Barbarroja, hombre sagaz y atrevido, sabía que no podría mantener esas conquistas por mucho tiempo, de modo que buscó la alianza con los otomanos, cuyo sultán Selim I le ofreció el gobierno de esa región a cambio de su protección.

En Valladolid, la familia Losantos había dejado la corte. Pedro y Pablo trabajaban como médicos en la ciudad. Solo de vez en cuando Pablo Losantos acudía a visitar a la reina Germana, que requería de la presencia de Leonor de Urrea para ciertas

confidencias, en tanto Pedro lo hacía a la reina Juana en Tordesillas, previa autorización expresa de Cisneros.

—¿Cómo está la reina Juana? —le preguntó Juana de la Cruz a su esposo, tras abrazarlo, mientras le ayudaba a quitarse el sombrero de viaje al regreso de Tordesillas.

—Perdida en su propio mundo, y cada día más abandonada. Pero pese a ello goza de una salud excelente. Creo que, si su cabeza hubiera regido bien, hubiera sido una gran reina.

—¿Y nosotros, estamos seguros?

—Sí, tranquila, Cisneros garantiza que nadie nos haga daño, al menos por ahora.

—Pero Cisneros es un hombre muy mayor; no creo que viva demasiado. ¿Qué será de nosotros cuando falte el cardenal?

—Cisneros me ha recomendado ante el propio rey Carlos, quien creo que ya está preparando su viaje a Castilla. Todos los consejeros de la corte piensan que debería venir cuanto antes a Valladolid —comentó Pedro Losantos—. Me hago viejo, esposa, en invierno el hielo y el viento, y en verano este tórrido calor. No sé por cuánto tiempo podré seguir aguantando estos traslados.

El médico converso acababa de cumplir sesenta y un años, y la edad ya le pesaba en cada viaje que realizaba a lomos de una mula.

—Nuestro hijo Pablo ha viajado a Burgos. La reina Germana le ha pedido que sea su médico personal. Su esposa se irá con él a esa ciudad en las próximas semanas.

—Volvemos a separarnos —lamentó Pedro.

—Pablo debe recorrer su propio camino. La reina Germana confía en él desde que la atendió primero en Nápoles y en el viaje de regreso a España, y luego durante nuestra estancia en Valencia.

—Sí, en el parto de su hijo doña Germana quedó muy satisfecha con el trabajo de Pablo. Supongo que le habrá pedido permiso por escrito a don Carlos para que sea su médico personal.

—Sí, así lo ha hecho.

—Pues ya tenemos un nuevo médico real en la familia.

—Y me alegra, pero a la vez siento que esta ciudad pierde a uno de los médicos más generosos. Pablo atendía de modo desinteresado a muchos pobres de Valladolid, no sé si habrá alguno en nuestro gremio que quiera seguir con esa labor.

—Tú podrías hacerlo. Todos los días veo en el mercado a gentes que necesitan ayuda de un médico —dijo Juana.

—Ya sabes que lo hago cuando puedo, pero me debo a la reina Juana.

—Esa mujer me produce un sentimiento de enorme pena.

—Bueno, ahora se encuentra algo mejor. Su nuevo carcelero la trata con decoro, nada que ver con el anterior. Cisneros le ha ordenado que le permita visitar al menos un par de veces a la semana la tumba de su esposo, pero sin salir a la calle. La reina pasa las horas ensimismada, callada y taciturna. Solo la compañía de su hija Catalina



la conforta, y de vez en cuando tiene momentos de lucidez extraordinaria, pero apenas duran un suspiro; luego vuelve a sumirse en un estado de abulia e inanidad absolutas.

—¡Pobre mujer! —lamentó Juana de la Cruz—. ¿Qué crees que hará con ella su hijo Carlos cuando venga a España?

—Supongo que seguirá encerrada y vigilada en su palacio de Tordesillas. Sola, al margen del mundo, su locura irá en aumento y se sumirá en un ensimismamiento que la alejará de la realidad por completo hasta el fin de sus días —imaginó Pedro—. Supongo que dejarán que yo la visite de vez en cuando o siempre que se ponga enferma; la irán a ver algunos de sus hijos y de sus parientes y permitirán que su vida se vaya apagando en silencio entre los muros de esa dorada prisión. Terrible destino para quien pudo ser la reina más poderosa del mundo.

—Terrible destino para una madre —precisó Juana de la Cruz.

—Pero en estos momentos Castilla no necesita una madre, sino un rey, y un rey guerrero.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estamos en guerra. Hace poco un pirata berberisco al que llaman «Barbarroja» se ha apoderado de algunas comarcas en la costa de África y las ha ofrecido al sultán otomano, que las ha incorporado como nuevas provincias de su Imperio. Lo que tanto temían algunos ya está ahí. Hace falta un general que se ponga al frente de las tropas.

—Una mujer también puede dirigir un ejército —asentó Juana de la Cruz.

—No. Hace falta un hombre.

—Aquella doncella francesa..., Juana de Arco, creo que se llamaba, llevó al ejército de Francia a la victoria frente a los ingleses.

—Te aseguro que la reina de Castilla no podría hacerlo. Además, será preciso mucho más que una arenga para derrotar a los turcos. En su ejército forman unos soldados llamados «jenízaros», cuya belicosidad es legendaria. Solo el Gran Capitán logró derrotarlos en Cefalonia, pero ahora don Gonzalo ya no vive para dirigir las tropas de Castilla y de Aragón. El sultán otomano ha enviado varias galeras, cañones y varios destacamentos de jenízaros en ayuda de Barbarroja. Será difícil derrotarlos.

—¿Y crees que lo hará un muchacho? Don Carlos no es más que un joven inexperto que no ha combatido, por lo que sé, nunca. Según me has contado, ha pasado sus diecisiete años de vida entre suntuosos banquetes, lujosos palacios, pomposas ceremonias cortesanas y largas jornadas de caza en los bosques de Flandes —dijo Juana de la Cruz.

—Así es, pero ha tenido dos maestros extraordinarios en el arte de la política: sus abuelos el emperador Maximiliano y el rey Fernando. Supongo que habrá aprendido mucho de ellos.

—Pero a don Fernando ni siquiera ha llegado a conocerlo.

—No en persona, pero sí ha recibido algunas cartas tuyas con consejos y

recomendaciones que le serán muy útiles ahora que comienza su reinado. Y además, está Cisneros...

—El cardenal es un hombre muy viejo, no creo que viva demasiado tiempo.

—Pues espero que, cuando falte, podamos seguir como hasta ahora, protegidos por el nuevo rey. Así se comprometió conmigo don Adriano de Utrecht en Madrigalejo; y, por lo que sé de él, es un hombre que cumple su palabra.

*Villaviciosa, costa del Cantábrico, reino de Castilla, 19 de septiembre de 1517*

Aquel verano llegaron a Bruselas numerosas cartas de ciudades y nobles de Castilla que pedían a Carlos de Austria que viajara cuanto antes a España. Los Estados de Flandes, reunidos en sesión solemne en la ciudad de Gante, cuyos vecinos siempre se habían mostrado contrarios a la monarquía, aprobaron una resolución por la cual otorgaban su apoyo a Carlos y aprobaron la concesión de una importante suma de dinero para sufragar su inmediato viaje.

La armada estaba fondeada en el puerto de Flesinga, en la desembocadura del río Escalda, desde hacía varios meses. Los consejeros de Carlos habían planificado el viaje para fines de primavera, pero el momento de zarpar se fue alargando debido a que los vientos no soplaban en la dirección adecuada. Si en los próximos días no se daban las condiciones necesarias, habría que aplazar el viaje hasta el año siguiente.

Mientras esperaba ese cambio en la dirección del viento, Carlos recibió un mensaje de su abuelo el emperador Maximiliano. Se trataba de una carta cifrada en la que le comunicaba que Isabel, la hermana de Carlos casada con el rey Cristián de Dinamarca, había aprendido a hablar la lengua danesa y se había ganado el cariño de sus súbditos. Maximiliano le decía también que se habían solucionado sus problemas conyugales. Carlos sabía que su hermana lo había pasado muy mal por culpa de la bellísima amante que tenía Cristián II, llamada Dyveke Willums, cuya influencia sobre el rey era tan grande que la madre de Dyveke, una ambiciosa mujer llamada Sigbrit, tomaba muchas de las decisiones importantes en el gobierno de Dinamarca.

El emperador le decía a su nieto que Dyveke acababa de fallecer de manera misteriosa e inexplicable y que el rey Cristián ya solo tenía ojos para Isabel. Lo que no le contaba en la carta era que la bella amante danesa había muerto envenenada, y que un agente secreto enviado por Maximiliano a Copenhague había tenido mucho que ver en ello. Un problema menos.

Por fin, en la primera semana de septiembre el viento cambió y comenzó a soplar en dirección sur. Los reyes de Francia y de Inglaterra garantizaron que la libre travesía por el canal de la Mancha estaba asegurada y que se comprometían a favorecer el viaje de la flota que llevaba a Carlos de Austria a sus dominios españoles. La armada de cuarenta naves partió del puerto flamenco de Flesinga el día 8 de septiembre.

Tras diez días de navegación, y sin apenas incidencias, la armada real apareció en la costa del norte de España, recortada entre una bruma blanquecina. Escoltada por las cuarenta naves de Holanda, Zelanda y Castilla, la nao capitana en la que viajaba Carlos de Austria se aproximó a la desembocadura de la ría de Villaviciosa. La costa era áspera y fragosa y apenas se vislumbraban unas pobres y mugrientas cabañas de pescadores.

Al poner Carlos el pie en tierra, los oficiales que lo esperaban, el corregidor y el alcaide, inclinaron la cabeza y saludaron a su nuevo monarca en castellano.

—Sed bienvenido a vuestro reino, alteza.

Carlos se encogió de hombros. A pesar de que en Flandes había recibido algunas clases de la lengua castellana, no entendía nada. Uno de sus consejeros le tradujo al flamenco lo que le habían dicho.

—Dadles las gracias —se limitó a contestar.

—Un rey que desconoce el idioma de sus súbditos... Mal empezamos —comentó el alcaide en voz baja.

—Mi señor, hemos tenido que desviarnos de la ruta prevista a causa del temporal. Deberíamos haber desembarcado en Santander, la única ciudad principal de estas costas, pero lo hemos hecho en esta pequeña aldea que dispone de un puerto seguro. La tierra es pobre y poco poblada; permaneceremos en ella el menor tiempo posible.

—No pasaré la noche en este sucio lugar. Preguntadle a esa gente cuál es el sitio más cercano en el que pueda alojarme con el decoro debido.

—El alcaide dice que podéis hacerlo en Villaviciosa, dos leguas aguas arriba de esta ría.

—En ese caso fletad una barca. Pasaré la noche allí. Mi hermana doña Leonor vendrá conmigo.

La noticia de que el rey de Castilla había desembarcado en la desembocadura de la ría asturiana corrió por toda la comarca a la velocidad del viento. Mientras la barca con el rey remontaba las aguas, varios heraldos cabalgaban a toda velocidad hacia Villaviciosa para dejar todo preparado para su llegada.

Conforme se iba extendiendo la noticia, las gentes humildes de aquella región corrían hasta la orilla de la ría para vislumbrar el bote en el que viajaba el rey, al que escoltaban algunas otras barcas y canoas en las que ondeaban las banderas de Castilla, Aragón, Navarra, Borgoña y Flandes. Todo el mundo quería ver al joven soberano, y no cesaban de vitorearlo desde la orilla, de agitar los brazos en alto y de enarbolar pañuelos y cualquier otra prenda que sirviera para hacerse notar.

—Señor, vuestros súbditos se alegran por vuestra llegada a Castilla; es un buen síntoma para el comienzo de vuestro reinado —le dijo uno de sus consejeros.

—Me temo que deberéis aprender el idioma castellano —comentó el señor de Chièvres.

—Sí, no me queda otro remedio si quiero entender a estas gentes —asentó Carlos.

Tras descansar aquella noche en Villaviciosa, en la casa más grande y rica, Carlos y su séquito se dirigieron hacia el sur, atravesando la rocosa cordillera que separa las costas del mar Cantábrico del altiplano mesetario.

Su primera impresión fue que sus nuevos dominios eran unas tierras fragosas y pobres, casi despobladas, con pequeñas aldeas de pescadores y campesinos que vivían en míseras casas. Apenas había palacios, solo algunas casonas de piedra de hidalgos venidos a menos cuyo pasado había sido mucho mejor.

—Supongo que toda Castilla no será así —le comentó el rey al de Chièvres mientras desayunaban unos huevos con tocino y un queso ahumado y mohoso que olía a mil demonios, pero cuyo sabor era profundo, agradable y picante.

—Más al sur se abren amplias llanuras ricas en cereales y fértiles valles donde abundan las frutas y las verduras. Y también hay grandes palacios e iglesias.

—Eso espero, porque lo que he visto hasta ahora no me agrada. Bueno, ya estamos aquí. Lo primero que haremos será ir a visitar a mi madre, tal cual me habéis aconsejado.

—Es lo más correcto, alteza.

—Pero lo haremos despacio; antes quiero conocer algo más de esta tierra y de estas gentes.

Y así lo hizo. Carlos de Austria se entretuvo durante un mes y medio en su camino desde la costa del mar donde había desembarcado hasta el corazón de Castilla. Quizá intuía que lo que iba a ver más al sur de las pedregosas montañas cantábricas tampoco le iba a gustar.

### *Valladolid, fines de septiembre de 1517*

La noticia del desembarco de Carlos en Villaviciosa llegó a Valladolid dos días después mediante palomas mensajeras. En la ciudad que se consideraba como la corte de Castilla todo el mundo hablaba del nuevo rey y de cómo sería su gobierno.

Cisneros se había sentido indispuerto y había llamado a la cancillería a Pedro Losantos para que le proporcionara algún bebedizo que le calmara un fuerte dolor que sentía en el costado y en el brazo derechos. Lo recibió en su gabinete, sentado en su silla de madera y cuero, de la que apenas podía incorporarse por sí solo.

—Me alegra veros, don Pedro —lo saludó Cisneros.

—Y yo también me alegro, monseñor. ¿Qué os ocurre? —Pedro besó el anillo del cardenal.

—Nada que no sea achacable a mis muchos años.

Pedro Losantos no pudo evitar fijar su mirada en un libro que Cisneros tenía abierto encima de su mesa. El cardenal se dio cuenta de ello.

—¿Os interesan los libros? —preguntó Cisneros.

—¡Oh!, sí, claro.

—Echadle un vistazo a este. Es nuevo.

—¿De qué se trata?

—Es el primer volumen de la *Biblia Polígota*. Acaba de ser editada tras casi cuatro años de trabajo en la universidad de Alcalá. Este es uno de los seis ejemplares que hemos impreso en vitela. Hay seiscientos más en papel.

Pedro Losantos pasó con cuidado las hojas del libro.

—Magnífica edición, monseñor.

—Consta de seis volúmenes, con textos en hebreo, griego, latín e incluso arameo. Nunca se había hecho un trabajo así —destacó Cisneros, cuyo rostro transmitía un sano orgullo.

—Una gran obra, sin duda.

—Ahora ya puedo morir tranquilo —asentó el cardenal.

—Intentaré que eso no suceda por el momento. Veamos qué os ocurre. — Losantos dejó con cuidado el libro sobre la mesa.

—Tengo grandes dolores aquí —el cardenal se señaló el costado derecho.

—Alzad el brazo, monseñor —le pidió Losantos al arzobispo de Toledo, que obedeció presto.

—Me duele bastante, don Pedro, y cuando me tumbo en la cama el pecho me oprime de tal modo que apenas puedo respirar —explicó Cisneros.

—Inspirad con todas vuestras fuerzas.

—Apenas puedo hacerlo; mis pulmones ya no responden como antaño.

—Supongo que habéis cogido algo de frío en el costado. Los calores del verano ya han pasado, y aunque los días todavía son cálidos, es preciso guardarse del relente de las noches de Castilla, monseñor. Permitidme. —Losantos acercó su oído al pecho del cardenal y escuchó un sonido ronco y vibrante. El corazón latía con extrema debilidad y con cada latido se escapaba una especie de soplo.

—Haced lo que sea, pero dejadme en condiciones para recibir a su alteza el rey Carlos, que ya ha desembarcado en la costa cantábrica, pero anda recorriendo sus nuevos dominios. No parece que tenga demasiada prisa por llegar hasta aquí.

—Supuse que, una vez en tierra, don Carlos querría acudir cuanto antes a Valladolid para tomar posesión de su reino.

—Yo también pensaba que lo haría de ese modo, pero ha decidido retrasar al menos un mes su presencia delante de toda la corte.

—¿Y a qué creéis que se debe semejante comportamiento? —preguntó Losantos sin dejar de palpar el costado dolorido del cardenal.

—Sus agentes le han informado que hay mucha gente que todavía recuerda con enorme desagrado cómo se comportó esa desordenada turba de flamencos y alemanes que vinieron desde Flandes, acompañando a su padre don Felipe. En estas tierras todavía se recela de los flamencos por lo ocurrido en aquellos días, once años atrás, cuando aquellos soldados se comportaron como una partida de bandidos que

provocaron robos, violaciones y gran malestar. Además, don Carlos no habla nuestra lengua, de modo que es probable que quiera tomarse unas semanas para aprender algunas frases, al menos para poder saludar a sus nuevos súbditos sin necesidad de un intérprete.

—Si los soldados de don Carlos se comportan como los de don Felipe hace once años, muchos hombres de estas tierras comenzarán a echar de menos las formas de gobierno de su abuelo don Fernando.

—Sí, sobre todo su sentido del orden, su capacidad para escuchar a sus consejeros y su prudencia. El Católico fue un viejo zorro, capaz de ocultar sus verdaderas intenciones, pero para un rey esa actitud se considera más una virtud que un defecto. En su juventud se mostró en ocasiones violento e implacable, es cierto, pero cuando se convirtió en rey prevaleció en él el ingenio y la astucia.

—Don Carlos es demasiado joven, de modo que tiene por delante mucho tiempo para aprender —comentó Pedro Losantos.

—Sí, tenéis razón, don Pedro, el Católico era hábil e inteligente. Ahora nos haría falta un rey como él, pleno de energía y de tenacidad. Va a ser muy necesario, y más aún tras la derrota que hemos sufrido en Argel. —Cisneros, como Losantos, calló que el Católico también había sido considerado por algunos como avaro, ingrato, pérfido y envidioso.

—Don Carlos puede ser ese rey.

—No lo creo, al menos no todavía. Considero que no está preparado para enfrentarse a lobos veteranos de afilados colmillos como el papa o el *dux* de Venecia, ni siquiera a cachorros tan feroces como Francisco de Francia o Enrique de Inglaterra.

—Vos le ayudaréis a salir triunfante.

—Me queda poco tiempo, Losantos, muy poco tiempo. Este dolor en el brazo y en el costado... —Cisneros se mostró muy preocupado.

—Vuestra salud es buena, atendiendo a vuestra edad, mi señor cardenal —mintió Losantos, que observó que el corazón del cardenal estaba gravemente dañado. El dolor en el brazo y en el costado presagiaba que el cardenal Cisneros tenía serios problemas en su viejo y gastado corazón. No quiso decirle la verdad: que tal vez no llegara a conocer al nuevo rey de Castilla.

### *Tordesillas, principios de noviembre de 1517*

Todos en la ciudad esperaban que Carlos hiciera su entrada triunfal en Valladolid, pero los sorprendió dando un rodeo para dirigirse a Tordesillas para visitar a su madre. Desde su desembarco en la costa cantábrica, y tras pasar un mes recorriendo Asturias y Cantabria, había viajado hacia el sur, atravesando las tierras de Castilla por Herrera, Becerril, donde el día de Todos los Santos se encontró con el condestable de

Castilla y Palencia; en esta ciudad fue recibido por su obispo y por el de Burgos. Ahí se enteró de que a fines de septiembre había muerto su prometida, la princesa Luisa de Francia, apenas cumplidos los dos años de edad. Habría que buscarle otra novia, la quinta ya, al nuevo rey de Castilla y de Aragón.

En su deambular por el norte de Castilla se había hospedado en ricas mansiones y castillos y en humildes posadas, y en la fortaleza de Ampudia, propiedad del conde de Salvatierra, había pasado la noche en vela, junto a su querida hermana Leonor, contemplando desde lo alto del torreón un cielo estrellado como nunca antes había presenciado.

«El cielo de Castilla, tanto de día como de noche, es el más hermoso del mundo», llegó a decirle a su hermana, ensimismado ante el rutilante azul del mediodía y el brillo fulgurante de las estrellas sobre el negro nocturno.

¡Qué diferentes eran aquellos paisajes castellanos de los que había dejado en Flandes! ¡Cómo le impresionaron las inmensas llanadas, los páramos desolados, las aldeas apiñadas en torno a una iglesia o a un castillo, con sus casas de ladrillo, piedra y barro seco!

¡Cuánta variedad de horizontes! Aquellas montañas de cumbres rocosas como huesos de gigantes del norte, cuyas laderas verdes caían hasta el borde del mar, los estrechos caminos entre angostos desfiladeros tajados por ríos de aguas bravas, tan profundos y estrechos que al fondo nunca llegaban los rayos del sol. Y superadas las montañas, las llanuras infinitas, tierras de pan y vino, amarillentas y grisáceas en aquellos días de mediados del otoño.

Desde Palencia, bordeó Valladolid por el oeste, pasó cerca de la fortaleza de Mucientes, donde había sido retenida su madre por un tiempo, y se dirigió a Tordesillas evitando Valladolid, porque pretendía entrar en esa ciudad una vez la reina Juana lo hubiera aceptado como rey. Para Carlos, era muy importante que su madre le concediera toda la legitimidad como heredero y rey.

Atardecía sobre el Duero cuando la comitiva real llegó ante las puertas del palacio de Tordesillas. El viejo caserón de los reyes de Castilla había sido embellecido con una galería de arcos en la última planta, un notable alero de madera y varios elementos decorativos en forma de hojas y flores tallados en la portada y en los alfiles de las ventanas.

Cuando le anunciaron la inminente llegada de la comitiva real, el duque de Estrada, que estaba inspeccionando las salas donde se albergaría al rey y a su hermana Leonor, bajó las escaleras de dos en dos y aguardó a la puerta de palacio.

—Alteza, os doy la bienvenida a este vuestro palacio. —Se adelantó hasta don Carlos e inclinó la cabeza—. Vuestra madre la reina os espera en el salón de audiencias. —A Carlos, que apenas comprendía algunas palabras en la lengua castellana, tuvieron que traducirle las del duque de Estrada, el nuevo gobernador del

palacio de Tordesillas y guardián de la reina Juana. Al lado del rey, su hermana Leonor parecía nerviosa.

Carlos descendió del caballo, ayudó luego a su hermana Leonor, y ambos entraron de la mano en el patio. Acostumbrados a los palacios de Coudenberg o de Prinsenhof, el de Tordesillas les pareció una morada demasiado humilde para la reina de Castilla.

Guiados por el duque de Estrada, subieron la escalera de peldaños de baldosas de barro con atoches de madera hasta la primera planta. Varios guardias custodiaban que nadie pudiera acercarse a la reina sin permiso.

El duque se deshacía en halagos hacia Carlos, que mostraba un gesto serio mientras se los traducían ante la media sonrisa nerviosa de Leonor.

—Señora, ha llegado su alteza, vuestro hijo don Carlos, rey de Castilla, de León, de Aragón y de Navarra, señor de los Países Bajos y gran comendador de la Orden del Toisón de Oro, y vuestra hija mayor, la infanta doña Leonor —anunció el duque de Estrada con toda la solemnidad que fue capaz de mostrar.

—La única reina aquí soy yo. Mi hijo don Carlos es tan solo un príncipe —replicó Juana para asombro del duque, que se quedó pasmado ante esa firme aseveración.

Carlos y Leonor entraron de inmediato en el salón, en donde aguardaba su madre, la reina loca.

Juana permanecía de pie entre dos de sus damas de compañía, las únicas personas a las que se les permitía permanecer sin vigilancia junto a la reina, y tenía de la mano a Catalina, su hija más pequeña y su único consuelo en Tordesillas.

Desde que el duque de Estrada se hiciera cargo de su custodia, el aspecto de Juana había mejorado mucho, incluso se le había permitido visitar el catafalco mortuorio de su esposo en la iglesia de Santa Clara, donde seguía depositado el cuerpo ya momificado de Felipe el Hermoso.

Carlos se acercó despacio y dubitativo hasta quedar a dos pasos de distancia de su madre, en tanto Leonor se mantuvo inmóvil junto a la puerta. Hacía más de diez años que no se habían visto. Cuando Juana se marchó de Flandes para tomar posesión del trono de Castilla junto a su esposo Felipe, Carlos era un niño de seis años y Leonor una jovencita de ocho.

—Sé bienvenido a Castilla, príncipe Carlos —Juana rechazó llamar rey a su hijo.

—Madre, me alegra mucho comprobar que estáis bien —dijo Carlos sin expresar la menor emoción—. Y supongo que tú —se dirigió a Catalina— eres mi hermana más pequeña.

Juana se acercó entonces el par de pasos que lo separaban de su hijo y extendió la mano para acariciar la cara de Carlos. A continuación, sin decir una sola palabra, se hizo a un lado y avanzó hacia Leonor, que permanecía inmóvil y temblorosa a la entrada del salón.

—Mi pequeña, mi niña —musitó la reina en lengua flamenca. Leonor, con los



ojos humedecidos por la emoción, dobló su rodilla, pero Juana la abrazó antes de que acabara su genuflexión—. Te he echado de menos, mi pequeña, mi niña...

—Yo también, madre.

El abrazo de las dos mujeres duró un buen rato, en tanto Carlos las contemplaba erguido como un cirio pascual, y a su lado Catalina miraba asombrada a su madre y a sus dos hermanos mayores, a los que acababa de ver por primera vez en su corta vida.

Su madre y su hermana podían mostrar sus sentimientos como les placiera, llorar de gozo, chillar de alegría o bailotear de emoción, pero él no, él era el soberano de Castilla y de Aragón, el nieto del emperador Maximiliano y de los Reyes Católicos, el monarca predestinado a reinar sobre media Europa, al que Dios y el destino le tenían encomendada la salvaguarda de la cristiandad. Él no. Él no podía desvelar sus emociones ni sus querencias; porque él, Carlos de Austria, ahora era rey. El rey.

Las negociaciones con Juana fueron mucho más fáciles de lo que los consejeros de Carlos habían previsto y de lo que habían supuesto tras el frío y distante primer encuentro de madre e hijo. No hubo apenas que insistirle para que la reina ratificara el acta por la cual reconocía que, tal como habían acordado las Cortes del reino, su hijo Carlos podía intitularse, junto con ella, rey de Castilla y de León, ejercer el gobierno y firmar cartas y decretos en nombre de los dos.

—¡Ya está! —exclamó el canciller de Carlos—. Desde hoy nadie podrá poner el menor reparo a cualquier decisión que adoptéis, pues la reina y las Cortes están de acuerdo en todo. Mi señor, gobernáis un imperio que se extiende a ambos lados del océano. Todo el poder es vuestro.

—No estéis tan seguro. Queda todavía el cardenal Cisneros. Aún no he podido entrevistarme con él. No sé por dónde anda ese hombre ni qué pretende.

—Tenéis todo el poder en vuestras manos. Cesad a Cisneros hoy mismo. Firmad un decreto por el cual quede disuelto el Consejo de Regencia. Ya no es necesario para nada. Sois mayor de edad y os asiste todo el derecho y la ley.

—Por lo que sabemos, el cardenal sigue gozando de mucha influencia entre los nobles y entre los concejos de las principales villas y ciudades. Debemos tratar este asunto con sumo cuidado. Al menos esos son los consejos que siempre me habéis dado.

—En otras ocasiones sí, pero ahora debéis actuar con toda celeridad e impedir que el cardenal pueda organizar alguna intriga contra vos, mi señor. Hay que adelantarse a cualquier treta que pueda preparar Cisneros.

—No creo que esas sean las intenciones del arzobispo de Toledo, pero, de acuerdo, preparadlo enseguida y firmaré el decreto de supresión de ese Consejo.

El canciller salió de la sala, pero regresó al instante.

—Ya no será necesario cesar a Cisneros de su cargo como presidente del Consejo de Regencia, mi señor —anunció el canciller.

—¿Qué ocurre? —demandó Carlos, al que acababan de servir una copa de recio vino de la tierra.

—Un mensajero acaba de llegar con la noticia de que anteayer el cardenal falleció en una villa llamada Roa, una localidad a mitad de camino entre Burgos y Valladolid. Se dirigía a recibiros, pero se sintió enfermo de repente y se detuvo en ese lugar, donde ha fallecido. Dicen que tenía más de ochenta años; debía de ser el hombre más viejo del mundo.

—Ese hombre me sirvió fielmente aun sin conocerme —repuso Carlos.

—En efecto, alteza, pero ya no estaba en condiciones de seguir en su puesto. Como convinimos, hubiera sido destituido, pero su muerte nos ha evitado tener que hacerlo. Ahora podéis disponer con plena libertad del cargo de presidente del Consejo de Castilla.

—Era un hombre honrado.

—Sí, en efecto, lo era. Y cumplió bien como presidente del Consejo de Regencia, pero, con vuestra alteza ya en Castilla, no era necesario. De haber vivido, ahora sería un estorbo.

—Tal vez tengáis razón, canciller, pero necesitaríamos consejeros honrados como él, hombres capaces de entregar su vida por cumplir con su deber.

—Era un franciscano, alteza, y ya se sabe que los miembros de esa Orden son firmes defensores de la pobreza...

—Según me dicen, pocos amaron a Castilla como él. Mi abuelo, el emperador Maximiliano, me confesó en una ocasión que Cisneros lo había convencido para que renunciara a la regencia de Castilla durante mi minoría de edad, y consiguió que la dejara en manos de mi otro abuelo, el rey don Fernando. No sé cómo pudo persuadirlo de ello.

—Y además logró que las Cortes de Castilla, donde anida una verdadera manada de lobos, lo nombraran regente en dos ocasiones; un hombre muy hábil, sí.

—Cisneros ha logrado que Castilla se mantenga como un gran reino. Pero también creía que era imprescindible que se produjera una reforma del modo de vida de sus clérigos, la mayoría de los cuales ha caído en la relajación moral y en la corrupción de las costumbres, según me informan mis consejeros, y que debía ir acompañada de una total transformación en el sistema educativo que se aplica en las universidades y en las escuelas de artes, como se ha hecho en Francia o en Alemania.

—Ojalá logre su alteza esas metas —deseó el canciller—. Ahora debemos preparar vuestra entrada triunfal en Valladolid.

—Eso espero. —Carlos dio media vuelta y se alejó, pero antes de salir de la sala se giró hacia el canciller y le dio una orden—: Informad al guardián de este palacio que mi hermana Catalina vendrá a Valladolid conmigo y con doña Leonor.

—Vuestra madre sufrirá mucho. Su hija pequeña es su único consuelo —alegó el canciller.

—Catalina vendrá conmigo —asentó Carlos sin dar opción a réplica alguna—. Y

decidle también que abran una ventana en su alcoba, al menos que vea el cielo.

Carlos daba las órdenes, y todos las cumplían.

El águila estaba a punto de levantar el vuelo.

*Valladolid, 18 de noviembre de 1517*

Las calles de la ciudad de Valladolid estaban engalanadas con guirnaldas y enramadas para recibir a su rey. El concejo aspiraba a que su ciudad se convirtiera en la sede permanente de los reyes de Castilla, como París lo era de los de Francia y Londres de los de Inglaterra. Hasta entonces, las Cortes de los monarcas castellanos habían sido itinerantes, siempre de un lado para otro, de una ciudad a otra, sin permanecer más allá de unas pocas semanas en un lugar concreto. En los últimos años del gobierno del Católico, Valladolid había sido la ciudad más frecuentada por el rey, hasta tal punto que los vallisoletanos consideraban a la suya como la principal ciudad del reino; la llegada de Carlos de Austria podía ayudar a ello.

El rey entró en la ciudad por el camino de Tordesillas ante las aclamaciones y el júbilo de los vecinos, que tenían la esperanza de que su joven soberano trajera un nuevo tiempo de paz y de prosperidad al reino, como les habían prometido los agentes y espías que habían difundido durante meses la campaña de propaganda para preparar la llegada del rey.

Tras recorrer las calles principales de la ciudad, Carlos se dirigió al palacio real, donde fue jurado como rey de Castilla y León. En la ceremonia estaba presente el infante Fernando, hermano de Carlos, y la reina viuda Germana de Foix, la esposa de su abuelo el Católico.

Al acabar la jura, el joven monarca de diecisiete años se dirigió a su hermano Fernando, de catorce, con quien intercambió algunas palabras por medio de un intérprete y se dieron un ceremonioso saludo. Era la primera vez que se encontraban. Fernando y Carlos se miraron a los ojos y sonrieron. Carlos se adelantó un par de pasos y abrazó a su hermano menor, que se sintió confortado.

—Tenía muchas ganas de conoceros, hermano —le dijo el rey.

—Y yo también, señor. —Fernando estaba emocionado pero sereno. Su abuelo el Católico le había enseñado a comportarse en público como un verdadero rey.

Luego se acercó a Germana de Foix, que ya había cumplido los veintinueve, y de cuya exuberancia quedó prendado de inmediato. La francesa vestía un traje blanco, orlado con cordones hechos con pequeñas perlas, que destacaba aún más las marcadas curvas de sus ampulosas caderas y sus contundentes pechos. Carlos estaba impresionado por la rotundidad de las formas de la reina viuda, que rezumaba sensualidad por todo su cuerpo.

—Mi señora... —Carlos, que se dirigió a Germana en francés, se inclinó ante ella, que a su vez dobló la rodilla como gesto de respeto al rey.

—Vuestro abuelo, mi esposo, se hubiera alegrado de veros en este momento, tomando posesión de los reinos que él conservó para vos —mintió Germana, pues ella era la principal testigo de que el Católico había intentado, hasta dos días antes de su muerte, evitar que su nieto Carlos se convirtiera en su sucesor.

—Mi abuelo fue el mejor rey de la cristiandad y uno de los más grandes de la historia. No lo conocí, cosas del destino, pero crucé con él varias cartas y numerosos mensajes, y mis embajadores ante su corte me han hablado a menudo de sus excelencias como soberano.

—Castilla y Aragón le deben mucho —asentó Germana.

—¿Cómo era, en verdad, mi abuelo?

—Yo tenía dieciocho años cuando lo conocí —dijo Germana—. Él ya era un hombre mayor, pero aún mantenía buena parte del vigor que tuvo en su juventud, y una elegancia y capacidad de seducción como no he visto en ningún otro varón. Era el hombre de mayor entendimiento que he conocido, prudente y sereno como nadie. Nunca se alteraba, ni ante el más peligroso y grave de los asuntos. Era tan comedido que jamás mostraba excesiva ira, aunque podía ser terrible cuando se enfadaba, ni tampoco una desbordante alegría cuando la fortuna le sonreía. Era el mejor caballero de su tiempo; montaba a la jineta en una silla repujada de plata con las armas de Castilla y de Aragón y justaba en torneos y alardes con tal destreza que nadie lo igualaba.

—Dicen que amaba la justicia.

—Sí, esa era su principal inclinación. Creía que un rey debía ser justo y piadoso, y se compadecía de los pobres y de cuantos se sentían angustiados. Tenía una gracia especial para hablar con todo el mundo y parecía tan cercano que, de no ser por su porte majestuoso y la autoridad que emanaba de su figura, nadie hubiera dicho que se trataba de un rey.

—Sois una mujer muy atractiva. Comprendo que mi abuelo se prendara de vos, cualquier hombre lo haría.

—Amó a su primera esposa la reina Isabel, de la que estimaba mucho los consejos; me lo dijo en diversas ocasiones. Y también me amó a mí en sus últimos años, de lo que me siento muy orgullosa.

—¿Os habló de mí?

—Claro. Además de su nieto erais su heredero. Lamento que no llegerais a conocerlo. Os hubierais llevado bien.

—En una de las últimas cartas que me escribió, cuando ya se sentía morir, me encargó que cuidara de vos y me dijo que os favoreciera en todas vuestras necesidades. Y no dudéis que así lo haré.

—Y yo estaré encantada con quedar bajo vuestra protección y vuestra custodia. Ninguna mujer puede tener un paladín mejor que el soberano de estos reinos.

Germana se comportaba con discreción y afabilidad, mostrando hacia el nieto de su esposo todo el afecto que era capaz de manifestar.

Pedro Losantos estaba allí junto a su hijo Pablo. El médico converso se dio cuenta de las miradas que se cruzaban Germana y Carlos: las mismas que describía Ibn Hazm en *El collar de la paloma* cuando se refería a la forma en que se miraban un hombre y una mujer que se sentían atraídos entre sí. Y no le cupo duda de que Germana había impactado en el corazón de Carlos, y que a ella le gustaba la idea de convertirse en la amante del nieto de su esposo.

*Valladolid, diciembre de 1517*

En los días siguientes la intuición de Pedro Losantos se confirmó. El rey Carlos ordenó celebrar banquetes y torneos en honor de Germana, de la que no se separó un solo momento. Cada día que pasaba junto a ella se veía a Carlos más feliz, más atraído por la que había sido la segunda esposa de su abuelo.

Durante uno de los banquetes, el rey rozó la mano de Germana. Desde que saliera de Flandes, hacía ya varias semanas, no había vuelto a tener relaciones carnales con ninguna mujer, y su vigor juvenil estalló de repente.

Pero aquella mujer era la viuda de su abuelo..., y procuró olvidarse de la atracción que le despertaba cada vez que la veía. No pudo.

A aquellos roces de sus manos, aparentemente casuales, siguieron contactos más prolongados, miradas insinuantes y gestos cómplices. En ocasiones se alejaban unos pasos del grupo de cortesanos y se bisbisaban dulces palabras.

Un día, a solas en una de las salas de palacio, Germana acarició con el dorso de su mano el rostro juvenil de Carlos y le dio un beso leve pero cargado de sensualidad. Luego hubo más besos y más caricias y arrumacos, hasta que las manos de Carlos recorrieron la cintura de Germana y sus rotundas caderas. Al principio, cuando sus dedos rozaron la piel de los pechos de Germana, el rey sintió cierta sensación de remordimiento y retiró sus manos, pero Germana, que se dio cuenta de ese detalle, cogió la mano de Carlos y la colocó sobre uno de sus pechos, indicándole con la mirada que estaba dispuesta a recibirlo en su alcoba.

Aquella tarde Pablo Losantos, médico personal de Germana, había acudido a la casona palaciega en la que residía la reina viuda. Germana lo había llamado para que le recetara alguna infusión que calmara el ardor de estómago causado por un exagerado banquete que le había ofrecido Carlos tras participar en una agotadora mañana de caza en las campiñas de Valladolid.

—Tomad esta tisana de pasionaria y mejorana dos o tres veces al día, después de las comidas; pero, sobre todo, hacedme caso, señora, y comed menos cantidad, sobre todo reducid la cantidad de carne. No es bueno para vuestra salud —le estaba aconsejando Pablo Losantos cuando, tras llamar tres veces a la puerta, entró Carlos en

la estancia.

—Mi señor... —el médico se inclinó de inmediato a la vista del rey.

—¡Don Carlos! —exclamó Germana intentando mostrar sorpresa.

A Pablo Losantos no le hizo falta nada más para comprender que tenía que salir de allí cuanto antes.

—Alteza, mi señora... —saludó a los dos reyes y se deslizó hacia la puerta con absoluto sigilo.

Cuando se quedaron a solas, Carlos de Austria se acercó hacia la reina, que permanecía en pie junto a una mesa. Le tomó la mano y la besó con delicadeza.

—Me habían dicho que erais un joven tímido, pero quizá se hayan equivocado. Venid conmigo. —Germana condujo a Carlos hacia una alcoba adjunta. La tenue luz del sol de la última hora de la tarde atravesaba los vidrios emplomados de las ventanas y doraba con una pátina ambarina la alcoba.

Muy despacio, Germana desabrochó el jubón de Carlos, le acarició el rostro y lo besó, primero suavemente y poco a poco incrementando la pasión en cada beso, que Carlos recibía como un preciado tesoro. Era complicado besar con intensidad a un hombre cuya mandíbula inferior sobresalía tanto, pero la francesa se las ingenió para que los besos fueran placenteros. Tras los besos y las caricias, las manos de la reina viuda palparon el miembro de Carlos, que estaba enhiesto y duro como un mango de madera, y comenzó a masajearlo con la experiencia que le había transmitido su esposo el rey Fernando.

Al quedar liberado de las calzas, el miembro de Carlos se mostró en toda su plenitud. Germana suspiró ante la fuerza vital del joven rey. Hasta entonces su único amante había sido su esposo, que en sus últimos años había tenido que recurrir a polvos afrodisíacos para lograr mantener su miembro viril erguido durante los envites sexuales. Pero ahora estaba ante un joven de diecisiete años, enamorado y dispuesto a disfrutar con cuantos placeres fuera capaz de proporcionarle.

Tras unos momentos en los que ambos se acariciaron, Germana, que sentía su entrepierna húmeda y caliente como nunca antes, condujo el miembro de su amante hasta su vulva y lo introdujo con la habilidad de una experta en las artes amatorias.

Carlos se movió acompasadamente al ritmo que le marcaba Germana, pero su excitación era tal que apenas tardó unos instantes en derramarse dentro de ella, que sintió la fuerza seminal de Carlos empapando su interior.

Convulsionado, Carlos quedó tendido sobre el cuerpo voluptuoso de su amante, que le acarició los cabellos.

—No os preocupéis, la segunda vez será mucho más placentera.

Aquella tarde Carlos y Germana hicieron el amor cuatro veces, y cada una de ellas fue, para el rey de España, más gozosa que la anterior.

Desde ese momento, no había día en el que Carlos no visitara a Germana. Se

encerraban en la alcoba de la casona y hacían el amor hasta la extenuación.

Un par de días por semana la visitaban Pablo Losantos y, en algunas ocasiones, su esposa Leonor de Urrea, su madre Juana de la Cruz y su hermana María, a quienes la reina confiaba algunos de sus secretos. Germana estableció un vínculo especial con María Losantos, pues ambas habían perdido a un ser querido en la misma batalla de Rávena; la reina a su hermano Gastón y María a su marido Lope.

Aquella tarde Juana, María y Leonor estaban en la casona donde vivía Germana. La noche anterior la reina había sentido algunas molestias en el estómago, fruto sin duda de la copiosa cena que había compartido con Carlos, y apenas había podido dormir.

—Esta tisana os sentará muy bien, señora. Tomadla todos los días tras la cena, pero, sobre todo, no comáis demasiado, la comida en exceso es la causa de vuestro malestar. Ya os lo ha dicho mi hijo Pablo.

—Siempre estáis con lo mismo... —protestó la reina.

—Todavía sois joven, mi señora, pero deberíais prestar atención a lo que coméis. Hacedle caso a doña Juana —terció Leonor de Urrea.

—A don Carlos le gusta que su mesa esté bien surtida de carne. Dice que es la comida de los reyes —dijo Germana.

—Pero sin abusar de ello, señora —terció María.

Una criada entró en la estancia y anunció que el rey estaba en la casa.

—Don Carlos viene a visitarme. Podéis marcharos ya, mis queridas amigas.

—Sí, mi señora... —asintió Juana.

—Por cierto, ¿sabéis algo de esos chascarrillos que corren por la corte?

—¿A qué chascarrillos os referís, señora? —demandó Juana.

—Vamos, doña Juana, no os hagáis la tonta. Sabéis perfectamente a qué me refiero.

—¿A... las visitas que cada día os hace el rey en esta casa?

—Claro, ¿qué otra cosa puede ser?

—¡Oh!, bueno, algunos de esos nobles siempre están dispuestos a las intrigas y a las conjuras...

—He sabido que algunos dicen que estoy hechizando al rey.

—Quienes eso afirman solo desean enemistaros con el pueblo de Castilla —dijo Leonor.

—No hagáis caso de esos infundios —añadió María.

—¿Estáis seguras, las tres? —preguntó Germana ante la advertencia que le hizo la esposa de Pablo Losantos y el gesto de asentimiento de Juana de la Cruz.

—Eso creo, mi señora —dijo Leonor.

—Tal vez algunos nobles estén preparando una conjura. El rey os protegerá, pero en cualquier caso estad prevenida —le recomendó Juana de la Cruz.

Carlos, como cada tarde, entró en la sala en ese momento, y las tres damas de la reina se inclinaron reverencialmente ante él y de inmediato se marcharon sigilosas

como espectros.

—Esas tres mujeres os visitan con mucha frecuencia —dijo Carlos cuando vio salir a Juana, María y Leonor.

—Doña Leonor fue una de mis damas de compañía hasta que se casó con Pablo Losantos, y doña Juana y su hija María saben qué hierbas sirven como remedio para cada dolencia. Además, el hijo de Juana es mi médico y su esposo lo fue de vuestro abuelo. Don Pedro Losantos lo trató en sus últimos días. Tal vez os pueda hablar de don Fernando. Mi esposo lo apreciaba mucho y confiaba en él.

—Quizá en alguna ocasión... Pero por ahora lo que me preocupa es que la gente comenta mis visitas a esta casa. Al parecer se han convertido en un espectáculo para algunos, que incluso pasean por los alrededores solo para verme llegar —comentó Carlos.

—Sí, ya me he dado cuenta. Cada día hay más curiosos merodeando por aquí.

—Pues eso se va a acabar.

—¡Cómo! ¿Acaso vais a dejar de visitarme? —se preocupó Germana.

—No podría vivir sin vos.

—¿Entonces...?

—Voy a ordenar que construyan un puente.

—¿Un puente?

—Sí, un puente, una pasarela de madera elevada sobre la calle y cubierta con tejado, que venga desde el palacio real hasta esta casa. No hay mucha distancia, de manera que podré venir a visitaros cada vez que quiera sin necesidad de pisar la calle y sin que todos esos chismosos se arremolinen a vuestra puerta como si se tratara de una feria cada vez que aparezco por aquí.

—Pero..., don Carlos, eso sería como anunciar que nosotros...

—Me da igual lo que piensen. Lo que no quiero es que me vean llegar cada tarde a esta casa y conviertan cada una de mis entradas en un espectáculo. Lo que comenten en sus casas me trae sin cuidado.

Y así se hizo. En apenas una semana, una pasarela elevada que rozaba los aleros de las casas más altas de Valladolid unió los setenta pasos que separaban el palacio real de la casona palaciega donde residía doña Germana. Cubierta con una celosía para evitar las miradas de los curiosos, nadie en Valladolid era ajeno a que aquel puente lo recorría el rey cada tarde para encontrarse con la viuda de su abuelo.

Aquellas Navidades habían sido muy frías; Carlos, siempre aconsejado por el influyente conde de Chièvres, aprovechó las largas veladas en palacio para leer *De optimo reipublicae statu, deque nova insula Utopia*, una pequeña obra en extensión, pero muy intensa, que había escrito Tomás Moro, un destacado miembro del Parlamento inglés, en el tiempo en el que había vivido en Flandes por motivos de negocios tres años atrás. Estaba editada en latín y hablaba del gobierno de un país



imaginario ubicado en una isla, a la vez que daba consejos para el buen gobierno.

Como de costumbre, había pasado aquella fría tarde de enero en la casona de Germana, y ahora descansaba en el palacio real tras una abundante cena con cochinitillo asado y cordero aromatizado con hierbas, y un par de jarras de cerveza recién elaborada por su propio cervecero.

Al calor de la chimenea, con un vaso de cerveza en la mano, Carlos miraba las llamas y pensaba en el informe que poco antes le había pasado uno de sus secretarios. En la ciudad de Wittenberg, una localidad en la región alemana de Sajonia, a orillas del río Elba, un fraile agustino llamado Lutero había clavado el último día de octubre, en las puertas de la iglesia de Todos los Santos de esa ciudad, un escrito en papel con noventa y cinco tesis. En ese texto Lutero resumía varios sermones que había predicado en esa iglesia en los dos últimos años, en los cuales rechazaba el sistema de indulgencias que practicaba la Iglesia y denunciaba la avaricia y la deriva hacia un cierto modo de paganismo de los papas y las altas dignidades eclesiásticas.

El papa León X, enterado de lo que había hecho el fraile agustino e informado del contenido de sus noventa y cinco tesis, había ordenado poner en marcha una investigación, y todo parecía indicar que aquel asunto podría complicarse mucho y provocar no pocas convulsiones en la cristiandad. Al menos así se lo habían explicado sus consejeros flamencos al joven Carlos.

El rey tenía trabajo atrasado y, siguiendo los consejos para el buen gobierno de Tomás Moro, decidió que se dedicaría a ello con intensidad en los próximos días. Había algunos asuntos que resolver, sobre todo en el gobierno de las Indias, donde cada mes se descubrían nuevos territorios que incorporar a su Corona. Carlos creía que leyendo la obra de Tomás Moro también aprendería a tomar mejores decisiones para la administración de sus tierras al otro lado del océano. Por el momento, decidió que nadie viajara a las Indias hasta que ordenara lo contrario.

Corría el rumor de que más allá de las primeras islas de las Indias, en las que habían desembarcado el almirante Cristóbal Colón y los que lo habían sucedido en esa aventura, se extendían por el continente recién identificado enormes imperios gobernados por una casta de caudillos sin escrúpulos que practicaban sacrificios humanos y regían a sus súbditos sometidos bajo un manto de terror y de sangre. Conquistar a esos pueblos sería mucho más complicado que someter a los indios caribes, que apenas habían opuesto resistencia a la llegada de los españoles.

El asunto del fraile agustino, los ariscos nobles de Castilla, los petulantes señores de los Países Bajos, las tensas relaciones con el papa, los conflictos con Francia, las complejas relaciones con Inglaterra, la amenaza latente de los turcos..., demasiados problemas para un joven de diecisiete años. Carlos observó el ondular de las llamas, donde creyó ver el cuerpo insinuante de Germana, ofreciéndose una vez más a él. Aquella visión confortó su ánimo.

Pasaba de la media noche cuando recorrió el paso elevado hasta la casa de Germana. Aquella noche no quería dormir solo.

Al día siguiente Carlos de Austria partió hacia Tordesillas para encontrarse por segunda vez con su madre. La reina Juana estaba dolida y angustiada por la ausencia de su pequeña hija. El gobernador del palacio le había hecho llegar un mensaje en el que le comunicaba el profundo dolor que había sentido la reina Juana cuando en su primera visita Carlos decidió llevarse con él a Catalina, y le recomendaba al rey que devolviese a la jovencita a su madre, porque esa era la mejor manera de que doña Juana se mantuviera tranquila y relajada. El rey decidió llevar consigo a su hermana pequeña, Catalina.

Al salir de Valladolid camino de Tordesillas, Carlos cabalgaba delante de su hermana, a la que ya le había comunicado que tenía que regresar con su madre. La joven infanta se había mostrado muy contenta cuando sus hermanos se la llevaron con ellos, y creyó que no volvería a esa prisión e incluso que su hermano el rey se apiadaría de su madre y también la liberaría, y que podrían vivir todos juntos en el palacio real de Valladolid, celebrando fiestas y bailes y disfrutando de sabrosos banquetes.

Los campos helados se extendían hasta más allá de donde era capaz de alcanzar la vista. El camino se hizo pesado y Carlos lo realizó en silencio, sumido en una profunda melancolía. Toda la comitiva pareció contagiarse de la actitud del rey, sobre todo la pequeña Catalina, que se arrebujó en su capa de viaje y lloró amargamente la libertad perdida.

Al llegar a Tordesillas, una neblina helada cubría la ciudad y esmaltaba los campos de una escarcha blanquecina y brillante.

—Señor, vuestra madre os espera —saludó al rey el duque de Estrada, gobernador del palacio, que había sido avisado por un correo de la inminente llegada de Carlos.

—¿Cómo se encuentra la reina? —demandó Carlos.

—Mucho mejor. La noticia de que doña Catalina venía con vos para quedarse la ha confortado sobremanera. En estas semanas la reina ha echado mucho de menos a su hija menor; ahora está mucho más tranquila.

Carlos subió las escaleras con paso firme, frotándose las manos tras desproveerse de los guantes.

—Hace un frío de mil demonios —protestó.

—Hemos caldeado la estancia principal del palacio para que os encontréis a gusto, alteza.

Cuando entró en el salón, doña Juana esperaba en pie a su hijo, al que miró con frialdad. No parecía la misma mujer que lo había acariciado un par de meses antes, cuando volvieron a encontrarse tras tantos años separados.

—Madre... —Carlos se acercó a la reina Juana, le tomó la mano y se la besó.

—¿Y Catalina? —se limitó a preguntar la reina.

—La he traído conmigo. Está tomando un caldo caliente para reponerse del frío y

del viaje desde Valladolid; enseguida estará con vos.

—No deberías habértela llevado. —Juana se dirigió a su hijo obviando cualquier tratamiento protocolario.

—Ya está de vuelta.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —inquirió Juana la Loca.

—A devolveros a Catalina y también a hablar con vos.

—Poco tenemos que decirnos.

Y así fue. Durante los cuatro días que Carlos permaneció en Tordesillas, madre e hijo apenas cruzaron algunas palabras. Juana se mantuvo callada casi todo el tiempo; solo hablaba algunas frases durante las comidas para hacer banales comentarios sobre los alimentos, o para quejarse por el frío que estaba haciendo aquel invierno.

El resto del día, la reina de Castilla se limitaba a contemplar el paisaje desde la galería sur del palacio, hasta que el frío comenzaba a penetrar en sus huesos. Y entonces se retiraba al interior, se sentaba frente al fuego de una chimenea, cogía de la mano a Catalina y canturreaba algunas melodías, o escuchaba con suma atención a la pequeña orquesta de músicos que también amenizaba las comidas y las cenas.

El último día, antes de partir, Carlos se dirigió al duque de Estrada.

—Los médicos me han asegurado que la enfermedad de la reina no tiene cura, y que incluso empeorará conforme pase el tiempo. Vos sois el encargado de la custodia de mi madre, impediréis que reciba visitas, salvo que las autorice expresamente yo mismo.

—Se hará como ordenéis, alteza —asintió el marqués.

—Iré a despedirme de ella. No sé cuándo la volveré a ver.

Juana estaba en el gabinete donde pasaba las tardes de invierno. Aquellos días leía el *Amadís de Gaula*, un famoso libro en el que se narraban las extraordinarias aventuras de un caballero en el que Juana imaginaba el reflejo de su esposo, el finado Felipe el Hermoso, a quien seguía recordando como su amor galante.

Al despedirse, Carlos quiso ver en la mirada perdida de su madre algún atisbo de cordura, y se afanó en sonreír cuando esta fijaba en él sus ojos, cosa que ocurría muy de vez en cuando. Fue en vano; la reina de Castilla estaba sumida en un profundo ensimismamiento que apenas abandonaba durante unos instantes, cuando, como si se tratara de una persona diferente, preguntaba alguna nimiedad a sus damas de compañía o solicitaba a los músicos que tocaran alguna de sus canciones favoritas.

Cuando Carlos salió del gabinete volvió la vista un instante y vio cómo la reina Juana tarareaba una extraña melodía y se abrazaba a su hija pequeña sin dejar de acariciarla. No estaba dispuesta a que se llevaran a Catalina otra vez.

*Valladolid, mediados de enero de 1518*

En cuanto regresó a Valladolid, sin perder un solo instante, Carlos se dirigió a visitar

a Germana, que lo aguardaba ansiosa.

Había dejado pendientes importantes asuntos relativos a la administración de las Indias, de donde seguían llegando noticias de los avances extraordinarios de los conquistadores españoles. Sus secretarios le pidieron que los resolviera, pero el rey les indicó que lo haría al día siguiente. En esos momentos solo tenía ganas de encontrarse con Germana.

—Mi señor, solo han pasado cinco días, pero os he echado mucho de menos. Mi cama está vacía sin vos.

—Yo también necesitaba veros, mi señora. —Carlos abrazó a Germana y la besó apasionadamente.

—¿Cómo se encuentra vuestra madre? —preguntó la reina viuda, mientras sus manos se ocupaban de acariciar la entepierna de Carlos.

—Su enfermedad no tiene cura. No delira y ya no golpea a los criados como solía hacerlo en Flandes, pero casi todo el tiempo se muestra ausente y taciturna, como si su vida no fuera cosa de este mundo. Pasa horas y horas en absoluto silencio, ensimismada con el discurrir de las nubes, con el movimiento de las ramas por el viento o el crepitar del fuego en la chimenea, sumida en sus pensamientos. Solo muy de vez en cuando parece regresar de su mundo interior, y habla durante unos instantes como si no le ocurriera nada, para regresar a su silencio hermético enseguida.

—Tuvo que ser muy duro para ella perder a su esposo, vuestro padre, tan pronto. Quienes lo conocieron dicen de él que era un hombre muy bello. —Germana notó cómo el miembro de Carlos comenzaba a crecer de manera considerable, respondiendo con eficacia a sus caricias. Germana se convulsionó y su cuerpo emitió una ligera sacudida al coger el pene de Carlos entre sus manos.

—¿Tenéis frío? —le preguntó el rey.

—Tengo ganas de vos. Hace una semana que no me visitabais, demasiado tiempo...

Minutos después los cuerpos de Carlos y de Germana se fundían entre las sábanas del lecho de la reina viuda, que se sintió confortada y dichosa. El rey de Castilla y de Aragón, que aquella noche se quedó a dormir en la casona de Germana, derramó su simiente dentro de su amante por tres veces.

Los asuntos de Indias podían esperar.

*Tordesillas, 23 de enero de 1518*

Ni tan siquiera habían transcurrido dos semanas desde su última visita a Tordesillas cuando un mensajero llegó a todo galope al palacio real de Valladolid con un mensaje urgente. De inmediato se presentó ante Carlos con el aviso de que doña Juana tenía algo muy importante que comunicarle. Una carta del gobernador del palacio de Tordesillas reiteraba la urgencia y le rogaba al rey que acudiera a Tordesillas en

cuanto le fuera posible.

Carlos ni siquiera lo dudó. Nervioso y a la vez intrigado por lo que podría decirle su madre, ordenó que prepararan un caballo para el día siguiente y una escolta de una docena de soldados. Al amanecer, los trece jinetes montaron sus corceles y recorrieron todo lo deprisa que pudieron la distancia entre Valladolid y Tordesillas. Una comitiva solía emplear todo el día en hacer ese camino, pero Carlos y sus escoltas lo completaron en apenas cuatro horas.

Cuatro horas no es mucho tiempo, pero el suficiente como para que Carlos pensara sobre las razones de su madre para llamarlo con tanta urgencia. Pese a su demencia, ella era la reina y nadie se había atrevido, ni siquiera las Cortes, a deponerla de su título y de sus honores, de modo que, pensó Carlos, legalmente ella seguía siendo propietaria de Castilla y León y titular de los derechos al trono. ¿Acaso pretendería ejercer el poder por ella misma? ¿Habría cambiado de opinión tras la primera visita de Carlos? Bueno, siguió reflexionando Carlos, eso tal vez pudiera hacerlo en el gobierno de la Corona de Castilla, pero no en el de la Corona de Aragón, donde ahora era él el rey legítimo.

«Ya he sido proclamado rey de España en Bruselas y, aunque algunos han planteado ciertas dudas sobre la legitimidad de esa proclamación, nadie ha interpuesto ningún recurso en contra, de modo que, aunque mi madre quiera deshacer mi nombramiento, lo hecho, hecho está», pensó Carlos, mientras seguía adelante al galope ligero por el camino de Valladolid a Tordesillas, entre campos cubiertos de una ligera capa de nieve helada.

Aquello lo calmó, y enseguida recordó que uno de sus consejeros le había pasado un informe que dejó escrito el cardenal Cisneros poco antes de morir. En ese informe, que Carlos podría alegar si su madre se empeñaba en ejercer directamente el gobierno de Castilla, el cardenal dejaba claro que un acto no era ilegal, en referencia al de su coronación en Bruselas, si era ratificado y legalizado por las Cortes, bien en Castilla bien en Aragón.

«Además, el cardenal alega dos rotundos precedentes —recordó Carlos lo que le había explicado uno de sus consejeros—. El de la reina Urraca de Castilla, que transmitió el reino a su hijo Alfonso VII, y el de la reina Petronila, que lo hizo con el de Aragón a su hijo Alfonso II». Sí, si su madre le ponía cualquier impedimento, Carlos alegaría esos precedentes, y en todo caso cedería que Juana pudiera seguir ostentando el título de reina hasta su muerte, como fue el caso de Urraca y Petronila.

Le dio vueltas a la cabeza hasta concluir que aquellos dos lejanos casos poco tenían que ver con el suyo, y que era un planteamiento muy hábil aunque tramposo de Cisneros; pero como venía de un hombre que había cosechado en vida tanto prestigio, Carlos no dudó de que esos argumentos, avalados por los más destacados juristas castellanos y aragoneses, serían unánimemente aceptados tanto en Castilla como en Aragón.

En estos pensamientos estaba sumido el joven rey cuando la silueta parda y rojiza

de Tordesillas se dibujó en el horizonte ante sus ojos, bajo un sol radiante sobre un cielo azul cristal, entre campos blanquecinos.

La reina de Castilla estaba sentada en un sillón de cuero en la galería meridional de su palacio de Tordesillas, como solía hacer cada mediodía de invierno, cuando el sol calentaba tibiamente el solanar al abrigo de los heladores vientos del norte. Cubierta con una manta forrada de piel de lobo, contemplaba los amplios espacios que se extendían más allá de la cinta plateada que trazaba el Duero a los pies del palacio, bajo los rayos de sol que esa mañana habían aparecido, tras varias semanas cubierto por las nubes y la niebla.

—Madre... —Carlos, que había llegado cansado por la cabalgada, se acercó todavía jadeando hasta Juana.

—Felipe ha salido a cazar —bisbisó la reina loca sin dejar de fijar sus ojos en el horizonte.

—Pero...

—Hoy vendrá a comer conmigo. He ordenado al cocinero que prepare muslos de pavo en salsa de almendras; es uno de sus platos favoritos. Luego pasaremos a caballo por la vereda del río y nos perderemos entre los sotos de la ribera —comentó la reina, sumida en una irrealidad delirante.

—Madre, madre..., me habíais dicho que teníais algo muy importante que decirme —susurró Carlos confuso. Junto al rey se encontraba el duque de Estrada, el eficaz custodio de la reina Juana.

—Voy a escribirle a mi padre. Al rey Fernando le gustará saber que mi esposo está conmigo y que volvemos a ser felices, como en aquellos dichosos años en el palacio de Bruselas.

Al oír aquella referencia a su abuelo muerto, Carlos miró con extrañeza al duque de Estrada, que hizo un gesto de resignación.

—El almuerzo está preparado, señora —anunció Hernán, duque de Estrada y camarero real.

Como si se hubiera trasladado a otro tiempo en un instante, la reina se levantó de su silla, se apoyó en el brazo que le ofreció su hijo y ambos se dirigieron al comedor.

El palacio de Tordesillas seguía siendo una modesta mansión, pero contenía muchísimas riquezas, pese a lo que había expoliado años atrás Fernando el Católico para financiar sus campañas militares en el norte de África. Todavía abundaban las vajillas de plata, los relicarios sobredorados, los cuadros valiosísimos, los tapices espléndidos, los delicados instrumentos musicales y los muebles refinados; el joyero de la reina estaba provisto de broches, collares, anillos y pulseras de oro, muchos de ellos engastados con rubíes, diamantes, zafiros, esmeraldas y perlas; y su vestuario, dotado de ricos trajes con los más hermosos brocados y las más lujosas sedas.

Durante la comida, la reina se mostró de forma bien distinta a como lo había

hecho en la galería de la solana. De repente comenzó a comportarse como una verdadera reina.

—Castilla necesita ser gobernada por un hombre como mi padre —aseveró de pronto—. Los nobles saben cuándo un monarca muestra signos de debilidad, y entonces se lanzan sobre él como los lobos sobre las presas más indefensas.

—Mi abuelo ya no está entre nosotros —comentó Carlos.

—Si estuviera aquí mantendría a raya, como lo hizo antaño, a esa jauría de fieras. Hasta que regrese, debes hacerlo tú, hijo mío. Tú eres el rey, aunque no olvides nunca que yo sigo siendo la reina de Castilla y tu abuelo Fernando el gobernador.

La mirada de doña Juana convulsionó el ánimo de Carlos. En esos momentos no le parecía una demente, sino una mujer muy cuerda y bien despierta, capaz de gobernar unos reinos tan complicados como los de Castilla y Aragón.

Acabada la comida, Juana se retiró a leer a su cámara, como solía hacer todas las tardes de invierno, en tanto Carlos se reunió con el duque de Estrada y el canciller, que acababa de llegar de Valladolid.

—Sentaos —le dijo el rey en francés.

El duque obedeció a la manifiesta indicación de Carlos y, aunque no lo entendió, por su tono supo que algo no iba bien.

—Desde este momento quedáis relegado como encargado de la custodia de la reina y de este palacio. —Carlos estaba molesto por cómo le había llegado la noticia de que su madre quería decirle algo importante, cuando en realidad no era nada trascendente.

—Pero, señor, yo... —balbuceó el duque de Estrada tras escuchar la traducción de las palabras de Carlos por el canciller.

—Ni una palabra más —sentenció el rey—. Os habéis mostrado demasiado laxo en la custodia de la reina. Recoged vuestras cosas y abandonad este palacio hoy mismo.

—Como ordenéis, alteza. —El duque de Estrada agachó la cabeza ante el rey y se retiró.

—El marqués de Denia, don Bernardo de Sandoval, será desde hoy el encargado de la custodia de mi madre. La reina debe permanecer recluida en este palacio; no saldrá de él bajo ninguna circunstancia —le comunicó Carlos al canciller.

—¿Ni siquiera para visitar el cuerpo de su esposo, vuestro padre? Está depositado aquí al lado, en el monasterio de Santa Clara —alegó el canciller.

—Ni tan siquiera para eso. Y nadie podrá entrar ni salir de aquí sin mi permiso expreso. Vos os encargaréis de decirle al de Denia que así sea.

—Cumpliré vuestras órdenes, alteza; contad con mi absoluta fidelidad.

—Nadie deberá saber lo que aquí ocurre. Si alguien informa sobre el estado de la reina, será inmediatamente ejecutado. Desde ahora está prohibido que mi madre

reciba visitas, sea quien sea.

—Hay un médico..., ya lo fue de vuestros abuelos. Se llama Pedro Losantos; es un judío que se convirtió a la Santa Madre Iglesia hace tiempo. Trata a vuestra madre desde que era una niña, y la visita de vez en cuando...

—Sí, lo conozco. Su esposa y su hija visitan con mucha frecuencia a doña Germana. Me preocupa la salud de mi madre, de modo que ese médico podrá visitarla cuando esté enferma, pero deberá hacerlo siempre bajo la vigilancia de dos guardias de nuestra absoluta confianza, y le diréis que cuando esté con ella solo podrá hablar con la reina de aspectos relacionados con su salud. Ni una palabra más.

—Así lo haré, alteza.

—Por cierto, ¿la reina ignora que el rey Fernando, su padre y mi abuelo, ha muerto?

—No lo sabe. El rey Fernando ordenó poco antes de morir que su hija la reina no fuera informada de su muerte. De modo que nadie se lo ha dicho.

—Entonces, la reina cree que su padre está vivo.

—Sí. Cuando pregunta por él le responden que está en Aragón resolviendo asuntos de su reino.

—Pues deberá mantenerse en esa creencia, de momento. Que nadie le revele la muerte de don Fernando.

Caía la tarde cuando Carlos regresó a Valladolid, a donde llegó bien entrada la noche. Al presentarse a las puertas del palacio real, los guardias se quedaron asombrados: el rey había ido y regresado de Valladolid a Tordesillas en un mismo día. Desde luego, pese a sus diecisiete años y once meses, su determinación y capacidad para el esfuerzo parecían claras. Para lo que se le venía encima, las iba a necesitar.

### *Valladolid, principios de febrero de 1518*

Todo estaba listo para que los procuradores de las Cortes, reunidas desde el primer día de febrero en Valladolid, juraran como rey de Castilla a Carlos de Austria. El valón Juan le Sauvage, canciller de Flandes desde hacía dos años, había querido presidirlas, pero los nobles lo habían impedido imponiendo a un castellano para ese puesto. A la vez, las Cortes de Aragón congregadas en Zaragoza hacían lo mismo.

Pero algo se había complicado.

—Alteza, necesito hablar con vos ahora mismo... en privado.

Carlos estaba en la antecámara de su alcoba del palacio real vistiéndose para la ceremonia que se iba a celebrar en las Cortes. Al escuchar al canciller de Flandes hizo un enérgico gesto a los dos criados que lo ayudaban a vestirse para que salieran de la estancia, lo que hicieron deprisa.

—¿Qué es eso tan urgente? —preguntó el rey.

—Nuestros agentes acaban de informarme que esta pasada noche se han reunido



un grupo de procuradores y que han tramado una conjura —anunció Juan le Sauvage.

—¿Qué más sabéis?

—Va a plantear una moción de orden para que las Cortes se pronuncien a favor de la reina Juana, a fin de que no toméis del título de rey de Castilla y León mientras vuestra madre siga viva.

—¡Malditos traidores! ¿No han visto el documento firmado por la propia mano de mi madre en el que me reconoce como legítimo rey?

—Sí, lo saben, pero alegan que un rey de Castilla debe saber hablar castellano, y piden que aprendáis esta lengua antes de tomar la corona.

Aquello era un contratiempo, pero el joven Carlos, que estaba a punto de cumplir dieciocho años, hizo caso omiso a la observación de ese grupo de procuradores en las Cortes y se siguió intituyendo rey de Castilla y de Aragón.

Transcurrieron cuatro días de tensas negociaciones. Los procuradores díscolos no querían ceder y en las primeras entrevistas con los delegados del rey se mostraron firmes en sus posiciones: no jurarían a Carlos como rey mientras viviera la reina Juana.

El plan que habían trazado los consejeros de Carlos, con Adriano de Utrecht, el conde Chièvres y Juan le Sauvage a la cabeza, estaba a punto de venirse abajo. Entonces, el canciller de Flandes decidió lanzar un amenaza contundente. En una agria reunión con los cabecillas de los procuradores contrarios, Juan le Sauvage anunció que, si Carlos no era jurado rey en esas Cortes, los procuradores que se opusieran serían declarados traidores, confiscados todos sus bienes, derruidas sus casas y ejecutados en la plaza Mayor.

Aquella terrible advertencia los coaccionó de tal modo que la mayoría se achantó.

Le Sauvage, vista la eficacia de su resolución, fue más allá, y consiguió que se aceptara el nombramiento de varios extranjeros de origen flamenco para ocupar importantes puestos en la administración del reino de Castilla, entre ellos Mercurino de Gattinara, Adriano de Utrecht y Guillermo de Croy, el hombre de máxima confianza de Carlos de Austria, que fue proclamado canciller de Castilla y, además, arzobispo de Toledo como sucesor de Cisneros.

Con todos los problemas resueltos y liquidada la oposición de los procuradores rebeldes, se fijó el día 7 de febrero para la ceremonia del acto de juramento.

A las nueve de la mañana estaban formados ante la puerta del palacio real de Valladolid los miembros de la nobleza, encabezados por el condestable, el almirante y los duques de Alba, Nájera, Béjar, Arcos y Alburquerque, todos con sus atavíos más lujosos, con capas de brocados y sombreros de plumas de halcón y de pavo real.

Tras el toque de clarines y tambores, salió por la puerta principal el conde de

Oropesa, que portaba la espada de justicia, el símbolo de la realeza castellana, y tras él, sobre un caballo de raza árabe, el rey Carlos, escoltado por gentilhombres, caballeros y escuderos, todos a pie. El rey los invitó a que montaran sus caballos, pero los nobles se negaron alegando que aquel privilegio le correspondía ese día en exclusiva a Carlos.

La noche anterior había nevado y en esos momentos caía una lluvia fría e intermitente. Las calles de Valladolid estaban llenas de barro aquella mañana de domingo, pese a lo cual todos los nobles hicieron el camino a pie, enlodándose sus caras botas de gamuza y fina piel.

La comitiva, al son de los clarines y los redobles de los timbales de los heraldos ataviados con los colores y emblemas de Castilla y de León, se puso en marcha, seguida por los embajadores del emperador de Alemania, por los enviados de los reyes de Francia, de Inglaterra y de Portugal y de la señoría de Venecia.

En la iglesia del monasterio de San Pablo, donde iba a procederse al juramento, aguardaban los delegados de las ciudades y villas más notables de la Corona de Castilla, y con ellos los infantes Fernando y Leonor, los hermanos de Carlos, y la reina viuda Germana.

—Ha costado más de lo esperado, pero el apoyo que os ha brindado la reina Juana y la coacción que ejercimos sobre sus cabecillas han socavado la última resistencia de ese grupo de procuradores en las Cortes, que no querían otorgaros el título de rey —comentó Guillermo de Croy, que caminaba hacia las Cortes al lado del rey llevando las riendas de su caballo.

—Habéis sido eficaz, don Guillermo, muy eficaz —le dijo Carlos, que le devolvió un gesto de connivencia.

—Esos tercios... Se resistieron con firmeza hasta que hubo que amenazarlos con las más duras sanciones.

—Lo importante es que se ha conseguido que dieran su brazo a torcer —sonrió Carlos, justo cuando su caballo se detuvo ante la puerta del monasterio de San Pablo.

El rey y su comitiva entraron en el cenobio y se ubicaron en una sala adjunta a la iglesia, donde se recolocaron los vestidos, se limpiaron las botas y esperaron a que se iniciara la misa solemne, tras la cual Carlos de Austria sería jurado como rey de Castilla y, a la vez, él juraría mantener y respetar las leyes y costumbres del reino.

—Señor, el cardenal de Tortosa va a iniciar la santa misa; es hora de que entréis en el templo.

La celebración eucarística fue breve. En cuanto terminó, el rey Carlos I, sentado en un trono sobre las gradas del altar mayor, entre un crucifijo y un atril con los Evangelios, recibió juramento de homenaje y pleitesía de todos los presentes. Tras leer la fórmula habitual, los primeros en hacerlo fueron sus dos hermanos, a continuación los arzobispos de Santiago y Granada y los obispos de Burgos, Cuenca, Osma, Córdoba, Ávila, Málaga, Badajoz y Calahorra; después el condestable de Castilla, los duques, marqueses, condes y vizcondes, los comendadores de las

Órdenes Militares, los altos funcionarios y los delegados y nuncios de las ciudades y villas. Carlos reparó en que los castellanos se dirigían a él como «alteza», en tanto cuando citaban a Juana, que no estaba presente en las Cortes, siempre lo hacían como «majestad».

Finalizado el juramento y homenaje, Carlos, que tenía ganas de acabar con aquel ritual, respiró aliviado; recibió la propiedad de los reinos de Castilla y de León como su soberano natural y legítimo, a título de rey, y juró con su mano derecha sobre los Evangelios guardar las franquezas y privilegios de todas las ciudades y villas de sus reinos.

Por fin, se cantó un *Te Deum*.

Por fin, Carlos era el rey.

Por fin.

Acabada la ceremonia, el rey regresó a palacio.

Estaba cansado y sentía frío, pero tenía ganas de encontrarse con Germana, de modo que recorrió la pasarela de madera elevada y se presentó en la casona de su abuelastra.

—Sabía que vendríais —le dijo Germana—. Lo supuse por la manera como me mirabais en la iglesia cuando estabais a punto de ser jurado como rey.

La viuda del Católico se había cambiado de ropa. Vestía una ligera túnica que dejaba entrever sus voluptuosas formas, remarcando sus grandes pechos y sus rotundas caderas. En la habitación se habían encendido velones de aroma a lavanda.

—Ahora ya soy el rey, sin la menor duda.

—Yo nunca la tuve.

—Estáis muy hermosa esta noche... —Carlos inhaló el delicado perfume de nardos y almizcle que siempre usaba Germana.

—Ya os he dicho que estaba segura de que vendríais —Germana se acercó hasta la cama y abrió el cobertor de seda adamascada.

—No será la primera vez que os acostáis con un rey —le dijo Carlos.

—Pero nunca antes lo hice con un rey tan joven y apuesto como vos —replicó Germana.

—Os deseo tanto... —musitó Carlos al oído de Germana.

—Os haré vuestro más placentero regalo de coronación —susurró Germana, arrastrando con ella al rey hacia la cama.

La francesa dejó que su amante la poseyera con verdadera ansia. Carlos estaba sobreexcitado. Los siete días transcurridos desde que comenzaran las Cortes habían sido de una intensidad y una incertidumbre tal que, por un momento, llegó a pensar que los procuradores no le permitirían adoptar el título de rey. Pero eso no había ocurrido y al fin era rey de Castilla y León, y estaba seguro, aunque todavía no había llegado la confirmación de las Cortes de Zaragoza, de que también lo era de Aragón.

Tras hacer el amor, Germana se incorporó del lecho y se dirigió hacia la chimenea que calentaba la sala. El fuego iluminaba su desnudez y teñía su piel lechosa y suave de unos cálidos tonos ambarinos, casi tostados.

—En verdad que sois muy hermosa —le dijo Carlos desde la cama.

—Creo que estoy preñada de vos —soltó de pronto Germana.

—¿Qué? —Carlos parecía confuso.

—Debería haberme venido el menstruo hace una semana, pero se retrasa, y solo me había pasado hasta ahora una vez, cuando quedé embarazada de vuestro abuelo hace nueve años. Supongo que ocurrió la noche que regresasteis de Tordesillas, tras aquellos días en que estuvisteis visitando a vuestra madre. Fuisteis muy fogoso en aquella ocasión.

—¿Estáis segura?

—Me habéis poseído tantas veces y con tanto deseo... Ya os he dicho que nunca antes he tenido un retraso, y hace una semana que siento algo similar a cuando vuestro abuelo me dejó preñada del príncipe Juan, mi desgraciado hijito... —Unas lágrimas asomaron a los ojos de la reina Germana al recordar a su hijo muerto a las pocas horas de nacer, el hijo que la hubiera convertido en la madre de un rey.

—Me lo contaron, sí. Si ese niño vuestro hubiera sobrevivido, yo no sería ahora el rey de Aragón, lo sería mi... tío Juan.

—Sí, mi hijo fue vuestro tío, aunque solo por unas horas.

—¿Creéis en el destino? —le preguntó Carlos.

—En Francia fui educada en la doctrina de la Iglesia, de modo que en lo que creo es en la voluntad de Dios. Me han enseñado que el destino, los hados y todas esas supersticiones son creencias de paganos y herejes.

—Tal vez, pero si no es el destino quien ha propiciado todo esto, ¿quién ha sido?

—Ya os lo he dicho: la voluntad de Dios —asentó Germana, que regresó al lecho y se abrazó a Carlos, reclamando de su amante un segundo envite.

### *Valladolid, mediados de febrero de 1518*

Aquel jueves se habían convocado unas justas en la plaza del mercado de Valladolid para festejar la proclamación de Carlos. Toda la ciudad estaba alterada por el torneo, el primero que se iba a celebrar en mucho tiempo en presencia de un rey de Castilla.

Nadie quería perderse semejante espectáculo, y fueron muchos los que cerraron sus tiendas y talleres para poder asistir. Incluso acudieron gentes de las aldeas más cercanas a Valladolid, y de algunas villas y ciudades más lejanas, como Tordesillas, Sahagún, Zamora, Palencia y Aranda.

Durante toda la semana anterior al día del torneo, las calles de la ciudad se habían llenado con el colorido de los blasones de los caballeros y escuderos que iban a participar en las justas; las posadas estaban a rebosar, las tabernas no daban abasto

para satisfacer a sus clientes y algunas tiendas agotaron sus mercancías ante la avalancha de gentes foráneas, muchas de ellas provistas de una buena bolsa repleta de monedas.

También acudieron pícaros, ladrones y mendigos falsos y verdaderos; todos ellos dispuestos a conseguir, por cualquier medio, algo de dinero.

El joven rey había estado muy ocupado esa semana con importantes asuntos de Estado, firmando varios nombramientos destacados, sobre todo el de Adriano de Utrecht como inquisidor general y único para las Coronas de Castilla y Aragón, lo que no iba a gustar a los aragoneses.

Ese jueves la plaza del mercado de Valladolid estaba a rebosar para celebrar unas justas que nadie quería perderse. Carlos asistió acompañado de sus hermanos Leonor y Fernando; con este comenzaba a trabar una relación fraternal y sincera, tanto que hacía unos días le planteó enviarlo a Flandes como su gobernador, lo que Fernando agradeció por la confianza que en él depositaba. También estaban presentes los embajadores del papa, del emperador, de Venecia, de los reyes de Francia, Inglaterra y Portugal y de un buen número de nobles y ricos hombres de Castilla y de Aragón, y de Flandes y Borgoña, todos ellos ataviados con sus capas a la española, bordadas con cintas e hilo de oro y plata.

El desfile presidido por el monarca fue una demostración de fuerza y de poder que asombró a los ciudadanos de Valladolid. Carlos apareció a caballo en la plaza, precedido por ocho heraldos y escoltado por seiscientos arqueros y alabarderos, situado en el centro de una formación de seis gentilhombres a caballo con lanzas con gallardetes en alto y ocho hombres de armas con sus rotundas armaduras y cimeras emplumadas. Mientras se dirigía al tablado que le habían preparado para presenciar cómodamente las justas, redoblaron doce tamborinos y sonaron veinticuatro trompeteros a caballo, todos vestidos con telas rojas y acicalados con cintas doradas y plateadas.

Ante el tablado se presentaron los lidiadores que iban a participar en las justas, nobles y caballeros ataviados con sus mejores galas, enarbolando los estandartes y luciendo las armas y los colores de sus linajes en escudos y gallardetes.

Pedro Losantos asistió a las justas, junto a tres médicos más de la ciudad, dispuestos a intervenir por si algún caballero resultaba malherido al romper alguna lanza en el torneo o por algún golpe al caer del caballo en un envite.

Acabadas las justas, que fueron del agrado del rey Carlos, Losantos regresó a su casa, donde lo esperaba su esposa Juana de la Cruz.

—¿Cómo ha ido el torneo? —le preguntó.

—Los lidiadores no se han empleado a fondo; solo un par de huesos rotos, una nariz partida y varias magulladuras, nada importante.

—¿Y el rey?

—Encantado con el espectáculo.

—Parece un joven apuesto.

—Ha heredado de sus abuelos una especial sagacidad para la política. Me ha dicho uno de sus secretarios que ayer autorizó que su hermana Leonor se case con el rey de Portugal. Hasta en eso copia a sus abuelos.

—¿Con don Manuel? —se extrañó Juana.

—Claro, no hay otro rey de Portugal.

—¡Dios santo!, pero si don Manuel es al menos treinta años mayor que esa muchacha. Y, además, ese rey ya ha estado casado con dos tías de Leonor y de Carlos, las reinas Isabel y María, las hijas de los Reyes Católicos.

—Pues dentro de unos meses, el viudo Manuel de Portugal será el esposo de Leonor de Austria, la sobrina de sus dos anteriores esposas. Los Austrias han aprendido de los Reyes Católicos que las alianzas matrimoniales pueden ser la vía más rápida y menos cruenta para atesorar nuevos reinos y Estados para su linaje. De momento ya gobiernan el Imperio, Castilla y Aragón, Flandes y Borgoña, y supongo que aspiran a hacerlo sobre Portugal, Francia e Inglaterra. En eso, don Carlos sigue los consejos de su abuelo Maximiliano y el ejemplo de su otro abuelo don Fernando.

—Y lo hace en todos los sentidos. La reina Germana está embarazada. Nuestro hijo lo ha ratificado —le anunció Juana de la Cruz a su esposo.

—Tenía que ocurrir —Pedro Losantos no se mostró sorprendido.

—¿No te extraña?

—Tantas visitas a su alcoba, a una amante joven y enamorada...

—Ayer estuve con ella y me lo confesó, aunque Pablo ya lo intuía.

—¿Quiere tener ese niño? —preguntó Pedro Losantos.

—Sí. Y don Carlos también lo desea.

—Vaya. Don Fernando tuvo que hacer notables esfuerzos y consumir todo tipo de afrodisíacos y no logró dejar preñada a doña Germana, bueno, salvo aquel niño que murió a las pocas horas de nacer. Y ahora su nieto deja embarazada a las primeras de cambio a su propia abuela...

—Don Carlos no es el nieto de doña Germana —precisó Juana.

—Bueno, abuelastra sería más correcto, ¿no?

—Sí.

—¡Por todos los demonios...!

—Pablo es el médico de doña Germana, y sabía, todos lo sabían, que don Carlos se acostaba con ella. Debimos darle algunas hierbas para evitar ese embarazo.

—¿Se lo dijiste a la reina? —preguntó Pedro.

—Sí, e incluso le indiqué que podría prepararle alguna pócima para que no se quedara preñada de don Carlos, pero no quiso saber nada de ello.

—Creo que esto es lo que pretendía.

—¿Por qué? —preguntó Juana.

—¿Quién sabe? Quizá para demostrar que es una mujer fértil y que no fue suya la

culpa de que no tuviera descendencia con don Fernando; o tal vez para garantizarse la seguridad en la corte, pues al convertirse en la madre de un hijo del rey queda protegida. La situación de doña Germana es muy complicada. Es viuda de un rey, sí, pero es una extranjera y podría tener problemas. Con un hijo de don Carlos en su vientre, la reina viuda se asegura el futuro.

—¿Eso crees?

—Lo supongo. Ningún rey deja de lado a sus hijos, aunque sean bastardos, y mucho menos si la madre es una reina, como doña Germana.

—¿Crees que cualquier mujer haría lo mismo en su caso?

—No lo sé. Dímelo tú; tú eres una mujer. ¿Lo harías?

Juana de la Cruz calló. ¿Quién era ella para juzgar la actitud de otras mujeres...?

Las justas agradaron tanto a Carlos que a la semana siguiente se celebraron otras. Era la mejor manera de escapar, siquiera por un día, de los secretarios, consejeros y ministros del reino, quienes atosigaban al joven monarca presentándole a cada momento decenas de documentos, decretos y nombramientos para la firma real.

Y no solo eso. El rey tenía que revisar los ingresos y los gastos de la tesorería y hacienda, que ascendían a varios centenares de cuentos de ducados, «millones», como llamaban a los cuentos los italianos.

El martes, a mediodía, el rey salió de palacio para asistir a las justas. La tarde anterior un secretario había reclamado la presencia de Pedro Losantos en el palenque. Poco antes de mediodía recibió la orden de que se situara junto al estrado donde iba a sentarse el rey.

La comitiva real que apareció en la plaza del Mercado entre música de fanfarrias era similar a la del jueves anterior, de nuevo con Carlos a la cabeza, acompañado por sus dos hermanos Leonor y Fernando, vestidos con todo lujo y enjogados como si fueran a la más solemne de las recepciones.

El torneo estaba discurriendo sin demasiados contratiempos. Tres médicos se encargaban de atender a los heridos, pero Losantos tenía orden de permanecer disponible, aunque sin intervenir hasta que se lo ordenaran.

—Acudid de inmediato al extremo norte del palenque y manteneos preparado —le avisó un secretario a Pedro Losantos—. El rey va a lidiar. ¡Ah!, y estad muy atento, el rey sufre, muy de vez en cuando, ataques del mal de San Valentín y desmayos.

—¡Qué!

—Que vayáis presto a donde os digo. Debéis estar allí antes de que llegue su alteza.

Losantos corrió hacia el lugar señalado, donde se equipaban los caballeros para el torneo. Se acababa de romper la lanza número veintiuna cuando el rey apareció ante el médico. Entre los espectadores nadie sabía que Carlos de Austria había decidido participar en el torneo.

—Dicen que sois muy bueno recomponiendo huesos y curando heridas —le dijo Carlos a Losantos en francés—. Espero que en esta ocasión no tengáis que intervenir.

—Eso deseo yo también, mi señor —respondió un asombrado Losantos, atónito ante el joven rey, al que dos escuderos le estaban colocando las protecciones de hierro en brazos, pecho, piernas y rodillas.

Cuando el rey tuvo su armadura de torneo perfectamente colocada y las correas bien ajustadas, montó su caballo y tomó una lanza.

«¡Que no sufra ahora un ataque!», rogó Losantos en silencio.

Mientras sobre su corcel se dirigía a la zona de justas, en el centro de la plaza del Mercado, un heraldo anunció a voz en cuello que el propio rey iba a romper unas lanzas. Una banda de timbaleros, tamborinos y trompetas anunciaron su presencia ante la admiración y los gritos de aclamación de los espectadores, que no podían creer lo que estaban presenciando.

En la zona delimitada para la lid aparecieron el hermano del duque de Cleves y el almirante de Flandes montados en suntuosos caballos con gualdrapas con los colores de sus linajes, y en medio de ellos el marqués de Brandeburgo portando un estandarte con los colores y emblemas de Borgoña, Flandes, Castilla y Aragón, la armas heráldicas de Carlos de Austria.

Tras ellos iba el rey, con su armadura negra y dorada, reluciente como una patena recién pulida, y tras él una decena de grandes señores y varios lacayos y sirvientes.

Carlos arreó a su caballo y se colocó frente a la tribuna donde estaban ubicadas las más altas damas, entre ellas la reina Germana, las saludó cortésmente y se dispuso a lidiar.

Losantos se preparó por si tenía que intervenir en socorro del rey. Faltaba una semana para que Carlos cumpliera dieciocho años, y ante él estaban los más avezados caballeros de Castilla, hombres duchos en los torneos y cargados de experiencia y fuerza, de modo que no sería extraño que alguno de ellos causara daño al joven e inexperto monarca.

El rey rompió varias lanzas sin que sufriera el menor percance. A Losantos le pareció que los caballeros a los que se enfrentó Carlos no se batieron con toda la energía que hubieran podido desplegar si se lo hubieran propuesto.

Las justas se repitieron una tercera vez a la semana siguiente, hasta el día después del cumpleaños del rey, que entregó los trofeos a los caballeros que resultaron ganadores en los combates.

Avisado de que el cadáver del rey Fernando ya había pasado el tiempo suficiente en el pudridero, Carlos dio la orden de que lo trasladaran a Granada. Ni siquiera mostró la menor intención de visitar el cadáver de su abuelo. Ya no le interesaba.

Pablo Losantos, dada la confianza que en él tenía la reina Germana, fue uno de los encargados de acompañar al cadáver del Católico en su último viaje a través de



las tierras de Castilla. Pedro Losantos no pudo, como hubiera sido su deseo, acompañar a su hijo.

Pablo Losantos se apresuró a viajar a Extremadura para recoger el féretro del rey Fernando. El cuerpo, tras varios meses en el pudridero, ya había perdido todos los líquidos y vísceras. El joven médico se ocupó de que el cuerpo del rey se envolviera en un sudario para facilitar el traslado a Granada, donde llegó a mediados de agosto. Miles de personas se apostaron a lo largo de los caminos para despedir al rey Católico, sobre todo en los alrededores de Córdoba, donde una gran multitud se congregó para contemplar el paso del féretro del soberano que había impuesto su autoridad en esa ciudad, haciendo frente al abuso de los poderosos. Como ya ocurriera con su muerte, los ricos hombres de Castilla se alegraron al ver pasar el cadáver de Fernando, en tanto los humildes se apesadumbraron.

Polo Grimaldo, canónigo de la catedral de Sevilla, y el poeta Bartolomé Torres Naharro escribieron sendas elegías a la muerte del Católico, de las que se hicieron copias a imprenta para que todo el mundo supiera cuán grande había sido ese monarca.

La capilla real, levantada junto a la gran catedral que sustituiría a la mezquita mayor de Granada, todavía no estaba del todo acabada, pero ya se había instalado el mausoleo definitivo de los Reyes Católicos, de modo que el cuerpo de Fernando se depositó allí junto al de su esposa la reina Isabel, que hasta entonces había permanecido en la iglesia de San Francisco de la Alhambra.

Pablo Losantos leyó en una copia del testamento de la reina Católica que esta había dispuesto que tenía que ser enterrada en un sepulcro sobre el cual solo debía haber una losa con su nombre, sin más relieves ni ornamentos. Pero no le hicieron caso; el conde de Tendilla se había encargado de ordenar que se labrara un extraordinario sepulcro en Italia, que se había trasladado a Granada unos meses antes.

Los Reyes Católicos descansaban al fin juntos en Granada, por toda la eternidad.

*Valladolid, marzo de 1518*

Tal y como habían acordado los Reyes Católicos, el rey Carlos ratificó que las Indias Occidentales descubiertas por el almirante Cristóbal Colón quedaran incorporadas a la Corona de Castilla. Algunos nobles castellanos, especialmente segundones de las ramas más importantes de la aristocracia e hidalgos y caballeros sin fortuna, veían la conquista de América como una continuación de la guerra de Granada, unas nuevas tierras donde conseguir fama, gloria y hacienda.

Algunos contemplaban el Nuevo Mundo como una tierra de promisión, una especie de jardín de las Hespérides, el paraíso soñado en el que caían manzanas de oro de árboles maravillosos, el lugar donde establecer el Estado cristiano perfecto y una sociedad sin maldad, sin pecado y sin delitos, en donde reinaría la justicia y todos

los hombres serían iguales.

Durante las largas veladas en el palacio real de Valladolid, rodeado de consejeros, nobles y cortesanos, el rey Carlos escuchaba aquellas viejas leyendas, y su corazón joven palpitaba al oír declamar a los poetas odas en su honor y canciones que lo proclamaban como el verdadero soberano del mundo.

Pero un rey necesita una reina. Su última prometida había sido la princesa Luisa de Francia, pero había fallecido poco antes, con apenas dos años de edad. Había que buscarle por tanto una nueva novia, otra más, y tras varios debates y no pocas entrevistas entre los embajadores, las Cortes reunidas a comienzos de aquel mes de marzo en Valladolid acordaron que el rey de Castilla y de Aragón se casaría con la princesa Isabel de Portugal, cerrando así un doble matrimonio: Carlos sería el esposo de su prima hermana Isabel, hija del rey Manuel I y de María, hija a su vez de los Reyes Católicos y tía por tanto de Carlos; y Leonor, la hermana mayor de Carlos, se casaría con Manuel I. De modo que el rey de España y el rey de Portugal se convertían a la vez en sobrino y tío, y en cuñados.

El embajador de Portugal se presentó en Valladolid con un retrato de la princesa Isabel, que le mostró a Carlos en la gran sala del palacio real y en presencia de Leonor y Fernando.

—Esta es doña Isabel —manifestó con todo su orgullo el embajador portugués señalando el cuadro que acababa de descubrir. Por las ventanas entraba la límpida luz de finales del invierno.

Carlos se acercó al retrato y lo observó con detalle.

—¿Es realmente así? —preguntó impresionado por la belleza de la joven allí dibujada.

—Más si cabe. No hay en el mundo pintor capaz de reflejar toda la belleza de doña Isabel.

Si aquel cuadro mostraba a la verdadera Isabel, tenían razón los que decían que era la princesa más hermosa de Europa. El rey contempló el pelo rubio de su prima, su rostro perfecto, las cejas y los ojos de una elegante majestuosidad, la nariz recta y bien proporcionada, los labios delicados, la barbilla equilibrada conforme al resto de la cara...

—Es muy bella —asentó Carlos.

—Digna esposa de un rey como vos —el embajador se inclinó respetuoso.

—¿Qué os parece, hermanos?

—Nuestra prima Isabel es muy bella —comentó Leonor.

—Será una buena esposa para vos, hermano —asentó Fernando.

Carlos se acercó a su hermano, lo tomó por el hombro con todo su afecto y se alejó unos pasos del grupo que seguía contemplando y comentando con interés algunos detalles del retrato de Isabel de Portugal.

—Está decidido, hermano, iréis como gobernador a Flandes. Confío en vos, y espero que gobernéis aquellos Estados con prudencia y mesura, como a mí me enseñó

nuestro abuelo don Maximiliano y a vos nuestro abuelo don Fernando.

—Es un gran honor, hermano y señor; así lo haré.

Carlos sonrió y abrazó a Fernando. Tras mirarle fijamente a los ojos supo que nunca lo traicionaría.

Carlos regresó al grupo abrazando a su hermano Fernando por el hombro.

—Acepto casarme con doña Isabel de Portugal —asentó; de inmediato sonaron unos aplausos y todos acudieron a felicitarlo por su elección.

Isabel tan solo tenía tres años menos que su primo, de modo que podrían consumar el matrimonio enseguida. Pero el rey no sabía entonces que todavía tardaría varios años en hacerlo, y que en ese período de tiempo iban a sucederse muchos y muy importantes acontecimientos.

—Don Carlos no se casará con su prima doña Isabel de Portugal..., al menos de momento —asentó Juana de la Cruz cuando su esposo le comunicó lo acordado en las Cortes.

—¿Por qué afirmas eso de una manera tan segura? —le preguntó Pedro Losantos.

—Porque doña Germana está embarazada del rey. Esa boda no se celebrará al menos hasta que no nazca ese hijo y no pase algún tiempo. Don Carlos no cometerá el error de traer a su nueva novia de Portugal con su abuelastra embarazada de varios meses y a punto de dar a luz. Supongo que sus consejeros así se lo sugerirán, para que no le pase como a su abuelo, don Fernando, cuando se presentó en Castilla para casarse con doña Isabel habiendo dejado por el camino a dos mujeres embarazadas, si no eran algunas más.

—Los hombres de esa familia son capaces de eso y de mucho más —comentó Pedro Losantos mientras ayudaba a su esposa a colocar sobre la mesa los vasos y los platos para la cena.

—¿Te refieres a los Austrias?

—Y a los Trastámaras. Don Carlos lleva en sus venas la sangre de su abuelo Fernando, uno de los caballeros más galantes que en el mundo ha habido, y la de su padre Felipe el Hermoso, habitual rondador de damas y doncellas. ¿Qué tipo de hombre esperabas que saliera de semejante mezcla de humores?

—Pues un hombre como el rey don Carlos, capaz de dejar embarazada a su propia abuelastra —adujo Juana.

—Tenías que haberlo visto hoy, en el último de los torneos. Ha tomado parte en el juego de cañas que los jóvenes nobles han organizado en su honor y en el baile de las damas de la corte para despedirlo antes de su viaje a Aragón. Había en la plaza del Mercado caballeros llegados de toda Castilla, muchos de ellos vestidos a la morisca. Más de ochenta han participado en los juegos, y luego se han marchado a sus posadas a visitar a las damas. Supongo que Valladolid es ahora una inmensa bacanal.

—La reina Germana me ha pedido que Pablo, María y yo la acompañemos a

Aragón. Quiere tener a personas de su confianza a su lado para cuando nazca su hijo —anunció de pronto Juana de la Cruz—. Dice que confía en mí para que la asista en el parto del hijo del rey que lleva en su vientre.

—¿Cuándo nacerá ese niño?

—Si hemos hecho bien los cálculos, y no se adelanta, a mediados del próximo otoño.

—¿Y vas a ir?

—Le he rogado a la reina que le solicite al rey que te reclame como médico en la corte y que la asistas en el parto junto con Pablo. Ya lo hicisteis juntos los dos cuando nació el príncipe Juan en aquella desgraciada ocasión. Además, si tú no vas, yo tampoco. No quiero volver a separarme de ti por más tiempo —dijo Juana.

—Iré, claro que iré. Nunca, que yo sepa, he traído al mundo a un niño engendrado por un nieto y una abuela... Bueno, aunque en este caso sea una abuelastra.

### *Camino de Valladolid a Aragón, marzo a junio de 1518*

El segundo día de la primavera amaneció rutilante y azul. Los campos de Castilla lucían un reluciente verde esmeralda y los trigos y las cebadas crecían como un mar de haces ondulados.

En el palacio de Valladolid todo estaba preparado para que la comitiva real pusiese rumbo a Aragón. Carlos había decidido que lo acompañaran la reina Germana y su hermana Leonor. Fernando haría parte del camino con la comitiva antes de dirigirse a Flandes, donde Carlos decidió enviarlo para que custodiara los derechos de la casa de Austria en esa región. Además, había aceptado que Pedro y Pablo Losantos, sus esposas Juana de la Cruz y Leonor de Urrea y María Losantos formaran en la comitiva regia como médicos de la corte y como damas de compañía y comadrona de la reina, llegado el caso. A falta de una esposa, el rey Carlos había convertido a su abuelastra y a sus hermanos en su círculo más íntimo.

Los consejeros del rey habían organizado el itinerario con todo detalle: comerían en Valladolid y saldrían de camino inmediatamente después para pasar la primera noche en Villabáñez, y luego en la abadía de Valbuena, en cuyos alrededores abundaba la caza. Con los animales que allí abatieran se harían los pasteles de carne para la Pascua, que la celebrarían en la villa de Aranda de Duero, donde había excelentes posadas.

Pero cuando se dirigían hacia Aranda corrió la noticia de que se había declarado un brote de peste en esa villa, de modo que el rey, aconsejado por Pedro Losantos, decidió pasar la fiesta de Pascua en San Martín de Rubiales. Los vecinos de Aranda, que esperaban a Carlos para dedicarle una entrada triunfal, enterados de que no iba a hacerlo, corrieron a su encuentro para manifestarle que no era cierto lo de la peste.

Cuando Pedro Losantos se cercioró de que lo de la pestilencia era un falso rumor,

Carlos hizo su entrada triunfal en Aranda a las cuatro de la tarde, entre muestras de gran alegría de los arandinos, que habían decorado las fachadas de sus casas con flores y enramadas de follaje, y habían tapizado las calles con hierba fresca recién cortada y con haces de paja seca y limpia. Desde que unos meses atrás desembarcara en España, nunca había disfrutado de un recibimiento semejante, ni siquiera en Valladolid.

Se encontró tan a gusto en Aranda que se detuvo durante varios días en esa villa, donde asistió a algunos oficios religiosos en la iglesia mayor, cantados por los músicos de su capilla, que lo acompañaban en el viaje. Todas las noches visitaba la cama de Germana de Foix, que lo recibía con alegría y sumo placer, feliz por el hijo que llevaba en su vientre; apenas se notaba su embarazo.

Una mañana Carlos sufrió un ataque de epilepsia, pero lo superó gracias a que Pedro Losantos estaba cerca y pudo atenderlo. Tras recuperarse, el rey decidió retirarse a un monasterio de franciscanos cerca de Aranda, donde pasó la Semana Santa. Los frailes de ese cenobio tenían fama de santidad. Allí hizo oración, reflexionó sobre su conciencia y se confesó de sus pecados, que le fueron perdonados tras cumplir la pertinente penitencia.

De regreso a Aranda se dedicó a resolver diversos asuntos, entre ellos la preparación de su entrada en Aragón, para lo que escribió al arzobispo de Zaragoza, gobernador de ese reino, y ordenó que se ultimaran los detalles para el viaje de su hermano Fernando a Flandes.

Ya lo habían acordado en Valladolid: Fernando se iría a Flandes para atender los intereses de la casa de Austria en ese territorio. En Aranda de Duero los dos hermanos se separaron. Leonor lloró amargamente, pues se había encariñado de él y le profesaba gran afecto.

Los dos hermanos salieron de Aranda a caballo y anduvieron media legua a solas, seguidos a una prudente distancia por unos guardias y tras ellos la comitiva de don Fernando, hasta que llegaron a la encrucijada del camino que seguía hacia Santander, donde esperaban las naves para embarcar rumbo a Flandes.

Llegado el momento, Fernando hizo ademán de apearse de su caballo, pero Carlos no lo consintió.

—Mi querido hermano, lamento que tengamos que separarnos, pero nuestra familia tiene intereses en muchos reinos y Estados, y creo que lo mejor para los Habsburgo es que te ocupes de Flandes —anunció Carlos mezclando palabras en francés con algunas castellanas, en una jerga que era la única manera en la que los dos hermanos podían entenderse.

—Soy tu hermano menor y tu más fiel servidor; haré lo que ordenes —tal cual había hecho Carlos, Fernando también apeó el tratamiento protocolario y se dirigió al rey con familiaridad.

—Lo importante es nuestro linaje, la casa, la familia. Sé que nuestro padre, el rey Felipe, no se comportó bien con nosotros. Deberíamos haber crecido juntos, pero no

fue posible. Tú te hiciste hombre al lado de nuestro abuelo el rey Fernando el Católico y yo lo hice con nuestra tía Margarita, a la que pronto conocerás, y con nuestro abuelo el emperador.

—Me hubiera gustado compartir juegos infantiles contigo y salir a cazar juntos por los bosques de Flandes, y pasar largas veladas con Leonor, Isabel y las pequeñas María y Catalina... Pero, en estos meses a tu lado, he sentido cómo recuperaba buena parte de ese tiempo perdido. Te lo agradezco, hermano.

—Nuestro abuelo el emperador Maximiliano me ha enseñado que los príncipes no somos dueños de nuestro destino. Nos debemos a empresas que están por encima de nuestros deseos y debemos cumplir con nuestro deber, aunque no nos agrade.

—Vas a ser un gran rey, hermano...

—Voy a hacerte una promesa —musitó Carlos—. Si Dios no me diera hijos varones, te prometo que todos mis reinos, señoríos y Estados pasarán a tu poder. Recuérdalo siempre.

—Lo haré.

—¡Ah!, un último consejo: aprende cuanto antes la lengua flamenca, te será más fácil a la hora de gobernar Flandes.

—Me pondré a ello enseguida —asintió Fernando.

A treinta pasos de distancia, los soldados de la escolta pudieron ver cómo los dos hermanos conversaban un buen rato, con las cabezas descubiertas y sus gorras de viaje en las manos, erguidos sobre sus monturas, hasta que en un determinado momento ambos se acercaron y se dieron un largo abrazo; luego permanecieron en silencio unos instantes asidos por las manos. Hubo quien dijo que ambos tenían los ojos llenos de lágrimas, pero era difícil comprobarlo a esa distancia.

Fernando, que un par de años antes se imaginaba como rey de Aragón, partió camino de Flandes para gobernar, en nombre de su hermano, unos Estados sin siquiera conocer el idioma de esa tierra, y Carlos, que seguía teniendo grandes dificultades para comprender el castellano, regresó a Aranda, donde lo esperaban Germana y Leonor. Sin más dilación ordenó ponerse en marcha hacia Aragón, por el camino del Burgo de Osma y Almazán.

Atravesaron la sierra del Moncayo por el paso de la vertiente sur y entraron en Aragón por una villa también llamada Aranda, como la de Castilla, donde durmieron. La población de esta localidad, de más de mil almas, era mayoritariamente musulmana. Los consejeros flamencos de Carlos se extrañaron al ver por las calles de la villa aragonesa caminar libremente a hombres y mujeres moros, que disponían de su propia mezquita donde se reunían los viernes para festejar abiertamente a su profeta Mahoma. Preguntaron por ello y les informaron que hacía ya catorce años que en Castilla los moros habían sido obligados a convertirse y bautizarse, pero que eso no había ocurrido en el reino de Aragón, donde había muchos pueblos cuya población

era mayoritariamente musulmana.

La comitiva durmió la primera noche en tierras aragonesas en la villa de Aranda de Moncayo, donde degustaron un delicioso queso tierno y fresco, elaborado con leche de cabras de la comarca, que a Juana de la Cruz le recordó los quesos que elaboraban sus familiares judíos en las montañas de Alcoy muchos años atrás. Al amanecer descendieron por el valle del río también llamado Aranda hasta encontrarse con el curso del río Jalón.

Algunos de los consejeros reales dudaban sobre cómo sería acogido el rey en su reino de Aragón. Sus dudas estaban justificadas: los aragoneses habían mostrado muchas reticencias para aceptar la soberanía de Carlos, al que consideraban un monarca extranjero, y hubieran preferido como rey a su hermano Fernando.

La entrada real en Calatayud fue fría y distante. Apenas un centenar de personas se congregaron en las afueras de la puerta de Soria, engalanada con unas sencillas enramadas, para recibir a su nuevo soberano. Los débiles y escasos vítores al rey y a Aragón se mezclaron sobre unos pocos brazos alzados saludando al joven monarca.

Era lunes, 26 de abril, cuando Carlos llegó a Calatayud. Allí permaneció durante toda una semana, aunque empleó tres de esos días en visitar la cercana ciudad de Daroca, donde hacía casi tres siglos que se guardaban unas hostias ensangrentadas pegadas en un paño, que decían que eran el cuerpo y la sangre de Cristo. Se trataba de una santa reliquia por la que habían mostrado gran devoción los Reyes Católicos, que la habían adorado personalmente, tal como se mostraba en las pinturas de un retablo de la iglesia de Santa María, en el que Fernando e Isabel aparecían pintados junto a sus hijos adorando las sagradas formas del milagro darocense. A Carlos, los corporales de Daroca le recordaron al paño ensangrentado de la iglesia de la Santa Sangre de Brujas.

El corazón de Pedro Losantos, que acompañó al rey en la visita a Daroca, se estremeció cuando un médico de aquella ciudad, rodeada de poderosas murallas de piedra y ladrillo que se encaramaban por las laderas de empinados cerros hasta alcanzar y rematar sus cumbres, le comentó que allí había nacido el sabio judío Josef Albo, autor del *Libro de los principios*, que el médico converso había devorado muchos años atrás hasta casi aprenderlo de memoria, y del cual tuvo que deshacerse cuando se convirtió al cristianismo en Toledo.

### *Zaragoza, reino de Aragón, junio de 1518*

Zaragoza apareció en la lejanía, en el fondo del valle del Ebro, en el centro de una cinta verde que serpenteaba entre cerros y colinas resecos y áridos.

A la vista de la ciudad, se detuvieron dos días en el pueblo de La Muela, una localidad ubicada en el escarpe de un páramo azotado por el viento y el sol, a media jornada de camino de Zaragoza. Germana había sentido algunas molestias y vómitos

a causa del embarazo, y el rey, aconsejado por Pablo Losantos, había decidido aguardar a que se recompusiera antes de seguir adelante.

Además, en Zaragoza se había detectado un brote de peste que causó la muerte de Juan le Sauvage, el canciller de Carlos que se había enfrentado a los nobles castellanos con tanta resolución. El rey ordenó que se le rindieran honores y exequias fúnebres.

Cuando la comitiva llegó a Zaragoza ya estaba preparado el palacio de la Aljafería, el que fuera construido por los reyezuelos musulmanes de la taifa zaragozana, el que ocuparon los reyes cristianos y el que ennoblecieron y engalanaron los Reyes Católicos con un salón del trono y otras estancias en el tiempo de la conquista del reino de Granada.

Nada más llegar, y poco antes de que se sirviera la cena, un mensajero informó al rey sobre lo ocurrido en el norte de África, donde la guerra contra los corsarios continuaba de manera muy sangrienta. La buena noticia era que Aruj Barbarroja había caído en la batalla librada ante los muros de Tremecén, abatido en combate por un bravo alférez español. Su cabeza había quedado expuesta en lo alto de una pica a las puertas de esa ciudad, de nuevo bajo dominio español, para escarmiento de piratas.

Carlos supuso que la captura y ejecución de Aruj Barbarroja podría suponer el final de la piratería en el Mediterráneo occidental y ordenó lanzar una gran ofensiva con un ejército de ocho mil hombres. Fue un gran error. Jaireddín, el hermano menor de Aruj, se hizo cargo de la capitanía corsaria, adoptó el sobrenombre de Barbarroja en honor de su hermano, asumió el poder en la ciudad de Argel en nombre del sultán otomano Selim I e infligió una dolorosa derrota al cuerpo expedicionario, que confiaba en tomar Argel sin apenas resistencia. Nadie podía imaginar entonces que ese hombre se convertiría pocos años más tarde en el corsario más temido de todo el Mediterráneo y en el más feroz adversario de los españoles.

Entre tanto, en el gran salón del trono del palacio de la Aljafería, donde se sirvió un banquete amenizado por los músicos de corte que tocaron en la galería alta, Carlos señaló a Germana una inscripción en enormes letras doradas que recorría la parte superior de las cuatro paredes del salón.

—Fijaos, mi señora, vuestro esposo, mi insigne abuelo don Fernando, ordenó colocar aquí esa inscripción. —Carlos se dispuso a leerla con tono emocionado, traduciéndola del latín al francés—: «Fernando, rey de las Españas, Sicilia, Córcega y Baleares, príncipe óptimo, prudente, valeroso, piadoso, constante, justo, feliz, e Isabel, reina, insigne sobre toda mujer en religión y grandeza de espíritu, esposos victoriosísimos con el auxilio de Cristo. Después de liberada la Bética de los moros, expulsó al antiguo y fiero enemigo. Procuraron construir esta obra, en el año de la salvación de mil cuatrocientos noventa y dos». ¡El mismo año de la conquista de Granada! —exclamó Carlos.

—Vos, mi señor, ni siquiera habíais nacido —apuntó Germana.



—Y vos, mi señora doña Germana, apenas tendríais... Bueno, dicen que no es de caballeros galantes revelar la edad de una dama.

—Ni siquiera cuatro años —apostilló Germana.

—Me hubiera gustado conoceros con esa edad. Os supongo una niñita rolliza y muy hermosa —sonrió Carlos de Austria.

### *Zaragoza, julio de 1518*

En las semanas siguientes, Carlos y Germana residieron en la Aljafería, cuyos recios muros, sus suelos de alabastro y sus fuentes y albercas en las que fluía el agua amortiguaron el intenso calor estival que sofocaba la capital aragonesa.

Carlos pasaba todo el tiempo que podía con Germana, cuyo vientre comenzaba a mostrar indudables señales de su estado de gestación. El aspecto, ya de por sí voluptuoso, de la reina viuda había aumentado si cabe con el embarazo, pues tenía los labios más gruesos, los pechos todavía más grandes y las caderas más anchas.

Algunos días, cuando el calor remitía a última hora de la tarde, salían a pasear por las orillas del río Ebro y el rey aprovechaba para cazar tórtolas y perdices con halcón en los sotos de la ribera, y para celebrar cenas campestres en compañía de algunos grandes señores del reino de Aragón, en las que se degustaban excelentes vinos y sabrosas frutas.

En aquellos copiosos banquetes siempre aparecía algún adulator que lograba acercarse hasta el rey para animarlo a crear un imperio mundial. Sus consejeros De Gattinara y De Croy no cesaban de repetirle que había nacido para cumplir un destacado papel en la historia al lado de los más excelentes reyes del mundo, como Alejandro Magno, Julio César o Carlos el Grande. Incluso el poeta Hernando de Acuña le envió un soneto en el que lo comparaba con el pastor que guiaba el rebaño, y le auguraba que sería el monarca que unificaría el mundo: «Un monarca, un imperio, una espada», era el lema que le proponía que adoptara.

Otros días, acompañados de Leonor, acudían a presenciar juegos de cañas y justas que se organizaban en la amplia plaza del Mercado, como en Valladolid, donde los caballeros aragoneses pugnaban por destacar para llamar la atención del soberano.

La atracción de Carlos por Germana no parecía apagarse. Ni siquiera los asuntos de Estado, que cada día debía resolver en Zaragoza, evitaban que se acercara una noche tras otra a la cama de su abuelastra para hacerle el amor, excitado por la exuberante figura de la reina viuda, hasta que un día...

Corría la noche del 25 de julio. Carlos acababa de jurar los fueros de Aragón en la catedral del Salvador de Zaragoza, como era costumbre y norma que hicieran todos los soberanos de Aragón. Una vez realizado ese juramento por el rey, eran los nobles

y las universidades quienes debían jurarle fidelidad y lealtad. Y así lo hicieron.

Acabada la ceremonia, Carlos se acercó a Germana para saludarla, pues estaba orgulloso de la solemnidad del acto y de la importancia de suceder en el trono de Aragón a un monarca tan amado como su abuelo el Católico. La viuda de Fernando estaba sentada en la primera fila de los bancos, ante el altar mayor de la catedral del Salvador, al lado de Leonor.

—Agradezco vuestra compañía, mi señora —le dijo en tono galante a la vez que le besaba la mano con delicadeza.

—Estoy muy hambrienta, mi señor. Supongo que hoy celebraremos un banquete extraordinario para festejar vuestra coronación como rey de Aragón —alegó Germana en un tono un tanto irreverente.

Carlos miró a su hermana Leonor, que bajó los ojos un tanto avergonzada por las palabras de Germana, y torció el gesto. Por primera vez observó a su real amante como una mujer demasiado fútil, poco elegante, demasiado banal. Donde hasta entonces había visto voluptuosidad y atracción, ahora veía de pronto ordinariéz y liviandad, como si se hubiera quitado una venda de los ojos.

Y entonces le vino a la cabeza la imagen de su prima Isabel, en el cuadro que le había entregado el embajador portugués en Valladolid, su rutilante juventud, su belleza casi divina, sus delicadas y suaves formas.

«Isabel», pensó Carlos, y comparó la bella, sutil y elegante muchacha de una pintura con la exuberancia de Germana.

Esa noche, Carlos no visitó la cama de su amante; y tampoco lo hizo en los dos días siguientes.

Cuando recibió un recado de la reina viuda mediante un criado, Carlos se limitó a responder con la excusa de que los asuntos de Indias y la jura de los nobles lo mantenían muy ocupado.

### *Zaragoza, agosto de 1518*

El calor apretaba de firme sobre la ciudad de Zaragoza, convertida en aquellos meses en el centro de la nueva monarquía hispana.

Desde el palacio de la Aljafería Carlos de Austria no cesaba de firmar decretos para el gobierno de las Indias, cartas a los reyes de Portugal y Francia y reglamentos y normas para la gobernanza de sus reinos.

Tampoco se había olvidado de su madre, a la que mantenía retenida en el palacio de Tordesillas. Le ordenó a su secretario que le escribiera una carta al marqués de Denia, el duro carcelero de Juana la Loca, para que le informara de inmediato del estado de la reina. Carlos pretendía que su madre reconociera que todos los reinos y dominios que habían sido de los Reyes Católicos le pertenecían ahora a él, a título personal, como señor natural de todas esas tierras, y que, por tanto, solo a él le

concernía el privilegio de nombrar virreyes para gobernar esos amplios territorios.

Pedro Losantos paseaba aquel domingo con su esposa, su hija María, su hijo Pablo y su nuera Leonor de Urrea, que estaba embarazada, por la ribera del Ebro, tras asistir, como cumplían siempre desde que se convirtieron al cristianismo, a la misa dominical. En Zaragoza lo hacían en la iglesia de Santa María, un templo de ladrillo y piedra cercano a la catedral del Salvador donde una tradición señalaba que se había aparecido la Virgen al apóstol Santiago cuando este estaba predicando el evangelio en Zaragoza.

Habían recogido en la posada donde moraban una cesta con un buen pedazo de pan, un trozo de queso, carne ahumada, frutas, nabos, zanahorias, una botella con dos cuartillos de vino y un bote de agua endulzada con aguardiente, pues pretendían comer a orillas del río, a la sombra de unos chopos, donde el aire era más fresco.

—Creo que el rey ya no siente esa locura de amor por doña Germana —comentó Juana.

—Tienes razón. Pero no creo que su fogosidad juvenil se esté apagando —añadió Pedro.

—Ya no se comporta como el caballero galante. Hasta hace unas pocas semanas, cada vez que se dirigía a ella, don Carlos se levantaba si estaba sentado, se descubría y le hablaba con la rodilla en tierra. Ahora la evita y ya no la mira con aquellos ojos brillantes y ávidos de tomarla en cualquier momento —observó Juana.

—Madre, ¿te ha insinuado algo doña Germana? —terció Pablo.

—Claro. Es una reina, pero ante todo es una mujer, y las mujeres nos contamos entre nosotras nuestras desgracias.

—¿Y qué te ha dicho? Vamos, no me tengas en ascuas...

—Que el rey solo ha visitado su cama una vez en las últimas tres semanas.

—¿Y hay algún motivo para ello? —preguntó Leonor de Urrea.

—Doña Germana dice que su alteza se encuentra muy ocupado con los negocios de Indias.

—Yo creo que la reina se está abandonando —intervino Pedro Losantos.

—¿Qué quieres decir? —demandó Pablo.

—Eres su médico. ¿No te has fijado en cómo ha cambiado su aspecto?

—Sí, claro, con su embarazo y el aumento de su vientre...

—También ha crecido su apetito, y está engordando demasiado —señaló Juana.

—Sí, hace unas semanas que come con avaricia y desmesura, hasta tal punto que, si no fuera la reina, cualquier clérigo la acusaría de cometer el pecado de la gula —añadió Pedro.

—Tal vez por ello se ha descuidado en su aseo personal y en sus maneras —insinuó Leonor.

—El rey se ha dado cuenta de ese desdén y ha perdido el interés por ella —asentó

Pedro.

—Entonces, ¿creéis que el rey ha dejado de estar enamorado? —preguntó Pablo.

—Sí, por supuesto que sí. Creo que don Carlos es un hombre caprichoso, y el capricho de la atracción por doña Germana se le está acabando —sentenció Juana.

En ese momento Leonor de Urrea emitió un gemido de dolor y se echó la mano al vientre.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Pablo preocupado.

—No es nada; tu hijo, que se empeña en darme patadas de vez en cuando —bromeó Leonor.

—¿Cómo vais a llamarlo? —preguntó Juana de la Cruz.

—Alonso —contestó de inmediato Pablo. Ese era también el nombre del padre de Leonor.

—Bonito nombre —comentó Pedro Losantos, aunque el médico converso hubiera deseado que su primer nieto llevara su nombre.

—Tal vez sea una niña —terció Juana de la Cruz, que intuyó el desencanto de su esposo.

—En ese caso se llamará Isabel —asentó Pablo.

María Losantos permaneció callada. Era ella la que más había hablado con la reina Germana. En los últimos meses habían conversado en numerosas ocasiones. María Losantos había perdido a su esposo y Germana de Foix a su hermano el mismo día, en la batalla de Rávena, peleando uno en cada bando, y esa desgracia común las había convertido en amigas y confidentes. Solo a ella le había confesado sinceramente Germana todo el dolor que estaba pasando por el rechazo de Carlos.

Los Losantos siguieron conversando mientras el sol estival comenzaba a declinar sobre el horizonte, por encima de la cumbre del Moncayo.

### *Zaragoza, otoño de 1518*

El viento del noroeste arrastró consigo el bochorno de los últimos días de verano. Carlos tuvo que cubrirse los hombros con una chaqueta de piel mientras en su gabinete de la Aljafería, una pequeña sala adjunta al salón del trono, repasaba unos informes que le había presentado su secretario.

Estaba logrando progresos en su aprendizaje del idioma castellano, y ya entendía buena parte de lo que le decían, aunque hablar le costaba mucho más esfuerzo; arrastraba las eses y la erres al pronunciarlas y tenía dificultades de dicción con las sílabas con la letra «b». Todavía necesitaba ayuda de un traductor para entender los informes que recibía y no era capaz de escribir un par de frases seguidas.

Las últimas semanas del verano había despachado asuntos protocolarios, y se había encargado personalmente de ordenar al marqués de Denia, tras recibir un informe del estado de la reina Juana, que la mantuviera bien custodiada, y le insistía

para que le impidiera la comunicación directa con cualquier persona.

Aprovechó para despachar diversas células sobre los planes de la conquista de América, de donde comenzaban a llegar plantas y productos desconocidos en Europa. Carlos pretendía que el Nuevo Mundo quedara libre de cualquier tipo de disidencia religiosa, de modo que ordenó que no pudieran viajar a las Indias Occidentales ni siquiera los hijos y los nietos de los ejecutados o condenados por delitos de herejía.

Pero lo que más le preocupaba en esos momentos era el embarazo de Germana, que estaba ya tan avanzado que ordenó a Pablo Losantos y a Juana de la Cruz que visitaran diariamente a la reina y que cuidaran de ella. Carlos había mantenido relaciones sexuales desde los quince años con algunas damas de la corte en Flandes, antes de viajar a España, pero, que él supiera, nunca había dejado embarazada a ninguna de aquellas mujeres. Desde luego, si una sola de sus amantes hubiera engendrado un hijo suyo, se lo hubiera hecho saber. De modo que el niño que llevaba Germana en su vientre iba a ser su primer hijo.

A fines de septiembre llegó la carta del rey de Portugal en la que reclamaba a su novia. Carlos nunca se había separado de Leonor, su hermana mayor, a la que adoraba. Pero había llegado el momento de hacerlo. Los embajadores portugueses se presentaron en Zaragoza para acompañar hasta Lisboa a Leonor.

Como meses atrás había hecho con su hermano Fernando, quien ya estaba asentado en Flandes como gobernador en su nombre, Carlos decidió acompañar a su hermana un buen trecho del camino, hasta la localidad de La Muela, donde ambos hermanos se detuvieron durante cuatro días para despedirse en la intimidad de esa aldea, lejos del bullicio de la corte de Zaragoza.

El amanecer otoñal esmaltó de una luz dorada la elevada planicie de La Muela. Tras desayunar, Carlos y Leonor salieron de la casona donde habían pasado sus últimos cuatro días juntos. Apenas se habían separado desde que nacieran en Flandes, y habían compartido viajes, éxitos y duelos.

—Te voy a echar mucho de menos, hermana, mucho —lamentó Carlos, que tenía en sus manos la de Leonor—. ¡Tantos años juntos!

—Yo también, Carlos, yo también. Nunca he estado alejada de ti, y ahora me voy a un país desconocido cuya lengua ignoro...

—Pero vas a ser su reina. ¿Recuerdas...?

—¡Cómo olvidarlo! Fue aquel día en el que te comunicaron que ibas a ser rey. Y entonces, a nosotras, ¿recuerdas que estaba también nuestra hermana Isabel?, nos prometiste que seríamos reinas. Isabel ya lo es de Dinamarca, yo lo voy a ser de Portugal. Quedan María y Catalina...

—Todavía son pequeñas. Ya me ocuparé de que también ellas sean reinas. Hemos nacido en una familia de reyes.

»Bueno, ha llegado el momento; tienes que marchar hacia Portugal, tu escolta

espera la orden de partir.

—Hermano, hermano... Tengo roto el corazón. —Leonor se abrazó a Carlos con todas sus fuerzas y lloró.

—Volveremos a vernos, Leonor, te lo prometo.

Aquella fue una de las despedidas más tristes que Carlos tuvo que afrontar a lo largo de su vida, pues nunca antes se había separado de Leonor; pero así eran las cuestiones de Estado.

Cuando el rey regresó de La Muela, en el palacio de la Aljafería todo el mundo aguardaba el momento en el que iba a nacer el primer hijo de Carlos de Austria y de su abuelastra Germana de Foix. Nadie hablaba en público de ello, nadie rompía el silencio cómplice, nadie decía que el hijo que iba a parir la viuda de Fernando el Católico era de su nieto Carlos, pero nadie lo desconocía.

Pedro, Pablo Losantos y Juana de la Cruz aguardaban en una estancia junto a la alcoba donde Germana estaba preparada para dar a luz. Juana acababa de servirle a la reina una infusión de manzanilla y mejorana. A sus treinta años de edad, Germana no era una primeriza, pero había que extremar los cuidados.

—Espero que a este niño no le ocurra lo que al príncipe don Juan —deseó Pablo Losantos mientras preparaba lo necesario para atender al parto de la reina.

—Este nacerá bien —aseguró Juana.

—¿Has visto señales positivas en el cielo? —ironizó Pedro, que no creía en las premoniciones que su esposa intuía en ciertos momentos.

—Sé que lo consideras una casualidad, pero te recuerdo que cuando nació el anterior hijo de doña Germana yo vi volar un águila unas horas antes sobre el cielo de Valladolid.

—¡Claro!, era el alma de doña Isabel la Católica en forma de águila, que no quería que ese niño fuera el heredero del rey de Aragón, y a la vez el águila de la casa de Austria señalando su triunfo.

—El vuelo de esa águila estaba indicando que aquel niño no sobreviviría y que don Carlos se convertiría en el rey, y así ha sido.

—Tal vez tengas razón, madre, pero ahora hay que traer a ese niño al mundo —terció Pablo intentando mediar entre sus padres.

—Don Carlos no lo reconocerá —dijo Juana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Pedro.

—Me lo ha dicho doña Germana.

—A su regreso, tras despedirse de su hermana doña Leonor, don Carlos ha hablado con la reina y le ha asegurado que la protegerá a ella y a su hijo —dijo Pedro.

—Pero no lo reconocerá como tal —insistió Juana.

—Lo suponía. Todo el mundo sabe que ese niño que va a nacer es de don Carlos, pero el rey no desea reconocer que ha dejado embarazada a la viuda de su abuelo —

comentó Pablo.

—Podrían haberse casado —dijo Juana.

—¿El nieto y la abuela? Vamos, mujer...

—Esta familia es capaz de cualquier cosa con tal de ampliar sus relaciones de poder. ¿No ha ido a casarse a Portugal la infanta Leonor con el viudo de dos de sus tías? ¿Y no se ha sellado el acuerdo de boda entre la hija del rey Manuel y don Carlos? Don Manuel de Portugal se casa con la hermana de don Carlos y don Carlos con la hija de don Manuel...

—Las bodas entre primos hermanos no son extrañas; en casi todas las familias nobles se da algún caso.

—Pues en esa familia es lo más frecuente.

—No creo que haga falta eso —comentó Pablo Losantos a Juana, que acababa de coger un paño de respeto.

—Es una reina y debe cubrirse el rostro —asentó Juana.

—Pero nadie va a asistir al parto, ni siquiera el rey, de modo que no será necesario ese paño —insistió Pablo.

—Una reina tiene que dar a luz ante testigos para que identifiquen y testifiquen que el recién nacido es hijo suyo —habló Juana de la Cruz.

—Así es cuando se trata de un hijo legítimo, pero este es un bastardo —dijo Pedro.

—¿Bastardo? ¡Cómo va a ser un bastardo el hijo de un rey y de una reina! —exclamó Juana.

—No están casados, y la Iglesia considera ilegítimos a todos aquellos retoños nacidos fuera del matrimonio —aclaró Pedro.

—De modo que el hijo de una reina nacerá sin tener un padre reconocido. ¿Ha ocurrido algo semejante antes? —demandó Pablo.

—Supongo que no.

Pasada la medianoche la reina Germana dio a luz a una niña a la que llamaron Isabel.

El rey convocó en su gabinete a Pedro Losantos para preguntarle por el estado de Germana, y este le informó que el parto había discurrido sin problema alguno y que madre e hija se encontraban bien.

Aquel mismo día llegó una carta de Flandes. En ella se informaba que, en el palacio real de Copenhague, Isabel, la hermana de Carlos casada con el rey Cristián II de Dinamarca, había dado a luz a su primer hijo, al que habían bautizado con el nombre de Juan.

Cuando Pedro Losantos se encontró con su esposa tras ser citado por el rey, Juana de la Cruz le preguntó si Carlos había cambiado de opinión y si iba a reconocer a la pequeña Isabel como hija.

—No. Tú tenías razón; ni siquiera ha mostrado interés por acudir a verla —se

limitó a responder Losantos.

—¿Qué será de ellas? —se preocupó Juana.

—Don Carlos ha dado la orden de que residan en Castilla y... —Pedro titubeó.

—¿Y qué?

—Don Carlos ya anda buscando un hombre que se case con doña Germana y cuide de ella y de su hija.

—¿Es que ese joven no tiene sentimientos? —preguntó Juana notablemente enojada.

—Es un rey, y los reyes no sienten.

### *Palacio de la Aljafería, Zaragoza, principios de enero de 1519*

Hacía ya varios meses que Carlos y su corte residían en Zaragoza, donde había nacido su primer hijo, la pequeña Isabel, a la que no visitó hasta pasadas tres semanas del natalicio.

Germana residía en unas dependencias en la zona oeste del palacio de la Aljafería, en dos amplios salones que habían sido construidos por los reyes de Aragón doscientos años atrás. Los rotundos artesonados de madera, labrados por artesanos moros, estaban recién pintados y todavía flotaba en el ambiente un olor a resina y barniz.

—Creía que os habíais olvidado de mí —le dijo Germana cuando lo vio aparecer en su alcoba.

—¿Cómo se encuentra nuestra hija? —preguntó Carlos obviando el comentario de su amante.

—Comprobadlo por vos mismo. Está en el cuarto de ahí al lado. —Germana se dio la vuelta y miró a través de una amplia ventana orlada de filigranas de yeso desde la cual se contemplaba un extenso olivar que se desplegaba hasta el curso del río Ebro.

La pequeña Isabel dormía en una cunita de madera pintada con bandas de colores muy vivos, vigilada por una criada que se levantó nerviosa al ver aparecer al rey.

Carlos extendió su mano y acarició la mejilla de la niña, que dio un respingo al sentir el contacto, pero siguió durmiendo. Germana entró en la habitación en ese momento.

—Duerme todo el día —comentó la reina viuda.

—¿Y vos, señora, cómo estáis? —Carlos procuró hablar con amabilidad; se había dado cuenta de que en sus primeras palabras había sido un tanto brusco.

—Yo estoy bien, muy bien. He ganado algo de peso, pero me ha dicho don Pablo que es normal, y que pronto recuperaré mi anterior figura. Esa que tanto os gustaba y que ahora evitáis.

—Debo deciros algo importante. Vayamos a la otra sala. —El rey adoptó un tono



serio y firme, mientras la criada se acercaba a la cuna para seguir vigilando a la niña.

—Os escucho, mi señor —dijo Germana, ya a solas en la sala del ventanal con las yeserías.

—Nuestros encuentros no se repetirán.

—¿Os referís a que nunca más vamos a hacer el amor?

—Nuestra relación debe acabar.

—¡Oh!, yo creía que os placía mi compañía, mi cuerpo al menos...

—No se trata de eso, mi señora. Soy el rey, y mi obligación es procurar un heredero al reino.

—Una esposa, claro, necesitáis una esposa, y yo no puedo serlo.

—Sabéis que estoy prometido a mi prima, la princesa Isabel de Portugal.

—Según dicen es una joven bellísima.

—Entendedme, señora, me debo a mi reino.

—Lo sé, Carlos, lo sé, y claro que lo entiendo. —Germana cambió el tratamiento oficial y usó el familiar—. ¿Olvidas que a mí me enviaron a una tierra extraña para casarme con un hombre mayor al que no conocía? Sé bien cuáles son nuestras obligaciones, cómo no iba a conocerlas. Soy sobrina del rey de Francia y he sido la esposa del rey de Aragón.

—Mi abuelo dejó escrita una carta para mí, poco antes de morir, en la que me encomendaba que te protegiera y cuidara de ti. —Carlos también usó el mismo tratamiento—. Lo he hecho y lo seguiré haciendo mientras viva. No debes preocuparte; tú y tu... nuestra hija estaréis seguras.

—Hasta ahora lo has hecho muy bien.

—Y quiero seguir haciéndolo, pero de otra manera. Te buscaré un esposo, un noble acaudalado que te procure bienestar. Nuestra hija debe tener un padre, puesto que yo no lo puedo ser de manera pública.

—Haré cuanto digas y cumpliré tu voluntad.

—Agradezco tu comprensión, Germana.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Siempre estarás en mi corazón —dijo Carlos, que tomó una mano de Germana y la besó.

—¿Te estás dejando barba?

—Sí...

—Te hace mayor.

—Me gusta la barba. —Carlos no reveló que se la estaba dejando crecer para disimular su prominente mandíbula.

—A mí también, y además te confiere mayor sensación de poder.

—Te prometo que te buscaré un buen marido, y enseguida —reiteró Carlos su ofrecimiento.

—No lo dudo, pues ese hombre tendrá que comportarse como el padre de tu... de nuestra hija.

La familia Losantos comía un puchero de garbanzos, nabos y abadejo. Los dos médicos habían visitado a la hija del rey y de doña Germana, a la que habían encontrado en muy buenas condiciones.

—Si don Fernando levantara la cabeza y viera a su nieto don Carlos a punto de convertirse en emperador, precisamente aquí, en su palacio de Zaragoza... —comentó Pedro Losantos.

—Supongo que no le hubiera gustado; él prefería a don Fernando, su otro nieto —dijo Juana.

—Guardad absoluta discreción, nos va la vida en esto —planteó de pronto Pedro.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Juana.

—A estos comentarios sobre el rey Carlos y su hermano Fernando. Están torturando a gente por compararlos.

—¡Cómo! —exclamó Pablo.

—Acabo de saber que hace unos meses un antiguo cortesano dijo en la plaza de una villa del norte que don Carlos no tenía que haber venido a estos reinos porque ya estaba aquí su hermano Fernando para gobernarlos. Y además sugirió que a don Felipe el Hermoso lo habían envenenado —explicó Pedro.

—¿Y qué le han hecho? —preguntó Juana.

—Lo apresaron, lo torturaron cortándole la lengua y, por fin, le incautaron todas sus propiedades —dijo Pedro.

—¡Qué horror! —se escandalizó Juana.

—Ese hombre no merece ser rey, y mucho menos emperador —asentó Pablo Losantos.

—No se te ocurra decir eso en voz alta, hijo. Si alguien te escucha, tendremos muchos problemas.

—No lo merece —insistió Pablo—. Deberíamos marcharnos de estos reinos.

—No podemos hacerlo —dijo Pedro.

—¿Por qué no? —demandó Pablo.

—Porque el rey Carlos, pronto emperador, va a nombrarte su médico personal.

—¡Qué! ¿Cómo es eso?

—Escuchad. Hace tres años, cuando el rey Fernando agonizaba en una aldea de Extremadura, vino a verme don Adriano de Utrecht, el embajador que envió don Carlos desde Flandes para negociar su venida, y me pidió ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? ¿Qué podías hacer tú? —preguntó Pablo.

—Esa no es la pregunta, Pablo —dijo Juana.

—¿Qué te ofreció don Adriano a cambio, padre? —inquirió Pablo.

Pedro Losantos bebió un trago de vino rebajado con agua y miró a los ojos a su esposa, que había estado presente el día que Adriano de Utrecht le ofreció el acuerdo, y luego a María, a su hijo y a su nuera, que permanecía callada al lado de su esposo.

—Ese hombre me pidió que convenciera al rey Fernando para que cambiara su testamento en el último instante —confesó Pedro mientras Juana asentía con la cabeza.

—¿Qué? —se sorprendió Pablo.

—Escuchad: don Fernando había dictado un testamento por el cual nombraba su heredero y sucesor en la Corona de Aragón a su nieto menor, don Fernando, su favorito. Era un documento secreto, pero legal, pues tenía su firma, la de dos testigos y la certificación de un notario.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hiciste tú? —Pablo se mostraba inquieto.

—Tras hablar con don Adriano de Utrecht convencí a don Fernando, que estaba agonizando, para que modificase su última voluntad y cambiase su testamento —confesó Pedro.

—Y así lo hizo... —supuso Pablo.

—Sí. Un día antes de morir, Fernando el Católico ordenó destruir el testamento que hubiera convertido a don Fernando de Austria en rey de la Corona de Aragón, y dictó otro por el cual ese honor recaía en don Carlos, convertido en heredero universal de Fernando de Aragón.

—¿Cómo convenciste de semejante cambio al rey? —le preguntó Pablo.

—Estaba muy débil, agonizante... No fue difícil. Le administré una pócima en una infusión que debilitó aún más su voluntad y su resistencia. Le insistí en que lo cambiara, y lo cambió.

—¿Qué tipo de pócima? —preguntó Pablo.

—Una relajante... —terció Juana—. La preparé yo misma.

—¡Dios mío, alteraste con una droga la voluntad del rey! —exclamó Pablo.

—Me limité a facilitar su decisión y su descanso.

—¿Y qué te prometió a cambio don Adriano? —preguntó Pablo.

—Nuestra seguridad. Y lo ha cumplido. Si yo no hubiera aceptado influir en la capacidad de decisión de don Fernando, creo que esa gente nos hubiera eliminado a todos nosotros. Pero cedí y acepté su trato, y ahora tú serás médico del rey, y ni la Inquisición ni los nobles que se enfrentaron con don Fernando podrán mover un dedo contra nosotros.

—Supongo que don Carlos sabe todo esto —intuyó Juana.

—Por supuesto.

—En ese caso...

—Somos hombres del rey, y estamos ligados a él para siempre —asentó Pedro.

—A don Carlos no le importa otra cosa que su gloria y su triunfo. Castilla, Aragón, Flandes, el Imperio, las Indias..., todo se le quedará pequeño. Su deseo de poder no conoce límites. Nuestra familia no es nada para él, cuando no le seamos útiles se deshará de nosotros como la nieve bajo los rayos del sol de abril —dijo Pablo, que se abrazó a su esposa Leonor de Urrea, cuyo embarazo estaba muy avanzado.

—Pablo tiene razón. —Juana de la Cruz tomó la mano de su esposo y la apretó con fuerza contra su pecho—. El rey es un hombre lleno de ambición. Ahora que sabe que puede tener todo el mundo en sus manos, hará cuanto pueda para lograrlo.

Luego se levantó de la mesa y se llevó con ella a su esposo a un lugar donde no pudieran escucharlos sus hijos.

—¿Es cierto que se han aplicado torturas y tormentos a ese antiguo cortesano? —le preguntó Juana llena de temor.

—Totalmente. El nombre de ese hombre al que cortaron la lengua es Lope de Araoz, y lo contó en la plaza Mayor de Oñate, una villa de Guipúzcoa. Lo detuvieron de inmediato y lo castigaron para que no volviera a hablar más.

—Si corren esos rumores... Entonces, ¿es cierto que don Felipe fue envenenado por orden del rey Fernando? ¿Sabes tú algo de eso? ¿Tuviste..., tuviste algo que ver en la muerte de don Felipe? —demandó Juana con cara de seria preocupación y una honda sospecha en el fondo de su corazón.

—Esos rumores corren por ahí sin ninguna prueba que los avale. Don Felipe el Hermoso murió de peste; así lo certificaron varios médicos. De eso no hay nada más que hablar —explicó Pedro visiblemente nervioso.

—Espero que no tuvieras nada que ver con la muerte de don Felipe —asentó Juana con los ojos inundados de tristeza.

Pedro y Juana regresaron a la mesa con sus hijos y continuaron el resto de la comida en silencio. Pedro Losantos dejó la cuchara sobre el plato y cerró los ojos. Pablo Losantos apretó los dientes y miró a su padre con cierta pesadumbre. María Losantos observó el prominente vientre de Leonor de Urrea, que le devolvió una mirada cómplice. Juana los contempló a todos y comprendió que era ella la que sostenía unida a la familia e intuyó que el tiempo que se avecinaba no sería precisamente halagüeño.

En ese momento Pedro Losantos no lo sabía, ni siquiera lo sospechaba, pero los oficiales de la Inquisición habían comenzado a realizar pesquisas sobre las acciones del médico converso.

El cerco comenzaba a cerrarse sobre él y muy pronto lo sufriría.

### *Palacio de la Aljafería, Zaragoza, fines de enero de 1519*

El rey trabajaba en su despacho del palacio de la Aljafería, junto al gran salón de recepciones en el que lucía la gran inscripción laudatoria del rey Católico, resolviendo algunos asuntos referentes al reino de Valencia y preparando las Cortes catalanas, convocadas en Barcelona, a fin de jurar sus Usos y Costumbres y recibir a su vez el homenaje de fidelidad de los catalanes.

Estaba muy enfadado, pues le habían informado de que el corsario Jaireddín, el nuevo Barbarroja, el hermano del difunto Aruj, se había erigido como caudillo de las bandas piratas y con ayuda de los turcos había conquistado Tremecén, una de las plazas españolas en el norte de África.

Pero cuando llegó un mensajero con una carta muy urgente, el rostro del rey cambió de rictus.

—Alteza —le avisó el señor de Chièvres—, vuestro abuelo el emperador Maximiliano ha muerto hace una semana en la ciudad de Wels, en Austria. Vos sois su heredero.

—¿El emperador... muerto?

—Sí, de una indigestión. —El de Chièvres evitó decir que el empacho mortal había sido a causa de un atracón de... melones; le pareció que no era una muerte digna de un emperador.

—Mi abuelo... —Carlos se mostró compungido—. Siempre estuvo a mi lado. Todo cuanto sé y todo lo que soy se lo debo a él. Si no hubiera estado a mi lado, siempre defendiendo mis derechos, probablemente hoy apenas sería otra cosa que señor de Flandes y de Borgoña. Disponed que se celebren funerales en su honor, enseguida —ordenó Carlos.

—Hay algo más. Los grandes electores alemanes nos han comunicado a través de una embajada secreta que están dispuestos a proclamaros emperador.

Carlos sintió una intensa convulsión, se levantó de su sillón y se acercó a una ventana. En el patio de la Aljafería, sobre unas alcándaras, los cetreros reales estaban ubicando a los doce halcones que le acababa de enviar como regalo el maestro de la Orden de San Juan en Rodas.

—Emperador... —bisbisó Carlos.

—Sí, alteza, pero vuestra elección supondrá importantes gastos para la Corona.

—¿Cuánto va a costar mi elección como emperador? —preguntó Carlos.

—Todavía no lo hemos calculado con precisión, pero por lo que suelen pedir los grandes electores, suponemos que la cifra no bajará de cuatrocientos mil ducados —aclaró Guillermo de Croy; el señor de Chièvres seguía siendo el personaje más influyente en la corte.

—¿Disponemos de ese dinero?

—En efectivo no, pero lo podemos reunir con cierta rapidez gracias a las rentas que comienzan a llegar de las Indias, utilizando parte del tesoro de vuestra madre doña Juana, recurriendo a préstamos de banqueros de Barcelona, Valladolid y Génova, y empleando una buena parte de las rentas que os lega don Maximiliano en su testamento. Y todavía podemos emplear las rentas y propiedades que vuestra alteza posee en Flandes, e incluso las de la Iglesia de Castilla; se lo pediré a mi sobrino si hicieran falta esos recursos. —El voraz y ambicioso Guillermo de Croy había logrado de Carlos I que nombrara a su sobrino obispo de Coria, y luego arzobispo de Toledo, pese a la oposición de numerosos párrocos de la diócesis.

—El Imperio bien merece ese gasto —musitó Carlos.

—Hay un banquero en la ciudad suaba de Augsburgo, que los españoles llaman «Augusta», que estaría dispuesto a prestaros cuanto dinero sea necesario. Se llama Jacobo Fugger. Vuestro abuelo Maximiliano ha usado de sus servicios en más de una ocasión.

—¿Fugger decís?

—Sí. Es miembro de una familia de artesanos y mercaderes que se hicieron ricos comerciando con paños, cobre y plata. Por lo que sé, es el menor de varios hermanos y de joven vivió en un convento, pero a la muerte de su padre y de sus hermanos mayores tuvo que hacerse cargo del gobierno familiar. Dicen que no sabía nada de negocios, pero que viajó a Italia, donde aprendió las prácticas de los banqueros florentinos. Ganó mucho dinero realizando préstamos sobre las minas de plata de Salzburgo y otras en la región del Tirol, y ahora es el hombre más rico de Europa.

—Reunid ese dinero —ordenó Carlos, en cuyos ojos brilló un destello de ambición. ¡Rey Emperador!

—Seréis el soberano más poderoso del mundo, el más grande de todos los tiempos; los dominios de Alejandro el Grande o de Octavio Augusto palidecerán ante vuestras posesiones: Flandes, España, Alemania, Italia, las Indias... —se entusiasmó De Croy—. Un nuevo tiempo amanece para la humanidad. El águila de los Austrias cubrirá toda la tierra con la sombra benéfica y protectora de sus alas.

—Espero que no se las queme el sol —ironizó Carlos.

—Vos seréis el mismo sol —Guillermo de Croy estaba eufórico.

Pese a la trascendencia del momento, y tras unos instantes de cierta agitación, Carlos parecía sereno y tranquilo.

—Dejadme solo; necesito pensar.

—Pero...

—Solo, don Guillermo, ahora quiero estar solo. Y ordenad que nadie me moleste.

El conde de Chièvres inclinó la cabeza y salió del despacho cerrando la recia puerta de casetones de madera.

Carlos volvió a la ventana. En el patio, los doce halcones de Rodas, cubiertas sus cabezas con caperuzas de cuero, agitaban sus alas preparándolas para el vuelo.

Por su cabeza pasó en unos breves instantes buena parte de su vida: su infancia en los suntuosos palacios de Flandes, el vago recuerdo de su padre Felipe el Hermoso, los atentos cuidados de su tía Margarita, los juegos infantiles y las confidencias juveniles con sus hermanas Leonor e Isabel, sus primeros escauceos amorosos, los consejos de su abuelo Maximiliano, las cartas de su abuelo Fernando a quien nunca conoció, su proclamación como rey de España, su viaje a Castilla, sus encuentros con su madre, la reina Juana, a la que hubiera querido amar, su encuentro con su hermano Fernando, sus días de intenso amor con Germana...

Era extraño y turbador a la vez cómo en unos breves instantes podían discurrir tantos años por la cabeza de un hombre. Pero todos esos recuerdos no eran sino

pasados trazos en la memoria. Ahora comenzaba un tiempo nuevo. Todavía no había cumplido los diecinueve años y algunos de sus consejeros ya le decían que era el hombre más poderoso del mundo y que iba a serlo mucho más. Tenía el mundo en sus manos, era dueño de media Europa y sus dominios al otro lado del océano Atlántico crecían año a año. Carlos de Austria, rey y pronto emperador...

Los halcones se calmaron sobre la alcándara y dejaron de batir las alas cuando los halconeros reales les quitaron las caperuzas y los alimentaron con pedazos de carne fresca.

Carlos alzó la mirada al techo de su despacho. Los perfiles dorados del artesonado policromado del palacio de la Aljafería, obra de alarifes musulmanes, brillaban sobre el fondo de madera oscura. Detuvo sus ojos en uno de los escudos y observó los cuarteles heráldicos de sus abuelos sostenidos por las garras del águila de San Juan: los castillos dorados sobre fondo carmesí del reino de Castilla, los leones rampantes del reino de León, las barras rojas y doradas de la Corona de Aragón y las águilas y los bastones rojos y amarillos del reino de las Dos Sicilias. En aquellos escudos faltaba la granada, el emblema del último reino musulmán conquistado, y las cadenas de Navarra.

De pronto sintió un estremecimiento, se convulsionó y cayó al suelo hecho un ovillo. Estaba solo y no era capaz de articular palabras, ni siquiera emitir un leve quejido para llamar la atención de sus criados. Se desvaneció. Oscuridad. Nada.

Cuando recuperó la consciencia abrió los ojos y observó a su alrededor. Se descubrió tumbado sobre el suelo, en posición fetal, como un niño temeroso y desamparado. Seguía solo. Poco a poco se puso en pie. Tenía la cara y la barba llena de su propia saliva, que secó con la manga de su jubón. Entonces fue consciente de que había vuelto a sufrir uno de esos ataques que le sobrevenían cada cierto tiempo. Recordó que su médico en Flandes le había dicho que los ataques de epilepsia eran una señal de nobleza y que los habían padecido hombres tan ilustres como Alejandro Magno o Julio César; incluso el héroe griego Hércules, ejemplo de fortaleza y valor, según se leía en las viejas leyendas.

Tembló pero se recompuso. Era el rey, pero podía sufrir y morir como cualquier otro hombre.

Procuró serenarse y volvió a alzar la cabeza. Allí seguía el escudo de los Reyes Católicos, y pensó entonces en su propio escudo imperial. Un escudo en el que se plasmara toda la gloria y toda la grandeza de su linaje, un escudo para un rey y un emperador, un escudo que estaría sostenido por las garras del águila de los Austrias. Tendría tantos emblemas que haría falta uno muy grande, un escudo en el que cupieran los símbolos de todos sus dominios, los de España, Flandes, Borgoña, ahora el Sacro Imperio..., y quién sabe cuántos más podrían añadirse en el futuro.

Ya era rey de varios reinos, señor de muchos dominios y Estados y pronto iba a

convertirse en emperador, pero, por un instante, solo durante un breve momento, quiso ser un joven enamorado de Isabel, la hermosísima princesa portuguesa cuyo retrato le había mostrado unos meses atrás en el palacio de Valladolid el embajador de ese reino. Isabel, la mujer más bella del mundo, sería su reina, su emperatriz. Isabel.

Todavía confuso por el desmayo, en la soledad de la estancia solemne, bajo los escudos de sus abuelos, Carlos de Austria solo era un joven enamorado de la imagen de una muchacha dibujada en un sueño.

Rey, emperador, pronto el dueño del mundo...; ahora sí, el águila había levantado el vuelo y ni siquiera el cielo parecía ser su límite.



# APÉNDICES

—

# NOTA DEL AUTOR

—

El siglo XVI, «el Siglo de Oro», es el más brillante de la historia de España y el de los mayores éxitos internacionales. Entre 1519 y 1598 el Imperio español fue la primera potencia del mundo.

Pero todo pudo cambiar a finales de 1504, tras la muerte de Isabel la Católica, reina de Castilla y León. Ese mismo día su esposo Fernando el Católico, rey de Aragón, dejó de intitularse rey de Castilla y León. El matrimonio de los Reyes Católicos supuso la unión dinástica de las Coronas de Aragón y de Castilla, pero no la unidad nacional que en tantas partes se resalta de manera tan interesada como errónea. De hecho, Fernando volvió a casarse apenas unos meses después de la muerte de Isabel y, si de ese matrimonio con Germana de Foix hubiera sobrevivido un varón, ese hubiera sido el rey de la Corona de Aragón, pero no el de la de Castilla. Fernando el Católico tuvo la intención de separar las dos Coronas y, desde luego, ni aragoneses ni castellano-leoneses hicieron esfuerzo alguno ni mostraron interés para que se mantuviera la unidad. La historiografía tradicionalista ha manipulado los hechos y las intenciones influyendo en el imaginario colectivo para asentar la idea de que los Reyes Católicos forjaron la unidad de España.

En 1516 murió Fernando el Católico, y se produjo un hecho insólito. La heredera de Isabel en Castilla era Juana la Loca, pero en Aragón Juana no podía reinar por su condición de mujer, aunque sí transmitir la potestad real. Pero Juana no estaba en plenitud de condiciones mentales, de modo que fue su hijo Carlos de Gante quien se convirtió en rey de Aragón y de Castilla y León, y en 1519 añadió a sus títulos el de emperador de Alemania. Desde entonces, la casa de Austria se convirtió en el linaje más poderoso de Europa y forjó un verdadero Imperio mundial.

Esta novela narra esos apasionantes años mezclando ficción y realidad, pero sin que se abandone en ningún caso la verosimilitud del relato y la fidelidad a los hechos documentados.

La historia de los personajes reales se ha novelado a partir de decenas de crónicas y de miles de documentos de todo tipo, además de intensas consultas en fuentes de carácter arqueológico, iconográfico y artístico. La abrumadora documentación y la extensísima bibliografía existentes presentan en ocasiones visiones distintas e incluso contradictorias de unos mismos hechos, que en esta novela se han resuelto siguiendo un criterio de coherencia narrativa.

Tal es el caso de la muerte de personajes como Felipe el Hermoso, que la versión oficial atribuye a causas naturales, pero sobre la cual corrieron no pocos rumores sobre un posible envenenamiento. En ese tiempo el asesinato de los rivales políticos era una práctica que se aplicó con cierta profusión.

La trama de ficción se ha estructurado a partir de la creación literaria de una familia de judíos conversos, los Losantos, en la cual se ha reflejado lo que fueron las clases burguesas y populares que vivieron en España y en otras regiones de Europa en las dos primeras décadas de comienzos del siglo XVI. Para la ambientación de esta familia y sus relaciones se han utilizado documentos de tipo privado, procedentes de

archivos notariales, sobre todo. La vida cotidiana se ha reconstruido a partir de materiales arqueológicos y museísticos. El espíritu de la época se ha plasmado mediante el análisis de los libros que se leían a comienzos del siglo XVI, y de los gustos estéticos y las disertaciones morales habituales en ese tiempo.

Esta novela debe mucho a varias personas que me han ayudado de diversas maneras para que el resultado sea mejor; obviamente, los errores que en el texto pueda haber son exclusivamente míos.

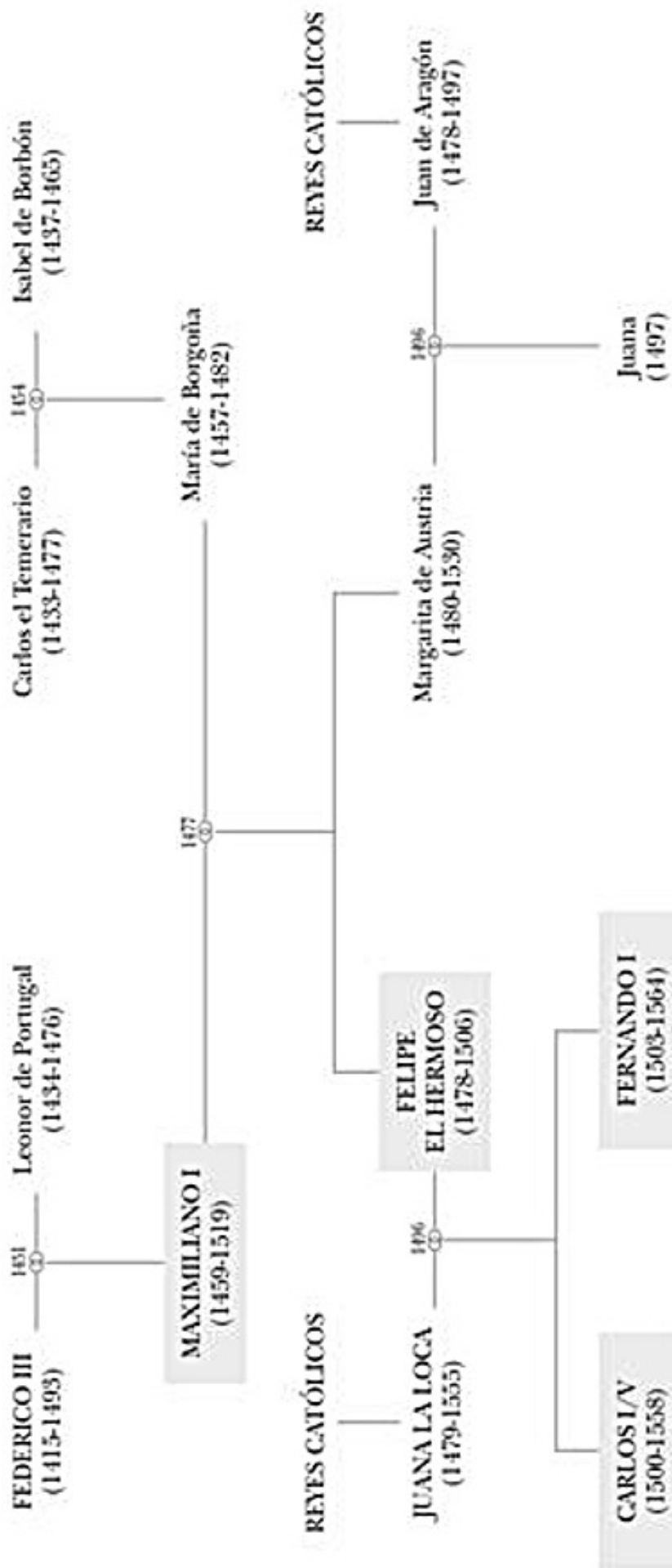
Muchas gracias a mis editoras de la Editorial Planeta, Raquel Gisbert y Purificación Plaza, que me han animado con entusiasmo y han sostenido mi ánimo desde el primer momento en que decidimos llevar adelante este proyecto; además, me han regalado sustanciales pautas para poder escribir y me han enseñado, una vez más, el valor del trabajo bien hecho. Su amistad y su generosidad me conforta mucho. Muchas gracias a Diana Collado Clouet, mi eficaz e incansable asesora editorial y literaria en esta novela, que ha vivido y trabajado mi proceso de escritura desde el primer momento, me ha regalado estupendos consejos y ha revisado el texto con tanta pasión como profesionalidad, ofreciéndome sugerencias impagables; lo mejor de esta novela se debe sin duda a su inteligencia, a su trabajo y a su paciencia. Muchas gracias a José Calvo Poyato, maestro y amigo, con el cual he hablado en numerosas ocasiones de esta novela y de los asuntos históricos que aquí se narran, y cuyos magistrales consejos siempre atiendo con reverencial devoción, en este caso con especial relevancia en todo lo que se refiere a la figura del Gran Capitán y su relación con Fernando el Católico. Para mí, José Calvo es un modelo y un ejemplo como historiador y escritor al que profeso algo más que la amistad de muchos años compartiendo querencias y vida.

Esta novela, y las que puedan venir sobre los Austrias, debe mucho al desafortunadamente fallecido José Manuel Lara, que fuera presidente del Grupo Planeta, quien puso especial y personal empeño en que este proyecto saliera adelante. En una ocasión, tras firmar mi primera novela con la Editorial Planeta, me dijo algo así como: «Ya tardabas en estar con nosotros»; se lo agradecí. Lamento mucho que no haya podido ver publicado el resultado de aquel deseo.

# ÁRBOLES GENEALÓGICOS

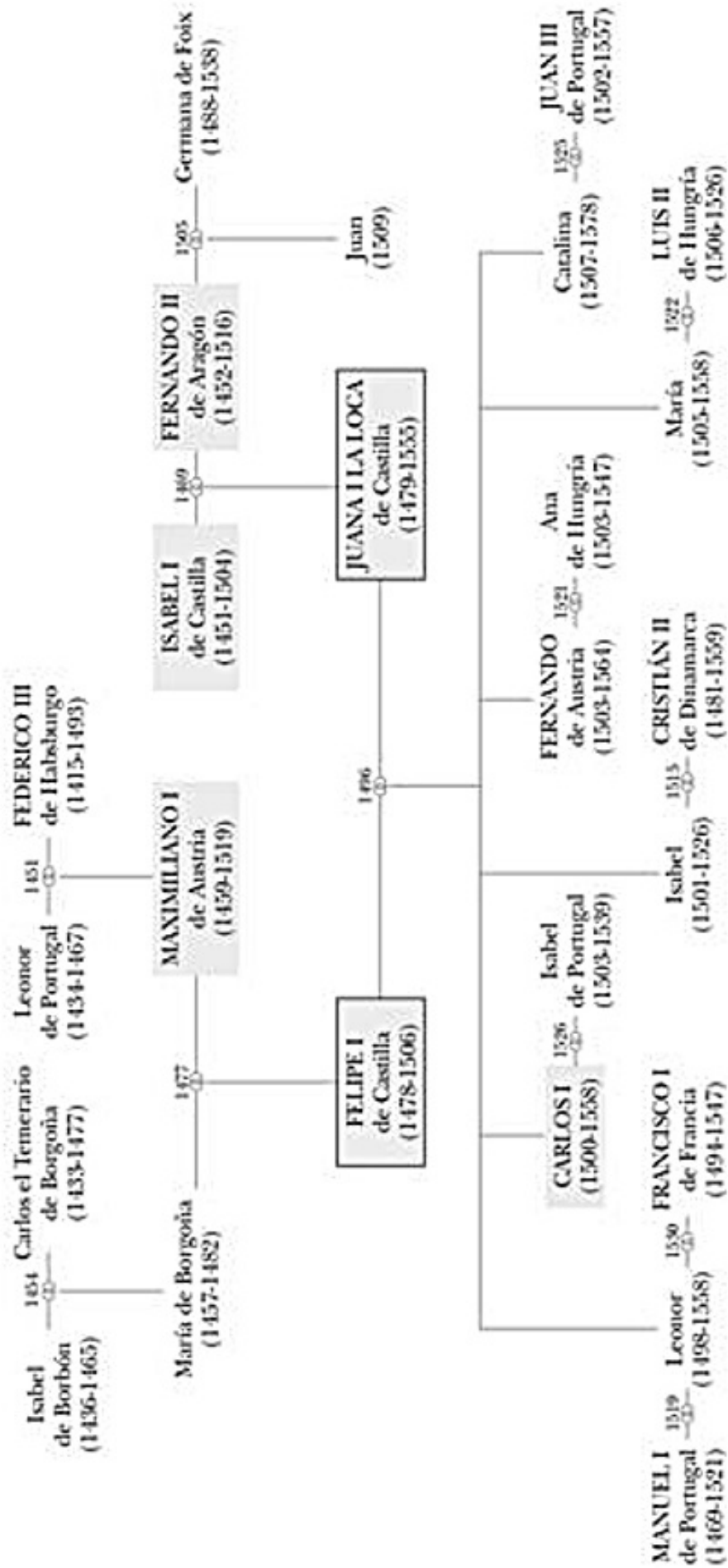
—

## GENEALOGÍA DE LOS AUSTRIAS (1459-1519)



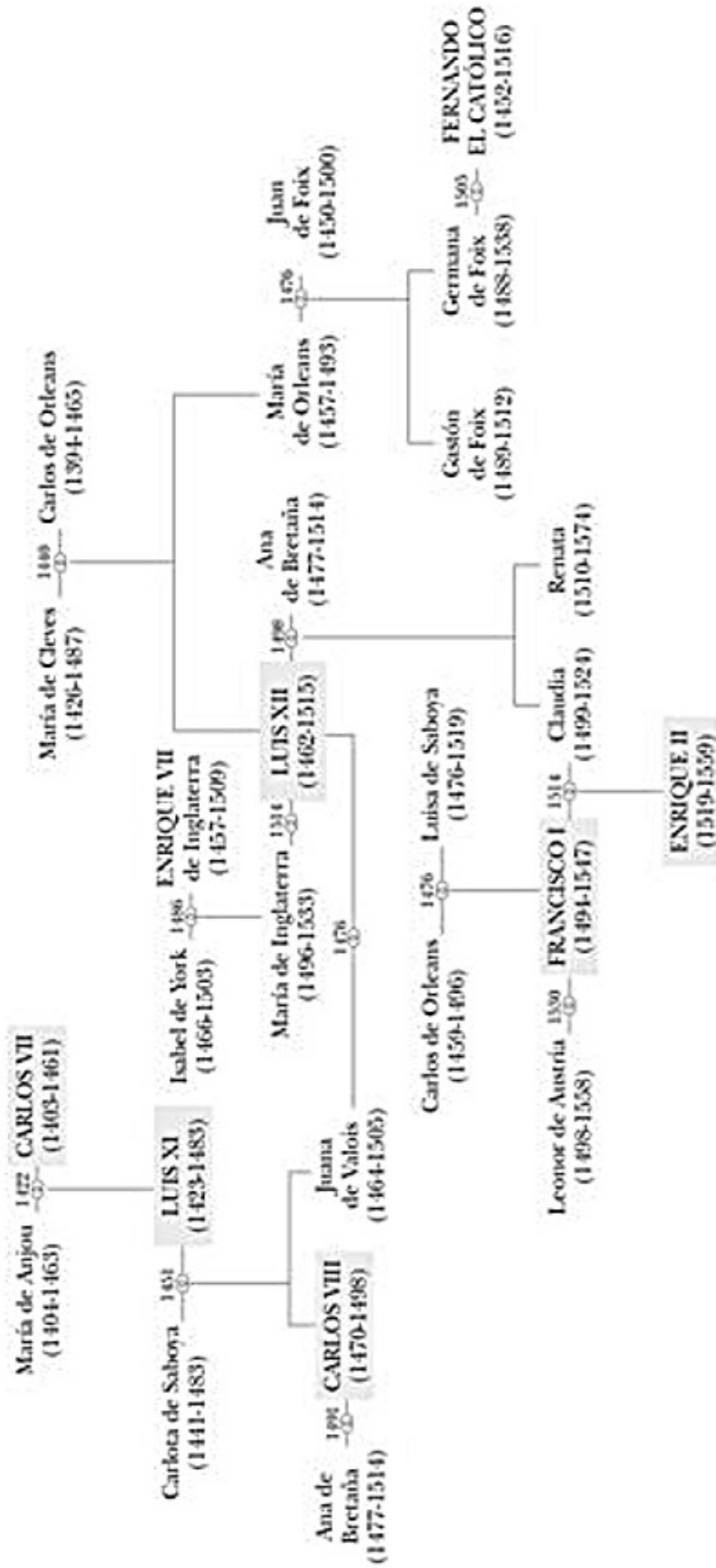


## GENEALOGÍA DE JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO (1478-1519)

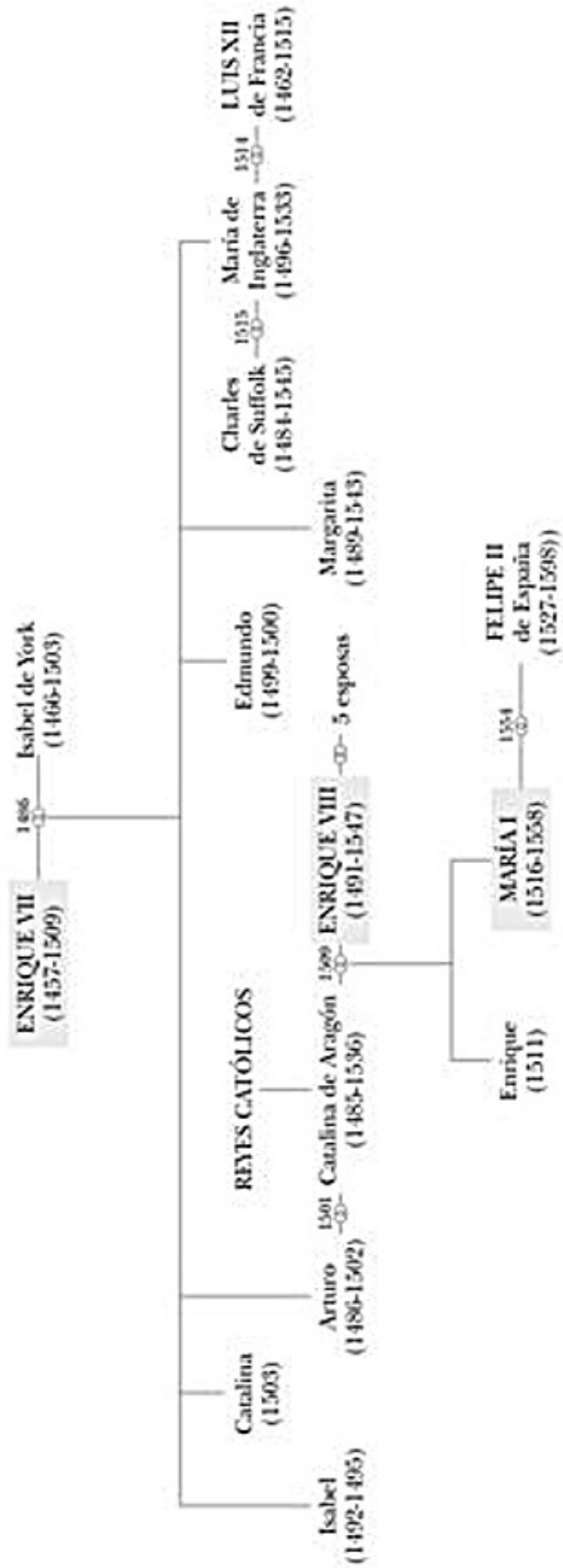




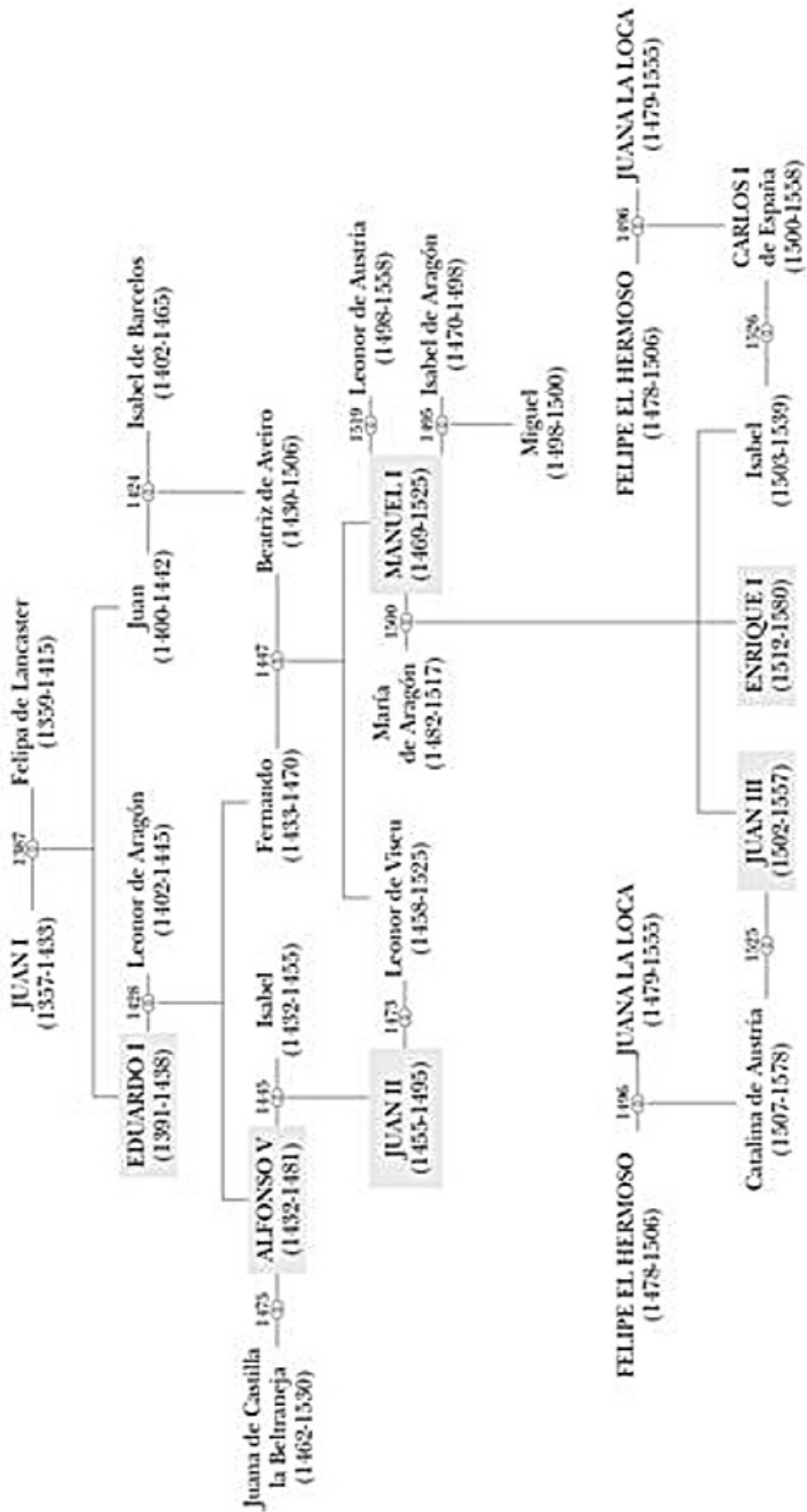
## GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE FRANCIA (1462-1519)



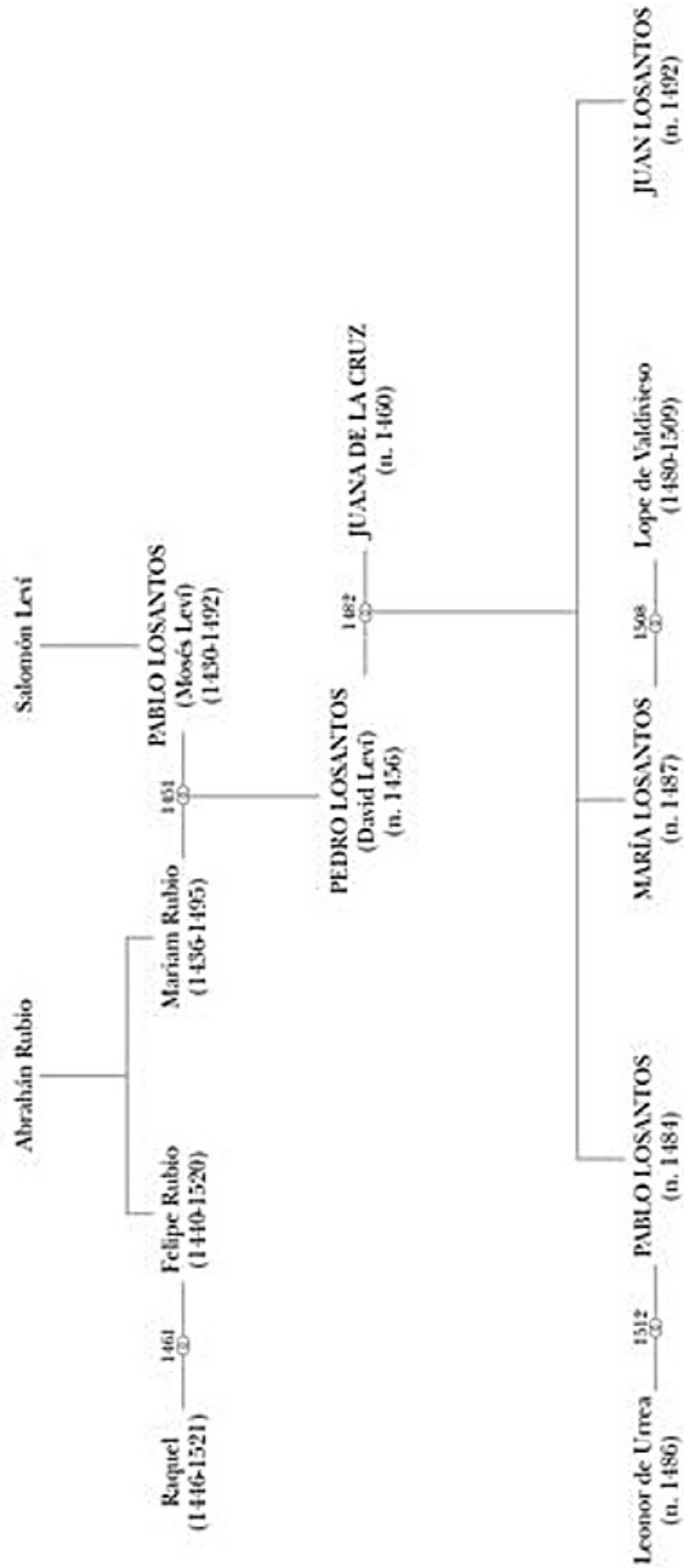
## GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE INGLATERRA (1457-1519)



## GENEALOGÍA DE LA CASA REAL DE PORTUGAL (1455-1519)



## GENEALOGÍA DE LA FAMILIA LOSANTOS (1430-1519)



# PRINCIPALES PERSONAJES HISTÓRICOS

---

**Adriano de Utrecht** (1459-1523): teólogo; preceptor de Carlos de Austria; papa en 1522 con el nombre de Adriano VI.

**Alonso de la Caballería** (h. 1480-h. 1510): vicescanciller de Aragón; pretendiente de Germana de Foix.

**Andrés del Burgo** (h. 1470-h. 1520): consejero de Fernando el Católico.

**Arturo de Inglaterra** (1486-1502): príncipe de Gales (1486-1502); primer esposo de Catalina de Aragón.

**Barbarroja Aruj** (1473-1518): corsario al servicio del Imperio otomano; hermano de Jaireddín.

**Barbarroja Jaireddín** (1475-1546): corsario al servicio del Imperio otomano; hermano de Aruj.

**Bayaceto II o Beyazid II** (1447-1512): sultán otomano (1481-1512).

**Carlos de Gante o de Austria** (1500-1556): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; archiduque de Austria (desde 1506), rey de España y de las Indias occidentales (Carlos I desde 1516), emperador de Alemania (Carlos V desde 1519).

**Catalina de Aragón** (1485-1536): hija de los Reyes Católicos; esposa de Arturo de Inglaterra y princesa de Gales (1501-1502); esposa de Enrique VIII y reina de Inglaterra (1509-1536).

**Catalina de Austria** (1507-1578): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Juan III y reina de Portugal (1525-1557).

**Cisneros** (1436-1517): Francisco Jiménez de Cisneros; arzobispo de Toledo; presidente del Consejo de Regencia de Castilla; inquisidor general de Castilla.

**Conde de Cifuentes** (1480-1546): Fernando de Silva y Álvarez de Toledo; aliado de Fernando el Católico.

**Conde de Tendilla** (1440-1515): Íñigo López de Mendoza y Quiñones; aliado de Fernando el Católico.

**Cristóbal Colón** (1451-1506): marino descubridor de América; almirante de la mar Océana.

**Don Juan Manuel** (h. 1480-1453): señor de Belmonte de Campos; enemigo de Fernando el Católico.

**Duque de Alba** (1640-1531): Fadrique Álvarez de Toledo; segundo duque de Alba; aliado de Fernando el Católico.

**Duque de Béjar** (h. 1450-1531): Alonso de Zúñiga y Pérez de Guzmán;

- enemigo de Fernando el Católico.
- Duque de Benavente** (h. 1480-1572): Alonso Pimentel y Pacheco; almirante de Castilla; enemigo de Fernando el Católico.
- Duque de Medina Sidonia** (1464-1507): Juan Alonso Pérez de Guzmán; enemigo de Fernando el Católico.
- Duque de Nájera** (1482-1515): Pedro Manrique de Lara y Sandoval; enemigo de Fernando el Católico.
- Enrique IV** (1425-1474): rey de Castilla (1454-1474); hermano (de padre) de Isabel la Católica.
- Enrique VII** (1457-1509): rey de Inglaterra (1485-1509); fundador de la dinastía Tudor.
- Enrique VIII** (1491-1547): rey de Inglaterra (1509-1547); segundo esposo de Catalina de Aragón.
- Erasmus de Rotterdam** (1466-1536): humanista y filósofo.
- Felipe I el Hermoso** (1478-1506): hijo de Maximiliano de Austria; duque de Borgoña y archiduque de Austria (1482-1506); rey de Castilla y León (1504-1506).
- Fernando el Católico** (1452-1516): rey de Sicilia (1469-1516); rey de Castilla y León (1474-1504); rey de la Corona de Aragón (1479-1516).
- Fernando de Austria** (1503-1564): hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; emperador de Alemania (1554-1564).
- Filiberto de Vere** (h. 1480-h. 1530): mayordomo de Felipe el Hermoso.
- Francisco I** (1494-1547): rey de Francia (1515-1547).
- Garcilaso de la Vega** (h. 1450-1512): consejero real; comendador mayor de León; enemistado con Fernando el Católico; padre del poeta Garcilaso.
- Germana de Foix** (1488-1537): sobrina del rey Luis XII de Francia; esposa de Fernando el Católico y reina de Aragón (1505-1516).
- Gonzalo Fernández de Córdoba** (1453-1515): el Gran Capitán; virrey de Nápoles (1503-1507).
- Guillermo de Croy** (1458-1521): señor de Chièvres; consejero de Carlos I.
- Isabel de Austria** (1501-1526): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Cristián II y reina de Dinamarca (1515-1526).
- Isabel de Portugal** (1503-1539): hija de Manuel I de Portugal y de María de Castilla; esposa de Carlos I y reina de España (1526-1539).

**Isabel la Católica** (1451-1504): reina de Castilla y León (1474-1504); reina de Aragón (1479-1504).

**Juan de Anchieta** (h. 1462-1523): músico y consejero de Juana la Loca.

**Juan de Castilla y Aragón** (1478-1497): hijo de los Reyes Católicos; príncipe de Asturias y de Gerona (1478-1497).

**Juan de Enguera** (¿-1513): dominico; inquisidor general de la Corona de Aragón.

**Juan le Sauvage** (1455-1518): canciller y consejero de Carlos de Austria.

**Juan Rodríguez de Fonseca** (1451-1524): obispo de Palencia y Burgos; consejero de los Reyes Católicos.

**Juana la Beltraneja** (1462-1530): princesa de Castilla; reina de Portugal (1475).

**Juana la Loca** (1479-1555): hija de los Reyes Católicos; archiduquesa de Austria y reina de Castilla y de León (1504-1555).

**Julio II** (1443-1513): Giuliano de la Rovere; papa (1503-1513).

**Leonor de Austria** (1498-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Manuel I y reina de Portugal (1519-1521); esposa de Francisco I y reina de Francia (1530-1558).

**León X** (1475-1521): Giovanni di Lorenzo de Médici; papa (1513-1522).

**Luis XII** (1462-1515): rey de Francia (1498-1515).

**Luis Zapata** (h. 1450-1522): consejero de los Reyes Católicos; letrado de las Cortes de Castilla.

**Lutero** (1483-1546): Martín Lutero; fraile agustino impulsor de la Reforma protestante.

**Margarita de Austria** (1480-1530): hija de Maximiliano de Austria y esposa de Juan de Castilla y Aragón; princesa de Asturias (1496-1497); regente de los Países Bajos (1507-1515 y 1519-1530).

**María de Austria** (1505-1558): hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso; esposa de Luis II y reina de Hungría (1522-1526).

**María de Castilla y de Portugal** (1482-1517): hija de los Reyes Católicos; esposa de Manuel I y reina de Portugal (1500-1517).

**María de Inglaterra** (1496-1533): hija de Enrique VII de Inglaterra; esposa de Luis XII y reina de Francia (1514-1515).

**Marqués de Astorga** (h. 1480-1523): Álvaro Pérez Osorio; enemigo de Fernando



el Católico.

**Marqués de Villena** (h. 1447-1529): Diego López Pacheco; enemigo de Fernando el Católico.

**Maximiliano I** (1459-1519): emperador de Alemania (1508-1519).

**Manuel I** (1469-1521): rey de Portugal (1495-1521).

**Mercurino de Gattinara** (1465-1530): consejero y canciller de Carlos de Austria.

**Miguel Pérez de Almazán** (h. 1450-1514): secretario de Isabel la Católica y consejero de los Reyes Católicos; de ascendencia judeoconversa.

**Selim I** (1470-1520): sultán otomano (1512-1520).

**Tomás de Malferit** (¿-1508): consejero de Fernando el Católico.

# PRINCIPALES PERSONAJES FICCIÓN

---

**Felipe Rubio** (n. 1440): judío converso; maestro orfebre; tío de Pedro Losantos.

**Juan Losantos** (n. 1492): maestro orfebre; hijo de Pedro Losantos y Juana de la Cruz.

**Juana de la Cruz** (n. 1460): curandera; judía conversa; esposa de Pedro Losantos.

**Leonor de Urrea** (n. 1486): dama de compañía de Germana de Foix; esposa de Pablo Losantos.

**Lope de Valdivieso** (1480-1509): infanzón castellano; esposo de María Losantos.

**María Losantos** (n. 1487): curandera; hija de Pedro Losantos y Juana de la Cruz; esposa de Lope de Valdivieso.

**Pablo Losantos** (n. 1484): médico real; hijo de Pedro Losantos y Juana de la Cruz.

**Pedro Losantos** (n. 1456): médico real; judío converso; esposo de Juana de la Cruz.

**Raquel Rubio** (n. 1446): judía conversa; esposa de Felipe Rubio.

# CRONOLOGÍA

—

- 1504, 26 de noviembre:** Isabel la Católica muere en Medina del Campo.
- 1505, 7 de marzo:** Cortes de Toro; Juana la Loca reconocida como reina propietaria de Castilla.
- 1505, 12 de octubre:** Tratado de Blois entre Francia y las Coronas de Aragón y de Castilla.
- 1505, 15 de septiembre:** María de Austria, hija de Juana la Loca, nace en Bruselas.
- 1505, 24 de noviembre:** Concordia de Salamanca entre Fernando el Católico y Felipe el Hermoso.
- 1506, 20 de mayo:** Cristóbal Colón muere en Valladolid.
- 1506, 27 de junio:** Fernando el Católico y Felipe el Hermoso firman el acuerdo de Villafáfila.
- 1506, julio:** Fernando el Católico abandona Castilla.
- 1506, 25 de septiembre:** Felipe el Hermoso muere en Burgos.
- 1507, 4 de enero:** Catalina de Austria, hija de Juana la Loca, nace en Torquemada.
- 1507, agosto:** Fernando el Católico regresa a Castilla.
- 1508, 4 de febrero:** Maximiliano I de Austria es proclamado emperador.
- 1508, 10 de diciembre:** Liga de Cambrai entre Francia, Alemania, el Papado y Aragón y Castilla.
- 1509, 4 de febrero:** Maximiliano de Austria es coronado emperador.
- 1509, 1 de junio:** Catalina de Aragón se casa con Enrique VIII de Inglaterra en Londres.
- 1510, noviembre:** Cortes de Madrid; Carlos de Austria reconocido heredero de Castilla.
- 1511, 4 de octubre:** Liga Santa del Papado, España, Imperio y Venecia contra Francia.
- 1512, 11 de abril:** Derrota de las tropas españolas por las francesas en la batalla de Rávena.
- 1512, 25 de julio:** Las tropas de Fernando el Católico ocupan Pamplona.
- 1513, 21 de febrero:** Julio II, papa, muere en Roma.
- 1513, 11 de marzo:** Giovanni di Lorenzo de Médici es elegido papa como León X.

- 1513, 25 de septiembre:** Vasco Núñez de Balboa llega al océano Pacífico.
- 1514, otoño:** Fernando el Católico se retira a las montañas de León.
- 1515, enero:** Carlos I es proclamado mayor de edad, asume el poder en Flandes.
- 1515, 12 de agosto:** Isabel de Austria se casa con Cristián II de Dinamarca.
- 1515, 2 de diciembre:** Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, muere en Loja.
- 1516, 23 de enero:** Fernando el Católico muere en Madrigalejo, Extremadura.
- 1516, 13 de marzo:** Carlos I es proclamado rey de España en Bruselas.
- 1517, 8 de noviembre:** el cardenal Cisneros muere en Roa de Duero.
- 1517, 19 de septiembre:** Carlos I llega a España y desembarca en Villaviciosa.
- 1518, 2 de febrero:** Carlos I es jurado rey de Castilla y León; las Indias se incorporan a Castilla.
- 1519, 12 de enero:** Maximiliano I muere en Wels, Austria.
- 1519, enero:** Carlos I de España se proclama emperador de Alemania como Carlos V.

# BIBLIOGRAFÍA

—

## Crónicas

BERNÁLDEZ, Andrés de (el cura de los Palacios). *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*. José de la Mata Carriazo y Manuel Gómez Moreno (ed.). Madrid, 1962.

*Crónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Aguilar y Córdoba*. Zaragoza, 1559.

*Crónica del Gran Capitán*. Alcalá de Henares, 1584.

DUPONCET, J. N. *Historia de don Gonzalo Fernández de Córdoba, renombrado el Gran Capitán*, Jaén, 1728.

GALÍNDEZ DE CARVAJAL, Lorenzo. *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*. Valladolid, 1787 (s. XVI).

GARCÍA CERECEDA, Martín. *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia desde 1521 hasta 1545*. 3 vols. Madrid, 1873-1876.

GIRÓN, P. *Crónica del emperador Carlos V*. J. Sánchez Montes (ed.). Madrid, 1964.

HERRERA, F. DE. *Historia de las proezas y hazañas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*. 1669.

IOVIO, Pablo. *Libro de la vida y crónica de Gonzalo Hernández de Córdoba, llamado el Gran Capitán*. 1555.

— *Las cuentas del Gran Capitán*. Tribunal de Cuentas. Madrid, 1983.

LÓPEZ DE AYALA, I. *Vida de Gonzalo Fernández de Aguilar y Córdoba, el Gran Capitán*. Madrid, 1793.

MAQUIAVELO, Nicolás. *El príncipe*. Madrid, 1964 (1514).

MARINEO SÍCULO, Lucio. *Vida y hechos de los Reyes Católicos*. J. Hidalgo (ed.). Madrid, 1943.

MEXÍA, P. *Historia del emperador Carlos V*. J. de Mata Carriazo (ed.). Madrid, 1945.

OSORIO DE MOSCOSO, A. *Historia del príncipe don Fernando que después fue emperador por renuncia de Carlos V, su hermano*. Biblioteca Nacional de España, ms. 6020.

PÉREZ DEL PULGAR, Hernando. *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán*. Sevilla, 1527.



— *Crónica de los Reyes Católicos*. Madrid, 1943.

QUINTANA, J. M. *Vidas de españoles célebres. Vida de Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado el Gran Capitán*. Madrid, 1807 (reed. 2010).

RODRÍGUEZ VILLA, Antonio. *Crónicas del Gran Capitán*. Madrid, 1908.

SANDOVAL, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V. C. Seco Serrano (ed.)*. 3 vols. Madrid, 1955-1956.

SANTA CRUZ, A. de. *Crónica del emperador Carlos V*. R. Beltrán y Rózpide y A. Blázquez y Delgado-Aguilera (ed.). 5 vols. Madrid, 1920-1925.

SEPÚLVEDA, J. G. de. *Historia de Carlos V*. E. Rodríguez y Baltasar Cuart (ed.). 2 vols. Salamanca, 1995-1996.

ZURITA, Jerónimo. *Historia del rey don Hernando el Católico. De las empresas y ligas de Italia*. Zaragoza, 1996.

### **Colecciones documentales**

ANATRA, Bruno (ed.). *Carlo V*. 2 vols. (Fuentes y Escritos históricos). Florencia, 1974.

BRANDI, Karl (ed.). *Berichte und Studien zur Geschichte Karls V*. 20 vols. Gotinga, 1930-1942.

DRUFFEL, August von (ed.). *Beiträge zur Reichsgeschichte 1546-1551*. 4 vols. Munich, 1873-1896.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (ed.). *Corpus documental de Carlos V*. 5 vols. Salamanca, 1973-1981.

GHISLAIN LE GLAY, André Joseph. *Correspondance de l'empereur Maximilian et de Marguerite d'Autriche, sa fille*. 2 vols. París, 1839.

LANZ, Karl (ed.). *Correspondenz Kaiser Karls V. Aus dem kgl. Archiv und der Bibliothèque de Borugogne su Brüssel*. 3 vols. Leipzig, 1844-1846.

MALE, G. van. *Lettres sur la vie intérieure de l'Empereur Charles Quint*. Bruselas, 1843.

### **Ensayos**

ÁLVAR, A. *El César Carlos: de Gante a El Escorial*. Madrid, 1998.

- (coord.). *Socialización, vida privada y actividad pública de un emperador del Renacimiento. Fernando I, 1503-1564*. Madrid, 2004.
- y A. DOMÍNGUEZ ORTIZ. *La sociedad española en la Edad Moderna*. Madrid, 2005.
- ARAM, Bethany. *La reina Juana: gobierno, piedad y dinastía*. Madrid, 2001.
- BABELON, J. *Charles Quint*. París, 1947.
- BAUMGARTEN, Hermann. *Geschichte Karls V*. 3 vols. Stuttgart, 1885-1892.
- BAUER, W. *Die Anfänge Ferdinands I*. Viena-Leipzig, 1907.
- BELENGUER CEBRIÁ, E. *El Imperio hispánico (1479-1665)*. Barcelona, 1995.
- *Fernando el Católico*. Barcelona, 2001.
- (ed.). *De la unión de coronas al Imperio de Carlos*. 3 vols. Madrid, 2001.
- BELENGUER CEBRIÁ, E. *El imperio de Carlos V: las coronas y sus territorios*. Barcelona, 2002.
- *Historia de la España moderna. Desde los Reyes Católicos a Felipe II*. Barcelona, 2011.
- BENNASSAR, Bartolomé. *La España del Siglo de Oro*. Barcelona, 2001.
- *La España de los Austrias (1516-1700)*. Barcelona, 2010.
- BERNAL, Antonio-Miguel. *Monarquía e imperio*. Madrid, 2007.
- BOOM, G. de. *Charles Quint, prince des Pays-Bas*. Bruselas, 1952.
- BOTELLO, David y May RODRÍGUEZ ALBENDEA. *Felipe el Hermoso. Anatomía de un crimen*. Madrid, 2015.
- BOUZA, F. *Los Austrias mayores. Imperio y monarquía de Carlos V y Felipe II*. Madrid, 1996.
- BRANDI, K. *Carlos V, vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*. Madrid, 1943.
- *Kaiser Karl V. Werden und Schicksal einer Persönlichkeit und eines Weltreiches*. 2 vols. Munich, 1964.
- BRAUDEL, Ferdinand. *Carlos V y Felipe II*. Madrid, 1999.
- CALVO POYATO, José. *Enrique IV el Impotente y el final de una época*. Barcelona, 1997.
- *Así vivían en el Siglo de Oro*. Barcelona, 2005.

- CARANDE, Ramón. *Carlos V y sus banqueros*. 3 vols. Madrid, 1944-1957.
- CARDAILLAC, L. *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*. México, 1979.
- CARO BAROJA, Julio. *Las formas complejas de la vida religiosa: religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1983.
- CARRASCO MARTÍNEZ, A. *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*. Barcelona, 1998.
- CARRASCO, Rafael. *La empresa imperial de Carlos V*. Madrid, 2105.
- CASTELLANO CASTELLANO, J. L., y F. SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ (coords.). *Carlos V. Europeísmo y universalidad*. 5 vols. Madrid, 2001.
- CHAUNU, Pierre. *La España de Carlos V*. Barcelona, 1980.
- CHABOD, F. *Carlos V y su imperio*. FCE. México, 1992.
- Charles Quint et son temps*. París, 1959.
- DELFOSE, Rudolf. *Die Jugend Karl V*. Gotinga, 1923.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. *Historia de los moriscos*. Madrid, 1978.
- *Los judeoconversos en la España moderna*. Madrid, 1992.
- *El Antiguo Régimen, los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid, 2000.
- DOUSSINAGUE, J. M. *Fernando el Católico y Germana de Foix. Un matrimonio por razón de Estado*. Madrid, 1944.
- *El testamento político de Fernando el Católico*. Madrid, 1950.
- EGUIAGARAY, F. *Los intelectuales españoles de Carlos V*. Madrid, 1965.
- EDWARDS, J. *La España de los Reyes Católicos (1474-1520)*. Barcelona, 2001.
- El Consejo de Indias en el siglo XVI*. Valladolid, 1970.
- ELLIOTT, J. H. *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, 1990.
- Ferdinand I* (Catálogo de la exposición celebrada en Viena). Viena, 2003.
- Fernando el Católico*. V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. 5 vols. Zaragoza 1954.
- Fernando I. Un infante español emperador*. Valladolid, 2003.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Política mundial de Carlos V y Felipe II*. Madrid, 1966.

- *La sociedad española del Renacimiento*. Salamanca, 1970.
- *Testamento de Carlos V*. Madrid, 1982.
- *La sociedad española en el Siglo de Oro*. 2 vols. Madrid, 1989.
- *La España del emperador Carlos V*. Madrid, 1990.
- *Poder y sociedad en la España del Quinientos*. Madrid, 1995.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid, 1999.
- *Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas*. Madrid, 2000.
- *Carlos V. Un hombre para Europa*. Madrid, 2010.
- y LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ. *La España de los Reyes Católicos*. Madrid, 1999.
- FICHTNER, P. S. *Ferdinand I. Wider Türkennot und Glaubensspaltung*. Graz, 1986.
- FORONDA Y AGUILERA, M. *Estancias y viajes de Carlos V desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte*. Madrid, 1914.
- FUCHS, M., y A. KOHLER (eds.). *Kaiser Ferdinand I. Aspekte eines Herrscherlebens*. Munich, 2003.
- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (coord.). *Historia de España. Siglos XVI y XVII: la España de los Austrias*. Madrid, 2003.
- GARCÍA GARCÍA, B. J. (coord.). *El imperio de Carlos V: procesos de agregación y conflictos*. Madrid, 2002.
- GARCÍA HERNÁN, D. *Políticos de la monarquía hispánica (1469-1700). Ensayo y diccionario*. Madrid, 2002.
- GARCÍA ORO, J. *¿Quién fue Cisneros?* Barcelona, 2002.
- GARCÍA-OSUNA y J. M. RODRÍGUEZ. *Breve historia de Fernando el Católico*. Madrid, 2013.
- GARCÍA SOORMALLY, Mina. *Magia, hechicería y brujería. Entre la Celestina y Cervantes*. Sevilla, 2011.
- GIMÉNEZ SOLER, A. *Fernando el Católico*. Zaragoza, 2014.
- GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis. *El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546). La formación de un príncipe del Renacimiento*. Madrid, 1999.
- HILGER, W. *Ikonographie Kaiser Ferdinands I (1503-1564)*. Viena, 1969.
- IMBER, Colin. *El Imperio otomano. 1300-1650*. Barcelona, 2004.

- JOVER ZAMORA, J. M. *Carlos V y los españoles*. Madrid, 1987.
- KAMEN, Henry. *La Inquisición española*. Barcelona, 1977.
- KAMEN, Henry. *Fernando el Católico. 1451-1516: vida y mitos*. Madrid, 2015.
- Karl V. Der Kaiser und Seine Zeit*. Colonia-Gratz, 1960.
- KELLENBENZ, H. *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*. Valladolid, 2000.
- KENISTON, H. *Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V*. 4 vols. Madrid, 2000.
- KOENIGSBERGER, H. G. *La práctica del imperio*. Madrid, 1989.
- KOHLER, Alfred. *Antihabsburgische Politik in der Epoche Karls V. Die reichsständische Opposition gegen die Wahl Ferdinands I. zum römischen König und gegen die Anerkennung seines Königstums (1524-1534)*. Gotinga, 1982.
- *Carlos V. 1500-1558. Una biografía*. Madrid-Barcelona, 2000.
- (coord.). *Carlos V / Karl V. 1500-2000*. Madrid, 2001.
- *Ferdinand I. 1503-1564. Fürst, König und Kaiser*. Munich, 2003.
- B. HAIDER y Ch. OTTNER (eds.). *Karl V. 1500-1558. Neue Perspektiven seiner Herrschaft in Europa und Übersee*. Viena, 2002.
- KONETZKE, Richard. *América Latina. II. La época colonial*. Madrid, 1976.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel. *La España de los Reyes Católicos*. Madrid, 2003.
- LAFERL, Ch. *Die Kultur der Spanier in Österreich unter Ferdinand I (1522-1564)*. Viena, 1997.
- LAPEYRE, H. *Charles Quint*. París, 1958.
- *Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales*. Barcelona, 1969.
- LEA, H. C. *Los moriscos españoles, su conversión y expulsión*. Alicante, 2007.
- LOPE HUERTA, A. *Fernando I de Habsburgo*. Alcalá de Henares, 2002.
- LOVETT, A. W. *La España de los primeros Habsburgos (1517-1598)*. Barcelona, 1989.
- LLORCA, B. *Predicadores, alumbrados e Inquisición en el siglo XVI*. Madrid, 1973.

- LUCAS-DUBRETON, J. *Charles Quint*. París, 1958.
- LYNCH, John. *Carlos V y su tiempo*. Barcelona, 2000.
- *Los Austrias, 1516-1700*. Barcelona, 2003.
- *Monarquía e imperio. El reinado de Carlos V*. Barcelona, 2007.
- MACDONALD, Stewart. *Charles V: Ruler, Dynast and Defender of the Faith, 1500-1558*. Londres, 1992.
- MARAÑÓN, Gregorio. *Ensayo biológico sobre Enrique IV y su tiempo*. Madrid, 1945.
- MARAVALL, José Antonio, *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*. Madrid, 1960.
- *Las Comunidades de Castilla, una primera revolución moderna*. Madrid, 1979.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando. *Fernando el Católico*. Madrid, 2016.
- MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.). *La corte de Carlos V*. 4 vols. Madrid, 2000.
- (ed.). *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*. 2 vols. Madrid, 2001.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Los soldados del rey. Los ejércitos de la monarquía hispánica (1480-1700)*. Madrid, 2008.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *La idea imperial de Carlos V*. Madrid, 1941.
- MERRIMAN, R. B. *Carlos V el Emperador y el Imperio español en el Viejo y Nuevo Mundo*. Madrid, 1991.
- NADAL, J. *España en su cenit (1516-1598). Un ensayo de interpretación*. Barcelona, 2001.
- PÉREZ, Joseph. *Carlos V, soberano de dos mundos*. Barcelona, 1988.
- *La España de los Reyes Católicos*. Madrid, 1943.
- PÉREZ BUSTAMANTE, R., y J. M. CALDERÓN ORTIGA. *Felipe I*. Palencia, 1995.
- PFANDL, Ludwig. *Juana la Loca, madre del emperador Carlos V. Su vida, su tiempo, su culpa*. Madrid, 1999.
- PRAWDIN, Michael. *Juana la Loca*. Barcelona, 1984.
- PRESCOTT, W. H. *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*. Salamanca, 2004.

- RADY, M. *Carlos V*. Madrid, 1999.
- RANDA, Alexander. *El imperio mundial*. Barcelona, 1967.
- RASSOW, P. *Karl V. Der Kaiser des Mittelalters*. Gotinga, 1957.
- RIVERO RODRÍGUEZ, M. *Gattinara, Carlos V y el sueño del Imperio*. Madrid, 2005.
- ROMANO, Ruggiero y Alberto TENENTI. *Los fundamentos del mundo moderno*. Madrid, 1975.
- RUIZ, T. F. *Historia social de España. 1400-1600*. Barcelona, 2000.
- RUIZ-DOMENEÇ, José Enrique. *El Gran Capitán*. Barcelona, 2002.
- RUMEU DE ARMAS, A. *Itinerario de los Reyes Católicos (1474-1516)*. Madrid, 1974.
- SÁNCHEZ LEÓN, P. *Absolutismo y comunidad: los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*. Madrid, 1998.
- SÁNCHEZ MONTES, J. *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*. Granada, 1995.
- SEIBT, Ferdinand. *Karl V. Der Kaiser und die Reformation*. Berlín, 1990.
- SEIPEL, W. (ed.). *Kaiser Ferdinand I. 1503-1564. Das Werden der Habsburgermonarchie*. Viena, 2003.
- SERRAO, J. V. *O Século de Ouro: 1495/1580*. Lisboa, 1978.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Fernando el Católico*. Barcelona, 2004.
- *Los Reyes Católicos*. Barcelona, 2004.
- TERLINDEN, Charles de. *Carolus Quintus. Kaiser Karl V. Vorläufer der europäischen Idee*. Zurich, 1978.
- THOMAS, H. *El Imperio español. De Colón a Magallanes*. Barcelona, 2003.
- TYLER, R. *El emperador Carlos V*. Barcelona, 1987.
- VALES FAILDE, Javier. *La emperatriz Isabel*. Madrid, 1917.
- VANDENESSE, Jean de. *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*. Bruselas, 1874.
- VICENS VIVES, Jaime. *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón (hasta 1481)*. Zaragoza, 2006.
- VILAR, Juan Antonio. *Carlos V. Emperador y hombre*. Madrid, 2015.

WALTHER, Andreas. *Die Anfänge Karls V.* Leipzig, 1911.

WIESFLECKER, Hermann. *Kaiser Maximilian I. Das Reich, Österreich und Europa an der Wende der Neuzeit.* 5 vols. Viena, 1971-1986.

YNDURÁIN, D. *Humanismo y Renacimiento en España,* Madrid, 1994.

YUN CASALILLA, B. *Marte contra Minerva: el precio del imperio español, c. 1450-1600.* Barcelona, 2004.

ZALAMA, Miguel Ángel. *Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó.* Madrid, 2010.

— y Bernhard Roosens (coords.). *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura.* Burgos, 2006.





JOSÉ LUIS CORRAL (Daroca, Zaragoza, 1957). Catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Zaragoza y director de Taller de Historia SL. Es autor de trescientos libros y artículos. Ha sido profesor invitado en medio centenar de universidades españolas y extranjeras. La revista francesa *Actualité* de l'Histoire lo ha considerado en 2012 como «uno de los historiadores españoles de mayor repercusión internacional».

Fundador y presidente de la Asociación Aragonesa de Escritores. En 2015 fue elegido «Aragonés del año» por los lectores de *El Periódico de Aragón* en la sección de Cultura. Es colaborador regular en prensa y en programas de radio y televisión.

Como historiador, ha publicado más de treinta ensayos, como *Historia universal de la pena de muerte* (2005), *Breve historia de la Orden del Temple* (2006), *Una historia de España* (2008), *Abdarrahman III y el califato de Córdoba* (2008) o *El enigma de las catedrales* (2012).

Está considerado «el maestro de la novela histórica española contemporánea» por obras como *El salón dorado* (1996), *El amuleto de bronce* (1998), *La epopeya de Gengis Kan* (1998), *El invierno de la Corona* (1999), *El Cid* (2000), *Trafalgar* (2001), *Numancia* (2003), *El número de Dios* (2004), *¡Independencia!* (2005), *El caballero del Templo* (2006), *El rey felón* (2009), *El amor y la muerte* (2010), *La prisionera de Roma* (2011), *El código del peregrino* (2012), *El médico hereje* (2013) y *El trono maldito* (2014), junto a Antonio Piñeiro.

Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas.